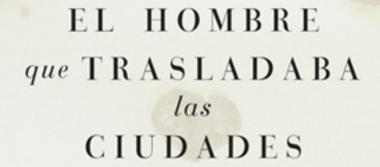


CARLOS DROGUETT

LA POLLERA

EL HOMBRE QUE TRASLADABA LAS CIUDADES

CARLOS DROGUETT



Primera edición, La Pollera Ediciones (2017)
ISBN 978-956-9203-65-7

Edición: Ergas / Leyton
Diseño: Pablo Martínez
Corrección: Ana Castillo

Imagen de portada: *202: Desentierros II* de Adolfo Bimer

LA POLLERA EDICIONES
www.lapollera.cl / ediciones@lapollera.cl

ESTUDIO PRELIMINAR

CECILIA ZOKNER

Cobrando vida, Juan Núñez de Prado, "echado hacia la luz desde la sombra" en donde permaneció olvidado cuatrocientos años, apenas dice de sí mismo la edad y su nombre: "No tengo cuarenta años". Antes recordará la bendición del Padre La Gasca en Cuzco y su recomendación para que llegara hasta Tucumán a llevar la bandera de Dios y del rey cuando, entonces, "le preguntaban si era Juan Núñez de Prado y si partiría en agosto o septiembre". Surge en el paisaje, "el pelo suelto y lacio [...] rubia y pálida, perdida y cansada la cabeza". Y así, "trotando quedo bajo los árboles solo, completamente solo" es conducido a su primer momento de vida ficcional, en donde se deja ver, en esos breves detalles que de él ofrece, el mirar de los que lo acompañan: "su rostro feo y fiero; las arrugas que cruzaban su frente; el rostro enflaquecido y viejo, carcomido por la fiebre y la falta de sueño [...] una barba fina y delicada, salvaje y sensitiva"; o su propio mirarse: en un charco adivina su "cabeza cansada, su pelo rubio, ya ceniciento; o veía su propia silueta envejecida reflejarse en el agua, estaba flaco y sucio". Así lo dejan su misión o su manera de desear hacerla al penetrar en ese espacio donde solamente se diseña el mundo verde de los bosques que el pasaje de los hombres de la Conquista va destruyendo. Un espacio que mal se delinea en unas pocas expresiones: montes lejanos, cerros hacia el oeste, hermoso valle, desfiladeros, precipicios, algunas montañas, un río, un riachuelo, cascadas que hacen como una moldura para escenarios de cielo oscuro o iluminado, azul, cálido, "violeta o plomizo y hostil, o alto, sereno, excesivamente limpio o cálido brillar tranquilo y frio" que por veces se muestra con matices del alma humana y puede mostrarse un "cielo implacable, un cielo tenso, un cielo sin Dios". En donde pasan nubes "translúcidas o heladas o cargadas de agua o lejanas y blancas". De brisas tibias, de viento solitario en el cual, expandiéndose en el aire limpio y seco, el

sonido de alas, de chillar de pájaros, del manar del agua, del olor de hierbas y flores, “de tierra sola, solitaria”.

En ese mundo, desconocido y cambiante, de inesperada riqueza Juan Núñez de Prado se adentra con los capitanes, con los soldados, con los frailes, con los indios a cumplir la orden recibida -fundar una ciudad para ocupar el territorio- y realizar el sueño de verla florecer. Ese mundo lo van a poblar de nuevos sonidos (murmullos, risas, quejidos, voces, insultos, gritos, alguna canción, pasos de las centinelas, cacareos, balidos, relinchos, ladridos) y de nuevos olores (a pólvora, a vino, a maíz, a trigo, “acre y dulce de la madera partida o rancios y miserables, o el perfume quebrado, lleno de vida que emanaba a del tronco herido o el perfume de las flores y de las frutas”), de nuevos animales (ovejas, vacas, gallinas, bueyes, perros, caballos, puercos), de nuevas faenas (cargar y descargar las carretas, construir casas, destruirlas, cavar fosos, aprisionar, matar, sumergidos en la violencia que de tales faenas resultan), de nuevas verdades (“hemos traído la traición con nosotros, no solo el trigo y algunas plantas exóticas y algunos animalitos sino también la falsedad, la debilidad de carácter y de alma [...] el indio sabe ahora que puede traicionar al amigo y al hermano, que se puede asesinar al que está dormido y al enfermo, al que no puede defenderse, que se puede dejar de cumplir la palabra empeñada [...]”). Un mundo que será sometido a voluntades cuyos actos van a imponerse, sobretodo, por la destrucción. Porque si los hombres que acompañan Juan Núñez de Prado abatieron árboles para construir la ciudad que pretendían, luego la destruirán para erigirla más adelante y, de nuevo, derrumbarán otros árboles.

Así, el camino que recorren se va haciendo de árboles caídos, “de raíces frescas del árbol recién partido; o de ramas tronchadas colgadas todavía; o arrancadas, quebradas, dolorosas y sangrientas; de hojas perdidas, dispersas, fragrantes, multitud de hojas”. Camino también hecho de pedazos destrozados de la ciudad -ventanas y puertas sumidas en el barro, trozos de escaleras, de pasadizos y zaguanes, mamparras, restos de balcones, tejados, balaustradas, puertas mancilladas o gastadas- dejados atrás como las víctimas de esa voluntad que se justifica por ser la del rey y de Dios: es preciso cambiar de lugar la ciudad de Barco para preservarla como joya de la corona española. Llevada en las carretas o en la espalda de los indios sometidos, va dejando por los caminos muebles, sillas y trozos de mesa, ropas de cama, estantes, libros desparramados, banderas y banderolas, armas, espadas, borceguíes, marcos de adorno, cuellos, puños de encaje, copas, tiestos, ropas, sábanas,

maceteros que se quedan esparcidos por el suelo o, juntamente con algunos animales, se pierden en los abismos. Dejando muertos abandonados en el lugar mismo en que fueron asesinados o colgados de la horca: “huesos de españoles marcando la ruta de Dios y del rey”, destino que ningún soldado cuestiona. Son doscientos cuya presencia se muestra en el trabajo que hacen con sus martillos y hachas y serruchos, clavos y bisagras, tenazas, palas, picas, azadones. O, quietos, cerca del fuego, con el arma posada en las rodillas, a dormir, a reír o, “inermes, impasibles, abandonados en le soledad e inexpresividad de la noche”: figurantes de un escenario sorprendidos en un gesto, una mirada, una expresión de miedo o de alegría, ellos no tienen voz y si alguno intenta hablar, sofocadas son sus palabras por la prisión o por la daga. Se constituyen marca patética de los que regidos por el silencio deben ejecutar la voluntad ajena. Como los indios.

También figurantes arrodillados, durmiendo, corriendo bajo la lluvia, surgiendo de las raíces de los árboles tronchados, riéndose “asustados o maravillados, agazapados bajo los árboles”, alguna vez cayendo, con la carreta que se deslizaba “recta y decidida” por el despeñadero, sin mucho ruido para desaparecer “con unos sufridos caballos, cuatro caballos, algunos indios, unos frágiles impresionantes muebles, fue una lástima, un trozo de la ciudad entregado al vacío”, dice Juan Núñez de Prado. Porque los indios valen lo mismo que un objeto, lo mismo que un animal. “Contaré las carretas, contaré los indios”, dice el capitán. Y otro dice: “Mira, señor, cuanto ganado y cuanto indio”. Aplastados bajo el peso de las ropas, de los muebles, de los granos, de las botas de vino y de los rebencazos: “multitud de indios con pasos cortos y nerviosos, pasos asustados del que nació huyendo, del que del que nunca persiguió a nadie y que siempre fue perseguido […]”. Víctimas inocentes a cargar riquezas ajenas, a luchar por ambiciones ajenas, a someterse a voluntades de aquellos que todo pueden hacer en nombre de la verdad y de la justicia. Verdad y justicia que cruzaron el océano para llegar con ellos, “piara de bandidos que talaban los bosques, rompían las montañas, rajaban la tierra, incendiaban las aldeas y mataban a los indios”. Porque Juan Núñez de Prado y sus capitanes no se amilanan en quebrar, derrumbar, despedazar, odiar, matar. Y los conceptos que emiten revelan la convicción que los nortea. Dice el fraile: “eres un asesino y yo me quedo para enterrar a los asesinados”. Le responde el capitán: “el rey no asesina nunca, ni cuando se equivoca”. Y categórico reafirma: “hemos hecho justicia aunque sea injusta, aunque sea implacable”.

Y un otro capitán legisla: "la debilidad es un pecado que se castiga con la muerte, la horca y el garrote son muertes divinas [...]". Secuencias que aparecen entre las que describen, retratan, narran en una perfecta combinación de elementos que, juntamente con otros recursos narrativos, como las zonas de sombra o episodios que se quedan a medio decir para reaparecer y completarse muchas páginas adelante o las diferentes voces que dan a conocer sucesos y sentimientos y establecen esta representación dinámica de lo narrado que no se pierde en las sucesivas repeticiones del ir y venir, del construir y destruir que marcan el camino de Juan Núñez de Prado. Y sus estados de alma. O alegre y seguro luego después de vislumbrarse en el agua, "flaco y desmañado, desaliñado y triste". Sintiendo miedo y frio, mostrándose "sano y burlón". A veces, duda "no estaba seguro de que fuera eso, no estaba seguro de nada, de todo lo que había hecho, de todo lo que deseaba hacer" pero, principalmente, es dominado por certezas: "Es bueno lo que he hecho, algo que nadie más se atreverá a hacer". Así vislumbra el futuro, la ciudad con sus calles, iglesias, el cuartel, la casa del obispo, la plaza, los juegos de agua. Resplandeciendo con chavales en carros llenos de flores y legumbres, con los carruajes rodando por las piedras y con la vida que le otorgan las mujeres.

Imagen de lo femenino que extrapola el imaginado erotismo de los gestos (el desprender de los cabellos, el soltar de los botones), los adivinados deseos (sonrojar entre sustos, alborozarse en llantos) para ser presencia hecha de un agitar de enaguas. Prosaicamente cotidiana al moverse en sus quehaceres, deseos, sueños, atrevimientos acompañada del cacareo de las gallinas del olor de la tierra sembrada. Todavía, la realidad está en las horcas "clavadas en las cuatro esquinas de la ciudad" a reiterar razones: "la horca y las campanas, eso es la conquista de la tierra". Repitiéndose en el presente, al destrozar los árboles, aniquilar la ciudad, rehacerla, levantar la horca, acompañado del movimiento de las carretas, de los trabajos de los soldados, del agitarse de los animales, Juan Núñez de Prado se enreda en el pasado que lo atormenta y en el futuro que sueña, en el desaliento y la esperanza. Movimiento de ir y venir de sentimientos y de acciones, también presente en los muchos diferentes decir de la narrativa que es sembrada de repeticiones y de imprecisiones. Palabras de todas las categorías gramaticales son repetidas y de muy distintas maneras: "susurro miedoso[...] susurro de alivio"; las imprecisiones, se muestran determinadas por la conjunción o advierten o preguntan; en la tierra tendrían que matar alguna vez por el rey, o por Dios o por la

simples pasión; bajo la luna o la neblina"; en el uso de una "alianza desusada" del adjetivo o sea, una manera de asociar sustantivo y adjetivo que huye de aquellos contenidos que pertenecen al mundo de la experiencia colectiva; "ternura cruel"; "miedo concreto"; "borceguíes viejos y relucientes, sarcásticos y seductores". En la notación del tiempo cuando, por ejemplo, el verbo aparece en el presente, y la hora indicada por dos posibilidades: "son las cinco o las seis de la mañana". O cuando a la mención de la hora, se sigue de un verbo cuyo tiempo indica probabilidad: "debían ser las cuatro de la tarde"; "serían las nueve de la noche". Esparcida en la narrativa, la fijación de lo efémero y de lo luminoso: una carreta hundiéndose en el rio con "los capiteles y frisos y molduras y gualdrapas y manteles del altar mayor"; unos pájaros de los cuales solamente se "divisaban destellos cortos y luminosos de sus alas, certeros y suaves relámpagos de color verde o azul o amarillo, un ala sangrienta que aleteaba con urgencia en lo alto, entre las hojas húmedas, una cabecita orgullosa y azul que se escurría y deslizaba entre las ramas; en el claro silencioso que dejaba el trazo húmedo de un árbol enorme que se derrumbaba". Contraponiéndose a la miseria derruida de la ciudad a irrumpir lo luminosos de unos claveles rojos en medio de las maderas, del "viento cargado de perfumes de flores y de hierbas; de flores rojas y amarillas reventando en los rincones".

En el narrar de los dolores sufridos por los hombres de la Conquista, de los sentimientos que los dominaran y de los sueños que los nutrieron en medio a la destrucción de los árboles, de los pedazos de la ciudad, de algunos animales, de los humanos hay una concesión a la vida. La vida que es concedida por el Arte y cuya duración no será medida por el nacer y el morir y sí por le emoción que la belleza puede concebir. Y con rara e impresionante belleza está escrito El hombre que trasladaba las ciudades que el hado quiso que viniera a luz en 1973.

ESTOS MATERIALES

CARLOS DROGUETT

Puedo, seguramente, hablar aquí, en la portada, en el umbral, de mis protagonistas, mostrarlos conversando entre ellos en la oscuridad de los interminable inviernos, en medio de las noches heladas, excesivas, intensas, inconmensurables, mirando en sus horrores, en sus odios, en sus dudas, en sus no terminadas traiciones, en sus imprecisos desolados recuerdos, la ciudad que no existía, que no podía existir entonces, que era tan sólo presentimiento total e impostergable.

Puedo, seguramente, mostrar a la ciudad como ellos la veían con sus ojos largos, como se ha ido forjando minuciosamente mediante el flujo y el reflujo de la muerte y de la vida, esa doble y antigua marea de la creación, incorporando en sus murallas ingenuas, en sus pobres tejados carcomidos o inexistentes, en sus impresionantes puertas débiles y horribles la vida y la muerte al mismo tiempo, en el mismo desesperado clima, en parecidas circunstancias -la vida y la muerte- eran entonces materiales concretos de edificación, de construcción de un sueño, de una monstruosa inevitable pesadilla.

Todo eso habré podido hacer para explicar mi vaga primera tentativa, para justificar mis yerros o mis asertos, pero todo habrá sido inútil o, por lo menos, supernumerario, porque desde aquí, desde el umbral, desde la portada, se ven los primeros humos, se oyen los primeros gritos reunidos.

Es la ciudad, la que imaginó en sus terrores, la que aplastó blandamente la lava y desmigajó el terremoto, la que fue innumerablemente picoteada por las flechas de los heteos y sobre la cual pasó largamente el viento de arena su manga vacía, la ciudad donde los indios acercaron la tea encendida a sus tinieblas para iluminar esa muerte, esa pequeña muerte lustral, elemental, sin embargo inolvidable, sin embargo olvidada.

No es, pues, una ciudad determinada, a pesar de las mezquinas apariencias, de los conocidos adobes, de las maderas fragantes a

bosques recién cortados, es cualquier ciudad o ha podido ser todas las ciudades de esta América informe, atónita, maravillosa e incompleta.

Como toda belleza verdadera, es incompleta, con esa fragilidad torpe y tierna, inexperta e incipiente de la luna nueva, esa luna de suaves facciones disueltas y perfil estremecido, apenas rayada en el rostro infinito de la lejanía, tan distinta de la luna llena, total y pletórica, luna demasiado saludable y evidente para tener larga vida.

Lo frágil, pues, lo incompleto, me ha traído hacia este tema, porque la ciudad, al nacer, está tan cerca de la milenaria ciudad en ruinas como esas manos viejas arrugadas, estragadas, de los recién nacidos hermosos y horribles, empapados en inconsciente miedo, casi incorpóreos, casi no humanos, porque en realidad no lo son, porque están recién llegados, recién extrañamente llegados de las insondables tinieblas, están apenas comenzando una larga, terrible, opaca, tentadora y rutilante carrera, para transformarse en este monstruo adobado en ropas ajenas, en mitologías y vergüenzas y cobardías y cortas y soñadoras pujanzas ajenas, que es el hombre y en especial el hombre de la ciudad.

Me gusta lo incompleto por bello, es decir, por incompleto. Así es esto, así ha querido ser, así se ha ido puliendo contra mí mismo a través de los años, así pretendí, tal vez, temerosa y pacientemente que lo fuera.

Es la ciudad, cualquier ciudad, tu ciudad, lector, la mía, si quieres, un poco; verás, si te asomas, esas piedras patinadas vagamente por la descolorida sangre; oirás, si esperas, esos gritos acallados vagamente por los enmudecidos e inmóviles amontonados siglos, pero no digamos más que esto por ahora.

Chile, 1967

A Ernesto Che Guevara
que está creciendo.

La primera medida que deberé tomar será describir a mi personaje, no diciendo cuánta estatura tenía, si era pletórico o enfermizo, ni tal vez tampoco su edad, sino más bien las marcas de su edad, las canas en el pelo o la barba, las arrugas en la frente, los tajos de la guerra en el pecho y en la memoria, sino presentar un retrato de su estado de alma, de su ánima desamparada y por eso más robusta, de sus temores, dudas, esperanzas, desfallecimientos, bríos, venganzas, deseos, realizaciones. Si digo que aquel día en que él avanzó hacia la novela hacía calor y que eran las diez u once de la mañana, tendré que pintarlo a él no frente al paisaje, incrustado y terminado en él, sino, por el contrario frente a determinada luz y sombra y juego de luces y sombras que atravesando el paisaje lo atraviesan a él, como el sol y el viento desmenuzados y pulverizados entre las hojas; lo veremos moverse y estar inmóvil en esa inmovilidad mortal llena de acción, de vacilaciones, de preocupaciones, de interrogaciones, ¿no nos faltarán las comidas?, ¿no nos asaltarán ahora mesmo los indios?, ¿a quién irán a matar primero, a Guevara, a Vásquez, a Santa Cruz?, ¿o será a mí, Dios mío?, de omisiones de cosas que se le olvidaron y que ya jamás volverá a tener posibilidad de hacer y que, no obstante, en su memoria, en su cabello largo, en la yema de sus dedos ansiosos, esgrime siempre como una última solución o una venganza adormilada que ha de madurar a tiempo. Lo dejaré inmóvil frente a la acción, amarrado por la primera brutal imposibilidad de escapar, para retratarlo íntegramente, imposibilidad material e inmaterial, amarrado firmemente por verdaderos cordeles morales, no lo dejan moverse, ni actuar, ni pensar libremente, ni siquiera asustarse con entera libertad, quejarse con verdadero pavor, porque si lo haces te matan, te tajan, te meten en cepo y en cadena, llegan las santas polleras del santo oficio oliendo un poco a tumba, a tu propia tumba, Juan. Está, en cierto modo, preso, y ahora haber fundado esta ciudad para un grupo de doscientos españoles desharrapados y traicioneros, llenos de odio como él, llenos de temor y esperanzas como él, ha sido una manera más, otra manera de amarrarse a la maldición evidente del conquistador, ven, ven, corre para que la tierra te devore, ven a hacerte pedazos sacando un mundo de la tierra, sacando ciudades,

calles, edificios, dignidades, ruidos, paseos, más sospechas, más gente, ven a edificar más horcas y más escaleras, ven a colgar más patíbulos. Eterno frente al paisaje, mirándolo como a su rabioso enemigo, o mejor, como a su futuro asesino, el que ha de venir fatalmente, dentro de siete inviernos y algunos días bajo la lluvia, a través del bosque, entre las hojas y los perfumes, a buscarte ahí abajo, en el sueño, apartándolo con la hoja del cuchillo, pero sabiendo que, en algún sentido, un sentido más grande y positivo que lo que él mismo se imaginó, y por eso mismo más terrible, él está también incorporado aquí como un fatal frágil y trágico adorno, un poco grotesco y un poco transitorio, como el árbol para colgar al alzado, como el roquerío breve por el cual despeñar al fácil traidor. Es mi trampa, lo sé, siempre lo supe, desde que salimos de Potosí, desde que desatamos los caballos en la fonda de Felipe, es mi trampa, por eso quiero armarla con mis propias manos, con estas manos que todavía están vivas, a ver qué tiempo horrible llega y si soy capaz de soportarlo, este tiempo apresurado y lento que estoy yo mismo provocando, a ver cuántos años, cuántos inviernos, cuántos sufrimientos. Inmóvil, pero lleno de acción, listo para ser empujado a la novela, hacia el primer capítulo, empujado con violencia, con demasiado apresuramiento, echado hacia la luz desde la sombra, desde donde está esperando hace cuatrocientos años exactos en este mes de mayo en que escribo, empujado hacia la acción y el fracaso, hacia el abierto e increíble goce y la esperanza, es decir, hacia la vida, hacia esta vida friolenta que tirita entre los árboles y masculla y balbucea su venganza.

Ni siquiera el viento soplaba cuando él apareció frente al paisaje, trotando con flojedad bajo los árboles, el pelo suelto y lacio y el casco de la armadura colgando sobre la espalda, golpeando leve en ella, y podía verse que su borrosa cabeza era rubia y pálida, perdida, cansada, desfalleciente, caminaba sin mirar, como los ciegos, trotando quedo bajo los árboles, solo, completamente solo, y mucho rato después, aparecieron las cabezas de los otros caballos trotando con ligereza para juntársele y todo juntos entraron al primer capítulo y echaron su cansancio sobre el pasto.

PRIMER TRASLADO

Las cabezas de los caballos sobre el pasto, tendidas y anhelantes como para escuchar el ruido lejano, como para recoger el terror de los disparos que prendían en la oscuridad, sentía olor a agua, a pasto y no quería mirar a Guevara. Guevara había desmontado, como él, como Vásquez, como Santa Cruz, y presentía él que quería acercársele, conversarle, contarle su aventura cuando se topó con los centinelas empaquetados en la oscuridad y sintió el frío de las armas, y adentro, entre las tiendas, bajo las lonas, bajo las sábanas de lino, ladraron los perros, dormirían con Villagra, con don Francisco, abrigándolo entre sus lanas para que no tiritara. ¿Cuántos soldados me sonsacó?, pensaba, caminando en silencio, sin querer mirar a Guevara y desgranando los dedos para sacar la cuenta fatal de su desgracia. ¿Cuántos soldados, Vásquez, cuántos, Santa Cruz? Todos los que trajimos de la Plata y los Chinches, todos, todos, todos, nos dejaron espantosamente sin ellos, como desnudos, vergonzosamente desnudos. Vinieron a él, venían derecho caminando hacia él, que estaba durmiendo vestido para esperarlos, percibiendo el ruido de la tierra aplastada por los borceguíes, el ruido mojado de las riendas, el rumor del agua azotada por los caballos. Cuando los caballos se pusieron de pie y trotaron hacia ellos en la tamizada luz de la madrugada, mientras sentía fiebre y el dolor le apretaba las sienes y la amargura de la derrota le quemaba todavía los ojos, miró con ansias el cielo. Era tenso y duro, reluciente y muy alto, soberbiamente alto, un cielo implacable, impenetrable, ciertamente extranjero. No soplaba el aire, el relincho de los caballos palpitaba con crueldad en sus oídos y comprendía que Guevara y Vásquez y Santa Cruz lo seguían por misericordia o también por fatalidad, porque estaban cosidos a su desgracia, atados a su manga, clavados en la silla de su caballo. No tenía sueño, estaba muy despierto y absolutamente consciente de lo que les ocurría. Venimos huidos de Villagra, de su tienda, de sus perros. Guevara estaba a su lado, tocó sus botas, sus borceguíes embarrados, lo cogió del brazo y sintió que su propio brazo estaba

temblando. Deben estar dormidos todavía, señor, dijo Guevara, y se detuvo y lo detuvo para que escucharan. No venían ruidos desde lejos, el viento apenas colgaba de las copas y las remecía suavemente con su peso, parecía que no había más gente que ellos en el contorno, ni indios, ni españoles de Villagra, ni de él mismo, los caballos golpeaban a sus espaldas y distinguía las barbas y los bigotes de los soldados cernerse tristemente en la luz del amanecer, envueltos en silencio, el silencio descendía visiblemente del cielo, para aislarlos y alejarlos y sólo les dejaba los ojos abiertos y en ellos se reflejaba el paisaje solitario, abierto y expectante, que parecía escucharlos. Algunos dientes sonreían con cansancio, sueño o lejano dolor, alguien canturreaba como en una borrachera, alguno decía, en un quejido, España, España, y luego, Madrid, Sevilla, Málaga, y esas palabras, esos nombres, estaban llenos de sol y de sangre, de sangre limpia, nada de trágica, de una bella sangre derramada en un mesurado sacrificio, tan limpia y tan evidente como la que derramó nuestro Señor en la cruz. Las cruces, las cruces, señor, dijo Guevara, remeciéndole el brazo, eso fue una cabronada, ¿recordáis, señor? ¿Qué cruces, cuántas cruces?, dijo él en un sobresalto temeroso, parpadeando en su sopor, queriendo escuchar todo, recuperar el tiempo perdido, los caballos huidos, los soldados que se fueron con Villagra. Las cruces de que hablaba el cacique en el pueblo, dijo Guevara, cuando los soldados llegaron levantando tierra y sacaron las sogas y ellos se doblaban humildes en el suelo, formando cruces, toscas cruces de brazos, de piernas, de cuerpecitos de niño, cruces miserables de carne de indios y trajeron rápidamente maderas, trozos húmedos de árbol y les metían las cruces por delante de los caballos, las ensartaban en las espadas antes de ensartarlos a ellos, por ahí se abrió una cruz ardiendo, un árbol creciendo entre las ramas y en él tejido un indito bello y delgado, lavado como ídolo, se quejaba, sollozaba de un modo hondo y sincero, casi cristiano, y eso formaba parte del blando ritual, y los soldados echaron sus caballos sobre las chozas y en el suelo los indios heridos imaginaban súbitas cruces y no se quejaban, rezongaban ronco y corto, en un entrecortado tableteo sin ilusiones, ahí estaban las cruces, tres docenas de cruces, cuatro docenas, muchas más de las que podían ser necesarias para apaciguar a los caballos y mostrarles que antes por ahí ya había pasado galopando nuestro Señor Jesucristo y se bajó del caballo y se trepó como indio por la cruz, se extendió enorme en ella, furioso y sollozante y echó un delgado clamor sosegado antes de torcer la cara y rajó abismado un relámpago entre las ramas y comenzó a llover quedo y las cruces

que ardían se apagaron con un humo espeso y se sintió nítido el olor a carne chamuscada y los soldados se alejaron disparando y el humo azul y nuevo llenaba la hondonada y al tornarse para mirar vieron todavía una cruz enorme que cerraba el camino y saltaron por ella y dispararon por encima de ella para demostrar que no se olvidaban de que eran cristianos y de que eso había sido una fiesta fea y pagana, unos paganos robándose cruces apresuradas, vistiéndose con unos trajes, unas ceremonias y unos misterios que no les correspondían. Villagra es hijo natural y lo más probable que ni sea bautizado, dijo él, soltando el brazo de Guevara y mirándole sonreír. Guevara estaba frente a él, listo para subir, y lo esperaba. Ya montado se veía enorme, plácido, sin pizca de nervios, le sonreía con los dientes, unos dientes parejos, apretados, seguramente crueles. Pudo matarlo al Villagra y parece que no lo quiso hacer, pensó él y lo miró para preguntarle. Pero no preguntó nada y montando de carrera su caballo rubio salieron a grandes brazadas del bosque y trotaban en plena luz. Guevara tenía la pechera desprendida y rota, como si hubiera luchado con alguna hembra en lo hondo del lecho y la pasión y la fiebre no le hubieran dado tiempo de desclavarse los botones, de desabotonarla a ella, buscándole el deseo con los labios, untándola con el bigote sedoso y espeso, y los brazos, los bellos brazos que se le escapaban mojados para clavarlos en la cuja, ella cogía la rodela y la espalda, clamaba ayuda, ayuda de indios y de españoles, de ciertos españoles que tenía en la boca y en las rodillas, apretaba las rodillas la puta de mierda y él, furioso y pleno de deseos, quiso empujarla todavía más a lo hondo del lecho, del colchón, de la tierra, del marido, ahí donde ya estaban brotando las flores y durmiendo los perros desde el verano, hasta cuatro perros que surgieron pálidos en la oscuridad, ladrando hacia lo hondo de las sábanas, donde estaba, completamente vestido, pero sin visera, agarrado a la espada para no caerse, aunque estaba caído, el bello rostro desprendido y blanco y ojeroso y acongojado, don Francisco de Villagra. Le encontré olor a hembra, señor, y por eso me entró el susto o la sorpresa o la extrañeza, olor a hembra auténtica, a gitanilla adolescente, y hasta vi una enagüilla brillar por el suelo y él se alzó muy triste, sin siquiera reconocerme, pero comprendiendo que yo era un cabal caballero y que podría pedirme un favor completo, que se la buscara por amor de Dios, una zagala, una zagalilla huérfana, me la han robado a pesar de los perros, el desierto y las cadenas, estos españoles hambrientos y se empezó a poner dolorosamente en pie, para llorar completamente, para sollozar muerto de dolor y soledad,

y lo miré y le dije, señor, ¿vos sois el teniente Francisco de Villagra? Sí, señor, soy ese pobre hidalgo, la doña se ha ido para siempre, y me echó los brazos al cuello y sentí el olor pulverizado de la hembra que le empastaba la cara, tenía unos ojos yertos y descoloridos y se veía enfermo, unos llantos secos afeándole las ojeras, y sacó la espada en la oscuridad y embrazó la rodela y caímos empujando unas silletas y había un rastro de enaguas perfumadas en su triste aliento y él cayó sobre mí y alzando las manos para recogerlo y mirándolo en la luz del amanecer vi que estaba hermoso y desamparado y le eché la rodilla y cogiendo unas tenacillas busqué con mis dedos por el suelo y encontré la yesca y el pedernal y vi sus medias de seda y sus lindas piernas, tenía soberbios muslos el don Francisco, pero a la gitanilla no le había importado nada y se había ido caminando lo mismo. So maricón, le dije, le dije y le lancé otra guantada y lo dejé sentado en el rincón y él se vino sobre mí, pero yo tenía por entonces la espalda de él en mi mano derecha y le ponía una sonrisa para que se acercara más y miraba a un soldado joven, torpe o asustado, que se estaba sacando el uniforme, la armadura, para desnudarse enteramente, para que lo matáramos desnudo, veía su cuerpo blanco y sin pelos, temblar de amoroso miedo en la penumbra y tuve dos espadas en las manos y con ellas le crucé la cara al don Francisco, y él, para que lo hiciera mejor venía ahora en brazos hacia mí, en brazo de los soldados que surgían en la oscuridad, soldados nuestros o de él, nunca lo supe, y cuando lo tuvieron en la luz lo dejaron caer al suelo y él se iba quedando de pie y estaba blanco y núbil, los labios con sangre y los rizos de sus cabellos alborotados y trágicos. ¿Quién sois?, gritó furioso y miedoso, para acompañarse: ¿quién sois y qué hacéis?, clamó otra vez, listo para sollozar. Soy Guevara, contesté con sosiego, Juan Mendoza de Guevara, capitán de Tucumán, a las órdenes de don Juan Núñez de Prado, vengo a tomaros preso, don Francisco. Él estiró las manos trémulas desfallecidas y vi los encajes, estaban albos todavía, algo ajados, y se las cogí para encadenarlas con tiento, pero entonces llegaron los soldados encima de los caballos y los iban descargando sobre nosotros, sonaban maldiciones y bofetadas. Alguien respiraba hondo, arrastrándose por el suelo, y llamaba a los soldados que estaban en la luz, más arriba, mucho más arriba, lo sentía respirar hondo, sin dolor, ya sin pesadumbre, junto a la cuja había unos tiestos con flores y de ahí había surgido el primer recuerdo de la gitana, la forma de su pollera se disolvía ahí, la noche estaba cada vez más oscura, sentía el resoplar de los españoles junto a mi rostro, pegados a mis manos,

parecían buscar las flores para respirarlas, me había sentado en el suelo para apuñalar a alguno cuando vi dos ojos que me miraban asustados primero y después llenos de alivio y cuando bajó las manos rítmicamente, dijo temblando hermano, hermano, yo también soy cristiano, todos somos cristianos, todos, todos, pero los indios no, grité lleno de urgente miedo, casi con temor de que ocurriera algún percance enorme e irreparable y sentí quejarse a Villagra, un quejido de desamparado y no de herido, de señor abandonado y no de hidalgo en derrota y me arrastré quedo hacia donde lo sentía llorar, lloraba con gran dignidad, parecía que él se iba alejando por esa dulzura, que ladraba su llanto en las tinieblas, sobre mi cara colgaba un trozo mojado de lona y yo también olía el perfume de la hembra, se fue y lo dejó solo, se fue la gitana y se llevó los naipes y la suerte, su tranquilidad y su sosiego y quise ponerme de pie y sentí una mano helada que me cogía las piernas, que me paseaba con premura la cara, como la mano de un ciego que buscaba titubeando la hoja de la puerta, el respaldo de una silla, quería salir de lo oscuro y entrar en la luz, sentía una suave ternura, me sentí robusto y deseoso de servir, cogí esa mano, pero no me sirvió de mucho, se deshizo bajo mi presión como si fuera de trapo, tuve náuseas y deseos de llorar, resopló en silencio para botarme la sangre de la cara y lo sentí sollozar a él de frío. Afuera sentía pasos de tranquilidad o miedo, una antorcha que andaba buscando a alguien barría la oscuridad amontonándola, miré las pezuñas de mi caballo y me arrastré hasta ellas, me alcé hacia la luz, una luz sucia, de madrugada lluviosa. Después, tal vez, dormimos sobre los caballos y ellos nos sacaron de ahí. Llovía con tamizada fuerza, sin que soplara el viento, no había ruido de temporal ni de gente, sólo un frondoso y hondo extenso rumor de río descendiendo sobre nosotros, sobre los caballos, sobre los árboles, íbamos dormitando, el agua escurría minuciosa por nuestros pescuezos, no sentíamos frío, ni siquiera sabíamos que veníamos huyendo, porque unos jinetes que trotan deshechos y ateridos en la noche, bajo la lluvia, no huyendo de nada, ya no podrán huir de nada, solo habíamos salido de las tinieblas, donde se debatían unos brazos y se retorcían algunas cabezas ahogadas y se elevaban cortos gritos. Sí, los sentíamos gritar todavía, después de caminar tres leguas, después de seis leguas de chapotear y tiritar de miedo y de penuria, pero éramos nosotros los que tiritábamos y era de frío, porque ya había dejado de llover y las gotas de lluvia colgaban de la tusa de los caballos y de nuestras barbas, teníamos gran frío, pero nuestras caras estaban ardientes, las cabezas

adormecidas y los ojos hacia adentro, los caballos humeaban y nosotros también comenzábamos a entrar en esa tibieza amable de la evaporación, de la descomposición, el desmayo y la fatiga. El cielo estaba alto y tenso y había ahora mucha luz, una luz dura que nos odiaba, que nos calaba las ropas mojadas y las armaduras, algunos tenían las manos agarrotadas en la empuñadura de la espada, otros la llevaban atravesada en el pescuezo del caballo, derrumbado el cuerpo ausente, el rostro flaco, apenas retenido por unos pelos enfermos de barba incipiente. Alguien rió, no, no reía, estaba delirando, enredándose en una fiebre que lo iba tiñendo, una fiebre acumulada y familiar, una tos para toser en lo hondo de la cama, en Málaga, en Sevilla, cuando afuera cae el sol sobre los naranjos o los vasos de manzanilla y se azota el viento en las ventanas de la plaza. Sonaban plañidos, teñidos, quejas, quejas frías y desagradables en sus oídos, sería la gitana, la gitanilla del don Francisco. ¿Sería verdad que tenía una hembra escondida en el campo o eran solo fantasmas, pintarrajeados de la fiebre? Vio la mano enguantada de Prado cogerse de las riendas y lo miró temeroso de que desfalleciera. ¿Desfallecer ahora cuando nos quedan cinco, diez años de padecimientos? Se sonrió y atravesó el caballo para conversar un buen rato, pero se quedaba callado. Sí, estaba fresco el olor en la tienda, había vestidos revueltos en el suelo y los soldados cayendo unos sobre otros, como si estuvieran atados, y él, él mismo, trajinando el delgado pecho del don Francisco, no para buscarle las costillas y morderle el hígado o el corazón sino para descubrir furioso el olor de la hembra, una rapazuela de dieciséis años, unas nalgas breves, no maduras y como no entraba nada, lo había agarrado del pescuezo y le rajó la gorguera y el cuellito de encajes y el encaje, al romperse, dejó escapar entera la forma de la mujer, sus pechos pequeños y estupefactos, su cinturilla tibia, tal vez ardiente, agazapada y alerta, y don Francisco extrajo la larga espada de la oscuridad, parecía que la sacaba desde muy lejos, desde la catedral de Arequipa, desde debajo de la cuja de don Pedro de Valdivia en Atacama la Grande, cuando había neblina y graznaban los buitres y los caballos sacaban ruido de la tierra dura y salitrosa. Yo soy Guevara, había dicho él con arrogancia, el capitán Guevara, había repetido con tranquila insolencia y calculaba la longitud de la espada hundida para siempre en la oscuridad. Por ahí estaría la hembra, su pollerita roja, sus zapatitos de raso, sus piececitos de raso y buscándolos con la mirada vio entonces al caballo. Lleno de espumarajos las narices, trotaba furioso hacia ellos, parecía traer un poco de lumbre en sus

relinchos y arrastraba consigo un trozo de tienda y chillaban insultos los soldados y disparaban humo en la oscuridad y en alguna parte chisporroteaba un buen fuego, el generoso fuego de los gitanos ardiendo en las afueras de Córdoba junto a los olivos y los naranjos, las saetas y las verbenas y él abriendo furioso la camisa del don Francisco le dejó desnudo el torso, los hombros núbiles y femeninos, hombros de gitanilla, pensó y lo remeció suavemente para que le contestara y os tomo preso agora mesmo, murmuró. Estaba avergonzado, dijo Guevara pensativo, recordando cómo temblaba de humillación en la oscuridad. Le dimos un susto, señor, recalcó para señalar que no todo había salido tan mal. No queremos sustos, no quiero miedo ni horrores, gritó Prado y su grito se extendió por el descampado en el que apenas se veía ya vegetación, los cascos de los caballos azotaban quedamente la tierra y manaba del grupo un olor podrido y revuelto, triste y vergonzante que también decía no quiero miedo, ni horrores, ni visiones. Villagra no busca meternos miedo, no buscaba eso cuando se llevó a los soldados engañados, dijo, rememorando sus sentimientos y sus futuras quejas. Pudimos matarlo, dejarlo tirado en la oscuridad y no supimos hacerlo, antes de que sea la noche lo tendremos otra vez sobre los talones.

Sin decir nada más ninguno, echaron al galope los caballos y se hundieron en la lejanía. Prado se hundía más y más en sus pensamientos. Villagra vendrá a la ciudad, entrará por ella con toda su gente y me querrá formar juicio o tormento, me sonsacará a los soldados, tal vez traiga a su gitana para sonsacarme a Vásquez y a Santa Cruz y a Guevara, debe estar durmiendo o contando sus caballos, sus españoles heridos, alzando las lonas para buscar nuestras huellas. Le será fácil seguirnos, nos encontrará fácilmente, no debemos escondernos, ni darle tampoco la cara, tal vez me fugue un par de días, unas dos noches solo, cerca de la ciudad, en el bosque, hacia los cerros, donde pueda verla, contemplar sus calles solas, recién trazadas, la luna cayendo sobre los techos inconclusos, está en peligro, estoy en peligro, Guevara debió matarlo, pero se enredó en un perfume, en unas polleras, en la huella de unos muslos sobre el lecho, lo desnudó para acariciarlo, se puso furioso y amoroso al mismo tiempo, no lo mató, no lo hirió, lo dejó tendido, sollozando abandonado, envuelto pudorosamente en las sábanas bajo unos algarrobos. Podríamos volver a él, pensó, podríamos galopar y sorprenderlo, debe estar fatigado y triste todavía, no sabe quiénes somos ni cuántos somos, ni para qué vinimos a la tierra, ni qué mierda andamos haciendo, lo que deseamos u odiamos. ¿A

quién odio yo?, se preguntó bajando la voz y descendió del caballo y se quitó la ropa y la tendió en el suelo, sin mirar a nadie, sin querer hablar, sin desear que le hablaran, un caballo relinchó a sus espaldas, que sentía firmes y tibias, llenas de fuerza, de prodigiosa fuerza, comprendía que, a pesar de todo, había de tener suerte y salvaría a la ciudad y se salvaría a sí mismo y sentía sus músculos crecer y endurecerse bajo los ruidos de la plaza, las conversaciones de las calles, las risas y los dados sonando tras las ventanas. Se sentó desnudo en el suelo y los miró sonrientes e insignificantes a todos, y a Guevara y Vásquez y Santa Cruz lo miraron y echaron sus manos a las ropas y se las comenzaron a sacar. El viento era tibio y carnoso acariciándoles las espaldas y los pescuezos y los caballos sueltos trotaban gozosos en medio de la tierra perfumada, que era vasta y quebrada, y en la bruma de la lejanía se divisaba un bosque y tras él unos cerros y junto a su falda, agazapada en ella, se juntaba la ciudad. Villagra llegará a ella esta noche, yo andaré de paseo, tal vez lo mate o me mate, pero tiene que pasar mucho tiempo todavía, espera, espera, le decía la sangre palpitando en sus pulmones, empujándolo suave, espera varios años, muchos años, todo no será tan fácil ni tan alegre ni tan doloroso, todo ha de venir a su tiempo, todo lo traeremos tú y yo, traeremos la ciudad, iremos con ella a donde quiera que vamos, es nuestra, nosotros la hemos hecho, la estamos haciendo, estamos dibujando su calle e inventando a su gente, no dejaremos que Villagra llegue trotando y se la lleve robada, atravesada en su caballo. No, no que venga a eso, antes lo mataremos y nos quedaremos solos y Prado les preguntó si estaban fatigados y Vásquez sin responder, con cierta rigidez o tristeza, miró a Guevara, a Santa Cruz, a Julián Sedeño, a Fernán Rodríguez, les miró las botas embarradas, la ropa revuelta junto a sus cuerpos desamparados y se puso de pie y se acercó al caballo y abrazado a su pescuezo lo quedó mirando, lo estaba mirando hacia dentro, mirándole su propio cansancio, sentía el olor acre del humo y el clamor de los indios y movía la cabeza con tristeza. Es malo que ande ese hombre por aquí, dijo lentamente, y se puso de pie. Parecía muy alto y más delgado, más estilizado, como el humo del sacrificio, como la hoguera a los pies de Cristo, tenía suaves tobillos, rosados y gráciles, que comenzaban a tornarse robustos. Vásquez lo veía colgado de la cruz, desfalleciente y en cierto modo orgulloso, Villagra quiere crucificarlo, a eso vino, a juntar unas maderas y a buscarlo a él para adornarla, lo colgará desnudo, con el torso abierto y los borceguíes gastos y miserables, veía la larga cara de Prado borrarse hacia la desolación, como si ya estuviera viendo

sus padecimientos del próximo año, sus persecuciones, los sarcasmos del don Francisco, ese inclusero presumido. ¿Y por qué no lo mató?, se preguntaba, y miró a Guevara con deseos de averiguar dónde estaba Prado cuando ellos tanteaban en la oscuridad la tienda del Villagra y chocaban con sus centinelas. Uno de ellos, colorín de cara encapotada, le cruzó el arcabuz en los ojos y abrió la boca para lanzar el grito, pero no dijo nada, como si recién viniera reconociéndolo, anudando un recuerdo a esa sorpresa, quién eres, cómo te llamas, cómo está tu madre o tu suegro o el cura de Pontevedra, que era tu padrino. El soldado parecía un poco bebido y ausente, tenía la pechera empapada y en ella se reflejaban con tristeza los gritos de los soldados de Villagra, señor, señor, aquí hay cristianos, cristianos armados, cristianos disparando, él agarró el arcabuz y golpeó la pechera, ronroneó para caerse, para sonreírle pálido y criar una amistad, una breve amistad en un mesón de Pontevedra, vio ondear una bufanda, un pañolón de género grueso y claro y surgieron llamaradas y la cabeza del soldado estaba ardiendo en el suelo y en el suelo había unos vasos de metal, una botella de tierra, rota, unos borceguíes limpios, impecables, una espada envainada, la empuñadura de oro y la correa nueva y flores, muchas flores, caídas o desparramadas desde alguna falda o mesa y él alzó los brazos para disparar y lo rodeaban las tinieblas y sentía al soldado quejarse o canturrear, duerme, duerme hermano, dijo en voz baja y disparó en dirección a los caballos y entre el humo veía a un jinete rubio y pálido caminar cogido a las riendas de un caballo que lo seguía liviano, al trote, y apartaba arbusto, gente caída, armas, utensilios, atisbando más lejos, buscando la tranquilidad que yacía en la sombra de los árboles distantes y hundirse en ella, galopar en ella claramente, como acercándose a los dormitorios, alguien que huye, un cobarde, un enfermo, un hidalgo, Villagra tal vez, y avanzó disparando mirando las llamas en el suelo, alumbrando borceguíes, trozos de brazos trabados por las armas y las correas, gritos exprimidos, maldiciones y voces de sorpresa, alguien se quejaba quedamente, apartado de todo, arrinconado y desterrado en su dolor, metido en su propia herida que se abría como una flor en las tinieblas y echaba su dolor, su quejido, sus pétalos temblorosos, no había mucho ruido ni muchos disparos, sus manos encontraron en el suelo la cabeza de Guevara, la cogió del pelo para darle vuelta y vio las manos enguantadas golpeando rítmicamente sobre un soldado caído boca abajo en la tierra, como para hacerle botar sus toses o sus palabras. Guevara le sonrió feo y le señaló el ruido que surgía del

toldo, donde un caballo bailoteaba tapado por una lona y de la lona caían guirnaldas, flores, ramas verdes recién cortadas, las tinieblas se lo tragaban todo, las luces y los gritos, las piernas tendidas o agazapadas, ridículas, Villagra, Villagra, Villagra, alguien lo llamaba al don Francisco, una tranquila voz de alguien que está sentado al lado afuera y Villagra, si no está del todo ocupado, si sólo se está calzando un borceguí, pues el otro le sube ya abrochado hasta la cintura, o abotonándose la camisa de encaje o empolvándose los rizos, escuchará el llamado y acudirá en seguida porque es hidalgo joven y cuidadoso y aun se curvará un poco para acercar su oreja a la boca que lo llama, como si fuera insolentemente sordo, como si la madre lo hubiera dejado caer al cielo de humillación y abatimiento y rabia cuando lo parió sin padre en la cama fría de la casa de expósitos de Málaga y él creció solitario y callado, delgado y blanco, juntando su odio, sus palabras, su fuerza, para correr a la orilla de la mar y venir a las Indias a matar indios inocentes y caballeros traidores. Yo soy el capitán Guevara. Yo soy el capitán Guevara y vengo a tomarte preso, escuchó decir a su lado y estaba tan cerca que le tocaba el codo a Guevara y alcanzaba a recoger la humedad nerviosa de las palabras recién pronunciadas. Señor capitán, éste es mi brazo, contestó con voz entera y tenue Villagra, como si estuviera dispuesto desde mucho tiempo para que, a través de las tinieblas, viniera cabalgando el capitán hacia sus manos y Vásquez vio tenderse el brazo que daba fe de la palabra dicha, pero Guevara se dobló enorme, como si en vez de cogerlo preso hubiera resuelto quebrarlo o romperlo y el brazo de Villagra estaba cogido a su cintura como Pulgarcito a la cintura del gigante y por ahí gateaba infantilmente el don Francisco y rodaron por el suelo y por el suelo rodaba el olor de la gitana, un olor asoleado de almidón y flores y trenzas negras y claveles clavados en la oreja, estamos en 1550, estamos solos, sin carne y sin vino, sin dinero, sin naipe, sin esperanzas, sin familia, ocho hermanos pequeños y una hermana preñada dejé en Barcelona y la Amparo estaba volcada sobre el río lavando sus ropas y llorando y yo miro a la ciudad en la que sonaba la música hacia los arrabales y pasaron unos gitanos viejos haciendo sonar sus pailas y caminé en las tablas y me senté en los bultos para mirar la costa y este don Francisco trae su gitana, la que se embarcó con él en Cádiz o Málaga o Cartagena, la que llegó con él a Tierra Firme o el Cuzco, la que estiró la cama anoche y puso dobles sábanas porque el frío es grande y el amor es grande y precisa calor y lumbre y después penumbra, ah traidor, ah hijo de puta, Guevara pegó un grito más

de terror que de rabia, más de desconsuelo que de odio, más de desamparo que de venganza y lo sintió que olía a flores, a perfumes, a haldas guardadas de mujer y se abrió la oscuridad y caían de ella los caballos y los jinetes y quedaron revueltos por el suelo, ordenándose o enredándose más, clamando, buscando lumbre, pidiendo pólvora o yesca o clemencia y él sentía respirar a Villagra, respirar de triste y no de cansado, de romántico y no de acorralado y hundió su espada en las tinieblas junto al don Francisco, a quien veía solitario y friolento, sentado en el suelo como un infante, esperando que volviera la zagala. La oscuridad surgía de su pelo, de su boca sellada, pues el don Francisco nada más había dicho que su nombre y que estaba dispuesto, como entregándose en el altar en matrimonio o en el cadalso en sacrificio, se casa con la gitana y con la muerte, dijo, y lo vio que se levantaba a pedazos, que caminaba hacia él sujetándose el vientre, lo cogieron en brazos los soldados y lo trajeron para que él no tuviera que agacharse a recogerlo, una notoria atención, de todos modos, estamos peleando, sableando, deshaciendo su traición y son atentos, son sin embargo atentos, pensó Guevara y cogió el arcabuz y todo estaba correcto, no precisamente correcto, pero soportable, comprensible, estos despiertos, estamos todos despiertos y el único dormido es él el pobrecillo y lo miró con súbita y de cuatro súbitos sablazos deshizo el grupo que rodeaba al don Francisco y lo dejaba caer al suelo, donde se hundía en las tinieblas como un nadador en el agua, veía sus puños de encaje, su cuello con gorguera, su perfume de suave arroz diluirse en la oscuridad y trajeron antorchas, alguien, un soldado, había logrado prender antorchas y las traía desamparado y suelto por el medio del campo y cuántos somos nosotros cuántos somos, ahora nos van a contar, van a barrer el suelo con las antorchas para contarnos tranquilos, dijo para sí Guevara y salió caminando con dignidad, sintió el viento libre y tibio y comprendió que iba a llover antes de una hora y corrió por el campo y también corrían tras él Vásquez y Ortuño y Sedeño y Fernán Rodríguez y trece soldados y ahora no gritaban, corrían en puntillas para no hacer ruido y que no los persiguieran, pero no los perseguían, la tienda del don Francisco estaba hundida siempre en las tinieblas, parecía que estaban cuidando a los enfermos, caminando quedo para no molestar al afiebrado y al herido. ¿Cuántos somos, Vásquez? ¿Cuántos somos, señor?, le había preguntado él horas antes a Prado, cuando estaban con el cacique y el cacique hizo dibujos de soldados, de caballos, de horcas en el suelo y les franqueó los ojos despavoridos para que comprendieran y se

asustaran, deben ser españoles, explicó con tranquilidad, como si aquello fuera natural, españoles que han bajado de las sierras y subido del infierno y van para Chile y vienen de Chile a buscar refuerzos, a buscar y traer guerra y muerte y cepo y cuerdas y traiciones, a nosotros deben buscarnos, dijo Prado, y estaba de pie y tranquilo, tenso, nada de nervioso y montó a caballo y lo vieron enorme y desesperado de repente y el cacique estaba todavía dibujando chozas y cruces en la tierra como si no supiera hacer otras musarañas y cogió el arcabuz para hincarlo en la tierra y sacar de él más cruces, cruces de Cristo el pobrecito para que no los mataran, pero los mataban para que no los hirieran, pero los herían, cruces hechas por las mujeres de los indios las pobrecitas, para que no las desnudaran, pero las desnudaban y el humo subía por sus pechos y ellos se reían y echaban los caballos sobre ellas y el clamor se alzaba y se apaciguaba y los caballos se alejaron botando guano y los españoles reían furiosos, clamando contra el cielo y contra las montañas, contra los demás españoles, los españoles de España, del Perú y de Tierra Firme que estaban ahí, al otro lado de la lejanía, de pie en los salones, a la orilla de los grandes ventanales, junto a las donosas polleras, viendo entrar los galeones cargados de oro, de frutos tropicales, de antiguos llantos y sudores y sangre vertida por unos trozos delgados de oro pálido, por unas lenguas desoladas de tierra, por unos indios despavoridos que se quebraban en la cintura e insultaban enloquecidos y grotescos y agradables y divertidos. Y ahora ahí había quedado el don Francisco, ausente, inocente, adormecido por la pena, llorando él también su tragedia, su desgracia, su juventud, quedándose solo en las tinieblas, y la gitana se fue cantando a media voz y lo dejó solo, le dejó su perfume para dejarlo más solo, para que se notara mucho más su ausencia y el perfume empapó las manos de Guevara y Guevara se las pasaba por la barba negra y estaba casi contento, furioso y goloso y deseoso de aventuras portentosas e increíbles y sólo estaba ahí ese debilitado perfume escurriendo por los debilitados hombros del don Francisco y don Francisco se desmayaba en los brazos de sus soldados. Parece un hidalgo y es capaz de cualquier villanía, dijo Vásquez trotando ya junto a Prado, caminando ellos al paso, descansados o cansándose de trecho en trecho, de hora en hora, para estar completamente fatigados hacia la medianoche, cuando venga el don Francisco galopando hacia nosotros, hacia la ciudad, hacia sus murallas, sus techos, sus ventanas, sus puertas, sus portalones, sus macetas con flores, sus ramas con pájaros, sus ojos de agua con luna o con estrellas o simplemente con hojas secas, ya amarillas, ya

humedecidas por las primeras heladas del otoño.

Prado parecía tener frío o fiebre, tiritaba visiblemente y tenía la mente hacia dentro, el pensamiento hacia dentro. Miró a Vásquez, a Sedeño, a Guevara, a Rodríguez, a los trece soldados que iban tras ellos. Villagra vendrá esta noche a buscarnos, dijo, deben estar despiertos, desperezando su sueño, buscando en la oscuridad nuestra huella, contando las herraduras, los tacos de los caballeros, deben saber que somos pocos. Pocos somos, dijo alzando la voz Guevara, pero con la intención de dejar establecido que no lo eran tanto, treinta soldados dispuestos, amarrados al caballo, abrazados al arcabuz no son pocos, señor. Peleando seremos muchos, furiosos seremos muchísimos, cuando tengamos heridos, algunos muertos, ya seremos tantos, tantos seremos que el don Francisco tendrá que sollozar verdaderamente de horror y de soledad. Los caballos golpeaban el suelo y alguno, de cuando en cuando, relinchaba amorosamente, estremeciéndolos, el día estaba nublado y el cielo bajo y amenazante, el viento soplaba con extrema dulzura, empujándolos con quietud para que no se apresuraran, corran, corran, troten otra loma, otros árboles, otras rocas y llegarán a la ciudad. Debe venir mandado el don Francisco, dijo pensativo Prado. ¿Por el rey, señor?, ¿por el virrey?, preguntó casi con sorna o servil sorpresa Vásquez. Por Valdivia, tal vez, tal vez por él mismo, rezongó y se quedaba ensimismado. Parece buen hombre, dijo suspirando. Parece mentira, suspiró después. Tenemos que ganar la ciudad y defenderla, dijo Vásquez, el don Francisco debe venir con hambre de recoger un poco de gloria y de nuestros huesos querrá rasparla. Vendrá, vendrá mañana o pasado mañana, aseguró Prado con fatalidad, debiéramos salir a recibirlo en gloria, señores, ¿o no? No, no, no puede ser, gritó Guevara chicoteando el caballo y alzándolo de patas, metámosnos en cama, encerrados bajo llave, poseídos por la peste, moribundos, podridos dejémoslo entrar, que camine por las calles, que se pierda por los patios y los pasadizos y los zaguanes, que entre en ascuas con todos sus soldados, con todos sus perros, se perderá, lo perderemos, la ciudad es una trampa, ella debe ayudarnos a perderlo, o lo cogeremos en el sueño, debe estar fatigado el pobre cristiano. Caminaban al trote, el cielo encapotado se había roto a trechos y por él les caía un puñado de sol como una pintura infamante y aristocrática, se veían tristes y animosos, convalecientes, derrotados, enteros. Guevara miraba ensoñado, sonrientes los labios bajo el bigote sedoso, parecía bebido. Podría llegar esta misma noche, podríamos recibirlo con cruces, con muchas cruces, para que se acordara el infelice, es bueno que lo

hagamos recordarse un poco, señor, yo me vestiré de gitano para venderle unas baratijas, le cantaré flamenco. Se rió solo y su risa sonaba desmadejada y celosa, Prado lo miró con desconfianza, él ya nos cantó unas coplas, Juan, ¿cuántos soldados nos sonsacó en los Chinches? Gómez el ciego, Jiménez, Portales, Albañés, ¿no se fueron con él? El padre La Gasca nos echó su bendición, nos dijo que galopáramos hasta Tucumán a traer a Dios y al rey, la bandera de Dios y la bandera del rey, el padre Germán nos prestó oro para comprar caballos y armas y víveres y voluntades, la gente me buscaba para para preguntar si yo era Juan Núñez de Prado y si partiría en agosto o en septiembre. El padre Germán nos acompañó hasta el desierto, donde se nos murió de fiebre en cuatro días. ¿Se acuerdan, señores? Sí, se acordaban, veían al padre Germán tendido en el suelo, gordo, inmenso, transpirando y pidiéndoles las manos, se quejaba y rezaba, pedía el rosario, pedía agua, llamaba a Cristo, llamaba a Prado, preguntaba por La Gasca, ¿el presidente, el presidente?, lloraba despacio alzándose del suelo, como si al presidente le hubiera pasado algo. A veces, a diez pasos de él, en las noches, sentían ruidos de animales, arrastrarse de indios hacia los árboles y mientras él se quejaba feamente, disparaban los arcabuces encima de él, iluminándolo, regresaban y la luna helada lo mostraba en medio del campo, hinchándose entre las raíces y los arbustos, disparaban tres veces, sonaban gritos de indios más lejos, el contorno se llenaba de voces y de disparos, se olvidaban del viejo y cuando tornaban a las tiendas completamente caído en el suelo, boca abajo, hundiéndose deshonesto en la tierra, las manos agarrotadas en ella, como escarbando a Dios padre, al rey, a La Gasca. Lo alzaron y tenía la boca llena de sangre y los ojos inmensos y abiertos, grotescos y obscenos, nada de cristianos y hasta se veía más viejo. Había vivido con ellos, sabedor de que en la tierra tendrían que matar alguna vez por el rey o por Dios o por la simple pasión, era rubio y de gran salud, se quejaba siempre de tener demasiado apetito y de la escasez del vino, los miraba llenos de risa los labios y les preguntaba si necesitaban más patacones, en los reyes dejé unas cuantas tinajas, se reía, junto a las tinajas del añejo y del amargo de Angostura, si me comen los indios se los comerá la india Pascuala, se comprará más enaguas, se comprará aretes y pulseras y collares, se comprará al indio Sebastián, es joven el indio Sebastián, flaco como un pájaro, decía tosiendo de risa primero y después de dolor, de fiebre, de súbito terror, llamando a la india Pascuala, llamando al virrey que estaba en la bodega trasegando una buchada de añejo el badulaque y mirando el

atardecer entrar por los vidrios helados del zaguán. Prado miró al viejo y se hincó, Vásquez tenía la cabeza del padre en sus rodillas y, mirando a Prado, la dejó en el suelo, el viejo tenía el hábito mojado y un poco hediondo a vino, un vino antiguo paladeado en las tardes ardientes de la ciudad de los Reyes mientras miraba las medias rayadas de la india subir los peldaños de la sacristía y arreaba ella un olor a fritanga y a bosque y él la miraba preguntándole curioso si habían ido ya los soldados a buscarlo, vendrán esta noche de seguro, decía riendo bajito, harán sonar sus armas aquí mismo y yo haré sonar los patacones y juro por Dios que los haré ponerse pálidos. Se ponían pálidos acordándose de él. ¿Cuántos meses?, se preguntaba mirándolos aburridos y pesarosos, yendo al paso de los caballos que golpeaban las primeras piedras. Se adelantó Prado y se perdió solo en las calles. Algún soldado rezagado bostezaba sin apuro mirándolo entrar con indiferencia, algún indiecillo lloraba en inútil escándalo, sonaba el río distante e invisible, había un tamizado olor a lavaza en el aire y el sol pegaba con fuerza sobre las ropas, sobre las ropas mojadas de los soldados, sobre los caballos enflaquecidos y cansados, sobre sus tristes lacrimosos ojos, pero estaban todos ahí ahora, estaban hacía unas horas hundidos en las tinieblas, como perdidos, como se hundía el padre Germán en la arena del desierto para gritar hacia España o por lo menos hacia el Cuzco o hacia las bodegas donde se borraban las tinajas con el vino y el oro, se murió antes, mucho antes, meses antes, era todavía el verano y cuando Vásquez le cogió la cabeza al viejo estaba transpirando y ese olor de vino que surgía de sus ropas era quizás un poco de transpiración que antiguamente manara de su cuerpo afiebrado y tuvo también deseo de beber vino, de emborracharse, de buscar mujeres, camorras por mujeres y no por indios, por unas polleras y unas enaguas y no por un cáliz y una bandera. Espoleó a su caballo, iba subiendo cerros, lomas, pasando bajo los árboles con el deseo de llegar tras de las nubes hasta el sueño del don Francisco, tal vez tampoco para luchar con él, para apuñalearlo e insultarlo, sino solamente para decirle que él también se sentía solo y desamparado y como perseguido, que lo perdonara, que él lo perdonaba y comprendía que incluso había galopado para asesinarlo, para robarle, para llevarse la ciudad bajo el mandato de Valdivia o del rey, pero la ciudad no, las calles no, las casas no, no lo dejaría, no las dejaría. No lo dejaré, no señor, balbuceaba Prado, hundiéndose en los árboles, galopando ya, loco y suelto, suelto el pelo que volaba en el aire lluvioso, mirando las estrellas asomar tras las nubes, el cielo teñirse de frío hacia el poniente y anunciar un

mejor tiempo, un buen otoño, un agradable invierno, quizá no caiga nieve por aquí y tendremos flores todo el año, llenaré los balcones de rosas, traeremos violetas de España, enviaré misiones que traigan flores cálidas de los Reyes, frutas de las islas, mucho vino, abejas y pájaros y todos los caballos y perros del don Francisco, le pediré que me venda sus mastines, le regalaré dos casas, tal vez una calle entera, si le gusta se la podríamos amarrar a la silla, debe estar esperando de soledad y pena, es tan joven, tan pobre, nació en un orfelinato y después la madre se arrojó al Guadarrama, le rogaré que se quede conmigo y juntos, rodeados por los perros, cuidaremos la ciudad, la miraremos crecer como a nuestros nietos, como a los sobrinos que se quedaron en las montañas de Asturias o en la tierra de los aztecas o que estaban veraneando en un convento en Tierra Firme cuando el temblor echó abajo las casas y la torre de la catedral y había un fraile colgando de la campana y se quedó badajeando bajo tierra, los indios dicen que todavía toca las campanas por las noches y echan los ojos crédulos hacia el cielo vacío. Haremos un campanario enorme aquí, cerca de la nieve.

Llovió de hecho muchos días y en los momentos en que no caía la lluvia y no soplaba el viento, se sentían ruidos de armas en la ciudad, disparos perdidos y lejanos y el capitán Juan Núñez andaba lejos, hacia el bosque, más allá de la quebrada de Arqueros, con Vásquez o solo, con Ardiles o solo, con Santa Cruz y el padre Carvajal, a veces solo. En la madrugada, cuando todavía no escampaba la lluvia, sentían salir al galope su caballo, dos caballos, tres caballos y ruidos de herramientas desde luego. Estuvieron los soldados una mañana en la casa de Julián Sedeño y en la casa de Antón de Luna y les pidieron herramientas nuevas, esas que todavía no usamos, las vamos a usar ahora. ¿Qué hacen, qué van a hacer?, preguntó curioso y con desmadejado temor Antón de Luna. Estamos haciendo tumbas, cavando, Antón, vas a morir, los pecados te están pudriendo el espaldar y el vientre. Se iban dejándolo en la puerta enredado e incrédulo, se iban haciendo sonar de intento las herramientas colgadas en la grupa de los caballos. Desaparecían en la bruma y después llovía largamente y ellos estarían en alguna parte cavando la tierra bajo el aguacero, rompiendo la meseta. ¿Para qué, Dios mío?, se preguntaban los soldados y miraban hacia la casa de Prado. La casa, frente a la plaza, sombreada por grandes árboles, estaba toda iluminada, con luces veladas, rojas y verdes, pasaban sombras por las ventanas, se sentían, tal vez, quejidos, voces sordas y dramáticas, rezos, trozos de rezos completamente claros, llenos de modorra, de tristeza, de padecimiento. ¿Quién se

muere, quién está muy enfermo en casa del don Juan? Él salió esta mañana al galope, con Santa Cruz y Vásquez y Villadiego, llevaban palos y azadones y maderos y cordeles, iban callados, sin mirar, sin mirarse, golpeados, las palas, las patas de los caballos, daban las diez de la noche, la medianoche y los soldados velaban las calles, la casa de Prado, la iglesia donde oficiaba el padre Carvajal, alguna gallina cacareaba con terror en la oscuridad y escarbaba la tierra, sonaban disparos de arcabuces a lo lejos, se escuchaban voces altas y tamizadas, voces que llamaban a alguien invisible que venía trotando sin apuro la loma cercana, voces que despedían a algún viajero que se iba. ¿Quién venía llegando, quién se iba para Chile o los Reyes? Los soldados paseaban las calles y se plantaban frente a la puerta de Prado, de Guevara, de Vásquez, de Santa Cruz, ellos no estaban, pero sus casas se veían iluminadas como esperando al médico o al enviado fatal y urgente del rey o del virrey. El viento sacudía los árboles y remecía los techos y hacia la madrugada sentían trotar a los caballos bajo el temporal y entrar por las calles solas, hundidos en el lecho los sentían resoplar y relinchar con fatiga, sentían a los jinetes descender mojados y sonar las botas llenas de agua. Alguien elevaba una voz de mando triste e inútil, sonaban los tacos de un centinela, alguien caía al suelo y gritaba una india, calle abajo caminaban rápidos unos soldados, se apagaban las luces en las casas de Vásquez y de Santa Cruz, la iglesia quedaba bajo el cielo frío y húmedo brillando desamparada, se apagó sola la última vela en lo hondo del humilde altar, pasó por el patio una luz y unos pies que la arrastraban hasta el lecho, se sintió orar en voz alta al padre Carvajal, con voz entera y madura, un tanto satisfecha, señor Dios, señor Dios, no nos desampares de noche ni de día, oh Dios, no nos dejes solos, a su lado, casi con furia, repetía el padre Cedrón, oh Dios, ya nos habrás desamparado aquí en las Indias donde estamos, oh Dios, hazte un poco indio y baja por el desierto hasta nosotros, oh Dios, vente con la ropa de Villagra y los perros furiosos del don Francisco te guiarán hacia nosotros, él viene a robarnos la ciudad y a desampararnos porque tú nos desamparas, oh Dios, de dos zancadas atraviesa el páramo y mira las zanjas que hemos hecho, están llenas de agua todavía, tendremos que esperar un poco para llenarlas nosotros porque quieren matarnos en tu nombre y en el del rey y no lo permitas, Dios, Dios lejano y vengativo, no lo permitas, Dios, oh Dios, oh Dios, se sentían los rezos en la casa de Prado, en el comedor o en el dormitorio, alguien sollozaba de dolor de vientre o de muelas, alguien tosía muy enfermo y muy solitario, oh Dios, Dios estaba

lleno de voces, de toses y de humo, se veía a Prado pasar frente a la ventana, la sombra era enorme y amenazadora, trágica e indecisa, se estaba mordiendo la mano enguantada, la mascaba con desesperación, le dolería mucho el vientre, oh Dios, haz que me duela el vientre, oh Dios, tráeme los dolores legítimos de la guerra, pero no los dolores humillantes e infantiles que sufría cuando robaba fruta en las huertas de Valencia y Granada. Pasaba por la ventana la sombra desesperada del padre Carvajal desgranando el Rosario, hojeando apresurado la Biblia para encontrar el versículo, la bendición exacta, la maldición exacta para atajar a Francisco de Villagra, oh Dios, haz que no entre a la ciudad y si entra, déjalo dormido de súbito para que lo matemos, oh Dios, haz que la gitana… La lluvia tapaba todos los ruidos y con la luz enferma del día se apagaban las luces en la casa de Prado y los soldados que velaban en la calle dormían de pie y tiritaban largamente. Adentro sonaban los cerrojos, sonaban las puertas, sonaban las armas y por la puerta de más adentro, la que daba al huerto, al río y los árboles iban galopando los caballos, muchos caballos, iban ahora ellos, el padre Carvajal y el padre Cedrón. Pasaba poca gente por las calles, sólo el ruido del río se metía por las calles solas y entraba en los cuartos, sólo el recuerdo de don Francisco de Villagra, bajará cualquiera tarde por la loma, vendrá a coger venganza, a alzar unas horcas, a buscar a la gitana debajo de los muebles, entre las ropas, en los ojos desorbitados de los soldados. El viento soplaba abriendo las puertas y azotando las ventanas, volaban papeles por las calles, plumas de ave, el bordado sucio de alguna camisa, cacareaban las gallinas siguiendo una invisible pista de lombrices, se metían en la hondonada, cacareaban alegres y escandalosas, descubriendo una nueva ciudad, un nuevo país, otro aire, un poco de sol nuevo y huían, huían despavoridas porque ahí mismo estaba durmiendo un soldado que se levantó asustado y desde el hoyo empezó a bramar insultos o gritos de auxilio y misericordia y sus botas sonaban hueco en la calzada y miraba el humo que salía del arcabuz, un humo frugal y doméstico que se escurría de algún tejado, al otro lado de la iglesia, al otro lado del río y empezó a gritar, eh soldados del rey, eh cabrones, maricones hideputas, dónde están, dónde se metieron, mierdas, salgan de debajo de los muebles, de debajo de los barriles, y como nadie le contestaba, pues estaba solo en la ciudad, empezó a sentir congoja y se sentó junto a una puerta para entristecerse más y dobló la cabeza en sus rodillas y se quedó dormido. Las gallinas tornaban a él, cacareando despacito para no despertarlo, una le picoteó los borceguíes manchados de sangre y lo miró con

extrañeza, bajo el gorro de soldado escurría también un poco de sangre entre el pelo rubio y nuevo, era una cara joven y alegre, rápidamente asustada, un rictus de dolor o disgusto le alzaba el labio y mostraba los dientes firmes y sanos, el arcabuz estaba en el suelo, entre los borceguíes y en ellos goteaba la sangre, otra gallina saltó sobre sus muslos y lo miró con sorpresa, torciendo la cabecita para escuchar un misterio, pero no salía ruido alguno del cuerpo del hombre, no roncaba, no estaba dormido, ni herido, ni cansado, no tenía ya quejas que echar, maldición alguna que lanzar a los soldados que se fueron y lo dejaron solo, se fueron y me dejaron solo, había gritado unos minutos antes, diez minutos, un cuarto de hora antes y se sentó al sol, junto a la puerta que azotaba el viento despaciosamente, abriéndola y cerrándola para cansarse, para desfatigarse y no coger terror, las gallinas, finalmente, sin tener nada que picotear, nada de qué alborotarse, se tendieron junto al hombre, cerrando los ojos, entreabriéndolos amodorrados por el calor. Lejos, al final de la calle, surgió un soldado, se acercó lentamente, se metió en una casa y trajo un garrote y después un arcabuz, se puso las manos en los ojos para mirar con sosiego y de repente se le cayeron y echó a correr en dirección al río, volviéndose de tanto en tanto y echando gritos desalentados, gritos desamparados, pues la calle estaba sola y el hombre sentado en ella no hacía movimiento alguno, parecía pacíficamente aposentado, tal vez un poco desmoronado por la fatiga o el sueño, nada más, un hombre al lado del camino, en las afueras de la ciudad, aguardando el carro con las espigadoras y los aldeanos que lo llevará a otra ciudad. El viento sonó largamente e hizo alzarse a las gallinas, que corrieron barriendo con alas la tierra, el hombre tenía la cabeza un poco caída hacia la puerta, como si hubiera querido absorber los ruidos interiores, los gritos de odio que debieron decirse los españoles anoche mismo, la madrugada anterior cuando llegaron calados por la lluvia y molidos por el cansancio, el viento le sopló la cara, hizo volar sus cabellos desteñidos y largos y volteó finalmente la gorra. Lejos sonaron disparos, disparos que se iban acercando, bajo los árboles alguien reía confiadamente, golpeaba el pescuezo del caballo para subrayar su risa y el caballo relinchaba suavemente, como respondiéndole, sonaron más disparos y vino después el claro sonar de las herramientas y entraron por el camino los primeros soldados, venían embarrados y envejecidos, abrumados por muchos días de trabajar en lo hondo de la tierra para abrirla y hacer trincheras y zanjas y hoyos donde echar a los muertos, ¿a cuántos muertos, señor? Tras ellos, descansados, serios, ausentes,

cabalgaban Prado, Vásquez y Santa Cruz, los arcabuces atravesados en los pescuezos de los caballos, las orejas alertas, despiertas, pues ellos venían dormidos. Prado parecía más grande y más delgado, miró al hombre que estaba sentado en la puerta, en su propia puerta. Lo miraba desde lo alto, lo veía mejor, era muy joven, ¿cuántos años tendría, cuántos años en la tierra? ¿Veinticinco, treinta, treinta y tres? Dios mío, tu edad, Dios, tu misma edad. Sentía sonar en sus oídos los golpes de las palas, de los azadones rompiendo la tierra, sentía el puro y fresco olor de la tierra recién abierta y veía ahora al muerto sentado frente a su casa, no alcanzó a entrar, la muerte lo alcanzó aquí mismo, desearía, sin embargo, entrar hasta las piezas, hasta el fogón o el dormitorio, por lo menos sentarse en la cabecera de la cuja para esperarme y esperarme su tragedia o su aventura, ésta que le desgarró la vida, no lo conozco, no sé quién es este hombre, esta cara española, esta cara meridional y apasionada, asoleada por las costas de África o de las Antillas, lo miraba y se bajaba lento del caballo, sin despegar los ojos de él, sin despegar los labios que sentía secos y nítidos, labios que deseaban pedir socorro al padre La Gasca, al padre Carvajal, al padre Cedrón, qué quieren de mí, qué es lo que quieren estos demonios de mí. Alzó el brazo para llamarlos, para llamarlos a los tres, también al muerto, pero ellos ya se iban, se iban todos haciendo sonar dulcemente las armas y las herramientas, dejando caer briznas de tierra, de pasto húmedo, hojas perfumadas y mojadas, miradas tristes y desconfiadas, gestos de profundo cansancio, se fueron haciendo sonar leves los borceguíes y cuando ese ruido ya no estaba con él se sentía más solo, rodeado por la soledad del bosque lejano, por la soledad de los cerros, de las profundas trincheras desgarradas, llenas de silencio, esperando ser llenadas de ruido, por lo menos de voces, de voces de auxilio o de socorro, de palabras de traición o de amor o de odio, al fondo de la calle divisó la sotana del padre Carvajal y suspiró, agarró la puerta y la trajo hacia sí, me llevaré las puertas, las ventanas, sacaré las tablas de los pisos, desclavaré los techos, desgarraré la ciudad, se sintió fatigado y miró al padre. Han encontrado un muerto aquí, dijo, en mi misma puerta. El padre Carvajal no dijo nada, no preguntaba nada, como si todas las preguntas estuvieran de más, fueran sarcásticas o insolentes o simplemente peligrosas o llenas de escándalo, lo empujó por la espalda hacia el pasadizo, veía brillar en el fondo una jofaina con agua, una silla, la sábana blanca de la cuja deshecha. Me llevaré la jofaina, me llevaré el agua, esta misma agua, me llevaré la cuja. Se sentó en la cuja, donde se había sentado él,

estaría frente a él y le habría dicho… ¿qué podía haberle dicho si no eran palabras sin remedio?, me estoy muriendo, Juan, don Juan, me mataron, me hirieron por la espalda unos españoles de Villagra o de Villadiego o de Ardiles, me estoy muriendo, me muero de sed, écheme el agua de esa jofaina y él no lo habría mirado si quiera, no hubiera temblado de compasión o miedo, porque alguien que se está muriendo también está vivo, todavía no saltó al vacío, está en la misma orilla y todo es igual y sin remedio, están los dos vivos, tú y él, él un poco más porque es más joven, pero ahora estaba muerto y cuando se lo llevaron Santa Cruz y Vásquez, lo llevaban arrastrando como si estuviera borracho o desinflado, borracho por la muerte, desinflado por la vida. Sintió caminar a los centinelas en el fondo del patio, golpeaban con dejadez la tierra, sin mirar a parte alguna, como ciegos o como dormidos, parecían estar señalando ciertos límites peligrosos e indiscutibles, los límites donde, por ahora, estaba aposentándose la muerte, donde eran recibidos con misterio los muertos, donde se reunirían esta noche y todas las noches, con las luces apagadas, para conspirar.

Se puso de pie y cerró la puerta y el padre Carvajal estaba también de pie y lo miraba con sosiego, como si esperara que le dijera alguna palabra desesperada para acudir en su auxilio y echarse al agua para sacarlo ahogado y sentarlo en la cuja para que estrujara la muerte. Debe ser un mensaje misterioso de Villadiego, tal vez, padre, explicó y sintió sus propias palabras y la voz era desolada y sin esperanzas. ¿Quién, el muerto?, preguntó alegre y mundano el cura. Yo no veo misterio en eso, Juan, es sólo un muerto, un muerto como cualquiera otro, sólo que más cansado. Se sentó en mi puerta, padre, dijo él con recelosa porfía. No, se sentó en una puerta, porfió el padre, una puerta como tantas, una puerta de la ciudad. No habría sido lo mismo si se hubiera metido en tu casa, acostado en tu cuja, Juan, eso sí que habría sido para que te desesperaras. Se quedó callado el padre, se hundía blandamente en la silla, a los pies de la cuja, y lo quedaba mirando para que le contestara. Tengo miedo, padre, explicó, pero un miedo concreto, a pesar de ese muerto, su juventud, su simpatía, me han hecho ver terribles visiones. ¿Qué temes, Juan? Temo a Villagra, al don Francisco, a sus tenientes, a sus soldados, creo que todos debemos temerlos. Padre, padre, yo me quiero llevar la ciudad, sus calles, sus casas, sus balcones, la iglesia, los santos, los bancos, el altarcito de palo, la madona de palo, su crucecita, hasta el agua. El padre Carvajal se puso de pie y sonrió con desconfianza. La llevaremos hacia la sierra, más hacia la sierra si peligra, Juan, hay que

escribirle al virrey para decirle que nos quieren despojar de la ciudad, hay que llevársela para mostrarla, atada entre dos yuntas de mulas, sobre las espaldas de un centenar de indios, pero no lo diremos a nadie todavía, solo redoblaremos la vigilancia, la desconfianza, velaremos sobre todos los españoles, no los vaya a estar pudriendo ya el Villagra como pudrió a fulano y a mengano y se los llevó con susurros a su toldo. Los centinelas cerrarán la ciudad desde esta tarde, nadie saldrá vivo del límite de sus calles, nadie encenderá luces cuando caiga la noche, prohibiremos las reuniones y los grupos, las conversaciones en voz alta, las algaradas, las carcajadas, los gritos destemplados y airados, mataremos a la ciudad para no matarlos a ellos. Si viene Villagra habrá ruido, Juan. Antes haremos ruido nosotros, contestó pensativo. Antón de Luna y Alonso del Arco están presos, engrillados, hundidos en la tierra, muy abajo, padre, muy abajo, se sonrió fríamente como con tristeza, pero no era tristeza ni melancolía, si se quejan nadie los oye quejarse, hace siete días que están encadenados codo con codo para que no se sientan solos, los sudores, las lágrimas, los orines, los mismos rezos, las mismas maldiciones, los unen ¿queréis que bajemos a verlos? Yo bajaré a verlos si los matas, Juan, ¿los vas a matar? ¿Quién lo ha de saber, padre, si no es Dios mismo? Yo no sé si los voy a matar. Si los mato es porque ya están muertos. ¿Sabéis que hay horcas en las cuatro esquinas de la plaza? Las podré ver desde la cuja cuando me desvele en las noches, las podréis ver desde el altar o el confesonario cuando la soledad o la obligación os acerquen a Dios y a sus santos. Rezaréis, por ellos, padre, por el pobre Antón, tiene treinta y cinco años y dejó familia en Alicante, y por el pobre Alonso, un fanfarrón de treinta, llora a veces, cuando cae la tarde y forcejea para desatarse de los hierros, tiene las muñecas llenas de sangre y costurones y voltea desconfiado los ojos verdes veteados de venitas rojas, llenos de odio. ¿Qué hicieron? Yo no quiero susurros y ellos se pasaban susurrando, yo no quiero gestos misteriosos y ellos se pasaban sacando cuentas con sus espantosos dedos, contando arcabuces, barriles de pólvora o cadáveres, siempre juntos como novios, hocico con hocico, pasándose palabritas de odio y de esperanza. Ahora ya están más juntos, ahora ya no se pueden separar, creo que los ahorcaremos amarrados, abrazados, en la misma horca, con una sola escalera y un solo nudo. Haremos ruido, padre, echaremos a volar el campanario de la iglesia, dispararemos doscientos arcabuzazos al cielo, quizás haremos volar un trozo de bosque, quemándolo, echaremos ruido a borbotones corriendo

como río por las calles de la ciudad, por estas calles que están dibujando, rompiendo la tierra y despedazándonos las manos, padre Carvajal, padre Gabriel, ¿qué importa, pues, si despedazamos a unos cuantos españoles? Mire lo que hacen ellos, me apuñalaron a un cristiano útil, lo guardan vivo, desangrándose lento bajo la tierra y las flores y cuando estamos lejos de la ciudad me lo dejan en la puerta de la casa mirando hacia el camino, pintándome con su muerte la madera y la cuja, mire lo que hacen, padre, y no mire lo que voy a hacer, y se puso de pie y cogió la espada tendida sobre la ropa revuelta de la cuja y se caló la visera y se enfrió mirando a los soldados de pie en el fondo de la casa donde lamía las paredes un sol delgado y tibio. Y cuando se fueron hacia afuera vieron las horcas clavadas en las cuatro esquinas de la ciudad y las escaleras estaban en el suelo y los cordeles estaban en el suelo y los arcabuces atados unos con otros y el cielo estaba atemorizado y descolorido y el sol escurría por las barbas sucias y estremecía el aire el golpe de los martillos clavando las maderas, clavando a Cristo en todas partes, haciendo cruces, cruces, cruces, como le hacían los indios al don Francisco y el don Francisco torcía el pescuezo por no verlas y los indios gritaban entre las herraduras y habían volcado las vasijas del agua y desparramado las flores y lloraban o recitaban rezos acumulados o maldecían con dificultad, con desganada frialdad y se echaban por la tierra para buscar las flores y juntarlas y recoger las cruces, armarlas luego luego y las mostraban por lo alto como si estuvieran en la iglesia o en la procesión de Corpus y se veían las polleras negras avanzar dentro del humo, pero el humo no olía a incienso triste sino a flores chamuscadas y a agua, se reían los soldados, mostraban una risa desencantada y floja, poco segura de sí misma la risa, solapada, deseoso de esconderse y de asomarse, miren lo que hacen estos indios ignorantes, miren los garabatos que les enseñaron por reírse y por cansados los de Tucumán, los de Tucumán somos nosotros, yo, Juan Núñez, mandado por el virrey y Vásquez mi teniente y el capitán Guevara y Villadiego que no quiere pelear y pasa cavilando filosofías y limpiando cuchillitos para sangrar a los afiebrados, haré que les eche una sangría a Antón de Luna y a Alonso del Arco, se dijo para sí caminando solo, pues el padre ya se había ido y veía su pollera ondear entre los soldados, entre los cordeles, entre el ruido del martillo y de los clavos, debe estar acostumbrado, el martillo y los clavos forman parte de la liturgia, su padre era carpintero y desde chaval sintió los clavos hundirse en la madera y él tenía que gritar demasiado, hasta las lágrimas, para que pudiera escuchar su madre que lavaba a diez

pasos, hundida a medias en el agua, y la ropa estaba blanca y celeste y el cielo estaba blanco y celeste y en él resonaban los ruidos del martillo, un sonar solemne y ronco, un sonar para mucho tiempo, para cien años, para mil años, millones de clavos, cientos de martillos y de hachas rajando las maderas, haciendo cruces que atravesaban los dedos, la carne de los dedos, los huesitos del pie y de la mano, se estremecía de lado a cada golpe y se quería desclavar y el viejo lo miraba con sus ojos apagados y golpeaba con más furia, con creciente pesadumbre y lo llamaba, pero él no quería acercarse a su madre, sumida soñadoramente en el agua y ella lo miraba sonriente y le daba aliento para escuchar todos los martillazos, para absorber todos los martillazos durante quinientos años, durante dos mil quinientos años y dieciocho semanas. Es un grandioso ruido, dijo para sí, agachándose bajo esa bóveda inmensa que apartaba el mundo y lo dejaba abandonado y solo, me llevaré la ciudad, dejaré las calles peladas, descuajaré las casas, esta noche arrancaré las puertas, se sentía tranquilo porque estaba seguro de que así lo haría y que tendría éxito. No me gustaba la ciudad aquí, entre los cerros y el río, me sentía ahogado, iba a estallar, iba a estallar ella cuando fuera creciendo y tuviera cien mil habitantes, cincuenta mil mujeres, ochenta mil chiquillos, ¿y cuántos conspiradores, cuántos traidores?, murmuró poniéndose lúgubre y calculando rápido, ¿cuántos traidores tenemos ahora que solo hay doscientos españoles y ninguna hembra? Sí, haremos un ruido saludable con las horcas, con los clavos, con los martillos, con las cuerdas ciñendo gargantas y ya no pueden salir los gritos, las maldiciones, los sollozos, mueren ahogados, encerrados, la ciudad se estaba muriendo aquí, el breve ruido del agua es un ruido idiota e inútil, bueno sólo para romper los nervios, para entrecortar el sueño, nunca agrega nada, ni un goce ni una esperanza, tampoco una extrema burla o una humillación tan distinto al ruido honrado del martillo reventando la madera, disparando los clavos, éste es un ruido concreto, definitivo, me gusta por lo rotundo y discreto, los romanos eran hombres tremendos, con un martillo y una docena de clavos conquistaron el mundo, edificaron este mundo en dos palos cruzados y un acusado flaco y triste secándose en ellos, en medio de las tinieblas, no fue crucificado en la cruz, ni frente al templo, tampoco bajo el vago cielo, fue abierto y sujetado sobre el mismo imperio, sobre los clavos egipcios que habían desterrado los antiguos, sobre las ciudades con sus arrabales miserables, ahí sonaron los martillazos durante siglos. Cristo fue crucificado, abierto, en la Suburra, en el barrio de los pescadores y de los prostíbulos, entonces no había

escaleras y Cristo fue clavado muy cerca de la tierra, como un pescado colgando del bote, tan abajo que los perros se paraban a olerlo.

Veía él que la ciudad estaba sola y solas las calles y cerradas las puertas de las casas y los indios lejanos no se acercaban y los soldados lejanos apretaban el paso y desaparecían cuando lo divisaban en la bruma, desaparecían bajo los árboles, por el puente del río. Sólo los centinelas paseaban las calles, sin mucho aparato, sin prestancia, cansados, desilusionados, paseaban ya sobre una ciudad muerta. El cielo estaba desagradable y alto, no soplaba el viento, no pasaban pájaros, no venían otros ruidos que los martillazos cruzando entre las nubes. Hablaré con Guevara y Vásquez, pero no todavía, tendremos que escribir algunas peticiones, elevar un memorándum a la real audiencia y al virrey, extraer buenas razones y justificar mi amor, explicar la traición del Villagra, los soldados que me robó, el soldado muerto que me sentó en la puerta, los decires y pesares de Antón de Luna y de Alonso del Arco y de ese tal Mendoza. Tres ahorcados justifican un cambio, murmuró no sintiéndose satisfecho, pero tampoco se sentía tranquilo ni contento, sabía que pasaría algo grande, algo grave y tremendo. Esta noche contaré las carreras, contaré los indios, en un día largo debiéramos estar cambiados, llevarnos la ciudad hasta las raíces, lo haremos por la noche, cuando la luz no sea tan violenta y la mudanza parezca menos trágica y más novelera. Se sentía fatigado, trabajado, consumido y, sin embargo, robusto, capaz de sostener en sus hombros el peso de la ciudad, con los muertos y con los vivos, me llevaré las horcas, no dejaré señales de traiciones, de dolores, de tormentos, me llevaré la ciudad, pero no sus miserias, mataré en estas calles a Antón de Luna y a Alonso del Arco, los dejaremos ahorcados cuando ya tengamos cargadas las carretas, tal vez me quede yo solo con ellos, solo apoyaré la escalera, solo cogeré la cuerda, pobres, pobres, andaban conspirando, se querían ir, yo también me quería ir, me quiero ir y a nadie se lo digo, sólo al padre Carvajal, pero él es como los muertos, recibe palabras graves, palabras crueles, de odio, de desconfianza y desconsuelo y las entierra bien abajo y las olvida, es un buen hombre, quiero que confiese a mis muertos. Bajó la voz y se detuvo asustado, pero aquel soldado muerto no era mío, ellos me lo enviaron para que no lo olvide, para que no me olvide de nada, Dios mío, ¿qué es lo que no tengo que olvidar, qué es lo que no puedo dejar en la ciudad, qué palabras, qué secretos, qué recuerdos? Oh Dios, estoy solo en la ciudad y me voy a ir con ella, me la llevaré a la tumba, moriré con

ella, oh Dios, ayúdame para llevarme a la ciudad, la llevaremos a una tierra más bella y más fructífera, es como una fruta frágil que necesita la mejor tierra para prosperar, es un árbol enfermo que hay que desarraigar y plantarle nuevamente para que se torne enorme y potente y se llene de ruidos de pájaros, del rumor del viento, de las flores de la primavera, si lo deseo lo haré, si lo deseo lo haré muy luego, dijo, y sintió sus propios pasos sobre la tierra sola. Los martillos ya no sonaban, ya no soplaba más el viento, él sólo parecía estar vivo en la ciudad. Todo estaba listo, esperándolo para que empezara a trabajar. Esta noche arrancaré las puertas y las ventanas, tendré que hablar quedo con Vásquez y Santa Cruz, Guevara amarrará a los indios, prevendrá los armas, esconderemos los arcabuces y echaremos el ganado hacia el río, harán mucho ruido, volveremos locos a los españoles, pero también estaremos locos nosotros y armados, no alboroten, hermanos, no sollocen, sean cristianos y hombres en las desgracias, ésta es una desgracia muy grande, la ciudad está edificada encima de un volcán, cualquier día estalla y vuela por los aires, la echaremos sobre las carretas, cincuenta viajes, una millarada de indios, mil espaldas abrumadas, muchos gritos, muchos lamentos, el ganado no lo podemos cargar ni sujetar ni amarrar como a esos dos soldados revoltosos ahora quietos, el ganado no lo podemos ahorcar, nos llevaremos lo más indispensable, un par de vacas, unos bueyes.

No dormiré esta noche, decía caminando apurado, deseaba llegar a la casa antes de que cayera el crepúsculo y su sombra corría por el suelo y él sentía miedo y se sabía más solo, más solitario y agarraba su mano a la espalda y se escurría alerta presintiendo que en cualquiera noche, saldrían soldados a tomarle preso y amarrarlo, átenme, átenme, échenme al suelo, llévenme fuera de las murallas, decía furioso, recordando cosas, sueños, antiguos deseos y sustos ya olvidados, átenme, átenme, si no no puedo, y tenía frío y teniendo mucho frío llegó a la casa cuando estaba oscuro y la luz estaba en el suelo, en el pasadizo, de manera que él la viera al entrar y se agachara y la cogiera y la pusiera donde deseaba, porque era el capitán, el gobernador de la ciudad, dueño de la vida de sus habitantes, dueño de la muerte, su muerte está en mis manos, si quiero la dejo suelta y saltará a sus pescuezos, miraba a la muerte agazapada, disimulada en sus manos, furiosa, aburrida, llena de odio, lista para saltar, soy dueño de la luz y de las tinieblas, esta luz lo muestra y lo dice, lo dice por ti, Juan Núñez, eres el dueño de la ciudad, pasea la antorcha por la cuja y verás que no hay nadie escondido en sus pliegues, aguardándote, ¿quién te podría esperar,

quién, ahora?, y puso la luz sobre la mesita y miró para afuera y vio pasar a algunos soldados corriendo y no tuvo miedo ni desconfianza, deben ir atrasados a pasear su guardia, a la casa del cura, a la de Guevara o Vásquez, se pasearán toda la noche, puede llegar esta madrugada Villagra y sus soldados y sus perros y tengo que saberlo. Se sentó en la oscuridad, sentía frío y miedo, estaré enfermo, me iré a desmayar, vio la luz que venía del otro cuarto y se levantó para ir a mirar y vio al centinela apoyado en un poste, en el patio, mirando la calle por la puerta abierta y no le dio furia que el soldado no se paseara haciendo ruido como era lo ordenado y lo correcto, me duele la cabeza, necesito silencio, no sentiré llegar a los caballos si pasea ese hombre y el compañero y deseó que se estuviera quieto toda la noche, incluso dormido.

Se tendió en la cuja y el colchón se hundía con él, se sentía apaciguado y a cubierto de peligros, sentía los ruidos completos fluir hasta él enteramente para que supiera de qué se trataba, de borceguíes, de bocas, de martillos, de caballos, del viento, no podré dormir y tampoco me puedo enfermar, deseaba hundirse más en la cuja para encontrar la salud y el sueño en el fondo, los sueños que dejé en Badajoz, en el quiosco de la música o en los balcones de las quintas. Me llevaré las ventanas, ahora las haremos con balcones, con rejas, si me levanto temprano podré desclavarlas todas esta misma noche y adivinaba que la noche se prolongaría de algún modo para que él pudiera trabajar a solas en las tinieblas, y sintió caminar al soldado sobre la tierra, tiene frío y quiere caminar, tiene sueño y quiere caminar, para entrar en calor, Juan, para no quedarse dormido, sentía el ruido del agua sonar en sus oídos, debe estar cerca del río, debe haberse desbordado con la lluvia y se acordaba cuando se había quedado dormido bajo la lluvia y un calor frío le recorrió la espalda y sintió terror de morirse antes de llevarse la ciudad y clavó los ijares del caballo y le caían las lágrimas, necesitarás de mucha salud, de mucha fuerza para hacer ese trabajo, Juan, no puedes enfermarte, noches, noches, necesitarás muchas noches para hacerlo, dejarás a los españoles sin ventanas primero, después sin techos, me llevaré las puertas al último, ellas solas son la ciudad y sintió cerrarse simultáneamente a los lejos y quiso recordar si había traído las herramientas, pasó la mano bajo la cuja y no encontró nada, sólo un cuello tieso, algo sucio, una hebilla, un pedazo de cuerda, la luz de la noche se metía por la ventana y el viento era delgado y frío, podría venir el padre Carvajal a traerme un poco de vino, la garganta le dolía. Afuera pasaron más soldados, alborotando, riendo tal vez, iban a caballo,

como a una parranda en el mesón cercano cuando estaban en Cádiz, listos para embarcar y ninguno sabía si el padre La Gasca venía a Las Indias y si el capitán Bazán también venía y esperaban todos que se decidieran luego y se sobaban las barbas y sentían su miseria y golpeaban las botellas en la mesa y las velas de los bergantines anclados en la bahía se hinchaban hacia la ventana. Fue un hermoso sueño venir a América, fue una suerte que me cogiera confianza el virrey, tuvimos gran suerte, Juan, y no la vamos a perder, hay que defender la ciudad, esconderla hasta que se vayan los mercaderes y los salteadores a robar otras tierras, a matar y despojar otros cristianos. Ahora los soldados que se paseaban afuera no eran dos, tampoco cuatro, eran muchos más, se paseaban o pateaban contentos la tierra y se reían con descaro, se reían ahí mismo y sabían que él los estaba oyendo, se reían con escándalo para joderlo y tenían luces, antorchas, estaban haciendo fuego, se hundió con comodidad en el lecho para escuchar sus voces y sus risas y con ellas armar un poco su soledad y su miedo, pero no comprendía nada, no eran cuatro, ni ocho, ni veinte, debían ser unos cincuenta, ahora su propia cabeza despeinada se veía grotesca e inerte paseada por la pared y la luz que estaba en el suelo lo miraba tristemente, con misericordia.

Después golpearon la puerta y él se alzó en el lecho, unos golpes discretos y recios, nada de amenazadores, pero tampoco respetuosos, voces de borrachos, golpes de borrachos, querrán beber y jugar conmigo, echar una mano de naipe, sacar unas suertes, la suerte de ellos, mi suerte, la suerte de la ciudad, la de Antón de Luna y Alonso del Arco, su suerte la tengo aquí, dijo apretando el puño y sintiéndolo enfermo y débil, están ahorcados, los habrán ahorcado ya Guevara y Vásquez y por eso alborotan ellos, ellos seguían golpeando con insistencia y ahora lo llamaban, lo llamaban porque sabían que estaba dentro y no era posible alzar las voces, ni gritar ni alborotar, el capitán Núñez ha prohibido a los nerviosos, los va a suprimir de la ciudad, junta maderas, apoya las escaleras y por ellas caminan los nerviosos y se van, se pierden, desaparecen, ya no vuelven, se reían suave y golpeaban y echándose del lecho fue a abrir. No abrió del todo, quedándose en la sombra para preservar su salud, su dignidad y sus órdenes, sacó la cabeza hacia la luz y preguntó alzando un dejo de voz, para hacer la jerarquía y la diferencia. ¿Y estos soldados? ¿Y los centinelas? Unos ojos crueles e insolentes lo miraron para verlo desnudo y no olvidarlo y sonreír en el recuerdo, arrastró un poco de condescendencia y de respeto. ¡Señor, diz que ya llegó a la ciudad don Francisco y que

vuestros centinelas ya no son vuestros centinelas sino carceleros!

Se abrieron algunas bocas para echar retazos de risa nerviosa y de helada respiración, se movieron las manos en los cañones de los arcabuces, como que trepaban por ellos, y él no dijo nada, miró su mano agarrada a la puerta para no caerse. La puerta era firme y dura, tendría que costar unas cuantas horas desclavarla de la madera, romper sus fierros, estaba seguro que sudaría, sentía risas apagadas y tímidas, juntó la puerta despacio, como cuando era niño, la arrancó y tornó al lecho, se metió en él con tiento, sin premura, sin escuchar nada, sin mirar, comprendiendo que había demasiadas luces, en la casa, en la calle, estaba muy en evidencia, muy expuesto. Los soldados conversaban ahora apresuradamente, como si después ya no fueran a tener tiempo, ignoraban la casa, la puerta de la casa, las ventanas, las paredes, lo ignoraban a él y hasta apartaron las luces, hicieron a un lado las antorchas, ahogaron algunas con el pie, clavaron otras en los árboles, entre las ramas y conversaron despacio crujiendo sobre los borceguíes. Se sentaban en las piedras, cruzaban la pierna y acostaban en el suelo las espadas y los arcabuces, él estaba completamente sentado en la cuja y los sentía parlar y pasaban soldados por la calle, conversando demasiado, como no lo habían hecho desde hacía varias semanas, riendo, riendo con toda la boca y pisando fuerte, pisando con confianza sobre la tierra, echando al galope los caballos, deteniéndose frente a la puerta los caballos y relinchando hacia acá, hacia tu cara, Juan, hacia tu miedo, Juan, hacia tus manos, ¿dónde están tus manos, Juan? Sentía correr a los caballos y ladrar a los perros, esta noche no se van a acostar los españoles, no les vendrá el sueño, los perros y las luces no los dejarán dormir, estaban ladrando junto a la pared, eran enormes y hermosos y parecían deseosos de seguir algún rastro evidente, ese rastro desvanecido en las tinieblas y que hasta el capitán Guevara pudo oler, vinieron a buscar a la gitana y que la hallen con vida, Dios, que la encuentren sana y salva, sus bellos dientes, sus negras trenzas intactas y su tembloroso miedo, más gitana y más hembra que nunca, oh Dios, que no ocurra una desgracia, que no le pase nada, pobrecita, debe tener quince años o menos, una desgracia nunca viene sola, oh Dios, haz que el don Francisco la encuentre rápido, y los perros ladraban furiosos y parecía que estaban significando que la gitana estaba ahí, escondida Dios sabe dónde, dentro de qué arcones, debajo de qué ropas de hidalgo, de tus ropas, Juan, de tus camisas, de tus calzas, de tus borceguíes, dijo mirándolos tirados en el suelo, todavía llenos de barro.

Un perro saltó contra la pared y después todos se callaron, los hombres y los perros y se alejaron calle abajo, ladrando, riendo alegres y descontrolados y ese rincón quedó feo y desolado y las antorchas clavadas en los árboles hacían más miserable la desolación, más honda la negrura de la noche que caía sobre la casa. Apagó la luz, caminó y apagó la luz del otro cuarto y se paseó a pie desnudo, mirando el suelo. Ya no son centinelas, dijo, ya no son centinelas, no los sentía respirar ni reír ni caminar en el patio, se fueron también. Los perros ladraban a varias cuadras en dirección al frío, se fueron y me vinieron a avisar y esto es una delicadeza, llegó don Francisco y me lleva los soldados, hasta los que tengo de centinelas y ahora soy carcelero de mí mismo y tendré que esperar una semana, dos semanas, un largo mes seguramente antes de que se vayan los perros, antes de que don Francisco se lleve robada la ciudad, y no se sentía ya enfermo, ni siquiera derrotado, ahora sé, ya vino, era mejor que viniera, esto hacía falta, y empezó a vestirse con premura, como si debiera ir a conferencias con Vásquez y Guevara y Santa Cruz y a decirle al padre Carvajal que mirara si debajo del Cristo tenía armas, arcabuces, algunos paquetes de pólvora, van a soltar, tal vez, a Alonso del Arco y a Antón de Luna, decía abrochándose las calzas, parado en mitad del cuarto y apretando después la faja y los puños de la camisa y buscando por el suelo la armadura y recordando cuántas espadas tenía y recordando sólo ahora que no podía salir, pues era prisionero, no ya el primer hombre en la ciudad sino el último seguramente, el más solitario y desamparado, el más inerme, el menos seguro, la primera víctima. Se sentó con desaliento en la silla, donde se había sentado el padre Carvajal para mirarlo con simpatía y se quedó pensativo. Me van a tomar preso, me van a mandar amarrado a un caballo hasta los Reyes, me van a procesar, a vejarme si quieren y no son zonzos, se van a reír de mí, de mis proyectos, de mis sueños, sabrán que quería llevarme a la ciudad, descubrirán las puertas que desclavé anoche, las ventanas que junté cerca del bosque antes de que empezara a llover, van a empezar a reírse, van a soltar a los prisioneros para que se rían y me van a amarrar a una puerta y a mandarme en ella a los Reyes. Eran unas veinte ventanas, calculó con pesadumbre y las puertas muy pocas, por eso sólo es más triste, más divertido y más espantoso, oh Dios, que no se rían, sería reírse de ti, la ciudad es una bendición tuya, el padre La Gasca me mandó a fundarla, a sacarla de la tierra, a formarla lentamente con terrones, como tú formaste a Adán y Eva, a los dos juntos, sentado en el suelo veía a Dios todo embarrado y

un poco espantado, aguzando los oídos para escuchar a las bestias que ululaban y sollozaban en la selva húmeda, surgiendo de las humaredas húmedas que fluían de los pantanos, mientras a lo lejos caía una lluvia sucia y todo el contorno estaba súbitamente iluminado por las nubes enrojecidas que se resolvían en lo hondo del crepúsculo, y sentado en el suelo, desgreñado y solo, enorme y transpirado, Dios estaba hundido en la humedad, metiendo las manazas en el barro como un obrero que está haciendo adobes, como los haré yo para edificarla de nuevo y quería escuchar hacia afuera, como Dios escuchaba hacia la selva y entreabría sus manos embarradas y febriles y se las pasaba soñoliento por la cara. No sentía a los perros ni a los soldados, sólo ruidos informes de caballos, llamadas de indios, tal vez ruido de armas, de carros, de yanaconas cargados llenaban los caminos y pesaban en la atmósfera. Estoy preso, no me puedo mover, decía atisbando la oscuridad en la ventana y comprendiendo aquello, don Francisco me va a quitar el mando, me llevarán a la audiencia, amarrado y derrotado, indefenso y ridículo y nada de trágico, como todo prisionero, se reirán, sabrán que estaba imaginando alzar la ciudad y llevármela, se la llevarán ellos, suspiró con ansias y cogió la espada y se la ciñó. Parecía estar listo para salir a alguna improvisada solemnidad, para entrar a alguna fiesta portentosa llena de luces y de ruidos tamizados y colosales. Desaparecieron los perros y los soldados, hasta los centinelas se fueron y lo dejaron solo, tirado en el suelo, como Dios rodeado de su batea con barro, formando gente, los primeros soldados, los primeros sufrimientos, las primeras sospechas, y sentía venir cantos desde afuera, por el lado del río, serán los soldados, habrá traído vino don Francisco, pensó, y estaba todo lleno de silencio y serían las nueve de la noche de ese día del mes de mayo, aquella tarde en que tenía todo listo para cargar las carretas y echarlas a andar en dirección a la meseta, al otro lado de los cerros, la cambiaré de todos modos, si me manda don Francisco preso a los Reyes tornaré a buscarla para cambiar sus casas, sus paseos, pondremos balcones con rejas y flores, será una maravillosa ciudad, enviaré a informar al virrey, le diré al capitán Bazán que galope a contarle nuestras desventuras, ni siquiera son desventuras, Juan, solo aventuras, solo algunos sueños no del todo desfigurados, no del todo fracasados todavía, no tengo cuarenta años y la ciudad no tiene un año, tendremos que traer mujeres, mujeres nos hacen falta, están llenas de gente las mujeres, llenas de ruido, de silencio, de palabras apasionadas, de proyectos locos, de fiestas, de desgracias y bienaventuranzas, resuenan como el mar,

son más fuertes que el hombre y menos que él, valen más que todos nosotros, los santos y los artistas no podrían vivir sin ellas, la Edad Media era una época llena de mujeres, de guerras para defender su cintura, para preservar en definitiva su sexo, sus senos, sus maravillosos pechos, por eso hay tanta fatalidad aquí, tanta maldad, no tenemos mujeres, deberíamos traerlas para evitar tanta sangre y tantas traiciones, Dios inventó al hombre Adán para no sentirse tan solo y en seguida tuvo miedo mirando los ojos llenos de estupor, de ignorancia, de sospecha y orgullosa rabia del hombre Adán y lo hizo dormir rápidamente y tanteando su cuerpo como un facineroso buscó el trozo débil y extrajo a la mujer de él, limpia, pura e incompleta, como después de los antiguos extraían a la diosa de las olas del mar, y entonces nació el sufrimiento en el mundo, la mujer Eva lo traía enredado en sus cabellos y la serpiente estaba tejida en sus cabellos, enroscada en sus grandes ojos dormidos, disuelta y disoluta en su boca fresca y golosa, partidas en risas, en carcajadas mundanas y escandalosas, llenas ya de extraña experiencia y todo eso hacía sollozar a las fieras en el paraíso y aletear a los pájaros en las copas húmedas de los árboles, Dios, Dios, danos mujeres, permite que don Francisco obtenga a su gitana, deja, déjalo que la encuentre, necesitamos mujeres, chiquillos, zagales y chavalillos, hijos del arroyo e hijos de los salones, haremos una verdadera ciudad aquí, hasta con sus injusticias, nos hace falta el ruido lloroso y trágico de las hembras, el desordenado mundo de los chiquillos rompiendo los muebles y desvalijando las casas, ellos me habrían ayudado a trasladarla en un juego, a llevar los adobes, las ropas de la cama, las sillas de los comedores y zaguanes, pero Juan, Juan, tendrías que esperar cinco, diez años para que vengan hembras, para entreabrirlas y asomarnos adentro, a esta oscuridad radiosa y dramática para llamar a los niños, a todos los niños, Juan, Juan, no tendrás tiempo, don Francisco está aquí y aquí están los soldados, dijo poniéndose de pie y mirando para afuera, donde había luces de antorchas y ruido de borceguíes, caminó hacia la luz y el ruido, poniéndose muy frío y duro, me vienen a buscar para ejercer venganza, ¿pero qué hicimos antes sino otear la oscuridad y luchar con ella? Hace tres días, han esperado mucho, han esperado más que yo. Abrió la puerta.

Eran sus soldados, tal vez, sus centinelas, los soldados de don Francisco mezclados con los del capitán Guevara, veía a Sedeño y al soldado Bruselas y el griego y estaba tranquilo, sentía la cara fría. ¿Sí, señores?, estuvo preguntando, y ellos, como en signo de alabanza o de paz, en corto gesto de condescendencia y de

jerarquía, alzaron las antorchas y tendieron un techo de luz, los techos, me llevaré los techos después de todo, y estaba seguro de sí mismo, de lo que haría aunque no lo dejaran hacer, y la luz se le pegaba como pasta al rostro y le daba una agradable tibieza y una extraordinaria seguridad y ellos formaban dos filas y sonreían demasiado, un poco humillados o arrepentidos, y veían que él estaba listo, dispuesto, sabía de algún modo que lo vendrían a buscar, tienen las horcas, los patíbulos, las escaleras y el pregonero, todo lo tenía listo yo también, no olvidé detalle, decía para sí, comprendiendo que, en realidad, nada, nada, a pesar de sus sueños y sus desconfianzas, se le había olvidado, tener prevenido todo, hasta los gritos de terror y las lágrimas y las palas y azadones, y caminó hacia ellos esperando que le dijeran alguna palabra de intimación o protesta y cogió la espada y también los guanteletes y los miraba pálido y sin nada de sueño y alguien, un soldado de rostro conocido, cuyo nombre había olvidado y no deseaba recordar, se le había acercado mucho, para que él lo recordara, pero no recordaba, no recordaba nada ya, sólo percibía el olor del vino, y el soldado le explicaba, el don Francisco os espera, señor, dice que cómo no os han venido a avisar antes. Ayer me avisaron, dijo para sí, con recelo, ayer llegó el mensajero, a la caída de la tarde, se sentó a esperarme, se cansó de estar sentado y se fue. Alzó la cabeza. ¿Dónde está el don Francisco?, preguntó con presteza. En la casa del soldado Lara, tienen la mesa puesta y la comida se enfría. La mesa, las sillas y las sogas tienen las sogas enrolladas en las sillas, me llevaré también los cuchillos, todos los que tienen los españoles, los echaremos en el suelo, entre los cordeles, escondidos, en unas cuatro noches podremos mudarnos. ¿Dispuesta para qué la mesa?, preguntó con sorna triste. Se alzaron voces veladas, medias risas, se abrieron algunas bocas para sonreírle, se alzaron algunos bigotes, para mostrarles los pescuezos. Para comer, señor, es hora de comidas ésta, horas de velar hasta tarde riendo con remembranza mientras se duermen en el suelo los indios y aúllan los perros hacia las quebradas. Y ahora caminaban por la calle, por el medio de la tierra y el cielo estaba arrebolado y tormentoso, no hacía frío, soplaba un viento delgado, se veían unas cuantas estrellas salpicadas entre las copas de los árboles y él sentía el viento y miraba el cielo y las nubes y las estrellas y casi iba corriendo y sentía verdadera ansia y hambre y sed, trajeron carnes frías desde los Reyes y el Cuzco, el don Francisco me mandó llamar, lleno de luces, para verme mejor, para mirarme eternamente, tiene a los perros echados en el suelo, tras los comensales y están ahora

riéndose con holgura, no de mí ni de la ciudad, sino solo a causa del vino y de que tienen una pizca de sueño y de que no pasará nada esta noche, ni a ellos ni a mí, no debimos asaltarlos en lo oscuro, pude tomarlos presos a todos ellos, matar al don Francisco, sorprenderlo en el sueño y él está aquí y dicen que viene contento, debe haber tomado sus prevenciones, debe haber comenzado con los dos frailes y tal vez con Guevara y Valdenebro y Vásquez, tal vez hasta le haya prometido maravillas al capitán Bazán, Bazán está cansado y desilusionado porque el virrey no lo premió, cogimos vivo a Gonzalo Pizarro y había mucho sol y el padre estaba sentado junto al caballo herido, esperando que se lo lleváramos y se lo llevamos, Gonzalo sólo parecía asustado, maravillado de que hubiéramos podido derrotarlo tan rápido y esperaban que termináramos de gritar, gritábamos mucho, era nuestra nueva arma, y el padre se paseaba entre el humo y no tenía nada de miedo, incluso hubo un momento en que echó la sotana sobre la cabalgadura y vimos sus piernas flacas apretadas a las verijas del caballo, cuando lo sentíamos galopar cayó Pizarro de su montura y nos fuimos sobre él y al mirarlo quejarse vi la barba rubia del capitán Bazán, llena de un odio cauteloso y cuidado y cómo señor se vino a hundir en este barro, le dije entonces, éste es el mundo nuevo, el mundo recién creado, me dijo para explicarme algo que yo ya sospechaba, pero sospechaba también que alguna historia de pasión o de odio lo había empujado a tomar plaza en la expedición del virrey y se embarcó con criados y trajo toda su ropa blanca, sus casaquines de terciopelo, sus medias de seda y ese disgusto pulverizado en los labios, como un principio de odio y desprecio contra todos, también contra el virrey y tenía la cabeza de Pizarro entre sus manos y levantó el puñal y aquí está el virrey, dijo al mirar la sotana que se acercaba, aquí está el virrey, está conmigo yo lo llevo. Se sentía ligero, rejuvenecido y alborozado, hubiera deseado correr, galopar a caballo por toda la ciudad, llegar hasta donde estaba don Francisco para parlar fiero con él, pero ahora él no quiere pelear, no trae picardías sino invitaciones y están todos con él. ¿Todos?, preguntó y los soldados le contestaban con estudiada condescendencia, con estudiada finura, como si con eso le mostraran lo desvalido y solitario que estaba. Al torcer la esquina vio más antorchas y sintió ladrar los perros y vio al don Francisco que estaba esperándolo en la puerta. Es joven el hidalgo, es muy joven el don Francisco, murmuró, como si hubiera aguardado alguna breve ventaja de que no fuera tan joven ni tan sonriente. Y el don Francisco, que estaba en medio del padre Carvajal y del

padre Cedrón, se soltó de sus brazos para aparecer más alegre y predispuesto y sus bigotes se alargaron trizando en arrugas gráciles un rostro soñoliento, tenía sueño, parece que tenía sueño, ésa era toda su ventaja. Corrió hacia él un corto trecho, hincó la espada en la tierra y dijo señor hidalgo, rindo pleitesía a vos y al rey si en algo he faltado. Todos se habían quedado callados y los soldados que vinieron con él pusieron en alto las luces y él pensaba que era millares, y las miraba y quería juntarlas y desparramarlas y los soldados que se reían adentro, en el zaguán, en el comedor, ya no reían, habían quedado expectantes, escuchando hacia afuera, sabiendo que él estaba ahí, en medio de las luces, y comprendiendo que debía hacer algo, imaginar renuncios o humillaciones, se hincó en la tierra y miraba al don Francisco, mirando sus ojos francos, ligeramente melancólicos, treinta años, no más, tendrá ese hombre y el don Francisco se le acercó, sin decirle nada todavía, para asustarlo, para dejarlo lleno de dudas y de zozobra, inerte, desamparado, solo, cada vez más ensimismado y pesaroso, lo cogió del brazo y lo conquistaba de a poquito, apretándose hacia él, hacia sus deseos de conquista, hacia sus ambiciones, succionándolo como el viento en los páramos, como el mar en el golfo, cuando el incendio había cundido hasta la playa y él veía a los españoles hundidos en el agua, gritar con cierta tranquilidad, cierta certeza de que la noche no podría durar y al otro lado estaba el ejército de los aztecas y se movía poderoso y triste, inmensamente callado, y comprendió entonces que todo eso estaba perdido para el indio y ganado para ellos, murieron muchos, ahogados, quemados, decía pesaroso, recordando los gritos, pero no los rostros, algunos tan jóvenes, y nosotros, los que quedamos vivos, indiferentes, adormilados, nos adentrábamos en la tierra antes de que prendiera el día y lo arrastró don Francisco y entre la calle y el comedor disminuyeron las luces y sintió el viento frío y tuvo un peso en el corazón, ¿dónde están Guevara, Vásquez, Santa Cruz, Valdenebro? Alzó una copa que le brindó el don Francisco y se puso de pie y con él se pusieron de pie todos y el padre Carvajal lo miraba con misterio, con deseo de darle algunas explicaciones previas para que comprendiera y ganara tiempo y arriba humeaban las antorchas y bebieron de pie en la agradable penumbra. Sintió a los perros bajo la mesa, resoplar junto a sus borceguíes, empujándolos para olerlos perfectamente y saber, por ejemplo, que era él, él mismo, Juan Núñez, de la ciudad del Barco, en Tucumán, me llevaré a los perros, se los quitaremos al don Francisco, se dijo, empujando los pies bajo la mesa y se dio cuenta de que el don Francisco lo estaba mirando

con curiosidad, con arrogancia, con futura piedad. ¿Por qué piedad, por qué?, echó la mano a la espalda y la apretó en ella y los perros respiraban junto a sus borceguíes y todos los ojos fijos en él y ahora había mucha menos luz y eso era agradable y afuera estaba la noche mirándolo, una tempestuosa noche del otoño y nadie reía, nadie sonreía ni cogía las cucharas, ni los cuchillos, ni miraba la vajilla, estaban pendientes de él, de su cara, de sus ojos, de su cansancio. Miró al don Francisco, miró al padre Carvajal, al padre Cedrón y quiso levantarse y decir ésta es la cuchara y mostrársela, mostrarla en lo alto para que todos la vieran y después decir aquí están los perros, aquí están los perros, Guevara y, agachada la cabeza, empezó a comer, aunque no tenía hambre y miró al don Francisco y le dijo, delante de todos, señor, de estas luces, entre estos soldados, junto a la respiración de vuestros perros, quiero decir que me perdonéis si en algo os he faltado. El don Francisco tenía un sonsonete cándido en la voz. ¿Me habéis faltado en algo, don Juan? ¿En qué, señor? ¿Tienes miedo, don Juan? ¿De los españoles, de los indios, de los animales de la sierra? ¿Por qué te encierras y guardas con los centinelas? Yo no me cuido, yo no me guardo con soldados, para ello me basto yo, y mi brazo y mi espada, contestó con suave furia, amablemente sin embargo, hasta con un dejo de pesar. Yo no me cuido de centinelas, don Francisco. Las guardias que he puesto en mi casa y en las casas de Vásquez, Santa Cruz, Valdenebro y los dos curas, son para preservar la ciudad, explicó alzando las manos, abriéndolas en un desolado gesto de abandono y añoranza. Allá afuera, más allá de las luces, en las calles, solas, en el rincón de su cuarto, entre las ropas revueltas de la cuja, entre las banderas y las cuerdas y los trocos de madera, entre las sillas nuevas y los muebles rotos y los gritos de los indios, las carcajadas siniestras de los españoles, de los españoles que tengo presos, Alonso del Arco y Antón de Luna, entre sus puños de encaje manchados de sangre, entre los hocicos de los perros, bajo ellos, escuchando todo eso, las palabras de reproche y burla y cinismo del don Francisco y las palabras de lenta explicación, de doloroso sufrimiento de él, estaba la ciudad, aguardando que llegaran ellos, que se fuera él, que se durmieran todos para que él caminara entre sus paredes y mirara las ventanas y las puertas, esperara las primeras estrellas, las primeras nubes, las primeras lluvias, para coger las herramientas, me la llevaré, lo mataré y me la llevaré, pensó con decidido terror mirando el pescuezo del don Francisco nítido en la penumbra para que él se lo midiera con su odio. Hace muchos días, señor, que tengo apostados centinelas, en la orilla del

río, en las gargantas de los cerros, en las esquinas, apartadas de las calles, en las puertas de los españoles principales, dos soldados en algunas puertas. Centinelas para la ciudad y no para los españoles, aunque nosotros formamos parte de ella, como sus puentes y sus torres, recalcó y su voz estaba fría y desinteresada y ya no le oían y aun él mismo parecía ya no interesarse en eso. La ciudad estaba afuera, en las calles solas y heladas, petrificada, como muerta. Si él hubiera caminado por sus calles, trotado por sus piedras, gritado en ellas, clamando, llamándola, no le hubiera escuchado, no le hubiera respondido, lo creería lejano o muerto. Claro que sois mi prisionero, don Juan, dijo con voz suave el don Francisco, en nombre del gobernador Valdivia he debido tomar algunas providencias y algunas otras he de tomar cuando escuche la voz de los vecinos, la voz de los alcaldes y regidores. Nada hay oculto ni feo en la ciudad, que es de Dios primero y después de la Corona, suspiró. La Corona mandó un virrey de sotana, por él estoy yo aquí, e imaginó oír entre la lluvia y el barro la voz cansada y hastiada de Cristo, mi reino no es de este mundo, pero yo estoy aquí porque me mandó mi padre y no me voy y esperaré y me sentaré y la voz se perdía en el barro donde chapoteaban, persiguiéndolo, los soldados que corrían tras los perros y la túnica de Jesús estaba lleno de barro y su rostro delgado y maligno parecía tajeado por un rastro de odio, desamparo y terror. Tuvimos varios heridos graves, explicó el don Francisco, hubo mucho horror hace dos noches, hace cinco noches, ¿cuántos días hacen hoy?, preguntó paseando la mirada a su alrededor y mirando a los soldados. Ellos alzaban las caras de las vajillas y él veía los bigotes chorreantes, los ojos despavoridos, zonzos, expectantes, adormilados, mirándose, mirando la cuchara, el humo de las antorchas, mirándolo a él que se desmenuzaba el bigote rubio entre los dedos. Cuatro noches, señor, cuatro noches cabales, dijo Guevara, que estaba de pie en la sombra y se acercó hacia la luz para mostrar su tranquilidad, la seguridad que emanaba de su enorme espalda, de su firme boca, de sus ojos grandes y limpios y extrañamente confiados. Tenía una copa en la mano, pero no había vino en ella, la usaba como amuleto, como piedra de toque, como talismán de buena o mala ventura, la llevaba hasta sus labios para acercarla a sus narices y beber un poco de muerte. El suelo estaba lleno de flores y eso no lo olvido, dijo finalmente, son cuatro noches, señor, las mismas que hemos pasado cavando zanjas. Los soldados alzaron las cabezas como para huir, algunos soltaron el trozo de asado y mostraron sus dedos untados y pringosos, sus ojos untados y pringosos. Afuera no sonaba el viento, no sonaban los

caballos, no se oían los gritos de los indios, solo el leve chisporroteo de unas teas apagándose contra el viento. ¿Cavando qué?, preguntó de súbito, airado o desconfiado Villagra. La tierra, señor, la tierra alrededor de la ciudad, cuatro noches largas, habremos rajado varios kilómetros, hundidos en la neblina y la oscuridad nos amanecía allá adentro, a veces con el agua hasta la cintura. Se quedaron callados, expectantes, deseosos y temerosos de que explicara más cosas, más cosas extrañas, más horrores. Son unas zanjas, unas simples zanjas o trincheras, dijo, y arrastró un silla y se sentó en ella, clavándose bajo la luz y los miró para que le dijeran palabras de humildad, de soledad, de no nos mate ni nos abandone, no nos desampare vuestra merced, sea cristiano, sea cristiano, señor, abrió la boca, estiró los labios con un poco de apetito, como sintiendo una urgente hambre, mirando más allá, hacia la noche, las zanjas abiertas, llenas de oscuridad, como aguardando. Quiero preservar la ciudad, preservarla enteramente, de los indios, de las alimañas, de los españoles, explicó él y estiró las piernas bajo la mesa y empujó a los perros que se dormían con blandura en el suelo. Me invitó a comer, me mandó a buscar con sus criados, es verdad, pero antes me mandó encerrar y ahora dice que soy su preso, ellos lo saben, me miran como a un condenado, huelo para ellos ya un poco a cadáver, es el único olor que vaga ahora por las narices del don Francisco, pensó, mirando correr las bellas piernas femeninas bajo la lluvia, entre el barro, dentro de las zanjas, donde estaba estirado en la cruz, en una cruz informe que se desarmaba, Jesús, sucio, embarrado, llenos de terror y odio sus ojos claros. Alzó la copa y bebió largamente, sacó ruido de ella, el único ruido que surgía en el silencio. Los soldados parecían amedrentados o soñolientos, derrumbados en sus manos, clavados por el codo en las mesas, desparramados entre la vajilla, las cucharas, las garrafas de vino, las cabezas sin tocas, desgreñadas, peludas, creciendo el pelo en ellas, rápidamente, con marcado horror, corriendo por sus brazos, por sus manos, por sus orejas, por el mantel, por los cuchillos. Él comenzaba a cansarse, tenía deseos de irse, debía ser muy tarde ya, a esa hora tendría cargadas varias carretas, llenas de puertas, de ventanas, de tabiques, de adobes, de marcos, de sillas, de cujas, de mantelería, de miriñaque y libros y papeles y espadas y arcabuces y trozos de carne y ropa blanca todavía sin uso, todavía no ajada ni manchada, una ropa sin sufrimientos, crujirían los ejes hundiéndose en la tierra, los indios treparían en la oscuridad y echarían sus manos a las sábanas y mirarían la noche en el cielo, la noche detenida en el cielo, aguaitándonos, las tres, las cuatro de la

mañana, y en algunas ventanas habría luces encendidas y en ellas pasarían las lanzas, los arcabuces, los mosquetes, las palas, los azadones, las picas, los sacos de pólvora, las mechas para hacer explosiones y él caminaría en silencio, eligiendo otras casas, otros techos, metiéndose en la oscuridad, siempre en la oscuridad, y descubriendo torsos dormidos, ojos cerrados, gritando quedo, con marcado y redoblado misterio, ¡Ginés, Gonzalo, Cristóbal, Alonso, ya son las tres!, ya Sebastián Mateos y Santos Velásquez tienen listas las carretas y movería su brazo en la oscuridad para que despertaran los dormidos, susurraría su ensueño alzando un poco la voz, para que traspasara el viento, el viento en la madrugada, el ruido claro de las primeras ruedas en dirección al río, bamboleándose los toldos en medio de las antorchas, crujiendo por la orilla, reflejándose en el agua. Suspiró y dejó la copa en la mesa y sintió que sonaba el vino vaciado en ella y que se la pasaban otra vez. Todos los soldados tenían copas en las manos y se acercaban a él para mirarlo de cerca, para decirle alguna palabra de alerta o desconfianza y el don Francisco le cogió levemente el brazo y se lo soltaba, si en algo me habéis faltado, don Juan, no soy yo el herido ni el ofendido sino el gobernador de Chile, de quien soy teniente, o el rey, de quien él es gobernador, si en algo me habéis faltado, no soy yo quien os castigará sino el virrey o la audiencia. Y otra vez bebieron todos en silencio y lo dejaban solo, Guevara bebió el último, para acompañarlo, para esperarlo al lado afuera de su cansancio o de su sufrimiento. Él se acercó al don Francisco, para darle la mano o un abrazo, o para prender un sollozo, una palabra de arrepentimiento en su pecho, pero ya el don Francisco estaba hundido en la penumbra y lo sentía conversar con el padre Cedrón, otorgando datos precisos y rencorosos, pidiendo menesteres, minucias, recovecos, volviéndole la espalda completamente, colocando como un muro entre ellos dos, solo entre ellos dos y eso era un mal síntoma, y caminó sobre la tierra, pues comprendería que tenía que volver, volver hasta su casa, hasta su cuja, hasta su rincón, ahora ya no soy su invitado, ahora soy prisionero, y buscó con la mirada al capitán Guevara, pero Guevara no estaba ahí, iría por el campo trotando en su caballo, buscando a Vásquez, a Santa Cruz, a Valdenebro, a los amigos, a todos los amigos, pensó, mirando amontonados en los rincones de su cuarto y en el patio y en los pasadizos, muchas puertas nuevas, todavía no colocadas y ventanas diminutas y claras, enormes ventanales eucarísticos y ceremoniosos, para azotarse y cerrarse estrepitosamente en medio del viento, entre los relámpagos y la lluvia y la nieve y los granizos

y los truenos, esas enormes vidrieras que se quiebran en los temporales, en el fondo del jardín y subrayan una maldición, un juramento, un grito de agonía o soledad, y montones de puertas, pequeñas y gráciles, débiles y delicadas, puertas de jardincillos o de alcobas, de dormitorios femeninos enfermizos o de carrozas blandas y acolchadas o de cocheras, llenas de oquedad y de lejanía, puertas de casonas provincianas y conventuales, puertas corrompidas de grandes caderas, chorreadas y pesadas, mayestáticas, frondosas como árboles, multiplicadas como selvas, enormes, monstruosas, trágicas. Sentía ternura mirando caer la lluvia sobre las murallas recién clavadas, lo llevaremos todo, todo, hasta el ruido, el ruido sigiloso de las puertas, el crujido criminal de las ventanas, veía a la ciudad sola y triste, amontonada en los rincones de las calles, en el fondo interminable de los patios, tendremos que esperar que se vaya el don Francisco, que se lleve los caballos y los caballeros y todos los perros, decía, mirando a los jinetes que cruzaban a los lejos la penumbra y se perdían en la esquina, deben ser Guevara y Vásquez y Santa Cruz y sintió sus propios pasos entrar en el zaguán y sonar afuera los cerrojos, las cadenas, estoy solo, y solo ahora alzo la voz para contestar las buenas noches que ya le habían dicho, buenas noches caballeros. Los sentía alejarse apagando las antorchas, dejando descender el humo hasta sus bocas, apagaron las luces, se fueron solos en la oscuridad, murmuró y sintió pasearse afuera al centinela, uno sólo, dejaron uno sólo, necesitan gente, no se sienten seguros, esperan que yo haga algo, qué puedo hacer, Dios mío, sino irme, irme cada vez más lejos, llevarme la ciudad en mis espaldas, aplastado por ella pero en cierto modo satisfecho y tropezó con las herramientas, el martillo, el serrucho, las dos palas, sentía el olor de la tierra abierta adherido a su filo y tenía sueño, mucho sueño, deseaba sólo que lo dejaran dormir.

Se tendió vestido en la cuja por si venían los soldados del don Francisco a buscarlo otra vez, pero estaba seguro de que ahora no ocurriría nada, la noche era de él de modo absoluto, sentía al centinela pasar al lado de afuera, la noche es también parte de la ciudad y aunque no puedo verla, ni caminar por ella, ni tocar como un ciego sus paredes, ni acariciar sus puertas como lo hace el viento, debe comprender que estoy vivo, para ella, para llevármela, me la llevaré todas las veces que sea preciso para preservarla, mataré a todos cuantos sea necesario para mantenerla viva, cuando vuelva Bazán ya tendremos árboles nuevos dentro de los patios y dejaré aquí las calles solas, la ciudad en ruinas, hará un año o más para entonces que ya ahorcamos a Alonso del Arco y a Antón de

Luna, ¿cómo no ha preguntado por ellos don Francisco? ¿Cómo no ha mandado que los suelten? Desde su ventana veía en la claridad de la noche un trozo de la plaza y en ella los cuerpos atados de los dos prisioneros, se veían viejos, apergaminados, había mucha gente, muchas luces otra vez, parecía que estaban bebiendo. Torcía el cuello para mirar, pero no podía hacerlo, tampoco podía moverse, el don Francisco me mandó atar cuando me quedé dormido, sí, tenía atados los brazos detrás de la espalda, estaba de lado, caído en la cuja, cateando hacia afuera, en cuya penumbra pasaba la sombra del centinela, sólo un centinela, verdad que me quedé dormido, verdad que no es el soldado que puse yo sino el que me puso don Francisco. Veía brillar en la plaza, a los pies en la horca, un hacha enorme, de hoja delgada y grácil, la luz de la noche nublada caía en la hoja y de ella salían reflejos, luces, rayos temblorosos que pintaba con luz espectral los borceguíes de los soldados, los borceguíes embarrados de los dos prisioneros, estaban atados juntos, en la misma horca, en el mismo palo y de haber podido habrían dado un definitivo puntapié al hacha, que daba tantos reflejos que los hacía llorar. Él los miraba perfectamente y le agradecía al centinela que se paseara lento para que lo dejara mirar con comodidad, aunque siempre le dolía el pescuezo y no podía mirar demasiado, sólo un trozo de barba de Alonso del Arco, una barba noble, nazarena, triste, y el rostro insolente de Antón de Luna, como si la horca y la escalera y el hacha y la soga nada tuvieran que hacer con él, con su arrogante y crespa cabeza. A Antón de Luna lo veía de frente y éste parecía que ya lo había descubierto a él y sabía que estaba tendido indefenso en la cuja y quería zafarse de los cordeles para correr a decapitarlo con la misma hacha. Dios mío, verdaderamente podría hacerlo, es joven, es robusto y tiene tanto odio en sus ojos negros. Se sentía afligido y sentía las cuerdas que le apretaban los brazos y quería gritar, llamar a Antón de Luna para explicarle algo, algo urgente que debí decirle antes, cuando recién los tomaron presos y movía la cabeza para recordar qué cosa era, ahora ya no tengo tiempo, ahora ya no vamos a tener tiempo, Antón, yo también estoy prisionero, llegó el don Francisco, siente aullar a los perros, siente reír a los soldados. Los soldados reían cerca de los dos presos, pero él no los podía ver, pues hubiera necesitado levantarse e ir hasta la ventana o, por lo menos, hasta el otro extremo de la cuja, dos metros, solo dos metros y cavamos varios kilómetros de zanja y él estaba caído ahora en la misma zanja, para qué cavan, por qué están cavando alrededor, había preguntado don Francisco, lleno de recelos y se levantó

Guevara en la penumbra y empezó a dibujar el mapa en el suelo, los soldados lo rodearon y clavaron en el suelo las antorchas para dejarle mucha luz y él dibujó con el cuchillo una enorme zanja y empezó a palear la tierra con furia y a hablar en voz alta, como si estuviera muy enojado o apurado y la tierra salpicaba a los soldados, les picoteaba la cara, caía sobre la antorcha y la apagaba y él cavaba más y hablaba rápido, explicando los cantiles, los túneles, los pretiles, los puentes, las carretadas de tierra que iba a necesitar llevarse lejos, verdad, verdad que nos tenemos que llevar todo y se sentía avergonzado y bebía humillado su vino y veía que la tierra ya estaba cubriendo el mantel, las flores, las copas, los platos estaban llenos de tierra y los soldados sollozaban mirándolos y los perros surgieron de debajo de la mesa y saltaron junto a Guevara y empezaron a escarbar con furia y él tomó un poco de tierra en las manos y estiró la mano y dijo con pena y melancolía, ¿ves, señor?, ésta es la tierra. Es la cuja y no la zanja, dijo para tranquilizarse, es la ropa y no la tierra, sus brazos estaban atados firmemente y no los podía mover, y ahora, al desear mirar afuera para gritarles algo a los dos prisioneros, una palabra de salvación, dos palabras de astucia o de milagro, comprendió que no sólo tenía atados los brazos y las piernas sino que él mismo estaba atado al mueble de la cuja y cómo me voy a levantar, balbuceaba para sí, estupefacto, desesperándose, comprendiendo que eso era peligroso y terrible, si tornan los prisioneros, ese fulano Mendoza, ese soldado Bruselas que matamos en la pampa, se atropellarán todos para vengarse rápido ahora que ya saben que don Francisco está aquí. Yo no he deseado nada malo a nadie, a nadie quise dañar, sólo proteger la ciudad, le decía al don Francisco mostrándole sus manos y don Francisco miró la tierra, el puñado de tierra con indiferencia, no dijo palabra, se tornó de espaldas y se hundió en la penumbra. Vendrán los padres inquisidores, echarán a andar sus mulas, sacarán los capites amarillos y las velas verdes, oh Dios, no quiero morir, oh Dios, no quiero morir todavía, decía Jesús sumido en el barro, luchando con los soldados bajo la lluvia, el barro saltaba a las caras y Jesús tenía las vestiduras manchadas y en ellas se ceñían sus muslos flacos, goteados de sangre, y él clamaba furioso hacia el cielo, donde se prendían los relámpagos y descendía la lluvia silenciosa. Empezaba a quejarse y sentía calor y angustia y Alonso del Arco y Antón de Luna forcejeaban para desatarse, decían palabras sueltas, palabras alegres que no correspondían, se reían y él no podía mirar y deseaba tanto poder hacerlo, se reían también los soldados y bebían vino, sentía el olor del vino rodar hasta la

cuja, parecía que estaba empapada en él, la garganta le dolía, no habría sido capaz de reír con las ganas con que lo hacían los dos prisioneros, la soga le golpeaba a uno la espalda, al otro la cara y ellos reían con toda su alma, alegrando a los soldados, les tenía lástima, son pobres y desgraciados y de mí depende su vida, recordó con asombro, sintiéndose él mismo tan desamparado, los miraba ahora con simpatía, tal vez los deje con vida, mañana, dentro de dos días, cuando se lleve sus soldados don Francisco, sí, tal vez los dejaré libres, podrán caminar, abrazarse, maldecir otra vez y mirar otra vez a los demás españoles con ojos insolentes, llenos de maldad y de vida, son jóvenes y valientes, todavía ríen, pensó mirando con horror la cuerda golpeando la boca de Alonso del Arco, son muy valientes, los dejaré con vida. Un soldado se acercó a ellos y les ofreció de beber, pero como tenían las manos atadas y estaban tan juntos, al mirar el vino se rieron más y riendo lo bebieron y por beberlo golpeaban con la cara el jarro y lo vertían sobre su camisa y el rostro de los soldados. Se sentía tranquilizado, tan tranquilo como ellos, se ríen y no saben que ya no van a morir, si supieran que los he perdonado a lo mejor se aterrorizaban y se ponían a sollozar y él mismo, que sabía que ya no morirían, se sentía triste y desamparado, es que yo estoy prisionero y ellos no, aunque no lo sepan, dijo, y comenzó a sentir terror porque comprendía que la cuerda que lo ataba y lo sujetaba a la cuja estaba firmemente ligada, la ciñeron para mucho tiempo, para más de cuatro noches, para muchos días y meses y años. Sentía al centinela tranquear afuera, en el claro cielo que permitía ver la horca y los prisioneros atados a ella y los soldados escanciando vino en una copa alta, los sentía reír y jugar a los dados en el suelo, afuera, llenos de luces, clavadas las antorchas en los troncos de los árboles, en la juntura de la puerta, querían quemarme o iluminarme, quieren iluminarlo todo, empujar la oscuridad fuera de las casas, de la ciudad, de las calles de la ciudad y después vinieron a buscarme, a sacarme del sueño, se agacharon y bajaban las antorchas hacia la cuja para encontrarme la cara y ver que era yo mismo y entonces desperté y tenía las luces pegadas a la cara y ellos las alzaron cuando me alcé yo y se inclinaron como en los salones cuando viene sonando la música y alzaron más las luces e imaginaron un pasadizo y palio con ellas y sentí sonar la puerta y pensé rápidamente ahora que ya es mi amigo, que ya no quiero ser más mi enemigo, él se va a dar cuenta que desde hace muchas noches he estado desclavando la madera y amontonándola en los patios y las cuadras y las calles solas y si camina por la ciudad preguntará con recelo quién mierda

se robó las puertas, quién puta estuvo desclavando las ventanas, dónde cresta están reventando esos martillazos, dónde rechinan tantos malditos clavos. Recordaba haber caminado con gran apuro, como si hubiera tenido algún interés en mirarle la cara al don Francisco, en adivinar sus intenciones, sus derroteros, sus deseos, sus ambiciones, verá que tenemos media ciudad en el suelo y la otra ya en las carretas, me mirará a los ojos y los verá llenos de ruinas y de escombros y el soldado que se para afuera corrió hasta la plaza y empezó a desclavar la horca, a trabajar con la pala en el suelo para desclavarla y él veía volar la tierra, es Guevara, decía, está dibujando el mapa de las trincheras, es Guevara, sólo Guevara, pero el soldado, vuelto hacia él, gritaba algo por la ventana, él no alcanzaba a distinguir lo que decía, gritó tres veces y después se agachó y cogiendo en sus espaldas la horca se alejó con ella, de la horca colgaban, pequeñitos y verdes, los dos prisioneros, tan delgados y blandos que no parecían los dos prisioneros sino solo sus ropas, sus uniformes, él gritó horrorizado si ya los he perdonado y sollozó y sintió los cerrojos en la puerta.

Al abrirse la puerta y mirar a los soldados y ver las antorchas y el humo que reptaba hacia la cuja, donde yacía hundido, hundido en medio de la oscuridad y del sosiego, a pesar de lo que había visto y presentido mientras el centinela se paseaba en la ventana y podía ver la horca y los prisioneros atados y riendo y bebiendo vino y el vino corría por sus pescuezos y ellos se reían para disimular, para no querer demostrar que estaban asustados verdaderamente y que ese modo de brindarles el vino era una manera atroz de señalar que estaban perdidos, rematados, entregados en definitiva a la muerte y quiso alzarse en la cuja y los soldados inclinados hacia él, volcando en su cara la luz de las antorchas, lo miraban con curiosidad, con soberbia e irreverencia, como si ya estuviera apestoso y enfermo, además de estar atado, además de estar aterrorizado y no comprender lo que sucedía, sólo que soy el capitán, el que fundó la ciudad, me llamo Juan, Juan Núñez de Prado, murmuraba despacito y no importaba que ellos pensaran que estaba rezando de puro acobardado y lastimado, me llamo Núñez, estoy aquí por La Gasca, por el virrey, quiero llevarme la ciudad antes de que se la lleven a Chile, al Pirú, a Tenochtitlán y sentía los brazos adormecidos y empezó a enrojecer humillado y vergonzante y saludó suspirando buenas noches, señores, en qué puedo servir, su voz era entera, dulce, casi emocionada. El viento echó la llama de las teas hacia él y lo miraron con el rostro enfermo y amanecido y uno de los soldado se hincó en la tierra para desatarlo y cuando quedó

desatado aún no se movía, no se movía porque no podía hacerlo, tenía los brazos lejanos, extraordinariamente delgados o hinchados, tenía frío, se sentía desfallecer. Lo ayudaron a alzarse, a sentarse primero, le acomodaron los borceguíes, se sentía inerme y entregado, muy débil, ¿por qué hace todo esto don Francisco? ¿Por qué hace todo esto y no me mata? ¿Por qué no me ahorcan, mejor? Ahí está la horca, ahí estaba la horca hacía media hora, se la llevaron, bebía con ellos y se los llevaron atados a ella, a ellos dos, le palpitaban las sienes y se sentía desfallecer y las luces le molestaban y mandó demasiados soldados don Francisco. Se puso de pie poco a poco y se sentía embriagado y el olor del vino, que sentía emanar no de sus calzas, no de su camisa ni de su espada, salía más bien de las luces de los borceguíes que lo empujaban hacia afuera y dejaban abierta la puerta por la que se metía el viento de la madrugada y arremolinaba y revolvía buscando cosas, sospechas, armas veladas y escondidas, traiciones, cartas para el virrey o para los asesinos, yo no maté jamás a nadie a traición, nunca mataré a nadie con felonía, decía para sí con firmeza, elaborando un juramento postrero, juro que no… y caminó hacia afuera y sonrió con cansancio.

Lo llevaban cogido de los brazos, alzándolo un poco de la tierra, de manera que caminaba más aliviado, se sentía enfermo y triste, pero seguro de sí, de su enfermedad, que era una seguridad, una robustez, un misterio que lo unía a la ciudad, a las calles, a las puertas que arrancaré esta noche, a las ventanas que amontonaré en la plaza, juro que esta noche me fugaré aunque me aten, aunque me enferme, me arrastraré, saldré afuera y me estará esperando, deseaba tenderse en tierra para conversarla, ciudad mía, ciudad querida, querida mía, ¿cuánto hemos luchado y padecido, cuánto tendremos que imaginar y sostener y mentir y sospechar para defendernos y quedarnos juntos y tranquilos cuando se vayan ellos? Tendrán que irse, se irán muy pronto, de todos modos, deseaba sentarse en la tierra para descansar y respirar sin fatiga y así lo dijo de repente, no quiso caminar más y sintiendo a los caballos trotar despacio tras ellos, dijo señor o capitán o quién seáis o cualquier título que tengáis, ¿no podemos sentarnos un rato en la tierra?, estoy enfermo, estoy muy cansado. Pero los caballos respiraban firme a sus espaldas y lo empujaban y no lo dejaban detenerse ni desfallecer ni sentarse en la tierra, en cierto modo eso era una respuesta. Don Francisco tiene muchas sillas esperándoos, señor, dijo una voz que parecía venir de muy lejos, está esperando hace mucho rato, muchas horas. ¿Cuántas horas?, preguntó él de repente

como si eso fuera un dato que no le concernía directamente y que sólo ahora le interesara. ¿Cuántas horas que llegó? Casi un día, don Juan, dijo una voz conocida en la oscuridad, no podía verla, no podía ver a ninguno, pues la noche estaba muy oscura, caminaban a tropezones, envueltos en el humo de las antorchas, que habían apagado recién, cuando él quiso sentarse en la tierra para descansar, calculaba, deseando recordarlo, cuando salieron de la casa y dejaron la puerta abierta y el viento soplaba en los muebles y consideraba y opinaba que el no cerrarla era una violación, una insolencia, una burla, pero no dijo nada y solo deseó que su ropa, que la cuja, que la silla en que se sentó el padre Carvajal hace tres días, en que se sentaba él anoche mirando el cielo para acordarse de España, que todas sus cosas personales y directas estuvieran preservadas de toda curiosidad, de todas las miradas, del resoplar indiferente y total del viento. Llegó anoche el don Francisco, con mucha ropa, con indios y bagajes, con muchos perros, le explicaron y veía brillar ojos en la oscuridad, dientes helados que sonreían. Caminaron en silencio, sentía ladrar lejos a los perros, al otro lado del bosque, andarían dispersos, olisqueando a la indiada, buscando huellas, buscándome a mí, pensó con recelo, lo miraban unos ojos fijos, insomnes, inquisitivos, no lo soltarían, no lo dejarían, sentía desfallecer sus piernas y recordaba que hacía unas cuantas horas había hecho ya este camino, ¿o no lo hice, Dios mío?, se preguntaba con terror y duda y se sentía enfermo y recordaba poco, fuera de esas cosas, tal vez las luces que lo rodeaban cerca del lecho primero y después en el comedor, el comedor estaba lleno de luces y en él había mucha gente que se borraba, estaban bebiendo y mirándolo, acercándose a través del vino hacia él y él se sentía incómodo o desconfiado, deseaba que alguien dijera alguna palabra de amenaza o acusación, que alguien sacara una espada o trajera una horca o unos puñales y esperaba y sentía hambre y sed y se sentía muerto de fiebre, padre, padre mío, tengo sed, balbuceó y estaba sentado en el comedor y frente a él humeaba un trozo de carne y no se atrevía a mover la mano dentro de la escudilla, a alzarla del mantel porque lo estaban mirando. Deben estar mirando todavía, el padre Carvajal estará con él. ¿Quiénes están con don Francisco?, preguntó, esperando que las palabras de respuesta se hundieran en la sombra y caminaran hacia él. ¿Con él, con él, señor?, dijo una voz desde las tinieblas y había en ella una vibración de burla y amenaza. La casa es grande, hay españoles en todos los cuartos de la casa, explicó la voz con estudiada tranquilidad, don Francisco se acerca a la muralla, golpea con la espalda los tabiques y de súbito

en las ventanas y en las puertas aparecen las caras de los españoles que hacen lo posible por no quedarse dormidos, a pesar de la hora, del frío y del cansancio, pues son las tres de la mañana y don Francisco tiene ligero el genio y si ellos no despiertan luego y despabilan su flojera silbará a los perros que están acurrucados a sus pies. ¿Y están con él el padre Carvajal y el padre Cedrón?, preguntó otra vez, para tratar de recordar más. Si están es que era cierto, es que es verdad todo lo que ya he vivido, no solo mis deseos sino también mis acciones, cuando abro la puerta y camino afuera, cuando llegan las luces y me coloco en medio de ellas y camino, camino hasta llegar. ¿El padre Carvajal, el padre Cedrón?, preguntó la voz y se rio bajito, para ella sola, durante un rato. Don Francisco preguntó por voacé y ellos se quedaron callados, lo que es bastante. Mucho hablaron ya, dijo molesto y deseoso de poder amenazar también y de poder vengarse, pero todo eso quedaba para después, ¿y qué me quiere a esta hora? Señor, él, como voacé, busca de noche a los amigos, contestó la voz, nada de agresiva, pero segura de lo que decía y del tono con que lo decía. ¿Tiene, pues, quejas como yo las tengo?, preguntó él y llevó la mano a la espada y la apretaba despacio, y se sentía débil, deseoso de llegar pronto para sentarse en la silla, en la cama, en el suelo, tal vez, le diré que estoy enfermo. Sintieron olor de tierra regada, el ruido del agua que corría a sus pies en la oscuridad, estarán cavando otra vez los españoles, pensó sin desear mirar el suelo, alguien le dio la mano en la oscuridad para que saltara sobre el agua y él saltó y rodó, sentía correr el agua a sus pies y hundida en ella veía rostros de españoles, rostros conocidos, el soldado Bruselas, la cara llena de sangre hundida hasta el pelo, lo estaba mirando, sacaba chorreando una mano para mostrarle algo, una culpa, un error, una injusticia, una fecha, cuando estábamos por Veracruz y las llamas… lo extrajeron del agua y sintió a los caballos patear la tierra y después, mucho después, un tropel de caballos corría a su vera, pasaba por su frente, por su espada, golpeaba los tenues borceguíes, se apretaba contra su cintura, se alargaban los pescuezos para oler sus manos, lo rodearon las luces, las voces, el padre Carvajal estaba junto a él, con una luz en el suelo y una jofaina en el brazo, mirándolo con distante cariño, hablando hacia arriba este hidalgo está enfermo, señor. Este hidalgo… dijo él mismo, sintió sus labios fríos y se quedó dormido. Estaba dormido ahí mismo, sentado en la silla y miraba correr el agua cristalina y helada que brillaba al sol, tenía los borceguíes hundidos completamente, el agua le llegaba hasta las rodillas y él pensaba calculando, mientras no suba más y no llegue hasta mis

manos tendré tiempo de ponerme de pie, salir del agua y coger el caballo, el caballo estaba a un paso, mirándolo con impaciencia, como diciéndole apúrate, Juan, bájate de la silla, súbete, que ya sube el agua, mira el agua, le gritaba el soldado Bruselas con la frente llena de sangre, y le mostraba el agua, acuérdate de los aztecas aquel domingo, qué domingo, decía él y miraba el agua, sumergida en ella se veía la torre de la iglesia envuelta en llamas, veía la cruz inmensa, el golpe de las campanadas que se iban abriendo cada vez más lejos y en las sillas hundidas en el agua estaban amarrados los indios de color rojizo y ojos asustados y resueltos, veía él que estaban muy bien amarrados y que no se podían soltar, había muchos, las indias apretaban a sus críos contra sus pechos, él miraba con estupor aquello y decía cómo pueden ser tan crueles si ya están en el agua, si ya están heridos y todavía los amarraron, hasta amarraron a las guaguas, tú los amarraste, decía furioso el soldado Bruselas y señalaba con el dedo y él estaba sentado en la silla, el uniforme recién puesto, las botas relucientes y la armadura nueva y los indios volvían la cara y lo miraban, él es, el español, gritaba Bruselas y la sangre le corría por la frente y los indios lo miraban con gran cansancio y el caballo se metía en el agua y en la montura del caballo había una india, estaba amarrada sollozando, la sangre le corría de su garganta, o de su pelo tal vez, pensaba con horror y qué bella es balbuceaba, pero si es mi caballo, claro que es tu caballo, decía Bruselas rápidamente y es también tu india y mostraba el agua negra donde sólo unas luces que se ahogaban brillaban lejanas y misteriosas, no, no por Dios, decía él y se ponía pálido, quería levantarse de la silla y no podía y miraba los rostros tristes y los ojos dormidos, no están dormidos, capitán, no creas, decía el soldado Bruselas, él veía sus dientes crueles que susurraban no están dormidos, capitán, mira los pechos, los indios ya no son indios, son el mar, las olas del mar, la marea de los próximos días, de las próximas noches, de los futuros años, un puñado de sal en la mesa de tu almuerzo, míralos, capitán, él veía a los peces brillar en el agua y nadar hacia la falda de la india amarrada en la montura de su caballo, ésa es tu comida, decía Bruselas y se reía y cogía una pala y la hundía en el agua y sacaba una palada de barro y se la lanzaba a la cara, él se agachaba con estupor para que el barro no lo salpicara y se hundía en el agua y nadaba con dificultad, el agua estaba llena de sillas, de imágenes de santos que se sustentaban en las alas para no ahogarse, de cabezas de indios, de cordeles, de teas apagadas, estaba amarrado a la silla o, más bien, a la cuja, deseaba poder mirar tras sí pero no lo podía

hacer, el agua le golpeaba la cabeza, lanzaba un grito de terror y sentía las campanadas que venían a su encuentro, él veía que las luces nadaban hacia él, son las campanadas o las antorchas, Bruselas está muy lejos ya, hace ocho años de eso, lo sentía reír tras él hundido en el barro, haciendo remo con la pala, llamándolo, capitán, don Juan, aquí está el teniente, el teniente, el teniente, miró la playa, la tierra seca de la ciudad, he estado tan enfermo, se dijo, he estado tan enfermo, disculpe vuestra merced, señor, excuse padre, balbuceó, vio la jofaina con agua y el rostro del padre Carvajal que le sonreía, gracias, dijo y tornó a dormirse.

Al sentir que alguien andaba en el cuarto, el soldado, que no dormía, que no podía dormir, se movió un poquito para distinguir el ruido y saber de dónde venía el peligro, echó mano al cinturón y sacó el puñal, pero antes de que lo alzara dos manos le agarrotaron el cuello y lo echaron por tierra, sentía la respiración del otro sobre sí, había dos respiraciones, afuera sonaba el ruido de un caballo, un arrastrar de pies por el suelo, estarán en todas las casas, pensó y respiró tranquilo. ¿Quién sois?, preguntó con lucidez, comprendiendo que ya en ese susurro de voz había un poco de traición, un primer paso de entrega, una debilidad que no debió permitirse, se quedó quieto, permitió que le trajinaran el pecho, las calzas, todo el cuerpo como hacemos nosotros con las indias putas, y esperó, pero ellos no le decían nada. ¿Quién sois, Dios?, afligió ahora y ellos se rieron en la oscuridad, le soltaron el pescuezo, quitaron el cuchillo de su garganta, las respiraciones se alejaban, los hombres tal vez se habían puesto de pie. ¿Qué queréis?, balbuceó, sintió su propia voz y comprendió que estaba muy asustado. Sentía frío y deseos, más bien, de que estuviera a su lado, agarrados a su garganta, pegado el puñal a su pecho, prefería el clima del horror, del misterio, de la oscuridad, a esta lejanía vaga y distante, pesarosa, sin saber qué querían de él, qué deseaban hacerle. Esperó, pues los hombres habían abierto la puerta y él, bocabajo en el suelo, no se atrevía a moverse, tenía gran miedo, me irán a ahorcar, se estaba meando preguntándose qué querrían de él, qué querrán que haga, a quién mato, a quién he de traicionar. El aire frío llegaba hasta su cara y sintió que arrastraban a otro soldado dentro del cuarto, a varios, sentía sollozar a uno, maldecir a otro, sonaron unas bofetadas, unas risas secas y cortas, alguien más lejos, hizo un disparo en el aire frío de la madrugada, sentía muchas respiraciones junto a él, pero por qué no dicen nada, por qué no hablan o se quejan, podríamos conversar, llegar a conocernos, deben ser los soldados del Francisco, deseó preguntarles, pero esperó más bien,

sintió que arrojaban a otro prisionero al cuarto y que cerraban la puerta. La oscuridad parecía haber aumentado y también el silencio, había mucha más gente ahora y, sin embargo, nadie se atrevía a hablar, a preguntar nada, querrán dejarnos aquí algunas horas para quebrarnos los nervios, pero ellos no se iban, estaban de pie en la oscuridad, sin conversar, susurrando palabras breves, desenredando cordeles, desatando grillos. Alguien arrastró una silla y se sentó, estaba junto a la ventana mirándolos, alguien más se movió y se colocó junto al que estaba sentado, dijeron algo entre sí, palabras cortas que se evaporaban en los labios para hacer más atormentado el silencio, para acrecentar su soledad y su misterio, deben ser los de Chile, los del don Francisco. Comenzó a quejarse, a quejarse para sí y también para los otros, el prisionero que estaba junto a él, estaba tan junto a él que alcanzaba a tocarle la oreja, a sentir su insignificante respirar asustado, mucho más asustado que el de él mismo, un respirar adolescente, sin experiencia, sollozaba despacito, temeroso de que los otros pudieran descubrir su llanto y por eso lo hundía en tierra, lo ahogaba entre sus lágrimas y su pelo y el respirar de los otros prisioneros y el quejido angustiante del que estaba a su lado, no estaban solos, eran varios, todos unidos por la misma desgracia, por esas invisibles y cordiales ligaduras de la misma pena, de la misma desgracia o mala suerte o destino o estrella, por eso se quejaba, para que supieran que él los acompañaba, él que estaba más robusto y más decidido, que tenía más años en la conquista, llegué a Tierra Firme y venía de La Española, pensó, y estuve seis veces preso entre México y Nueva Granada, por eso me quejo, compatriota, por esos años y esas tierras y esas cárceles y esos ratones, también por ustedes, por todos ustedes, tengo que quejarme, no se quejen ustedes, fíen en mi dolor que es grande y profundo y no apagará con puñales ni con balas, ni siquiera con la horca, compatriotas, compatriotas de mi desgracia y mi soledad, y se quejaba verdaderamente, pues tenía ahora un intenso dolor de vientre y no era fingido, no es sino un dolor de estómago, dijo para sí, ansioso de que fuera grave y le doliera para quejarse mucho tiempo y ya no tendría que fingir, que traigan a los doctores, al cirujano Valdenebro, a los sangradores, al hechicero, empezó a transpirar y a debilitarse, se quejaba profundamente, torciéndose de dolor, y los que estaban tendidos junto a él ya no respiraban, ya no necesitaban respirar ni tener miedo, él tenía miedo por todos ellos y estaba sufriendo por todos, clamaba azotando su cabeza en la tierra y sintiendo las lágrimas correrle por el cuello, sintió un extraordinario terror de morirse en la oscuridad,

deseaba sentir respirar a sus carceleros, pero ellos tampoco respiraban, el que estaba sentado en la silla ni siquiera miraba, estaba lejano y ausente, vuelto a la ventana para no emocionarse, para ignorarlo completamente y no dejarlo morirse solo en la oscuridad, el que estaba junto a él ya no lloraba, ya no tenía nada de miedo, hasta había sacado un brazo inocente y frágil y se lo pasaba, un brazo núbil, sin maldad, sin sospecha, debe ser blanco y rubio el pobre muchacho y ahora lo voy a asustar y bramó de dolor y estaba seguro de que estaba metido en el agua, habré volcado algún tiesto, me habrán echado un balde para apaciguar mi dolor estos asesinos, sentía su cabeza llena de ruidos, ruidos de disparos, quejas de caballos, aullidos lastimeros de los perros bajo las mesas, el sudor corría por su cuello y su vecino le pasaba la mano por la cara para reconocerlo y se sintió lleno de ternura, ¿me iré a morir, Dios mío?, el dolor le tenía paralizado el vientre y movía muy lejos los borceguíes para comprender que estaba siempre ahí, que estaba él entero y que no estaba herido, solo él clamaba, solo él respiraba en la oscuridad y se sentía solo sabiendo que todos los ojos querían mirarlo, que todas las respiraciones manaban vueltas hacia él que sollozaba ahora, Dios, Dios mío me voy a morir, alguien respiró cerca de él, se inclinó para preguntarle algo, cómo te llamas, qué tienes, qué te pasa, el sudor era frío y tiritaba de dolor, tenía miedo, miedo de la oscuridad, él estaba lleno de oscuridad y ahora parecía que abrían la puerta, sintió un ruido estridente y no vio la luz del alba, salían por ella, salían todos, lo dejaban solo, la mano que había atenazado cariñosamente su cabeza ya no estaba, ya se alzó y se fue, sollozó de dolor, se quiso sentar, le dolió el vientre y sintió los borceguíes empapados y empapadas las calzas, la puerta abierta se batía en el viento, pero no veía nada, sólo la oscuridad lo rodeaba, sólo el susurro del viento, afuera, entre los árboles distantes, quiso ponerse de pie, pero no pudo hacerlo y, después, al intentar afirmar una mano en tierra para levantarse, lo empujaron con violencia y lo dejaron tendido otra vez, bocabajo en la tierra sollozó de dolor y terror, alguien caminó a su lado, caminó con presteza, como si estuviera a la luz del día y no rodeado de prisioneros, de prisioneros atados e inermes y golpeados y aterrorizados, caminaban y hablaban francamente, hablaban en voz alta, sin cuidarse de él, que se quejaba, arrastraron una silla y hablaron vueltos hacia él, hacia todos ellos, que no respiraban ni se movían, respetuosos de dolor, agradecidos de los minutos anteriores cuando había empezado a quejarse para que no estuvieran solos, para encender una luz en sus soledad, para poner una compañía

entre ellos, un lazo de unión, el hilo de una palabra deshecha, el resonar de una queja, que vale por un abrazo, por un beso de pasión. Se quejaba sordamente, amargado, ovillado en el suelo, se quejaba con costumbre, deseoso de que ese dolor terminara luego, podrían haberme matado, apuñalado, decía para sí, deseando estar dormido y que lo vinieran a despertar para asustarlo y coger él su puñal y alzarse en la cama como lo había hecho, demasiado tarde, murmuró con lástima para sí mismo, demasiado tarde, Dios, Dios mío, ya estaban en mi garganta, ya lo tenían amontonado al lado afuera, se quejó largamente, sentía sus propios quejidos y sus lágrimas correr por la cara, movió las manos, las abrió, las bajó hasta el vientre, se quejó largamente, pegó un grito, dos gritos, estaba casi sentado en la tierra, afirmado en la pared y deseando comprender, se quejó arrastrado y se llevó las manos a la cara, las tenía empapadas y el agua goteaba de su cara, asesinos, me han…, temblándole la boca, hirviéndole los labios, poniéndose de pie, quedándose tieso, cayó de bruces. El soldado que había estado sentado en la silla y el que estaba junto a él se acercaron en silencio a mirarlo, se inclinaron un poco, pues la luz es escasa, y después salieron. En el cuarto quedaron los tres cuerpos tendidos y sobre ellos se extendía la incierta luz del alba. No venían ruidos de afuera, sólo el leve rumorear del viento entre las hojas, sólo el ruido de caballos hacia el cabildo, sonaba una campanita fresca y única por el lado de la iglesia. Anoche también sonaban campanas, solemnes y profundas, recordaba mirando a Guevara para inquirir si él también las había escuchado. Levantó un poco la cabeza para preguntarle, pero la cara de Guevara parecía límpida, sin problemas, sin ensueños y sobresaltos, Guevara estaba durmiendo con mucha fuerza a las once de la noche. ¿A qué hora se vino él de casa del don Francisco?, deseaba preguntarle, capitán, amigo, compatriota, hermano mío, tenía un suave temor, una revuelta melancolía, un ligero susto de enfermarse verdaderamente y, estando enfermo y afiebrado y apestoso, el don Francisco haría lo que quisiera con la ciudad, con sus soldados, con mis soldados, estos soldados son míos, como sus monturas y cerdos y vacas y ovejas y cabras, son míos y no me los van a quitar, ya me robó en pleno campo a Perico y a Pereira y eso basta, la campanita de la iglesia venía recta hacia él, para sonar larga y tenuemente bajo el agua y que él no pudiera dormir, campanita de plata de Potosí, de Arequipa, de Veracruz, bajo el agua quieta. Llegó Vásquez caminando entre sus ruidos musicales, vacilando con ellos, traía la espada desnuda en la mano, comida como un paquete y los guantes

amarrados en ella, parecía algo cansado. Se plantó en la puerta mirándolo para pegar el grito, pero no se movió para entrar ni para huir, Guevara lo miró con tranquilidad, pase, señor, que aquí estamos con la paz del cielo, criando fuerzas y un poco de silencio por si los necesitamos. Estamos todos muy débiles y desangrados, precisaremos mucha fuerza, carretadas de esfuerzos sobrehumanos, dijo Vásquez con floja indiferencia, parecía ansioso de hablar mucho para ocultar algo, algo que asomaba en el cuerpo de sus borceguíes, entre los puños de la camisa, entre el pelo sudado que bajaba presuroso, como aterrorizado, por el pescuezo. Como veis, dijo, mirándose las calzas, no he dormido. A menudo no duermo y no lo vengo a contar para atormentar y atormentarme, dijo Guevara y le mostró la mano para que se sentara. ¿Sabes por qué no dormí, don Juan?, preguntó alzando apenas la voz. ¿Lo sabes, señor? Vásquez, yo sé muy pocas cosas, dijo Guevara, sin mirar a Núñez, y con ellas me basto. Anoche, señor, anoche no dormí porque los soldados del don Francisco se metieron a mi casa por la ventana, la dejaron abierta, ellos y los perros, ellos silenciosos, silenciosos los perros, respirando profundo, ahogando las voces, los ladridos, vi brillar los cuchillos en la oscuridad, vi brillar los dientes. Se pasó la mano por la cara, dejó la espada en el suelo y acercándose más se sentó a los pies de la cuja y miró para afuera. Siete soldados en el cuarto, un perro, un perro enorme, oliendo a naranjas, a limones, a las noches floridas de Andalucía, tuve miedo y me senté en la oscuridad, afuera estaba la luz velada del amanecer, serían las dos o tres, hacía frío y yo estaba vestido en la cuja, quiero decir en el suelo, ahí no me dormía, en el suelo resonaban los pasos de los centinelas, sonaban nerviosos, atormentados, listos ellos mismos para echar a correr, sonaban además, los pasos de los soldados, de muchos soldados, los caballos golpeaban la tierra, hacia el campo, camino del río y alguien cantaba o silbaba completamente despierto, debí dormirme, debí estar soñando, había unos soldados bañándose desnudos en el río, el río corría entre las ropas y los muebles y las cujas y los borceguíes y los arcabuces, hacía calor y estaban las luces encendidas, multitud de antorchas en la orilla del río, clavadas en la tierra, entre el pasto, el viento soplaba sobre ellas y echaba la luz y el humo hacia el agua, había unas mujeres bañándose también, los soldados se reían mirándolas y después nadaban furiosos hacia ellas, sonaban los pasos de los centinelas, corrían los caballos en el agua y yo veía a los caballos nadar aterrorizados hacia la orilla, sin preocuparse ya de las mujeres, cuyos pechos asustados y obscenos se adelantaban hacia ellos, como

llamándolos, pero ellos corrían ya por la tierra y de sus uniformes chorreaba el agua y en el río flotaban unas calzas, una camisa ensangrentada, el ruido del río lo tapaba todo y en el ruido ladraba el perro, estaba completamente mojado y ladraba despacio, pegado a mi rostro, afuera lamía las piedras el río y los hombres, sin cuidarse de mí, habían encendido una antorcha y la paseaban por el suelo, bajo la mesa, entre las sillas, alzando las ropas y metiendo la luz debajo, el perro se había sentado a mis pies, con el hocico abierto y los ojos alertas. ¿Quién sois?, me dijo uno, sin sorpresa, descubriendo mi cara en la oscuridad, entre los resplandores de la antorcha. Vásquez, soy Vásquez, así me llaman, dije con desprecio, deseando no dejar de escuchar el ruido del agua, mirando a las mujeres desnudas, sus pechos brillaban en la oscuridad y se tendían hacia mí, eran reales seguramente, ahí estaba el perro y el perro existía, tenía su pelo mojado y mojaba el suelo. ¿Vásquez, el teniente?, preguntó el hombre suavemente, tornándose enteramente en la penumbra hacia mí. Teniente de Prado, el capitán, el único capitán, dije con lenta ferocidad y me alzaba un poquito. ¿El enfermo?, preguntó el hombre con insistencia y finura, como si lo buscara al enfermo para llevarlo al hospital y no esperaba que yo le contestara. Está muy enfermo el capitán, ¿lo sabes, Vásquez? Ahora lo cuidan en la casa de don Francisco, son las tres, ahora debe estar delirando, echando fuego como una hoguera, han traído agua del río para echar sobre su cara, sobre su uniforme. El agua, dije para mí, el río, hace mucho frío o mucho calor, no sé, debe estar algo enfermo, tendré una pizca de fiebre, veía a las mujeres sentadas en la orilla, una tendía el pelo entre sus brazos para peinarlo y mostrar lo bello que era y lo crecido y lo brillante y lo maravillosas que están, señor, tengo fiebre, señor, tenía fiebre, me eché de la cama para salir afuera, pero el hombre saltó a mi cuello y el perro se agarró a mis borceguíes, sentía afuera correr a los soldados, echar los caballos al galope y llamarse a gritos en la oscuridad, un soldado gritaba a mi lado, a dos pasos de donde yo estaba, podría haber golpeado las tablas para que no tuviera miedo, pues parecía aterrorizado, más allá se quejaba alguien y otro y otro, alguien invisible cantaba rítmicamente más lejos, en las aguas del río, las mujeres lo sentían y se reían coquetonamente envueltas en sus cabellos, sí, no serían más de las dos o tres y el hombre junto a mí y el perro sentado a mis pies mirándome con avidez. Está muy enfermo el capitán, Vásquez, dijo el hombre y sacó las cuerdas para atarme. Miré las cuerdas y pensé en la horca, en Alonso del Arco y Antón de Luna, todavía están presos, todavía no los ahorcamos

señor, eso fue un error, esa gente es la que llamó al don Francisco y ahora el don Francisco galopa en la noche y mete miedo a los soldados del virrey, Guevara le tuvo lástima y él no la tiene para nosotros, se lleva a los soldados, enferma al capitán, nos tiene enfermos a todos y al que no se quiere ir con él lo deja amarrado bocabajo en el suelo y se va en un trote camino del río, de las lomas que traen las primeras nieves y echa delante los caballos, el ganado, los indios, deja unas casas incendiadas, un humo espeso acariciando las barbas de los ahorcados. En eso hay verdad y mentira, Vásquez, dijo Prado, y su voz parecía nueva, recién despierta. La verdad es que he estado enfermo, tal vez desde hace mucho tiempo, desde hace meses o años, tal vez tenga que irme con don Francisco, tal vez tenga que dejar la ciudad, tal vez no me vaya, Vásquez, y me quedé aquí para morirme, pero anoche yo no sentía nada, no escuché gritos ni carreras, ni fugas, ni siquiera sentí ladrar a los perros. Los perros no ladraron mucho, sólo lo necesario, dijo Vásquez, doscientos hombres llegamos con vos, señor, ¿crees que sean muchos los que se desean quedar y no están ya bajo las banderas de don Francisco? Si se van iremos a buscar otros a los Reyes, dijo Prado, Ardiles aún no llega y él traerá socorros. No se irán mientras no estén seguros de lo que hacen y de lo que pensamos hacer nosotros, dijo Guevara, escuchaba hacia afuera, pero no venían ruidos de la calle, sólo el persistente y suave resoplar del viento, solo el manar del río a unas pocas cuadras. Dijo que se iría hoy o mañana, repitió Prado y le parecía que ya había dicho eso muchas veces, tantas que solo él lo creía, que don Francisco jamás lo había prometido. ¿Por la ventana entraron? Por la ventana, señor, y yo había sentido ya el ruido en las otras casas, sonaban las ventanas, sonaban los borceguíes, brotaban los gritos en la oscuridad, sonaban bofetadas, ladraba un perro, clamaba alguien y el ladrido surgía de tanto en tanto como una luz y corría por la calle, el agua se sentía con gran claridad, parecía correr aquí mismo, a mis pies, señor, y entonces vi al hombre en la ventana, antes de que él cayera al suelo yo estaba ya sentado, el perro respirando a mi lado y ni siquiera pudo alzar los brazos. Yo estaba realmente enfermo, o dormido o desmayado, recordó Prado, miró a Guevara para que él confirmara sus palabras, aunque no estaba seguro de que así fuera, ¿o fue hace varias noches?, se quedó pensando. Hay muertos en algunas casas, dijo Vásquez, los apuñalaron en la oscuridad y nunca sabremos por qué, por qué los mataron a ellos y no a mí, señor. Esos eran los gritos que escuché anoche, algunos se aterrorizan fácilmente, son jóvenes, llenos de salud y fuerza quieren vivir, caminar todavía

otras calles, otras ciudades, meterse en otras mujeres, en otras bocas, en otros ojos, en otros recuerdos y tienen miedo y tiemblan como niños y mueren sollozando mezclando el llanto con la sangre, no es bonito, eso, señor, hace tres noches que está ocurriendo, saltan en la oscuridad por la ventana, buscando los borceguíes, los guanteletes que marcan el rincón donde respira el hombre y antes de que termine de despertar o de asustarse, se queja, se hunde en la tierra quejándose y ellos dejan la puerta abierta y se van tranquilos caminando sin apuro en medio de la luz del alba. Señor, don Francisco es un mal hombre, dijo por fin Vásquez, y se quedó callado. Él sí parecía enfermo, pobre Vásquez, pobre teniente, cambiaremos la ciudad, nos iremos con ella donde no la encuentre don Francisco para robarla, deseaba hablarle luego, pero sin atreverse a hacerlo, sin saber si podía tener confianza en alguien. Ya, haremos algo, Vásquez, Guevara, capitanes míos, dijo mirándolos a los dos, tenemos que hacer algo, evitar más muertes, más traiciones, defendamos la ciudad, defendamos las puertas y las ventanas y los techos y el sueño de la gente. Tenemos que armar nuestra propia muerte, ser asesinos como ellos, señor, dijo Vásquez, aquí la muerte vil, la muerte a traición es la única moneda, no compraremos nuestra tranquilidad con unas pocas horas de sueño sino con unas gotas de sangre de los soldados del don Francisco. ¿Cuántas carretas hay en la ciudad?, preguntó. Hay muchas, señor, dijo sin darle importancia al dato de Guevara, más de veinte, entre las que tienen los indios y las que hay en los corrales y en el campo, junto al río o en la linde del bosque, pero ¿por qué, señor?, preguntó de repente, mirándolo curioso o lleno de agradable sospecha o pretendiendo que en aquella pregunta habría envuelta alguna oculta y aviesa intención, una astucia para vengarse del don Francisco y llevarlo a la muerte o, por lo menos, a prisión, es un bellaco el don Francisco y cualquier cosa que hagamos con él, el virrey nos perdonará; sonrió con tristeza, pero seguro de que lograría su propósito.

Se enderezó un poco en la cuja, se sentía débil y con poco ánimo, sentía deseos de tenderse en tierra para morirse, de gritar de repente que lo ataran y los llevaran a Santiago o a los Reyes o a Veracruz, sentía los ojos cansados y la cabeza revuelta y lo que acababa de contarle Vásquez lo traspasaba de sorpresa y desconfianza. ¿Qué quiere el don Francisco, qué desea que hagamos por el rey o el gobernador Valdivia? Había sido fino con él, se rió bastante cuando él se inclinó para agradecerle o disculparse y lo trató como amigo. Se rieron y bebieron licor y él, embriagándose,

comenzaba a quererlo y le preguntó si se sentía muy solo y triste sin la gitana. ¿Qué gitana, señor? Él le explicó que aquella noche, cuando surgieron en la oscuridad y se toparon con sus tiendas y el capitán Guevara echó rodando por el suelo al centinela y el otro huyó entre las patas de los caballos gritando cristianos en el campo, cristianos de Tucumán en el campo y se alzaba la neblina con sus gritos y se apagaban algunas antorchas y se encendían otras y sonaban unos gritos y disparos y maldiciones, recogió el olor en sus narices y levantó la lona para encontrar a la mujer, pues el perfume era fresco y reciente, dijo con cansancio y con envidia, y cuando os cogió en sus brazos sintió vuestra camisa, vuestros encajes empapados en el olor de la hembra y en vuestros ojos había huellas de lágrimas secas y os tuvo lástima y por eso estáis vivo, señor. Se rió largamente don Francisco, llenó otra vez las copas y lo quedó mirando. Sois un hombre bueno, buenas son vuestras intenciones, capitán, mucho mejor que las mías, pero aquí no hay mujer, ojalá la hubiera, vuestro buen deseo os trueca en amigo de mi infancia, por lo menos de mi adolescencia cuando tenemos hasta el pelo untado en el olor y el deseo de las hembras y lloramos sin rubor por ellas y nos paseamos en la madrugada por calles solas y miramos un balcón, una puerta, oh señor, ojalá tuviéramos hembras aquí. Se acercó a él hasta tocar su brazo con su brazo y le dijo, ¿crees, señor, que sea justo que dos españoles como nosotros, que dejamos familia, madres, hermanas, sobrinitos, algún cura en algún pueblo de Castilla, que es nuestro tío o nuestro padrino, estemos ahora mirándonos con odio o con desconfianza, con recelo, mostrándonos los dientes como perros y me digas, y yo tenga que oírlo, que Guevara, vuestro capitán, no me degolló o apuñaló anoche porque me vio solitario y acongojado y me sintió llorar por una hembra? Ojalá hubiera llorado cinco horas antes, cinco años antes, que no estaría en esta tierra, solo con vos, señor, que pudiste matarme, que pude mataros, que tal vez os mate u os mande preso a los Reyes, sólo por eso, porque estás solo, porque estoy solo y os mandó el virrey, decía, y me mandó el gobernador, os digo, y no os creo y no me creéis y estáis pensando que si hubiera venenos aquí ya estaría envenenada esta copa y no querrían beber y os tendrían que forzar los dientes con una daga mis soldados. Se rieron, con ganas, con juventud el don Francisco y él con melancolía, con debilidad, se sentía enfermo y embriagado, sus manos estaban agarradas a la mano del don Francisco y se juraban no traicionarse, no perjudicarse ni herirse en estas tierras, en ninguna tierra, don Juan, dijo don Francisco, echándose hacia atrás y riendo con gran alegría

y él se reía y tenía sospechas, pues estaba seguro de que el don Francisco no decía la verdad y tenía escondida a la gitana en el mismo cuarto, quizás estará oyendo ahora tras la puerta, pensaba bebiendo el vino y sintiéndolo correr por su garganta en la que caía el sol, estaba tendido él en la tierra y a su lado estaban Guevara y Vásquez con cuerdas en las manos, mirándolo con compasión y con cierto desprecio. Átenme, átenme, átenme luego, por qué lo dudan. Estaba a orillas del mar y el sol caía sobre su espalda, lejos se divisaban unas montañas azules chorreadas de nieve y él se sentía apenado y deseoso de irse y miraba al don Francisco sentado junto a él, golpeando la mano nerviosa con su guantelete y sonriendo con la melancolía para recordar, la conocí en Algeciras, al salir de la academia, don Juan, y él sentía el olor acre de la gitana, veía sus dientes parejos y su boca roja, se sentía triste, el vino corría por su garganta y era ardiente, ardiente como los claveles que tenía en el pecho la gitana, tiene suerte el don Francisco, decía para sí, mirándolo con envidia, comprendiendo que no quería decirle la verdad, pues temía que le robara a la gitana y se la llevara a Arequipa o a Puerto Cabello, no, señor, no me la llevaré, sólo la ciudad, me llevaré la ciudad, cada vez más cerca de los cerros, más pegada a la nieve y ahí llegarán los hombres que compró Ardiles, vendrán con gabanes de pieles y botas forradas y gorros para la nieve y traerán mujeres y harán fogatas y me acordaré yo del don Francisco, que regresará de Chile y buscará como loco mentecato la ciudad y no la encontrará de los terrones y clamará entre los árboles y por los cerros sin poderla encontrar, pues la nieve habrá borrado todas las huellas, átenme, átenme, decía y sentía llorar a la gitana, estaba sentada en el suelo, sobre la nieve, mirándolo y llorando, él veía sus bellos muslos dorados y tenía terror de que Guevara, por mirarla y Vásquez, por desearla, se la llevaran lejos, amarrada con saña hasta tornarla fea y él la sintiera llorar y gritar y sin poder moverse, sudando entre los techos de madera y las sillas, y las ventanas en las que caía el sol. Levantaba la copa y bebía otra vez y abría los ojos y el don Francisco tenía una risa hipocritona en los labios y se reía con desvergüenza. Aquí no hay mujeres, ojalá las hubiera, señor, se levantó y se acercó a un rincón del cuarto y alzó la tapa de un arcón, sacó unos borceguíes nuevos, unas camisas albas, unos cinturones, el casco de una armadura y una saya de mujer, una falda que llenó el recinto de reflejos, de perfumes y de suspiros, unos cintillos, una faja roja, violenta, los trajo a la luz y se los pasó para que él los mirara bien. Esto es todo lo que tengo, don Juan, dijo un poco nervioso, un poco sonriente, esta es la mujer,

esta es la gitana de vuestro capitán. Él miró la ropa, apretaba el género entre sus dedos y se sentía desolado. Se quedó en España, naturalmente, dijo don Francisco, no me vine con ella, no la conocí en la conquista de Nueva España ni en los Reyes, no señor, no tengo tanta suerte, pude haberla traído conmigo y ahora me estaría esperando en una travesía del norte, pero no ha sido así y estoy aquí tan solo como vos o como otro cualquiera, solo con el recuerdo que se desliza a mi lado cuando es de noche y no hay ruido de batalla o de traiciones o de recelo afuera y estamos aguardando, esperando noticias de la corte o del virreinato o de la gente que quedó de juntarse con nosotros para traernos socorros o comidas o más caballos y meternos tierra adentro buscando heridas y muerte fea. Él alzó otra vez la copa y lo quedó mirando y se acercaron más soldados y se llevaron las luces y sólo dejaron una y el don Francisco estaba de repente melancólico y pesaroso, lleno de recuerdos. El conquistador es un hombre sin mujeres, sólo eso, mucha tierra y nada de mujeres, mucho oro y nada de mujeres, mucha sangre, muertos, asesinados, ahorcados, fugados, asaltos en la noche, pero no balcones floridos ni carrozas ni juegos ni agua ni paseos ni sonrisas que provoquen todas estas muertes, estos terrores. Hubo un largo silencio, bebiendo ya sin decirse nada, mirándose apenas, aclarados y tajeados sus rostros por las lumbraradas que echaba la antorcha elevada en mitad de la mesa. Sentía a los soldados reír afuera, amontonados junto a las fogatas, echados sobre los borceguíes, sobre el olor del cuero y el olor de plantas húmedas y de recuerdos lejanos, recuerdos llenos de sol o simplemente de cielo claro, delgado, desteñido, sin nubes, sin espantos. Bebió en silencio y don Francisco estaba hosco y él le dijo ¿me has mandado llamar, señor?, ¿qué me queréis, señor?, me han ido a decir que estaba prisionero, prisionero vuestro, y así me quedé en mi cuarto, echado en la cuja, sin querer moverme, adormilado y atravesado de ruidos, de gritos, de quejas, llegaron otra vez los soldados, vuestros soldados y estaban llenos de luces inclinados sobre mí, desperté del todo y escuché lo que me decían de parte vuestra. ¿Qué os decían, don Juan?, preguntó el don Francisco con dulzura. Que me esperabais, que estaban todos vuestros oficiales y hasta mis frailes sentados en la mesa, mirando hacia afuera en la noche a que aparecieran las cabalgaduras y jinetes que me traían preso. ¿Preso, traeros preso?, preguntó sonriente, nervioso, incrédulo el don Francisco. En cierto modo, sí señor, aunque no lo creáis vos mismo, aunque no lo crea del todo yo. No contestó don Francisco y lo miraba atentamente, invitándolo para que dijera más

quejas. ¿Dormíais y despertaste asustado, temeroso de una traición, de una celada, de un golpe de autoridad maligna de mi parte? Señor, ahí estaba un atado de caballeros completamente armados, relucientes, inclinados sobre mí, con curiosidad, es verdad, pero también con sorna, con un silencio lleno de risas ahogadas, de gestos de asombro, conmiseración o duelo, hasta me remecieron del hombro para despertarme y que comprendiera que eran ellos, vuestros soldados, no los míos, y que reclamabais mi inmediata presencia. Es verdad que quería veros y hablaros y preguntaros cosas y contestaros cosas, pero nada más, dijo don Francisco, dejó la copa en la mesa, cruzó las manos en el mantel y se inclinó hacia él como si ya fuera a plantearle alguna cosa grave. ¿Qué queríais preguntarme, don Juan? Algunas circunstancias feas, señor, algunas obras solapadas de vuestra gente, algunos silencios, algunos caballos que se mezclan con los míos, algunos perros que vienen a morder el ganado dormido, algunos soldados que vienen a conversarles ambiciones a mis soldados. Decía que Guevara os asaltó hace cuatro noches y es verdad, pero vosotros, vuestra gente, vuestros soldados, estabais metidos ya en nuestra tranquilidad, señor, durmiendo en nuestras huellas, ocupando nuestras sábanas, nuestra propia cuja, usando nuestros sueños, si es que sois soñador. La gitana es como un sueño, tomadla como tal, señor, dijo don Francisco, su rostro se veía ensimismado, entristecida su voz y lejanos los gestos apaciguados de las manos. Llegó la noche y vimos algunos indios muertos en los caminos, algún ganado desriscado y caballos sin jinete, vimos huellas, huellas de borceguíes, huellas de sangre y el largo trazo del incendio, esperando la noche y tropezamos con tu tienda y tus centinelas y Guevara te sacó del sueño. Como no le contestaba, alzó la voz con un poco de melancolía para preguntar, señor, ¿para qué me necesitabas?, ¿qué quieres de mí?, ¿sabes que estoy mandado a esta comarca por el virrey, sabes que tengo de él autoridad para fundar ciudades y traer la religión y Cristo y la comunión y la extremaunción y los santos apóstoles conmigo?, señor, esta silla en que estás sentado, esta mesa en que te apoyas, estas antorchas que te alumbran son parte de la ciudad, son la ciudad, aquí estoy en mi derecho para levantarte la voz y decirte, señor, ¿qué buscas en estas tierras que son ajenas, que son prohibidas?, ya me has robado algunos soldados, ¿qué más quieres robarme? Escuchó su propia voz y la encontraba demasiado triste y desolada y desamparada, sentía respirar hondo a don Francisco, como si estuviera criando rabia y melancolía y soledad también, como si quisiera verlo formar, ahí en la penumbra, con

palabras y lágrimas y lágrimas y suspiros, su propia irreparable desgracia, su maravillosa soledad y le pidiera que la compartieran, que la cargaran juntos a sus espaldas, que la dividieran a solas, en las tinieblas, con sus espadas desnudas. Las antorchas ya habían sido apagadas mucho tiempo antes, los soldados, que se veían enormes a su resplandor, habían entrado en silencio, las cogían encendidas y las aplastaban en el suelo con los borceguíes y surgía el humo, las amontonaron en un rincón, todas juntas, apoyadas contra unos barriles, entre unas cuerdas y unos arcabuces y los dejaron solos, solos en la inmensa habitación desierta, impregnada en el delgado olor del vino y del vino y la comida y el viento tibio que soplaba afuera. Don Francisco, cogiendo la garrafa, vació otro poco de vino y fue entonces que le dijo. Tuve heridos, ahí los tengo, don Juan, pudiera verlos, podría mostrarlos, y le mostraba la copa llena para que bebiera. Pudieron haber sido muertos, señor, contestó él bajando la voz y cogiendo la copa. Bebió con verdadera fruición y estaba seguro de que si don Francisco seguía sonsacándole soldados, caballos, ganado e indios, las puertas, las ventanas, las tablas de los lechos, los balcones que aún no colgamos, entonces sí, don Francisco, dentro de un año, dentro de dos años, entonces tal vez ya no haya heridos, tal vez se los tenga listos y acomodados para que los vea, los veía borrosos, pequeños, delgados, hermosos, ensangrentados, alineados contra la pared, juntando un poco de sombra en la penumbra. Me los llevaré mañana o pasado mañana, a Chile, a buscar socorros, tenemos poca gente, pocos alimentos, don Juan, vosotros aquí estáis mejor que ellos allá, pero antes quiero dejar esta comarca bajo la autoridad del gobernador Pedro de Valdivia, bajó la voz y la alzaba en seguida, abrió la mano mostrando las copas, el poco vino salpicado en el mantel, la vajilla vacía, las cucharas, los cuchillos, las sombras que bailaban rítmicas en la pared, los perros que se acurrucaban en el suelo, bajo la mesa, junto a los borceguíes, le mostró su propia cara y dejó desfallecida la mano en la mesa, como un testigo irrecusable, ya muriéndose, todo esto es tierra de Chile, señor, al venir aquí has caminado en sueños, como sonámbulo o poseído o enamorado, y veía brillar en los ojos profundos y acuosos de don Francisco la saya negra y roja de la gitana, te has perdido y perdido la conquista para el virrey y para el gobernador, pues conoces a Valdivia, ¿verdad?, preguntó con dulzura inclinándose hacia él. Señor, contestó quedo, esta ciudad en que está aposentado fue sacada por mí de la tierra invocando el nombre del virrey, él guió mi mano y mi brazo y la pata de mi caballo, sé lo que he hecho y lo que voy a hacer, le

tembló la voz y decía para sí lo voy a hacer hoy o mañana, en tres o cuatro noches todo estará listo, no señor, no dejaré robar esta ciudad que es del virrey, el rey de Dios, el padre Carvajal y el padre Cedrón son sus apóstoles y sus comadronas y yo también lo soy, donde falten ellos no faltaré yo y no faltarán mis capitanes. Bebió lento el vino y se sentía apesadumbrado y fue entonces que sonaron voces afuera y llegaron otra vez los soldados y trajeron antorchas y él vio entrar al padre Carvajal, venía jubiloso siguiendo una conversación con Guevara y entraron más soldados y hasta seis perros y se repartieron por los rincones y luego estuvo él envuelto todo entero en el humo de las viandas y el rostro de don Francisco se perdía en el humo y primero estaba sonriente y atento y después sombrío y brutal, se ponía de pie y arrebataba una enorme cazuela de las manos de un soldado, se plantaba en medio del cuarto y la destapaba y salía un humo violento, casi enrojecido, y se acercaba con ferocidad a él y era delgado y duro y temblaba lleno de músculos y le decía en un susurro inclinándose hacia sus ojos, echando la cazuela entre los dos para que dentro del humo nadie pudiera verlos, ahí están todos heridos, don Juan, podremos contarlos luego después cuando apaguemos las luces y se vayan los cristianos. Sentía el golpe de las cucharas contra las escudillas y el ronronear de los perros bajo la mesa, alzaba la cuchara y sorbía en silencio un poco de caldo mientras al otro lado de la mesa don Francisco se reía a carcajadas con el padre Cedrón, consumido, frágil, diminuto, verdoso, con cierto encantador humor bilioso y atraidorado, se lo querrá llevar a Chile también él para que le bendiga las traiciones, para que le faje con maldad los heridos, pero Cedrón reía verdaderamente plácido y satisfecho y ni siquiera lo miraba a él, tal vez tampoco supiera que él estaba ahí, aquí estoy, padre, ya me fueron a buscar los soldados, abajaron las antorchas para despertarme, pero yo no estaba dormido y entre las luces me vine caminando, ellos sacando con los caballos mucho ruido y yo escuchando el silencio que corría por las calles. Entraron soldados y trajeron más viandas, afuera lloraba o canturreaba un indio, en el frío de la noche se clarificaba su clamor, su voz dolorida y abandonada, está muy sola la ciudad, estamos muy solos aquí, tiene razón el don Francisco, nos hacen falta hembras en esta tierra, sangre vertida por ellas, muertes que ellas provoquen. Ya estamos de acuerdo con don Juan, padre, dijo alzando la voz al otro lado de la mesa don Francisco. ¿Sobre qué, hijo mío?, se entreabrió inocente el padre, ¿sobre qué, Dios mío?, se preguntaba él mismo, tal vez estemos de acuerdo sobre algunas dudas y miedos, sobre un

poco de soledad, sobre unas sillas, unas mesas, algunos heridos, y comió en silencio y se vertía un poco de vino y mientras comió los miraba hablar. Tenemos algunos heridos graves, ya don Juan lo sabe, dijo sin fineza el don Francisco y él sabía que lo estaba mirando, que lo miraba con odio, lleno de audacia, capaz de cualquier cosa, quiere cambiarme sus heridos, que también son míos, los habrán herido ellos mismos, les habrán disparado en la oscuridad cuando se emborrachan y sentía el olor del vino reptar hacia él desde el otro lado de la mesa. Unos heridos no pueden dar una decisión que ofenda al rey, dijo él de repente y su voz era distinta y decidida. Don Francisco no dijo nada, pareció no oír aquello y aquello en realidad parecía no referirse a los heridos, los heridos eran también del rey, y miró al don Francisco para decir otra sentencia más grave y peligrosa, pero se le había olvidado y el padre Carvajal, agarrando sus manos en el borde de la mesa, lo miraba con ferocidad, con sonrisa beatífica y poderosa, no Juan, no digas nada, Juan, y él empezó a transpirar y se sentía enfermo, sentía la piel del rostro tirante y terrible, le palpitaban las sienes, tenía sueño, no podía irse, eres prisionero en cierto modo, no puedes irte, tienes que esperar que coman ellos, que beban muchas copas, que llamen a los perros. Lo sabremos esta noche, Vásquez, le dijo él, él le ha prometido irse hoy o mañana, esperemos, tenemos que esperar de todos modos, dormiremos vestidos y armados, de pie junto a los caballos, encima de ellos. Yo no me fío, señor, dijo Vásquez, anoche me despertaron para decirme que me fuera con ellos a Chile, dicen que tienen mucha gente, soldados nuestros, a fulano, fulano y a fulano, mengano te odia y jura que se irá con el don Francisco o solo, que si él no te mete preso él sí te matará, dice que tienes preso a Antón y a Alonso sólo porque se quieren ir a Chile, sólo por eso, señor. Se irán, se irán, todos nos iremos, dijo sombríamente él, ¿y quién más, quién más, Vásquez? Creo, señor, que él se quiere llevar a toda la gente, que te dejará sólo los enfermos, los heridos, por eso habló de ellos, porque según él te pertenecen, quería que conocieras los menesteres que te deja, ése era su pensamiento, un pensamiento cínico y cruel, sin audacia. Que se lleve todo lo que quiera, Vásquez, dijo él y su voz parecía extraordinariamente cansada, que se lleve todo, menos la ciudad, no se la podrá llevar, la llevaremos nosotros, dijo con firmeza, sin mucha convicción, pero al mismo tiempo estaba seguro de que así ocurriría, pero Guevara y Vásquez no se fijaron en sus palabras, no le daban importancia, no creerían que su decisión era fundamental y verdadera, más que lo que él mismo pensaba y deseaba. Señor,

¿qué haremos esta noche?, preguntó Vásquez con miedo y en su miedo esperaba órdenes y con ellas coger tranquilidad y decisión. Si le digo que mate al don Francisco lo hará, juro que lo hará, por lo menos él no se irá con los de Chile, él no me abandonará, tenía en Vásquez un amigo, también en Guevara, pero Guevara estaba siempre tan tranquilo, suavemente indiferente, siempre sin alzar mucho la voz, ni la mirada, un hombre sin calor, sin fiebre, sin pasión de amor o de odio. Guevara pudo haberlo matado, se dijo con reproche, pero sintiendo al mismo tiempo un soplo de ternura por el don Francisco, lo veía más solitario que él, más desgraciado, más joven y más expuesto. ¿Qué haremos esta noche, Vásquez? Esperaremos tal vez, dijo, dejándolos a ellos que expresaran también su voluntad, pues la suya era esperar uno o dos días, una o dos noches, pensando en la ciudad, en sus hermosas calles solas, todavía no formadas, no terminadas, como un paisaje inconcluso, como un trozo de escultura sin labrar, me la llevaré lejos, cada vez más hacia las sierras, antes de que termine de desaparecer el último caballo, la última mula cargada del don Francisco. Es peligroso esperar un día más, anoche mataron a varios soldados, dijo Vásquez, yo los sentía gritar en la oscuridad mientras los degollaban. A todo el que no quiere ir a Chile lo matan, señor, sólo dejarán a los muertos y a los heridos, un pobre soldado apestoso, algunos perros enfermos, a algunos caballos derrengados y ciegos. Se llevarán los mejores caballos, señor. No me los han pedido, dijo él en un susurro, como si en la sorpresa que demostraba al hacer esa declaración fuera a adivinar luego un nuevo y misterioso peligro, no me los han pedido, Vásquez, y yo creo que si el don Francisco me mandó a sacar del sueño para convidarme a comer y beber y estuvo atento conmigo, aunque yo no estaba dichoso ni satisfecho, alguna desconfianza estaba tramando, veis, señores, no puedo ser feliz en esta tierra ni en ninguna otra creo yo, y ya se lo dije, que si me lleva robados los soldados y las caballerías, me lo hará saber antes, me lo mandará decir con el padre Carvajal o el padre Cedrón o, por lo menos, con sus capitanes, tenientes o centinelas, me dijo que me regalaría unos perros ¿y no me pedirá el hidalgo unas caballerías si las precisa? Yo y Vásquez esperaremos, señor, dijo quedo y seguro Guevara, tomando la voz por los dos y Vásquez ya no se atrevió a hablar y él, ahora que veía preocupados a sus capitanes, se daba vuelta lentamente y los quedaba mirando, ¿sabéis, amigos míos, que desde hace muchas noches y semanas y meses tengo decidido mudar de asiento la ciudad? ¿Cómo, señor?, preguntó sin sorpresa Guevara, sonriendo al mismo tiempo, no solo

de ingenuidad, sino de salud y audacia, pues la idea le gustaba. Don Francisco quiere dejar la ciudad bajo la mano del gobernador de Chile, dijo él, dice que estas tierras son chilenas, pues caen dentro del paralelo y el grado y las palabras que le entrego con sus sellos en los Reyes, las quiere para Valdivia y también para él y va a volver este verano, el próximo año. Señores, nos vamos a llevar la ciudad de aquí, sólo unas cuantas noches precisamos, sólo unos cuantos viajes. ¿En las carretas?, dijo Vásquez y en su pregunta estaba ya la respuesta, ya estaba decidido a secundarlo, pues no había preguntado cómo lo haremos, señor, ¿será posible hacerlo, don Juan?, sino solo eso, ¿en las carretas? En las carretas, dijo él, la ciudad la hemos hecho nosotros, nosotros la deshacemos y la llevamos lejos para que no se la lleve el don Francisco. Dejaremos aquí las horcas, ahorcaremos a Alonso del Arco y a Antón de Luna, si don Francisco nos pide caballos y se los damos y si me roba soldados y no se los reclamamos y si tenemos prisioneros y no los ahorcamos dirán que tenemos miedo y pánico y terror y cualquiera vendrá a ofendernos. A él le daré todo lo que pida, por disimular y ganar tiempo y tener todo el silencio, todas las sospechas, todos los temores a nuestro favor, cuando en un trote desaparezca tras la loma el último caballo, agarraremos los martillos y las hachas y traeremos las carretas del bosque. ¿A dónde llevaremos la ciudad?, dijo Vásquez. Más allá de donde cavamos las trincheras, dijo él pensativo, viendo mapas en su memoria, ríos, montañas, llanuras, otros ríos, otras montañas, otras llanuras, un bosque, dos bosques, un viento no contaminado, un viento soplando aquí, sobre las ruinas de la ciudad. Haremos el cambio y después escribiremos un memorial, haremos firmar a los vecinos y juramentar al alcalde y a los ofendidos por don Francisco. Hacemos obra de misericordia al mudarla de asiento, se lo escribiremos al rey y le daremos razón minuciosa de todas estas aventuras y desventuras, le pediremos su bendición antes de que nos bendigan las puertas y las ventanas el padre Carvajal y el padre Cedrón. Sí que lo haremos, dijo Guevara sonriendo en la oscuridad, sentía una extraña alegría al darse cuenta de que tenía ese trabajo por delante, dentro de cuatro noches no dormiremos, ya no podremos dormir hasta llevarnos todas las casas, señor, señor, haremos una bonita hazaña, Dios nos mira, dijo sin convicción y él sabe que tenemos razón y nos querrá ayudar. Tal vez sea cierto, dijo él y se acordaba de aquellas noches en que estaba hundido en el barro y Jesús estaba también hundido en el barro, trabajando como él, metiendo la pala en el barro y las piedras, sudando y mirando con odio al cielo encapotado, gritaban

los soldados en la oscuridad y él se sentía triste y desolado, Jesús palpaba su torso desnudo en la oscuridad y decía, padre, padre, mira este barro, esta lluvia, hundía con furia la pala en el barro y lo miraba a él, lleno de miedo, y él le decía algo para tenerlo apartado y llamaba al padre Carvajal que andaba por ahí chapoteando, recitando algo hacia el cielo y él no escuchaba nada sino el ruido de los disparos al otro lado de los árboles y entonces pensó me la llevaré, juro por Dios nuestro señor que me la llevaré, y Jesús lo miraba más tranquilo porque lo había escuchado y parecía que estaba de acuerdo con él y que le ofrecía su pala y sus brazos llenos de barro. No se querrán ir todos, señor, dijo Vásquez y se estaba poniendo de pie de a poquito, no con desconfianza, sino con preocupación, como si anduvieran enemigos, espías, lenguaraces en el contorno y pudieran oír lo que ellos estaban tramando, y en realidad afuera se oían ruidos desconocidos, miserables, pérfidos y misteriosos. Él también se movió en la cuja para ponerse de pie y, aunque se sentía débil, se sentía también dispuesto a matar al don Francisco, a sus dos tenientes y a sus veinte capitanes. Tal vez sea necesario que nosotros también vertamos unas gotas de sangre, y los miraba a los dos de pie junto a él, esperando que él saliera de su fiebre, de sus pensamientos, de sus ensimismamientos y de sus dudas y se alzara para alzar con ellos la ciudad, mataremos a más de alguno, y veía otra vez a Jesús sumergido en el barro, paleando las piedras y los escombros, sudando de furia y cansancio, oteando con odio el cielo negro, Jesús mío, ayúdame, se sentía mortalmente inerte y abandonado y, como afuera sentía correr a los caballos y sabía que eran los hombres del don Francisco, los miró a los dos y les dijo caballeros, que el silencio y el secreto nos una, que nadie se meta en él, ni siquiera nuestros amigos, no dormiremos esta noche ni la noche de mañana, esperando que se vayan los de Chile para irnos nosotros con la ciudad a cuestas tras ellos. De repente se sentía feliz y capaz de triunfar sobre todos los obstáculos, de salir sin tropiezos de este sueño y ser cada vez más grande y poderoso y jubiloso, tal vez hasta más joven, de este ensueño, de esta aventura, no sólo lucho con hombres, con traidores que te quieren robar el triunfo y llevarse la ciudad, no sólo con españoles capaces de matarte mientras duermes, mientras estás enfermo, enredado en la fiebre, no sólo con capitanes y tenientes y soldados sin rostro, sin boca, un tal Pereira, un fulano Mendoza, sonriendo con asco y duelo y repulsa, también con los elementos, con la piedra y el agua, con el barro, con la madera, esgrimiré el martillo como un arma y dispararé golpes y clavos y tuercas con mis pulmones, con mis

sudores, con mis noches sin sueño y sin esperanzas, con mis días desvelados en medio del terrible silencio, Juan, Juan hombre, Juan soldado, Juan desamparado, tienes que defenderte, coge tu arcabuz, tu espada, tu hacha, tu serrucho, las balas, Juan, coge los clavos, las rocas, las caracolas, los tornillos, las herraduras de los caballos, defiéndete, Juan, métete en la zanja, Jesús te está esperando para trabajar a tu lado y maldecir en silencio y buscar el cielo con los ojos llenos de barro y de suspicacia, Juan, Juan Vásquez, dijo él, bajando la voz en tono amistoso y confidencial, Juan, Juan Guevara, capitán, capitanes, amigos míos, defendamos la ciudad, la defenderemos como defendemos nuestra cara, nuestro pecho de las cuchilladas y los disparos, llevaremos lejos, como llevaríamos a nuestra familia, como llevó Jesús la cruz, para morir en ella y salvarse con ella, dijo, les dijo a ellos, sin desear que le comprendieran y verdaderamente, cuando él arrastró la cruz bajo el sol del verano y era pesada y lo quebraba y hería y doblaba hasta el suelo y él, desfallecido, se deshacía en sudor y fatiga y leves ensueños en los que clamaba la multitud, entonces él era como yo, llevaba también su ciudad con él, iba caminando hacia un mejor sitio con ella, hacia una estupenda llanura y todavía no llega, todavía va ahí bajo la lluvia, llevaba no una madera, dos árboles cruzados para extender su muerte sino también una puerta como yo, una ventana, un trozo de techo, de pared, algunas tablas para armar su casa, cualquier casa, todas las casas de los arrabales en que él hacía sus milagros, me ayudará, me ayudará, lo veía alzar la pala para sacar más barro de la zanja y buscándolo en la oscuridad para decirle algo importante o cruel o contarle alguna de sus estupendas historietas, curioso hombre conversador, inventor de la alegría y del sufrimiento, cuánto debió sufrir, él a quien le gustaba repartirse en palabras, consejos, comparaciones, aventuras misteriosas e inexplicables, desventuras desacostumbradas y apólogos llenos de práctico cinismo para el cerrado mundo romano, cómo debió sufrir cuando lo clavaron en sus palos y lo dejaron inmóvil arriba, solo, completamente solo mientras la muchedumbre clamaba, no a los pies de la cruz, en la cual sólo ladraban unos perros y curioseaban unos mendigos, sino en sus orejas, en sus ojos velados, en su memoria que se azotaban en el mar de Tiberíades, en las costas de Siria y Damasco. Se sentía muy débil, como yo mismo, caminando un poco agachado, y ellos, Vásquez y Guevara, lo miraban en silencio, con marcada curiosidad, como si esperaran que él se desmayara y cayera al suelo y empezara a gritar por cordeles, por escaleras, por horcas, por parihuelas para llevarlo a él o al

paralítico o al tullido que iba a sanar Jesús antes de abandonar la ciudad con ellos, portando, como ellos un centenar de puertas, unas docenas de ventanas inconclusas y trozos de techo agujereado por los que escurría la lluvia, la luz lenta del alba, el viento trágico del futuro, y también los cojos, los ciegos, los paralíticos que él había de sanar. Hasta la noche, señor, a la noche traeré noticias, dijo Vásquez cuando estuvieron afuera, y se alejó en las tinieblas, se hundió en las tinieblas como un soldado romano, pensaba mirando sus borceguíes caminar hacia la muerte y su armadura que relumbraba en la luz temblorosa y todo él lleno de silencio como si bajara a la ciudad desde la colina en que Jesús acababa de expiar y era sólo poco más de mediodía y hacía calor y zumbaban las moscas y los insectos.

Vásquez no está tranquilo y parece asustado de puro furioso, dijo Guevara, este hombre nos será necesario para que nos llevemos la ciudad, ¿cuándo será, señor? Guevara, dijo él, en las calles apartadas, en los patios solos de las casas del padre Carvajal y del padre Cedrón hay puertas arrumbadas contra las murallas, grandes ventanales que yo mismo he desclavado y siempre he tenido pretexto para hacerlo sin que sospecharan mis amigos, la ciudad se está formando, no es bonita todavía, no es bastante grande, no está terminada, el campo empuja en ella todavía, adentro de los dormitorios crecen las hierbas, las flores brotan en el borde de las cujas y bajo las sillas y entre las espadas y los arcabuces y los cordeles que se amontonan en los rincones, los animales duermen en las piezas revueltos con los soldados, los pescuezos de los caballos les sirven de almohada y el sol y la luna y las lloviznas y el frío del otoño se cuelan por el techo y dormimos nerviosos, dándonos vueltas, con esa luz espectral de las noches iluminadas rayadas por la tormenta y el agua se posa sobre la ciudad y se queda detenida pensando ahogarnos, nos llevaremos todo, Guevara, no nos demoraremos mucho, no nos demoraremos mucho, quiero levantar hasta las calles, las acequias, las aceras que marcan las piedras del futuro, la placita en que jugarán los niños dentro de doscientos años, no nos costará hacerlo, si el don Francisco se va esta noche llamaremos a los amigos, a los tres frailes, al procurador y al escribano, a Nicolás de Dios y a Nicolás de Cusio, a Gregorio de Bazán y a Martín Monge y a Hernán Mejía y a Martín Rentería el vizcaíno, y a Nicolás Carrizo y a Antonio Griego y al médico Villadiego, los reuniremos aquí o en el campo o en el atrio de la iglesia o a los pies de Cristo, apagaremos las luces y abriremos las ventanas, dijo alzando la voz, como si este último detalle fuera

importante y fatal e impostergable, y les diremos que tenemos que irnos, escribiremos el memorial, debemos dejar constancia para nos y para el rey de la necesidad que nos empuja a llevarnos los techos y las paredes y todos los muebles, hasta las casas de los que no quieren irse y se irán de todos modos, pero tenemos que esperar esta noche, la noche de mañana, la noche de pasado mañana, y como Guevara no le contestaba nada, él movió la mano derecha para despedirse y caminó en dirección a su caballo. Por la calle pasaban soldados apresurados envueltos en nubes de polvo, envueltos en lejanos cansancios, en sueños atrasados, en apuros no confesados, lo miraban, no lo miraban, pasaban indios, canturreos de indios y ladridos de perros, esta noche, la noche de mañana, tenemos que esperar setenta o ciento diez horas todavía, echó al trote su caballo, pasó bajo los árboles hundiéndose en sus copas que sentía húmedas y blandas, que lo azotaban para despertarlo o absorberlo, para recordarle algo urgente y fatal, no te olvides, Juan, no se te olvide nada, Juan, él apretaba su mano en las riendas y caminaba adormilado, el aire estaba húmedo y hacía bastante frío, que haga frío esta noche, todas estas noches, murmuraba mirando sin mirarlo el cielo, sintiendo escamas de frío descender de los árboles y pegarse con cautela a su cuerpo, todo el cuerpo, las piernas, los pies llenos de miedo, apretándose a ellos para descabalgarlo, pasaban soldados a su lado, gente con arcabuces, gente con espadas desnudas persiguiendo unas gallinas, un perro, trotando en pos de los chanchos que se ahogaban en el lodazal, todo este barro es la ciudad, sus murallas, sus puertas y jardines y paseos y calles y puentes y alamedas y arcos y vestíbulos y zaguanes y galerías y atrios que no alcancé a dibujar, balbuceaba rememorando sus obras, el programa de sus sufrimientos, tendré que alzarla otra vez, repetirla de nuevo, como debió hacerlo Jesús tantas veces, sufrir repetido la pasión hasta que aquella tarde de verano trotó como un yanacona humilde bajo la cruz, humillado ya, completamente entregado, desposeído, habitante aterido de la Suburra romana, de los albañales de Bizancio o de Palmira, de las zahúrdas de Jerusalén, de los establos de Cartago y llegó a la plaza del mercado y atravesó entre la multitud de vendedores de pescado y pájaros y dulces de pasta y churros y humitas y juguetes de palo y trapo y de amuletos, de naipes de barajas, de juegos de dados y de puñales y de trapos de mujeres y vio el monte hundido en la neblina del sol y sintió el vaho de los desperdicios pudriéndose entre las piedras y el seco olor del aire y comprendió que más tarde, dentro de tres horas, moriría de sed y le quitaron la cruz como se le

quita la capa a un pordiosero para que la tienda a secar y él subió el monte aliviado y temblaba de cansancio y no de muerto, de la pérdida de tanta sangre y no de la pérdida de la fe, de sus palabras, sólo de sus palabras que se le amontonaban en la lengua, en el paladar, atrás en el cerebro, de la multitud que zumbaba como una abeja sucia en sus oídos y miró el grupito de soldados, el grupito de curiosos y de ociosos y las aceras del mercado lejano llenas de gente, de compradores y acaparadores, de vahos y fanfarrones y tendió los brazos y representó magistralmente, ahora sí, su muerte, la que había ensayado ya muchas veces. Haremos nosotros tantos viajes como él, subiremos la ciudad hasta el monte y la bajaremos desnuda, desarmaremos sus mazmorras como desarmaron los dos maderos de su silla, de su mueble, de su habitación provisoria y él estuvo a punto, chorreado y pintado por la muerte y gritó desesperado, asustado o aburrido, hasta tres veces padre padre padre y la comparsa y el coro hacían sonar sus armas, sus armaduras, sus espadas cortas a los pies de él, hacían sonar sus risas, sus dados, sus salivazos y lanzaban juramentos y puteadas que lo atravesaban otra vez, a él que ya estaba abierto y entregado y agujereado como el cielo, podrido de estrellas, como estará otra vez en la primavera cuando ellos se hayan ido y nos hayamos olvidado de todas sus picardías y traiciones y amenazas, porque se habrán llevado todo lo que cree Vásquez que quieren llevarse y también el miedo, las villanías, las dudas y limitaciones. Agachándose sobre el caballo para que no lo golpearan las ramas de los árboles, sentía el rostro mojado y libre, liviano, suelto en el aire húmedo, despojado de todo, alejado de todo, incorporando todo, frente a frente a los días que le quedaban por vivir, frente a la ciudad recién creada que se apretaba en sus puños. Le escribiré al rey, al virrey, haremos un plano de la ciudad y del viaje de don Francisco, mostraré en los papeles su cobardía y sus traiciones por si él vuelve, y cogiendo las riendas del caballo torció con firmeza el rumbo y galopó de regreso a la ciudad, se sentía más tranquilo, como si pensando en todo aquello, la vecindad de Jesús, en fortaleza, por ejemplo, es un soldado mío verdaderamente, uno de los obreros de mi fábrica, ahora estamos fabricando una ciudad, otra ciudad el segundo Barco, sacando sus calles del fondo de unas acequias, sacando sus puertas, sus ventanas, los canales de sus techos del fondo de los árboles, él me mira y se agacha esperando que yo trabaje primero y hunda la pala para hundir la suya, para hundir sus manos, sus brazos, sus espaldas y salir cargando la ciudad como cargó sus palos para que lo colgaran en ellos, murmuraba mirando venir a su encuentro al

padre Carvajal. El padre debía estarlo esperando, pues se le iluminó la cara al verlo, de alegría apaciguada, concentrada, como si se entristeciera al momento de tener que transmitirle malas noticias, noticias terribles de muerte y luto, y él se bajó del caballo y dejaba sueltas las riendas. ¿Sabes, Juan, que te esperaba?, y lo invitó a entrar en la iglesia, la iglesia estaba abierta y nubes de polvo se elevaban desde el suelo, una lengüetada de sol frío corría por la tierra y algunos de los soldados estaban derrumbados en los bancos, conversando, mascando un trozo de rezo, tal vez complotando, vienen a ponerse de acuerdo los de Chile para lo de esta noche, vienen a repartir nuestros pescuezos a este sitio, estar frente al altar de Dios, a la imagen de Nuestra Señora debe dar fortaleza, seriedad y nobleza a sus felonías, seguro que tampoco se tienen confianza entre ellos, dudan de todos, hasta de sí mismos, por eso corren donde Dios a contratarlo ingenuamente de escribano y de jurero, lo meten dentro de la nube de tierra y de basura que mueve esa india como un incensario rústico y picaresco y abrazan y se picotean las manos llegando a un justo acuerdo, a una justa mariconada sobre nuestros pellejos, así lo vendieron y remataron a él, como a un jumento enfermo de ojos tristes inyectados y mórbidos, miraba a los soldados mirarse entre sí en la penumbra, empaquetados por la tierra, cruzados por la escoba que volaba en el cielo. ¿Qué quiere el don Francisco ahora?, preguntó molesto, como si el don Francisco fuera el mismo fraile. Yo no sé lo que quiere Villagra, dijo vagamente el viejo, mostrándole la nave abierta de la iglesia como un espejo que mostrara sus verdades, la rectitud de su alma, su altiva decisión de permanecer siendo su amigo, sólo sé lo que queremos tú y yo, no matar a los cristianos pacíficos, no tratar de bestialidad al indio, salvar la ciudad para el rey y para Dios, pero antes de preguntarme si es ésa tu idea, tu verdadera intención, Juan, quería saber si ya no estás enfermo, pues no olvidarás, y aunque lo hubieras olvidado, eso sería un buen síntoma, que hace tres días te desvaneciste en mis brazos, o más bien en mi palangana, creí que te morías, que te habrían envenenado o dislocado los miembros y que solo te soltaron para que recogiera tus pedazos en mis manos para bendecirlos y sepultarlos en paz. Todavía no me muero, dijo él, y se sentía triste y desencantado, todos los españoles desean que tenga buena vida y mejor salud en estos días, padre, hasta don Francisco, él no quiere amigos enfermos ni suspicaces, ni mordidos por alacranes ni culebras o sabandijas ni mordidos por sospechas, secretos, palabras encubiertas, santo y seña de juramentos, él me quiere sano y no enfermo, él me quiere completo

y no en pedazos, como quiere, ya lo sabes, seguramente, la ciudad entera y no en pedazos, como quiere, ya lo sabes, seguramente, la ciudad entera y no su plaza ni su iglesia ni la calle principal ni el mejor edificio, tu casa o mis habitaciones o las de Nicolás de Cusio o las de Bazán o las de Cedrón, ni un trozo de nuestros caballos enteros, los mejores, los más sanos, siempre los más sanos, sean soldados de Tucumán o caballos andaluces. ¿Sabes que me ha jurado dos veces primero que es mi amigo y después que esta ciudad es del gobernador Pedro de Valdivia? Ay, señor, tú y yo y Dios y el virrey y el diablo andábamos equivocados, sacamos una ciudad del fondo de la sierra, la construimos con la sangre de nuestros muertos, con la soledad de nuestra lucha, metimos nuestros dedos para rajar las maderas y martillamos en ellos para clavar las puertas y después para desclavarlas, miró al cura y cogió el crucifijo del pecho como si fuera a arrancárselo y a enrostrarle su villanía, pero, ¿sabes, señor, sabes que esta ciudad no es nuestra, ni tu casa es tu casa, ni tal vez tus polleras?, ¿sabes que esta casa es del gobernador de Chile y nosotros sus amigos y sus aliados y si no queremos sus enemigos y sus traidores y seguramente sus muertos? ¿Sabes que se quiere llevar la ciudad llevándose la autoridad? ¿Y tú, señor, qué piensas hacer? ¿Qué quieres que haga?, suspiró él, sintiéndose desolado y mirándolo a los ojos con la boca entreabierta mientras la barba le temblaba, qué quieres que haga, señor, qué puedo hacer de bueno para nuestras vidas, para nuestros cuerpos, para nuestras almas? Tú que eres guerrero de almas, tú que batallas con ellas en medio de las tinieblas, ¿qué quieres que haga para salvar nuestras almas y el alma de la ciudad sino disimular? ¿Disimular qué, señor, disimular un amor o un odio, una amistad o una bellaquería? Señor, estos bandidos sacan papeles para que les firmemos nuestro rendimiento, para que dejemos en ellos, bajo la cruz de nuestras firmas, asentada nuestra debilidad y su fortaleza, seguro que el don Francisco ya ha llamado al escribano y escrito la historia de su viaje y de su encuentro con los locos y desalmados que fundaron una ciudad volada en Tucumán, seguro que me mandará a buscar con su tropa de soldados llenos de luces y de humaredas y me echará un discurso o se pondrá a llorar en mi gorguera y me pedirá que por Dios, por Dios, señor don Juan, antes de que me muera, decid y jurad por los santos evangelios que esta ciudad es santa y cristiana, española y chilena, que vos sois mi amigo y mi teniente y amigo y teniente del gobernador, que esta ciudad es de Chile, como los perros que traigo para soltarnos por los riñones y por los hígados y por las gargantas y por los sufrimientos

y por los sueños y por las ilusiones si no queréis jurar. Señor, señor, señor, no te pongas nervioso ni alicaído ni enfermo, señor, no te enfermes otra vez, que lo primero que tenemos que hacer es conservar la salud si queremos conservar la cabeza. ¿Qué deseas, qué quieres hacer? Nada desearé mientras él no se vaya, nada podré hacer, ni decidir, ni confesarte mientras no sintamos la tropa de Chile que se va golpeando las piedras del camino. ¿Crees que es justo y cristiano lo que pretende el don Francisco, padre? Si no es justo hay que decirlo primero y después pelearlo, Juan, eso hace un soldado bueno, un soldado leal a la corona, al virrey y a su espada, dijo lentamente el padre. ¿Me ayudarás en lo que haga?, preguntó él con voz lúgubre y ligeramente amenazadora. ¿Qué quieres hacer? ¿Me ayudarás?, tornó a decir, alzando la voz desesperada y urgiendo por una respuesta. Me quedaré a tu lado y ayudaré en todo lo que sea justo, santo y bueno, estaré siempre aquí, me quedaré aunque don Francisco se lleve la ciudad. Ya sé yo que está alzando a los soldados, prometiéndoles el cielo en Chile y el infierno en Tucumán, ya sé, señor, que ha amenazado a muchos y asesinado y hecho asesinar a algunos, a los tímidos y timoratos que no están con vos ni con él y sólo con su miedo. Ya sé que no quedarán caballos sanos en la ciudad, pero con todo eso, con los caballos enfermos y heridos, con los soldados apestosos y calenturientos, con los viejos que se pusieron más viejos de horror y miedo y pesadumbre en estos días, con los dos o tres perros cojos y ciegos que nos van a dejar, con todo eso, señor, tendremos a Cristo, a Dios Nuestro Señor y salvaremos con él a la ciudad. ¿No te basta y quieres más? Quiero más, padre, dijo él sonriendo y poniéndose optimista y hasta hablador. Quiero más, padre. Antes de que se lleve la ciudad don Francisco, me la llevaré yo. Me ayudarás, tienes que ayudarme, Dios y su hijo Cristo, Jesús por lo menos, serán nuestros obreros y no nos faltarán, hundidos en el agua y en el barro, piedra sobre piedra la hemos hecho, piedra sobre piedra la desmantelaremos y desarmaremos y la llevaremos lejos, arrastrándola hacia las sierras, junto a un río, a otro río, bajo un cielo casto y asustado, un cielo nuevo y salvaje, palpitante todavía, todavía no cristiano ni evangelizado, padre, te confieso, me confieso, padre, que hace muchos días y muchísimas noches decidí mudar de asiento la ciudad, desde antes que llegaran los de Chile, no he dormido soñando llevármela lejos, como la casita de un perro único, como la jaula de un pájaro que colgamos en la cabalgadura, la desparramaremos en el suelo, lista para armarla otra vez en otro suelo, fructificará en otra tierra, ésta está maldecida y sucia, han

crecido las horcas en ella, ha corrido la sangre por sus calles, se han arrastrado las traiciones por sus patios, en sus ventanas no han brotado flores ni enamorados, no han sonado guitarras ni suspiros ni ensueños, sólo han asomado asesinos, sólo alimañas han saltado a la garganta de los cristianos dormidos, no, padre, aquí no nos podemos quedar, aquí hemos sufrido demasiado, todos estamos enfermos, no sólo yo, padre, todos estamos asustados, pero asustados de coraje y furia, quiero pelear si se puede y conviene, si no me gustó la pieza de esta posada, cojo mis borceguíes, mis calzas, mis camisas y papeles, echo una mirada de desprecio, de recuerdo y de alivio a los muebles que vivieron unos días pegados a mi cuerpo y mi alma, abro la puerta y ahí está mi caballo, ahí está el camino. Nos llevaremos la iglesia antes que nada, antes que todas las casas, y pensaba que ésa era la cara de Jesús, el hijo pródigo verdadero, el desheredado, el pobre y oscuro obrero que sentía respirar junto a él, hundido como él en el barro, manejando la pala y gritando hacia la oscuridad con soberbia, con desconsuelo y amargura y lo veía salir de la zanja, bajo la lluvia que manchaba su cara y azotaba su cuerpo, mirándola con odio en la oscuridad, saltar sobre las piedras y coger el camino, Jesús llevaba sobre sus hombros una puerta, una ventana, unas tablas, unos cordeles colgaban hasta el suelo, de sus hombros cayó un martillo, mirándolo alejarse buscó la cara del fraile y le dijo que sí, padre, es necesario, conveniente y justo, estoy seguro de que la divinidad se nos mostrará benigna, con algún signo, con algún inesperado día de sol, con flores en todos los patios, para que sepamos que tenemos razón y que no estamos errados y que es bueno y justo lo que haremos, aunque matemos a algunos, pero esperaremos, padre si nos conviene, si el don Francisco no se va esta noche o la noche de mañana, seguramente nos robarán otros caballos, nos matarán otros soldados o amarrarán a su carro a otros pusilánimes y pollerudos, no dormiremos, no podremos dormir hasta que los sintamos galopar la loma más allá del río y entonces, sólo entonces, cogeremos las herramientas y comenzaremos a despedazar la ciudad para edificarla lejos, más hermosa, más grande y más segura, le escribiremos al virrey y le pediremos su bendición, que sepa que hacemos otra buena y no mala, pues el don Francisco, llegado a Chile se querrá tornar, buscará querella al santo oficio para que nos acuse de moros y judíos, enemigos de Dios y del rey y no matamos a nadie y trabajamos en paz y esperamos que los vecinos y soldados manden a buscar a sus mujeres, debemos traer unas carretas llenas de chiquillos de España para echarlos a correr por los cerros y

serranías, para que se bañen en el río y griten entre los pájaros y los animales, me ayudará, ¿verdad?, manejando la pala y el azadón y no la cruz, la cruz no nos servirá de nada ahora.

El padre Carvajal se sonreía mirándolo, se sonreía desde hacía mucho rato, tal vez desde que lo vio asomar entre los árboles y tenía él los ojos perdidos y desmayados, desganados y tristes o simplemente aburridos y se bajó del caballo y botó las riendas y se le acercó. ¿Por qué se ríe?, se preguntó con desconfianza y lo miró para preguntarle otra vez, poniendo el puño en la empuñadura de la espada, para preguntarle una vez más, ¿te vas con don Francisco o te quedas en la ciudad para ser uno de sus obreros?, ¿te quedas, señor, te vas, señor? Padre, dijo amenazador y desesperado, padre…, pero el padre se reía francamente, con apuro, como si no tuviera mucho tiempo que perder en alegrías superfluas, extemporáneas y crueles, le tenía lástima, lo veía derrotado y solo, le escuchaba sin paciencia todas las insensateces, las más extravagantes locuras, traeré a Jesús y a Pedro y a Juan y a Pablo con su potro chúcaro y a Andrés y al Iscariote todavía fiel y bueno, tal vez traiga a Marta y a María. Mira el cielo, hijo, estás tentando a signos cabalísticos de maldad y complicidad a Dios creador y ahí tienes un hermoso cielo puro y frío, hace viento y el viento barre las nubes y los malos pensamientos, esta noche habrá luna, ¿ya sabes que don Francisco te dejó en prenda de amistad un hermoso caballo blanco y dorado, el caballo de un apóstol y de un triunfador?, en el patio, detrás de la iglesia, lo tengo bien amarrado, es tu amigo y te desea buena suerte y si te quita la ciudad de las manos te la entrega, al mismo tiempo, con las suyas, eres su teniente, dice, teniente del gobernador de Chile y ¿no es lo mismo, después de todo, Juan?, preguntó con seca dulzura el viejo putañero. ¿Un regalo, un bonito regalo?, ¿por qué y para qué?, ¿voy a vender la ciudad por el cuerpo de un caballo?, ¿ése es mi plato de lentejas, el precio de las penurias que pagamos por ella?, con sangre la ganamos, el padre Gomar fue su primera simiente, el primer ladrillo, el primer adobe, el piso, el umbral, el balcón, el primer árbol caído para sacar madera de él, para inventar las puertas, ¿todo eso vale un caballo?, ¿quieres que haga ese negocio?, ¿qué le diré al virrey, a la audiencia, a mis capitanes y soldados? Señor, yo no cambio la ciudad. No cambias nada, Juan, nada te quitan, no te dejan sino un trozo de amistad, eso es el caballo, un abrazo, un apretón de manos, un certificado de buena fe y de santas intenciones, si quieres un poco de olvido, y ahí lo tenéis ahora, esto es lo que te quería decir, don Francisco se está yendo ahora mismo

de la ciudad, alégrate, señor, esta noche será completamente tuya, esta noche estaremos vivos para llevarnos las casas y la iglesia y los patios y el ruido de la fuente y el rumor del río y las antorchas y los tiestos con flores, mira la tierra que alzan los caballos, ¡corre, señor, que el don Francisco te deja!

Juan Núñez se había puesto pálido y sin intentar hablar ni explicar nada, ni disimular sus sentimientos, sus temores o esperanzas, echó a correr. El padre Carvajal entró a la iglesia, gritó algo a la india que había terminado de barrer, a los soldados que se habían despabilado y conversaban con tranquilidad y en voz baja, los empujó hacia fuera riendo a carcajadas, diciendo se van los de Chile, se van, por fin, los de Chile, tenemos que trabajar, ellos se calaron los cascos y salieron apresurados, por el frío tal vez, tal vez por los nervios, y el padre cerró la puerta y adentro, muy adentro, cacareaba una gallina y ladraban unos perros. Lejos, se sentía el copioso sonar de los caballos en la tierra, los jinetes abrían las manos para despedirse, se agachaban para coger la tierra, con gestos lentos y pesados, lentamente teatrales o estudiados, como si el aire estuviera traspasado de tules, de telas, de leves hilos que les impidieran caminar con soltura y respirar con libertad y ellos dibujaban apresuradamente su impaciencia en el aire, mientras bajo ellos relinchaban, potentes y definitivos, los caballos, los mejores caballos se los lleva todos el don Francisco, murmuraban saliendo a la vera del camino para mirarlos pasar, envueltos los pescuezos, las grupas, los torsos soberbios y duros en banderas, crespones, trapos libres y conquistadores y se alzaba un cálido tufillo a licor, se esparcían las risas y el olor de flores frescas y los miedos destapados se asomaban en las puertas, en las ventanas que se entreabrían sin ruido, tras ellos los indios tristes y entierrados, cargados con los bagajes y con sus miserias, mirando ese desharrapado grupo de españoles horribles, canallescos y lúbricos que los miraban pasar y tosían y se reían y maldecían, suspiraban con asco, con esperanzas, con picardía, señalando en lo alto del cielo los suaves caballos andaluces, lentos y majestuosos, las banderas, los belfos, las orgullosas testas moviéndose en un hermoso trabajo de libre y ensoñado vagabundeo y sonaba alguna música, un tambor tañía nerviosamente, se deslizaba una flauta, alguien daba órdenes y chillaba un indio, un caballo blanco se alzaba de pechos como si fuera a volar y el jinete, de rostro encendido, fastuoso y cruel, blandía la espada desnuda para gritar a muerte a algún villano, a algún moro inglés, francés o flamenco, se reían, gritaba lento el don Francisco, don Zagal, señor Antonio, llamaba una india con

marcado acento perulero, señor obispo, señor Alonso y entre ese grupo de tierra y gritos y humo y risas, vahos de vino y soledad, relinchos, ladridos, un soldado avanzaba cojeando, adelantando la mano para navegar y dividir a la gente y buscar a alguno, un rostro, una boca, un par de ojos que se le habían perdido, señor Andrés, señor Andrés, mientras escuchaba firmemente la voz del pregonero que clamaba sentenciosa o numeraba y citaba a los que debían ser fusilados o ahorcados esta noche en Chile, en los Reyes, en Tenochtitlan, Juan Núñez llegó corriendo, deseando gritar, llamar al don Francisco, a sus tenientes, a sus capitanes, a sus caballos, al padre Cedrón, al padre Trueno y cuando se detuvo no pudo seguir caminando y cogió los hombros de un soldado para apartarlo y no se movía y le envió un gruñido y lo miró sin verlo, con superficial mirada de desprecio y vio pasar al don Francisco envuelto en la bandera, en la tierra levantada, en sus sonrisas, en su misterio y el don Francisco sonreía una pizca detrás de su visera y se veía pálido, lejanamente triunfador y él, apartando a un soldado con la cabeza vendada, que tosía mucho, a un indio joven y sonriente, burlón y lleno de extraño gozo y a un viejo medio ciego que se quejaba a gritos, desparramando con escándalos sus gritos para llamar la atención y que lo miraran y lo miraran los señores de Chile, el don Francisco, sus capitanes y ladraban los perros, y eran muchos perros los que ladraban todos juntos, como arrastrando también sus bagajes, como llevando una porción de rumor grandioso que no había sido usado, rumor de la ciudad, quejas de perseguidos y rematados, estertores, cantos, canciones, conversaciones en voz baja, el susurrar del viento, el alborozado cacareo de una gallina, unos disparos, tres, cuatro disparos, el ruido de una fogata consumiéndose en las sierras, el olor de la neblina y el sol tibio cayendo entre los árboles, ellos ladraban y arrastraban todo, incorporaban a los indios que canturreaban bajito, llevando los bagajes, guiando los caballos y los carros, tres carros repletos de ropa, de víveres y vino y para la audiencia y los ministros del Consejo y se sentía desolado y ungüentos y afeites y banderas y mapas y cartas para el rey, cartas feliz al mismo tiempo, esta noche, esta misma noche alzaré los brazos, los brazos de los soldados, de estos pobres soldados heridos y viejos y enfermos, y miraba toser al enfermo o moribundo, me llevaré la ciudad, y abrió las manos para que el don Francisco lo viera y se bajara del caballo y sonriera para él y detuviera los caballos, hiciera callar a los perros y a los indios y se bajara del caballo y corriera presuroso junto a él y lo abrazara llorando y pidiéndole ahora verdaderamente perdón por todas mis

villanías y lo miraba alejarse de lado sujetando el caballo y tornándose furioso pues el caballo movía el hocico lleno de espuma y el don Francisco apretaba la mano para castigarlo y miraba por encima hacia los árboles, no mirándolo a él ni al soldado enfermo que tosía, ni al viejo que metía su mano entre los ojos y se quejaba, tampoco a él, sino más lejos, a Santiago, la casa del gobernador, los bosques de Chile envueltos en lluvia, los cerros de Veracruz envueltos en llamas, el hospital de Málaga lleno de remedios y de comidas, donde lo parió doña Francisca y estaba lleno de sangre el suelo y él se quedó mirándolo rodar por sus pupilas, por sus manos, por sus nervios, luchando allá arriba con el caballo envuelto en espuma y él mismo envuelto en humo, envuelto en nubes blancas y otoñales, envuelto en una bandera lisa y es tan joven, tiene apenas treinta años y adiós don Francisco, dijo para sí con alegría mirando desfilar los caballos, los indios tapados con pieles, con trapos, con restos de banderolas, oliendo a sudor y a vino mientras balbuceaban quejas, palabras sueltas, sin sentido, risas enfermas, repentinamente asustadas, mientras pasaban los últimos caballeros, secos, fríos, desagradables, distantes ya y los perros ladraban hacia el aire para morderlo y él ni siquiera se sentía alegre o triste, solo nervioso, muy cansado, deseoso de que fuera luego de noche para empezar a trabajar, trabajaré con éstos y no lo saben, dijo mirando al soldado herido, mirando su carota, llena de barro, su camisa sucia y desgarrada, su rostro enfermo e insolente, mirando al viejo ciego que aguardaba todavía, que todavía gritaba o protestaba, como si todavía estuvieran ahí los jinetes, los indios, los perros que se perdieron para siempre tras la tierra. Eran muchos, ¿cuántos somos nosotros, los que quedamos?, me dejó un caballo, un caballo joven y nuevo y miraba el cielo con ansiosa espera, empezando una risa, una sonrisa todavía desconfiada, ésta es la noche o será mañana, tenemos que reunir a los soldados, iremos a ver a los presos. La casa del alguacil era baja, casi hundida en la tierra, en la oscuridad se veía brillar el agua de lluvia que corría en la madrugada por la pared, vio en el suelo su sombra deshaciéndose, adentro ardía una antorcha que delataba más la penumbra, alguien cantaba, tal vez una india, tal vez Orduña, llamaba a gritos, alguacil, alguacil, su voz resonó en la oscuridad, parecía triste, más aún temerosa, tornó a llamar y en el suelo el agua vibraba con sus gritos, la voz que cantaba adentro se quedó callada y él la sentía aguardar en las tinieblas, esperando que viniera alguien, alguien importante y esperado, vio la reja y gritó hacia adentro, sintió quejarse a alguien, una queja de alguien dormido, no de un herido o un enfermo, se

agachó un poco y gritó otra vez, ¿Orduña?, la voz que se quejaba pareció despertar y enfurecerse, tosió y rezongó en la oscuridad, se alejaba, se removieron unos pies en el suelo y esperó, serían ellos, seguramente que eran ellos. ¿Cuántos prisioneros hay aquí?, preguntó, y la voz enferma rió en la oscuridad y él comprendió que un par de ojos lo espiaban. ¿Cuántos esperabas, señor?, la pregunta se entreabrió con extraña dulzura y él cogió el puñal y miró rápido las paredes, sólo el viento frío que soplaba en el agua, sólo el parpadear de la antorcha clavada en un aro en la pared, caminó en la oscuridad mirando vagamente a través de la reja, la oscuridad era ahora más intensa, más espaciosa. ¿Cuántos esperaba yo que fueran?, se dijo suspirando y sonrió con crueldad. ¿Saben que los de Chile han estado aquí varios días, Alonso, Antón?, acaba de irse don Francisco, habrán sentido sus gritos alegres, el ruido de los caballos, el ladrar de los perros en la polvareda. No le contestaban. Son ustedes, ¿verdad? Sintió una respiración. Por lo menos uno, dijo la voz enferma, no eres tan cruel, señor, mucho más son los de Chile, por eso queríamos irnos, no es conveniente vivir en una ciudad donde no hay peligro de muerte, ni injusticia, ni violencia, ni traiciones día a día, ¿no es así, señor?, si matas más cristianos no te sentirás tan solo ni tan desgraciado ni querrás ya llevarte la ciudad. Palabras claras, nítidas, quedaron vibrando en la oscuridad, resonaban en el agua que él sentía caer desde alguna parte. La voz que afuera cantaba parecía que se había callado para escuchar esto, sus preguntas, tus preguntas, Juan, y las respuestas que venían desde detrás de las rejas. La ciudad está aquí todavía, dijo con cinismo, pero sintiéndose pesaroso, apesadumbrado, cuando salgas podrás verla y se arrepintió de inmediato de haber dicho eso, pues eso significaba solo una cosa y los que lo escuchaban en lo oscuro lo comprendían. ¿Cuándo?, preguntó la voz. ¿Cuándo?, se preguntó él, esta palabra es todo lo que pueden decirme, lo que cabe preguntar para no aparecer desesperado ni aterrorizado, cuándo es una palabra enorme, lo comprende todo, es una pregunta y una respuesta, como la palabra dios, encierra la vida y la muerte, la esperanza y el desconsuelo. La ciudad está ahí siempre, ¿por qué me la había de llevar y cómo?, ¿se lleva una ciudad como se lleva un pecado o un secreto, una palabra de odio o de amor que hay que dejar en algún sitio, donde se conserve intacta, donde no se pudra? Se pudren las palabras como los seres, dijo la voz, y ahora le molestaba ese tono doctoral y conformista, nada de desesperado, dispuesto a todo, estaría sentado en el suelo, contando los dedos de su mano o los eslabones de la cadena, preguntando ¿cuándo?

Caminó en la oscuridad y caminó para afuera, sintiendo sus propios pasos y tras ellos los de Alonso de Orduña, el alguacil, que venía llegando. Deslumbrado por la luz, él se había tornado duro y sin saludarlo le dijo, ¿sabes que se ha ido el don Francisco y ahora es hora que hagamos justicia? Orduña tenía apenas veintiocho años, era blanco y crespo, estaba en mangas de camisa y se veía alegre, sonriendo desbordado, un canto florecía cortado en su garganta y sus ojos negros se abrían incrédulos de tanta luz y tanta felicidad, aunque el día, afuera, era feo y revuelto. Se han ido, dijo en voz baja, como si aquello fuera un secreto de ambos y, en seguida, mostrando hacia el agua, hacia la oscuridad, hacia la reja, donde se alzaba otra vez el quejido, doliente y como adormilado, juraban y maldecían que el don Francisco había de venir a sacarlos de ese maldito pantano. En realidad, tienes una casa muy húmeda, dijo él señalando el suelo. Orduña se rió chapoteando en el agua y salpicándolo un poco. Están resfriados, señor, tosen en las noches y maldicen, se quejan en voz alta, anoche deliraba Alonso del Arco y juraba que el buque se hundía y que nosotros lo teníamos amarrado para arrancarnos con el oro y las ropas, casi sería una crueldad hacer justicia con ellos, pero si te acercas y las hablas los verás tan duros e insolentes que querrás apuñalarlos y no ya ahorcarlos. Les hablé en la oscuridad, pero no parecían enojados ni llenos de odio, sólo resignados. El viejo está enfermo, dijo Orduña, la humedad le hace mal, por eso se quería ir a Chile, que es clima seco y tiene un aire tibio que cicatriza las toses. No se podrán ir ahora, ya se fueron ellos, los de Chile y los han olvidado a este par de desgraciados. De todos modos los habrían dejado, aunque no estuvieran presos ni sentenciados, dijo él, nos han dejado a todos los enfermos y los heridos, hay soldados ciegos, perros enfermos, en esas espaldas cargaremos la ciudad cuando la llevemos. ¿La llevaremos?, preguntó Orduña y empezó a reír nerviosamente como si hubiera esperado desde muchos días la noticia. La llevaremos junto con hacer justicia en ellos, dijo finalmente alzando un dedo para apuntar las tinieblas, sin desear hablar más. Orduña se sonreía con descaro, casi divertido, pero la risa se le secaba como escamas en la cara. Ése es tu oficio, alguacil, pero hablas demasiado para ser tan joven, pareces alegre para el oficio, dijo mirándolo con repentina repulsión. Orduña se rió por lo bajo, corto, como si escarbara, estaba frunciendo el ceño, tratando de retener algo que se le escapaba. Se lo diré, señor, se lo diré esta noche, cuando no duerman y sollocen y deliren, clamando por las luces, por el farol de la popa, por los peñoles, agarrados a las chumaceras estarán

ellos y yo, inclinando la luz, me inclinaré hacia ellos, ¡se fueron los de Chile, Antón, Alonso, mañana os vais vosotros! No dirás nada, alguacil, no tendrás tiempo, no vamos a tener tiempo, dijo bajando la voz, prepara las horcas y no les digas nada, ya lo saben o debieran saberlo. Se fue caminando rápido y por la calle corrían españoles, gritaban formando grupos, esgrimiendo las espadas, mirando el cielo, buscando algo en él, en las ramas de los árboles, en el soplar del viento, en los portales. Se fueron, dijo, se fueron y nos iremos nosotros ahora y veía con sus ojos fatigados, con su rostro martirizado, aplastado por un terrible cansancio, que los españoles ya estaban trabajando, pasaba junto a puertas extendidas en el suelo, puertas blancas, recién clavadas tal vez o que aún no habían alcanzado a ser abiertas, a ser sacudidas por la lluvia, azotadas por el viento, tronchadas por cuatro tiros, desgarradas por tajos de espada, por golpes enloquecidos de puño, por las herraduras de los caballos. Sorteaba sus pies para no pisar ninguna tabla, ninguna ventana, las paredes de algunas casas se veían desnudas y él miraba sin verlos, pero comprendiendo todo, los muebles amontonados en los pasadizos, las cujas alzadas contra las murallas, las ropas desparramadas en el suelo y entre las que pasaban los caballos sueltos, sin jinete, abandonados y aburridos, buscando manchas de pasto, sacudiendo las sábanas, las camisas sucias que parecían ahora más blancas y más terribles, los borceguíes gastados, entristecidos, desesperados, los cintillos, las tocas, las sayas de mujeres abandonadas en España y recordadas en América a través de esas polleritas, esas zapatillas de raso, esas peinetas desteñidas que mordisqueaban los perros, miraba a los caballos meter sus hocicos en las ropas, buscando a alguien determinado, a la patrona Manuelita, a la niña Asunción que se quedó en el establo cuando salíamos en dirección al puerto, esto es, esto es la ciudad, la estamos deshaciendo para construirla otra vez, es un sufrimiento rítmico, un dolor pausado y fatal, que no se detiene, sabía que ocurriría, sabía que iría el don Francisco y que ellos estarían ahí, agachados, alzando los brazos, bajándolos y después quedándose callados frente al silencio que se les entra a las bocas, que les tapa las orejas y la memoria y les llena los ojos y se los multiplica, oh Dios, están llenos de silencio, los ojos, las ropas, las sábanas, las cujas, en esas sillas volcadas, en esas mesas despedazadas, en esos borceguíes de algún enfermo, de algún ausente, está rodando el silencio, amarrando las cosas, los soldados, los árboles, las puertas, sentía hablar a voces a los españoles, señor Cristóbal, don Alonso, don Matías, don Pereira, don Mendoza, mire

esos caballos, miró a los caballos, están sanos, algo flacos, están despreocupados, tienen hambre, pacen entre la ropa, entre los muebles, entre los escombros, buscan a alguien, el olor de alguien, la sombra de alguien, las palabras lejanas del amo que no olvidan, el rastro de una huasca, de unas riendas, tranqueando fuerte para sentir las tablas, pisando apresurado para no herirlas y seguir más allá, donde está la calle llena de ropa, de borceguíes, de sombreros donosos, de cordeles, mirando con melancolía a los hombres doblados sobre los trozos de muralla, buscando algo incansable, rastros, sospechas, huellas de sangre o dedos, alguien silbaba, alguien hablaba airadamente, alguien gritaba, no señor, no quiero, no me voy, no nos iremos, no quieren irse, están desesperados y no quieren irse o escuchaba más lejos, sabiendo que eso significaba algo grave, algo doloroso, un peligro no terminado, no, señor, no firmo, no quiero, veía volar en el aire unos papeles, gritar amenazadoramente a un soldado, un rostro conocido, un teniente mío, es el capitán, el capitán y deseaba hablar con él, preguntarle, pero deseando también aplazar las palabras fatales, las noticias feas que le traerían, el nuevo dolor, no, no quiero, no firmaré, somos muchos, nos quedaremos, no, no se quedarán, pensaba con triste decisión, estaba seguro de que no se quedarían, no se podrán quedar, veía voltear la cuerda de muchas horcas en el aire, sería triste, irreparable, sentía crujir las maderas como si fueran a romper y ellos chillaban lejos, tan lejos que su queja era casi un leve llamado de recuerdo, no te olvides de la encomienda para las islas, de los patacones que dejé bajo la cuja, de las potrancas que le mercaremos al Pedro en Badajoz, las casas estaban completamente abiertas, los techos desarmados llenaban la calle, la madera de las puertas, las ventanas y los balcones formaban lentas colinas que se iban perdiendo, no alcanzaremos a colgar las flores, brotarán ahora en todas partes, entre las ropas del lecho, bajo el piso del dormitorio, dentro de las cazuelas, soplará el viento sobre todo, y ahora mismo volteaba las sábanas para mirar debajo, hacía gemir las maderas para ponerlos nerviosos, algunos marcos de puerta se veían desgarrados, machacados a golpes de furia y odio. No quieren a la ciudad, la odian, les molesta verla de pie, siempre en pie, enteramente viva, entre las nieblas y la lluvia, bajo la luz del sol y de la luna, cuando se arrastraban los asesinos hacia las ventanas y cuando descendían hacia los pescuezos, cuando aullaban los perros y gritaban ellos, sorprendidos en la oscuridad, estaba de pie mirando todo, escuchando todo, es un testigo callado la ciudad y como no habla no pueden corromperla, no la quieren, la golpean, la

despedazan, no saben ser suaves con ella ni con nadie, no quieren serlo, por eso salieron de España, los vomitó el puerto, los vomitó Castilla, Andalucía, Galicia, Barcelona, porque son terribles y soñadores, sueñan un mundo y quieren edificarlo durante la noche, con puñales y con dagas, quieren derribar la ciudad como se derriba a un traidor, a un cobarde, a un débil, a un indiferente, miraba con melancolía las maderas rotas, los marcos y molduras hundidos en el agua, ahogados en el barro, desmenuzados por los caballos y orinados por los perros y sentía los gritos de protesta o duelo, no quiero, no señor, no quiero, no, no firmaremos, vamos a casa del alguacil, vamos andando, contestaba alguien con burla y amenaza, mis tenientes, es el capitán, es Vásquez, son Vásquez y Guevara, caminaba ligero, liviano, sin detenerse, sin querer mirar, sin desear que lo llamaran, sin querer llamar a nadie, sin desear preguntar nada ni que le explicaran, la llevarán sin duda, se la llevarán y esto es terrible y extraño, es extraordinario, se fue el don Francisco, ya no vuelve, ya no volverá, todo eso serán tumbas, tumbas hundidas en el barro, en el sol, bajo el pasto, entre las flores y los pájaros que pululan y alborotan encima, encima de todo, alzó los ojos y ahí iban volando, se agachó y cogió un martillo y se sintió cansado y se acercó a la muralla y pasó su mano por ella, alzó la otra mano y estuvo golpeando, sentía crujir la madera, sollozar a su lado, no seas malo, Juan, no me hieras, no me rajes, no me mates, yo también soy la ciudad, mira lo malvado y sanguinario que eres, oh Juan, ay Juan, es la ciudad, esta madera, estos marcos blandos, estos cabezales empujados y empapados por la lluvia, endurecidos por el frío, descoloridos muriéndose, suavizados por el viento, son la ciudad, éste es mi brazo, decía metiéndolo con ímpetu hasta adentro, ahí donde él se sentía hundido también, desamparado y solo, ahí entre la madera, entre los restos del primer piso, del techo, de las ventanas, de algunos muebles que no me acuerdo, esto fue una mesa de comedor, aquí debió sentarse toda la familia, los niños, las niñas, los sobrinos, el ahijado huérfano, doce personas con la abuelita o la cuñada viuda o sola, abandonada, la cuñada que vomitó un hijo ilegítimo en Málaga o en las Azores, deben venir todos al nuevo asiento, también el niño, tiene ahora nueve años y ella veintisiete, oh Dios, respiraba fuerte, por algo estamos aquí botados, perseguidos, rompiendo esto, separando las cosas, los muebles, las piezas, para llevarla lejos, para que vengan todos, haremos una gran ciudad, hundía el brazo, hundía la cara para mejor mirar la oscuridad, esa oscuridad que le pertenecía y desclavar la puerta, estaba en la penumbra y la penumbra era suave

y él la sentía respirar a su lado y movía el brazo, movió los dos brazos y sacó el martillo y lo descargó con furia, para despedazar el silencio que lo espiaba e invadía todos los rincones, esos rincones que se llenaban de ojos y de orejas, estoy solo, por qué me miran, por qué me espían, no estoy haciendo nada desmesurado ni injusto ni terrible, estamos llevándonos la ciudad, sólo eso, aquí no podía estar, vendrán ellos, volverán este otro mes, el próximo verano, traerán más cañones, más arcabuces, más caballos, sentía el rumor en sus oídos, el rumor amenazador y tranquilo, acumulado, del silencio y reflejarse en él los ruidos, los otros ruidos, los golpes que sonaban a su lado, en la casa del lado, el golpe del martillo sobre otras tablas, el rumor de las conversaciones apresuradas que florecían abajo, muy abajo, deben estar trabajando y rezongando en las zanjas y en las acequias, sentía el ruido del agua llenarse de risas leves, escondidas, solapadas, risas asustadas también ellas y el ruido de los españoles pasaba corriendo por las calles, como un celaje tembloroso, algo que se le olvidó al don Francisco, un recuerdo, un secreto, aquí corren ellos para llevarse las cosas que se les quedaron, unas bolsas con balas o explosivos, una caja con ropas de mujer, y gritaban, gritaban sin duda para llamar la atención de los viajeros, para que escucharan los lejanos jinetes, el don Francisco, el capitán Reinoso, miren vuestras mercedes por caridad, nada podrán mirar, no deseaban llevarse nada, todo lo importante, lo grave, lo peligroso y trascendental ya lo llevaron, ya lo robaron, sumergido en montones de tablas, tocándolas ligeramente con el martillo, enjugándose el sudor que le corría por la frente, sentía sonar las puertas, sonaban todas juntas, como si ya estuvieran alineadas y abiertas y en ellas golpeara el viento y en ellas resonaran las voces, los gritos, las quejas de los heridos que estaban abajo aplastados y los españoles no los veían, no deseaban verlos ni sentirlos y golpeaban con furia los martillos, desclavaban con maldad los clavos, aserraban con odio las ventanas para no sentirlos sollozar, pero ellos, bajo las maderas, movían sus brazos y dejaban escurrir las ropas ensangrentadas, no sean crueles ni villanos, oh dolor, se quejaban, sonaban las puertas, caían las ventanas desmayadas, unas encima de las otras, él escuchaba el largo sollozo, relinchaba un caballo, ladraba un perro, varios perros, alguien llamaba al capitán Vásquez, el capitán debería estar muy cerca, lo sentía hablar apresurado, como si estuviera quemando, las llamas lo rodeaban minuciosamente, él sentía su voz airada y contaminada, sentía el resoplar del fuego ahí cerca, apretaba la mano y golpeaba la madera, sentía llorar a alguien, a alguien muy solo y muy

abandonado, el capitán Vásquez gritaba órdenes, escalonaba sus palabras de urgencia y amenaza y tras él sonaba el llanto, la voz quejumbrosa de alguien que pedía algo, algo fácil que le dieran ahora, ahora que nos vamos y estamos deshechos en medio de esta catástrofe, la ciudad en ruinas, la estamos quebrando, nosotros nos agarramos a sus casas, a la orilla de sus puertas, de sus pasadizos, en la entrada de sus zaguanes y oratorios y la remecemos de arriba abajo hasta que cruje, sentía quejarse con firmeza a los heridos, deben estar muy abajo, los imaginaba limpios y cuidados, recién peinados para que no se asuste el doctor cuando abra de repente las ventanas, no parecen graves ni desahuciados, no los podremos enterrar, sería una barbaridad, demasiada crueldad, se quejan mucho, con arrogancia, saben que de algún modo en definitiva tendremos que llevarnos las puertas y las ventanas y las tablas del techo y entonces se levantarán ellos y se arreglarán rápido la camisa y se tocarán el pelo peinado y caminarán cojeando tras nosotros. Cogió la puerta y transpirando la colocó en el suelo encima de otras, sintió gritar airado a alguien, un grito que estremeció las maderas y resonó allá lejos, donde zumbaban las sierras, gritaban no sólo con odio o queja sino, más bien, con admirable extrañeza, están locos, se han vuelto espantosos y afiebrados, no firmo, no firmo, no firmo, mátenme, ahórquenme, amárrenme a la hoguera, pero no firmo, no me iré, no dejaré mis caballos, ni mis flores, quiero cuidar mis árboles, es un hecho que cuidará sus árboles, miraba la cuerda colgar entre las flores de durazno en un cielo celeste y delgado y el soldado gritaba no firmo, no firmaremos, somos muchos los que defenderemos la ciudad entera, nuestras casas, nuestras sementeras, Vásquez hablaba con tranquilidad, con enorme paciencia, le quedaban pocas palabras y no quería gastarlas. Anoche estaba impaciente y casi asustado, escuchándole exponer sus razones, que eran cortas y frías, firmarán los españoles, firmarán todos, señor, solo dejaremos a los muertos, a los moribundos y a algunos ajusticiados y no decía cuántos eran, nos llevaremos las casas una por una, las están demoliendo prolijamente, no dirán después que fuimos descuidados o remisos, estamos haciendo una labor delicada y precisa, somos trabajadores manuales y no guerreros, tampoco conquistadores, nada de violentos o sanguinarios, pero que no se vengan a quejar o a enfermarse ahora, a abrazarse a la tierra ahora y a llorar por unos terrones, por unas murallas que no podemos llevar y que de nada nos servirían, solo dejaremos a los viejos, a los traidores, a algunos ahorcados. Estaba sentado en medio de las puertas derrumbadas, mirando adentro la

pieza todavía llena de cosas, sillas amontonadas y algunos cuadros, la virgen del Carmelo, el apóstol Santiago cabalgando exangüe por una llanura idílica nada de salvaje ni americana, un santo sin sangre, sin nervios, sin riñones, un enfermo que agarrotaba la mano derecha para arreglar un rebozo y abrigar sus pobres pulmones, el retrato de un principito negro y sedoso, una traílla de galgos señoriales alborotando y jugando junto a un mar inmóvil, vio calzas en el suelo, cuidadas y planchadas, unos borceguíes opacos colgando todavía en una puerta interior, desvencijada y colgante, un casquín de seda roja y un cinturón, había hebillas y botones en el suelo, algunos papeles amarillos, un libro deshecho, algunas plumas pisoteadas y nuevas, unas cartas de naipes, cajones abiertos, ropa blanca, mapas, trozos de empuñadura de espada, pedazos de armas antiguas manchadas de orín o sangre, un martillo de plata pequeñito brillaba sobre una camisa o una saya o un corpiño, suspiró mirando las sillas gastadas bajo las que cacareaba una gallina, un perro ladraba adentro, en el patio y el viento rodaba entre las ropas y alzaba la punta de una saya o de una sábana, veía trozos apartados e ínfimos de cujas, rincones imaginados de dormitorios, pocillos, fuentes, cucharas que no viajaban desde que nos embarcamos en el puerto oscuro, estiró la mano y cogió una cucharita, diminuta y frágil, como prendedor o adorno, la miraba con curiosidad, sintiéndola pegada a sus dedos, siguiendo el contorno de su piel y el calor de su sangre y deseaba quedarse apegada a ella, revolviendo la taza de chocolate o el cazo con caldo de ave, escuchaba a Vásquez explicar detalladamente su rabia, era evidente que ahora estaba inyectado, a punto de tornarse loco o mentecato y de empezar a disparar sus puñales, firmarás, señor, gritó tres veces, firmarás, vas a firmar, vaya qué bien dibujarás tu muerte, lo harás ahora, aquí mismo, en el suelo, en estas cajas que no te quieres llevar, sintió el ruido, las bofetadas, los gritos, se disparó un arcabuz y sintió alzarse el humo, chisporroteando una delgada llama entre las ramas, Vásquez gritaba en el suelo, junto al hombre que respiraba con dificultad, como atenazado en el pescuezo, como agarrotado en la garganta, el perro ladraba con escándalo, con vivo desconsuelo o protesta y se acercaba a saltos, lo sentía golpear rítmicamente el suelo con sus patas, no, no quiero, no quiero, no voy a firmar, él sentía bofetadas cayendo como la lluvia en el cuero de una montura, no va a firmar, no quiere firmar, no quiere irse, es una lástima, una gran desgracia, sintió llegar a los caballos, venían al galope, rectos hacia él, hacia la voz airada de Vásquez, firma mierda, hacia la garganta del soldado que sollozaba,

no, no firmaré, ni ahorcado, no señor, no voy a firmar, es una carcajada, una infamia, los caballos se detuvieron resoplando, parecían aguardar, parados en la garganta del soldado, ya no lo sintió gritar, tampoco a Vásquez, sentía sólo palabras sueltas de conversación, explicaciones, advertencias, mire señor cómo pone esos pies, cuidado, cuidado, estire bien las manos, si no no se puede, no, así no, así tampoco, mire señor, ¿qué edad tienes?, voz baja, cariñosa, secretando su breve odio, o más bien transmitiendo su dulzura, su secreto, su pequeña trampa o técnica, los caballos resoplaban con sosiego y bajaban la cabeza condescendiendo y el soldado resoplaba también con esfuerzo, como deseando ponerse a la altura, si no de su odio, de su propio dolor, colocar los pies como debía y estirar las manos como deseaban ellos para desearlo él también, ay, gritó, ay, resoplaron los caballos, crujieron invisibles unos papeles, miraba brillar el puño albo de la camisa que colgaba bajo el martillito de plata, los caballos salieron al trote en medio de un gran vacío, después muchas voces se amontonaron ahí, voces amistosas y leves, un poco preocupadas por la hora y por la luz del día que ya declinaba. Sintió el puro repasar de las sierras al otro lado de la calle, los martillos que golpeaban todavía haciendo vibrar el crepúsculo, parecía que estaban dejando caer lentamente metódicos trozos de noche, sonaban en sus sienes, en sus manos crispadas, en sus pies cansados, en sus riñones que sentía tensos y adoloridos. Afuera conversaban los españoles, se pedían luces, antorchas, todavía no, todavía es de día y está claro, decía para sí, deseando escuchar y poniéndose de pie, estaba completamente de pie en medio de un montón de puertas derrumbadas, miraba el cielo por el que pasaban restos de humo, palabras lejanas que se iban deshaciendo, ruido de agua, el ladrido solitario de un perro, el gruñido compacto de unos chanchos, caminó con dificultad sorteando las maderas y se quedó afirmado en el dintel de una puerta, mirando hacia afuera los grupos de españoles inclinados también sobre otras puertas, los indios las iban juntando en los costados de la calle, sus gestos eran ceremoniosos y lentos, como adormilados, gestos para durar muchos meses, muchos años, hasta que venga de regreso durmiendo el don Francisco y traiga canas en las sienes, miraba el martillo en su mano y deseaba gritarles algo concreto, pero la tarde estaba sin ruidos, tan pura, tan luminosa en la penumbra, sólo la rayaban las sienes lejanas, el lento rodar de las carretas que venían bajo los árboles, el llamado de los indios en la oscuridad de los cuartos, el conversar mesurado de los españoles que se pasaban herramientas y se reían, el cielo palpitaba

oscurecido, parecían respirar apresurado, un soldado venía recto hacia él, se veía enorme y traía en la mano unas tenazas, unas plumas, unos papeles, un papel cayó al suelo, el soldado lo miró desde lejos, torciendo la cabeza y alzó ambas manos, mostrando los papeles, manos cuidadas, envejecidas, mirándolas se sentía tranquilo, casi contento, ¿por qué no firman, Vásquez?, preguntó con desaliento, deseosos de no tener que ahorcar a nadie, se quejan, lloran los pusilánimes, dijo atrozmente ofendido Vásquez, esperando que él también se pusiera a chillar, mirando con desconfianza la oscuridad que descendía y se acercó más y habló con repentina furia y desconfianza, para ofenderlo y que se quejara también y gritara y él tuviera que llamar a los caballos, no se quieren ir, dan sus razones, explican sus protestas, tienen miedo, están cansados. Señor, dijo de repente, mientras él estaba silencioso, deseoso de juntarse en el fondo de los montones de puertas y marcos de ventanas y escuchar los ruidos del traslado, señor, no debimos permitir que hicieran sillas, muebles de mirmidones y de cobardes, yo sacaba los papeles, les metía la pluma por las barbas y ellos echaban la mano en el vacío y se agarraban a la silla y ya estaban transpirando, llorando a la familia, contando las flores, los puercos, los caballos. Son espantosos, Vásquez, dijo mirándolos sentados, vueltos hacia España, que estaba al otro lado de la calle, silenciosa en medio de la noche de luna, las luces de la posada brillaban a lo lejos y sonaba una música apaciguada, las sillas se destacaban en la oscuridad llenas de españoles, había muchas sillas, muchísimos españoles, sólo tenemos sillas, pensaba con desconsuelo, solo hemos fabricado sillas y sillones, las puertas, las ventanas, el techo, las cujas, Vásquez, son sillas, la ciudad es una silla, oh Dios, Dios mío, recordaba a Jesús, lo cansado que estaba cuando había caminado unas cuantas cuadras aplastado por la cruz y los latigazos, mirando los rostros de los soldados, mirándolos llenos de toallas, de vasos de agua, de pisitos y rincones plácidos y blandos y cojines para descansar mi cabeza en ellos, padre, oh padre, por qué me has abandonado. Vásquez lo miraba ausente de su dolor, al lado afuera de su soledad, gritaba abierto hacia él, como ladran los perros solos en las casas solas, señor, no quieren irse sólo por esto, decía mostrando los montones de puertas y ventanas, mostrando a lo lejos a los españoles que desclavaban otras puertas haciendo crujir sus goznes, riendo en medio del ruido de los clavos desfondados y de las maderas tronchadas, los caballos dormidos en España se despertaban bajo la luz y relinchaban suavemente hacia él, hacia su soledad, Vásquez, ahí está España,

dijo en voz baja, mostrando el otro lado de la calle y Vásquez miró a los españoles sentados en los marcos de las puertas o colgados en los techos, aserruchando la oscuridad. Señor, no podemos llevar a todos los quejosos al cabildo o a casa del alguacil, son muchos los que no quieren firmar, hasta piden que los ahorquemos, creen que no lo haremos, que no nos atreveremos a tanto. Nos atreveremos a tanto, dijo él mirando hacia España, las calles de España estaban solas, la luna caía sobre los techos. Señor, ¿qué haremos con ellos?, preguntó Vásquez con voz lenta, se sentía desilusionado e inútil. Él veía brillar las antorchas en los techos de las casas y en el interior de las piezas, era evidente que había un incendio, pues se alzaba un clamor de miedo o alerta y alguien gritaba airadamente, sentía los gritos aplastarse en la oscuridad, entre el ruido de los caballos y el apacible caer de martillos y tablas, caían unas detrás de otras, deshaciéndose en las tinieblas, incorporándose en ellas, corrían botas en la calle, alguien gritaba, gritaba ahí mismo, pero después bajaba la voz dando largas explicaciones, gemía una puerta desvencijada, la sentía bambolearse en el vacío, después el pausado caminar de un caballo removía los escombros en la oscuridad, alguien golpeaba el suelo con un martillo inmenso, sentía cavar la tierra, la cavaban apresuradamente, eran muchos picos y azadones, escuchaba las voces cruzarse en la oscuridad, estaban dentro de la zanja conversando, pasándose recuerdos urgentes e inolvidables, sentía caer la tierra a sus pies, a los pies de Vásquez, corría un caballo, relinchaba hacia la zanja y saltaba sobre ella, a la luz lejana del incendio veía la hermosa grupa alejarse en la penumbra, es el caballo que me regaló el don Francisco, veía correr tras él el padre Carvajal, corría alegre, como jugando, tenía en la mano el breviario y con él le hacía señas, los ahorcaremos, Vásquez, ahorcaremos a todos los que no quieren irse. Vásquez caminaba en la oscuridad tras él, se dio vueltas y Vásquez se alejaba, veía sus borceguíes moverse pausadamente entre la madera, iba junto a la zanja abierta y veía la tierra removida, le enviaba un efluvio acogedor y leve, los españoles trabajaban en la oscuridad y lo miraban silenciosamente mientras caminaba apresurado tras el capitán como deseando no quedarse solo, como deseando que no se fuera enojado ni triste ni desamparado, estamos todos solos, dejados de la mano de Dios, pensaba sin desconsuelo, apegándose al andar de Vásquez, pisaba con furia las tablas, pateaba a un perro en la oscuridad, abofeteaba a un caballo, veía su rostro sudoroso a las luces de las antorchas y le mostró, entre los árboles, las carretas, los españoles, en lo alto de las casas, forcejeaban de pie para desclavar las tablas, las tablas

caían junto a ellos, se prendían al viento, resonaban en mitad de la calle, más lejos se alzaban humos, gritos, rumor de conversaciones, alguien se quejaba olvidado y solo, un quejido maquinal y desinteresado, un simple quejido de compromiso o de cálculo, sin base de dolor, sin desesperanza, alguna ventana se azotaba en el vacío, no soplaba el viento y sólo venía el leve repasar de las sierras, el suelo estaba lleno de cuerdas y de sillas, de mesitas rústicas despedazadas, de pisos enanos, abiertos, monstruosos, alguien corría portando una antorcha que flameaba como una bandera, las luces saltaban de patio en patio, de techo en techo, flotaban un instante en una ventana, después corrían por el suelo, se prendían a la copa de un árbol y en ella se apagaban, le palpitaban las sienes con el sueño, con el temor de no tener tiempo para hacer todo eso, tenemos que terminar el traslado en dos o tres noches. Vásquez echó a correr y lo dejó solo, él también echó a correr y tras él ladraron los perros, sintió la campana de la iglesia, vibraba lenta, goteando en la noche, brillaba una tea en lo alto de la torre y parecía que había soldados en ella, es previsor Vásquez, es previsor Guevara, son previsores estos frailes de mierda, verdaderos amigos, vigilan el camino para que no torne el don Francisco o para que no se nos descuelguen los indios esta noche, la campana golpeaba junto a su oreja, para eso es, Juan, para eso mismo la estaba azotando el padre Carvajal, el viento le traía las campanas, las pulía junto a sus orejas, junto al perfume de las flores del patiecito de la iglesia, soltó el caballo para que me viniera a buscar, lo haremos obispo o cardenal cuando volvamos a Madrid dentro de diez años, tal vez me reciba en audiencia el Papa, es un gran amigo, un gran guerrero, se lo voy a decir al virrey, mandaré a Bazán para que traiga socorros y noticias y dejó de correr, pues la iglesia estaba ahí mismo, veía nítidamente las campanas remecerse en la oscuridad, una antorcha que ya se apagaba agitaba su llamita en la ventana junto al campanario, en ella estaba un soldado, el padre Carvajal estaba en medio de la calle, agachado sobre la estatua de San Judas o Santo Domingo de Guzmán o San Francisco o San Antonio Abad, el padre desclavó sus puertas, sus ventanas, sus muebles, éstos son sus muebles, sintió ternura mirando los bultos tendidos en la oscuridad, como bultos esperando una resurrección o borrachos esperando que se les evapore la embriaguez y le gritó desde lejos para armar escándalo, padre, estos desalmados no se quieren ir, los ahorcaremos a todos, sentía sus propios gritos y se asombraba y se ensombrecía, Juan, Juan, dijo el padre acercándose en la oscuridad, y no dijo más. Lo sintió reírse siniestramente, con

una maldad extraña, no del todo perversa, ni cruel, una maldad extraterrena, la maldad de los santos y de los dioses, que no están metidos en la tierra, en esta tierra, en cualquier tierra y miran los dolores desde una altura, lo que es ya una incomprensión y una comodidad, libre de contaminaciones, alejada del corazón y de sus miasmas, de la carne marchita o herida u ofendida. Caminó apresurado, sin cuidarse de que Vásquez estaba ahí o no o que estuviera, o no, Bautista Alcántara o el fulano Rentería ayudando al padre, que clamaba con voz tonante y cantarina dirigida al suelo, como si ahí estuviera su púlpito y sus criaturas pecadoras y malignas, llenas de ternura cruel y de terrores infantiles, anduvieran arrastrándose por el barro, por ese barro que él bendecía, buscando en la oscuridad las sillas, las esquinas del confesionario, el bordado del altar para tener ayuda y ponerse de pie como un humo pecador y sensual, destrenzándose como una limpia humareda hasta el cielo alejado y frío. Sentía rabiar, reír, manotear al padre, palmeando las nalgas de un angelote, buscando las nalgas de Alcántara o Rentería, la voz cascada de un viejo enfermo para hacerlo reír y reír con él, la campana de la iglesia clamaba arriba, extraña a todo, a los martillos que atronaban los aires y echaban a volar multitud de puertas, de ventanas, filas conventuales de sillas llenas de soldados amarrados y heridos y llorosos y crujientes, estiraban los brazos entre los cordeles, llamaban en la oscuridad, en el suelo brillaban enormes braseros encendidos y sus caras hirsutas, sus barbas demacradas y sucias se destacaban nítidas en la penumbra y él veía sus cabellos enmarañados como húmedos en agua o lágrimas o sudor y los gritos de los soldados que demolían las casas bajaban hasta ellos en crueldad y ellos lloraban mostrando el fuego, las montañas de puertas, de ventanas, a través de las llamas se distinguían las piernas de los soldados, como hundidas en la madera, se movían y bailaban en el suelo, con gran soltura, haciendo un trabajo normal, un sacrificio usual, un dolor normal y conocido y él apretaba la espalda, aquí está la espalda, balbuceaba, éstas son mis piernas, aquí estoy yo, y todavía sentir reír al padre en la oscuridad, golpeando con odio sobre un santo para desclavarlo del suelo, por qué cresta los habrán clavado ahí, se preguntaba y decía que el padre llamaba en la oscuridad a Rentería, a Alcántara, al soldado Bruselas, al don Francisco, a él mismo para que lo ayudaran a desclavar las alas y la túnica. Hacia el lado de la iglesia aullaba un perro, sin miedo todavía, sin verdadero terror, no estaría solo todavía, estará aullando por los que van a morir ahora o mañana, los ve vivos martillando los techos, montados en las ventanas y

apulla un poco de extrañeza y otro poco para recordarles, y entonces vio las casas cerradas, intactas, flamantes, indiferentes. Dos, tres casas resaltaban sin heridas aparentes en medio de las ruinas, se acercó a ellas y golpeó las paredes para cerciorarse, tocó las puertas, empujó las ventanas, no había soldados en ellas, nadie martillaba sus techos, nadie aserraba maderas en su interior, los perros no ladraban cerca ni dentro, por ahí no se veían caballos, las gallinas y chanchos habían huido. Gritó para sentirse más solo, eh, soldados, amigos, hermanos, hablaba rápido, con furia y desconsuelo, presintiendo otra dificultad, una nueva desgracia no imaginada, nadie le contestaba y estuvo largo rato golpeando las puertas, entreabriendo quedo las ventanas, solo sentía sonar sus pasos en la madera rota que llenaba la calle, veía a través de la reja de un jardín inclinarse graciosamente las plantas en la penumbra, empezó a transpirar sintiendo la alegre voz del padre, Juan, Juan, no digas eso, hijo, no lo hagas, empujó la puerta, había luz en el zaguán, inmóvil, bien clavada en su aro, para arder toda la noche, todas estas noches, hasta que termine el invierno, hasta el año próximo, hasta que regrese el don Francisco y nazcan los primeros niños. Caminó con recelo, sintió resonar sus pasos en el pasadizo, alzó la voz, eh, españoles, eh, cristianos, yo soy, yo soy, como Jesús entrando en la posada para despertar a sus piojosos, sintió respirar a alguien por los rincones, él mismo respiró con angustia, apretó los labios, quién va, quién está ahí, dijo dejando caer el martillo, que resonó claramente, cogió el cinturón con la mano izquierda y con la otra sacó la espada, se quedó quieto y ahora sintió la respiración del hombre y el gruñido del perro. Había una puerta que se fue abriendo y en ella creció la figura de un hombre aureolado por una luz de antorcha, tenía un látigo en la mano, era robusto y dramático, el cabello formaba melena y una barba enfermiza le trepaba hacia los ojos. Él alzó la mano señalando el techo en el que bailaban las sombras, sus propias sombras, todo estaba intacto, nada golpeado ni derruido ni derrumbado, aun el trozo de lecho que divisaba se veía pacíficamente estirado, la silla volcada detrás del hombre era una silla también normal, un vuelco, una caída amable de las cosas que están a nuestro lado y que sólo pierden su equilibro para subrayar, precisamente, que estamos aquí para mucho tiempo, cogidos a su respaldo, amontonados en su asiento. El hombre lo miraba y el perro le gruñía desde la oscuridad, ambos en ella, ambos refugiados en ella, sin que necesitaran salir todavía para amenazarlo o herirlo, vio los borceguíes, viejos, pero no miserables, la camisa verde o amarilla o rojiza o azul destiñéndose,

vio la huasca azotándose levemente en el suelo, urgiendo una explicación, una palabra, por lo menos insulto o un golpe, totalmente extrañado de verlo aparecer ahí, no por él, no por ser quien era, desde luego, sino por ser un español cualquiera, un soldado, un cristiano, un hombre, mirándolo con la boca abierta, mirando la silla volcada, deseando pedírsela para sentarte en ella y descansar, bajó los ojos para buscar la vaina de su espada y lentamente, con lentitud que no era para él sino para el otro, para que comprendiera que estaba sólo extrañado y no asustado o belicoso, lo miraba para preguntarle. ¿Escuchas los golpes, señor, los martillos?, mostró el martillo que había dejado caer en la oscuridad, sabía que estaba ahí y que brillaba, aunque no podría verlo, pero el otro no lo veía tampoco, no quería ver, no comprendía, no deseaba comprender. Caminó hacia el patio y los gruñidos del perro se hicieron persistentes, como si ahora estuviera haciendo algo altamente censurable y peligroso, regresó hacia la luz, se agachó y recogió el martillo y preguntó, señor, ¿no sientes los martillos golpeando las puertas, las ventanas, los techos, no sientes gemir las maderas? El hombre se acercó y cogió el martillo de sus manos acercándolo a la antorcha para mirarlo con detención, alzó la cara, pero no dijo nada. Están trabajando en la ciudad, rompiéndola, dijo él, éste es el martillo. El hombre estiró la mano y le devolvió el martillo, él lo cogió y sentía sus propios temblores, gritó ahora con un leve temor, señor, ¿no sientes los golpes sobre las puertas, sobre las ventanas?, los soldados están en todos los techos desclavándolos. ¿Por qué los golpean, para qué los rompen?, preguntó el hombre, no sólo con extrañeza sino inquiriendo lentos detalles, como si presintiera que la labor que estaban haciendo se podría hacer de otro modo, con menos golpes, no con tanta furia, sin odio, sin clamor. Señor, están destruyendo la ciudad, la están despedazando, las casas, todos los edificios, hasta la iglesia. ¿Por qué golpean tanto, por qué rompen todo?, dijo el hombre, agachándose y recogiendo la silla, sin sentarse en ella, sino mirándola, como dándole explicaciones o tranquilizándola. Él se tornaba furioso y quiso alzar la voz para explicar cosas que no deseaba explicar, cosas que no precisaban explicación, pero pensándolo mejor, dijo con dulzura, soy Juan Núñez de Prado, el que fundó la cuidad, y el hombre dijo, con dulzura también, con una voz suave, que se iba hacia dentro, hacia el tiempo transcurrido, el último otoño, cuando llegamos, yo soy Pedro Albáñez, yo también fundé la ciudad, fundé mi casa, mis paredes, mis puertas, mis ventanas, fundé mis árboles, esta silla, mi dolor, mi

soledad. He aquí un hombre que ama la ciudad tanto como yo, pensó él, pero la debe querer más, por lo menos con más confianza, con menos desesperación y tuvo terror al comprender que no quería irse y que seguramente Vásquez o Guevara o él mismo, tú mismo, Juan, lo matarían, pues esa era la orden, yo doy la orden, pero no nace en mí, aunque yo la invente, nace en la voz del virrey, en la voz del rey y de la reina, en los sueños y furias y deseos y envidias y orgullos de los ministros de la audiencia, y como el hombre caminara hacia adentro, sin invitarlo a pasar, comprendió que debía hacerlo, pues acercándose más hacia el peligro lo comprendía más, lo temía menos, era algo soportable, perfectamente tangible. El hombre estaba sentado a una mesa pequeña en la que había la luz débil de un quinqué, el perro se frotó contra sus calzas para tranquilizarlo, tal vez para significarle que aquél era su peso y su fuerza y que no cometiera ninguna súbita felonía, pues él conocía toda la casa y lo alcanzaría fácilmente en la oscuridad. El hombre vació en un vaso un poco de vino y lo bebió sin mirarlo, completamente solo y conforme, ignorándolo a él y también a su martillo, cogió un cuchillo, trinchó un trozo de carne y lo masticó en silencio. Afuera pasaban caballos, hombres, risas, conversaciones, sonó un arcabuzazo, en lo alto del cielo se desleían las campanadas, tengo sed, seguramente tengo hambre, pero ya no tengo hogar, ni silla, ni cuja, ni balcón, ni puertas para encerrarme como él, extrajo un pañuelo y comenzó a enjuagarse la cara, mirándolo con pena y desconsuelo, viéndolo ahorcado ahí mismo, junto al perro. ¿No comprendes, señor?, le preguntó con dulzura, ¿no comprendes? ¿Qué, señor gobernador?, dijo el hombre y al tratarlo así, comprendió él que quería indicarle que conocía las circunstancias y los peligros y que, sin embargo, estaba ahí, como anoche, como todas las noches, comiendo un poco de carne antes de irse al lecho. Sí, dijo con desconsuelo, soy el gobernador y podría hacerte apresar. Señaló la pared a través de la cual venía el ruido de las voces, de los gritos, de las conversaciones. Alguien disparó en la oscuridad y ladraron los perros, después se escucharon claramente los golpes de los martillos remeciendo las puertas. ¿Hacerme apresar?, dijo sinceramente incrédulo, no podrías, señor, te juro que no podrías, y en ese momento ignoraba totalmente a su perro, aunque hablaba pensando lejanamente en él, lo sentía a su lado, escarbando su tumba, aullando hacia la tierra apretada. Están ahí al lado y luego estarán aquí, explicó, y el hombre ajustó el cuchillo en la mesa, separó la escudilla y la atrajo hacia sí, movió la silla y se sentó más cómodo, ahora está definitivo, ahora está muerto, ya lo

mataron, se sentía mortalmente fatigado. He ordenado el traslado de la ciudad, nos llevaremos toda la madera, sólo dejaremos la de las horcas, hay dos en la plaza y tal vez alzaremos otras hoy o mañana, dijo sin ironía y sin amenaza, es una simple y clara y leal preocupación informativa, recordando la tristeza y desesperanza mostrada por Vásquez hacía una hora cuando discutía con aquel español desconocido que se negaba a firmar la petición de desalojo y traslado de la ciudad. Señor, dijo en voz baja y pausada, soy hombre cristiano, un buen soldado español, nervioso y de poca salud, de alguna voluntad, debes saber que de todas maneras vamos a derribar las casas, a llevarnos las puertas y ventanas y balcones y techos y balaustradas y zaguanes que puedan sernos útiles en el nuevo asiento, dejaremos todo lo demás aquí, todo lo demás, señor, todo, todo, los materiales, los animales, los enfermos, los heridos, los moribundos, no por maldad, no, no somos peores que otros, pero no podemos ser sino estrictamente buenos, escasamente buenos, no más, si no tomas un martillo, una sierra, unas tenazas, por lo menos una azada, te verás malo, si te hieren ya estarás muerto, no llevaremos a los heridos. Si cojo un martillo, y tal vez lo coja, si agarro un serrucho no será para herir mis bienes, dijo él, apartando con repulsión la escudilla de su lado y llevándola cuidadosamente hasta el otro extremo, si hago eso, señor, y puede que lo haga, no será para herir los huesos de mi casa. Comprende, señor, yo imagino órdenes, las converso con mis capitanes y ellos salen al lado afuera, cogen los caballos y empiezan a correr, ya se han liberado de mí, son mis órdenes, pero ahora son de ellos, yo se las entrego y las toman como propias, les dan su propia energía, la de su sangre y de su odio, las amoldan a su cuerpo como las calzas y los borceguíes, son mías pero ya no son mías, ya no tienen mi forma, ni mi sustancia ni mi espíritu, son más poderosas y fuertes y malvadas que yo, ya nada puedo hacer contra ellas ni en tu favor ni en favor de ningún amigo mío, desde que llegaron los de Chile supimos que tendríamos muertos, es el precio de esta fuga que no es fuga sino salvación, hace una hora Vásquez mató a un español que no quería firmar, sentí los gritos, las quejas, los insultos, los golpes, llegaron los caballos y el ruido de sus cascos lo tapó todo, estas cosas son las únicas que van quedando en pie y las vamos a matar, no durarán mucho tiempo y tú tampoco, tienes que irte si quieres salvarte. ¿Salvarme dejando mis maderas, mis muebles?, preguntó horrorizado y corrió hacia adentro y regresó armado de una espada, no parecía furioso sino fríamente prevenido, como antes cuando cogió el cuchillo y después la carne. Me defenderé, dijo, no entrará

la muerte en mí sin que yo trate de impedirlo, si son muchos tus asesinos duraré diez minutos, si son pocos duraré más, me quedaré en la ciudad mientras haya alguien con vida, ésta será la ciudad, nuestra ciudad y no la tuya, ¿dejarás los heridos, los moribundos, los viejos inservibles?, ellos serán mis compatriotas, así empezaremos de nuevo, y empujó la mesa hacia él, pero él estaba solamente triste, no deseoso de pelear, menos deseoso de herirlo, es terrible tener que herir a alguien que sabes va a morir. Mirándolo en la penumbra sintiendo los martillazos que remecían la casa, el perro se había apegado a los pies del hombre y gruñía sordamente mirándolo a él, comprendiendo que esos ruidos, esos disparos, esos gritos él los traía, vienen conmigo, en verdad, tienes razón, tienes razón y vas a morir con tu amo, le sonrió con dulzura y les dijo ¿por qué, si tanto quieres tu casa, tus muebles, esta ventana, y la remecía con dureza, dejas que la hagan pedazos y no la defiendes como debieras, como lo hemos hecho todos, yo con mis cosas, el padre Carvajal con sus santos y su hojarasca? Ésta es mi ciudad y aquí me quedo, dijo el hombre, puso la espada encima de la mesa, con ella barrió la escudilla, el perro gruñó sordamente y se agachó en la oscuridad, afuera sonaban los golpes nítidos de las puertas del lado, están aquí mismo y este bárbaro no tiene miedo y sintió que alguien caminaba en la otra pieza, porque había comprendido lo que ya sospechaba, ese hombre no estaba solo, no, está acompañado, insensatos, insensatos, Dios mío, tuvo un sollozo y vio entrar al otro español, surgía de la cama, seguramente, se veía pálido y como adormilado, la faja que le empaquetaba el vientre estaba teñida de sangre, aunque caminaba agachado, como si fuera a derrumbarse de un momento a otro, había en su aspecto algo que denunciaba que estaba menos herido de lo que parecía, estás vivo y estás herido y te van a matar y empezó a retroceder hacia la oscuridad y se sentía frío, completamente despierto y vio descolgada una de las ventanas y dos soldados metían sus piernas por ella y en el techo se sentía a otros haciendo sonar los serruchos y las hachas, sentía el suave repasar de las sierras al otro lado de la muralla y el hombre, hincado en tierra, se quejaba en un esfuerzo por cargar el arcabuz y el otro lo miraba con una pausada alegría y también tenía un arcabuz en las manos y estuvieron disparando, hasta que sintió gritar a los soldados y la pieza se llenó de humo.

Cuando caminó él tras Vásquez para preguntarle por qué no querían firmar los papeles los españoles, por qué, Dios, cuando saben lo peligrosos que son los papeles, éstos son los papeles, decía agazapado en la oscuridad, no deseoso de salir de ella todavía, sin

saber qué decisión tomar, sin abrazar a Vásquez y estrecharle y besarle las manos, humillándose hacia él, hacia su fiereza, su constancia, su tranquila fuerza, o insultarlo, insultarlo en voz baja, despavorido, atormentado, mostrándole al hombre tendido en tierra, tenía los brazos ligeramente curvados para cogerse todavía del aire, del humo, del ruido de los martillos y de los serruchos, de la madera, como para incorporarla a su pecho, a su fuerza, a su voluntad, durmiendo con ella, incorporándola a su miedo y a su amenaza, no firmo, no señor, no firmo, gritaban los españoles hacía unas siete horas o siete días o muchos meses, cuando llovía en el desierto sobre el cadáver sangriento del soldado Bruselas y sobre el cadáver hinchado del padre Gomar, no firmo, no señor, no firmo, y había, en verdad, una misteriosa belleza en las palabras mismas, en el tono de la voz y en el ritmo de la expresión, eran trágicos, espantosamente lúcidos, decía para sí y sonaron los gritos, salieron naturalmente de la boca, de las manos, de los arcabuces, surgió un humo desenvuelto y demasiado abundante y llegaron en un tropel los caballos y se juntaron como para desfilar y él se acercó al hombre y el perro ya no le gruñó, estaba echado junto a los borceguíes sosegados bajo la mesa. Tenía todavía él el martillo en la mano y lo lanzó por la ventana, un soldado rió, otro dijo algo rápido y menudearon los martillazos, sintió caer las maderas en el suelo y Vásquez estaba mirándolo, él lo miró para que Vásquez comprendiera que era él, precisamente, y que no le sucedía nada y después estuvo mirando al hombre tendido de bruces. Cogió el arcabuz y movió sus fierros, pasó su mano por la madera, buscando algo, un calor, el roce de un recuerdo, unas palabras sueltas, firmes, desteñidas, tristes o misteriosas, el perro gruñó corto mirándolo, ni siquiera con miedo u odio sino, más bien, con mucho conocimiento, ya sé quién eres, ya te conozco, ya sé, él lo sabe, yo lo sé, después aulló cortito, insinuando su duelo. Él miró la calle llena de soldados e indios que trabajaban agachados, removiendo escombros, buscando trastos, ropas, utensilios, comidas, vasijas de vino, amuletos, recuerdos, medallones, no parecía un trabajo concienzudo, hecho con paciencia, método y tranquilidad, sino un tembloroso trabajo producto del miedo, del apuro, de la desazón y la duda, miraba al patio, más allá de la calle, al otro lado donde antes estuvo España, con sus costas dormidas a la luz de la luna y que ahora estaba llena de sillas, de mesas, de cuerdas, de monturas de caballos, de trozos de género y banderas, de antorchas apagadas, armas rotas, arcabuces quemados, medias de seda de hidalgos o mujeres, olor de polvos de hembra, de aguas de olores y de paz,

maderas limpias y rubias y blancas y encarnadas, jóvenes, llenas de vida, trozos de árboles recién tronchados, unos potrillos recién paridos, perros heridos, ciegos, vio pasar a un soldado viejo, mirando por encima de todo, como si estuviera en lo alto de una montaña contemplando las ruinas de una batalla, una ciudad devastada, un viejo miserable, un soldado herido, un cojo, un perro ciego, él quería reunirlos, organizarlos, organizar y ordenar sus miserias, poner todo en orden, ponerlo en pie de nuevo, no quería firmar ni irse, ni coger el martillo, ni conversar para comprender mis razones, él tenía las suyas y no las comprendí. Señor, dijo Vásquez a su lado, con suave voz, pero con algo de amenaza en ella, no podemos comprender a nadie, ni las miserias de los que pasan hambre ni el dolor de los heridos, si me entristezco sabiendo que voy a matar a alguno, tal vez no lo mate, tal vez me mate él a mí, el que no se endurece dura menos y esto ocurre hasta a los elementos dormidos, mire usted la ciudad, sus murallas, sus puertas, sus ventanas, unas resisten vientos, tempestades, las llamas del incendio, un centenar de balas, las patas de mil caballos, otras, unas ventanitas adorables y suaves, una brisa las voltea, las quema el primer disparo, las raja el primer hachazo, si queremos llevarnos la ciudad para que dure, duremos nosotros, señor, aunque matemos españoles o indios, traidores, maricones y pusilánimes, no podríamos vivir ni dar vida a la ciudad de nuevo si lamentamos los gritos, si nos desmayamos con la sangre, la sangre es fantástica, violenta, insolente, llena de vida, crece como una casa, como un bosque se expande, cuando corre es un latigazo, no una queja sino, más bien, una maldición o una afirmación, un grito de reto y desafío, la furiosa salud. No, no quería irse, dijo él escuchando las palabras de Vásquez, sonaban suaves y firmes, todavía no enojadas, todavía no sentenciadoras, pero demasiado despiertas, demasiado directas y razonables, tiene razón, debiera ser como él, disparar sin mirar a quién lo hago sino cómo lo hago, mientras más muertos dejas mejor te va, aseguras, aunque no lo creas, aunque tiembles, el reino de Dios, la vasta voz del rey, las consejas del virrey, oh, padre La Gasca, oh, padre, miraba a Jesús en la lejanía, surgir de las zanjas enojado y embarrado, sacudirse con asco el brazo de los brazos débiles, coger el arcabuz y apuntarlo al cielo, hacia las nubes y gritar oh, padre, oh, padre, me mandas que dispare y está mojada la pólvora, me mandas que cace pecadores y me llenas de barro la caña del arcabuz. Tiene razón él, dijo, adquiriendo seguridad y caminando aprisa, no firmaron, les dimos la oportunidad para sumarse a la petición, salvando la vida, pero ellos han querido

asegurarse la muerte, estaban tal vez cansados, muy cansados y por eso no hablaban, no lo decían aunque lo pensaran, se negaban diciendo no quiero y no se trataba de negarlo con palabras sino con hechos, ¿por qué no me tomaron preso?, se preguntó con desaliento, recordando sus palabras, átenme, átenme que salir de otro modo no quiero. No puedo, no he podido proceder de otro modo, miraba el humo que surgía tras las casas cercanas, no humo de incendio sino de fogatas para estar prevenidos de los indios o para no estar tan solos, oh Dios, no me dejes, no te olvides, no te duermas, tú sabes, miraba el resplandor del fuego, las siluetas que se movían en los escombros y que todavía, a esa hora, golpeaban puertas lejanas, puertas cerradas, empujando las ventanas, cogiendo las antorchas y las sillas para mirarse y comprenderse, los miraba en medio de las nubes de tierra o aserrín que se alzaba en el fondo de los cuartos, en la profunda tibieza de los zaguanes, donde florecían sus risas descocadas y alegres, gozosas de estar haciendo tanto ruido, rompiendo tantas cajas, vaciando tantos arcones y descubriendo picardías, gollerías, desconfianzas, traiciones, gente que se fue robando y difamando, fueron muchos los que no figuraron, señor, explicaba Vásquez, gente extraña, enloquecida, prefieren esto, decía mostrando la hoja de la espalda. Vásquez, dijo él bajando la voz, hay soldados viejos, heridos, moribundos, pobre gente, ¿qué haremos con ella? Ésa es la gente que no debió firmar los papeles y la tenemos ahora sentada en las carretas, dijo Vásquez con voz lúgubre. ¿En las carretas, ya? ¿Se van con nosotros los heridos y moribundos? Señor, la oscuridad y el desorden y los gritos y las lágrimas de los otros les ayudan, no los encontraremos si los buscamos para ahorcarlos, debimos limpiar la ciudad antes, ahora será difícil, dentro de los arcones y de los armarios, bajo las puertas y las mamparas, en el hueco de las ventanas debe haber racimos de desgraciados, nada de asustados sino felices, embriagados con este terremoto y esta desgracia que los deja libres, sanos y poderosos, tal vez se mejoren, tal vez escapen de nuestras manos, de nuestros arcabuces, de nuestras cuerdas, cuando las carretas se detengan de nuevo saltarán como ratas en la oscuridad, se juntarán en los matorrales, se treparán a los árboles, se hundirán en las aguas o en las cuevas, señor, señor, ésta es nuestra desgracia, no nos llevamos la ciudad y la vida sino la enfermedad y la miseria, no dejamos a la muerte aquí, la llevamos con nosotros, tapada por montones de cuerdas, escondida bajo las mesas y las sillas, la veremos huir cojeando en silencio por el campo, colgarse de los baldaquinos, brotar de las cajas y cajones, de las bolsas de maíz, de los bolsones

con pólvora y azufre. Vásquez, Vásquez, creo que debemos clavar las horcas en la plaza, ahora mismo, antes de que transcurra la noche. Sí, señor, dijo Vásquez, y había melancolía en su voz, cierto desengaño, cierto tiempo perdido, cierta práctica olvidada, un error en que incurrimos, un agujero siniestro en que metimos los pies. ¿Sabes que Alonso del Arco y Antón de Luna siguen presos?, los vi anoche, entré en la oscuridad llamando al alguacil, explicó, recordando el agua caída en el suelo, viendo chisporrotear la antorcha en la penumbra, el agua se reflejaba en la pared y en ella se mecía también la sombra de la reja, los sentía moverse en la oscuridad, respirar una respiración cansada. Son gente mala, dijo Vásquez, no lo olvides, señor, querían matarnos a todos e irse con los de Chile. Don Francisco vino y se fue y no los fue a visitar a la cárcel, recordó él con lástima, mirando los ojos enrojecidos del viejo que lo contemplaban en la oscuridad, atisbándolo detrás de los barrotes, preguntándole ¿cuándo? Hay que hacer justicia en ellos, señor, llevar las carretas alrededor de la plaza y plantar las horcas, llevaremos tambores, címbalos, llamaremos al pregonero, por supuesto. ¿Las carretas alrededor de la plaza?, ¿todas las carretas?, dijo él, palideciendo. Las que están llenas de muebles y maderas, ésas son las que necesitamos, y comprendía él que Vásquez no necesitaba tanto para ser tan preciso, haremos callar los martillos y las sierras, traeremos las antorchas, podríamos hacerlo todo, incluso irnos, antes del amanecer, y él pensaba que Vásquez tenía razón y que mientras durara la oscuridad, esa oscuridad y no otra, había que apresurar el traslado, ellos son parte de nuestro juego, ellos lo han querido y yo también ahora lo quiero. Vio venir las carretas en dirección a ellos, alumbradas por teas, se bamboleaban con solemnidad y somnolencia, envueltas en grandes lonas, a través de ellas se divisaban trozos de puertas, de ventanas, sillas diminutas y frágiles, mesas potentes, pletóricas y tablas, tablas, tablas, cuerdas enrolladas alrededor de la ropa y tiestos con flores, un persistente olor a jardín, a ropa guardada y a recuerdos iba bamboleándose con ellas. La calle estaba llena de madera todavía, quedaban multitud de puertas, montones de ventanas, muchos muebles, ropa de cama arrumbada hacia los patios, uniformes, armas y herramientas, en la puerta de una casa aguardaba un atado de arcabuces y de espadas nuevas, rollos de cuerda rubia, arcos de hierro, un atado tintineante de grillos y grilletes, no alcanzaremos esta noche ni la noche de mañana, dijo mirando la iglesia desvencijada, abierta, sin puertas, sin ventanas, con su torre hueca, sin campana, la campana estaba en el suelo y junto a ella estaba el padre Carvajal, con el hábito

arremangado metido en el cinturón, los miró venir y se sentaba en la campana para contemplarlos, les mostró el suelo lleno de cruces desteñidas y pobres, coronas de flores pisoteadas y marchitas, el rostro de una virgen besaba la tierra y más allá el cuerpo tronchado se adelgazaba, había santos envueltos en géneros, atados unos con otros por las espaldas como reos del santo oficio o condenados a galeras, el padre Carvajal pateó suave la campana y ondas sonoras se extendieron acuosas y rodearon los borceguíes, las calzas, los cinturones y cinturas. Es un hecho que nos vamos, dijo alegremente, señalando sus imágenes tiradas por el suelo, la campana aplastada, apartada como una indiecita abierta de polleras, altos maceteros asomaban entre las maderas y las armas, se veía brillar el paquete rojo de unos claveles, se sentía el rumor y el olor del agua que pateaban los caballos en la oscuridad. Sí, dijo él, nos estamos yendo, padre, y ésta es la plaza y aquí están las horcas. ¿No te llevas las horcas?, le preguntó con voz lenta, con contenida desconfianza, y ya no reía. Las horcas no, las horcas están en nosotros, como Dios Nuestro Señor, donde lleguemos, si llegamos, donde edifiquemos, si edificamos, usted construirá su torre y nosotros nuestras horcas. Yo alcanzaré mi cruz y tú la tuya, contestó el padre, maldiciendo o prejuzgando o anticipando acontecimientos, yo tengo una y vosotros muchas, ésa es la diferencia. Padre, dijo Vásquez a su lado, se habrá fijado usted que las horcas están desocupadas, tenemos que ocuparlas y pronto, no tenemos carretas para cargar criminales y traidores y débiles y pazguatos, ni heridos ni enfermos ni viejos ni moribundos, gritó y salió corriendo. Tenemos que hacer justicia, padre, explicó él mirando a Vásquez hundirse en las tinieblas, vuestra ayuda para el traslado de la ciudad también alcanza a esto, tenemos que hacer justicia en ellos, saben que los ahorcaremos, hoy o mañana da lo mismo, mejor que sea ahora, pues que ya dejamos la ciudad. Podías dejarlos donde están, Juan, se quejó el padre. ¿Dejarlos donde están? ¿No ha sentido los disparos y los gritos y los escándalos de los que no querían firmar los papeles para el traslado? Hace muchas horas que estamos descerrajando puertas, reventando ventanas y disparando a los que están escondidos tras los muebles, sentados a la mesa, acostados en sus cujas, padre, no querían irse con la ciudad ni derribar sus casas, no tendremos tiempo de enterrar a los muertos. No has cumplido con Dios, señor, dijo el padre, has matado, tienes explicaciones que son tus remordimientos, has matado, pero no quieres enterrar a los muertos, levantas los arcabuces y las espadas, pero no quieres la pala, sois asesinos a medias, hacéis la mitad de la

justicia. Oh, padre, dijo él, desesperado, no tenemos tiempo. No, no tienes el valor para estar al lado de los muertos, de tus muertos, Juan, eres cobarde y débil, Juan, oh, Juan, no has debido hacer esto, no lo hagas, no lo sigas haciendo. Padre, ellos estaban soliviantando a la gente, querían matar también y nos hemos defendido, no estamos en España, padre, estamos en esta tierra nueva y terrible. La estás haciendo vieja con tanta sangre, dijo el padre, yo me quedaré de todos modos, se puso en pie y lo miró golpeándole el pecho para despertar sus recuerdos, sus antiguos terrores, Juan, Juan, Juan, déjalos aquí a los condenados, déjalos con vida, yo, con los viejos y heridos y moribundos formaremos otra ciudad de Dios y del rey, con tantos desgraciados quizá podamos formar aunque sea una felicidad enferma, por lo tanto más buena, como Jesucristo juntó su iglesia con ladrones y prostitutas. Ellos no se quedan, padre, explicó, mirando que ya salían de la cárcel Vásquez y el alguacil y cuatro soldados, pero el padre Carvajal no los podía ver, pues estaba vuelto de espaldas, encarándose con él, preguntándole. Los heridos no se van, ni los viejos, ni los moribundos, están escondidos en las carretas, al fondo de los muebles, ensangrentando las ropas, te quedarás solo con los muertos, padre, con ellos, míralos y señaló con el dedo el grupo que se aproximaba. El padre dejó caer sus manos y gritó sí que me quedaré, sí que me quedaré, y se agachó en el suelo para apartar sus santos y dejar el camino libre, él se agachó también y cogió unas alas, mirándolas en la oscuridad, y se daba cuenta de que los ojos de Antón de Luna lo estaban mirando y reconociendo y deseó decirle algo, explicarle sus razones y quiso adivinar o presentir lo que el viejo le estaba diciendo a Vásquez. Alonso del Arco, que estaba seco y amarillo, como demasiado asoleado, afiebrados los ojos negros, las espaldas encorvadas, deformes, grandiosas, miraba no asustado, pero desconcertado con la luz, con los ruidos, con los martillazos que atronaban el aire y los caballos que pateaban el agua o relinchaban hacia los cerros, hacia las llanuras solas en las que se divisaban, increíblemente extraviadas, apartadas y extranjeras, algunas puertas, algunas ventanitas delgadas, los borceguíes de un caballero, su ropa blanca amarrada con cuerdas anunciando bárbara muerte, las carretas rompían el círculo, no iban rodeando la plaza, la horca, el sitio de los ajusticiados, los ajusticiados mismos, no, seguían adelante, rompiendo el ligero ruido que formaban los soldados e indios que recogían del suelo la madera y la hacían sonar adentro, en los patios y zaguanes, desde lo alto de una escalera bajaron unos ladridos, relinchó un caballo,

parecía que venía también por la escalera, después sonaron unas tablas que caían desmenuzadas por los peldaños. Ellos son, dijo Vásquez, mostrando a los presos y sintieron el silencio. Ahí ya no cabía la esperanza ni la fuga, ni siquiera el minuto para respirar profundo o descansar sentado en los muebles, en los montones de cuerdas o de armas, en los sacos de maíz, de trigo, de frutas frescas y húmedas que se acercaban a oler ansiosos, todo eso, de todas maneras, era un alivio, un alivio que las carretas siguieran adelante y que no se detuvieran y que fueran tantas, unas treinta, unas cuarenta, o quizá más, eso era una buena y prometedora señal, señal de que nos iremos pronto, esta misma noche, de que nos irá muy bien. El padre Carvajal tenía una mantilla, un paramento, envuelto en la garganta, como una bufanda, tiritaba de coraje o de frío, miró a los prisioneros con conmiseración y, al mismo tiempo, con desmedido orgullo, con evidente y marcado amor al prójimo y a la bienaventuranza, el amor de Dios por el medio de la tierra, chorreando por el palo de la horca como un sudor, el sudor de Dios humedeciendo esta carne que va a sufrir, corriendo con fuerza impetuosa y ciega, un terrible amor primitivo y grosero, desmesurado y salvaje, un amor desbordado, un río desbordado que arrebataba infantes, indios espantosos recién paridos, soldados imberbes, gente inocente, lo que era peor, gente ignorante, las arrebataba de un solo golpe y los echaba al medio de la corriente y seguía impetuoso, desatado hacia la lejanía, hacia el porvenir, hacia la bienaventuranza y el amor al prójimo, cuando ya no tengamos que matar a nadie ni asaltar ni saquear las camas de nadie y el fraile al medio bogando en sus oraciones, humeando palabrotas como un incensario monstruoso vivo y descarnado, frío, sólo inteligente, sólo ligeramente inteligente, sin corazón, sólo con lengua, con lengua extraña, amarrada a algunos muertos, a algunos maderos empapados o húmedos, da lo mismo, los maderos de la cruz, de la ventana, de la mesa y la silla donde sufren y se gastan los cristianos, amén, amén, dijo y los iba empujando en dirección a Vásquez, pues Vásquez se había apartado de ellos y se había acercado a él, a Prado, a ti, Juan, tú eres la justicia, es decir el castigo, es decir la venganza, es decir el terror, el arcabuz, la cuerda, eres un atado de cuerdas, Juan, todavía nuevo, todavía sin uso ni costumbre, luego te van a desatar en España, en los Reyes, el rey, el virrey, la audiencia, te cogen por las manos y te lanzan por lo alto hacia América, hacia las sierras de Tucumán, por ejemplo, buscando pescuezos, algunos pescuezos que se levantan para salir de la tierra, como se levantan los pajaritos en el nido cuando no

está el padre ni la madre y llega el crepúsculo y vuelan alas en él, eso eres, Juan, también un fuego, aunque tú mismo te sientes apagado y friolento, quizás enfermo, pues eres la salud, toda la salud, te yergues como una portentosa salud ramificada insuflando el aire español, el aire de las colonias que gimen y sollozan y les enseñas a cantar y a orar y a hacer cruces y telarañas y a tener un nuevo terror, kyrie eleison, a rogar a Dios padre y a su pobrecito hijo enfermo del pecho que trabajaba en la sal y en el barro y salieron maderos de la tierra y fue cruzando en ellos para que se secara, te alzas tú y ellos tosen de miedo, transpiran de puro enfermos y se funden en el fondo de sus rejas, de sus cuevas, de su barro para preguntarte ¿cuándo?, ¿mañana?, ¿cuándo?, ¿hoy? ¿Cuándo?, ¿esta noche?, ¿cuándo?, ¿antes que salga la luna?, ¿cuándo?, ¿después?, lo empujó en dirección a él mismo y lo miraba mientras lo empujaba para maldecirlo de un modo nuevo, para significarle yo me quedo para cavar la tierra como la cavaste tú cuando tenías miedo, contando las palas, las picas, los azadones, buscando los hoyos, la zanja que estaba abandonada desde la noche antes, cuando sintieron los caballos del don Francisco para decirle, ustedes se quedan, señor, yo me quedo, ya cogí la pala, alzaba la pala y se la mostraba, se la mostraba sonriendo siniestro para decir que él cavaría tumbas para algunos viejos o algunos heridos. Lo veía dormido en la costa de España, en la arena rubia, bajo la luna nublada, estaba vestido, la sotana era agitada por el aire salino que soplaba desde las tiendas de los moros o los salteadores de Chile, tenía la cabeza apoyada en un montón de palas y el rostro sonriente, no estaría dormido del todo y sabría que lo estaba mirando y cuando estuvo frente a él Antón de Luna, él abrió la boca para hablarle algo, para decirle buenas noches, Antón, cómo te va, Antón, cómo dormiste, mira la noche, la ciudad despaciosa, está un poco decaída, un poco en ruinas, no estamos nada de tranquilos, estamos enfermos de los nervios y nos estamos llevando nuestras cosas, unos pocos maderos, unos pocos adobes, algunos muebles, los perros, los caballos, que lástima, Antón, el viejo estaba enteramente amarrado, amarrado desde la cintura con veinte vueltas, con cincuenta, con quinientas vueltas de cuerda y el rostro lo tenía congestionado y la barba revuelta y sucia, despeinada y triste, miserables los ojos descoloridos que alguna vez habían sido celestes o azules, pero que ahora sólo retenían un resplandor leve de cielo invernal, un amanecer mirando lentamente a través de las rejas, del agua que goteaba en el zaguán desde la cocina, desde el excusado donde se quejaba largamente el español, el carcelero, el alguacil,

está enfermo del vientre y se encierra y se queja de nosotros para sufrir, estamos enterrados también y nos quejamos, le duele el vientre, me duele la espalda, Juan se queja y echa un poco de sangre y maldice en la oscuridad, pues se ha tocado la carne adolorida y tiene las manos untadas, grita, se queja despacio, le hablamos suave, le preguntamos sin rencor, como verdaderos hidalgos, como si él fuera el prisionero y nosotros los verdugos, ¿se siente mal, señor, señor, te podemos ayudar o socorrer, sostener por los brazos?, y él no dice ni mierda, se queja largamente y se queja dormido mientras las ratas corren por nuestros borceguíes rotos y muerden las correas y trepan por las calzas rotas, lo sentimos quejarse con somnolencia y gritar órdenes de soldado sano, pedir cuerdas, grillos, grilletes, clamar socorro, quejarse, ay, ay, ay, largamente, un rayo de sol cae desde la oscuridad y él se queja, canta un gallo en el patio de la iglesia, vuelan algunos pájaros, ladra un perro, otro perro hacia el lado del río, y él quejándose del frío, del frío esta vez, solo del frío, sale golpeando la puerta y amarrándose las calzas, inclinado en la penumbra para mirarnos los pies, sólo los pies puede vernos, sólo los borceguíes le interesan, parece que lo tienen obsesionado, si ellos están ahí estamos nosotros, no nos podemos ir sin ellos y cuando nos ahorquen, si nos han de ahorcar, los borceguíes quedarán bailando, ahorcados también y él los podrá ver desde el excusado mientras se aprieta el estómago y chilla con la lipiria y se queja y maldice de Dios padre, del escuálido hijo que se fue crucificado y cuyos pies ve en la lejanía, como verá los pies nuestros a través de la ventana mientras la acequia corre bajo sus nalgas y siente el frío acariciarle el culo y el dolor lo retuerce y mira hacia afuera y nos ve bailando en el aire y dice, ay Dios, ay Dios, ahí están esos perros colgados, esos badulaques que me han tenido despierto tantas noches, ay Juan, ay señor, si pudieran ahorcar su vientre, su dolor de vientre él se sanaría de la disentería, y él mirándolo, llenándosele los ojos de lágrimas que no quería disimular, pues ahora hace falta que se porte un poquito andrógino y tembloroso, le echó la mano por el hombro y le dijo Antón, buenos días, Antón hermano, y el viejo removió el desteñido aire de sus ojos y parecía despertar muy adentro y sacó una voz que tenía asentada en el estómago, enroscada como culebra y le dijo sin conocerlo, sin saludarlo, siguiendo el diálogo de un antiguo odio, tres hermanos dejé en España, uno muerto por los moros, la madre de una fraile en Santo Domingo y el menor que anda en las montañas encargado del santo oficio, ¿cuál de ellos eres tú, señor? Antón, sólo quería saludarte,

acompañarte ahora, dijo él, ahora mismo, ahora que te van a ahorcar ellos, pero ellos dicen que soy yo quien te ahorca, yo que soy España, rey y virrey y real audiencia y santo oficio e inquisidor, yo que estoy tan viejo como tú, tan desilusionado como tú, tan enfermo y tan solo como tú, no tengo hermanos, sólo te tengo a ti, tú y los otros condenados, de alguna manera yo también estoy condenado, sólo quería acompañarte este último día inexplicable, explicó. Ellos me acompañan, dijo el viejo, señalando a los soldados que ya traían la escalera, mostrando las horcas, ahí está mi compañía, eso es cierto, señor, tú me la has dado, tú me acompañas, gracias, señor. Él acercó la mano para decirle algo cariñoso afirmado en su cuerpo, en sus espaldas, en su pecho, en sus pobres brazos inermes y flacos, pero lo empujaron al viejo otra vez y ahora había soldados rodeándolos todos con martillos en las manos, con serruchos, con cuerdas, con montones de cuerdas en las manos, arrastraban por el suelo, iban de puerta a puerta amarrando ventanas, trozos de muebles, patas de sillas reptaban por el suelo y colgaban de los árboles. Había mucha gente en la plaza y la horca apenas podía verse desde el excusado, donde el enfermo del vientre se quejaba malamente noche a noche y ahora también estaría aguardando en la oscuridad, inclinado para quejarse, algunos soldados se reían con disimulo y el padre Carvajal cogido a ellos, a los dos prisioneros, que estaban atados juntos, volvió a decir por los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, los santos evangelios y las santas escrituras y este camino de tierra y de barro en donde voy caminando, este camino roto donde vamos empujados y pensó que, en verdad las cuerdas de las horcas los tenían cogidos a todos, todos estamos condenados a muerte, unos antes, otros después, como las carretas que desfilaban enfilando las sombras, repletas de trozos de escalera, sólo trozos de escalera, para subir a medias, para no llegar, he hecho la mitad de una ciudad y, antes de terminarla, empecé a desclavar las puertas, a descuajar los techos, a descolgar las ventanas. El otro prisionero estaba como refugiado tras Antón del Arco, parecía enfermo y más deshecho que el viejo, aunque era muy joven, debe tener veinticinco años este pobrecillo y está tan enfermo, le silbaba el pecho anoche, tenía fiebre, estaba tendido en tierra respirando con angustia y el viejo velaba su sueño y su fiebre, seguro que no quería dormir por miedo de que los soldados fueran a sacarlo y matarlo enseguida porque el gobernador no quiere enfermos ni heridos, los moribundos se irán de la ciudad, pero no los llevaremos con nosotros, se irán por la tierra como los peces por el mar, se van, se van por los tallos de las flores, por las raíces de

los árboles, trepan apresurados por ellos, con el agua y sin ella, empujados nudo a nudo por la piel del árbol, por la carne y la sangre del árbol, empujados anillo a anillo y sintió apoyarse la escala y sonaba un tambor, sonaba un flautín lúcido y pesaroso y habló Vásquez, habló Vásquez motivos, pequeños minutos de diferencia con el padre Carvajal, todavía no, antes que eso no, decía el padre, y él decía escandalizado antes de qué huevón, y el padre, vuelto a él con condescendencia, casi con lástima y también sólo por compromiso, por señalar fórmulas y rellenar su tiempo con cuarenta y ocho padrenuestros y cuarenta y ocho avemarías y sesenta y dos por el descanso de los fieles difuntos, de estos fieles difuntos que luego estarán y serán y la bendita agua del río, de la lluvia, agua que goteaba en el zaguán desde el piso alto, lluvia que goteaba en la mesa cuando le decía cómo, señor, no escuchas los ruidos, los martillos, los serruchos, están echando abajo la ciudad, no comprendes, señor, señor, de qué los has acusado, preguntó el padre frunciendo el ceño, como deseando recordar la causa del suplicio y que él sólo la había olvidado. Es bien simple, contestó él, bien simple, padre, como tus rezos, como los apólogos del hijo del carpintero, él con una puta hacía una parábola y con un par de ladrones un milagro, padre, padre, estos dos soldados están enfermos, están gastados y viejos, se van a morir aunque no los matemos, pero tenemos que matarlos, pues no los mato yo, los mata el rey, el virrey y Dios también, ellos tienen sangre en las manos. Por qué Dios, por qué los mata Dios, preguntó con inocencia el padre como si no creyera en tanta villanía. Dios y el rey van juntos en la conquista de esta tierra, padre, cabalgan el mismo caballo, cogen al mismo indio, trinchan el mismo trozo de asado, duermen juntos, son hermanos, son más que hermanos, son socios y compinches, han estado juntos en la cárcel y en el hospital, han envejecido juntos, tienen los mismos hijos, los mismos criminales son hijos de ambos, cuando el rey hace justicia y quiebra un gaznate o corta un pescuezo, Dios calla, padre, o reza, por lo menos, ¿o no reza?, preguntó con duda y miedo. ¿Por qué los has acusado y juzgado y sentenciado, señor?, preguntó otra vez el padre. Bástete saber que han sido juzgados y sentenciados, explicó él y se sentía duro, bástete saber que los que mueren y no son juzgados en esta tierra es porque han muerto peleando o han sido asesinados por los de Chile, dijo bajando la voz con intención para que Antón lo oyera, pero el viejo no lo oía ni parecía interesado en oírlo, su alma ya estaba ausente, desprendida del cuerpo, tenía sólo la suficiente fuerza en los ojos para mantenerlos abiertos, alumbrados sólo para

mantener esa corta y desagradable escena. Señor, nos queda poco tiempo, le dijo Vásquez, tomándolo del brazo y mirando a los presos que estaban junto a las horcas, mirándolos como si debieran juntarse a ellos para empezar a caminar, les queda poco tiempo, repitió y alzó el brazo y comenzó a resonar un tambor desordenado, sin ceremonia, sin ritual ni seriedad, pues aún se oían los martillazos que remecían una casa al otro lado de la plaza, donde corrían unos indios portando antorchas. Las llevaban hacia el extremo de la calle, donde se veía correr a los soldados, como si alguien gritara y alborotara y no quisiera firmar, no señor, no firmo, ya no podemos firmar, ya cayeron los brazos, las tinieblas y todos estamos sueltos y perdidos, y la calle está ahora increíblemente despejada de escombros, los soldados se movían pasándose escombros de madera, muebles, sillas, estantes, anaqueles, divanes, cuadros, pilastras, reclinatorios, bancas, algunos muebles cayeron desde lo alto de una casa y chilló un indio, se oyó el lento rodar de las carretas, alguien, en el pescante gritó con una voz grave, de alerta y temor, las ruedas se detuvieron, él caminó un poco acercándose a los cocheros y los caballos, levantó los dos brazos y gritó, gritó algo, pero ellos no le hicieron caso y vio descender una multitud de soldados, de españoles sin armas y con herramientas, con hachas, con palas, con muchas palas, van a cavar con él, pensó, mirando al padre que leía el libro junto a los presos, paseándose triste y teatral entre ellos, pero los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, por este camino en que voy, por este puñado de barro y el perdón de los pecados, ya están perdonados estos pobres infelices, ellos no, nosotros, somos nosotros los que precisamos un centenar de rezos, voces de misericordia, palabras de consuelo y desaliento, amén, amén, vio colgar suelta en el viento la cuerda de las horcas y Antón comenzó a sollozar, sollozaba tranquilamente, como si tuviera mucho tiempo, sin alzar mucho ruido y mucho escándalo, lloraba con dignidad, con dulzura, con malvada unción, para él mismo, para el solo, Antón no lloraba, estaba caído en tierra, botado de rodillas y los soldados lo sujetaban para que no se disolviera enteramente y el padre, agachado hacia él, le echaba un abrazo para sostenerlo, para retenerlo, para retenerlo y que no se le arrancara todavía y leía y declamaba toda la lista de sus pecados y sus penitencias y un soldado en lo alto de la escala empezó a bajar la argolla y él entonces oyó a Antón decir en voz alta, con voz velada por las lágrimas, pero con gesto de cansado reproche y no de queja, en solicitud de amigo, hermano o cómplice y no de señalado y condenado, padre, ya no necesitamos rezos sino horca, padre, es

misericordia ajusticiarnos ahora y no después y comenzó a sollozar abiertamente y él mismo lo empujó hacia la escalera, deseoso de subir con él hasta el fin, de colgarse a su lado para descansar como él en la misma argolla. Por eso lo pide el pobre, por eso, por eso se quiso ir con los de Chile, traicionarnos, matarnos, porque estaba cansado, no por maldad o ambición, sólo por temor a seguir sufriendo, por eso pide ahora, ahora y no después y vio que llegaban a la plaza Martín de Rentería y Antonio Griego y Juan de Humarán, el padre Trueno y el padre Cedrón, todos a caballo, y el padre Trueno y el padre Cedrón dejaron las riendas sueltas y comenzaron a rezar en voz alta y como no se hicieron oír con el ruido de los martillos y el crujir de las carretas y el chisporrotear del fuego al otro lado de las casas, se salieron de la fila, arrastraron los caballos hasta el medio de la plaza y todos juntos empezaron a gritar sus rezos, sus obras de misericordia para ayudar a bien morir al asesino y al ladrón, al salteador y al explotador de mujeres, a la puta y al hijo de la puta, al que robó a su madre y vició a su hermana, al que quitó las sábanas al moribundo y las vendas, el yodo y la pomada al herido, al que robó la muleta al cojo y lo empujaba y el perro al ciego y lo empujaba, a todos ellos infelices, a todos estos desalmados badulaques, señor Dios, señor Dios de asesinos y de santos, de vírgenes y cabrones, de inocentes llenos de sangre, de tiranos llenos de sangre, perdón, perdón, perdón, señor, danos una pala y un par de labios para enterrar al asesino y al asesinado, al limpio y al traidor, al herido, al envenenado, al que mató a su amante y al que se mató cuando su amante lo dejó, señor Dios, señor Dios, señor del gitano y del guardador de cerdos, señor de blancos y de negros, de indios y de europeos, de libres y de encadenados, señor de ojos y de manos, señor Dios misericordioso de Alonso de Arco y de Antón de Luna, perdónalos a ellos, a los ahorcados, y a los que ahorcan, están todos sanos y enfermos, todos sanos y heridos, todos sanos y moribundos, oh Dios de sanos y de enfermos, danos un par de brazos, un par de labios mientras suben la escala, oh Dios, danos una pala y un metro de tierra. Él alzó la cara para rezar también y los sintió sollozar y estaba junto a Vásquez, que ya había cogido su caballo y le traía el suyo y las antorchas iluminaban el recinto y corrían los perros sueltos por la plaza y se acercaban a oler los borceguíes. Y él mirando los borceguíes, montó también y como los soldados y el alguacil y el alcalde lo miraban con condescendencia, ya está hecho, dijo, y recogió las riendas y el caballo torció el pescuezo y salió al trote y tras él Vásquez y Guevara y Martín de Rentería y soldados y

españoles y perros y caballos y ruidos de carretas, olor de ropa de españoles muertos, de españoles vivos, de españoles que reían o hablaban o se atemorizaban y de otros que ya no reían ni hablaban, ya no se atemorizaban, sólo temblaban y miraban el vacío. Y él vio a Antón mirándolo a través de los barrotes, como la noche antes y él gritaba alguacil, eh alguacil, y Alonso, enfermo ya y sollozando de dolor y fiebre, se afirmó en los palos de la escalera y no quería o no podía subir y lo empujaron unos soldados con los cañones y el padre Carvajal gritó villanos, mal villanos, y después se quedaba callado, bajó la voz y dijo Dios mío, Dios mío, dale la mano para que suba a ti, solo a ti, Alonso, en lo alto de horca están Cristo y su padre, ten confianza, ten fe, ten esperanza, hermano mío, sólo trece escalones, los contó este fraile endemoniado, y sintió los cascos del caballo golpear las tablas y dijo si no lo hacemos todo esta noche ya no volveremos y tuvo miedo y sintió tras él sonar la escalera azotada por la cuerda, escuchó un grito de terror o de extrañeza, sonó otra vez la escalera, azotada con furia, con impaciencia y después el silencio, el silencio metiéndose por las bocas y las manos, echando al suelo los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos, aplastando suavemente las ruedas, hundiendo el barro y llenando la plaza, alzándose sobre ella, borrándola y la voz del padre Carvajal llenando lentamente el vacío, oh Dios, oh padre, padre mío, no los dejes, tómalos, recógelos, los soldados y el capitán Vásquez, el capitán Guevara, torcieron la cara para mirar el suelo, pero él no quiso hacerlo, tenía la garganta impregnada en un fuego tenue y apretó los borceguíes en los costados del caballo, como empujado hacia abajo, contento, seguro de sí, trotó ligero, mientras el viento azotaba las casas, los techos desclavados de las casas y alcanzó las carretas. Iban hundidas ya en plena oscuridad, sentía el viento cargado de perfumes de flores y de hierbas, olores libres sin humo, sin disparos, sin gritos, sin quejas y pegó el caballo a la carreta y trotó despacio a su lado, metiendo su mano entre los muebles, cogiendo la orilla de una mesa, las botas, el curso de un borceguí, las hojitas secas de un macetero, el bordado viejo de una cuja que colgaba suelto y distante y se sintió seguro y respiraba agarrado a la madera.

SEGUNDO TRASLADO

Dos, tres días, cuatro días tal vez, ¿quién podía decirlo? No recordaba ni le interesaba a ninguno de sus tenientes y capitanes cuánto tiempo caminaron, cuántas veces, en medio del sueño y del cansancio y del desaliento corrieron a sujetar unas cuerdas, a recoger unos muebles, alguna silla, un par de borceguíes, una puerta violentamente nueva y hermosa que se desprendía y bamboleaba en la oscuridad, crujían los ejes, las ruedas se hundían blandamente en el barro, relinchaban los caballos, mugían los bueyes, no sólo los que arrastraban las carretas sino los que venían detrás, desperdigados en la sombra, ocultos en los matorrales, deslizándose a través de los pantanos, bramando de terror en los precipicios, sentían los gritos de los indios recogiendo macetas con flores, alzando las tablas nuevas de un trozo de techo, media docena de calzas flamantes y endurecidas, empapadas con la neblina, estaban agachados en el suelo, barriéndolo con la luz de las antorchas para recoger todo, hasta los puntos de encaje de una camisa, hasta unas cartas de naipe, pues adivinaban cierta inútil pasión, cierta terrible maldición en llevarlo todo ahora, en vaciarlo todo ahora y no perder nada por el camino, sentían ladrar angustiado a un perro y echaban los caballos contra los matorrales, sacudiendo el hielo pegado a ellos, llamando al perro en la oscuridad, llamándolos con angustia, como si ellos, más que él, fueran el perdido y el desesperado, sudaban un sudor frío, se miraban con miedo oteando el horizonte en el que flotaban flecos de nubes heladas, restos de humos de incendios o de neblinas, en la oscuridad graznaban pájaros, pasaban cerca de ellos, caían rectos hacia sus barbas y narices, dormitaban en la silla del caballo, sintiendo crujir solemne y suave las carretas, comprendiendo que allí iban ellas, los muebles, ah, las puertas, las ventanas, la ciudad, nos fuimos del todo, nos estamos yendo y la angustia se les agarraba al pecho y echaban las piernas en tierra y recogían las sillas, los bueyes huían despavoridos arrastrando las ruedas hacia el borde de las sierras. Los miraron huir con los hocicos llenos de

baba, los ojos desorbitados y tranquilos, como ignorantes y torpes, sin saber cómo afrontar la muerte y la desesperación, vieron saltar las maderas, volar las puertas y las ventanas, las ropas blancas cayeron en cascada desde unos canastos y debajo de ellas rodaron por el suelo unos panes y tintinearon unas cucharas, unos cuchillos, una cazuela rodó en la oscuridad, la sintieron golpear las piedras y un indio, aplastado por la ropa o por el miedo o por la oscuridad, reía sarcástico o lloraba de terror o extrañeza, una cuerda vibró en el aire sobre las lonas, sintieron el viento y envueltos en él los hocicos de los bueyes que huían blandamente, vieron fugazmente la inmensa mole coronada de patas de silla, de esquinas de puertas y ventanas, la cornisa rubia de una marquesina, la arboladura de una cuja o de una cubierta de altar, golpearse en las rocas y precipitarse hacia abajo y el bramido de los bueyes desmenuzarse en la oscuridad. Los caballos estaban ramoneando la hierba a dos pasos, apartados de ellos, ignorándolos, en otro mundo, en los Reyes, en Algeciras, en una asoleada cuadra de Flandes o los Apeninos, los indios alborotaban en la oscuridad, vio encender una fogata, corrían más soldados por la tierra, forcejeaban con unas cuerdas, amarrando algunos muebles, azotando con furia a una yunta de bueyes. Las carretas crujieron otra vez, se movieron y alguien exclamó en la oscuridad, con voz doliente y sin embargo alegre de tener una extraña ocurrencia, de hacer una encantadora sugestión, un doloroso ruego, si nos volvemos mejor. Él no tornó la cabeza para buscar esa voz, pero las palabras vibraron en sus oídos y lo despertaron trayéndolo a la realidad y a su soledad, miró la silla caída en tierra, las sábanas que nadie había recogido, apretó las riendas y, lentamente, para que lo miraran y sintieran, bajó del caballo, vio brillar las patas de la silla en la oscuridad y caminó hacia ella, la cogió y vio que había otra, otras más, todas en filas, puestas de pie o volcadas, volcadas por el terror o la ventolera, por la urgencia del terror o la ventolera, las reunió una a una y comprendió que no podría llevarlas todas, llamó a alguien, Bautista, Alcántara, Rentería, Griego, Griego, cogió un par de respaldos y amarrándolos los sujetó en la montura del caballo, el caballo estaba quieto, aguardando, torciendo la cabeza para escuchar ruidos extraños o sus propias palabras, deseaba que le dijera algo, tal vez, para que no supiera que estaba solo, que él lo comprendía y ayudaba, ahora lo estaba aguardando, caminó por la oscuridad y recogió las sábanas, que estaban amarradas, amarrado a ellas un lejano y europeo olor a alcoba, a tranquilidad, a conversaciones familiares y repentinos duelos o pasiones secretas o conventuales,

hundió la cara y sintió bramar a los bueyes, correr los caballos por su cara, a Guevara que lo llamaba, se agachó para recoger más ropas, mientras el ruido de las carretas estaba distante y sólo caballos sin jinete se deslizaban misteriosos en la oscuridad, alguien arrastraba unas cuerdas, vio los borceguíes, las ropas que brillaban blancas en la tierra, dejó caer las sábanas en la montura, montó en silencio y el caballo partió sin que él lo espoleara. Todavía andaban soldados por el campo, arrastrando muebles, molduras, trozos de balcones, unas herramientas, y él comprendía que hacían eso porque no podrían dejar de hacerlo ya, era el ritual, el símbolo, el movimiento con que se ataban, como él todavía, a la vida, no era sólo llevar tablas rotas, azotadas, golpeadas puertas que tal vez no servirían y que morirían arrumbadas bajo la lluvia o que arderían una noche de cierzo o de batalla en un rincón ignorado, no, no era bajarse en la oscuridad a recoger una mesita enana, unas sillas increíblemente despojadas, deshumanizadas, abandonadas, que ya han perdido su utilidad y el origen de su destino o de su creación, unas sillas para colocar cuidadosamente las nalgas en ellas, para doblarse ridículamente y descansar obsceno, no, sillas no, sillas no, es divertido y trágico traer sillas a la conquista, disolverse en la silla para suplicar a los amotinados o para aguardar que los indios vengan a meterse en el cañón del mosquete o del arcabuz, no, ni siquiera por mirar este artefacto, grotesco, patiabierto y duro, casi sexualmente burlesco que es la silla, no obstante, al verlas caer desde lo alto y quedar tiradas, ingenuas y desamparadas, había sentido un golpe de ternura, un deseo de sollozar o gritar hacia el fondo del horizonte donde habían quedado las casas, la ciudad despojada y desfigurada cuya carne llevaban con ellos, sumida en el fondo de las carretas, empujada contra los ejes, amarrada en la grupa de los caballos y en la espalda de los indios, la hemos destrozado y va con nosotros, como un cuerpo noble, envejecido, acostumbrado al sufrimiento, que ya no se queja porque él está ahora al otro lado de los quejidos, tenemos que rehacerlo, Juan, tenemos que llevarlo entero, completo, hay que descender hasta el fondo, tocar el fondo, sus huesos, los restos de su sangre, su respirar tibio inmensamente fiel y confiado, hundía sus manos en las sábanas bajando la cabeza para oler aquel extraño y recordado olor europeo apegado a sus fibras, olor de mujeres limpias y suaves, olor de cuerpos deseados y escurridizos, de maravillosos muslos femeninos que se quedaron temblando levemente cuando nos vinimos remando con los galeones, la sábana estaba llena de labios, de la carne de los labios y del respirar de unas narices asustadas,

entreabiertas bajo el pelo, sentía el pelo confundirse con el suyo, el suyo era delgado y crespo, descolorido y triste, empapado de sangre, en sudores, en tierra, en gritos, en humo, en humo, en humo, en humeadas tensas y solapadas, los cabellos que se entretejían en las sábanas eran rubios, dolientes, empapados en lágrimas o en respiraciones, en las flores del mes de abril y mayo, los primeros calores delgados de junio allá en la llanura meridional, Dios mío, cómo se llamaba ese pueblito, el viento soplaba desde abajo, se metían entre los tiestos de las flores, ascendía por las paredes de los balcones, remecía las balaustradas y agitaba con dulzura la hoja de la ventana, hundió la cara en las sábanas. Se quedó adormilado sintiendo el frío envolverle el pescuezo y comprendiendo que el caballo estaba tenso aguardando que él moviera las manos, el camino estaba iluminado por esa luz espectral que caía de la ropa blanca, Guevara llevaba arrastrando unas sábanas, como si vinieran de robar el santo sepulcro y tornar vencedores de las cruzadas, sentía que reía gozosamente para sí solo en la oscuridad mirándolo con comprensión y un poco de desprecio, alzó la ropa sobre la cabeza del caballo y las llevó hasta su propio pecho para taparse con ella, son las sábanas, las sábanas, decía, esto es la ciudad o un mesón o una casa de juerga en Cádiz o Badajoz, hemos traído los dormitorios, señor, bastante ropa para tapar y esconder nuestros deseos, para abrigar nuestros pecados putrefactos, nos hacen falta algunos hombres estupendos, el temblar radioso de unas espaldas púdicas, su majestad el rey debió enviarnos algunos muslos que no fueran indios, sólo tenemos la empuñadura de la espada para agarrar las manos en ella, sólo pasión de odio para conquistar cosas, tierra, oro, gloria, gritos, quejas tenemos señor, dijo bajando la voz, ¿se acuerda del olor de la gitana que descubrimos aquella noche en las lonas del don Francisco?, él se afirma en ella, en esa vulva, en ese útero ensoñado y corre poseído por esa huella, conquista tierra para el rey, roba ciudades para el rey, es más robusto que nosotros, es más optimista y seguro de sí que nosotros, que estamos completamente solos, abandonados, y nos hemos quedado sin calles, sin plazas, sin techos, dejamos las paredes tiradas lejos, no nos trajimos los árboles ni el agua, ni el rumor del río, ni los llantos de los heridos y moribundos, tampoco el terror de los traicionados y vencidos, los gritos de auxilio y odio y esperanza y desesperanza, señor, debimos traer a los ahorcados, debimos traerlos sentenciados, sin ajusticiarlos, amarrados si quieres, colgados en cruz si querías, ahora nos hacen falta gritos de terror, ya que no de pasión, suspiros

de soledad y muerte, ya que no de pasión, un par de brazos que nos abracen y no que nos degüellen o acogoten, señor, qué solos estamos a pesar de estar juntos. ¿Estamos juntos, Juan?, preguntó él con delicadeza y miedo, se sentía desamparado y triste, hundiendo, como el otro, sus manos en las sábanas, mientras el caballo caminaba adormilado siguiendo la luz de las carretas que oscilaba en la oscuridad entre los gritos destemplados de los boyeros y los alertas asustados de los jinetes. Cuando vamos adelante no estamos tan solos, el caminante, el soldado que peregrina en busca de tierra de asilo, de conquista, de esperanza o muerte, no es un desamparado, el desamparado es el muerto, el herido, el derrotado, no estamos derrotados, hemos sido capaces de destruir la ciudad que amábamos para reconstruirla de nuevo con mayor fuerza, este trabajo es nuestro triunfo, ¿o no?, dijo con duda, al coger las palas y los serruchos, estábamos despedazando nuestras esperanzas, nuestra verdadera paz, por eso trajimos tantas sillas, por eso hemos hecho tantas sillas en la ciudad, y eso fue un error y una cobardía, la silla es un artefacto cruel y grotesco, un invento de cobardes y desmayados, no debimos permitir que los carpinteros dibujaran sillas y sillones, tapices y divanes en que descansar los huesos y la cintura, donde arrojar los riñones, las faldas, las faldetas, las rodilleras, la espalda, el espaldar, oh, don Juan, ¿no comprende?, no podemos sentarnos, si nos sentamos nos quedamos dormidos y el dormido es la mitad de un hombre, un ser que se desarma y se quiebra, abre su corazón, entrega su oreja, su espada renuncia a vivir. Oh, dijo Guevara, el dormido sueña también y el sueño es un bonito descanso, casi un alimento. Estamos viviendo un sueño, dijo él con firmeza, sospechando que tenía razón al decirlo, pero no tenemos derecho de soñarlo, sino de vivirlo, y lo que estamos haciendo, llevando la ciudad con nosotros, aunque no llevemos su calles ni sus plazas, es acto de seres fabulosamente prácticos, no de soñadores, de hombres de acción, no de lunáticos, pusilánimes, locos y acobardados, no llevamos las calles porque están en nosotros, somos una calle, un camino real, somos un arcabuz y un hacha que salieron disparados desde Cádiz, de puerto de Palos, de Veracruz, del Cuzco, estamos volteando gente y levantando un mundo, somos seres pletóricos, monstruosos, sin entrañas, sin corazón, seres que no tienen derecho a tener lágrimas, sino ojos, ojos no para buscar pechos de hembras, sino pechos de enemigos, para escuchar no palabras de ensueño o gloria, no vamos a soñar con la gloria, la estamos haciendo, Juan, ella es nuestro sudor, y esto vale aunque muramos antes de lograrlo, aunque nos

despeñemos con las carretas y los bueyes y los caballos y los perros y las ventanas y las puertas y las sábanas y los borceguíes y un puñado de trigo y un cántaro flaco de vino, aunque nos perdamos y desnuquemos y no tornemos a construir murallas y hundir puertas y ventanas en ellas, ya habremos logrado algo grande, aunque nadie lo vea, ni siquiera nosotros, hasta en el desaparecimiento hay cierta grandeza, llevamos el ruido con nosotros, los disparos, los ayes, las quejas, el humo, la algarabía de la sorpresa y la derrota, pero también el silencio, el silencio que nos sigue, como nos sigue el ganado, para envolvernos en él si nos quedamos sentados mirando hacia los Reyes sin tornar a hacer nada, no tenemos derecho a suspirar, sólo a respirar hondo, a desnudar las espaldas y a desclavar las palas del fondo del barro para sacar chorreando la ciudad, la sacaremos, Juan, la sacaremos de la profundidad. Apretó las piernas a las verijas del caballo y los dos salieron al galope y algunos rostros los miraban en la oscuridad iluminados por la sorpresa y la desconfianza. Dos, tres, cuatro días, tal vez siete noches, siete madrugadas, los vieron pasar sobre los caballos, desfallecer tendidos en ellos, apegados a sus pescuezos, mientras los borceguíes les helaban las piernas y veían en el fondo de las cuevas brillar las fogatas y alborotar las voces alegres de los soldados. Se ríen todavía, decía escuchándolos, contento de que así fuera, entonces no estamos equivocados ni perdidos, se ríen, tienen fuerzas para reírse, pensaba dormitando, sintiendo el hielo aprensarse en sus sienes, en sus labios, cuántos días más, cuántos días, mirando la oscuridad plomiza que los rodeaba, los perros ladraban perdidos en la niebla y lejos, muy lejos, en el fondo de la hondonada, relinchaba una manada de caballos, él alzaba la cabeza para mirar y veía moverse a su lado la sotana del padre Cedrón, estaba junto a él, mirándolo conmiserativo, estaré enfermo, me iré a morir, estaré tal vez herido, se habrán sublevado Sebastián Mateos, Santos Velásquez, Cristóbal Pereira, habrán herido a Vásquez, a Guevara, miraba la sotana sucia y deseaba mover la mano para cogerla, para que comprendieran que estaba con vida, sólo cansado, sólo estoy muy cansado, respiraba con angustia y sentía el aire seco y agradable que olía a hierbas y a flores nuevas, los habrán muerto o secuestrado, los tendrán amarrados y me lo vienen a decir, se movía un poco, la sotana del padre Cedrón se movía y se iba corriendo, para sentir agua o el santísimo o una maldita alba y paramentos y casulla, todo eso que viene enredado con los botijos del vino, los trozos de carne salada y los faldequines del hidalgo, cual hidalgo, cual hidalgo pálido y orgulloso, el padre Cedrón iba

lejos, veía él flotar su sotana a la luz de las fogatas, los soldados reían junto a las rocas, se estaban alimentando de escuálidos recuerdos, aventuras salientes entre los aztecas, episodios trágicos de Arequipa, lindas sus calles estrechas y silenciosas, sus portales demasiado blancos, como tornándose crueles y agónicos, recordaba haber estado una tarde en el mercado comprando telas, géneros de seda para la saya de una mujer, ¿para qué mujer, Juan, a quién conociste, qué ojos negros te prendaron?, y sabían que estaban en alguna parte mirándolo desaparecer embozado, mirando la calle envuelta en el resplandor tembloroso de las luces del puerto, esperando que él caminara en la calle hacia ella, desciñendo el cinturón mientras caminaba y ahora corría, corría desde que doblaba la esquina y empezaba a bajar y veía los rostros escondidos tras las rejas y había muselinas, velos, perfumes, trenzas negras o rojas y flores en ellas, loros saltando tras las ventanas, hablando con repentina sorna, diciendo ordenadas palabras huecas o amenazadoras, tristes trozos de cartas, sentía calor y llevaba el cinturón en la mano y la espada golpeaba contra las paredes y pasaban unas llamas cargadas y los indios aplastados lo miraban distante y sentía el olor del almizcle, las campanas de la iglesia agitadas con escándalo, las indias medrosas corrían por la nave desierta y abrían sus brazos medrosos, como sus piernas, decía despacito, con acritud, con desamparo, Asunción, Paquita, Angustias, el zaguán estaba oscuro y sentía el perfume de las flores vagas por la casa y dentro sonaban risas, risas alegres, demasiado confiadas y llegaba hasta ahí el ruido del puerto, el azotar del agua contra los pretiles, ahora se sonríen y recuerdan, decía mirando sus rostros curtidos y sensuales reflejarse en las luces intermitentes que brotaban del suelo, veía las manos delgadas agarradas a los naipes, se estaban sacando la suerte, buscando el destino, la copa llena de oro, el hombre lleno de presagios, y sentía el frío y el padre Cedrón venía ahora calle abajo, paso a paso, caminando quedo, con desgana, con desaliento, se le olvidó, se volvió loco o calenturiento, estoy enfermo, tengo sed, tengo frío, el hielo se apegaba a su barba y le cerraba los labios, el padre Cedrón estaba a diez pasos mirándolo, va a venir a semblantearme otra vez, a mirarme en silencio, lleno él de muerte, de rezos para que descansen las almas de los pobrecitos difuntos, y movía una pierna, la sentía moverse inmensa y vibrar entre las luces y el padre Cedrón estaba siempre de pie y tras él relinchaban los caballos, ladraba un perro, dos perros, tres perros, son tres perros, decía para sí, contándolos lentamente, tirado en tierra, los ojos abiertos, despavoridos, lleno

de sospechas, de desconfianza y duda, lo vio acercarse a los soldados, se puso en cuclillas notoriamente, se arremangó la sotana y cogió unas cartas para barajar la muerte de todos, la muerte de todos, él la tiene en sus manos, mi muerte, es mi muerte, la va a sacar ahora, fraile conchudo, no quiero morir, no puedo morir, me traje las puertas y las ventanas, soy débil y robusto al mismo tiempo, sé lo que hago, lo que estoy haciendo, y el padre Cedrón reía con malignidad, barajó las cartas sin apurarse, él veía sus manos grandotas y torpes, desagradables y asquerosas, manosear las cartas untadas, equivocarse para ponerlo más nervioso y lo vio reír feamente para mirar bien y no equivocarse ahora y los soldados lo miraban expectantes, asustados o desesperanzados, y el padre Cedrón alzó una carta del mazo, como hace con el santísimo en el altar este cura condenado, una vez apuñaleó a un soldado y en seguida rezó sobre él, rezó con horror, lo vio reírse y golpearse las nalgas con escándalo, se subió la sotana y se acarició suavemente otra vez los muslos, se puso de pie muy serio y trágico, casi hostil, los soldados también se pusieron de pie en silencio y se apartaron un poco, el padre Cedrón estaba solo junto al fuego, apegado a él para quemarse, su silueta se veía ridícula y familiar, llena de poder y de maldad, estaba a diez pasos de él, veía brillar sus escarpines mundanos, no podía verle sino la mitad del cuerpo y los soldados ya no estaban ahí, habían desaparecido tras los caballos, entre los matorrales, los sentía moverse con susurro, sin desear hacer mucho ruido, alguien pisó unos arcabuces, se sintió el ruido cuando caminaban sobre las tablas y el padre Cedrón se tornó con amenaza, él lo estaba mirando afirmado en él, quería llamarlo, pero no se atrevía, deseaba que el padre, no obstante, se fijara en él y viera que estaba vivo, no estoy enfermo, sólo cansado, sentía el cansancio apegado a sus piernas, a su espalda, como trozos tenues de puertas, de ventanas, yo soy la ciudad, por eso la traje conmigo, sentía la garganta abrasada por la sed, él debe comprenderlo, es hombre bueno y cristiano, trae a Cristo en sus manos como yo las maderas, se sacudió los borceguíes para hacer ruido, pero el padre no se movió, estaba aguardando que él se moviera y fuera caminando hacia él, indudablemente eso esperaba, se puso, pues, de pie, en la oscuridad algunos rostros lo miraban, vio a los caballos dormidos junto al fuego, a los soldados hundir sus cabezas, también dormidas, entre las crines, los perros, botados sobre sus patas delanteras, miraban las llamas con el hocico abierto, el viento rumoreaba lejos, entre los árboles, el cielo estaba alto y descolorido, sonaba vacío y solitario, hacia el oeste algunas montañas se

divisaban en la bruma, brillaban algunas estrellas heladas y primitivas. El padre Cedrón le hizo un gesto con la mano y él se acercó cojeando, mirándolo con dificultad, pues hacía frío y tenía la cara entumecida y dura, el padre Cedrón mostró la fogata. Es un hermoso fuego, dijo, y mirándolo más, ¿estás enfermo, Juan? No más que otros, no más que usted, padre, no más que los muertos y heridos, todos tenemos la misma enfermedad, y miraba el fuego esponjado y silencioso, que los miraba aguardando que se sentaran junto a él, tan seguro de su luz y de su fuerza, una fuerza contenida y potente, descansada y no por ello menos peligrosa. Todos tenemos la misma enfermedad, padre. ¿Cristo no está enfermo de ella también? ¿No es ésa su gracia y su inmensa fuerza? ¿No es un enfermo entre enfermos y un loco entre iluminados, no es un vividor entre prostitutas y entre borrachos no troca el agua en vino para proseguir la fiesta, la lujuria y después la terrible hora de la muerte? ¿No es Jesús un extraño y poderoso aventurero y un oportunista, a pesar de que era débil y no tenía pulmones robustos? El padre Cedrón rió alegremente y lo miraba, sí, estamos enfermos y nos mandan a las Indias para curarnos, nuestros doctores no extienden otra receta, nos envían a viajar en cuarentena, pagando el alojamiento y la vida con desaliento y luchas y traiciones y desfallecimientos y muerte. También vida, gritó él de pronto, con tumultuoso miedo, como si el padre Cedrón no debiera haber dicho eso. También con vida, señor, y eso es lo maravilloso, para eso hemos venido, aunque muramos, nuestros doctores son sabios, viejos, de experiencia, saben que somos seres de mala salud y ambiciosos y nos meten en los borceguíes el gusanito del viaje, nos meten en la espalda el gusano de la aventura, que es siempre sangrienta y por eso fantástica y tentadora, mataré y no me matarán, pensamos, de vida, de vida y no de muerte, la conquista es una hermosa fiebre, una maravillosa derrota, tiene razón, Jesús fue un gran aventurero y helo ahora entre nosotros, lo he visto trabajando en las zanjas, metido en el barro, echando la pala en la oscuridad y mirándome fijamente, con un poquito de odio.

Jesús era un apasionado, dijo el padre revolviendo con la punta del borceguí el fuego y haciendo surgir una violenta y corta llama, lo que él hizo la pasión de él lo hizo y él estaría entonces como adormilado. Envidiamos a veces su sufrimiento, su conmovedora inútil hazaña, sus cuentos, esa biografía de su tiempo que salía de sus labios, sus milagros, sus breves alegrías y risas y fiestas y esa capacidad para apartar miedos y amores como apartó las aguas y caminó sobre ellas y lo envidiamos sólo por esa pequeña cosa,

porque no somos capaces de hacer como él, dijo con desaliento. ¿Cómo señor?, criticó el padre con áspera dulzura, Jesús creó un mundo y nosotros estamos creando otro tan nuevo y legítimo como el suyo, llevándolo en las espaldas, esto es también increíble y fantástico y largo y fácil como una parábola. No sé si me gusta, dijo él para sí, recordando algo, deseando explicar alguna cosa que se le iba. ¿Qué no te gusta, señor?, preguntó en voz baja el padre. Todo esto, dijo mostrando el fuego, la noche, las carretas detenidas, mirando al padre con deseos de que le explicara. ¿Estarás arrepentido de haber sido cruel o injusto con algunos, con alguien en particular? ¿Amabas a Antón de Luna, tal vez? Yo no amo a nadie, padre, no puedo amar sino a la ciudad, por eso la traje conmigo, por eso habré sido cruel e injusto con mis amigos y mis enemigos, tampoco sé todavía si la quiero a ella, sus casas rotas, sus puertas y ventanas aventadas por el demonio y por nosotros, no sé si he hecho bien o mal en derribarla y traerla amarrada con nosotros. Lo has hecho bastante bien hasta ahora porque lo deseabas con ansia, con pasión, como deseó Cristo su proceso y su muerte y pudo sufrir de un modo maravilloso, quizás a veces demasiado perfecto. Jesús fue echado al mundo para sufrir y también para salvarse, dijo él, sabía que sería crucificado y no quería perder su destino, era un ambicioso, un formidable egoísta, tenía miedo, miedo de que otro fuera crucificado por él, Barrabás tal vez o tal vez Dimas, entonces los amaba y odiaba, quería ser él solo el elegido, el sacrificado, por supuesto para salvar el mundo, como decía él o lo creía, pero también porque se había formado un ensueño inmenso de su sufrimiento y temía que no le dieran oportunidad y tiempo para cumplir todo su horror, por eso fue insolente y descomedido con Poncio Pilatos y con Caifás, porque quería asegurar su abyección, que era, sólo él lo sabía, aunque lo presintió Pilatos, su triunfo definitivo y su gloria. Pilatos era un hombre débil pero inteligente, dijo para sí, mirándolo en la oscuridad, en el fondo del dormitorio, desde hacía miles de años, enjugándose lentamente las manos con una toalla. Era un hombre triste, mucho más triste e inútil que Jesús, era un funcionario que no mereció serlo, él debió ser el biógrafo de Jesús, él lo comprendió más que ninguno, pero no se atrevió a decirlo, no se atrevió a hacer nada para liberarlo, no sólo por orgullo o por salvar el imperio y su propio porvenir de delegado del César, sino que con evidente miedo y horror de ese acusado enjuto, de la inmensa soledad que fluía de sus vestiduras sucias y desgarradas, del silencio que emanaba de su larga cabellera, porque veía en Jesús a un ser soñador y frágil,

mitad político, mitad embaucador y titiritero, que se le parecía. ¿Y tú ves que se te parece?, preguntó el padre Cedrón con suavidad. ¿Por qué?, dijo él con arrogancia y desmedida molestia. Porque sabes que va contigo, con nosotros, ¿no duerme acurrucado en las carretas, junto a los montones húmedos de tablas y de ropas? ¿No lo ves reunido junto a los soldados, echando una naipada y soñando con la cruz, con el mar de Tiberíades, con las fugitivas manos y las fugitivas piernas de María Magdalena? ¿No dices que lo ves todo el tiempo trabajando a tu lado, hundido en el barro? Ustedes, más que yo, lo han traído a las Indias, dijo él, la cruz ha marchado siempre junto a nuestras banderas, apoyada en versículos y parábolas y mandamientos y rostros malditos de apóstoles y santos resecos del desierto hemos abierto nuestro camino hacia la garganta de los indios, hasta su apartado idilio, hemos reventado en su siesta para despertarlos, padre, en nuestro odio ha interrumpido la voz siniestra, llena de soberbia, de Dios, más que de Dios de su hijo, el pobre hijo del carpintero, porque él era un hombre como nosotros, conoció las herramientas del trabajo y del suplicio, el martillo sirve para clavar una puerta o una mano, la sierra desgarra un árbol o un ser humano, un gastado hombre europeo o el habitante de un mundo nuevo y sin uso, han dicho que la guerra y la conquista que eran cosas del hombre eran también negocios de Dios y por eso lo han enviado delante de nosotros, de nuestros cañones y cuchillos, hemos entrado al salto de los pucarás indígenas apretándolo en las manos como una bomba, Dios ha estallado en medio de ellos, ha deshecho a sus mujeres, ha despedazado a sus niños, los ha pulverizado, no era sólo cosa de Dios, sino de un Dios muy hombre y corajudo, cruel, robusto o sanguinario, no, no padre, dijo bajando la voz, ¿la Biblia no está llena de sangre, no cuela la sangre por sus páginas como por nuestras manos, no cuela por las manos de Dios? Dios es un bárbaro conquistador, tanto como nosotros sus pobres criaturas héticas, pluguiera a él que no fuéramos tan robustos y soñadores. No obstante, lo eres y mucho, has pasado la vida soñando, señor, ¿cómo no te han muerto? ¿Cómo sabes que no lo estoy, padre?, preguntó con mesurada insolencia, por lo menos el alma, lo que no sangra, lo que no deshacen los puñales y arcabuces, tal vez la tengo muerta y pesa sobre mí y me obliga a ahorcar a algunos soldados, temer al don Francisco y buscarlo en las sombras de la noche como él me buscaba, coger un hacha, una azada, una sierra, unas tijeras y recortar la ciudad, echarla al suelo a pedazos para recogerla y tornar a armarla otra vez más lejos. El fuego bailaba a sus pies y por su rostro, echándole lengüetadas rojizas que

lo amarraban al cuerpo del padre, se estaba sonriendo con sonrisa fea y pensativa que escurría como jugo por su cara aplastada, amarillenta, seca, sus ojos afiebrados lo miraban desde el fondo de la historia, desde el fondo de la posada donde se asomó Simón Pedro aquella noche y vio la comida puesta sobre las brasas y la cocinera que andaba sudando inclinada en la penumbra tuvo miedo y hacía un frío horrible y el gallo cantó, el perro aulló en dirección a su alma y él se sentó en un rincón para estar apartado, asustándose a solas y sintió hacer ruido a los soldados y la mujer se tornó hacia él y alzó unos tizones para mirarlo completamente, envolviendo su propia miseria, su soledad, su olor a mariscos y a yodo, a sangre y a miedo que se le pegaba a las vestiduras y le preguntó acusándolo, ¿no eras tú uno de ellos, no te vi yo con él y te serví vino con él y un trozo de pescado?, y Simón Pedro, temblando de miedo y frío, mientras el canto del gallo trizaba el aire helado de la noche, dijo, mujer me has confundido con otro, no soy aquel que dices. ¿Tienes miedo, estás arrepentido?, le preguntó el padre Cedrón, sentándose en el suelo, indicándole que también lo hiciera, pero él permaneció de pie, quería sufrir de pie, le parecía de un modo remoto más humillado. ¿Miedo de qué, arrepentido de qué, padre? De haber traído esos carros, de haber despedazado la ciudad, desmenuzado sus restos, echado al viento sus pórticos y ventanales, sus patios y pasadizos, su silencio y sus gritos, sus lentas y amables conversaciones, sus pasiones corrosivas, sus breves odios, los futuros dramas y escándalos e historias, las flores, los tiestos de las flores en la ventana, el nudo de los amantes enlazados en la ventana, los llantos de la esposa del teniente, los gritos desgarradores de la viuda del capitán, las risas en el baile del alcalde porque se casa su hija donosa, ay Juan, las noches tibias en la primavera, las noches crujidoras del verano cuando el cielo reluce como una espaciosa brasa y la boca de Amparo o Consuelo o Asunción o Rosario o Claudia o Marcela Paz está ardiente y la miras en la tiniebla luminosa, ves su cuello, su pecho ardiente como una brasa, como un brasero, como un incendio albo que te incorpora y te disuelve, Juan, Juan, don Juan, has deshecho todo aquello, no unos cuantos ladrillos o maderos tallados, una millonada de adobes alineados bajo la luna o la neblina, no unas tablas incrustadas en la pared, las puertas que gimen cuando llegas cansado de la guerra, de la audiencia o del hospital, Juan, Juan, has pulverizado todo eso, ese ensueño, esa maravillosa realidad, tienes que tener un alma grande, aunque sea enferma, un enorme espíritu, aunque sea débil y tal vez por eso mismo quizá, los grandes débiles son los que han

hecho las cosas en este mundo, los grandes enfermos marcan con su fiebre o su tos el paso de la historia, son ellos los trazos del verdadero incendio, ese incendio que te roe los huesos, la voluntad y el sueño, porque hace muchas noches que no puedes dormir, Juan, mirando en la penumbra las carretas detenidas en medio de la soledad, la soledad amarrada a la lona, a las cuerdas, ese montón de tablas desteñidas y mal cepilladas, las puertas inconclusas y las ventanas deformes, las sillas desfondadas, las sillas cojas como soldados, como pobres y mustios soldados que vuelven de la deserción, de la traición, de la horca, se descolgaron de la horca como Jesús que está conmigo y sin ti, con la ciudad y sin ella, hundido en el fondo de los arcones, clavado en todas las puertas, amarrado en los cordeles, amortajado en las cujas y sábanas y pellizas, calzones, calzas y borceguíes, sumido en el barro, alzándose de él para mirarte con odio, con desafío o sorna y gritar con furia al cielo oscurecido del invierno, Juan, Juan, señor, ¿estás arrepentido de lo que has hecho? Lo que he hecho no lo he terminado, padre, éstos son los primeros versos de la parábola, los primeros versículos, he aquí el misterio, estamos en medio de la oscura trinidad, está lloviendo, hace siete noches que diluvia y sopla el viento, se ahoga el ganado y tienen delirio los heridos y se mueren los moribundos, aúllan los perros vueltos hacia los desahuciados, corren hasta la cuja y alzan con la punta de sus dientes las ropas y aúllan suavemente, hace siete noches, padre, sólo siete noches que llueve. ¿No estás arrepentido?, dijo el padre Cedrón mirando fijamente el fuego. ¿Por qué había de estarlo?, contestó él completamente despierto, sano y burlón en cierto modo. ¿Por qué había de estarlo? Es bueno lo que he hecho, algo que nadie más se atreverá a hacer, no, no estoy arrepentido sino un poco desolado a veces, cuando nos vemos detenidos frente al campo solitario lleno de muebles, de muebles que ruedan al suelo y caen ropas, monedas de oro del bolsillo de unas calzas, unos panes que estaban dentro de una olla, y maíz y trigo y vino que se vierte sólo desde lo alto y nadie está borracho ni alborota ni grita, no juega a los dados ni tampoco al naipe. Se sonrió, se rió primero en voz baja y después en voz alta, llena de reto y de coraje, ¿qué has leído en las cartas, padre?, ¿por qué me mirabas cuando dormitaba? He leído cosas, pero no puedo decirlo, soy sacerdote y no brujo, ni gitano, ni embaucador, el naipe es un desalmado mentiroso, un ser que vive de mujeres y de falsificaciones y de trampas de juego y de traiciones y de trastadas. ¿Qué leíste en el naipe, padre? No he leído nada grave, señor, sólo he entrevisto algunas cosas vagas y lejanas,

aunque estén con nosotros, aunque estén aquí mismo esta noche, pero no vale la pena, porque Dios está también aquí y, sobre todo, Jesús, el mejor y el último de tus soldados, el bracero que te ayuda y te odia, que te mira como un falsario y un discípulo. Jesús era un mentiroso, dijo con desazón o desprecio él. Era un simple, un fantasioso, un estupendo mitómano, concedió el padre, pero él afirmó esa mentira con su sangre y ya eso es algo fastuoso, como tú me construyes la ciudad con la sangre tuya y la de tus soldados. Se quedaban callados un rato y el padre levantó la cara ligeramente rojiza para mirarlo. ¿Quiere saber lo que vi en el naipe, Juan? Sí, sí quiero, debe ser algo siniestro y por eso necesito oírlo, no tenemos las cartas alegres, no me saques bailes y festivales del naipe, padre, ni siquiera a mi familia, el balcón de mi cuarto en Badajoz, el agua que corre por el patio, tal vez saques un barrilito de sangre o una copa llena hasta la mitad o unas manchas. Señor, en el naipe vi sangre, pero no estaba sola, había manos, borceguíes, una silla, una mesa iluminada, unos caballos corriendo hacia nosotros que estamos en la penumbra mirando con estupor la mesa vacía. Él se quedó callado y el padre le preguntó con dulzura, Juan, ¿tienes miedo? No, contestó él en voz baja, sin moverse. ¿Estás arrepentido de lo que has hecho? No, dijo con voz entera y firme. ¿Lo harías otra vez? No contestó y le tornaba a preguntar, ¿lo harías, lo harías, Juan? ¿Qué cosa?, balbuceó sabiendo de qué se trataba. ¿Te llevarías la ciudad otra vez, una vez más de donde ahora la llevas? Él no contestaba y el padre Cedrón esperó, respirando a su lado, mirándole con curiosidad el rostro, preguntándole si sería capaz de hacerlo, echando los dedos en suerte o disparando los naipes, lanzando maldiciones, pullas, puteadas, juramentos, dulzuras para averiguarlo o intentarlo o tentarlo como el demonio. Sabes que es terrible sacar de cuajo la ciudad, cuando levantamos el hacha para matar una puerta, una ventana, cuando hundimos la sierra agarramos el martillo, bien sabes, padre, que sus filos, sus dientes, sus fierros quedan manchados de sangre. ¿Tienes miedo, estás arrepentido?, preguntó el padre con ironía, con inquina, deseoso de que matara a alguien, de que se volviera loco asesino. Debe tener enemigos, almas que no quiere, que quiere condenar y no salvar, no, no tengo miedo de haber sacado de su cauce la ciudad, tú sabes que lo haré una y mil veces. Otra vez bastaría y sería terrible, dijo el padre suspirando. ¿Terrible por qué, señor?, preguntó él alzando la voz y dándose cuenta de que sus voces resonaban en el contorno. ¿Terrible por qué, cuando ya he soñado esta misma noche que tornaríamos a llevarnos la ciudad? El padre se puso a reír

sonoramente y su rostro estaba ahora despejado y más visible, el fuego había disminuido y sus llamas oleaban suavemente en torno de ellos. Sí, dijo él, he soñado que la volvía a sacar de donde la pondremos, que Dios me perdone, que Jesús me perdone y me mire lleno de furia en el barro, alzando la pala para contemplarme con reproche y cansancio, pero tal vez ello sea necesario, no estoy seguro todavía, estoy ciego, no veo nada, estoy enfermo, muy cansado, no comprendo nada, no puedo hacer nada, pueden venir y matarme si quieren, pero tengo miedo, miedo de una sola cosa, de no ser capaz de cumplir mi trabajo una vez más si es fatal hacerlo, si no lo podemos evitar, la desarraigaremos y caminaremos con ella. El padre reía suave, iluminado su rostro por las brasas, mirando las carretas dormidas en la noche. La tienes amarrada a tus huesos, no sabes dónde la llevas y ya adivinas que tienes que cambiarla de asiento otra vez. Él suspiró con melancolía, nos alzaremos y abajaremos cuantas veces sea preciso, ¿cuántas veces cayó y se alzó Jesús, padre? Nuestra cruz es más grande y más informe.

No había olvidado esa conversación y tampoco el padre Cedrón la había olvidado, cuando recordaba otra vez sus palabras, sus palabras que encerraban una explicación, una duda, una certeza y también una maldición, la excrecencia de su enfermedad, su debilidad que tornaba a derruir y construir la ciudad, tenía miedo, ese miedo que él había expresado aquella noche, mientras el padre Cedrón se reía arrastrado, se ponía de pie y se iba hacia su tienda, mirándolo con socarronería, con desafío, con burla, no creyéndole, por lo menos no creyéndolo capaz de sufrir tanto, decía riendo a carcajadas y él, picado, murmuraba para sí, Jesús tampoco pareció capaz de sufrir bastante, y les pareció a los esbirros, a los discípulos, a los amigos y a los familiares, sólo un vividor, algo enfermo y debilitado, amigo de andar en fiestas de matrimonios y bautizos, de beber copioso, de enredarse en el ruido de las ferias de saltimbanquis y vendedores de pescados, de conejos y palomas y baratijas y ungüentos y chucherías y agarrar la huasca cuando se sentía triste y desolado y asustado frente al infinito. No lo había olvidado, no podía olvidarlo, veía a las carretas bambolearse junto a él, bramar a los animales, jurar y maldecir a los jinetes, relinchaban los caballos, ladraban los perros, por arriba pasaban bandadas de pájaros graznando hirientes, miroteándolos con hostilidad, veía a los caballos despeñarse por el cerro, a las ovejas huir despavoridas entre los breñales, sentía los disparos, uno tras otro, hacían multitud, surgía el humo azul y brutal, se arrastraba por el suelo, acariciaba la barriga de los animales, empaquetaba con sosiego las

patas de los caballos, veía él caer de roca en roca, balando sin escándalo, con suave voz herida, a las ovejas, los chanchos caían sin elegancia, ignorantes y desconcertados, las gallinas saltaban de mata en mata, aburridas, protestando fugazmente, escuchaba el bramido de los bueyes que rodaban pausados haciendo crujir los ejes de las ruedas, tambaleándose la mole enorme que bailoteaba sin gracia frente a sus ojos, me caigo, Juan, ya me caigo, Juan, cógeme, Juan, recógeme, soy la ciudad, somos parte de la ciudad, parte tuya, tú eres la ciudad, miraba con la boca abierta las carretas cargadas, temía que se fueran a reventar, a romper sus cordeles, a rajar sus telas y a rodar los muebles a sus pies para que él se agachara y los mirara, para que él los recogiera, recógenos, Juan, recógenos a todos, tenemos miedo, no nos rompas más, no nos peques más, Juan, cómo no eres bueno y no malo, santo y no asesino, cómo no te duelen los brazos, las pobres piernas cansadas, Juan, muy cansadas, atrozmente cansadas, crujían hasta abajo los ejes de las ruedas, él apretaba la cincha del caballo y salía al galope, corre, Juan, corre hacia nosotros, ven, no huyas, no te vayas, Juan, se tranquilizaba viéndola rodar suavemente cuesta abajo. Junto a los arroyos los caballos descendían hacia el agua, él veía su propia silueta envejecida reflejarse en el agua, estaba flaco y sucio, como crecido y alargado y sus ojos hundidos brillaban con altanería y fiebre, el caballo bebía largamente y él se echaba tierra y hundía su cara en la corriente, a su lado Guevara se reía con extraña y ordenada risa de hombre sin nervios, Vásquez se llevaba cuidadosamente las manos, se mesaba la barba, estaba en cuclillas y lo miraba con deseos de convencerle, él veía la silueta dura de Vásquez quebrarse en la corriente, mientras abrazado al caballo y chorreando agua Guevara se reía hacia adentro, se reían, alborotaban, miraban con indiferencia a las carretas que descendían la huella, embarradas y húmedas las telas y muebles, el agua goteaba de las cujas y la ropa colgaba apretada y miserable, sentía salir de ella gritos, quejidos, quejas solemnes y pesarosas, no seas cruel, Juan, no más, no nos golpees más, Vásquez dijo, a su lado se quejan, señor. ¿Quiénes?, balbuceó él, sorprendido. Las carretas, por supuesto, dijo Vásquez, sin sorna, pero con evidente odio. ¿Sientes, señor? Las sentía quejarse, gemían blandamente hacia su perdición, veían todas, lentas y fatales, hacia su memoria, hacia sus ojos, hacia su garganta que adormilada bajo la tierra, una y mil veces la haré y desharé, la despedazaré con furia, la próxima vez no me llevaré nada, imaginaba que así la crueldad sería más grande y más grande el trabajo y el sufrimiento si sacrificaba todo y

empezaba de nuevo, la sacaré entera de la profundidad de la tierra, una y mil veces, dijo mirando a Vásquez, a Vásquez le chorreaba el agua por la cara y la barba, se veía alegre y más joven, un adolescente. La ciudad es un ser vivo, dijo sonriendo pensativo, listo para arrepentirse. Por supuesto, dijo él, por eso habrá sido doloroso extraerla violentamente de la tierra, desarraigarla como un árbol espantoso, hiriendo, matando sus raíces, despedazando pechos, vientres, tronchando cuerpos, casas enteras, desamparando las calles y las plazas, es un ser vivo, tan vivo y herido y cansado y enfermo como nosotros. Está enferma, dijo Vásquez, nosotros la hemos herido y enfermado. Nosotros la mejoraremos, dijo él, al enfermo se le cambia de clima, se le lleva a la costa, a la montaña, del mar a la llanura, de la sierra al agua, así hacemos nosotros, nos llevamos a la ciudad, somos su enfermedad y también su salud, para salvarla la volveremos a trasladar si es preciso, ¿verdad, Vásquez?, dijo bajando la voz. He pensado a veces en eso, dijo Vásquez, si lo hicimos una vez lo tornaremos a hacer, señor. Será cada vez más difícil, suspiró él, pues estaba seguro de que si volvía a cambiar de asiento la ciudad, precisaría ya no de un traslado sino de varios, como un escultor, decía para sí con orgullo y leve melancolía, que para modelar debidamente una estatua rompe moldes y se quiebra los dedos puliendo su ensueño hasta ver surgir del fondo de la piedra la figura amada. La haremos, la haremos, Juan, yo te ayudo, aunque te odio, le susurraba con astucia Jesús, haciéndole señas desde las trincheras, alzando la pala bajo la lluvia en señal de amenaza y complicidad. Siempre morirá la gente, caerán heridos los soldados por los indios o los amotinados, sólo sufrimientos del cuerpo tienen los españoles, más valdrá si nosotros le damos otra dimensión a su drama, si al llevarnos la ciudad nos llevamos sus ilusiones, si al reventar los ladrillos y adobes aventamos sus sueños, deseos, esperanzas y también sus traiciones, cálculos, villanías, hemos arrastrado muchas cosas, Vásquez, al sacar de quicio la ciudad, como un río que se despeña enloquecido de las sierras, han rodado algunos muebles rotos por el camino, algunas sillas, algunas camisas sudadas y otras nuevas, pero también ambiciones, sospechas, picardías, orgullos, lujurias, han huido a despeñarse las vacas y las ovejas y también los rencores y las maldiciones, han rodado puñales y dagas por el camino y manos y pechos por los hidalgos pobres y desesperados, también eso, todo eso, Vásquez, lo hemos arrastrado y desbordado y ahora está ahí en las cuarenta carretas que nos quedan, ¿cuántas nos quedan, Vásquez? No sé, señor, son muchas y pocas, muchas para nuestros actos, demasiado

pocas para tus sueños. Serán cada vez más pocas, seremos cada vez más pocos, menos horas para dormir nos quedarán si, después de dejarla en el suelo y hundirla hasta abajo para que se tenga de pie, sopla el viento, despertamos sudando y otra vez están ahí sonando las carretas y las palas para sacarla de cuajo. Señor, lo haremos cuantas veces sea necesario, dijo Vásquez, enjugándose el rostro y pasándole la mano mojada que él cogió con las suyas y salieron del río y cogieron los caballos y él se sentía liviano adivinaba que ya no sería necesario trasladar una vez más la ciudad, sólo los equivocados clavan muchas veces un mismo clavo, trozan el madero, mellan el martillo, se tornan melancólicos y arrugados.

Trotó alegre y contemplaba desde bajo un árbol el desfile de las carretas que iban por el campo bamboleándose con dulzura, luciendo con desgarbo la rubia pata de una mesa o la coqueta corva de un diván, los cordeles colgaban con cierto cansancio elegante y adentro se golpeaban y sonaban con sorna, como con picardía, algunos utensilios, unas cazuelas, unos tenedores, unos trozos de armadura, armas, petos, rodelas, puñales, cuchillos, cucharas, el marco de algunos retratos, el marco entero de una ventana, se sentía alegre, alegre y seguro de que no tornaría a verse en la necesidad de llevarse otra vez la ciudad, todavía no hemos llegado, todavía no hemos visto la tierra, decía mirando el viento caliente que azotaba la grupa de los caballos y levantaba con curiosidad la punta de las telas. Adelante trotaban los caballos y tras ellos multitud de indios con pasos cortos y nerviosos, pasos asustados del que nació huyendo, del que nunca persiguió a nadie y que siempre fue perseguido, pobres, pobrecitos, dijo suspirando, sintiéndose grande, más grande, más crecido y bondadoso, había crecido en la soledad y en la duda, se veía flaco y desmañado, desaliñado y triste hacía algunos minutos en el agua del río, pero también lleno de ensueños realizados y de acción contenida, aunque no la cambie, ya la llevo cambiada en mi alma, ya tengo dispuesta mi nueva fuerza, mis sentimientos y mis deseos, ya mis amigos participan de mis visiones, si se realizan serán ellos más peligrosos y poderosos porque yo les he participado mis imaginaciones, que son mis dolores, mis dolencias, también los he enfermado y sabiendo que ellos también tienen fiebre e insomnios duermo mejor y me siento más frío y más activo. Sí, tal vez no sea necesario, pero cavemos los fosos y hundamos los postes y las puertas y atornillemos las ventanas como si se tratara de un sueño provisorio, de un magno ensayo y mañana, dentro de tres días, cuando bajen las primeras lluvias, tengamos que irnos, que agarrar los martillos y disparar los

martillazos, que también son balas y ruidos y amenazas y puertas que abren, el martillo abre una puerta en medio del silencio y es verdaderamente una puerta para quien sepa actuar y aprovechar el ruido y desaparecer por él y aparecer al otro lado, más entero, más nuevo, más robusto, sin sueño ni cansancio, ya he soñado mucho, ya he descansado mucho, la próxima vez no nos llevaremos las sillas, las despedazaremos todas, las quemaremos, es una vergüenza echarse a descansar cuando hemos venido para vivir de pie, los muertos son los únicos cansados, los definitivamente cansados, estás sentados al borde del camino mirando pasar a los otros y nosotros vamos por el medio, sentía las gotas de la lluvia empaparle el rostro, correr por las ramas de los árboles y por las telas que tapaban los muebles, el viento soplaba contenido todavía, pero con persistente fuerza y abajo, en la hondonada, bramaba con fuerza y diluviaba, lejos, hacia lo alto, hacia las montañas que todavía no divisaban, rodaban los truenos, se descargaban en cascadas, se precipitaban hacia sus nervios, iban palpitando por el fondo de sus ojos, miraba risueño a Vásquez y Vásquez lo miraba velado por el agua, golpeaba con sosiego el pescuezo del caballo, le gritaba algo alegre y él movía el brazo para contestarle, el trueno rodaba junto a sus oídos y se sentía desprendido y liviano, los indios huían abajo, sumergidos en la lluvia, se sentaban en el suelo y soltaban sus feos rostros oscuros hacia el agua que caía cerrada desde un cielo oscuro e iluminado, los caballos caminaban con elegancia y los miraban aliviándose, se ponían contentos con la lluvia que venía a lavarlos, a limpiarlos de feas acciones y desafío, de tentaciones y traiciones y pesadillas. Los sentía reír alborozadamente y se alegraba también, sentía reír al padre Cedrón, alzaba la voz para dar gracias a Dios, Dios, señor, señor, la primera lluvia, el primer traslado, decía, es la primera lluvia, gritaba el padre Cedrón y se hincaba en el barro, el primer traslado, gritaba él con arrogancia para que el padre lo oyera y golpeaba feliz el pescuezo del caballo, el último, lo amenazaba el padre Cedrón golpeándose el pecho con escándalo, abriendo los brazos y gritando hacia el cielo para traerlo de testigo, oh Dios, oh Dios, la primera lluvia, ladraba un perro, ladraba lejos hundido en el agua, iría nadando delante de ellos, todos los caballos estaban relinchando y el cielo se iluminaba espléndidamente para que él pudiera mirar la lluvia y se alegrara, el agua corría por los rostros macilentos, empapaba la muleta de un soldado que caminaba apartado de todos, riendo solo, la muleta brillaba mojada, él se reía, la primera lluvia, el primer traslado, el primero y el último, oh Dios, ya no nos vamos nunca más de debajo de esta

lluvia, señor, señor, ¿por qué no nos quedamos aquí?, le gritó el padre y él se enderezó en el barro y le franqueó el rostro empapado y optimista, Juan, Juan, mira la lluvia, es para ti, te la regalan Dios y Cristo, para que te quedes, mira, Juan, que van a reventarse las carretas, oh Dios, qué hermosa lluvia, el soldado cojo se había detenido y lo estaba mirando, a él y al padre, y él miraba su cojera y dijo alegre y para sí, es un cojo, es un soldado cojo, ¿de dónde mierda salió, cuándo los trajimos, Juan? Miró a Vásquez, Vásquez tenía la cabeza hundida en la lluvia, casi no lo podía mirar y él cogió las bridas de su caballo y le mostró al soldado, se acercaba a ellos para que lo miraran detenidamente y vieran que era cojo de verdad y no sólo de apariencia y espejismo, un cojo auténtico y nuevo, todavía con dolores, lo hicieron los indios o los de Chile o una india puta en Arequipa o Tierra Firme, se le pudrió la pierna, le quemaron con cuidado el hueso en un mesón de la calle del mercado, le dijo Vásquez, viéndolo triste otra vez, a pesar de la lluvia. Es para ti, Juan, le decía el padre Cedrón, colgado de la brida del caballo. ¿Qué es para mí?, balbuceó mustio, sintiendo el agua correr por su cara, la lluvia, Juan, esta radiosa lluvia, dijo el padre sacudiendo las riendas. ¿Y el cojo, no?, preguntó él con voz triste y amenazadora. Se tornaron a mirar al soldado y éste se puso terroso, la lluvia corría miserable por su rostro enfermo, era joven, muy joven, tenía una cara audaz y provocadora, pero ahora estaba asustado y se pasó la mano por la frente para borrarse el miedo, alzó la muleta para que la miraran y rió con humildad. Juan, Juan, ¿qué haces, señor?, dijo el padre Cedrón y lo cogió del brazo, pero él se escapaba, Vásquez lo tenía cogido del otro brazo y él apretaba la espada, el caballo caminó tras el soldado, le extrañaba que el soldado no pudiera cojear, como si deseara irse con él y le rogara que lo alcanzara, lo vieron saltar entre los perros que lo perseguían y hundirse en la lluvia tanteando la oscuridad con la muleta y él se quedó con el rostro mojado, mirándolo.

Llovió toda la noche sobre sus rostros curtidos, endurecidos, iban callados, envueltos en un silencio amenazador y trágico, veían bambolearse junto a ellos, apartadas entre las copas de los árboles, las carretas, los caballos trotaban libres, desenvueltos y livianos, cerró la noche, sopló furioso el viento, se encendían los relámpagos en la hondonada y rodaban los truenos, el agua corría honda y con mucha fuerza, parecía que iban al borde del torrente y en él veían alzarse, ahogados, ahogándose, desesperados relinchos, torsos de caballos nuevos, caballos sanos y no enfermos, escuchaba sus relinchos que el agua tumultuosa tapaba, algunos perros aullaban

desesperados, sus aullidos se deslizaban nítidos en el golpear del viento, no comprendía dónde estaban esos perros, los sentía correr en alguna parte, saltar hacia los caballos, ladrar junto al boyero, pero después los ladridos se iban en el pausado deslizar del agua, cuando el viento se tamizaba sobre los árboles los agitaba dulcemente, él acariciaba la cabeza del caballo y apretaba con tiento sus borceguíes, los caballos se revolvían furiosos en medio del agua, eran varios, dos o tres, una media docena, relinchaban con desesperación y con odio, parecía que estaban luchando con el agua, mordiéndola, pateándola, no cogidos por ella y por la muerte sino peleando, hiriéndola en un odio certero y sin tregua. ¿No se llevó todos los caballos el don Francisco? ¿Cómo decían estos desalmados que me robó toda la hacienda, la ciudad entera? Me dejó los caballos, no es tan malo el hidalgo, el agua corría a raudales por su espalda y tiritaba de frío y conmiseración, mirando las carretas cernerse en la oscuridad, crujían hasta abajo, perdiéndose en el barro, bordeando precipicios donde hervía el viento y ardían débiles los relámpagos, el trueno rodaba por sus cabellos, iluminaba unos trozos de madera, mostraba la clara visión de una puerta, como dispuesta a ser abierta y franquear la entrada a un dormitorio, al comedor, al zaguán, al patio o al salón o al refectorio, a la tranquilidad, la puerta de la ciudad, verdad es que vamos a buscarla y la llevamos con nosotros, tenemos que armarla en el suelo, confundirnos en la tierra y ordenar apresurado sus calles y sus plazas, poner en orden sus edificios, dejar enhiesta la torre de la iglesia, desparramar unas palomas, abrir los tiestos de las flores. El agua le golpeaba la cara y veía el cielo negro indescifrable, impecable, el padre Cedrón estaba dormido en el borde de algún mueble, en el fondo de alguna cuja y lo miraba plácido para decirle esta lluvia es tuya, Juan, llévatela también con la ciudad, desparrámala en su cielo, no, no lleves el cielo contigo, Juan, señor gobernador, señor don Juan, lo llamaba en sueños para burlarse de él y después le decía trágico, misterioso, parado muy lejos, en la orilla asoleada de la costa española, en los linderos de la ciudad abandonada, ¿no llevas unos naipes manchados de sangre, Juan?, aquí está el fuego, mira las llamas que se alzan en la oscuridad y te buscan la cara, mira las brasas, Juan, él manoteaba desesperado y miraba el infatigable, el interminable vaivén de los muebles hundirse más y más con la lluvia, el caballo miraba con desconfianza el agua y alzaba la cabeza relinchando despacito, él lo palmoteaba muy nervioso y miraba a Vásquez a su lado, callado, mudo, no lo miraba, parecía que iba dormitando o soñando o

maldiciendo entre dientes de esta locura, de esta aventura enferma que tuvimos cuando sacamos de repente las palas y corrimos en la noche y empezamos a abrir las zanjas, ¿para qué eran las zanjas?, pensaba perplejo, mirando las casas frágiles, desmoronarse sus frontispicios, sus escaleras por las que bajaban españoles despavoridos, gritando, gimiendo, mesándose los cabellos, arrastrando grandes bultos de ropa, calzas, borceguíes, armas, espadas, arcabuces, armas inútiles e insólitas, lloraban bajando los peldaños, se les caían los paquetes, veía él rodar hasta abajo los arcabuces, los ataditos de pólvora, naranjas, naranjas rojas y perfumadas y la ropa caía despeinada y él podía ver los bordados de holanda, las bastillas y los lienzos y ellos se enredaban y se afligían, maldecían en voz baja y los peldaños se hundían en el agua, los soldados echaban el rostro y los cabellos hacia arriba para que la lluvia se los azotara y se reían, en el sueño había cujas junto a los árboles, y sillas y mesas y botas con vino o chicha y montones de maíz que habían reventado los sacos y corrían por el suelo, se sentía un agradable olor a improvisada paz, el olor de las comidas subía hacia él desde alguna parte, crepitar el fuego, por eso se ríen, porque dentro de un rato saldrán de la lluvia y se secarán las ropas junto a las llamas y escucharán indiferentes el bramido del ganado y el relincho de los caballos, son buenos y leales, con ellos me llevaré lejos la ciudad, buscaremos el lugar más hermoso, las mejores aguas, los mejores cerros, las serranías salvajes e implacables, que sea ella digna de nuestros cuerpos. Miraba las ropas tendidas en el suelo, los muebles mojados, las carretas se habían detenido y bajaban de ellas los soldados, calados de frío y de lluvia y lo miraban sonrientes con una sonrisa bobalicona, ávida y cómplice, hablaban entre sí y se reían, lo miraban hundido en la oscuridad, caminando al paso del caballo y tras él, Vásquez, Guevara y Rentería, trotaban en silencio y lo rodeaban, los soldados chapoteaban en la lluvia y sacaban los muebles de las carretas, de ellas saltaban los perros ladrando hacia él, reconociéndolo, un gallo se había puesto a cantar con escándalo, ajado por la lluvia y el frío, y se sentía pletórico también, el suelo estaba lleno de muebles, había montones de sillas, de sillones, divanes, estantes, había libros en el suelo y sobre ellos soplaba rápido el viento y hojeaba rápidamente sus páginas, de entre las hojas se escapaban papeles y plumas, plumas para escribir cartas gratas al rey, al virrey, oh padre La Gasca, no sabe el virrey todo lo que hemos pasado, los sufrimientos que hemos soportado, mire la lluvia, mire los muebles ahogados en el agua, las carretas se van por el barro y tenemos que

sacarlas, es la ciudad, la llevamos sobre nosotros, mira nuestras espaldas llenas de llagas y de costras, la sangre corre por los pescuezos y creemos que es la lluvia, mira los muebles, señor, las cujas, las sábanas de hilo fino que trajimos de Tenochtitlan y los Reyes, mire la fruta que se pudre en la oscuridad, las naranjas, señor, los limones, ay señor, ay virrey, hemos sufrido tanto, el agua está tapando los muebles, nos está deshaciendo la ciudad que trajimos tabla a tabla desde muy lejos, dos, tres, cuatro, siete días que caminamos bajo este cielo negro y sin Dios, un cielo implacable que hace temblar hasta al padre Cedrón, el padre Carvajal se quedó lejos para enterrar a los ahorcados, se enojó y me quería matar, se quedó chillando como loco, energúmeno y cogió la pala y empezó a desarraigar los santos que se sumían en el barro, se quedó allá, debe saber que estamos aquí, bajo la lluvia, ahogados en el barro, sacando los muebles para sacar y extender la ciudad en la tierra, cuando termine la lluvia y el agua escurra por los riscos de la sierra y se enjugue en las grietas de los cerros, mire, padre, mire lo que hemos hecho, lo que han hecho de nosotros, envíenos su bendición, mire cómo sonríen todavía estos desgraciados, merecemos matar a muchos, tenemos el derecho de aplastar la cabeza de don Francisco que nos llevó los mejores soldados y los caballos, los caballitos nuevos que pudimos salvar se ahogaron anoche en el río, se fueron relinchando cascada abajo, los perros se asomaban al borde de la quebrada y ladraban en ella, él sentía a Vásquez, a Guevara, a Rentería, a Antonio Griego, a Juan de Humarán que lo estaban mirando y los miraba también y levantaba la cabeza airado, ¿cómo, señores, con esta lluvia bajaremos los muebles y extenderemos la ciudad? Señor, decía Vásquez con voz temblorosa amenazadora, señor, éste es el sitio, hemos llegado, mira los cerros, él alzaba la cabeza y sólo veía la lluvia, sólo sentía el viento, hace frío, hace mucho frío, luego dejará de llover, señor, decía Vásquez, éste es el sitio, lo decía sonriendo distraídamente con su inocente cara indiferente Guevara, éste es el sitio, decía vacilando Rentería y echaba los ojos por sus nervios, éste es el sitio, lo miraba sonriendo con miedo Humarán, éste es el sitio, tosía para convencerse Antonio Griego y se ponía a llorar mirando la lluvia descender sobre las consolas, cómodas y estantes, un arcón abierto estaba lleno de lluvia, la lluvia brillaba en la ropa blanca y se mecía sin salpicar, éste es el sitio, dijo con inquina Vásquez, ya lo dijo, ya lo torna a decir, se estaba acercando, la risa le florecía en la cara peluda y lo miraba con sospecha y bajó del caballo y el caballo amablemente se agachó y bebió un poco de lluvia, ellos desmontaron también, los

sentía chapotear en el agua, irse por la oscuridad llamando a los soldados, se escuchaban gritos potentes que desmenuzaba el temporal, el viento corría levantando la ropa mojada y empujando a los caballos, los caballos estaban todos juntos, relinchando desganados y mirando el cielo negro y los indios formaban un atado envuelto en harapos, dormidos todavía, veía él sus pies enormes, el agua se los lavaba minuciosa y mostraba con maldad cuán oscuros y monstruosos y horribles eran, de una carreta descendió un soldado tuerto, lo miró afirmado en un arcabuz como en una muleta, cojeó hacia él mirándolo con sorna, su uniforme estaba seco y aquello parecía una cosa insólita, una traición, una falta de disciplina o de decoro, era joven y envejecido, tenía el cabello liso y canoso y un rostro magro y cadavérico, tras él caminó un soldado cojo, otro soldado cojo y un viejo de barba blanca, nazarena que tiritaba de frío, alguien tosía con escándalo, se rió un soldado, se rió Vásquez, se rió largamente Guevara y ellos miraban con humildad, avergonzados y también felices. No dijo nada, pero caminó en silencio mirando los muebles bajo la lluvia, mirando a los soldados que habían descendido ya de las carretas y tenían el suelo lleno de puertas y ventanas, de tiestos con flores y de ropa, montones de ropa que escurrían por todas partes, en el interior de algunas carretas se habían encendido antorchas, alguien canturreaba o rezongaba, él miraba las carretas sumergidas en el barro y estaba deseando contarlas, adivinar cuántas más había metidas en las sombras, moviéndose todavía bajo la lluvia, pero no escuchaba nada, sólo el resoplar del viento, el gotear del agua entre las hojas. En una cuja limpia el padre Cedrón dormía profundamente, la lluvia corría por su cara, sus zapatillas asomaban entre los flecos y los bordados y estaban completamente empapadas, su cara tenía una expresión feliz, los ojos estaban guarecidos de la lluvia bajo un trozo de peto que le servía de pantalla, la lluvia golpeaba en la almohada, iba formando un charquito abajo, él sentía respirar hondo al padre Cedrón y se detuvo para mirarlo y se sentía satisfecho, los soldados se sonreían mirándolo y alguno decía pobrecito, estaba tan cansado, el sueño de Jacob, el sueño de Jacob, dijo un gracioso, y él miraba la escaleras por la que subían y bajaban los soldados aterrorizados, apresurados y maldicentes, las ropas caían de sus manos, rodaban al suelo los borceguíes y las naranjas, a los pies de la escalera estaba tendido en el agua el padre Cedrón, dormía plácidamente y sonreía, ahí estaba la escalera y los soldados que subían y bajaban en la oscuridad se lamentaban y maldecían, tiraban las ropas y las armas sobre los peldaños y se

agachaban buscando a gritos, él veía sus manos magulladas coger las dagas y los puñales. Estaba tan cansado el padre Cedrón, dijo alguien a su lado y también se quedó mirando, él se agachó y recogió el trozo de armadura, la lluvia azotó el rostro del padre Cedrón y él despertó en el acto, asustado, molesto, tenía la sotana mojada, arrugada, rota a trechos, parecía que había luchado con alguien en la oscuridad, se veía desorientado y maltrecho, pero sonreía mirando el cielo oscuro, la lluvia que caía interminable y los muebles desparramados en el agua. Han sacado los muebles para que se mojen y soporten tanto como nosotros, padre, dijo él; ésta es mi lluvia, ésta es su lluvia, nuestra lluvia, padre. No tenemos arco iris ni paloma, sólo la lluvia es nuestra mensajera de violenta paz, no podemos seguir bajo el temporal si no queremos que la ciudad se desintegre y se vaya río abajo, padre, nos quedamos, padre, éste es el sitio. Nos quedamos, nos quedaremos, señor, dijo el padre, tendremos aquí mucha defensa cuando se descuelguen los indios. Se descolgarán sin duda, y si no lo hacen no sabremos jamás si la ciudad resiste una buena guerra, precisamos que los malos se dejen caer sobre nosotros para que mostremos lo buenos que somos todavía para soportar dolores y vejaciones, nos quedamos, pues, si la ciudad lo quiere. Lo quiere el cielo, dijo el padre Cedrón, estornudando; mira, Juan, esta lluvia es regalo del cielo para que no hagamos más barbaridades y soltemos aquí mismo la ciudad que llevamos como robada. No la hemos robado sino salvado, dijo él. Pero la estábamos perdiendo y desperdigando y despedazando en las tinieblas, bajo la lluvia, en los vaivenes del camino y los ejes malditos de las carretas, un largo reguero de ciudad hemos dejado a nuestras espaldas y eso no podía ser. Padre, mientras quede una tabla en nuestras manos, esa tabla es la ciudad, dijo él, y estaba seguro ahora de que algún día tendría que llevársela otra vez, más lejos, cada vez más lejos, apartarla de la ruta de bandidos y traidores, estaba seguro de que tornaría a cumplir la empresa, si tengo dificultades, si se amotinan los mataré, miraba el campo lleno de soldados muertos y él caminando entre ellos, tratando de no pisarlos y deseoso de hacerlo, tratando de alcanzar las primeras casas, apaciblemente iluminadas en la noche.

La lluvia goteaba de las ramas de los árboles y se rompía miserablemente en los charcos, soplaba un viento helado que venía de la altura, el cielo se había hecho más distante y más negro, en él resonaba el relinchar lastimero de los caballos en los charcos, ladraban los perros y alborotaban los indios despiertos, los soldados estaban desclavando unas tablas, desarmando una carreta, los ejes

gemían cuando eran despegados y eso hacía despejarse el recuerdo y los temores, tenemos muchas carretas, si las rompen tendremos tiempo de hacerlas nuevas, viviremos en ellas como los gitanos y los titiriteros. Los soldados habían encendido fuego bajo las tiendas, las lonas humeaban, se expandía un olor a ropas húmedas y a cuerpos ateridos y sucios, los caballos humeaban también bajo el cielo inmenso, se acercaban a las llamas para desentumecerse, los perros saltaban entre las brasas y ellos los apartaban a puntapiés y reían, bramaba una cazuela hirviendo y el padre Cedrón corría por el campo, lo sintieron reír y conversar con los soldados, una oveja balaba humilde en la oscuridad, veían su lana triste resaltar en la penumbra, el hocico le palpitaba asustado y hambriento, el padre Cedrón estaba trepado en la carreta, desatando los cordeles, se reía, decía algo y se reía como esperando algo, se llevaba las manos al pelo revuelto para peinárselo y estrujarse el agua, el agua le goteaba por el pescuezo, que tenía envuelto en una toalla, los soldados descendieron de la carreta y sintieron sonar las maderas en el suelo, había dejado de llover, sólo ese ruido escucharon, ahora el viento se había apaciguado, sentían removerse apaciblemente los árboles llenos de agua que goteaba por sus troncos, ya había fuego encendido en varias tiendas, que estaban brillantes y desoladas, alguien reía francamente, esparciendo una risa tumultuosa y cauta, esa risa bailaba en las llamas e iluminaba con retazos los rostros húmedos, tenían rostros cansados y soñolientos y un tanto despavoridos. Hemos llegado, dijo él, mirando en un susurro la tierra sumida todavía en el agua, éste es el sitio, la calle principal, nuestra propia casa, Juan, Juan, si es necesario, echaremos más abajo que de costumbre los cimientos, clavaremos con firmeza las murallas para que duren mucho tiempo, aunque de hecho las hagamos durar sólo muy poco. Miraba las puertas amontonadas a ambos lados del camino y las ventanas y las tablas de los techos y los pisos, las cujas yacían paradas, con las patas en alto, grotescamente deshonestas e inútiles, en el barro se esparcía cantidad de frazadas, colchones, camisas, él miraba la ropa embarrada, manchada de sangre y transpiración y respiraba hondo, tenemos que lavar todo esto, cuando estemos hincados en tierra, refregando la ropa, golpeándola en el agua limpia, lustrando y puliendo los borceguíes, será porque ya hemos llegado, porque la ciudad transcurre a nuestro lado, la ciudad, decía suspirando, mirando las maderas mojadas, sin atreverse todavía a pasar sus manos ansiosas por ellas, como lo había hecho antes, como lo haré dentro de unos meses si llega el drama, la tragedia otra vez y

tenemos que ahorcar a algunos alzados que se quieren tornar a Chile, lo haré un millar de veces, le parecía que había nacido para ese triste y misterioso sino que lo llenaba de satisfacción y desesperación al mismo tiempo; Dios sabe, pensaba mirando el cielo nublado, cuántas veces deberé llevarme la ciudad a mis espaldas; lo sentía posarse en ellas con firmeza y con confianza, como si fuera una ciudad pequeña, una sola casa, la casa mía, la de mi familia que no tengo, de mis hijos, de mi mujer, miraba las calles silenciosas, los balcones llenos de flores y de romanzas, lo miraban intensos ojos negros, soñadores, distantes, burlones, sensuales, escuchaba suspiros que se abrían tras los postigos, risas, susurros, sonar leve de faldas bajando las escaleras, manos agarradas flojamente a las balaustradas oteando el camino distante por el que galopaba un jinete solo, se sonreía. Será una bella ciudad, un hermoso sueño realizado, habrá nacido para imaginar ciudades y edificarlas y destruirlas, pero las destruyo con amor y pasión, recordaba cómo se había atormentado cuando sentía desgarrarse las maderas y las sierras rajaban sin piedad los techos y él gritaba como endemoniado cuando los soldados, por no desclavar una puerta, la golpeaban hasta hacerla saltar a pedazos, es un ser vivo, son trozos de árboles, siento en ellos la brisa, el suave soplar del viento, el sol madurando en sus grietas, es una bella cosa tener este desesperado destino, me la llevaré otra vez, aunque me maten, aunque tenga que matar al padre Cedrón, salvaré a la ciudad aunque los españoles no se salven, vine a sacarla de la tierra, a extraerla de las profundidades, sólo eso he hecho, desmontarla como una máquina, como una ciudad tronchada por los galos, pero yo la he vencido, yo que soy parte de ella misma y que estoy tan vencido como ella, de sus maderas y de sus piedras sacaré mi fuerza, juntaré como un avaro sus molduras, sus muros y arcos y pasadizos y balaustradas, aunque me dejen solo, trabajaré para llevármela una vez más si sólo así puedo salvarla. ¿Salvarla de quién, Juan?, se preguntó de repente, imaginando que aquel movimiento de flujo y reflujo de sus sentimientos y sus deseos, que siempre se deshacían y chocaban y desmenuzaban azotado contra las paredes, contra los muebles borrados en la penumbra, contra las puertas y ventanas clausuradas en la noche, bajo la luna, bajo el cierzo helado del amanecer, era sólo un delirio y una enfermedad sin explicación ni motivo. Don Francisco estuvo aquí, para robarme, me metió prisionero en mi propia casa, tendido en la cuja me amarraron sus soldados, me invitó a comer, a beber vino y a meterme miedo y a bailarme sueños de gloria y de grandeza, me habló largo de Chile, una tierra

flaca botada al sol, dijo que había oro en todos los ríos, que brillaba y huía bajo el agua, como peces, me pasó otra copa llena, bebimos mucho, yo me sentía enfermo, señor, la ciudad es cosa mía y la quiero mucho, pero él no escuchaba, Juan, Juan, amigo mío, dijo amenazador, poniendo los puñales encima de la mesa, dame la ciudad, quiero llevarme sus calles y sus plazas, llevársela al Pedro de Valdivia, que está muy enfermo y lo van a matar los españoles. Pero Sancho es un cristiano muy malo y rencoroso. Pero Sancho es un caballero, dije yo; él querría a la ciudad, lo conocí en Veracruz, aquella tarde cuando murió el soldado Bruselas, dicen que tú mataste a Bruselas por la espalda, dijo el don Francisco, llenando mi copa, bebí mirándolo, lo veía a través del vino, estaba pálido, con las venas hinchadas en la frente y sus desconfiados ojos de hijo natural y rencoroso, pobre chaval de doña Ana, pobre español sin padre, te mataré o me matarás, quiero mucho a la ciudad, dije despacio y tenía pena y lo miré y me puse de pie, pero sus soldados me cogieron los brazos y los perros respiraron en mis borceguíes, Juan, Juan, esta tierra es tierra de Chile, tienes una ciudad robada, una joya robada a las joyas de la corona, eres un criminal desalmado y pareces un hidalgo tan bueno, soy un soldado enfermo, a nadie maté por la espalda, es mentira, dije pensando que se refería al soldado Bruselas, Bruselas era un putañero que explotaba a las cholas, eso es parte de la novela picaresca, dijo él, con marcado orgullo de saber unas cuantas letras; ay pobre inclusero, dije yo para mí, y tú, señor, tu triste destino, fuiste parido en el suelo del hospital porque doña Ana se desmayó y no alcanzó a llegar hasta la cuja y las monjas corrieron asustadas, tu desesperado destino es también una fea novela, ¿quieres llevarte una joya manchada de sangre para ponerla en el cintillo de la corona?, señor, esta ciudad está llena de sangre española vertida para edificarla, muerto a muerto la hemos juntado, no la soltaré de mis manos y los soldados soltaron mis brazos y caminé desconfiado seguido por el don Francisco, así y todo la quiero, llena de sangre, así se la llevaremos al rey y a la reina para que vean ellos lo cruel que has sido con los pobres indios y tus desolados compatriotas, don Francisco, la ciudad es mía, dije con odio y sabía que me llevaría bajo la capa. Aquí está, aquí la tengo, un poco ajada, un poco mojada, es el invierno, es el mes de junio y son las cinco o las seis de la mañana, tenía en sus manos una azada y estaba cavando la tierra con mucha prisa, con desesperación de precipitarlo todo, apurar a la lluvia que terminara de escurrir de las copas de los árboles, miraba el cielo preguntándose cuándo terminaría de

ponerse terso y desvaído, un poco amable, un poco cristiano, aunque frío, aunque nos caiga todo el hielo, aquí estamos sacándola otra vez del fondo de la tierra, veía brillar en los charcos los muebles y las ventanas y las puertas y los balcones y las almenas y la torre de la iglesia y el hospital que haremos para los heridos y apestados y el padre Cedrón estaba hundido en una zanja, como antes en la primera ciudad, como estaremos todos después si la suerte nos empuja y nos impele a irnos, echaremos los caballos por delante y en el arzón trozos de la ciudad, almenas, un caminito de jardín, los árboles que habremos amado y cuya sombra gustaba cobijarnos, apretó la azada y la hundió más profundo y sentía su respiración distante, como despertando, como acordándose de los días pasados, cuando, como ahora, estaban metidos en la zanja y tenían la amenaza del don Francisco viva en la memoria, estará durmiendo para despertar y buscarnos, decía Guevara, sonriendo con dureza, estará comiendo, sentado a su mesa, y luego se pondrá de pie y se limpiará los labios y buscará los caballos para buscarnos y bostezará desperezándose, decía Vásquez con furia, vuelto hacia él, que parecía tranquilo y que sólo gustaba contemplar como se ensanchaba y profundizaba la zanja, gritaban desde ello a los que estaban arriba, empequeñecidos y descoloridos por el sol; eh, los de Chile, eh, los salteadores de Chile vienen, viene el don Francisco, trae muchos caballos, gritaban y luego disparaban los arcabuces y relinchaban los caballos y el humo desflecaba en la boca de los cañones y las ramas de los árboles que caían fusiladas y hundían las cabezas en ellas y hundían los labios en la hierba fresca, todavía viva y reluciente. Haremos una gran ciudad, Juan, dijo el padre Cedrón, respirando a su lado, la haremos, padre, juro que la haremos, dijo despacio, jurando para sí, comprometiendo su destino, los años de su vida en eso, nos aguarda abajo, como alguien que yace sepultado, antes de muchos días la tendremos en nuestras manos y habrá sol y cantaremos misa y cantaremos canciones algo sucias y miraremos España y danzaremos, dijo él vuelto hacia la oscuridad de la noche, donde debía surgir la luz del día. Como antes, como después, trabajaban los soldados en la penumbra, las antorchas alumbraban la tierra mojada y echaban trazos sangrientos hacia las carretas que yacían grotescas, despanzurradas, rotas, la tierra estaba llena de puertas y ventanas, de montones de tablas secas que habían viajado en el fondo, se veía también ropa limpia, borceguíes nuevos, sin uso ni dolores, sin transpiración ni cabalgatas; ya una vez lo hicimos, decía él, sentado en una rueda, ya una vez lo hicimos igual bajo la lluvia, cuando

íbamos de regreso del don Francisco, con quien topamos en el llano. Se rió Guevara al recordarlo y mirarlo tan débil e inerme en su memoria. Sí que tenía congoja y parecía pesaroso y calenturiento el don Francisco manoteando en la oscuridad. ¿Recuerdas, Juan, que querías traerte la ciudad antes de que llegara el don Francisco, antes de que supieras que venía sobre el campo?, decía para sí, reprochándose, pero no deseando decirlo a los otros, pero no olvidándolo él, nací para hacerlo, vino al mundo a llevar la ciudad de un lado a otro, de un destino a otro, de un desastre a otro desastre, como mis dolores, como las peregrinaciones de Jesús cayéndose y alzándose con la cruz, la cruz caía y se levantaba con él, como parte de sus huesos y de su espalda, se había apegado a los músculos de su hombro que estaban llenos de sangre, pero la cruz también tenía sangre y eso era ya un pacto indeleble, caían y se alzaban juntos porque formaban un solo cuerpo, un mismo dolor, un mismo madero, y cuando se alzó por última vez y cayó, cayó hacia atrás, muerto en un largo grito, la cruz estaba con él y la cruz sollozaba porque han abierto a un hombre para clavarme en él, la cruz, el árbol, el árbol nacido de la tierra, la cruz que nace cada primavera y muere cada invierno, padre, padre, la sacaremos entera y dispuesta y cada vez más bella y generosa, se esponjará y fluirá bajo nuestras manos, todos viviremos en su sombra, todos comeremos de su sombra, no la abandonaré, no nos abandonará, si hacemos con ella con ella nos iremos, la echaremos sobre nuestras espaldas como cargan los indios a sus hijos para atravesar las rompientes y los ventisqueros. Como el pecador su pecado, dijo el padre Cedrón y dejando la pala en el suelo corrió a ayudar a unos soldados que estaban clavando unos postes. El cielo estaba iluminándose imperceptiblemente, ya se divisaban los contornos de los rostros, el palpitar de los ojos en la luz del amanecer, se veían las manos y las ropas arrugadas, divisaban el suelo salpicado de armas y utensilios, trozos de pan botados en el barro, aplastados por las pezuñas de los caballos y multitud de granos, porotos, maíz, trigo que iluminaban de alguna manera su soledad y su miedo, desde alguna parte venía un persistente olor a vino y las fogatas les enviaban efluvios cálidos y saludables que los reconfortaban y los tornaban lúcidos y más cansados. En lo alto de los árboles soldados teniendo cuerdas, amarrando en ellas los palos y tirando hacia sí, el árbol se remecía y dejaba chorrear un largo trazo de agua, gritaban en la oscuridad: don Álvaro, páseme las tenazas, don Álvaro, páseme más clavos, las pinzas y el serrucho, se escuchaba el suave repasar de una sierra y alguien, más lejos, golpeaba unas tablas, él

metía el azadón en el barro y escuchaba nítidamente y se sentía acompañado y alegre, están trabajando a pesar de todo, sin olvidar nada, sin dudar de nada, saben que sacaremos la ciudad del fondo de nuestros huesos, está palpitando en nuestras entrañas, está urgiendo a nuestra sangre, sabemos, lo saben ellos, lo sé yo que no nos equivocamos, padre, padre, dijo con extraña tensión en la voz, dentro de unos días ya tendremos ciudad. Si no dormimos, si no comemos ni soñamos la tendremos antes, Juan, dijo el padre, metido arriba, en la oscuridad, martillando unos clavos, no soñaremos, ahora estamos despertando, ahora estamos fabricando un sueño, un verdadero sueño, decía él, trabajando con gozo, llamando a los amigos, Vásquez, Guevara, Rentería, traigan más herramientas, traigan a los indios, traigan a los cojos y a los enfermos y a los moribundos, traigan más luces, formaremos una calle, siento que aquí al fondo hay una plaza y juegos de agua y los niños están cantando y corriendo, sientan las campanas de la iglesia, sientan los pájaros en las ramas, las ventanas se abren con estrépito, los balcones están llenos de mujeres, oh Vásquez, oh Guevara, llenos de verdaderas mujeres, dentro de un año, de cinco años, de dieciocho años, estaremos canosos y felices, correrán los carruajes por las calles y murmurarán las viejas en los portales, Vásquez, Guevara, más palas y azadones y picas y antorchas, traigan a los enfermos, a los apestados, a los heridos, todos pueden trabajar, todos tienen que trabajar, sino los ahorcaremos, dijo riendo siniestramente, con una felicidad lejana y desparramada, ahorcaremos a los cojos, a los viejos, nos trajeron viejos, dijo sintiéndose poco seguro y hundiendo la azada en el barro para hundirse con ella. Nosotros no dormiremos, señor, le dijo el padre Cedrón, mirando a los soldados que se tendían a descansar en el suelo, encima de la ropa mojada, en el interior de las carretas, veían colgar de ellas sus borceguíes, sentían que conversaban en voz alta, para espantar la soledad y el cansancio, se reían con desaliento o tosían con toda el alma, estaban entre los montones de puertas y ventanas, secándose el sudor sucio de la cara y mirando el campo dormido, lleno de escombros, y de ellos surgía un mezclado vaho de ropa, de comida y vino, de cansancios, de esperanzas y desesperanzas, se alzaba el bramido del ganado en la hondonada, sentían muy lejos ladrar a unos perros, parecían que recién venían trotando de la ciudad, saliendo de las antiguas calles abandonadas, de los portales solos que dejamos hace siete días, las antorchas clavadas en lo alto de las carretas y bajo los árboles echaban lumbradas tenebrosas hacia ellos y miraban las piernas de los

soldados dormidos como si fueran piernas de soldados muertos. Muertos de hambre y de cansancio, no más señor, dijo el padre, yo no me canso, no me cansaré este primer día porque dormí plácido bajo la lluvia, envuelto y arropado, empapado muy adentro, creí que me iba a morir del dolor de los riñones, pero la ciudad necesita vivos y no muertos, soldados feroces, frailes endemoniadamente tozudos con una espantosa fuerza en su fe, como una pasión o un odio implacable, Juan, tengo que hacerme merecedor de esta ciudad fantasma que sacas de tu debilidad y tu fuerza. No hay debilidad activa, padre, dijo él, sólo la fuerza tiene imaginación, sólo la fuerza inventa cosas y las lanza al mundo como un desafío, nosotros estamos también desafiando a lo desconocido, llevando una ciudad por delante como un emblema o una amenaza contenida, callada, terrible, lista para abrirse y dispararse, padre, padre, creo que tenemos la bendición de Dios para sacar una ciudad de la entraña de la tierra, él era también un conquistador, un alfarero, un aprendiz y un soñador duro como nosotros, se metió en el barro hasta la cintura, se pasó varios días bajo la lluvia rabiando y deformando hasta que tuvo al primer hombre deformado entre sus manos y sopló de cansancio o enfriamiento y lo puso en la tierra donde caminó y habló demasiado. ¿No hacemos lo mismo que él nosotros?, ¿puede en justicia abandonarnos? ¿Quién te dice que nos abandona?, preguntó el padre, ¿te sientes a veces abandonado? A menudo me siento solo y acorralado, entonces cojo las armas y salgo a buscar un virrey que me autorice para formar expedición o cojo las herramientas y me pierdo en los valles y en los desiertos a estrujar una ciudad de sus rocas y despoblados, cada vez que me siento solo me imagino hacer cosas y me alzo de la cuja y de la silla, me bajo del caballo y camino a hacerla. La haremos juntos, señor, no te puedo dejar suelto y solo, por ti y por ella, y mostró los muebles y las maderas desparramadas por el suelo, sacaremos ésta y otra y otra más si quieres, si así lo deseas e imaginas, lo hacemos, Juan, la haremos, la defenderemos juntos, la cuidaremos y fructificaremos para entregarla al virrey cuando sea la hora, ¿te das cuenta, Juan, que vamos despilfarrando aldeas por los caminos del Señor? Siquiera fuera con habitantes, dijo sin reproche ni amargura, más bien con anhelo, con deseos prácticos de mejorar rápidamente las cosas, de enaltecer la soledad, de ennoblecer la abyección, señor, ¿te das cuenta?, siquiera fuera con habitantes, pero entramos a sacos en nuestros propios corazones, arrancamos las puertas y ventanas clavadas en ellos, arrancamos de cuajo los muebles, las cujas y estantes y mesas y sillones y sillas y arcones que yacen en el

profundo corazón, que yacen en paz aguardando a la gente, a la gente que ha de manar de puertos españoles, que forman multitud en Cádiz y Palos y Barcelona y Santander y Vigo y en la playa de las islas y los mestizos de Veracruz y los negros de Tierra Firme y las criollas sensuales de la ciudad de los Reyes, están aguardando que se detenga el barco para embarcarse hacia nuestras frentes, hacia nuestros sueños, ¿y qué hemos hecho, Dios mío?, hemos dejado una ciudad en ruinas, hemos hecho pedazos las casas, robado los muebles y las ventanas y las puertas, nos hemos volado el techo, ¿y qué dejamos ahí, qué les dejamos dicho a los que lleguen cualquiera tarde?, hemos dejado tirado un par de ahorcados en la plaza, cuya torre derruimos, cuyas cruces escamoteamos y cuyos santos echamos a tierra como bandoleros borrachos y los trajimos amarrados como criminales, Juan, Juan, mira lo que hemos hecho. Eso parece que es lo que hemos hecho, padre, dijo él en voz baja y firme, pero no es eso en verdad lo que hemos hecho, hemos hecho obra buena y no mala, una acción de gracia, estamos construyendo un mundo, ¿o no?, preguntó de repente agarrando la mano del sacerdote para que él comprendiera que en eso estaban trabajando ahora, estamos en las entrañas de la ciudad, están vivas y palpitantes, ¿no la sientes viva y húmeda? Su pregunta era dolorosa, era casi una confesión, el padre veía su cara estupefacta, su boca entreabierta respirando con urgencia. Estamos creando un mundo, señor, la casa comienza en una tabla, la ciudad en una puerta, el mundo en una calle, ¿no es eso lo que estamos haciendo?, y su pregunta encerraba ya una duda, pues no estaba seguro de que fuera eso, no estaba seguro de nada, de todo lo que había hecho, de todo lo que deseaba hacer. Tal vez necesites descansar, dijo suavemente, mirándolo con recelo. ¿Cuántos días?, preguntó soñador el padre Cedrón, ¿cuántos días para qué?, ¿cuántos necesitamos para elevar las casas y tenerla enteramente tendida bajo el cielo? Tenemos la vida por delante, padre, si la deseamos grande y hermosa, sonrió con tristeza, pues se sentía melancólico y como abandonado, tirado al lado afuera de la ciudad, sin tener derecho a entrar en ella. No eres de los que se demoran en soñar y despertar, sueñas rápido, Juan, montas a caballo, duermes un galope entre dos caminos cruzados y cuando despiertas, ya tus soldados tienen las murallas en el suelo, amontonadas ordenadamente a un lado las puertas y al otro lado las ventanas, las tablas del techo no caben en la calle y las llevas al patio o al granero o al atrio de la iglesia, quieres que te crea que no deseas pasarte la vida fabricando la ciudad cuando anoche, antes del

aguacero, imaginabas y decías que tal vez te verías precisado, si el cielo o el infierno te empujaban a ello o el don Francisco o el mal gobernador de Chile o las malas noticias de los Reyes o las peores de la audiencia, a llevarla de sitio otra vez antes de bajarla de las carretas. Padre, el soñador no es un pecador, nada malo hago en imaginar una mudanza fácil de la ciudad, ¿muchas mudanzas si sólo una he hecho? ¿Quién me dice que no harás diez o doce? Padre, tal vez haga una tres o cuatro, dijo francamente, con sinceridad, arrepentido en seguida de haber hablado, pues estaba en la certeza de que alguna vez debería irse de allí y es bonita esta tierra, dijo mirándola surgir de las tinieblas. Es hermosa, no hay duda, dijo el padre Cedrón, golpeando el suelo con su escarpín, pero tu corazón desbocado no se para en bellezas celestiales ni en hermosuras extraordinarias y evidentes, ay, señor, eres un hombre cálido y apasionado y en cierto modo ciego, qué te importa que la tierra sea bella si amas la mudanza de la ciudad, ésa es tu sola belleza, tal vez no la amas a ella y amas sólo su mudanza, que es amarse uno mismo, Juan, dijo por lo bajo, arrastrando un pequeño rencor para emocionarlo o hacerlo arrepentirse o enojarse, la hieres y despedazas, dejas botado en el camino sus restos y muñones, la abandonas una noche entera, aterida bajo la lluvia, sueltas las cuerdas que la amarran al tormento y la miras desmoronarse en el barro, empiezas a hacer hoyos como abriendo una tumba y estás triste y dices que la amas y no puedes pasarte sin ella y no hallas dónde ponerla. Ese es mi duelo y mi enfermedad, padre, sólo eso, no hallo dónde ponerla porque quiero conservarla viva y no muerta, entera y altiva y honrada, no violada y saqueada y desmantelada de bandidos, no es una alfombra ni un puente ni un tabladillo, no es una carretera real por la que golpean desatados moros y genízaros, es una ciudad, un enorme ser vivo, el alma de España, nuestra propia alma, nuestra sangre corre por sus venas, ella respira con nuestros pulmones, somos su boca, sus ojos y sus manos, sufre con nosotros y por nosotros y por no verla padecer el hambre y la sed de una guerra inicua e injusta que me trajeron los de Chile, la he sacado del camino, como sacas tú una criatura del medio de la calle, para que no la pisoteen los carros de los gitanos, si está herida la cuidaremos, si está flaca y descolorida la alimentaremos y la pondremos bella, si tornan los bárbaros, la cargaremos sobre nuestros pulmones y saldremos galopando hasta encontrar un rincón propicio para ella. Padre, la amo mucho, ¿cómo puedes dudarlo? No dudo de tu amor por ella, Juan, dudo de que tu amor la mate, ¿no conoces los dramas que cometen la pasión y los celos y

el odio? Odias a los que quieren quitarte la ciudad, no vayas a matarla a ella por matar a otros, Juan, no la empapes en sangre injusta, de puro bueno y generoso no te conviertas en un malvado. Padre, mi destino está encarnizado en la ciudad, sólo Dios y ella saben si he de matar o morir por amarla, sólo ella sabe si he de convertirme en asesino por salvarla, mi amor es absorbente porque es grande, ¿hay maldad en ellos?, ¿no era Jesús un hombre apasionado?, ¿no cometió injusticias sin dejar de ser un hombre bueno?, ¿no murió por salvar el mundo?, ¿no hubiera muerto a algún malvado por salvarlo? No me digas que no, Jesús era un enfermo que tenía los nervios malos, se enojaba fácilmente y esto en él ya era una falta, un pecado, y más que eso, una inconveniencia. Yo no he conocido hombre más despreciativo de los otros que él, y tenía la debilidad de las mujeres, que encierra una extraña fuerza. Pero lo quieres a él en la ciudad, con todas sus mañas y defectos, ¿lo quieres o no?, dijo el padre, sonriendo. Sí lo quiero, padre, sí lo quiero, está entre nosotros, ahí, dormido entre los soldados, duerme como ellos, es uno de ellos, roncando, cualquiera de ellos, mañana estará despierto, sumido en los breñales, mirándome con su extraña mirada de apasionado odio, simpatía, comprensión y envidia, ¿por qué me envidia, padre, Dios mío, por qué me envidian, por qué desean quitarme lo que es mío, lo que has hecho con mis manos, con mis dolores, rompiendo y sacrificando a mi gente? ¿Comprenden que la quiera?, dijo finalmente. No comprendería que no la quisieras, contestó el padre y bostezó largamente, mirando el cielo violeta, distante y frío, en el que soplaba un viento colado. Y cuando él se tendió para dormir un rato, el padre Cedrón lo miró largamente en silencio, sin decirle nada, sin agregar ya nada, miraba el rostro enflaquecido y viejo, carcomido por la fiebre y la falta de sueño, la barba le temblaba en la penumbra, a largos estremecimientos, una barba fina y delicada, salvaje y sensitiva, tenía los ojos hundidos y como agazapados y la mano abierta, echada sobre la tierra, entre las sábanas y la pierna derecha un poco curvada hacia lo alto, a medias despierta, a medias desconfiada, lista para poner de pie y él la movió tímidamente, la tendió en tierra y respiró profundamente. El cielo estaba plomizo y luminoso, nubes cargadas de lluvia volaban en dirección a los cerros lejanos, el viento soplaba con persistencia las copas de los árboles y los caballos paraban entonces las orejas y las removían nerviosos, después tendían el hocico en la orilla del agua y bebían inquietos. El padre Cedrón contempló un rato más al dormido, lo veía incrustado en el fondo de un montón de ventanas y puertas,

donde había ropas y cuerdas enrolladas, le veía la cabeza apegarse a las ropas, meterse entre las maderas y respirar profundo, sabiendo que estaban allí, el cuerpo se había acurrucado un poco, arrollado sobre sí mismo y tenía entre los borceguíes unas sábanas y se removía suave, apartando esos velos, esas tinieblas, esas dudas, esos temores, gritaba quedo, no señor, no, no puedo, no, señor, estiraba el cuerpo en un impulso poderoso y respiraba hondo, roncando, se quejaba y suspiraba, abría las manos, las adelantaba y echaba palabras sueltas, más, más, más, montones, muchas más, quedan tantas todavía, están cerradas, adentro, en los patios, en las bodegas, oh Dios, si era tan grande, oh Dios, si no alcancé a recorrerla entera, se reía nervioso, después lanzaba un grito y se hundía en el sueño, envuelto en la penumbra que enviaban hacia él las carretas cercanas. Los soldados descansaban bocabajo o cara al cielo, roncando con verdadero cansancio, apretando los puños con decisión y rabia, respirando de una vez, profundamente, lastimados y fatigados y hablando quedo. Los indios yacían en las sombras, agazapados bajo los árboles y sobre ellos escurría aún la lluvia, susurraban mirando a los caballos, las carretas detenidas, los muebles y sillas y puertas y ventanas y maderas y banderas y sábanas y borceguíes y calzas y camisas y armaduras, desparramados por el campo, alguno cantaba suave, con triste entonación, otro hablaba alguna palabra española que sonaba cruel e hiriente, burlonamente descarada, si es don Rodrigo, si es el don Rodrigo del Cuzco, se reían echando sus manos al vacío para coger una gallina o juguetear con los perros que les saltaban a la cara, después, mirando moverse inquietos a los soldados dormidos, mirando al padre caminar ahí cerca, se quedaban quietos, susurrando, hilando una risita en voz baja, el padre se acercó a la carreta, levantó la punta de una lona, extrajo un arcabuz y caminó hacia los cerros, tiritaba de frío y miraba el cielo revuelto y nublado, el viento le alborotaba el pelo, lo recogía en la cara, en las manos, y se sentía aliviado, liviano, ahí no estaba la ciudad, sus escombros informes y desagradables, desolados y trágicos, ahí estaba en el campo solo, los árboles solos y terribles creciendo desordenados y poderosos, ahí no llegaban aún los caballos ni ladraban los perros, el camino subía y se perdía entre las rocas y salpicados en ellos, se abrían macizos de flores enormes, repentinamente rojas o amarillas, sentía el lento palpitar de un riachuelo y caminó hacia él, alejándose siempre, mirando el cielo que parecía bajar hacia él y amenazarlo y convencerlo, sintió voces, pero no había nadie por ahí, voces o quejidos, un perro ladraba a la

distancia, hacia el campo español y él saltó sobre un charco de agua, se trepó a unas rocas y corrió un poco ahora, pues tenía necesidad de cansarse, de sentir cansada su carne. Sentía las voces delante de él, debían ser varias, estaban pegadas al viento, echando un delgado sopor, armando una emboscada o un alzamiento, tendría razón el capitán para sentirse intranquilo y desconfiado, es una piara de malvados la que han descargado en estas tierras nuestros virreyes, balbuceaba con rabia, y sentía el respirar cansado, angustiado, de un hombre cerca de él, se detuvo para mirar con nitidez, era sólo el respirar de alguien fatigado que se sentó en una roca a secar su cansancio, sólo eso, y estaba nervioso y vio los pies del hombre, el arcabuz gastado caído en tierra, cerca del agua, era un hombre joven, de rostro trabajado y audaz, cínico y despierto, tenía los ojos cerrados pero no dormía, se quejaba con esfuerzo, estaba caído en tierra, de cara al cielo, la cabeza botada en una roca y el pecho ensangrentado, el uniforme despedazado y el borceguí roto por el que asomaba un pie blanco y aristocrático, un pie que pisó salones y tabernas y España y Tierra Firme hacía un par de años y ahora, ahora, decía persignándose, ¿quién te hizo pedazos, Dios mío, te heriste tú mismo, santo Dios, te hirió Jesús o los santos apóstoles, el apóstol Santiago o el capitán? Veía al capitán correr furioso con la espada desenvainada, lo veía a él mismo alzar la muleta para mostrarla en un gesto de audaz provocación o como una carta de salvación o una pobre pueril excusa, cojos no, heridos no, ni viejos, ni moribundos, decía el capitán, decía el don Francisco, decía Guevara, decía Vásquez antes de echar abajo la ciudad y cargarla en las carretas, ni vagabundos ni miserables ni apestosos, los dejaremos en la ciudad con los ahorcados y han venido con nosotros, vienen con nosotros como los ahorcados y los sentenciados y los perseguidos y los traidores y los humillados y los pusilánimes, oh Dios, perdónalos, perdónanos, decía para sí con frío terror, sintiendo una humedad en las manos y un calor en la boca y mirando la muleta en el suelo, el borceguí sumergido en la tierra y el viento que sonaba anoche cuando empezaron a bajar los muebles en la oscuridad, tenía la impresión de haber visto al soldado cojo merodeando por ahí, mientras él, con un extraordinario cansancio, despreciativo y temerario, oteando el cielo negro desde el que descendía silenciosa la lluvia, se había tendido en las sábanas y sentía el agua correrle por el pescuezo y tenía las manos caídas en tierra para calcular cuánta agua había y había mucha agua en verdad y dejaba ahí las manos, desganadas y disueltas y sentía gritar a los soldados, llamarse a voces

destempladas, como odiándose, mientras los caballos empujaban la tierra y relinchaban sin ganas y los miraban estirando los belfos helados, deseosos de saber qué hacían, qué pretendían hacer esos miserables soldados que maldecían y sudaban y se quejaban y preguntaban por el fuego, por las comidas, por el vino, dónde diablos, bajo qué sábanas, entre qué canastos y tiestos de plata y barro, objetos inútiles y tan domésticos, estaba el vino, todo el vino, duro, siniestro, criminal, aguardando y golpeándose contra las paredes, se durmió y los soldados pasaban a su vera, portando antorchas, guardándolas dentro de sus manos, cubriéndolas con sus guanteletes y llevando sus mandíbulas hacia la luz para que él pudiera mirarle los dientes, las barbas, las quijadas y sintiera su cansado y poderoso respirar y dijera se ríen, se están riendo, tienen hambre, quieren beber algo, quieren matar algo, dónde habrán sepultado el vino, dónde habrán escondido los patacones, los hombres pasaban a su lado, sentía las palas golpear con tiento la madera de la cuja, buscándolo en el baldaquino y raspándolo a él, y lo daba vuelta un poco, dejándolo más hacia la luz y veía sus escarpines y en ellos caía limpiamente la lluvia y alguien se agachaba para mirarlo con disimulo, dejaba caer un chorro de luz sobre él y contaba la lluvia que le golpeaba el rostro, estoy muy cansado, Dios mío, qué vergüenza, qué horror, Dios, Dios mío, protégelo, protege a este hombre loco y se sentía lleno de ternura oyéndolo conversar con sosiego en las tinieblas, borrado en la lluvia, montado en el caballo, daban órdenes precisas que chorreaban de sus labios, palabras cortas, filudas, escuetas, concretas, cuiden las ruedas, no hundan más los ejes, mire esos pobres bueyes, mire ese caballo cojo, alguien se reía con bondad, sentía esa risa descansada vertiéndose en el asiento de una silla, sentía las voces y soplaba el viento y se eternizaba la lluvia, no es un caballo el cojo, decía para sí, pues había visto al soldado afirmarse en su muleta, pasar entre las sombras hacia la luz, en dirección a la cuja donde yacía él, querrá decirme algo, pedirme socorro o ayuda o consejo, meras palabras, simples meras palabras inermes, inútiles, estamos en la selva, en tierra extraña, entre salvajes, transformándonos nosotros mismos en salvajes, en sudor y barbas. Cristo aquí también es un salvaje, lanza gritos, vocifera, tiene los ojos inyectados en un trazo lúbrico y endemoniado, no quiere a sus hermanos o los quiere, más bien, a gritos, para insultarlos y se retuerce, como él lo ve, Dios padre, Dios mío, metido en el barro hasta las corvas, trabajando en los cimientos o demoliendo persistentemente las murallas, alza la delgada cara al

cielo lluvioso y lanza blasfemias, llora, pero no de desamparo o puro espíritu, sino de elemental terror y desesperación y duda, sobre todo de duda, es un Dios viejo e inútil, cojo y ciego y manco y piojoso y enfermo y maligno y rencoroso, sus ojos están llenos de lágrimas de envidia, de horror, de disimulo, he aquí que Jesús entre los hombres, entre nosotros, ha aprendido a sonreír con falsía y a disimular, grita solapado sus historias, sus parábolas están llenas de odio y de nada de perdón, aprieta la huasca en el templo y en la calle, en el comedor, en el dormitorio, se enoja con facilidad, tiene los nervios malos, se le va la imaginación de repente, hablando con infinita dulzura, llora en silencio y lanza gemidos no de dolor y estilización sino de verdadera pobreza espiritual y carnal, es un pobre y terrible enfermo, un contaminado, un rematado, oh señor, lo que han hecho los hombres de ti, lo que hemos hecho de ti, Dios mío, lo que le hemos hecho a él y el soldado estaba parado en la sombra mirándolo, agarraba la muleta como había hecho horas antes cuando el capitán sacó la espada y saltó, le sujetaron Vásquez y Guevara, pensaba, deseaba poder pensar con claridad, no lo hirió, no alcanzó a hacerle daño y sólo se desesperó y lloró rodeado de nosotros que habíamos hecho un anillo de silencio esperábamos anhelantes, sin mirarlo, el soldado se alejaba por la linde del bosque, sentíamos la muleta golpear la soledad, parecía que estaba dando vueltas alrededor para elevarse o para irse a lo alto, se alejó, pero sonó todavía durante mucho rato, se alejaba cada vez más bajo la lluvia, en el bosque había un claro en el que descendían espantosamente sólo los relámpagos y lo iluminaban entero, iba golpeando el suelo sin cansarse, metiéndose un poco en la tierra blanda para coger el rumor y llevárselo, sacándolo con la muleta como alguien que extrae tubérculos de la tierra, él lo miraba caído en tierra, pero no caído completamente, parecía que, arrepentido o temeroso de la lluvia y el viento, había tornado sobre sus pasos y quería salir, dentro de media hora en pos de las carretas y los caballos y los perros y las antorchas parpadeaban más adentro, tenía en el pecho alguna sangre, sangre joven, descolorida para ese rostro imberbe, cínico, inocente, audaz hasta la desesperación, pensó cuando el capitán saltó y él, en un gesto inesperado, de reto, de inhumanidad y de aislamiento, sólo levantó la muleta para defenderse, para taparse, pero no pudiendo tenerse en pie, fue cruzado por la espalda y el brazo y ellos vieron la cara audaz y los ojos alegres y entusiasmados abrirse para proclamar un insulto o una incredulidad o una envidia y esos ojos estaban tranquilos, seguros de su luz y el esplendor con que aparecían abiertos y

tendidos hacia el mundo y la vida hacía sospechar que había algo más, algo que corría ya por las ropas, por el suelo, y era como un ruido exótico que hubieran esperado y deseado postergar hasta unos días más, hasta que haya regresado el capitán Ardiles de los Reyes y traiga comidas y recuerdos de las cholas y recomendaciones ceñidas del virrey y bendiciones blandas y perdones, perdones para todos los cansados y fatigados y traicionados y desesperanzados, y vino, otra buchada de vino, unas botijas llenas golpeando las ancas de las mulas y ellos levantaron del suelo al capitán y le miraron el pecho y las manos, se tornaron pálidos también, sólo pálidos y agarrados a sus brazos, cada uno a un lado, como si él fuera una vasija, pasaron limpiamente por encima y el soldado cojo se había levantado también, como rehaciendo unos paquetes deshechos o sacando unos rumores, unas fuerzas, unos esfuerzos rotos y plegados y guardados para siempre y lo vieron alejarse cojeando, derrumbado en su muleta, descendiendo por ella hacia la tierra, pobre, pobre, decía y los perros habían corrido hacia él y mordían el aire y él amontonaba sus pasos, cojeando feamente, ridículamente, se hundió en la oscuridad y parecía haberse apagado en ella. No anduvo mucho, dijo para sí, recordando ahora no más todo, pues el capitán había estado muy cerca de él, él había podido mirar sus ojos cansados, sus sienes levemente canosas, su pecho hundido y Vásquez y Guevara se lo llevaron hacia dentro y entonces se detuvieron definitivamente las carretas, gritaban leves gritos de duda o advertencia los soldados que iban agarrados a las riendas, como agarrados al futuro, a las puertas de la ciudad que estaba lejos aguardando, con sus casas abiertas, con sus cuartos vacíos, llenos de montañas y ríos y cascadas y árboles y pájaros y viento y estrellas, montones de estrellas desparramadas en sus rincones, en sus calles solas, trozos de luna deshechos y envejecidos iluminando el fondo de los patios, y ropa, ropa de gente que se fue lejos, ropa de camas solas que brillan desde afuera en la noche invernal y esperan a las carretas que entren por sus piezas y dejen caer los muebles. Fue entonces, entonces fue, pero ya había empezado a llover y el soldado cojo caminó hacia nosotros en la lluvia y veíamos no sólo su muleta sino también su gorra y su pechera y el rostro empapado. Todavía lo tenía mojado y eso le daba un aire audaz y mundano, el aire despectivo y lleno de vida, no obstante, decía con desconsuelo, está lleno de muerte, la muerte entró en él, se apoderó de él para empezar a cruzar sus hilos y tejer su tela, ella está mirándome con odio, con verdadero odio, porque sabe quién soy yo, ¿quién soy yo?, decía luego con miedo y melancolía, ¿soy, en verdad, un

portador de la vida, de la vida eterna tan frágil y fugitiva? Si lo que ellos necesitan es sólo una corta vida, una corta espada para mantenerse despiertos, una cuantas palabras, sólo palabras de alerta y duda y desconfianza, palabras de desconfianza son ya palabras enfermas, llevo la vida conmigo, ya que estoy tan cansado, el cansado no es un apegado a la vida sino a la muerte, yo me quedé dormido, yo no me alcé de la cuja para defenderlo, me estaba quedando dormido, lo que es peor, sabía que me estaba quedando dormido y no hacía nada por impedirlo y pude hacerlo, pude ponerme de pie y él estaría ahora vivo, lo hirió sin desear dañarlo, tal vez sabiendo que lo mataría y sin lograr tampoco impedirlo, se acercó a él con un gesto de desmedido cansancio, lo hirió para subrayar su fatiga y su desesperación, miró su maleta como un insulto, como una provocación o un vaticinio, ¿qué vio en ella, Dios, Dios mío? Una muleta no es sino un madero y la cruz de Cristo, ¿qué es sino un madero partido, más cómodo, más espantosamente cómodo, una maldición o un alivio, una voz de blasfemia o bienaventuranza y esperanza? Viendo ahí varias palas cogió una y empezó a remover la tierra, mirando al soldado para conversarle con la mirada y mantener contacto con él, con su silencio y con los golpes de la pala en el suelo, hundiéndose ávidos con él, como hocicos, alzándose después y volando y echando a volar la tierra, sentía los golpes de la pala y sentía también, lejos, los aullidos de los perros y los relinchos y los caballos y conversaciones en voz baja de los soldados fatigados, botados entre los muebles y las ropas, alguien martillaba firmemente más lejos, parecía estar bajo tierra o en el interior de las carretas o de las casas, de las casas, pensó con sorpresa, como si las hubieran traído enteras y corrieran los caballos por las calles y ladraran los perros al interior de las quintas y alborotaran los indios y las gallinas en la plaza del mercado, frente a la iglesia, a la escribanía, a la cárcel y la casa del alguacil. Se metió en la zanja y desde ella lanzaba la tierra, que caía a los pies del soldado a su único pie, padre, y había en eso un apresurado gesto de complicidad o unión misteriosa, apenas entrevista o adivinada, la tierra estaba ligeramente húmeda y esponjosa, la respiraba con ansias, pues era un olor limpio, no contaminado todavía, un olor de tierra sola, solitaria, un olor, por eso mismo, lleno de fortaleza, el olor que debió buscar en la ciudad abandonada el padre Carvajal, que se quedó allá, furioso y acongojado, en medio de sus muertos, para enterrarlos abajo, muy abajo. Es buena la tierra, muchacho, decía sudando sanamente, deseando emplear sus manos no sólo en eso, hundir la pala en la

tierra para dejar entrar en ella a los muertos sino hundirla de manera de no tener que hacerlo después, ni dentro de dos días ni de dos meses ni de doscientos años, para otros muertos, para otros cojos y lisiados, y cuando golpeaba la pala en una piedra, deseando pulverizarla, borrarla, quitarla de su camino, de sus manos, de sus deseos, quitar las piedras de todas partes, de los caminos y de las zanjas, del pecho de los muertos, de sus riñones, del pecho de los vivos, de sus riñones, fue que sintió conversar a los hombres y apoyando la barbilla en la orilla de la zanja estuvo mirando el silencio. Estaban amarrados, amarrados firmemente, desde los borceguíes, la cuerda les subía por las calzas y cruzando el vientre se hacía tupida y malvada sobre los brazos pegados a las piernas, eran tres hombres, el viejo tenía una barba blanca, alba y límpida, noble y, por eso mismo, excluyente y etérea, nada de terrestre, nada de aventura y leal, sí, decía con miedo, parece bueno y debe ser un malvado, un suave malvado, un hombre mesuradamente inteligente, ojos grises, barba blanca, es demasiado, no obstante, era tan viejo, tan viejo, y aunque grueso y robusto, parecía frágil y quebradizo, cómo han podido amarrarlo con tanta saña, con tanta furia, con esa desesperación que teme que los ojos grises se evaporen y que la barba se torne siniestramente dura y renegrida, barba de berebere o marroquí o mudéjar o turco de la cimitarra, oh Dios, cómo permites que maten de ese modo a un lisiado y que lo amarren ahora de este modo, mira, señor, le falta un brazo y la cuerda al buscar y no encontrar el otro brazo se tornó torpe y ridícula e inútil y cruel y sarcástica y le iba trepando hacia el pescuezo, señor, ¿cómo permites, la manquedad ya es su terrible amarra y afrenta y maldición, ya lo amarraste tú, señor?, ¿cómo permites que lo amarren también ellos?, ¿y aquel cojo y tuerto, no es bastante miserable y ridículo ya, de por sí mismo?, y mira, señor, que va vestido con elegancia, con cierto cálculo y orgullo y donosura, tuerce la cabeza triste, ligeramente triste, con liberalidad y unción y te mira presumido, te mira lento, haciendo memoria, juntando memoria, con su ojo cauto y calculador, pulido y gastado de tanto acariciar el oro y la piel y los objetos curiosos de ultramar, las tinturas de las Indias y la plata de los Reyes y parece que te pregunta con orgullo, y al mismo tiempo con desprecio e indiferencia, ¿verdad que soy elegante y desenvuelto, a pesar de mi pobreza y de mi ojo?, señor, mi ojo vaciado y saqueado es mi sello, y el timbre de mi singularidad, hay en él cierta elegancia difícil y demorosa y no adquirida con la urgencia del que sabe llevar con categoría su defecto y humillación, al cual se saca todo el partido

posible y exagera y estiliza de tal modo y a tal límite, con tan profunda naturalidad, que el tuerto ya no parece un tuerto sino un ser exótico y particular de un solo soberano radioso ojo. Míralo adormecido sobre sí mismo, un poco desmayado hacia el costado de su compañero, pero manteniendo alerta su orgullo, pues en su dejadez y ensueño y duermevela hay una soltura y una generosidad corporal y una entrega esencial de sí mismo, de su cuerpo, pero no del ojo que falta, aquel ojo es lo único vivo del cuerpo, lo único presente y definitivo, parece un verdugo distante, un consejero de Indias o un ministro de la real audiencia que vela desde el otro mundo por su protegido y pupilo y que prepara, ya, de alguna manera, su retorno y su venganza, oh Dios, oh Dios, cómo permites, cómo permites, gritó en voz alta, saliendo de la zanja y corriendo hacia los prisioneros.

Pero los prisioneros no estaban solos, había soldados con ellos y caballos y una carreta salía ya de entre los árboles y avanzaba para tragarlos y había ruido, ruido de soldados que caminaban sobre las maderas, y ruido de conversaciones, sonaba una marmita puesta al fuego, los cubiertos sobre las tablas, alguien martillaba rápido en una silla, levantó la pala para amenazar y vio los rostros llenos de sangre y magullones. Parecía que los habían golpeado unos con otros o contra la tierra, parecía que los caballos habían pateado la tierra donde dormían y que ellos despertaban nerviosos y se quitaban nerviosos el barro y la sangre y las herraduras, tenían las manos llenas de barro y de un humor negro que él pensó no era sólo agua, no sólo agua de lluvia. El hombre de la barba tenía el rostro purulento y cruel, como una costra que empieza a envejecer y a quebrarse, sus ojos parecían todavía dulces, pero cansados, se entraban en la carne deseosos de apagarse definitivamente, hermosos y sin uso, pero su barba altiva y etérea resaltaba más sobre el pecho martirizado por las cuerdas, hacía resaltar más su blancura y su desinterés de todo aquello que ocurría, parecía una barba que pertenecía en España o en los salones del virreinato, aguardando la fiesta tras los balcones volados que caían en la calle. ¿Qué hacen, salvajes, preguntó él, apretando la pala y pegándola al vientre, qué hacen con estos hombres, con estos cristianos? Señor, dijo Vásquez, padre, padre Cedrón, la justicia parece siempre bárbara, ¿no era justo Dios Jehová con sus infieles, su justicia no estaba llena de sangre? Bajó la voz y lo quedó mirando y al hablar otra vez otra vez parecía que él mismo tenía miedo. La justicia está correando sangre, padre, pero no solo en Tucumán, ni en Chile ni en la ciudad de los Reyes ni en Tenochtitlan ni en el comedor del marqués Francisco Pizarro ni en el lecho de don Diego de Almagro ni en los peldaños de la catedral del Cuzco ni siquiera en el siglo XVI, Dios tiene las manos empapadas, ¿qué importa que lo estemos también nosotros, que trabajamos directamente en ello? Traemos la civilización y la vida y la cruz y la espada de España, pero mira cuánta muerte debemos dejar como rastro para meter vida ajena en un mundo extraño, en un cuerpo extraño, padre. ¿Qué hacéis, qué han hecho?, preguntó lúgubre él y veía al capitán durmiendo, terriblemente cansado, en la tierra mojada, tapado con sábanas húmedas y apoyada la cabeza en el borde de una puerta y lo veía tan deshecho y frágil y enfermo y se preguntaba con estupor, ¿cómo ha podido? Todos los que mueren en estas tierras algo malo han hecho, padre, dijo Vásquez con recelosa ironía, una ironía provisional e insegura, que sonaba más a superstición que a miedo,

algo malo, padre, algo imperdonable, han sido derrotados, derrotados en su villanía o en su derecho, derrotados en su lealtad o en su deslealtad, han sido débiles, no pueden ser débiles ni tibios y “Dios vomita a los tibios”, la debilidad es un pecado que se castiga con la muerte, la horca y el garrote son muertes divinas, el que muere es juzgado primero, se escribe para él una detallada cartilla de acusación, deponen los testigos y los lenguaraces, corren los plazos para la apelación, baja la horca del cielo. ¡Padre, padre, dijo alzando la voz, acercándose a su garganta, éste es un asunto de la corona y no de Dios, del capitán y no del vicario! ¡Estos hombres ya están muertos!, gritó amenazador él y decía para sí están vivos, sin embargo, están heridos y maltratados y mancillados, están vivos y lo están oyendo. ¿Del capitán?, preguntó, ¿del capitán, Vásquez?, lo dejé dormido hace un rato, antes de venir a darle sepultura a aquel desdichado, dijo señalando las sombras. El capitán no dormía hace ocho días, dijo Vásquez, es una sentencia que se demoró en cumplirse, los vamos a matar a todos, padre, esto es simple. ¿A cuántos?, preguntó él con miedo y conmiseración. A todos los que hallemos, las carretas están llenas de miserables, gritó con fría furia Vásquez, mirándole con obsequiosidad la pala que apretaba en las manos, como si con ella estuviera él desenterrando inútilmente a miserables y traidores y cojos y ciegos y mancos y moribundos y viejos temblorosos del fondo de las carretas, las carretas están tapadas con tierra y él cavaba con coraje en ellas y entre el gemido de las ruedas y el mugido de los bueyes sentía sumergirse la pala en la tierra y brillar en el fondo los metales de las armas y los ojos despavoridos. Es una espantosa crueldad, dijo mirando a Vásquez con prevención. La justicia no es una obra de misericordia, padre, dijo Vásquez y caminó hacia sus soldados. ¡Es asesinato y no justicia, gritó con pesadumbre él, esto no lo quiere Dios y no lo querrá el rey!, y clavó su pala en la tierra y se franqueó a los presos y les habló a gritos, pues el ruido de los martillazos retumbaba en el fondo del barranco, ¿qué habéis hecho, quién sois que así os tratan?, preguntó, y en su pregunta ya estaba la respuesta, les había gritado lo que hubiera deseado preguntaran ellos, vueltos hacia lo alto o hacia las zanjas abiertas en las que serían echados. ¿Quiénes somos, qué hemos hecho, Dios?, nos has desamparado, los has ayudado a ellos, has sujetado los maderos y amarrado el doble nudo. ¿Quién sois, dijo otra vez, quién sois, por qué no os habéis defendido?, y le extrañó su pregunta y se preguntaba por qué la había hecho, debía ser por algo importante y terrible, pero todavía no podía decirlo, ni recordarlo, y le extrañó también a Vásquez.

¿Defenderse ellos, padre?, preguntó con admiración ingenua, ¿sabes lo que es eso, sabes quiénes son ellos, ni qué han hecho ni lo que podrían hacer, lo sabes, padre? El hombre tuerto empezó a llorar suavemente, sin escándalo, con una pena antigua, como si ahora recordara quiénes eran, por lo menos quién era él y aquello le produjera gran desconsuelo y deseara que lo desataran para recordarlo completamente, había despertado del todo y estaba forcejeando para soltar los cordeles y los otros prisioneros se remecían con él y abría los ojos espantados el soldado cojo, como si ahora no más fuera a ver la realidad de su suerte, y con dulzura, con renovada paciencia y dignidad el viejo, parecía desear hablar o quejarse con mesura, quejarse de un dolor físico que no se refería a los cordeles ni a la horca ni a su muerte fatal y próxima, sino a su antiguo esplendor. Padre, esto ya está hecho, dijo Vásquez, cogiéndole las manos con dulzura, con sorna y desprecio, con consideración y respeto, al mismo tiempo, recalcando las palabras como si quisiera advertirle que no tenía campo ni deseaba tenerlo de repetirle una vez más su explicación, lo haremos bien, padre, vea que no hacemos escándalo, ni alharaca, ni fiesta, vea que no traemos al alcalde ni al alguacil, ni al escribano ni a los jueces, ni a los lenguaraces, casi no los traemos a ellos, vea esto, padre. Lo veo, Vásquez, no, señor, sólo trae su daga y su puñal y su propio miedo, ellos son sus abogados y fiscales y veedores y escribanos, ¿y quieres que no llame asesinato a esta muerte? Hacéis justicia tan desordenada y tan apartada del camino como los salteadores en el zaguán de la casa, en la cocina, en la huerta, junto a la llave del agua, ¿y no quieres que os llame asesino? ¿Quién sois, Vásquez? Sólo sé vuestro nombre y también los de estos cristianos, son tus víctimas, tú los has matado. No, padre, no los mato yo, los mata el virrey y el rey también y el virrey es, además, sacerdote, los mata Dios, y mira que a Dios le gusta la justicia mojada, estrujo las hojas del antiguo testamento y veo que chorrean. Como chorrean tus manos, Vásquez, dijo lentamente el padre, dándole una bofetada. Vásquez rodó por el suelo y el padre Cedrón cayó sobre él, enredando sus faldas en los borceguíes, bramaba Vásquez por lo bajo, con sorpresa y coraje cansado, gastando un esfuerzo que no traía prevenido y diciendo quedo, sumiso casi qué haces, señor, qué haces, padre, mira que vistes sotana, mira como lucho con vos, eres cojo y ciego y manco como los lisiados y los sentenciados, tan inútil e inservible como esos traidores, ¿cómo lucho igual con vos cuando llevas a Cristo colgado al cuello y a Dios agarrado en las manos, padre, padre, decía ahí abajo, trajinándole la sotana para

desnudarlo y buscar al verdadero hombre, al verdadero soldado, al verdadero traidor y desleal y anticristiano, sólo cogía el olor lavado de la sacristía y de las hostias y del polvo celestial, insípido, pegado a las imágenes, el padre respiraba en su oreja, como tras la rejilla del confesionario y sentía esa conocida mezcla de intranquilidad y superstición y confianza que emanaba entre todos ellos y del padre Trueno y del padre Carvajal, que gritaba también, fríamente, como descubriendo una destemplanza, una falta de caballerosidad o una trampa en el trato que le era debido, cuando plantado frente a las horcas, donde colgaban Alonso del Arco y Antón de Luna, gritaba, señor capitán y gobernador, eres un asesino y yo enterraré a tus víctimas. No lo soy, señor, había respondido con suavidad, sin nerviosidad y con mucha entereza, no lo soy, como si dijera que no te he faltado, estoy en mi casa y no en la tuya, estás sentado a mi derecha y no a mi izquierda, si los entierras te lo agradezco, gracias, vicario, por Dios y por el rey, nosotros no tenemos tiempo, ya nos vamos, ya se van las carretas, adiós, Alonso, adiós, Antón, adiós, padre, gracias, padre. Padre, padre, gritó en la penumbra, tanteándole la cara, mira, padre, lo que hacemos, mira lo que haces y me haces hacer, y levantó como un paquete la cara del padre y le descargó dos bofetadas, tenía la cara llena de lágrimas y sangre, lágrimas y sangre del padre, lo tengo todo despedazado, balbuceaba sin furia, dándose cuenta de su error, en su intromisión en una culpa ajena, en un error ajeno, padre, padre, y las manos del padre le trajinaban la cintura y apretaban ya, tan luego, el cuchillo, tiene a Dios, a Dios y la daga, la daga, y el padre levantó la mano lentamente, como alzaba en la iglesia antiguamente, hace diez años, quince años, hundido en la isla o en las selvas del Asia Menor, el crucifijo para que lo vieran todos y bajó la mano mirándolo con los ojos muy abiertos y fijos, completamente fríos y desleales, nada de cristianos ni de caritativos, tampoco enojados, ojos perfectamente prácticos e inteligentes y sanos, capaces de mirar en la oscuridad y no contaminarse con gritos de odio o de miedo, con quejas de heridos o aterrorizados, el padre alzó otra vez la mano, un corto trecho, como si le fuera a pasar la comunión y la hundió en su cara apresuradamente, y después en su pecho, como si los dos hubieran entrado a los muertos y rompiendo ropas y tarjando suelas y correas, encontraran un cinturón con monedas de oro y piedras preciosas y quisieran abrirlo y repartirlo y aquélla fuera su parte que el padre Cedrón le escondía en el pecho, no sólo para dársela y dejarla segura y que no perdiera nada, sino para significarle con ello que estimaba mucho y que por estimarlo le había dado la mejor

parte, tenía mucho calor y sentía la tierra húmeda y arriba, entre las nubes altas, sonaban las voces plácidas de los soldados, extrañamente apegadas a las quejas de los prisioneros, a los ruidos de las espadas y de las luces que estaban inclinadas hacia otro lado, como si hubieran deseado dejarlo a solas discutiendo sus trampas y sus felonías con el padre Cedrón, que estaba de pie ya, todo sudado y el vestido roto y él sentía una extraña angustia y sintiéndose débil tenía siempre el espíritu robusto y firme, pero atemorizado y estremecido por el odio, el padre Cedrón estaba de pie y se agachó en la tierra para mirarlo, para entregarle otro puñados de monedas y guardárselo en el pecho, tal vez para decirle al oído sus palabras de maldad y de santo y seña para la próxima noche y la próxima emboscada y le cogió los borceguíes, se los juntó, ahora me va a robar la ropa y me va a echar a la zanja, dijo para sí, y sintió un gran calor y se sentía delgado y tenso y el padre miraba el cielo en el que se amontonaban las nubes, pero no va a llover, pensó, sintiendo el viento frío y persistente y escuchó el vaivén de las cuerdas y en la penumbra las vio moverse, un tanto pesadas en su balanceo. Los soldados estaban quitando las escalas y algunos miraban con curiosidad, otros, agachados en la tierra, golpeaban las maderas sumergiéndose en su propio endemoniado ruido, formándose una aureola y una soledad con ella, percibían el olor de los árboles mojados y las copas inclinarse a su paso para olerle el rostro dolorido, caminó hacia las cuerdas que se bamboleaban en dirección a él como si quisieran mostrarle su carga o transferírsela, algo le goteaba en el escarpín y sentía, en ese leve ruido, gotear también la horca sobre sus pensamientos, sobre su cansancio, una gota larga, otra gota, como pasos de alguien intranquilo, indeciso, que no sabe por dónde entrar o por dónde salir, se veían más altas que de costumbre y la cara del viejo de la barba blanca estaba directa frente a él, sonriendo con tal persistente dulzura y pertinacia que había una desagradable impresión de burla y de falta de decoro en esa sonrisa reiterada, fría y sin sentimiento, el hombre cojo tenía la cabeza caída sobre su propio hombro, dormido y no ahorcado, embriagado y no deshonrado y su ojo negro oteaba las sombras inquiriendo por el desalmado y el bastardo que se permitía reír de aquella noble muerte y el cojo estaba encogido, como si el contacto de la cuerda y la horca misma no hubiera sido sino un desagradable corto frío, pues era incapaz ya de todo esfuerzo, hasta de llorar de terror y de conmiseración, tenían todos las ropas rotas y a través de ellas se divisaba la carne de las piernas, la manga del soldado elegante mostraba el brazo totalmente desnudo, blanco y

ligeramente magullado, había algo hiriente y repulsivo en aquel brazo que aún no había muerto. El padre caminó hacia ellos con su carga para mostrárselas, pero recordando algo, sin mirar a los soldados que trabajaban, golpeando las maderas y poniendo en pie las puertas y ventanas, se metió en la oscuridad, como si allá fuera donde en definitiva lo requirieran para mostrar su carga. Al desaparecer él los soldados se movieron, arrastraron la escalera, hablaron en voz alta para espantar el silencio apegado a sus manos y a su cara, llamaron a Guevara. Guevara estaba sentado en el suelo, apretado al tronco de un árbol, con los ojos abiertos, pero no miraba eso, no los miraba a ellos sino más allá, mucho más allá, se veía tranquilo, pero en realidad estaba muy fatigado, estuvo sudando mientras el padre Cedrón y Vásquez rodaron por el suelo, quería llamarlos en voz baja y no se atrevía y deseaba que el padre, que Vásquez, deseaba que Prado, alzó las manos, llamó a un soldado que esperaba junto a los sentenciados y el soldado corrió hacia los árboles y desapareció. Después, mientras Vásquez golpeaba la tierra y sonaban sus puños blandos y lo sentía llorar, Guevara se movió un poco en la penumbra, dijo unas palabras roncas y veía al padre sentado en la tierra, entre las hojas secas, trajinando las ropas de Vásquez, como si ambos estuvieran borrachos y buscara dinero o el naipe, sonaron tras él las escalas y sintió que los cuerpos rodaban hacia la profundidad de la tierra, más abajo de los hombres que luchaban en el suelo, hundiendo sus manos en su vientre, alzando las dagas y hundiéndolas en la oscuridad, la oscuridad sangraba y brillaba a la luz de las antorchas y los cuerpos se sumergían en esa luz rompiendo las hojas, hundiendo las ramas, los gritos, los martillazos, hundiendo las puertas, golpeaban rápidamente en ellas con sus puños y seguían bajando, recogiendo el silencio y yéndose con él y Guevara caminó dos pasos y sentándose en el suelo se afirmó en el árbol para hundirse también en él.

Es hermosa, decía mirándola por la ventana, divisando las casas hundidas en la luz crepuscular, es hermosa y parece mentira, había ya muchas calles, muchas casas, la plaza de la iglesia se abría otra vez, llena de árboles nuevos, de flores algo feas, el pasto crecía hasta la altura de los borceguíes y en él se salpicaban las flores, los claveles, las violetas, las rosas que trajimos de los reyes, son flores de España, somos españolas, Juan, como tú, como las calles, como los balcones volados y los techos moriscos que quieres edificar, los harás, los haremos, Juan, es realmente bonita, decía a su lado el padre Carvajal, mirando la tierra por la que trotaba un caballo, dos

caballos, ladraban algunos perros, alborotaban con tiento las gallinas, un chancho atravesó solemne y tembloroso ante ellos y se hundió en el barro asoleado. Sí, es hermosa, dijo él, y no quería decir más porque no se atrevía a hablar mucho, a recordar cosas, a obligar al padre que le contara otras, a sacar antiguos recuerdos, tristezas, remordimientos, ya la hierba debe crecer sobre ellos, ya se han ido muy abajo, la lluvia corre encima y permanece todo el invierno, el viento pasa y hace olvidar, se olvida él mismo y se mete bajo los matorrales, bajo las ruinas, buscando briznas de ropa, brillos de cucharas y tenedores, alguna cosa de descanso y comodidad que tomas en tus manos y quedas mirando.

Una mañana cualquiera llegó trotando en un caballito flaco, traía el hábito despedazado, descolorido, venía triste, pero digno, casi enojado, cojeaba visiblemente y tosía bastante, de la grupa del caballo se vertía un poco de sangre que ya había manchado sus borceguíes y las sábanas que colgaban amarradas con cuerdas. Las descolgué de arriba, dijo él, hincado en el suelo para deshacer el paquete, sin desear todavía mirar al padre Cedrón, que lo miraba lleno de conmiseración y simpatía, mientras alzaba la cabeza para recordar villanías y ensartarlas y no olvidarlas y trocarlas en venganza divina, en maldiciones y excomuniones y bofetadas y dagas y cuchillos y degüellos. Estás cansado y enfermo, le dijo mirándolo toser, necesitas estar tendido varios meses en la oscuridad, dijo mirándole las manos como si pretendiera recordar algo, algo evidente y que no se refería a él ni al padre, como si el padre Carvajal no fuera quien era, sino otra persona, un soldado, un perseguido o alguno que iba a cometer traición dentro de algunos días, a hacer revuelta, llevarse la gente a Chile, robar el ganado, quemar las sementeras, coger preso a Juan Núñez, enviarlo a Santiago, a los Reyes, amarrado en un borrico, trotando camino de los cerros. Tendido, tendido, dijo rápido el padre Carvajal, hincado en la tierra y quejándose virilmente para sí mismo, sin tomar en cuenta a Cedrón, tampoco demasiado a su cuerpo, sus manos que apretaban las cuerdas diligentes y duras, tampoco a sus ojos sucios, entrecerrados, sólo cansados, pero no cerrados, no definitivamente hastiados, tornó la cara con sosiego mirando las paredes del cuarto, entrándolo espacioso y firme y durable, un cuarto que tenía varios meses de vida, de espera, de esperarlo a él, a sus pasos, a sus quejidos, se quejó libremente, pues el dolor de la cintura lo atravesaba, se puso de pie acercando su rostro al de Cedrón, llevándolo a la luz para que viera que sólo estaba cansado y sucio, un poco herido, un poco enfermo, estuve días metido en el agua,

dormí dos noches sobre el barro. Le tornaban los escalofríos con sólo recordarlo y veía la neblina y las cuerdas que colgaban en lo alto y los buitres que daban vueltas graznando con desconfianza, mirándolo con odio y con sorpresa, pues él no estaba tendido en la tierra ni colgado en el cielo, en una rama de árbol, en dos palos cruzados, azotando la escalera todavía, todavía los peldaños, como si deseara posar los borceguíes en ellos para bajar apresuradamente y salir corriendo. Cedrón le miraba el rostro y lo vio tan cansado y enfermo que abrió la boca para decirle su miedo, su horrible miedo de que se muriera mañana, esta noche, padre, padre mío, quien lo había metido en la vida sosegada de la religión y después en la vida descarnada y aventurera de los misioneros, mitad bandidos, mitad putañeros y hombres sin entrañas que habían salido hacia el nuevo mundo en pos de la piara de bandidos que talaban los bosques, rompían las montañas, rajaban la tierra, incendiaban las aldeas y mataban a los indios, sin distinguir nada, ni edad ni sexo ni calidad familiar distinguiendo sólo su propio terror y el terror que inspiraban a los indios cuando los veían curvados sobre el vientre, sonriendo feamente, humilladamente, como los locos o borrachos o maricones, abrazados a los borceguíes, cogidos de las espadas, metiendo sus brazos en la cuerda de las horcas, amarrados a los maderos de los cepos, veía sus caras iluminadas en las llamas, las lenguas amarillas, rojizas, verdosas, iluminar el cielo enorme, más abierto, más cercano en el que se amontonaban como pedruzcos sucios las estrellas. El padre Carvajal tenía el rostro transpirado, como si lo hubiera tenido durante meses expuestos al calor seco de las llamas solas y Cedrón lo miraba anhelante, temeroso siempre de que enfermara y faltara, señor, te necesitamos, tú eres quien nos puede salvar, padre, sálvanos, padre mío, sálvame, dijo sollozando, cogiendo las manos del viejo. ¿Salvarte a ti, que tienes la salvación en tus manos, colgada al pecho?, dijo con áspera dulzura el viejo, buscando el rostro de Cedrón, el volar despavorido de esos ojos desencajados e inteligentes. ¿No eres fraile, no eres sacerdote de Cristo, como yo? Ay, padre, soy soldado de Cristo, verdad que soy soldado de Cristo, pero me he salido de sus banderas, dijo bajando la voz y mostrando sus manos magulladas, deformes y fieras, nada de sacerdotales ni religiosas. El padre Carvajal no dijo nada, siguió desenvolviendo su paquete, extendió las sábanas en el suelo y de ella salieron unos borceguíes nuevos, un escapulario, los guantes de un caballero, dos cinturones, unas dagas, unas monedas de oro y plata, todo manchado y pegado a hojas de árboles, a tierra, a pequeñas briznas de madera seca. ¿Sabes, dijo lentamente, que

vengo de estar en contacto con la muerte, muchos días, varios meses, dos o tres?, ya no recuerdo, he pasado hambre, he estado enfermo, he encendido fogatas para no estar tan solo, los buitres volaban en lo alto, esperando que me fuera, sin desear bajar todavía hasta que estuvieran solos. De pie en la tierra, abriendo las tumbas, los miraba hundidos en lo alto, ya los conocía, eran cuatro y eran bellos, repelentes, les puse nombres y me entretenía llamándolos, aquel fino y delgado, de alas brillantes y descoloridas, era don Álvaro, un joven señor fanfarrón y vividor, que no creía en Dios ni en el diablo, que creía sólo en la vida, en los amaneceres pasados en las posadas, entre castañuelas y jarros de manzanilla, me miraba con deprecio, con acrimonia, con deseos de apabullarme a insultos e ironía, sabía que yo era un fraile, un fraile de mierda, un fracasado de la vida y de la muerte. Junto a él, picoteándolo y coqueteándose con él, volaba doña Elvira, joven y fea, distinguida, un poco enferma y alocada, debía estar herida en una ala, pues volaba torcido, como cayéndose, don Álvaro volaba a su lado para recogerla o apoyarla o atraerla hacia él, con cierta conmiseración o un poco de agradable suficiencia, sabía que era amado y deseado y por eso me miraba con desprecio, como diciéndome mira a esta pobre tísica, está herida, yo la herí, yo la herí con mis garras, podría haberla matado y, por eso mismo, me sigue. Apartado de ellos, sin desear saber demasiado de ese par de soñadores, planeaba majestuoso un buitre enorme, exclusivo, agitando el aire solemne, incorporando todo el aire en sus alas echando un aire de fría dignidad hacia donde yo estaba, un gran señor, un despreciativo que mira a sus vasallos y siervos hundidos en la gleba, bajo el cierzo y el sol, y sabe que están amarrados a él, a sus puños, a sus riñones y que no escaparán, no escaparás aunque caves, aunque caves no escaparán ellos, decía para sí, miroteándome, cava, cava, pobre señor, nosotros sabemos golpear el cielo y la tierra y arrancarles a ambos lonjas de carne y dando un graznido de soberbia, uno solo, bogaba solitario, diluido en el cielo en el que flotaban unas nubes grises, altas y lejanas. Tras ellos bogaba el sirviente, don Simón le llamaba yo, a éste le tenía odio y él me odiaba también, con el odio lustrado de los serviles, su pelaje, carcomido y feo, le quedaba tal vez un poco grande, parecía ir vestido con las ropas viejas de su amo y parecía muy enfermo, sus ojos legañosos, pitañosos y sangrientos se posaron un día en mí, cuando cansado, muy cansado, me tendí junto a la zanja y me adormilé, lo sentía caminar en la tierra y mirarme dijo, daba cuidados pasitos, humilde y solapado al mismo tiempo, pues lo estaban mirando desde lo alto y tenía a

quién responder de su cobardía y su valor, era repulsivo, con esas patas descarnadas y abiertas, delgadas y hediondas, sentí su olor podrido cuando se sacudía levemente junto a mí para cerciorarse de que yo estaba vivo, para mirarme bien, pues parecía medio ciego y en verdad lo estaba, su plumaje era amarillento y sucio, entristecido y viejo y cuando me senté huyó alzando las alas con escándalo un poco mujeril y emprendió el torpe vuelo húmil y deshonesto, volaba con presurosa humildad tras don Álvaro y doña Elvira, que planeaban juntos, lanzando leves graznidos, alegres y descomedidos, como riéndose, como solazándose y divirtiéndose en esos paseos circulares e interminables que imaginaba su ciego amor, don Simón bajaba la cabeza con humildad y lanzaba unos graznidos cortos e insignificantes, golpeaba las alas para llamar ligeramente la atención y graznaba apresurado, sin pretender acercársele y ellos pasaban delante de él hendiendo airoso el aire don Álvaro y apegada a él, graznando quejosa la pobre doña Elvira, que metía su cabeza bajo las alas de él para limpiársela o para limpiar el cuerpo del amado. Como ves, no todo eran tristezas, esos pájaros siniestros y carniceros eran mis amigos, les tenía simpatía y me acompañaban, ellos también parecía que se habían acostumbrado a mi presencia, en las noches sentía sus graznidos en los árboles cercanos, al otro lado del río, unos graznidos sueltos y desvelados, cautelosos, de gente solitaria que habla poco y seguramente ellos me veían caminar en la oscuridad atizando el fuego, esperando que me sentara y me quedara dormido. Las llamas iluminaban las horcas, veía brillar los borceguíes de los ahorcados, los imaginaba acompañándome también, aún con vida, sólo que no se movían, sólo que no deseaban descender de ahí. Empecé a cavar la tierra, llorando de rabia y de compasión, llena de maldiciones la boca, pues está permitido maldecir, padre, como a veces, tal vez, está permitiendo matar, Jesús tenía mal genio, como todos los inteligentes, como todos los que se dan cuenta de que el mundo camina torcido y quieren enderezarlo y esgrimen la huasca o la daga, Jesús también hubiera agarrado un cuchillo para defender a unos prisioneros que iban a ser asesinados sin justicia y sin motivo, aunque estar ya en estas tierras es un motivo, embarcarse en Palos o Cádiz o Barcelona es condenarse uno mismo a muerte, pues toda muerte es justa y aquí el asesino es casi un justiciero. Yo estaba cavando, pues, y estaba seguro de que ellos ya estaban arriba, clavados en las ramas, muchos días antes de que tomaran preso a Alonso del Arco y a Antón de Luna, sabían que la muerte vagaba entre nosotros, que vestía la ropa de los soldados y se sentaba a la

mesa y se tenía entre los perros a mirarnos, ellos la habían descubierto y la veía caminar en la noche, apartar las sillas y las ropas para venir a mirarnos, ellos la habían descubierto y la veían caminar en la noche, apartar las sillas y las ropas para venir a mirarnos, para encontrar a los que necesitaba. Cuando el ruido de las carretas desapareció tras los árboles y pasaron las horas y cavé cuatro tumbas, las cuales tumbas que necesitaba, el terror y la desesperación me hicieron transpirar, miré en lo alto las cuerdas de las que pendían los dos soldados, cogí un arcabuz y espanté a los pájaros, ellos se alzaron apresurados graznando con brusquedad, como reclamando de mi falta de cortesía y de decoro, preguntándose cuál había sido la de ellos, hicieron un gran círculo en el aire, lo voltearon dos veces y desaparecieron, desparecieron en dirección a las casas, donde estaban los otros dos, eso me hizo recordar mi deber y recobrar toda mi energía, corrí por el campo, salté sobre puertas desvencijadas que colgaban todavía sobre sus goznes, me hundí en unas ventanas deshechas por la lluvia o por los golpes, me enredé la sotana en unas sábanas y los borceguíes en unas cuerdas, alcé el arcabuz y disparé hacia el cielo, sin divisarlos, había humo y entre él volaban, perdiéndose, disparé otra vez, los vi posados en un árbol, tres, muy juntos, en una rama y don Simón en otra más alta, miraban hacia la casa, aguardando con siniestra paciencia, sin cuidarse de que yo corría por el campo gritando y escuchando mis propios gritos que resonaban en la soledad y me daban miedo, me paré y los quedé mirando, les grité y vi la dignidad o indignidad de cada cual y comprendía entonces que deberían ser mis acompañantes, mis amigos y enemigos durante muchos días, los veía en medio de mi sueño, posados en la rama cercana, bajo la luna, mirándome, esperando que por un milagro del infierno me enfermara y muriera, deseaba que estuvieran muertos, bien muertos y a ellos se los agradecía, ellos, los cuatro, lo supieron antes que yo y al verme que no les disparaba, que sólo me limitaba a asomarme a la puerta y mirar amedrentado hacia dentro, se movieron un poco en su rama y murmuraron un graznido despectivo e impaciente, como diciéndose, mira este fraile idiota que no sabe que ésos y esos otros y seguramente otros más allá, bajo las puertas, entre las ropas, debajo de los montones de cuerdas, están bien muertos, completamente muertos, es español este fraile pícaro y no sabe cómo trabajan sus amigos, sus graznidos me obligaron a entrar lleno de vergüenza a la casa y ellos tenían razón, mis amigos trabajaron bien, sabían lo que hacían y lo hicieron perfectamente. El enfermo estaba caído de espaldas, con los brazos

tendidos, desmesuradamente largos y anhelantes, tenía el pecho roto y el arcabuz pasaba sobre su mano derecha, aplastada, la ventana, desvencijada, colgada sobre una silla, enviaba una lechosa claridad que le bañaba el rostro y mostraba las facciones puras que se habían puesto tirantes y desagradables, descarnadas e inhumanas, veía yo las vendas que le fajaban el vientre y que con la caída se habían desprendido apresuradamente, como clamando y proclamando la urgencia de las heridas guardadas en ellas para matar a ese hombre y que todo otro esfuerzo, otro disparo, otros golpes, ya no eran necesarios. El dueño de casa tenía la cabeza caída de lado sobre la mesa, como si hubiera querido escuchar algunos gritos distantes, voces de alerta que no podía oír perfectamente con los martillazos que sonaban ahí mismo, una mano esgrimía todavía un trozo de pan y había varios panes caídos en tierra, a sus pies, tenía sólo la punta de los borceguíes apoyada en tierra, alertas y vivos, listos para alzarse y actuar, para coger el arcabuz que estaba tendido en la mesa y las dos dagas, la suya y la del amigo, sus ojos estaban abiertos, mirando el trocito de pan que tenía en la mano, mirándolo con sospecha, como si estuviera envenenado, él era grande y robusto, tenía un rostro noble y despierto, un cabello revuelto y voluntarioso, su cara no parecía nada de atemorizada sino llena de bríos, ni siquiera impregnada en odio y desvarío, aquel hombre muerto estaba impregnado de gestos vivos, en ideas de acción y de voluntad, cuidaré a mi amigo, clavaré de nuevo la ventana, fajaré de nuevo las heridas, parecía decirme ordenadamente, pues ya se habría dado cuenta de que yo estaba ahí y también el perro se daba cuenta de ello, pues empezó a gruñir sordamente cuando entré, gruñía más bien con tristeza, con desaliento, con desamparo, para advertirme que era feroz, pero para indicarme en seguida que estaba muy triste y solo, se acercó después a mí y al acariciarle la cabeza se azotaba con suavidad contra mis piernas cansadas, me senté en una silla y acariciando su cabeza me quedé dormido. Debí dormir muchas horas, pues la luz era violenta y me daba en pleno rostro cuando desperté, una luz fría y desagradable, el perro dormitaba a mis pies, lo sentí moverse y aullar con dulzura, me puse de pie y me asomé hacia afuera, miré la rama de árbol y no vi en ella a los buitres, no los sentía caminar entre las ruinas, no los veía volar en el cielo, cogí la ventana caída y la estuve moviendo, rechinó débilmente, debía clavarla, clavarla en seguida para que los buitres no entraran a la casa, pues ¿qué podía hacer ahora por sus moradores sino dejarlos como estaban?, pondría de nuevo la puerta, como deseaba el dueño de ella,

agarrando a la mesa para incorporarla a su tranquilidad y a su deseo de no abandonar la ciudad, al rato estaba remeciendo la casa con los martillazos, el perro vagaba a mi lado, iba donde iba yo, cuando me agachaba para encontrar otros clavos se agachaba también él, rastreaba con el hocico la tierra y la miraba, luché y sudé para acomodar la puerta en su marco, después clavé maderas y dejé a aquellos dos varones encerrados en su casa, sepultados en ella, y me alejé mirando la soledad destruida, las puertas caídas en tierra, las ventanas amontonadas junto a las murallas, ¿cómo no se atrevieron a llevarse todo, a quemar todo lo que dejaban?, vi montones de ropa adentro de sus piezas, cucharas, cuchillos, armas que brillaban después de las sillas, un borceguí caído en tierra, lleno de monedas, el perro se precipitaba a oler eso y aullaba suavemente mirándome, entré a algunas casas, rastreé bajo las cujas, los ratones huían cuando tiraba de una sábana o movía un arcón, hablaba con el perro, le preguntaba por su nombre, lo tranquilizaba en cuanto a su amo, lo dejamos en la tierra, se lo entregamos a ella, ya verás le decía. Entrada la tarde, cuando el perro vio a los ahorcados, los quedó mirando con el hocico abierto, moviendo nervioso las orejas, como tratando de explicarse aquello o recordarlo mediante comparaciones o reminiscencias, después, pegado a mis piernas, aulló despacito mirando todavía a los ahorcados, pero no llorando por ellos, sólo para recordarme otra cosa, otro deber, algo que suponía él yo había olvidado. Sentí caminar en la tierra a los buitres, graznaban con comodidad, creyéndose solos, pues no me habían visto ni habían visto al perro, el perro empezó a aullar en la penumbra, ellos se quedaron quietos escuchando y el perro se alejó ladrando en dirección a los árboles, entonces emprendieron el vuelo, asustados y desconcertados, pues esperaban tal vez que fueran más los perros, pero cuando me sintieron golpear la pala en la tierra volaban en torno mío los tres, sólo los tres, don Álvaro, doña Elvira y el príncipe, que parecía melancólico, nervioso y preocupado, tendría tal vez hambre, necesidad de volar más lejos, se estaría cansando de mí, de mi porfiada presencia y, aunque ellos me repugnaban, me sentía apegado a su compañía y temía que se fueran y me abandonaran, pero he aquí que don Simón caminaba decidido a mi encuentro pisoteando las maderas desparramadas en el barro, mirándome con detención, con la conocida confianza e insolencia de los rascacielos, graznaba y me miraba con desparpajo, casi riéndose, graznidos cortos, secos, pobres, sin imaginación, estaba repitiendo un recado de sus señores, una advertencia que me enviaba el príncipe a los enamorados y cuando levanté la pala

amenazadoramente azotó el aire y voló con fingido sosiego deseando no parecer tan vil ni tan nervioso ni tan desagradable y feo y tornaban a dar vueltas en torno a los cuatro, apartados los jóvenes, lejano y alto el príncipe y bogando tras ellos don Simón, llevando recados, chismes, pareceres, penurias que eran recibidos con graznidos insolentes o venerables, bien vinieran de la pareja enamorada o del viejo orgulloso. Cuando tuve las zanjas hechas miré al cielo, respirando fuerte y sintiendo el aire cargados de efluvios malsanos, había moscas, moscas enormes que se me paraban en el pelo y en la cara, había paquetes de ellas en las manos de los ahorcados, se paseaban tranquilas por su cara, descendían en la lengua, entraban y salían de su pelo, subían con insolencia por sus piernas que asomaban tras las calzas rotas, el perro gruñía, miraba furiosos a los muertos, pensaba seguramente que las moscas salían de ellos, de sus bolsillos, de sus calzas, que caían con el agua de sus borceguíes mojados. Encendí varias fogatas y decidí aquella misma noche, después de dos noches que se habían ido las carretas. Busqué en la oscuridad la escalera y trepé por ella a tientas para alcanzar las manos de Antón de Luna, sentí frío al cogerlas y, empapado de sudor, al verle los ojos abiertos, desmesurados y potentes, como llenos de fuerza y luz, traté incesantemente de cerrárselos, pero no podía, y cogiendo un cabo de la cuerda, mirando vagamente al perro que, de pie junto a las llamas, aullaba lastimeramente, bajé a Antón abrazado a mí, pesaba mucho y olía en realidad sólo a agua de lluvia. Torné a subir y cogí a Alonso del Arco, no tuve dificultad alguna en atraerlo hacia mí, pareció que él solo vino a mi encuentro, su cuerpo estaba blando y maleable, muy liviano y oloroso también a flores frescas, a flores vivas, parecía haber estado tendido sobre ellas, pues tenía mojado el cuerpo hasta la espalda, sólo sus brazos parecían excepcionalmente secos, demasiado secos, sospechosamente secos, tenía los ojos cerrados y los labios apretados, llenos de testarudez y odio, tendidos ya en la oscuridad no se veían hostiles ni desagradables, sólo dulcemente apegados a ella, incorporándose ya en ella, quedé en silencio mirándolos, sintiéndome atrozmente cansado, el perro, pegado a mí, los miraba con recelo y empezaba a gruñir, como si se estuvieran haciendo los muertos o los dormidos y pudieran saltar de repente hacia nosotros en cuanto nos durmiéramos, después salió afuera, aulló largamente hacia la soledad y las tinieblas y vino finalmente a tenderse a mi lado. Venía hasta nosotros un leve viento penetrante, un poco húmedo, pero agradable, impregnado en el perfume de las flores, del agua del río

que sentía correr a una cuadra en la oscuridad, el viento me traía también el olor del humo que quemaba todavía los sembrados, en los primeros días había quemado algunas sillas, cujas, colchones, luego se apagó y sólo ardía intermitente en los sembrados, alumbrando las tinieblas, enviando efluvios rojizos hacia el río, no, no dormí, estaba sentado, con los ojos abiertos, mirando al perro que yacía junto a mis borceguíes, despertando de tanto en tanto y gruñendo con desconfianza en las tinieblas, tiritaba de frío y aquello no me permitía pensar en otra cosa sino en la soledad, miraba a Alonso del Arco y a Antón de Luna y me parecían solamente seres dormidos, limpiamente tranquilos y apartados del mundo, descansando después de una ardorosa jornada, tendidos de espaldas, respirando el frío aire de la noche agradable, espolvoreados de perfumes y de tenues ruidos distantes, en alguna rama alta un pajarillo cantaba desvelado, me lo imaginaba asomado fuera de su nido para otear las tinieblas, mirando los borceguíes hundidos en el barro, las sillas despedazadas que se amontonaban al borde de la calle unas tras otras, conservando y guardando cierto orden y unión en la desgracia y la desventura, más allá pió otro pajarillo, volaron medrosos en el aire y los miró cuando caminaban por la tierra piando y escuchando el silencio, alzando el vuelvo y pasando por el fuego a través del humo y después, perdidos en la noche, seguir despiertos piando en una rama. No fue sino mucho después cuando sentí el sol frío en mis espaldas y comprendí que seguramente me había dormido, pues el fuego se apagaba y tenía los borceguíes sucios de barro reciente, preguntándome cuándo me había metido en él y entonces fue que se presentaron violentamente delante de mis ojos los dos hombres, en la premura de la noche no me había cuidado de cortar las cuerdas que les ataban los brazos y las piernas, tiritando de frío, mirándolos con prevención, con una compasión que emanaba más de mi cabeza que de mi corazón, pues me sentía demasiado cansado y triste, los cogí por los hombros, sintiéndome humillado y descreído al mismo tiempo, los arrastraba y golpeaba contra las sillas y las puertas y arrastraba con ellos sábanas, cuerdas, un cinturón que sonaba, los llevé hasta las zanjas y los dejé caer en ellas. Antón de Luna rodó sobre sí mismo y cayó bocabajo, como si estuviera demasiado embriagado y ahíto y no esperara sino eso, hundirse de cabeza en la tierra, parecía que con la mano que siempre había tenido un poco levantada pretender mirar la oscuridad hacia abajo, calculando cuánta soledad había ahí y que le gustaba. Alonso del Arco rodó un trecho de lado y ahí se quedaba, como si estuviera en verdad tan cansado, deshecho y

desilusionado que todo le pareciera ya lo mismo y sólo pedía y deseaba que lo dejaran desaparecer pronto, que le permitieran por lo menos eso, quedar cerca de la superficie de la tierra, oyendo el ruido, el ruido de las ruedas y de los caballos, cogí la pala y estuve yendo y viniendo en la oscuridad amontonando la tierra sobre ellos, el perro se había sentado en el montón de tierra y gruñía sin dolor, como si aquellos seres silenciosos hubieran significado en las últimas horas una amenaza misteriosa para nosotros dos y sólo él fuera capaz de reconocerlo y reconocía ahora que acababa de proceder de un modo correcto que él aprobaba y reconocía que era el justo y necesario y ladró satisfecho y corrió alegremente olisqueando la tierra. Está bien, ya que lo apruebas, dije, y sentí mi voz y me pareció débil y enferma, armé unas cruces toscas y las clavé en la cabecera de las tumbas, caminé hacia las casas y vi en lo alto del cielo a los cuatro pájaros. Iban ahora juntos en un mismo círculo y categoría, dieron una vuelta enorme bajando hacia las horcas y al verlas desocupadas, agitadas las cuerdas por el viento mañanero que las echaba contra la escala, siguieron volando en círculo sobre nuestras cabezas, yo esgrimí la pala y eché a correr junto con el perro y cuando llegamos los buitres posaban en las ramas altas, barriendo con las alas los palos como si quisieran hacer espacio y paciencia para una larga espera, como si desearan que yo viera aquel gesto que era hecho para mí, para que comprendiera y tuviera la seguridad de que los cuatro pertenecían a una familia de índole filosófica, como si el contacto con la muerte que los nutría, y cuyo hedor impregnaba sus alas, los hiciera, y yo debiera saberlo, lentos, sin apuros, sin nervios, un poco ermitaños y misántropos, esto es indiferentes, indiferentes al pesar y a la dicha. Cuando me sintieron golpear la puerta, cuando las sienes me palpitaban con los martillazos y el resonar de los golpes en la casa sola, entonces, cuando comprendieron eso, que después tendría que desclavar la ventana, no sólo para sacar a los dos hombres, sino también para que entrara el aire y para tener luz y posibilidad de defensa si ellos me atacaban, y parecían haber jurado que así sucedería, entonces alzaron el vuelo, pues comprendieron que podían estar seguros y esperar. A la sazón, yo era el único ser vivo en el contorno fuera de ellos, por lo menos el único capaz de manejar un arcabuz, una espada o una hacha y esto también lo sabían ellos, pero eran cuatro, yo estaba solo con el perro, es verdad que con la cercanía, tan evidente, de la muerte y de esa circunstancia, también lo sabía yo, sacaba una especie de fortaleza, una seguridad de que todo, aunque sacrificadamente, saldría bien, así fuera dentro de unos meses, los

ojos se me cerraban, mientras, hundiendo el martillo en la madera, tiraba con fuerza para desclavar los clavos y reventar las tablas, las golpeaba con desesperación, con superstición, como si del hecho de sacarlas nuevas o reventarlas, del hecho de resultar que eran por el otro lado blancas o rojas o estar húmedas o secas, fuera a sacar un fatal resultado de perdición o salvación, los ojos se me cerraban intermitentemente cuando tuve la puerta a mis pies y me dije es la puerta y en seguida pensé hay una ventana y sentía ladrar al perro, falta sólo la ventana, si que ya vamos, que estamos aquí, que me miren golpear, me pueden ver si quieren, es sólo la ventana ahora, si bajan ellos necesitaremos luz y espacio y arcabuces y dagas, el perro corría al interior de la casa y aullaba lastimeramente y tornaba en seguida, como disculpándose, como deseando encender ese corto aullido para iluminar a sus amos y que nos vieran y supieran que íbamos por ellos, que ya estábamos ahí, en la luz del día, podrían vernos si quisieran, decía con desaliento, hablando en alta voz, pues estaba desesperado y me sentía muy cansado y tenía hambre y sed, la ventana, sólo ella, dije y quedó colgando como la había hallado, era imposible desprenderla más y no hubiera sido necesario y tampoco ya había tiempo. Los buitres estaban en el techo, parados en las vigas que los soldados habían abierto para disparar, no sentí cuando volaron, sólo vi a don Álvaro caminar con tiento mirando al hombre tendido en el suelo y al que estaba derrumbado en la mesa, mirando con ojo crítico y molesto el desorden de la habitación, graznó sus rezongos como dando a conocer a los otros sus rápidas observaciones y sus reservas y caminó con tranquilidad, me admiró su entereza y su violencia, he aquí un ser franco, dije para mí, viéndolo trepar sobre la mesa y mirar con cuidado la mano tendida en ella, dando un ligero picotón al trozo de pan que estaba entre los dedos, alzó el pico para mostrar su fuerza, su gallardía y su insolencia y miró la cabeza del muerto, ladró el perro de súbito, saltó también sobre la mesa y rodaron ambos a tierra, el buitre graznó furioso, un graznido más de sorpresa que de coraje, y picoteó el hocico del perro, éste levantó las patas y hundió el hocico en las plumas, levanté el arcabuz, pero ellos rodaron bajo las sillas, el perro tenía cogido a don Álvaro del cuello, éste graznaba de terror y de coraje, avergonzado y un poco sorprendido, quería alzar la cabecita, la bella cabeza humillada y aun soberbia y los ojos crueles y sobresaltados, golpeó con sus garras el hocico del perro y éste, aullando lo soltó, sobre él descendió parsimoniosamente el príncipe, un tanto nervioso y digno, molesto de tener que intervenir tan pronto, graznando con

advertencia, para llamar la atención de don Álvaro y de don Simón, alcé el arcabuz y la pieza se llenó de humo, don Álvaro graznaba menudo, como deseoso de tapar con su escándalo su debilidad y su derrota, el perro tenía el hocico lleno de sangre, estaba furioso, arrastró fácilmente a don Álvaro, don Álvaro parecía herido, pero yo no veía sangre, sólo le colgaba un ala, doña Elvira, parada en la ventana miraba el espectáculo graznando cortito y acercándose a don Simón, éste cayó al suelo y caminó hacia el soldado, saltó en su pecho y hundió el pico en él, alcé el arcabuz y lo volteé de lado, rodó fácil, en un gesto servil y apresurado, el príncipe miraba aquello con dignidad, graznando pausado, miró el humo con detención, como si el humo fuera el enemigo, picoteó el aire con desprecio, miró al muerto y graznó hacia nosotros, había una amable dignidad en él que me gustaba, que me impedía dispararle todavía, dirigí el arcabuz hacia don Álvaro, estaba bajo la mesa donde se refugiaba el perro, el perro aullaba lastimeramente, dejé el arcabuz y cogí la daga, algo me golpeó la cara repetidas veces, sentí un dolor muy vivo, vi volar a doña Elvira, vi caminar a don Álvaro, parecía desorientado, parecía buscar al perro o venir de donde éste estaba, cogí la daga para golpearlo otra vez, pero cayó de lado, como clavándose, el príncipe graznaba presuroso al otro lado del cuarto, hundía su cabeza en las ropas del muerto, como si no deseara herirlo y buscara sólo unos datos, una direcciones o sospechas o cartas de navegación o mapas de tesoros ocultos, graznaba corto, nervioso, no asustado de los disparos, sino del poco tiempo que tenía para todo aquello, caminé hacia él alzando el arcabuz y gritando en voz alta, me sentía verdaderamente aterrorizado y algo enloquecido, veía al perro arrastrarse hacia mí, llevando un pingajo sanguinolento en el hocico, me acerqué hacia la luz, hacia la ventana y miré al príncipe hundiendo su cuerpo en las sombras, tenía las alas abiertas, como tapando lo que hacía, disparé una, dos veces, el príncipe no se movió, echó un resto de graznido advirtiendo que estaba ocupado y que no lo molestaran, dejé el arcabuz junto al perro, vi que estaba muy herido, me sentía triste, pero más cansado que triste, sentía graznar a doña Elvira, pero no la veía, sólo el príncipe estaba ahí, lo estaba mirando, podía tocarlo ya, él no se daba cuenta, no me sentía, tal vez no le importaba, movió el cuerpo, pero no supe lo que hizo, lo que quiso hacer, empujé mi mano hasta muy abajo, toqué las plumas, la ropa, me sentía muy cansado, sentía el olor de mi sudor frío, sentí el desagradable olor del pájaro, algo me golpeó la cara, me golpeaban hacia adentro, como incrustando dolores, heridas en mi carne, el

perro ladraba despacito junto a mí, sentí un graznido, es doña Elvira, sólo ella, el perro ladraba apartado de mí, parecía estar en la puerta, parecía que se había llevado mucho más lejos la puerta, graznaba doña Elvira, como conversando, protestando por algo, claro, no debió llevarse la puerta, sentí el calor en la cara, tenía la mano apretada al puñal, sabía que estaba sentado en el suelo, la cintura me dolía, no habría sido capaz de ponerme de pie, una hora, sólo una hora, decía para mí y sentía al perro ladrar muy lejos, hacia arriba, como si estuviera en el techo, había multitud de buitres, volaban en círculo, brillaban al sol, echaban miradas de desprecio hacia donde yo estaba, sentía sus graznidos caer sin apuro, como plumas, sobre mi cabeza, son muchas, me decía, me sentía muy cansado, tres noches, tres noches sin dormir, he trabajado tanto, he cavado tanto, estaba botado en el fondo de la tierra, rodeado por montones de tierra que había extraído yo solo, algunas palas nuevas, relucían al sol, a mis pies y arriba, en el borde de la zanja brillaban sábanas, camisas albas, respiraba con cansancio mirando las palas, el montón de tierra, tienes que echar eso aquí, tienes que sepultarlo todo, padre Carvajal, es la ciudad, la ciudad, la ciudad completa, estás solo en ella, sólo tú y los buitres, pero tengo el perro, decía, sintiéndolo ladrar arriba, corriendo por el campo, bajo el sol, persiguiendo a doña Elvira, jugando con ella, no es tan fea y desagradable y si la cuido podrá sanar y esperar que caigan en la ciudad más muertos, me sonreía, me quedaba dormido sintiendo al perro ladrar parado en la ventana.

Se quedó callado largo rato, en realidad parecía muy cansado, echando ahora su cansancio como una fea fiebre, como una desolación infinita que no le correspondía conservar. El padre Cedrón lo vio envejecido y desagradable, más bien indiferente, ignorante ya del mundo. Afuera soplaba el viento alto y primaveral, incorporando y llevando perfumes, ramas de árboles, brisas delgadas y persistentes, miraba a aquel gastado pordiosero de Dios, con el hábito deshecho, con el rostro golpeado y viejo, y esos ojos despavoridos, despreciativos y crueles. Suspiraba profundo y lo estaba mirando. El perro quedó allá, cuando monté a caballo, trotó un trecho, cojeando a mi lado, yo venía al paso, para prevenirle que se viniera conmigo, pero no tenía deseos de hablar, miraba sin mirar la tierra, que ahora me parecía horrible y hostil y a la que comenzaba a odiar, cuando doblé la colina y el sol pegó en las ancas del caballo, torcí la cara, que me dolía y lo vi borrado en la tierra, aullando con desesperación, ladró después largo rato, con ladridos cortos y firmes, como para rogarme que no me fuera

todavía, que lo acompañara una noche más. No habría podido quedarme una hora más, lo habría muerto a él, al caballo, me habría colgado yo mismo de algún árbol, el viento era funesto y me apretaba en las narices hedores de recientes luchas y duelos, aún vibraban en la atmósfera los insultos y los quejidos, el crepitar del fuego entre las matas, el golpear de los martillos en las puertas y en las ventanas, sentía gemir las ruedas de las carretas y llorar sin vergüenza a los sentenciados, veía sus gotas empapadas gotear sobre la grupa del caballo, las manos del español extendidas sobre la mesa y su cara apegada a ella para absorber los ruidos, apreté las piernas en la grupa del caballo y salí al galope. El padre Cedrón sonrió en la oscuridad y alcanzó a ver que él también sonreía y se tornaba lentamente rabioso, puede sonreír aún, se dijo, escuchando el rumor que venía de afuera, voces tamizadas y reposadas que advertían y llamaban, pidiendo herramientas, clavos, bisagras, sentía los golpes lejanos sobre los tejados, los gritos alegres, el rumor del agua en la frente, las campanadas que golpeaban leves el cielo. Cedrón estaba contento, lo miraba más con curiosidad que con piedad, pero ¿por qué había de tenerle piedad a él?, él había sido capaz de sufrir y de hacer sufrir, de pelear como cualquiera, hubo un momento en que apretó la daga no con terror y verdadero miedo, sino que aun con alegría, con la certeza de que iba a matar, vio caminar al príncipe con sosiego, agitando leve las alas para no perder la ferocidad ni el equilibrio, graznaba bajito, sin enojo, rezongando para sí mismo, recordándose a sí mismo algunas sospechas o ciertos errores y mirándose él su ropa rosilla y manchada y desgarrada, y sintiendo gran calor, se rió solo y echó las dos manos hacia el fondo, sin sentir ya odio ni tampoco terror, sólo un olor desagradable a ave y a aire encerrado, sentía ladrar al perro hacia el campo, como si vinieran soldados y caballos, el viento agitó el techo, veía las tablas sueltas que vibraban, Dios, que cansado estaba, parecía que había trabajado luchado o gritado o insultado durante mucho tiempo, la garganta me dolía, no me acordaba de Dios padre ni de los santos apóstoles, Jesús no me hubiera reconocido, tenía las manos llenas de sangre y sólo los ladridos del perro, cada vez más lejanos me urgían a recordarle todo, a ponerme de pie y salir afuera, me vine aquella misma tarde, agarré un miedo horrible, unas náuseas espantosas y vergonzosas, lloré de lástima de mí mismo, de mi horror, por eso me ladraba el perro, por eso me siguió ladrando bajito bajo las patas del caballo, pidiéndome que me bajara, que me sentara en la tierra a transpirar y acariciarlo y curarlo, veía la herida en el hocico, bajo el vientre,

sabía que sufría y quería ayudarlo, lloraba y me sentía al mismo tiempo frío, cogí el caballo y me olvidé de todo. Cedrón respiró a su lado, sentado junto a él parecía también un poco asustado, estupefacto, incrédulo de que él hubiera sido capaz de soportar todo aquello, de hacerlo antes de soportarlo, y ahora él sentía los apaciguados ruidos de afuera que imaginaba se venían acercando, los ligeros golpes del martillo, el susurrar melancólico de las sierras, el batir acompasado de hierros más lejos, de alguna parte caía el agua fresca, hay sol y debe brillar, pero sentía mucho frío, ganas de taparse bajo mucha ropa, de reposar hundido en las tinieblas, veía a los españoles parados en la puerta para mirarlo, he llegado, señores, dijo para sí, con deseos de que lo escucharan, acabo de llegar, vengo un poco sucio, un poco fatigado, el perro se quedó allá, ladrando, aullando, estaba cansado, demasiado cansado, salí hacia el campo y el caballo venía tras de mí, me subí a un montón de madera y me derrumbé sobre la silla, sentía ladrar al perro agarrado a la sotana, me la tironeaba con furia, sentía que la desgarraba, ladraba con miedo, el caballo iba al tranco, tenía la cara ardiente, sentía las lágrimas descender de mis ojos, estaba transpirando, el perro ladraba bajito bajo el caballo, no sabría que yo me iba del todo, ahora estaba callado, dentro de una hora ya sería de noche, sentía volar a los buitres arriba, volaban alto y graznaban sin premura, después bajarían y mirarían al perro, sentía escalofríos y deseos de ir al galope, agarrado al pescuezo del caballo lo golpeaba para apurarlo, pero él iba sólo al tranco, oteaba las sombras que venían al otro lado del río y me decía quédate, quédate, ahí están los buitres, te están esperando, tendrás que luchar solo con ellos, no te quedes dormido, por Dios, no te quedes dormido, y alzando la cabeza con fatiga, recogiendo las bridas me volví para mirar al perro en medio del sol, estaba de pie mirándome, tal vez extrañado de que todavía no me bajara del caballo y ya no lo sentía ladrar. Los españoles estaban en la puerta mirándolo, él veía sus borceguíes amontonados, sus calzas desparramadas contra la muralla, cansados tal vez, pero no derrotados ni liquidados, buenos días, dijo, sonriendo con fatiga, he llegado entero y sólo sé que estoy algo cansado, respiraba con cansancio y durmiéndose y preguntó, ¿las están alzando otra vez, verdad?, ya vuelan las campanas, las sentía desde lejos y temblaba de pena o alegría, me caían lágrimas, venían círculos, en copos invisibles que me golpeaban la cara y me la daban vuelta, vi las puertas extendidas en el suelo, a los españoles que se tornaban de espalda para no verme llegar, era para ayudarme, bien lo sé, para

que no supiera lo fatigado y espantoso que subí de las ruinas, está ahora muy abajo, cada vez más hacia las quebradas, cualquier día soplará terrible el viento, se hinchará el río y empujará al abismo las murallas y los restos de la madera, ahí sopla el viento, ahí se trepan las malezas, la están tapando y borrando, saltando sobre los muebles rotos, sobre los techos desfondados, el perro entró al cuarto, empujando su hocico contra los borceguíes, estaba empapado y con el hocico sangriento y sucio, olía a maleza, a viento libre, a humo de incendio, alzó sus patas delanteras hacia las manos del viejo, unas horribles manos de gitano o aventurero o de bandido y sentándose junto a ellas las miró con desconsuelo y después tendió el hocico y dormitaba y de tanto en tanto abría los ojos y les echaba una última mirada. Durmió, tal vez, dieciocho horas y cuando despertó era de noche, la luna se filtraba a través de las maderas y él se sentía débil y transparente y empezó a sonreír y buscó al perro pero el perro no estaba, sintió la noche fresca y pura, sólo se escuchaba el ruido del viento vertiéndose entre los árboles, el rumor del agua que corría adormilada, alguna fogata humeaba entre las rocas y hablaban los soldados cautelosamente. Echando las piernas al suelo, se apoyó en la tierra y se sintió débil, dio unos pasos y se agarró a la puerta, la abrió lentamente, la luna inundó el cuarto, ahí estaba la plaza, la alta torre de la iglesia, deforme, frágil, conmovedoramente fea o ingenua, una torre de farsa o de juguete, se sonrió con tristeza mirándola lanzada hacia el cielo, deforme y grotesca en la noche clara, he aquí la ciudad, la plaza, dijo, mirando el peladero lleno de escombros, puertas, ventanas, balcones afirmados en el suelo, imaginando asientos o trampas o simplemente aburrimiento, vio los adobes, sintió el olor húmedo a subterráneo que de ellos manaba, dejó la puerta abierta y caminó sintiendo un poco de frío, sintiendo una novedad en ingresar a él, la luna filtraba por los techos levantados y bañaba las cujas y los muebles, la ropas caídas en el suelo o alineadas en los pasadizos, veía los cuerpos de los españoles dormidos, desfallecidos en las cujas, agarrados a las sábanas para no caerse, identificando una fiebre o un terror en la oscuridad antes de que la luna surgiera tras los cerros o se diluyera en el bosque, se asomó a algunos patios y veía a los caballos dormidos quebrados sobre sus patas, vueltos los hocicos hacia la noche azul, empapados los belfos en el resplandor aterciopelado de la luna, las armaduras colgaban en las paredes y en el leve aire vibraba el hierro de un espaldar, unas canilleras se azotaban solas y en la semioscuridad lechosa manoteaba desde la cuja un soldado, se ponía de pie en el lecho, despavoridos los ojos

mirando al sacerdote y agrandándolo en su terror, después se derrumbaba otra vez con un grito agudo, uno sólo, y roncaba. Vio sentado en una cuja a un soldado, limpiando una espada, tenía las correas sobre las rodillas y los guanteletes en el suelo donde se destacaban nítidos, el soldado estaba despeinado y miraba embobado la noche de luna en la que se deslizaba él ahora, su vestido roto, su rostro herido, sus manos que disimulaba apresuradamente metiéndolas una en otra, lo saludó con un signo de cabeza, sonriendo para tranquilizarlo, pero esto no lo creía, pues él portaba un olor lejano y contaminado que lo seguía lamiéndole los bordes del hábito y trayéndole ligeras tufaradas de náuseas, es una bella ciudad, dijo para sí, han trabajado rápido, no parecen sino deseosos de terminarla cuanto antes, como si no fuera a tener larga vida. Los cerros estaban envueltos en la penumbra hacia donde él estaba mirándolos, alzaba la mano en su antiguo gesto y sonreía por compromiso, estaba seguro de que no lo verían sonreír. Más lejos, alguien martillaba una ventana, sentía crujir la madera, quiere ver si cierra bien, si es capaz de encerrarlo completamente, y puede él aislarse, no ver a nadie, no sentir a nadie reír o sollozar, y los golpes remecían la noche, parecía que el soldado estaba ahora no hundiendo clavos en la ventana, sino hundiendo la ventana misma, despedazándola, la habrá encontrado horrible o deforme, sentía saltar los pedazos, gemir la tabla rajada, no le gusta, no le gustó nada desde un principio, ahora la odia, por eso se despierta en la noche y busca en la oscuridad los clavos y el martillo, adivinaba que en aquel hombre que subido al techo de la casa remecía la calle con sus golpes había un maldito deseo de atraer el mal sobre la ciudad, los despertará por lo menos a él, se dijo, y aquel pobre tiene los nervios muy malos desde hace unos meses y si lo siente aserruchar la madera y después pulverizarla y echarla a volar en pedazos, entonces, entonces, Dios mío, oh Dios, no permitas que otra vez sea removida de sus cimientos, no eches la tempestad ahora sobre ella, mira, Dios, mírala donde quedó llena de ruinas y de criaturas, metida en el agua y en la sangre, oh Dios, mira mis manos, son manos de la ciudad, de ella las traje, las alcé de las zanjas, del pecho de Alonso, del pecho de Antón, oh Dios, sentía los golpes del martillo muy cerca, veía las medias del soldado trepado en la escalera, forcejeando para desclavar la ventana, veía su rostro, su boca apretada, voluntariosa y afligida, caminó hacia él y sin saber lo que hacía se agachó y le pasó el martillo que había rodado al suelo, cruzado de brazos estuvo mirando cómo trabajaba, no sonreía, lo miraba con desconsuelo, con un poco de reproche, pero

el soldado no se daba cuenta de nada, no lo miraba, tampoco le dio las gracias y menos le decía que lo molestaba y que siguiera su camino, le era indiferente, lo miraba sólo para pedirle que le pasara unos clavos, él se agachaba y se los tendía en silencio y aun se acordaba que después se había acercado más para ayudarlo a desclavar la ventana y clavarla nuevamente. Él no lo hubiera hecho, más bien habría escogido una nueva ventana, pues había demasiadas amontonadas en la penumbra, tal vez ese balcón volado, balbuceaba, pero no decía nada como para que él lo oyera y se enojara y forcejeando con su cuerpo dolorido lo ayudó a desclavarla mientras el soldado se enjugaba el sudor con la manga y miraba con ternura el trozo de madera rota que él tenía en las manos, luego, sin mirarlo a él, sólo mirando la ventana, la cogió otra vez y acomodándola en el marco aguardó, sin decirle nada, que él extendiera sus brazos para empezar a clavarla, sentía los golpes estremecerle los brazos y la cabeza, la carne de la cara se le remecía suelta, los clavos se hundían con facilidad, el soldado no habría necesitado golpear tanto, sólo que, además de golpear los clavos, hundía la madera misma y él lo miraba perplejo, pues adivinaba en aquel extraño modo de trabajar un misterio que no comprendía, alguna sospecha doble, un trabajo solapado y turbio, un fin oculto premeditado y distante, el soldado tenía la boca llena de clavos y de ella los iba sacando, pasando las manos por la madera para acariciarla, para encontrar nudos, suavidades, tonos, delicadezas, dudas, trozos intactos aún no heridos, cogía un clavo y lo golpeaba con fruición, con cruel celeridad, golpeaba después la tabla y él sentía que la cabeza se le trizaba como si la tuviera llena de clavos o de trocitos de madera vivos, la luna se filtraba por el hueco de la ventana y se sentía pesaroso y esperanzado, ahora está bien clavada, es verdad, él trabaja perfecto, pero por qué no colocó una nueva, por qué se apega a esta sustancia muerta, a este elemento que no sabe siquiera que él está aquí, que lo quiere y lo desea, son las dos o las tres de la madrugada, hay una luna alta y hermosa y él está despierto, desclavó una buena ventana, la rajó y despedazó, la sacó sangrante de un marco, me miró en silencio clamando para que lo ayudara y en vez de caer de la escalera para escoger una forma nueva y flamante, la coge otra vez y la hunde otra vez en su marco, ¿por qué, Dios mío, por qué hacen eso?, se decía mirándolo escoger ahora, precisamente, una puerta, pues él había visto que la casa no la tenía, el soldado la arrastró y aunque él deseaba ayudarlo no lo hizo, miraba la ventana, la casa pequeña y frágil, el hombre se movía golpeando las paredes con el martillo, tanteando la luz y la

oscuridad, buscando lleno de pesadumbre o de entusiasmo para sacar un hermoso golpe y rajarla de una vez de alto abajo, lo sintió golpear despacito a la altura del suelo y las lágrimas se le asomaron a los ojos, los golpes venían con suavidad desde el otro lado, vio la mano asomarse por la abertura en un gesto amistoso y algo tímido, comprendió que deseaba le ayudara, que le acercara la puerta manteniéndola derecha para resistir los clavos y los golpes y quedar limpiamente colgada de los goznes, lista para abrirse y, sobre todo, para cerrarse, suspirando se alejó de ahí mientras sentía resonar los martillazos, sonaban con furia como persiguiéndolo o insultándolo, reprochándole una falta, una desvergüenza, una cobardía, pero aquel hombre no era el único que trabajaba en la ciudad, divisaba a otro en un techo, arrastrando en silencio unas tablas, era muy joven y canturreaba en voz baja para acompañarse y demostrar la soledad inmensa de aquella noche de luna, estaba en mangas de camisa y al verlo llegar le gritó alegremente buenas noches, padre, él levantó la mano para saludarlo, sonrió y no dijo nada, el soldado caminó hasta el borde del techo, se agachó para subir otro madero, él pasó a su lado, y distraídamente, mecánicamente, cogió la madera y lo ayudó, siguió caminando, sentía los techos de las casas estremecidos por los martillazos, las puertas y las ventanas sonaban abajo aplastadas por los golpes, los soldados corrían sobre las tablas y al mirarlos y oírlos él se sentía feliz y estupefacto, se inclinó para ayudar a un soldado a cargar dos puertas al mismo tiempo, para poner tablones en el lomo de diez indios, vio brillar en la oscuridad, dentro de un tiesto, un montón de clavos y estuvo pasando puñados de clavos a los españoles y a los indios, a soldados conocidos que lo saludaban, cuándo llegó padre, está enfermo padre, lo asaltaron o hirieron padre, tiene cara de muerto padre, tiene cara de moribundo padre, buenas noches padre, mire la torre nueva de su iglesia padre y él iba moviendo la cabeza, buenas noches hijo, hola Rodrigo, cómo te va Sacramento, buenas noches y buenos días Diego, buenas noches hijo, buenas noches hija, buenas noches, buenas noches, y a medida que entregaba los clavos y las tachuelas y se inclinaba en la oscuridad para recoger las tijeras, el serrucho, las tenazas, la cuerda, se sentía desamparado y triste y como asustado, los soldados conversaban entre sí y se reían y él se sentía expulsado de esa conversación y esa risa, levantaba asombrado los brazos para ayudar a subir las vigas hasta el techo y de repente se veía trepado a una escala, miraba los tijerales desnudos de las casas vecinas, sentía el blando olor de la madera y las risas de los soldados, allá abajo, revueltos entre las ropas, apartados en los rincones, dormían

otros españoles, sentía su respirar pausado y tranquilo deslizarse en largos trazos entrecortados de respiración, escuchaba el trémulo zumbido de las maderas rajadas por las sierras, veía el resplandor de las antorchas en los patios y gruñía un perro dormido, se sentía mustio, se bajó tiritando de frío y tuvo en sus manos media docena de ventanitas chicas, enteramente nuevas, no habían alcanzado a ser usadas en la otra ciudad, en las otras murallas, en las casas apartadas que abandonamos, los soldados se deslizaban silenciosos en la oscuridad y sacaban una ventana y otra y otra, él se removía un poco y sintiéndose muy cansado y mirando en la lejanía al perro dormido en la neblina, vuelto hacia acá, extraía los clavos del bolsillo y los pasaba en silencio, sentía que caían en la tierra, quería agacharse para no perderlos y recogerlos y echarlos en el copón y llorar sobre ellos en la medianoche y extraerlos llorando, sollozando y mirando las bocas ansiosas que lo esperaban, los alzaba y los bendecía, no, no, Dios, oh Dios, nunca lo hacía, las ventanas y puertas brillaban en la penumbra y él comprendía que había bastantes para clavarlas y desclavarlas y despedazarlas, los españoles gateaban por los techos aguardando que él se acercara, lo miraban fijo para decirle alguna palabra amable referente a salud o sus heridas, pero apurándose de repente ya no lo miraban, cogían la viga y la arrastraban en lo alto, sentía que estaba clavando al otro lado, ahora la aserruchaban, veía las virutas descender como nieve, veía los rostros de los españoles sumergidos superficialmente en la luz de la luna, rostros limpios y apacibles, sin odios y sin necesidades, plenos de silencio y de sabiduría elemental, respiraba el agradable olor de la madera y sintiendo los martillazos reconocer toda la calle esperaba de pie que viniera un indio o un español a buscar una puerta o una ventana para pasársela, trabajaba él solo ahora, quería hacerlo solo y, de repente, como ellos querían cogerla sin tomarlo en cuenta, los apartaba con dulzura, con suave reciedumbre, los iba empujando, les sonreía con un labio feroz y sanguinolento, sentía él mismo el olor a ultratumba que emanaba de sus vestidos y de sus movimientos y pasaba sonriendo, palideciendo, la ventana, si se trataba de una puerta ya la tenía cogida por el extremo y mientras no venían cuatro soldados o dos indios a llevarla y despedazarla no la soltaba, la agarraba con fiereza y aun habría podido esgrimirla para golpear con ella a esos salvajes, el martillo agarrado a la mano, reteniéndola sin querer soltarla, le daba una fuerza, una entereza y una dignidad que no necesitaba palabras para hacerse respetar, brillaba en la luz de la luna y ellos conocían por su gesto, por su modo de cruzarlo sobre el

pecho y acariciarse con él la cara, que por nada del mundo podrían prescindir de él ya para clavar y desclavar las puertas y ventanas y demoler los techos, se sentía él mortalmente cansado, pero veía en aquella actividad brotada de repente bajo la noche clara, en medio del silencio, que los españoles trabajaban así porque no les quedaba mucho tiempo y sonreían vagamente, sin hablar, sin hablarle a él, por lo menos, sólo lo habían saludado para llegar a un tácito acuerdo y no conversar nunca más, para que él supiera y supieran ellos que él y ellos estaban vivos todavía sanos y despiertos y peligrosos y debían trabajar en silencio y rápidamente, vertiginosamente, antes de que se termine la noche, antes de que ya no tengamos tiempo, qué temen, Dios, balbuceaba escuchando el suave eterno flujo del agua bajo la luna, mirando el viento remecerse suave entre los árboles, mirando las casas diluirse en la luz lechosa de la noche y a los españoles entrar y salir de ellas, apegarse a las murallas, correr por ellas, trepar por las escalas y estirar las manos para que él les pasara los clavos silenciosos, respiraba con tiento mirándolos moverse en dirección a él, correr desalados por la calle para acercarse y esperar que él pudiera coger todas las tablas, lo veían cansado y viejo y no hablaban los malvados, lo miraban ansiosos para que él comprendiera lo desesperados que estaban, los miraba sin sonreírse, molesto de que no le explicaran nada y comprendiendo, tratando de que comprendiera, que si no los ayudaba ya no dormirían, ya no trabajarían y se irían sobre sus caballos al fondo de sus lechos, se hundirían en las sábanas y en las frazadas, llorando, relinchando, se perderían y patearían en su desesperación, llorando horrorizados, relinchando horrorizados, miraba dormir a los españoles en las piezas solas, veía sus piernas delgadas y trágicas, las herraduras nuevas, las patas nuevas, temblorosas, surgir bajo las ropas, miraba los borceguíes desmenuzados en el suelo, las herraduras arrojadas a montones bajo las sillas, entre los papeles, los cueros, las herramientas y las armas, bajo los cordeles, bajo las correas, en el terror concreto de la noche, no decía nada, se inclinaba en silencio y comprendía por anticipado lo que pedían o necesitaban, golpeaba con el martillo la orilla de la ventana para que comprendieran que no estaba trizada ni agujereada y que podían despedazarla con toda el alma, alzaba un montón de tablas y las dejaba caer con estrépito en la oscuridad para que supieran que él no tenía miedo de romper esa oscuridad, pues no tuve miedo entonces, entonces estaba solo con ellos, solo, y me miraban, descendían poco a poco y yo estaba sumido en el barro y tenía miedo, los martillazos remecían el aire y

ellos corrían por las murallas sin hacer ruido, veía asomarse a la puerta a los españoles que dormían, veía sus medias blancas, sus camisas delgadas volar en el aire de la noche, los miraba sin amor ni odio para que comprendieran que tenían que caminar, caminar cortos pasos, mover los brazos, moverlos en cortos gestos, se desperezaban levantando los brazos, queriendo con ese gesto tan descansado y tan corporal echar a volar ideas lúgubres, un leve insipiente susto y poniéndose súbitamente tristes, completamente despiertos, caminaban hacia él, sus pies desnudos se deslizaban en la madera y lo miraban con una cara extraviada y desesperada, él les sonreía con toda la cara, con su herida cara cicatrizada y helada y les pasaba con maldad una ventanita, un postigo, un montón de clavos, se reía en silencio viéndolos temblar y caminar como enfermos, se detenían a mirarlo, pero él no los miraba, sabiendo que así los tenía más cogidos e incorporados a esa inmovilidad, a esa fatalidad que él había traído de tan lejos y entonces vio venir a los caballos en el extremo de la calle. Se dibujaban nítidos en la luz de la luna y los jinetes hablaban en voz alta, felices, alborozados, tranquilos, el golpe de los martillos se azotaba contra las armaduras y ellos echaban los caballos al trote ligero, haciéndolos caracolear y pararse en dos patas para mostrar sus bellos cuerpos, su resplandeciente salud, los soldados siguieron trabajando, golpeando las ventanas y las puertas, aserrando en lo alto del cielo, estaban callados, huraños, desconfiados no hablaban, no reían, sólo el martillo y la sierra palpitaban en el tembloroso aire de la noche y en él fluían los caballos y las conversaciones, los caballos pateaban las primeras tablas, caminaban firmes sobre ellas, resbalaban un poco y se mantenían más dignos, más peligrosos, él tenía un montón de ventanitas en los brazos y respiraba cansado, pero se sentía alegre, como protegido, no estaba solo, los jinetes venían cerca, mirando hacia los techos, mostrando satisfacción al ver las vigas que se deslizaban en la penumbra, miraban sonriendo los martillos que golpeaban las ventanas, una mano, un rostro, se apegó a una de ellas y la abrió y cerró briosamente, se rieron, parecían felices y no rastreadores, no amenazadores, estaban alegres, limpios, descendieron hacia él, un caballo bajó la cabeza para olerlo, los jinetes lo estaban mirando, él comprendía que miraban su soledad, y más allá de su soledad, la luna parecía una antorcha, una tea dirigida, esparcida hacia él, el jinete pálido, consumido, ojos desencajados en la fiebre o en el insomnio, lo miraba, se inclinó hacia sus brazos, cogió el montón de ventanitas y lo miró sonriendo, abriéndose, él miró las ventanas desmoronarse hacia el

pecho del jinete y el caballo que movía el pescuezo en un gesto de corta impaciencia y nervosidad, padre, llegaste sano y salvo, padre, ya ves que nosotros también hemos llegado. Él lo miraba lento, buenas noches, Juan, sí, he regresado de la ciudad y es como si no hubiera salido de ella, estoy en sus calles otra vez, en sus ruinas que esperan. Él se sonrió mirando el montón de tablas que tenía en las manos y agachándose un poco se las tornó a echar sobre los brazos. Padre, nos hacías falta, mira que los cristianos se levantan con la luna a levantar las murallas y esto es un buen signo del cielo. Él no contesto, divisó a Guevara, a Valdenebro, a Antonio Griego, a Humarán, lo miraban y sonreían acercándose a él a través de sus sonrisas y del brillo delgado de sus almas, se sentía mortalmente cansado por él y asustado por ellos, los caballos pisaban las puertas, resbalaban por ellas, hundían sus pezuñas en los marcos de las ventanas, olfateaban la madera y sacudían con miedo sus patas, el ruido de los martillos seguía resonando, cayendo del cielo, de los árboles, de su cabeza, resbalaba por sus vestidos y caía desparramado sobre el montón de ventanitas que él tenía en las manos, los caballos ya se iban, se detenían en la puerta de las casas y miraban en silencio hacia dentro, aguardando algo, un ruido, una respiración, un sollozo, un lamento, este hombre siempre esperó algo terrible y todavía lo espera, oh Dios, oh Dios, no nos dejes, me dejaste solo con los buitres, pero estaba entero y asustado y eso era también un coraje, tenía, además, odio, ahora no, Dios, ahora no, míralos, están solos, completamente solos, desnudos como en el paraíso, esto es el paraíso, tan provisorio y peligroso y callado como el otro paraíso, ahí van los caballos, la soledad, el silencio, se van con ellos, él lo trae y él lo lleva, estos hombres tienen miedo, mucho miedo, Dios mío, tenía deseos de sollozar, de rezar ahora mismo, botado en el suelo de rodillas, los caballos iban al paso y de las casas salían soldados desnudos, en camisa y medias, algún soldado abotonándose con tiento la guerrera o ajustándose los guantes, uno se calaba furioso o desesperado el casco, otro jugaba distraído con la espada o corría la mano por el arcabuz para hacer resaltar más la soledad, todos convergían hacia él en medio de la noche blanca y él se movía lento, como no yéndose, deseando quedarse y huir lejos, pobre, pobre, se habrá dormido esperándome, lo sentía aullar por lo alto del cielo, se podrían escuchar todavía sus aullidos, los indios los deben estar oyendo, los caballos se alejaban al trote, iban sosegados, inmovilizados, entreabriendo el aire de la noche, los jinetes se sonreían ensoñados, contentos de ver que en lo alto de todas las casas se movían rítmicos los soldados y alzaban y

hundían las vigas en la oscuridad, algunos llamaban quedo, pedían un martillo, un serrucho, en suma un poco de paz y tranquilidad, en suma un poco de silencio, calculaba para sí, se agachaba para mirar cómodamente, quedaban todavía muchas tablas en el suelo, sentía el ruido de los golpes, amainado y como cauteloso, caminó todavía apretando su montón de ventanitas y los soldados lo miraban caminar y el cielo estaba tenso y el aire frío se frotaba entre los árboles, se rozaba en la noche pura, agrandada por la luna, la luna estaba ya muy baja, la penumbra iba invadiendo todo y eso era como un aire frío que cayera de los árboles y se alzara de los montones de madera botados en la calle, él podía distinguir los rostros desesperanzados y crueles que lo miraban con vergüenza y descaro, sin agradecimiento y también sin respeto, rostros descarnados y acorralados, sin pudor, sin sueño y sin cansancio, sólo martillazos rezagados salpicaban las maderas y en la penumbra se recortaba la figura de un soldado flaco que bostezaba con sarcasmo, él miraba lentamente, reconstruyendo sus recuerdos, sus temores, recordando el silencio que ocupaba el lugar de los gritos, comprendía que eso que se estaba formando sería una ciudad, la segunda ciudad, han trabajado duro los pobres, con la duda y la urgencia del que tiene miedo de estar solo, de quedarse solo, por eso se despiertan en la noche, cogen los martillos muertos de sueño y trepados a los techos, las vigas y los arcos, voltean el cielo nublado con sus martillazos, no tanto para hundir los clavos, para hender las maderas y ver si la casa está firme y firmes los nervios sino para despedazar y hacer trizas el silencio, echarlo al suelo con estrépito, despanzurrarlo como un bicho venenoso, rompen el silencio a martillazos, hienden la soledad y meten un quejido en ella, crucifican la madera callada, la hacen sollozar y quejarse, la aman y la matan, precisan verla viva y sangrante a sus pies, temblar bajo sus manos y sus golpes, no son del todo crueles sino sólo desesperados, temen sufrir demasiado, temen no ser capaces de soportar un terrible sufrimiento, y como el salvaje en el fondo de la caverna o el niño en el fondo de la oscuridad, gritan alto para espantar su temor, ellos alzan sus martillos y llenan el silencio de ruidos, será una ciudad ruidosa demasiado nueva, decía mirando las colinas en cuyas faldas se amontonaban los toldos y las lonas, allí donde se habían detenido las carretas que yacían yertas en la madrugada, despojadas, vacías, con la ropa caída de ellas y los indios y los perros pegados a las varas y las ruedas, algunas estaban volcadas hacia atrás luciendo la madera limpia, descolorida, debajo de los ejes, blanda y pulcra, sin vida, sin viajes, sin accidentes, la

mayoría de ellas se veían viejas, desvencijadas, manchadas por la lluvia, exhalaban un olor a pudrición y a muerte, a sus pies crecían hierbas altas y flores rojas, curiosamente sensuales y transparentes, había un sopor de frío detenido en la atmósfera y mirando el cielo desagradable que lo rechazaba, tuvo un ligero estremecimiento y conoció otra vez su cansancio, contó las carretas sin contarlas, calculando que algún día, cualquier día, llegarían los jinetes gozosos y furiosos lanceando los balcones llenos de flores para descuajarlos, encendiendo las antorchas para buscar la oscuridad y quemarla. ¿Por qué temía eso? No sólo porque él le había dicho ya que tal vez sería necesario trasladar una vez y otra la ciudad, es muy hermosa, quizá no me atreva a moverla, puede ser muy doloroso y cruel desarraigar de ella a los cristianos, tal vez sea peligroso y deseaba olvidar que si era doloroso y cruel ya tenía un perfecto motivo desesperado para llevársela lejos, cada vez más lejos, más hacia arriba, hacia las sierras, entre los volcanes y las nieves, le había confidenciado, como aconsejándose con él, lo recordaba hacía un momento antes cuando lo miraba con extraño abandono, interrogándolo, interrogando al cielo de su casual venida, padre, ¿has llegado?, nosotros también hemos llegado a la ciudad, has salido de ella y entras en ella, señor, ¿cómo están los muertos, nuestros hermanos? No le había preguntado eso, aunque adivinaba que deseaba hacerlo, pero no tenía el coraje para ser débil, no, había chicoteado la cabeza del caballo y arrancó al galope sin esperar su respuesta. Seguramente quiere irse otra vez con ella este pobre enfermo y yo tendré que ayudarlo, Dios mío, suspiraba adivinando que no sería capaz de negarse a hacer aquello que le pidieran. Tal vez el don Francisco tornaba con la primavera y se pondría furioso al descubrir la ciudad abandonada, los asesinatos, la racha de violencia y terror que había dejado a su paso la ciudad sanguinaria que cambiaba de asiento, ella y no nosotros es quien devora a los cristianos, le había dicho con melancolía, respirando con firmeza, acostumbrado ya a su sufrimiento, a convivir con una hembra necesitada de carne inocente, tal vez mientras más solos y sufrientes más los ame ella y ame destruirlos, decía él y caminaba a su lado para no apartarse de él y tampoco para apartarse de ella. ¿La amas, Juan?, le había preguntado, y tú, padre, ¿no la amas?, dijo él con apenas velado desprecio, mirándole con saña el crucifijo que bailoteaba y burlaba en el pecho, y como no le contestaba, dijo con abierta melancolía, ¿cómo no amar lo que hemos hecho?, yo la he hecho, señor, yo la ha sacado de la nada, les he dado mi alma y mis sentimientos, si éstos son enfermos o crueles o sanguinarios,

ella es siempre inocente, siempre será inocente por más españoles e indios que inmolemos a sus pies, eso es ella, una falda, un pie, un altar, ¿y es cruel o criminal el altar donde Jehovah inmola a sus ovejas?, tal vez sea más purificado y etéreo, tal vez los gritos y los ayes lo hagan más cercano a la divinidad que inventó el sufrimiento, padre, si ella, si yo hacemos sufrir, si matamos por pasión a alguno, si nos quedamos ciegos y sordos, ¿crees que es sólo mía la culpa, la mirarás a ella como a una ciudad culpable?, te quedas callado, echas tu respiración hacia dentro, tus miradas hacia dentro, lo sabes y no lo dices, no te atreves a decirlo, Dios es el cómplice de todo sufrimiento, él clava el clavo, él agarra el martillo, él mató de todas maneras a su hijo, era un centurión romano, se jugó a los dados la túnica de su unigénito. Blasfemas de triste y no de malvado, te sientes muy solo y quieres pulverizar la ciudad que ve su soledad, pero sabe, Juan, no olvides, Juan, nosotros los frailes que venimos con la tropa de tu ejército seguiremos en él mientras sea un ejército del rey y de Dios y no más adelante. Él se había hincado en tierra y cogiendo la punta del hábito lo besaba y después se alejó en silencio.

Dos noches después, mientras él comía con un cacique y se quedaba callado y lo miraba, vinieron a decir que andaba gente afuera, a dos leguas, se asomaron y vieron el incendio en los árboles lejanos, salieron en tropel al galope, llamando al capitán en la oscuridad, a Guevara, a Humarán, cogieron los arcabuces y los cruzaron en la silla del caballo, hacia la madrugada tornaron descoloridos, desilusionados y aquella misma mañana él sentía cavar la tierra y escuchaba los disparos y los pasos de los centinelas montando guardia en las casas de los españoles principales. La noche se hacía lenta y alta, resonaban en ella claramente todos los ruidos, los gritos, los disparos, los murmullos, las apresuradas conversaciones, crepitaban los fuegos de las antorchas y también los fuegos de los caseríos incendiados que podían ver los indios murmurando roncos, volteando sus brazos en las ramas, sacando alaridos de ellos, agitando el follaje y echando unos gritos perfumados a selva y a peligro, se deslizaban sombras bajo las tiendas, se agitaban antorchas entre los árboles, salía disparado un caballo, llovía un poco, soplaba el viento, sentían el ruido de la lluvia fría azotándose contra los toldos, en el rumor del temporal sentían correr una veintena de caballos, en el claro del bosque volteaban de bruces hacia las tiendas, veían los borceguíes empapados, adelgazados, las espaldas desnudas azotarse contra los flancos, veían las palas, las azadas, las largas cuerdas mojadas y por

estar mojadas les parecían más implacables, rodaba una antorcha, veían cómo se apagaba contra suelo lluvioso, se alzaba el humo espeso y en esa semioscuridad veían moverse las lentas mandíbulas atormentadas del capitán, más hondo, cavemos más hondo, más rápido, cada vez más rápido, como si edificáramos una ciudad de tumbas, señores, un cementerio, un foso para defender la ciudad, terriblemente profundo, como si la fuéramos a echar en él y guardarla y esconderla hasta el verano para que no se la lleve el don Francisco. ¿Quién?, preguntaba alguien incrédulo o muy asustado en medio de la lluvia, ¿quién?, los salteadores que mandó otra vez el gobernador de Chile, gritaban con desconsuelo más que con odio, con desilusión y desesperanza, como si salteadores de otro lado pudieran ser menos peligrosos y mejor recibidos. Se sonreía con melancolía ahora al recordarlo y al tener la seguridad de que mucho antes del mes de mayo, mucho antes, ya el capitán había estado desesperado y odiaba la tierra y le tenía miedo y había estado clavando clavos para edificar un encierro, una cárcel, un calabozo, un pretil y no juntara ventanitas tropicales y adolescentes que voltearía el viento de la primavera y empujarían las primeras flores. Aquella noche ya lejana, desvelado en su lecho, se había repetido una vez y otra, sonriendo con conmiseración, él no vino a fundar ciudades sino a trasladarlas, como llevamos los frailes a Cristo en cada trozo de pan y la oración de difuntos en cada avemaría y se prometió ayudarlo y socorrerlo, defenderlo a él y defender la ciudad. Es hermosa, se dijo, sintiendo que las piernas le dolían y la cara le ardía, miraba a los españoles que trabajaban en la calle, amontonando la madera y golpeando los muebles, había sillas y sillones y sillas fraileras y reclinatorios y baldaquinos y barandas y soportes, trozos impresionantes de escaleras, trozos de pasadizos y zaguanes, arcos, mamparas, barriles enormes y resonantes, barrilitos panzudos y negros, inocentes, sarcásticos, barricas blancas, como presagios, como enfermas, y herraduras, montones de herraduras mohosas y relucientes, clavos gigantescos, terribles, alguien silbaba a un caballo, el caballo movía las orejas reconociendo el llamado, pero no daba un paso, levantaba la cabeza del pasto y azotaba con furia unas ropas que colgaban desde una ventana, unos árboles descendían apresurados hacia el agua, veía el agua cayendo de roca en roca y ahí se tamizaba y desvanecía una tenue luz pálida, acerada y fría, él se estremecía, tenía deseos de volver a su cuarto, de tenderse en la oscuridad, sería una lástima suspiró, mirando las rocas rojas y grises que trepaban en la penumbra, divisaba una cabeza de caballo que lo miraba con

curiosidad desde arriba, veía los borceguíes de un soldado colgando en el vacío, caía una canción desteñida, un alejado reflejo de España, de Tierra Firme, bufido de toros, azotar de pezuñas contra la arena asoleada, se sentía de repente tranquilo, si monta hasta nosotros el don Francisco, cuando torne de la ciudad abandonada y viene en son de guerra y de camorra, esta roca y este cielo duro detendrán su odio y quebrarán su ímpetu, él tal vez lo mate aquí mismo y ya no vuelva a llevarse la ciudad, si lo hace, si se ve precisado a hacerlo, será obligado por un irresistible impulso desesperado, tendremos que cargar esas pobres ruedas desvencijadas, romper hasta los ejes a los pobres indios, tal vez duremos todo el invierno en esta comarca, murmuraba, sin darse cuenta que ya daba por descontado que tendrían que irse, tal vez veamos la primavera reventando en las rosas y agrandemos la ciudad hacia los cerros, echando a correr las calles por quebradas y ventisqueros, cada vez más pegada a la montaña, cada vez más alta y más purificada y menos débil, trepando en el aire duro y helado, oliendo con ansias los temporales de nieve, el aullido de los lobos y chacales. Estaba a mucha altura, la cara le ardía con el frío, tenía sueño, mucho sueño, volveré a dormir a la iglesia que es mi ciudad, mi casa, nuestra casa, miraba a los soldados golpear las tablas antes de levantarlas, veía los gestos y no sentía el ruido, había viento y el frío lo hacía toser, sentía un dolor delgado en el pecho y las piernas le temblaban, sí, será difícil desprenderla de las rocas sin hacer saltar la carne, este desesperado la está metiendo cada vez más en las entrañas de la tierra para asegurarla todavía más contra los que se la quieren robar, pero incrustándola en las rocas, en el eterno y blanco frío, pegada al justo cielo, cómo la arrancarás ahora, hijo, pobre hijo mío, si no es desclavando y quebrando un trozo de entraña de tus amigos y compatriotas. Tal vez sería una buena señal para la vida de la ciudad y para la vida de los españoles ver que las casas estaban subiendo ya sobre las rocas, corriendo y brotando por ellas, las calles metiéndose en los desfiladeros y caminitos, juntándose cada vez más estrecho, cada vez más hacia la soledad, en busca sólo de la compañía de Dios, ese ermitaño viejo y rabioso, sí, tal vez él tenga un poco de razón, Dios es un misántropo que ama a la humanidad, mantiene alejados a los hombres para que le dejen los nervios tranquilos, si les mira los ojos tristes, los ojos desolados, ya él pierde su seguridad y su equilibrio y se torna pensativo y mucho más débil, sin soledad no podría tener esa colosal fuerza, esa fuerza que echó a andar el mundo, no obstante ser él de capacidad normal y no parecer más grande ni más robusto

que Adán ni más huraño y pérfido que Caín, Dios era un hombre de acción y Jesús un soñador, un soñador voluntarioso y lleno de orgullo y mira en lo que quedó su sueño y su orgullo, golpeado y estrujado como una esponja, tal vez sea bueno que torne a la ciudad, que él lo traiga a ella, arreado como un obrero, como un herrero o un albañil, debe gustarle tomar contacto con los elementos esenciales de la vida, el barro, mezcla de agua y tierra, ese elemento precioso con el que labró su padre su primer sueño. Como sentía frío y estaba tiritando, bajó de la roca atravesando hacia las masas, tranquilizado, feliz, deseoso de que la ciudad durara y, si no duraba, de estar presente en el terrible tiempo de mudanza, terror, soledad y angustia que fluiría del pecho del capitán y ahí estaremos con Cedrón y Trueno velando en torno, apretando nuestro círculo para caer sobre un alma cuando la vemos desfallecer y despintarse, cuando ya es incapaz de luchar e insultar y rebelarse, volamos en torno y nos posamos en las ramas altas del lecho, esperando el anochecer, la madrugada, que falten veinte minutos para las seis de la mañana y suelte la torre sus primeras campanadas. Abajo, entre el pasto que brillaba en el frío sol alborotaban suavemente las campanas formando ondas lisas y frescas que se estiraban y esponjaban en el aire, despertando sus antiguos recuerdos, sus viejos dolores, golpeaban quedo las heridas, sólo las tocaban empujándolas, como palpa un ciego las tinieblas, cogían sus manos y las daban vuelta, las llevaban al pecho, las estrujaban en el crucifijo, ascendían como una lenta desmenuzada humareda invisible hacia sus ojos, hacia su pelo, sentía las campanadas que venían a su encuentro para taparlo, tenía frío, tenía sueño, el viento alborotaba sus vestidos y él lo sentía con indiferencia, se metía en él y lo rompía, caminaba de prisa, sin acordarse de nada, sintiendo sólo las campanadas todas juntas que golpeaban el aire entre los árboles, descendiendo con las hojas, los españoles arrastraban muebles por el medio de la calle, pasaba entre ellos, miraba sin sorpresa los piños de ovejas y cabras que corrían desbocadas entre las sillas, veía algunos lechos apartados y adúlteros, reconcentradamente solos, flores rojas y amarillas reventando en los rincones, iluminando rápidamente las tinieblas, los árboles crecían con renovada fuerza, espantosamente verdes y frondosos y los españoles débiles, blanquecinos, frágiles, demasiado frágiles, demasiado transparentes, golpeaban con escondido odio o simplemente con furia, sin ninguna seguridad, las puertas y galerías que huían en la penumbra, dentro de una casa, alrededor de unos árboles sombríos y aristocráticos, alguien sacudía unas ropas como

echando a volar el maldito tiempo que no dejaba de pasar, vaciando un recuerdo de la ciudad abandonada, botándolo de un borceguí manchado, raspándolo del madero de un arcabuz quemado por el incendio, murmuraban indiferentes, ni asustados ni cansados, murmuraban en el agua del río en el que dejaban gotear sus cabellos, el agua corría por sus pescuezos y pechos y él veía las cicatrices, las feas y sucias cicatrices de carne expuesta a la metralla y al odio, carne alzada y picaneada por el puñal o la daga, acariciada con esmero por la cuerda del alguacil y del alcalde, suspiraba mirándolos, mirando el cielo alto y sereno, excesivamente limpio en el que palpitaban todavía las campanas que venían en su busca, me buscan, saben que ya estoy aquí, que llegué anoche o anteanoche, hace tres días, tres semanas, hace un mes y medio o dos meses, murmuró con frialdad sintiendo la carne acordarse de un lejano dolor, tenía hambre y sueño, miraba a los españoles, a los indios hincados en el suelo, miraba el agua correr por el flanco de los caballos, hermosos, robustos, feos, enfermos, cansados, viejos, relinchaban con dulzura y tiritaban tenues bajo el agua fría, sentía el murmullo copioso de las campanas, el ruido de las conversaciones, de las risas, las voces de sospecha o burla o desprecio, las palabras sueltas y misteriosas, todas las palabras, todos los gestos, los gestos torpes de los indios, los gestos torpes de los españoles, se azotaban en el agua que corría por el cielo y por la tierra y se descolgaba de sus pescuezos, del pescuezo de los españoles y de los indios, del pescuezo de Dios, miraba las humaredas que se destrenzaban en el interior de los patios, sentía el chisporroteo salpicado del fuego, sentía el frío, las bocanadas de calor que venían del patio, sentía un enorme definitivo cansancio y una sonrisa de compasión y esperanza se prendía a sus labios entreabiertos, tal vez, balbuceaba mirando el humo azul y culinario, tal vez no ocurra nada, Dios, nada grave, nada terrible, quizá ninguno de estos pobres diablos tenga ya que morir si no es a manos de una conveniente fiebre, y empujó la puerta y penetró en la iglesia. Había bultos de españoles derrumbados en los rincones, como borrachos, como si Dios fuera un capitoso licor que los tenía anegados, caras secas, insignificantes vueltas con insignificancia hacia el altar iluminado con un resplandor sanguinolento, el techo arriba sin vigas y sin tablas, listo a desmoronarse, a través de él se divisaba un cielo helado y hostil, el incienso ascendía crédulo y elemental desde su marmita, un indio joven agitaba su mano negra y murmuraba con pesadumbre, con desesperación sus particulares dudas y sus problemas, sus largos cabellos se iban y se venían en la

penumbra, soltaba su horrible mano y la sacudía en el aire como espantando moscas, como si el incensario estuviera lleno de moscas que se ahogaban con el calor y el humo, murmuraba en voz alta como si estuviera en la plaza o en medio de las rucas y quisiera significar que ya venían los hombres del don Francisco, el padre Cedrón se movió en el altar como si le picara todo el cuerpo, lo veía joven y descomedido, mundano, un tanto divertido y pagano, se estaba sonriendo, soñando o recordando cosas, feas acciones de juventud y vicio, abrió los brazos con desgana, bostezando, y juntó las manos para estrujar a Dios, la sucia agua de Dios y quebró la cabeza y oró abriéndose, dejando caer dejando caer un chorrito deshilachado de latines, por el suelo se azotó una campanilla, veía un vuelo de encajes y un cinturón, la espada estaba en el suelo, brillando con temor en la penumbra y un olor a pólvora se expandía áspero en el ambiente, en lo alto de las vigas se cruzaban y chocaban las campanadas, se expandían ablandándose, como madurando, como cambiando de color o de ánimo o de aureola, cayendo del cielo hacia las nubes desmenuzadas y húmedas en las copas de los árboles, echando a volar los pájaros y los ojos de los indios que dormitaban en los rincones, las sillas estaban repartidas sin orden ni elegancia, las habían amontonado en el medio de la nave, todas juntas, la luz caía de lo alto, amasaba una espectral claridad inicial y dejaba todo lo demás en la penumbra, algunos santos se afirmaban poco a poco desde el suelo, como caídos de la horca o fugados del cepo, veía sus pies rotos y polvorientos, sus caras descoloridas y leprosas y en sus gestos torcidos parecían desear salir hacia la luz y caminar hacia el altar para limpiarse con el paño las costras y purulencias, imaginaba que cogerían unas sillas y treparían por las flores y los candelabros, algunos angelotes estaban botados bocabajo en el suelo, sobrando sobre algunos crespones de semana santa, sobre los paramentos amontonados en las sillas, amarrados con cuerda para ahorcar cristianos, las velas humeaban sexualmente y echaban un humo espeso y hediondo, veía los pies monstruosos de los indios deformándose en las tinieblas y tenía mucho sueño, no era capaz de hincarse ni de sentarse, la cabeza le zumbaba y retumbaba con antiguos ruidos de disparos y chisporroteo del fuego entre las zarzas, alguien se quedó en lo alto como Cristo en la cruz o Antón de Luna en la horca, veía los buitres volando en torno del altar, posarse en los candelabros y parpadear asustados con el humo de las velas y el incienso, veía sus alas grises tensarse para volar, pero tenían miedo y no había bastante espacio, movían las cabezas desorientadas buscando ramas de árbol,

maderas, cuerdas, sólo veían un grupo de indios hincados en la tierra, golpeando con sus cabezotas el suelo, el incienso reptaba entre las flores y el padre Cedrón sonreía divertido y despreciativo, aburrido y vuelto hacia ellos, hacia todos ellos, echaba sus rezos como migajas de pan o limosna sucia, se le cerraban los ojos de sueño y sabía que su cuerpo estaba temblando, caminó sin darse cuenta entre los indios, volcados todavía en el suelo, no lo miraban, el padre Cedrón se hincó dos veces, para significar que no tenía apuro y que todo eso no le interesaba y que estaba por lo demás desilusionado y que podría empezar de nuevo si le diera la gana y lo deseara sin asco, cerró sus manos sobre el libro, agachó un poco la cabeza y se sacó ahí mismo los paramentos, los dejó caer al suelo, pisó sobre ellos y parecía que los odiaba, lo sintió hablar en voz alta con el acólito, sonreír con astuta maldad y desaparecer hacia dentro en busca de su chocolate, él deseó seguirlo para preguntarle algo, para conversar alguna cosa de duda o esperanza, para decirle lo que deseaba hacer luego o lo enfermo y cansado que estaba, pero el padre Cedrón se estaba riendo con impudicia ahí dentro, sintió sonar unos vasitos, su ruido claro iluminó aquella parte de la casa, parecía que el padre Cedrón estaba descendiendo hacia la bodega, riendo mientras bajaba a buscar otra buchada de vino, tal vez algunas frutas jugosas y tropicales, tal vez alguna india jugosa y tropical que tenía escondida entre los trapos, lo sintió arrastrar una silla, varias sillas, tendría invitados, Jesús estaría entre ellos, un poco cohibido, un poco deslumbrado con la luz y el ruido de las cosas, deseando preguntar luego por el vino y los bebedores, sobándose la barba rubia, un tanto ajada, mirando con curiosidad soñadora hacia la puerta por la que había desaparecido el padre Cedrón, sintiendo conversar susurros en la oscuridad, golpear algunos toneles, palpar unos muslos, sintiendo el olor del vino expandirse en la penumbra como una luz ramificada y palpitante, pegarse a sus narices y a sus conocidos dolores, sintiendo el ruido de los timbales y las alegres voces enfiestadas, mirando el largo vestido de la novia y a su madre desencajada y melancólica mirarlo desde el otro extremo de la mesa, sintiendo el calor y las flores, los pebeteros que enrarecían el aire y hacían olvidar todo, empujaban hacia el olvido el ruido sordo de las muchedumbres miserables que se arremolinaban junto a las canastas con pescado y panecillos, esperando que él hiciera algo, que se pusiera pálido o encarnado, que llamara a Juan o Pedro o Andrés o Lucas, mientras, lejos, hacia la ciudad, desaparecían los jinetes elegantes y mundanos y él hundía sus manos entre los peces, entre los panes duros y fríos y

sollozaba turbado. Salió sintiéndose mortalmente solo y caminó tambaleando a su cuarto, echado hacia atrás en la cuja, los pies en el suelo, dormitó con premura y aquello era como si recién viniera llegando, como si acabara de bajarse del caballo y caer al suelo desmayado y el padre Cedrón se inclinara afligido y un poco inútil y le preguntara ansioso y deseoso de que así no fuera, ¿estás herido, señor?, padre, padre mío, maestro, ¿estás herido o enfermo?, suerte que has llegado, suerte que he llegado, dijo, no estoy herido, el caballo tampoco, el perro trotó tras de sí sin darme yo cuenta, está muy viejo y muy herido, pero ha llegado también, está a mis pies, aquí, muerto a mis pies, soy un miserable, veía sus pies cansados, inutilizados y deformes, tal vez con el tiempo no pueda andar sino cojeando, caminaré apoyado en un bastón o en un arcabuz, bajaremos hacia la ciudad, bajaremos sin duda alguna y el perro gruñía contra la puerta, la remecía con su pata sana, aullaba lastimero y él no se sentía con fuerza para ponerse en pie y abrirla, sintió el aire frío, había tal vez sol, bajaba por las vigas hacia las flores, el incienso estaba iluminado, decía para sí recordando algo muy vago y veía al perro correr por el campo, tiene hambre, los dos tenemos mucha hambre, comeremos mañana o en la noche y el perro caminaba rápido bajo el sol y su viejo pelaje brillaba en el sol, entre las ruinas.

El soldado levantaba la mano para hundir el clavo cuando dos manos le sujetaron los brazos, sus borceguíes quedaron en el aire, él había comenzado a reírse, el grito de protesta o sorpresa o simplemente de jolgorio o camaradería no alcanzó a salir de sus labios, pues sintió gritos de odio y desesperación en la casa de al lado, disparos, quejas, quejas que se expandían en el aire caluroso y fluían hacia el cielo horriblemente azul. Miró a los hombres para preguntar y una bofetada se aplastó contra su cara, sintió el dolor expandirse en ondas hacia los ojos y colgar en sus labios como un pingajo y dejó caer el martillo, otra bofetada lo tendió de lado y los brazos lo apretaron más firmemente para que no se cayera. Estaba todavía junto a la ventana, una ventana pintada de rojo que había alcanzado a clavar, sintió los golpes en la madera y a través de sus lágrimas miró al martillo golpear las tablas y hacer saltar sus goznes, miró al soldado, era joven y de rostro violento e imbécil, de cuerpo frágil, enfermizo, había algunos hombres en el techo y miraban hacia abajo, en las manos tenían sierras, sintió la madera cuando la rajaban, sentía a la sierra cruzar dulcemente los gritos y las quejas, lejos, disparaban hacia la hondonada, donde relinchaban los caballos, lo apartaron con violencia para que las primeras vigas

no les cayeran encima, vio la ventana colgando de sus goznes y luego en el suelo, era rosada destiñéndose, brillaba al sol, la puerta se azotaba contra el viento y alguien estaba tratando de sacar los clavos, no la golpeaban ni hablaban ni lo miraban con furia, simplemente estaban apegados a la puerta, inclinando con experiencia la cabeza para coger limpiamente los clavos y extraerlos, pasaban jinetes por la calle, gente acalorada o pálida, iban transpirando y gritando despacio, pasaban soldados amarrados, empujados por los arcabuces, debieron pasar muchos antes de que él se diera cuenta, miraba las vigas descender desde lo alto y caer a sus pies, la calle estaba llena de escombros y del suelo se alzaban nubes de polvo, soldados a caballo, armados con azadas, inclinaban peligrosamente el cuerpo y cogiendo el azadón con más firmeza, lo hundían en las murallas y forcejeaban, pegaban el pecho del caballo y echaban al suelo un largo trecho de adobes, respiraban con cansancio y se secaban el sudor mientras ascendía hacia ellos una muralla de polvo, alzaban los brazos y los dejaban caer, respiraban, debían ser las tres o cuatro de la tarde, no había nubes en el cielo y el agua que caía de las rocas manaba como una lenta interminable respiración, de los árboles colgaban naranjas, limones pálidos que huían en la penumbra, las flores ascendían por los troncos y echaban una oleada de hojas y perfumes hacia el camino, no soplaba el viento, en la tranquilidad de la tarde se escuchaba con nitidez los gritos pausados de los hombres, las quejas de los que pasaban amarrados hacia la casa del alguacil, ladraban los perros en el interior de las casas, pasaban soldados llevando cuerdas o un montón de palas, un indio cargaba en sus espaldas unas ventanas, se curvaba en dirección a alguna parte que el soldado no comprendía, miraba cómo lo amarraban con sosiego, con destreza en la que no había odio ni maldad sino sólo unción pegada al oficio, sólo un ligero y evidente afán de obrar bien, de atar dos brazos o una brazada de leña de manera que ya no se desataran, pasaban indios llevando puertas, muebles informes, pasó un caballo cubierto de ropas de soldados, de camisas, calzas y guerreras, los borceguíes colgaban de la silla y eran negros y rojos, se escuchaban voces soñolientas, parecían salir de la ropa, había un sopor desagradable en el aire, un olor copioso de frutas madurando y de flores levemente mojadas. Lo empujaron con insolencia, miraba con estupor su casa abierta, la ventana colgando hacia el suelo, la puerta intacta afirmando la muralla desde la que ascendía una leve nube de tierra, caminó con deseos de preguntar algo, deseoso de saber qué había hecho, qué había que hacer, levantó el martillo y

todo comenzó con eso, sólo el martillo y la mente en blanco y un desagradable deseo de dormir, pues en la noche no había pegado los ojos, hacía calor y los soldados se reían y alborotaban, silbaban a los perros de puro aburridos, bebían vino, estaban flacos y macilentos, pero todavía quedaba licor, las vasijas yacían destapadas y el calor extraía emanaciones cálidas de ellas, se le cerraban los ojos de sueño para clavar el último clavo, el último, habían esperado quizás eso, que cogiera la ventana y la hiciera vibrar, que gimiera apenas como en una siesta, perdido él en la cuja y sacaron los brazos y lo cruzaron a bofetadas y ya estaban arriba arrancando las vigas, haciéndolas descender silenciosamente, sonaban solas, ellos no sonaban, no hablaban ni gritaban ni explicaban, nada le dijeron cuando le golpearon la cara porque se la odiaban, sólo levantaron sin esfuerzo los brazos, no despegaron los labios, no los apretaron, movieron un poco los arcabuces y le empujaron los riñones, caminó como borracho, pero no estaba borracho, tenía sed, deseos de beber vino para dormitar ahora y olvidar los golpes, los martillos cruzando el aire, los caballos trotando en la madera, arrastrando las ropas, los indios abrazando con unción los atados de velas, llevando una menudencia de armas, herramientas, cucharas, cuchillos, marcos, libros, veía las puntas de los borceguíes que salían de las sábanas y sentía el olor del vino manar en la noche mientras estaba despierto calculando la hora en que el cielo comenzaría a desteñirse, se había tornado de bruces sobre la cuja, hundió la cara en ella y ahí encontraba la infancia, ahí sonaban las risas alegres y se arrastraba el olor del vino. La garganta le dolía, caminaba con prisa, pero siempre le empujaban los riñones, pensaba que no caminaba bastante aprisa como hubieran deseado ellos que lo hiciera. Se quedó parado buscando con tiento la cara de los hombres, Romero, Alonso Romero, deja que te explique, Griego, Antonio Griego, amigo mío, soy Ginés Herrera, lo golpearon en la cara, esta vez con el arcabuz, sintió el ruido del hueso, adivinó que le salía sangre, echó a caminar y lo empujaron una vez más por las costillas, pero ahora con dulzura, sollozaba quedo, sin desear que se dieran cuenta, también sin desear hacerlo, había mucho sol, miraba las altas matas de maíz brillar amarillas, el cielo estaba azul y tenso, casi oscuro, no soplaba el viento, sentía agitarse en la atmósfera, cansadamente, con misterio y letanía, la campana de la iglesia, sonaba pausada y grave, parecía que la habían descolgado de la torre y que sonaba bajo tierra, entre las ropas de la cama, entre los muebles y los rollos de cuerda, los caballos dormitaban al sol mirándolo apacible,

durmiéndose, sentía los sollozos remecerle el pecho, donde colgaba una medallita, recordaba que estaba armado, tenía el cuchillo clavado en la cintura, pero no podía usarlo, no se lo habían quitado tampoco, no se lo quitaron, seguramente, para que comprendiera lo débil e inerme y burlado que estaba, pasaban a su lado otros hombres, debían ser muchos afligidos como él, muertos de calor y sueño y terror como él, sangrantes como él, alguno alborotaba y se echaba al suelo, venían los perros saltando a su lado, él gritaba, gritaba contra Cristo y los malos cristianos, llamaba a Prado, al capitán Prado, ese loco de ojos inyectados, Dios, Dios mío, el perro se había echado sobre el soldado y él no sentía los gritos y tampoco los ladridos, sólo veía la sangre, una sangre que brillaba en el sol como bandera, no era mucha, sólo lo suficiente para señalar el uniforme del soldado y para marcar con nitidez sus facciones feas, ahora parecían un poco desilusionadas y aburridas, el odio se hundía y agazapaba desconfiado en sus ojos claros, no miraban a ninguna parte, estaban sumidos en sí mismos, recogiendo todo su rencor, guardándolo, mirando con vergüenza y humillación la sangre que le goteaba del pelo, el perro trotaba con gracia tras ellos, gruñendo despacio, con confianza. Un perro dorado y lanudo, reluciente y sano, pasaban jinetes, lo miraban con naturalidad se detenían a saludarlos como si nada extraño o extravagante ocurriera y aquellos hombres atados y sangrantes transcurrieran dentro de la realidad normal y franca de las cosas, dentro del escurrir regular de la ciudad que crecía sin prisa, como los árboles que rodeaban la plaza, la campana colgando de sus palos en lo alto de la torre o las flores que reventaban en los rincones sombríos que adivinaban el agua entre las rocas, los martillazos cruzaban apresurados el aire, sentía descender las maderas entre los gritos y las quejas, se prendían disparos al otro lado de los árboles, hacia las carretas donde se amontonaban los caballos y fluían los indios, se elevaban humaredas, los hombres se reían, no parecían tener calor aunque iban encendidos con el cabello al viento. Él miraba la tierra ardiente y sentía ladrar con fatiga a los perros, como apagándose, el otro soldado caminaba ahora más ligero que él y, al enfrentarlo, lo miró con desprecio y amenaza, como si al encontrarse juntos ahora, al verlo amarrado y golpeado y sangrante, él, que también iba golpeado, amarrado y sangrante, incluso mucho más asustado, estuviera de algún modo en un sitio de privilegio, pasaron más jinetes, las riendas sueltas, sin mirarlos, clavada la vista en el cielo o en los cerros, apretando con fatalidad los borceguíes en la cincha de los caballos, la calle estaba llena de escombros, las nubes de

polvo se alzaban densas y desagradables, veía a los hombres moverse lentos entre ellas, hablar con desagrado y toser, subir por las escalas y golpear los techos, los golpes sonaban tamizados, ablandados por la tierra, él veía caer las vigas al suelo y no sonaban mucho, parecía que había un compromiso y otra clase de amenaza en que los maderos no sonaran demasiado, se sentía muy débil y se dormía, los soldados ya no lo empujaban, lo tocaban suavemente con el arcabuz para saber que él estaba siempre ahí, como si estuvieran ciegos, como si él fuera atrozmente peligroso, como apestado, y él casi iba corriendo, temía que se iba a caer de un momento a otro y entonces despertaba y veía el sol a través de la tierra, veía las matas de flores colgar de alguna ventana o yacer en el suelo junto al agua, veía a las gallinas caminar apresuradas y dignas, con cierta malignidad clarividente, saltaban sobre la pared y desaparecían en las habitaciones, estaban cacareando allá debajo, la casa del alguacil no aparecía nunca, veía a través del cansancio y la tierra alzarse la torre de la iglesia, volaban palomas en ella y la campana colgaba dura y negra en medio de un letal silencio, la plaza estaba rodeada de enormes árboles verdes, los perros yacían tendidos al sol y algunos indios dormitaban bajo los árboles, pasó un soldado con dos arcabuces, iba enteramente entierrado, los miró con sorpresa desde el fondo de la tierra como si fueran demasiado manchados ellos también o teatralmente ensangrentados, según su opinión, miró la cruz allá en lo alto, en la que cabrilleaba el sol, caminó apresurado y se perdió en la bocacalle, tras él aparecieron más soldados, iban corriendo, no hablaban, no se miraban, no los miraban a ellos y antes de que ellos hubieran atravesado completamente la plaza, mirando la acequia que corría alegre y llena echando emanaciones pastoriles y frescas, sintieron los disparos, sonaban a mucha distancia, pausados, seguros, como si los que disparaban estuvieran tendidos cómodos en tierra, entre blandos escombros, los disparos atravesaban el cielo y aparecían en él leves humaredas, sentía ruidos de pasos tras él, parecía que eran muchos ahora los prisioneros que iban desfilando, pero él caminaba sin mirar a nadie, adivinando que si se detenía lo empujarían otra vez o lo golpearían, tenía deseos de llegar luego, un caballo ramoneaba el pasto junto a las acequias, levantó la cabeza cuando ellos pasaban para cerciorarse de que no era su amo y hundió otra vez el hocico en la tierra, de su grupa colgaba un par de borceguíes nuevos, unos guanteletes negros, había casas cerradas y silenciosas, sus moradores parecían dormir la siesta, ignorando el ruido y los disparos, él deseaba afirmarse contra una puerta para desfallecer en

ella y despertar a los dormidos y llenar de terror la calle, pero no se atrevía y ahora iban por el medio de la calle, chapoteando en la tierra cálida, venía hacia ellos una lengüetada de calor y los hacía desfallecer, el soldado que lo había mirado con desprecio u odio caminaba pausado, mirándolo de tanto en tanto, levantaba una mano para enjugarse la sangre, no lo empujaban ni lo golpeaban, él levantó un brazo también y se estaba poniendo esperanzado, sintió el calor en la cara y en seguida la bofetada, se desmoronó en el suelo mientras a su lado pasaban borceguíes, perros, conversaciones, risas y se prendían disparos a su lado, arrastrándose por sus piernas, curioseando sus borceguíes para dispararle hacia dentro, sentía el humo acariciarle el pelo, se lo tironeaban, lo levantaban, sentía el sol, el sol goteaba en su boca, su boca estaba alerta y se sonreía, sentía el sol pegado a sus dientes, buscando su paladar para iluminarlo, la tierra subía hacia él, sintió resoplar a un caballo y pensó en el frío, ya no había sol, ya no había calor, sentía el ruido del agua y tenía frío, pegó su cara al pescuezo del caballo y supo que pasaban bajo unos árboles y que los hombres hablaban en voz baja, alguien hablaba con voz autoritaria como si se refiriera especialmente a él, como si no le gustara su aspecto o su cara sudada, sintió el calor que venía del pescuezo del caballo. Los soldados estaban sentados en sillas, tenían los arcabuces en el suelo, a sus pies, los miraban a todos, a él ya lo habían bajado y yacía arrinconado haciendo un poco de sueño. El capitán se puso de pie y se acercó para mirarlos, movió la mano para contarlos y criticarlos, pero señaló sólo las espaldas, las dagas que colgaban todavía en los cinturones, sonrió con sonrisa cansada, se volvió hacia Guevara, tal vez no debiéramos tenerlos aquí, sino al sol, en la plaza, donde puedan verlos. Ya los verán, señor, dijo Guevara, si es que son frutas para las horcas. ¿Trabajan ellos?, preguntó quedo. Desde temprano, señor, ahora también trabajan, con este hermoso tiempo sería una barbaridad si nos ponemos trágicos y piojosos y no hacemos las cosas como se deben, creo que lo haremos más fácilmente ahora. El capitán mostró a los prisioneros, algunos los miraban con odio y sorpresa, otros con la mirada perdida, acorralada, sin reconocerlos, sólo estaban sacando la respiración, sintiendo los brazos atados y no deseando tenerlos atados, les dolían, esperaban, el capitán se acercó para mirarles los ojos aterrorizados o fatigados, vio la sangre que goteaba en el cuello del soldado despierto, estaba sentado, deseoso de ponerse de pie para echar un discurso y explicar sus claras razones, su odio y su protesta y sus deseos de no moverse, vio al soldado que roncaba, su cabello

alborotado y suave, su cabeza ingenua, su cuerpo tosco, inerme, los señaló a todos abarcando el aire cálido, mirando al mismo tiempo la suciedad del aposento y lo cerrado que estaba. ¿Los llevaremos? ¿Crees que debemos llevarlos?, dijo Guevara con voz grave en la que aleteaba una escueta alegría. Guevara parecía más joven y estaba un poco delgado, su cara era oscura y grave y sus labios rojos y joviales, sus manos se tornaron decididas cuando las alzó como un trofeo para mostrarlas. ¿Cuándo lo haremos?, preguntó él y su respiración estaba esperando. Ya lo estamos haciendo, señor, contestó Guevara, sorprendido de que, viendo aquello, le preguntaran, ellos forman parte de la ciudad, señor, la estamos echando a tierra como deseas, la estamos despedazando. Yo no deseo llevarla ensangrentada, yo no deseo causar desgracia y muerte, dijo él, pesaroso ya, adivinando que todo eso era fatal y que sus propias palabras subrayaban esa fatalidad, comprendes mis deseos, mis anhelos, mis ambiciones, ¿verdad? ¿Crees que soy hombre malo y cruel? No señor, ninguno de nosotros lo somos, dijo Guevara sonriendo humildemente y en verdad parecía divertido, por lo menos más alegre de lo que aparentaba. Tú comprendes y sospechas mis deseos, mis obligaciones, mi fatalidad, como Vásquez, como el pobre Vásquez las comprendía, pero ellos son melancólicos y se apegan a la tierra, lloran mirando los jardines que pisotean los caballos, se agarran a los naranjos y juran y chillan y vociferan que jamás los abandonarán, ellos sí que son crueles con ellos mismos, los he visto con las manos sangrantes agarrados a los naranjos y limones, ni Cristo parecía tan teatral y doloroso. La respiración de Guevara se juntaba con la suya, estaba quieto, como él lo estaba para sentir pasar el tiempo. ¿Cómo no hacerlo, pues, preguntó, cómo dejarla perecer de hambre y terror, hecha pedazos por los indios o por los que se quieren sublevar?, tenemos que llevarla si la queremos viva, tenemos que desclavar las manos, descuajar las murallas, los borceguíes, echar abajo los techos, arrancar las ventanas y las puertas, veremos los muñones sangrantes, los quejidos de la madera y si lloramos y sollozamos y clamamos vueltos al recuerdo y al remordimiento y a España, y al regazo del rey, del virrey, nada haremos. Lo haremos aunque ellos no quieran, dijo Guevara y se encaró con los prisioneros y los miró con dulzura, decidido a hablarles, se sonrió recordando cosas que aún no había hecho, cuya idea aún no había transmitido al capitán, suspiró tranquilo, teniendo tiempo, miró a los hombres botados en tierra, olió la humedad y el olor a transpiración, es una hermosa tierra y un hermoso tiempo, con eso sólo tendremos para no hacer

una tragedia fácil de esta mudanza, señor, ellos son los trágicos y los llorones y como lo hacen mal, como lo hacen bárbaramente mal e impiden que trabajemos fríamente, los sacamos del escenario y los traemos a bastidores donde huele mal el aire y no llega el sol. Tal vez en unas pocas horas podamos hacer esto, ¿y el padre Cedrón y el padre Trueno? Nada les dijimos anoche, pero ya habrán sentido los disparos y los gritos, dijo Guevara, gritan, gritan, se atreven a gritar para clamar contra la injusticia. ¿Qué injusticia?, dijo él con tristeza. Para ellos lo es, contestó Guevara, pero para nosotros es un honesto trabajo, si no comprenden la necesidad de abandonar el hogar que se desea, los muebles que han vivido con nosotros, la ropa que hemos arrugado en nuestra desesperación y nuestra soledad, si no saben abandonar virilmente unos tiestos con flores, unas docenas de frutas perfumadas, ¿cómo comprendes, señor, que esta tropa de ladrones y asesinos se haya embarcado en España para venir a conquistar la tierra?, esto es también un saqueo organizado y oficial y debieran estar riendo a carcajada y ganando un poco de olvido, el padre Trueno, el padre Cedrón, el padre Carvajal son mucho más firmes que ellos, más duros, más facinerosos, sin dejar de ser buenos, pero miran lo que es y debe ser y no se quedan con los ojos blancos clamando misericordia del cielo y pidiendo blanduras cuando elegimos y precisamos durezas. Sí, es una hermosa ciudad y un hermoso tiempo, pero por eso mismo tal vez sea más desesperado tener que dejarla, no obstante, Guevara, a mí no me gusta esta tierra, le tengo terror a los cerros y a las rocas, siento que la ciudad y nosotros estamos siendo ahogados entre ellos, nos falta el aire, el cielo está muy alto y muy lejano, estamos arrinconados y apartados de la vida, de la ruta de los salteadores y bandidos, tenemos que irnos, llevarnos la ciudad, la siento crecer con ímpetu bajo mi cuerpo, pero está enferma y atemorizada, aunque no haya motivo para que nos llevemos las casas, yo lo haré con gusto, señor, aunque te veas obligado a hacerlo, aunque no nos empuje el don Francisco, estamos vivos, somos capaces de llevar una ciudad a cuestas, el mundo nuevo sobre los hombros, que ellos lloren, yo no lloro, yo no tengo macetas de flores en mi balcón, yo no he plantado naranjos ni limones ni almendros ni duraznos ni romeros ni rosas. Ellos son distintos, Guevara, ellos vinieron para quedarse, no se querrán ir, defenderán sus casas con el puñal y la daga, nos matarán, se matarán entre ellos, no nos quieren, no quieren a nadie, tampoco a la ciudad, se quedan por cansados, por desesperados, no quieren ir más lejos, así haya oro y piedras preciosas y mujeres, las mujeres son un motivo para llevarnos lejos

la ciudad, dijo pesaroso Guevara, señor bajemos hacia el llano, acerquémonos hacia donde haya mujeres, entonces, por lo menos, moriríamos por otros motivos, nos despedazaríamos entre nosotros por unas polleras y no por unas vigas y puertas y ventanas y adobes. Se quedó pensativo, señor, ¿no nos estaremos volviendo locos? Locos son ellos, dijo, lúgubre, duro y caminó hacia afuera, los soldados los siguieron y cerraron la puerta y los sintieron caminar en la habitación, ahora se elevaron voces, voces de conversación, de somnolencia, se reían con lástima y sarcasmo, ya no tenían miedo, alguien muy joven sollozaba. Él se sentía triste, tenía deseos de caminar, caminó hacia los árboles y con gran cansancio destrenzó las riendas del caballo, miraba el cielo tirante y cálido, respiró con ansias y no miró a Guevara, Guevara palmoteaba tranquilo la grupa del caballo, partió antes que él al galope, torció la carrera, sacó tierra y se puso a su lado. Es hermosa la tierra, pero demasiado conocida ahora, señor, hacemos bien en dejarla a otros, a los indios, a los ahorcados, a los bandidos que traerá de Chile el don Francisco. Bajaremos hacia el llano, buscaremos un buen sitio cerca de los ríos, en la linde del bosque, ya no nos moveremos, talaremos caminos a través de la selva, tal vez llegue Ardiles y traiga socorros, alimentos, mujeres, suspiró. Caminaron al paso, veían a los soldados golpeando las puertas para derribarlas, demoliendo concienzudamente las murallas y sacando de ellos espesas trenzas de humo, veían la calle llena de muebles, sillas fraileras, pisitos, alfombras, ropa de cama, ropa de soldados, camisas, pecheras, sombreros enormes y entierrados, libros, herramientas, velas de cera, antorchas atadas y nuevas, airosamente blancas, pasaban soldados empujando prisioneros, los empujaban apresurados como si los fueran a volcar dentro de un hoyo o guardar en un arcón, gritaban gritos altos, no de enojo ni de amenaza, como si pastorearan ganado, gritos algo ceremoniosos y optimistas que reventaban suave en el aire cálido bajo el cielo azul, por el cielo pasaban pájaros negros, miraban sin ganas y planeaban lento, sonaban con claridad los martillos y en alguna parte caía un chorro de agua, iban callados, deseosos de llegar al medio de las ruinas, Guevara se reía mirando aquello, aunque no daba risa, miraba a los soldados empujar a los prisioneros y él picaneaba las verijas del caballo y lo miraba alegre y sorprendido de que no se alegrara también, tenemos mudanza y no mudamos el ánimo, decía para sí, mirándolo con reproche, mirándole el pecho hundido, los ojos hundidos, la mirada perdida y extraviada. Los caballos sorteaban los escombros, saltaban airosos las puertas y las ventanas

amontonadas con orden a lo largo de la calle, la calle estaba seca y dura, subía un vaho de calor en el aire, pasaban jinetes, caballos sueltos, corrían los perros, la espada del capitán se golpeaba contra los huesos del caballo, veía las botas moverse desprendidas, impersonales y hostiles, miraba el lento vaivén de la espalda del capitán, sus orejas finas alertarse tratando de recoger los gritos lejanos, los gritos subterráneos que reptaban en el fondo de las casas, en los patios donde sentía alborotar a los españoles, un piño de ovejas despavoridas rodó en el extremo de la calle, se metían entre las sábanas, golpeaban los colchones y se enredaban en los cordeles, las sentía balar afligidas bajo los muebles, alguna había quedado aprisionada dentro de una pieza, sentían su llanto ascender por la muralla derruida, entre el polvo y el humo, todavía pasaban prisioneros, despeinados y apresurados, con la ropa rota, la camisa volando en el aire cálido y los ojos enormes y desencajados, uno de ellos venía cantando, clamando, diciendo a gritos sus oraciones, sus remordimientos, sus palabras de conjuro y lealtad al rey y a la reina, venía atado en los brazos, pero alzaba el muñón orgulloso e implorante, unas bellas manos cínicas, parecía estarse riendo de todos, también de sí mismo, estaba amarrado de un modo torpe y caricaturesco, para mostrar mejor la farsa y la falsedad, sin embargo parecía asustado caminaba a tropezones, como si lo empujaran, aunque no lo empujaba nadie, los soldados que lo llevaban se habían apartado y él caminaba solo para verse y lucirse mejor, gritaba mezcladamente, divertido y doloroso, tropezaba al pisar la cuerda que colgaba de sus manos y en verdad venía recitando o cantando, se perdía recitando un largo lamento inútil, una triste historia insignificante. ¿Tenemos más prisioneros que soldados libres y leales?, preguntó con desconfianza él. Tenemos todos los que no quieren irse, señor, dijo Guevara con voz pausada, para señalar claramente lo que decía y, al mismo tiempo, al pausar las palabras y al tender la voz sin poner emoción en ella, despojarlas del contenido violento y que pudieran tener si decía que, efectivamente, eran muchos los prisioneros. Muchas horcas nos contaminarán el aire, pensaba él, y Guevara veía también multitud de cuerdas colgando de los árboles, de las vigas altas de la iglesia, de los balcones del cabildo y de la casa del alguacil, de las rocas donde el padre Cedrón, hacía muchos meses, en pleno invierno, había querido descolgar a algunos ajusticiados. Pobre Vásquez, muchos meses, todo el invierno, ¿por qué no hablaba de eso él? No son pocos, agregó con voz desaprensiva, los hemos hecho vigilar hasta en el sueño, cuando conversan en los interminables

atardeceres, no nos hemos equivocado, ahora están presos todos los que tenían sus casas terminadas y barridas, ¿comprendes, señor? Los remisos, los que tardaron semanas en clavar su puerta o colgar su ventana o amarrar sus vigas en el techo, ahí donde anidan y arrullan en las noches de luna las aves, aquellos que nada han hecho para levantar la ciudad, esos, señor, vergüenza me da confesarlo, son los nuestros, los más aventureros, los más viles, los capaces de apuñalarnos por la espalda, por eso los ves contentos y satisfechos cantando y escupiendo en las ruinas, con qué gusto y regocijo hienden las murallas y derriban las puertas, son la horda de bárbaros, señor, ésos son tus servidores, ésos son mis soldados, una tropa de asesinos que despanzurran gratis a un cristiano o pulverizan un barrio, míralos cómo golpean, son valientes para luchar contra la madera y el barro muerto, míralos esta noche, como todas las noches, cuando apean las antorchas a las sementeras y las ropas, como acercan la llama a la cuerda de los prisioneros para encender una bárbara esperanza, señor, son de galeras, pero son nuestro sostén, mientras les demos carne derrotada para devorar estaremos tranquilos. ¿Estás tranquilo, Guevara?, preguntó suavemente él. ¿Y tú, señor?, preguntó Guevara, y se sintió avergonzado. Ahí están las carretas, dijo con voz queda él, señalando las rocas. Ahí quedaron desde que llegamos, señor, los indios y los perros y los pájaros de la sierra han hecho sus nidos y cuevas y conciliábulos en ella, hay algunas buenas todavía, resistirán dos o tres viajes largos, pero no bastan, si juntamos tres o cuatro yuntas de bueyes y algunos mancarrones de gran tiro y arrastre, si entre esta noche y la madrugada logramos poner en pie algunos carros y los echamos a rodar pendiente abajo, quizás logremos echar un trozo de ciudad en el camino, la demás tendremos que dejarla, dijo en un ordinario discurso, como si hablara de granos, maíz, trigo, porotos encerrados en sacos, que la humedad del invierno y la sequedad del estío estaban despilfarrando. Lo que podamos coger de ella lo cargaremos a lomos de los caballos y llamas e indios, echaremos puñados de la ciudad en nuestras monturas, colgaremos algunos restos de ropa, muebles, molduras, en los pescuezos de los caballos o de los indios, llevaremos cuanto podamos, haremos lo imposible, tenemos que apretar nuestros dolores, no escuchar las quejas ni mirar las lágrimas, defender la ciudad contra todos, incluso contra nosotros, si es así, pocos son los prisioneros, Guevara, no queremos, no quiero yo ni quiere el rey españoles sedentarios sino aventureros, seres desventurados y desarraigados, ardientes, pujantes, orgullosos,

optimistas, fieros, feroces, seguros de lo que hacen y de lo que deseamos hacer, que vayan más allá de nuestros deseos y proyectos, que se arranquen de nuestros cuidados y cometan crímenes e injusticias si esas injusticias y esas infamias sirven para la salvación de la ciudad bien empleadas están y cuando nos asentemos en definitiva cortaremos sus uñas, limaremos sus dagas y sus dedos. Señor, ¿cuándo nos asentaremos en definitiva? Había un tono no de burla sino de temor y fragilidad en las palabras de Guevara, preguntaba por incertidumbre y no por chanza, deseaba saberlo, estaría enfermo, atemorizado tal vez, como yo mismo, ¿cuándo nos asentaremos, Dios mío?, preguntaba mirando la ciudad, las puertas desparramadas en las calles, afirmadas contra las rocas, las ventanas sobre las que descendía el agua de las vertientes, las murallas carcomidas por las que se asomaban restos de muebles, esquinas de armarios, patas de vitrinas, respaldos de sillones, escaños para la iglesia, para el refectorio, para la sacristía, la imagen de un santo colgaba de una muralla, el lienzo estaba desteñido y húmedo, desde lo alto caían cuerdas, colgaban hasta abajo y eran mordisqueadas por los perros que gruñían contentos, desde el techo caían martillazos y descendían vigas, vigas que parecían moverse solas, un soldado gritaba furiosamente, parecía muy enojado o defraudado, miraban su enorme pecho rojizo expandirse con los gritos que echaba hacia el patio y el zaguán, sentían remover muebles en el suelo, alguien se quejaba, un enfermo, un herido. No podremos llevarnos todas las cosas ni a todos los españoles, murmuró para sí, escuchando claramente los quejidos. No eran quejas de dolor o castigo de alguien a quien estaban golpeando o amarrando, debía estar enfermo, simplemente, nos mojamos tanto en el invierno, hundidos en la lluvia sudábamos, se tornaba furioso y triste sintiendo quejarse a aquel enfermo y retenía su respiración para escuchar esa respiración afiebrada y desconsolada. Miró a Guevara, pero Guevara no parecía sino escuchar los ruidos limpios del martillo golpeando las puertas, echando al suelo las ventanas, el ruido de las vigas que rozaban la madera y descendían con estrépito, removía su caballo con placidez y lo miraba alborozado, deseoso de que se alegrara con ese espectáculo nítido, desordenado, pero por eso mismo más notable y poderoso, adivinaba que había mucha fuerza todavía en la ciudad, fuerza que había que doblegar para torcer las murallas y tronchar las puertas, para romper los cuerpos y las cinturas y las piernas que se asentaban en los zaguanes, en los jardines, en los sembrados de maíz, echando una mirada melancólica y fiera juraban por los santos apóstoles y por

los huesos del caballero de Calatrava que antes los matarían que dejar esta vez la ciudad, sollozaban apegados a sus arcabuces y oteaban el delgado cielo del atardecer para preparar sus servicios y sus odios melancólicos y defender la ciudad, sus maderas, su tierra contra los españoles crueles y desalmados que querían derribarla. ¿Hay más enfermos?, dijo él sintiendo los quejidos, deteniendo el caballo para oír una vez más y que Guevara escuchara también. Sí los hay, señor, dijo Guevara, algunos no mejoraron en el invierno y lo han pasado sumidos en las sábanas, tenemos varias casas cerradas por causa de ellos, de sus gritos aterrorizados, de sus quejas, de sus sudores, echan calor, miran a los soldados, miran las armaduras, las espadas que brillan al sol y se sientan y se afirman en la almohada y gritan ateridos y cogen un candelabro, un libro, un borceguí para defenderse, creen que los van a degollar, si los degolláramos haríamos algo bueno, ah, señor, si dejáramos la ciudad abandonada, completamente deshecha, aventadas a los vientos sus casas rotas, esa resaca de muebles y de restos de muebles, de ropas inútiles, de gritos y de quejas inútiles, tal vez habría salud y mudanza y fortaleza y esperanza en lo que hacemos, pero así, dejando muertos y heridos, casas a medio reventar, todavía vivas, ganado triste, desriscado y herido, perros medio muertos de hambre, caballos desbocados trotando locos en las ruinas, así, señor, no puede ser. Sí que hay enfermos, mucho más de los que debieran y eso tampoco debe ser, ¿qué haremos, señor, los ahorcaremos, los echaremos hacia los cerros, los haremos huirse antes de matarlos, por las quebradas, por el río, en busca de una muerte lejana? Guevara, dijo él en voz baja, no muy melancólica y desesperada, sólo pensativa, sólo dudosa, ahora sólo sé que debemos irnos, llevarnos la ciudad en cuanto podamos, algunos edificios radiosos, las mejores calles, este sol, ese cielo, tal vez hasta unos gritos de desesperación que nos hagan falta para no sentirnos tan abandonados. A los enfermos los llevaremos después, los mandaremos buscar, dejaremos a los indios, los perros podrán quedarse también, dijo con cierto disgusto, sabiendo que en aquellos detalles, en esas dificultades, en esos duelos y gritos y bramidos y relinchos y ladridos encontraría la tranquilidad, una tranquilidad relativa que le permitiría, por imaginar, entrever, lo que realmente buscaba, tener medios y fuerzas y deseos de coger la ciudad como se coge un tiesto, un arca no muy grande ni demasiado horrible, un atado de ropa, unos objetos de adorno o de recuerdo, el arnés de un caballo por ejemplo, un marco sin retrato, e irse abrazado a todo eso, caminando sin prisa bajo los árboles, trepando

cerros hacia el abismo, un poco atemorizado y extraviado, hace bien extraviarse, esa mezcla de gozo y extrañeza que forma el verdadero terror, ese fatal acierto adelantado de sucesos graves y desconocidos, dramáticos o divertidos, crueldades, sadismos, gestos bruscos y repentinos llenos de silencio, de un atormentado silencio, como los que tenía el virrey cuando él calculaba que necesitaría tres meses para preparar la expedición, para reunir doscientos caballos, cien caballeros empobrecidos y soñadores, lustrosos por la miseria, perseguidos y solos, aunque fueran deshonestos, aunque vinieran arrancados de la familia, de la amistad o de la justicia para trotar con ellos hacia las primeras sierras y los primeros desiertos, y el virrey, sin desear mirarlo, apegado a la ventana por la que divisaba la plaza y los cholos, las cholas, los españoles asténicos que pasaban agazapados bajo el fuerte viento, entre las nubes negras que se amontonaban encima de la catedral, el virrey, que era delgado y frágil, de rostro agudo, huesoso, desconfiado, de ojos negros y sarcásticos, desprovistos de sentimiento, incluso de religiosidad, había echado su mano derecha sobre la cadera en un gesto inconcluso para traer hacia sí cosas, muebles, ropas de cama, las copas que se perdían en la penumbra, los cuadros que se doraban tenuemente en la sacristía, pues el sol estaba bajo y los buscaba a ambos en la habitación, el virrey había caminado rápido por el cuarto como si se fuera a ir, como si estuviera midiendo la longitud exacta de las tablas y aquellos metros y pulgadas y centímetros fueran fatales y esenciales para su deseo, para su ensueño de conquistar tierras desconocidas, se había sonreído con sonrisa helada, dura, endurecida, él veía sus cabellos lisos caer por la frente, tenía además el pecho hundido y de él sacaba las manos ahora, se afirmó en la ventana abierta, de espaldas a la plaza y a las nubes y el viento pulía sus hombros, trajinaba su capelina, sus cabellos, señor, dos meses por lo menos, todo el resto del verano, tal vez hacia el otoño pueda partir, mira los españoles que me ofrecen formar expedición, mira sus nombres y detenciones y antecedentes, dijo lentamente, sin alzar la voz, sin bajarla mucho, le temblaba no de reverencioso miedo sino más bien de nerviosa impaciencia, había una maravillosa soledad en aquellas palabras suyas, en aquellos gestos incompletos del virrey que se desparramaba porque no partía luego. ¿No puedes irte el sábado con la tropa que tienes, con los patacones que te ha prometido el padre Gomar? Sólo tenemos siete caballos, algunos están prestados, otros en casa del herrero Nicolás, en las afueras de Arequipa tenemos prometida una traílla de perros, algunos indios traerá

Ardiles, cargados y premunidos con ropa, de cueros y sacos de alimentos, pero eso es poco, señor. ¿Y los patacones y castellanos del padre Gomar? ¿No te los da, por fin, el viejo? Dentro de una marmita tiene su oro, anoche me la mostró y se la ha mostrado también a Bazán y a Guevara y a Vásquez, dice que comprará todos los caballos del reino para que subamos a las sierras a otear entre las nubes del sol crepuscular las primeras estrellas, los ríos aplastados contra el horizonte, las buenas tierras. Señor, el padre Gomar quiere venir con nosotros, venderá su casa, su india, sus ornamentos sagrados. Que venda a Cristo y a María Magdalena y a San Cristóbal, dijo el virrey con impaciencia, echando a volar su sotana, que venda todo, que forme sociedad o compañía con el diablo, con todos los diablos, pero te vas luego, en seguida, antes de cuatro semanas, dos meses son demasiados, tal vez antes me asesinen los amigos de Pizarro, los tíos de Almagro el mozo, ¿no tienes bandidos y salteadores aquí?, busca hambrientos sin entrañas, llévate la cárcel y los encarcelados, quiero sentirte galopar antes de siete días. Él tenía papeles en las manos y los miraba, sentía el sol tibio buscarle con tiento los borceguíes, veía las nerviosas manos del virrey, olían un poco a sudor de caballos y a incienso, veía esos borceguíes delgados tranquear con angustia por la habitación, echando rosarios, medallas, libros santos por el suelo y buscar alguna cosa urgente, algún mandamiento o recado o carta real que deseaba mostrarle. Se había puesto serio y duro, el rostro tenso, se acercaba para hablarle más calmado, veía sus ojos rasgados, jóvenes, apasionados, parecía deseoso de inquirir detalles de un drama de pasión carnal, de un sucio lance de juego o celos. ¿Dos meses, Núñez, dos meses todavía?, bueno pues, suspiró con tranquila desesperación, dos meses, sólo dos meses, ni un día más, partirás a la medianoche del día en que se enteren nuestros plazos. Él se rió con alegría sintiendo su propia risa y pareciéndole melancólica, el virrey parecía deseoso de decirle algo más, preguntarle cosas personales, motivos, pesares, extendió los papeles en la mesa y agregó, siguiendo su antigua idea, me han prometido caballos y ganado, bueyes, cabras, ovejas, puercos, llevaremos los perros que trajo Bazán en el barco, son perros finos como él, delicados como él, Mendoza me ha prometido trigo y frutas y vino, traerá muchas armas que han navegado con él desde Veracruz, tenemos quinientos indios, quinientos bien contados, señor y tres frailes y los frailes también calzan borceguíes y ciñen espadas y dagas y puñales y muchas veces, cuando deseen ser sacerdotes tendrán que ser soldados, si no no estaremos vivos mucho tiempo.

Servicio del rey es mantenerse vivos, dijo el virrey, a costa de sacrificios y necesidades y crímenes y pellejerías, la crueldad es necesaria cuando no hay bondad a mano a la cual recurrir, pero no seas malvado, no seas directamente malvado, acuérdate que estaré en este balcón, en estas tablas, pensando en ti, en el mensaje del rey y de Cristo que llevas, serás bandolero muchas veces, más de las que deseas o piensas, más de las que te permitiría, pero métete en la tierra y no tanto en la vida de los indios, rompe la tierra pero no los rompas a ellos, no los avientes como salvajes, no seas salvaje sin extrema necesidad. Lo veía pasearse en la penumbra del atardecer, en la polvareda del sol, mientras las campanas de la catedral remecían el aire, poblaban de sones inmensos el ámbito, retumbaban solemnes en los arrabales y se reventaban contra los cerros, el virrey se asomaba al balcón y mirando las nubes que volaban en lo alto pensaría en ellos, oteando el camino cada mañana, cada atardecer, para ver si venía una pareja de mulas con noticias y mensajes y pedimentos de socorro o consejas de muerte y maravilla. ¿Qué le mandarían decir?, ¿qué le diremos, qué podemos explicarle al virrey para que lo comprenda y lo transmita al rey?, señor, mira que tenemos necesidad de cambiarnos de sitio y estamos demoliendo las murallas, siente señor cómo golpean los martillos, mira cómo cuelgan ridículas y tristes las puertas y las ventanas, siente cómo descienden las vigas desde el techo, hace calor, mira cómo sudan los soldados que pasan a mi lado mirándome con terror, seguramente con odio, están asustados, están amarrados, no podíamos sino amarrarlos, señor, algunos lo están por parejas, caminan como prometidos o borrachos, callados, sin hablar, la calle está llena de trozos de puertas y ventanas rotas, de cornisas y canales, de sillas desvencijadas, por supuesto que de ropa de cama y uniformes, señor, mira la transpiración cómo corre por los pescuezos de estos desgraciados, están más fatigados que atemorizados, el cansancio del calor y el hambre no les permite tener demasiado terror, los ahorcaremos tal vez, tal vez los dejaremos amarrados en casa del alguacil o del alcalde, inertes, incapaces de rebelarse, de hacer nada malo ni nada bueno, por eso los hemos bajado de sus molduras, de sus arcos y bóvedas y pasadizos y zaguanes, los hemos alzado a culatazos de las cujas donde sudaban la enfermedad, se quejaban, lloraban de lipiria y recelo, son muchos, dijo Guevara, mirando a los dos hombres levantarse y salir tambaleando entre los muebles, tras ellos iban dos soldados a caballo, no parecían seguirlos sino vigilar, más bien, a los que golpeaban las paredes con azadones y echaban adobes al

suelo, a los que se colgaban de los marcos de las ventanas para tirarlas al suelo mostrando los dientes, tornándose rojos y violáceos, alguien gritaba al otro lado, parecía estar protestando o advirtiendo peligros desconocidos e inesperados, una voz destemplada y suelta, descomedida, por qué gritan tanto, por qué gritan, Dios mío, todo debiéramos hacerlo con una poca cantidad de gestos, de ruidos, de palabras, si trabajáramos en silencio, si fuéramos a ellos y les quitáramos las palas, los arcabuces, los serruchos, los martillos como para ayudarlos a terminar sus casas y comenzáramos a guardar sus brazos dentro de los cordeles, tal vez entonces fuera menos cruel y cobarde lo que hacemos. Serán veinte o treinta, dijo para sí a media voz, pero Guevara se volvió en el caballo, como sorprendido u ofendido. ¿Veinte o treinta qué?, preguntó. Guevara no alzaba jamás la voz, jamás estaba asustado o apremiado, tampoco se sonreía, aparecía siempre apacible, el gozo y el dolor eran ligeramente conocidos para él, no eran muy intensos, ni tampoco extraordinarios ni desesperantes, si venimos a conquistar la tierra, decía, tenemos que sacarla de las entrañas de la gente, y eso significa cierto esfuerzo, ciertos gritos, algunos caen al suelo, se arrastran, quedan quietos en desmesurados gestos feos, otros se levantan, caen, se levantan varias veces, tienen más fuerzas, son más grandes, más robustos, tienen anchas espaldas, poderosos gritos, saben sufrir mejor, gritar más fuerte, no pueden sufrir sin estarlo señalando con sus quejidos, subrayan esa fortaleza, su capacidad de dolor y quieren que no lo olviden, no lo olvidaré, ojalá pudiéramos olvidarlo, murmuraba con desprecio, constatando con desagrado el desorden de los muebles sobre los que se echaban los hombres para enjugarse el sudor o los miraban con mirada perdida y nostalgiosa, contando las sillas, los escaparates, cada hoja de sábana, cada par de calzas y significaran que algo faltaba, otros muebles, otros gritos, otros quejidos, gritos, quejidos de protesta o rebelión para recoger los arcabuces y llenar la tierra, los escombros, las arrugas de la ropa en el suelo, las ramas de los naranjos y limones, de humo, de olor a pólvora y a verdaderos angustiosos gritos. Hacia ellos venían más soldados, empujando los caballos, apartando las sillas, deseando entrar en las casas, tal vez deberían haber hecho eso, haber estado ellos dentro y derribar todo hacia afuera, las cornisas y balaustradas, la torre de la iglesia se elevaba en medio de la polvareda, borrosa y vieja, la campana se sacudía lentamente para botarse el sopor, sentían el calor surgir de la tierra, atravesando los montones de madera, los sacos de trigo y maíz, remeciendo las botas de vino, bajo los árboles, el agua corría quieta,

inmóvil, las gallinas se hundían en ella y cacareaban con premura, los caballos, echados sobre las sábanas, parecían significarles el enorme error y desorganización que había en todo eso, sentían el olor del guano expandirse en el aire, veían los belfos amarillos, las narices rosadas abrirse muellemente en el aire caldeado, ya no pasaban más soldados prisioneros, ya no sentían más gritos de protesta o explicación, sólo se elevaba el claro ruido de los martillos y las hachas, relucían al sol y se perdían en la madera, sin ruido, abriendo las tablas y los palos labrados y las guarniciones de los techos y baldaquinos, sin escándalo, sin mostrar que estaban demoliendo la ciudad, tal vez dos días les llevaría aquello, tal vez más si no tenían cómo cargarlo todo, quemaremos muchas más cosas que la primera vez, agarraba la brida del caballo para esperar a los que venían a su encuentro. Humarán con su aspecto algo indiferente mirando los muebles rotos o nuevos amontonados en la calle, como si no le interesaran en absoluto ni deseara comprarlos ni despreciarlos o despedazarlos con las patas de los caballos o la punta de la espada, parecía irse hacia otras tierras o ciudades pacíficas y distantes, por calles apartadas que bajaban al puerto, Griego, de ojos negros y pelo revuelto, estaba completamente armado, llevaba la espada agarrada a la mano, deseoso de enfurecerse en dos minutos para salir corriendo tras los indios o los prisioneros atados o los muebles antes de que los mataran o amarraran o quemaran. Santa Cruz le sonreía con dolor, como si hiciera un gran esfuerzo, sólo para demostrar que lo estimaba y que seguía siendo su amigo, respiraba con fatiga y el arcabuz, afirmado en sus rodillas, y la cuerda que colgaba del pescuezo del caballo, hacían resaltar más aún su debilidad, incapaz de sujetar aun las riendas, de apretar las cinchas del caballo, temblaba un poco y parecía que cuando el caballo saliera al trote él se desvanecería en el suelo y arrastraría colgado de las espuelas. Nos vamos, señores, dijo él para saludarlos. Siempre nos estamos yendo, contestó rápidamente Humarán, mirándolo al mismo tiempo a él y a Guevara, deseoso de que lo contradijeran, pero deseando advertir con su mirada inocente o acuosa que no se estaba burlando ni amenazando, que no criticaba la idea de cambiar de sitio la ciudad, llevándola a las sierras, a la costa, a los bosques, a las montañas, junto a los ríos, no, no, sólo deseaba decir lo que le parecía, lo que le ocurría, vivo a caballo, el caballo es para mí mi casa y mi camino, me voy por él hacia otras ciudades y aventuras, llevo el camino conmigo como el capitán la ciudad amarrada a su arzón, a su desesperación, bajo su almohada, entre sus riñones. Hemos

tardado mucho en hacerlo, debimos mudarnos hace meses, dijo Griego apretando su espada, creciendo con ella para salir al trote y entrar con ella entre enemigos y amigos y mujeres y niños recién paridos, apartando no sólo muebles y ropas y utensilios y sillas y mesas y borceguíes y calzas, sino también gritos, quejas, sospechas, traiciones, sueños nocturnos, llamadas de auxilio, apartando todo eso y entrando en la selva, en la oscuridad, en el misterio, parecía estar advirtiendo con su gesto que ya había pasado el tiempo de hacer la mudanza con sosiego y que ahora sería más terrible y dolorosa, más duradera, muchas noches, muchos días, meses seguramente, mataremos a centenares, quedaremos sanguinolentos y sudorosos, sentiremos que nos quejamos, que desfallecemos, que nos estamos muriendo, parecía decir su bello rostro tostado y alzaba los labios en un gesto de satisfacción y agradecimiento porque aquella tardanza y error y duda era para él la posibilidad de cumplir su cometido con más dificultad, por lo tanto más bellamente, de un modo más notable y duradero, que nadie olvidaría, echó una mirada a su caballo reluciente, demasiado pulcro y sensitivo y lo acercaba a su boca, a sus palabras, hemos tardado siempre, capitán, tal vez la próxima vez no tardaremos, dijo para sí y rió alborozado. Él lo miró con melancolía y sonrió también. ¿Cómo lo sabía él? ¿Quién podía decir que no tenía razón Antonio Griego? Veía a las fogatas surgir en la hondonada, a los soldados sentados en torno, sentía el olor del asado untarse en sus narices, se reían con pasividad, estaban contentos, estaban flacos y macilentos, pero se reían, como Antonio Griego, gritándole más pequeño desde su caballo, señor nos hemos demorado, la ciudad debe ir ya muy lejos, no está lejos, está aquí, con nosotros, tenemos un centenar de caballos gastados, heridos y enfermos, el don Francisco se llevó los otros a través de la lluvia, lo veíamos caminar bajo el agua, iban cantando para espantar la soledad, para darse valor y esperanza, para disimular su villanía y un asesino que canturrea adormilado parece ya no tan malo, nos dejaron los apestados, los heridos, los moribundos, tuvimos sufrimientos, contrariedades, se apegan a la tierra como mujeres, clavan primero un clavo y en seguida una flor, cuelgan géneros en las ventanas, buscan la oscuridad y la luz, se protegen del sol y del viento, se suben con tristeza a los techos y mirando el horizonte agarran las vigas y se sacan los clavos de la boca. Es una hermosa tierra, pero estrecha y dura, nos estamos muriendo de hambre, señores, sentía necesidad de recordarles que había necesidad y no maldición en aquella mudanza y también en la otra y en todas las que seamos

capaces de soportar, siempre tendremos palabras para explicar al rey nuestros dolores y las acciones que ellos han provocado, a nadie habremos muerto sin justicia, la injusticia también tiene su explicación, su agradable explicación, también es una justicia, decía para sí mirando que por el medio de los escombros caminaba un prisionero. Llevaba los brazos cruzados en el pecho y las cuerdas se subían hacia los hombros para formar el nudo, iba apresurado, casi deseoso de correr, hubiera corrido si las ropas y los muebles le hubieran permitido hacerlo, nadie lo iba empujando o vigilando, iba solo, completamente solo, un perro seguía al paso tras él, era seguramente su amo, él seguía a su amo, pero sin ladrar ni aullar, ignorante de que algo malo le ocurría, nada le ocurría, sólo que lo habían abandonado los que lo traían, los hombres que martillaban ya no descargaban sus golpes sobre las maderas, alargaban el brazo y lo señalaban riendo, una risa sin maldad, simplemente alegre, como agua, algunos se habían asomado en lo alto, alargaban los pescuezos por los techos, se inclinaban asomando un trozo serio de sonrisa, el hombre caminaba con desenvoltura, no parecía alegre, pero tampoco asustado ni sorprendido de que lo miraran con curiosidad y suave picardía, caminaba con naturalidad, sólo tropezaba o titubeaba cuando se encontraba frente a una sábana limpia o a un cojín de seda que brillaba o no quería tropezar con cajones repletos de menudencias, de puños de encaje, medias de seda, velas, antorchas, colleras, cadenitas, cuellos rígidos y pañuelos que crujen si los recojo, entonces titubeaba, no demasiado, miraba el suelo con desconfianza como si el camino se le hubiera perdido y estuviera metido entre las ropas, guardado en los cajones, ya ves que nos vamos tarde, dijo entonces Griego, mira señor, ese preso que camina amanecido a su celda, es un buen hombre, un perfecto cristiano, conoce su deber con Dios y su oficio con el rey, su trabajo es sufrir ahora, quedar guardado, con los brazos inútiles y empaquetados, por qué, señor, por qué nosotros tenemos apuro y él no, nosotros cogemos el martillo y él la palita del jardín, se dirige a la cárcel bonitamente esperanzado, a esperar que se le pudran las cuerdas y quede libre y bostece expulsando el sopor y el cansancio y el mal recuerdo y torne a cuidar sus rosas, porque nosotros no cargamos con las flores ni con los crisantemos ni la fruta ni las caídas de agua ni el cielo, el cielo se queda aquí con ellos, pero él no lo escuchaba, golpeando el pecho del caballo había salido tras el prisionero. El prisionero iba lejos, saltando casi alegre entre los escombros, se hundía entre las nubes de tierra y surgía airoso, un poco agachado bajo el sol, el sol se apegaba a sus medias de seda y

enviaba reflejos miserables y sarcásticos, el perro trotaba a su lado y ladraba ahora, se divisaban las calles solas por las que venían los caballos cargados con ropas y trozos de muebles, los jinetes tornaban las caras sudorosas para mirarlo y avanzaban sin decir nada, él apretó los ijares del caballo y alzándose en la silla, deseoso de mirar más lejos, de saber si había más prisioneros gritó algo ronco, sabía que tras él venían los demás jinetes y deseaba que lo dejaran solo, deseaba hablarle, conversar con el prisionero, explicar sus cosas, inquirir su nombre, el soldado, al mirar que se acercaba, echó a correr, el caballo, apegado a él, lo golpeó en la espalda y lo botó rodando sobre unas sábanas, estaban limpias y frescas, olían a flores, a pasto, a verduras, a sol tibio, a aire de la madrugada, se revolvía en ellas para ocultar su cara, era donoso y joven, de rasgos finos, audaces e ingenuos, echaba sangre por las narices y lo miraba con sorpresa, él se había bajado del caballo y se arrodillaba a su lado sintiéndose afligido y lleno de ternura, las medias del soldado estaban salpicadas de sangre y su cabellera húmeda con agua o transpiración, respiraba con cansancio o con nuevo miedo, él colocó las dos manos en su hombro y lo miraba con cariño y desencanto, ¿por qué huyes?, muchacho, ¿por qué huyes, atado como vas? El soldado respiró con angustia y pugnó por ponerse de pie, pero él lo sujetaba firme y no lo dejaba y empezaba a enfurecerse con ese dolor sin dignidad. ¿Quién te ató, preguntó con dureza, quién te ató y te dejó solo? Los soldados, el capitán, habló brevemente y no deseaba hablar más o no recordaba. ¿Qué soldados, qué capitán?, lo miró con recelo, viendo que en lo alto, entre el sol, Guevara lo miraba y se estaba bajando del caballo. ¿Qué soldados?, preguntó estupefacto, nosotros no soltamos a los prisioneros y apretó esa mano inútil, mirando la sangre que le goteaba de las narices. El soldado se puso de pie y caminó tambaleándose, él caminó detrás y cogiéndolo por las cuerdas que se ungían y colgaban en la cintura lo atrajo con violencia, lo dejó vuelto y vio que estaba simplemente fatigado, un tanto soñoliento y no demasiado asustado, sus vestidos estaban pulcros y no olían a sudor ni a muerte y miedo, ¿por qué huyes?, balbuceó con melancolía. El soldado levantó el rostro y miró al caballo que hundía sus narices en la ropa, respiraba lentamente por su respiración, venía su duelo, sus recuerdos, su conmovedora esperanza, señor, ¿ves la ciudad? ¿Qué tiene, hijo, preguntó él con dulzura, está enferma, herida? Está herida, tú la has apuñalado. Parecía muy triste, las palabras que acababa de decir lo dejaban más solo y si no hubiera estado atado, como estaba, seguramente lo hubiera cogido del brazo y abrazado para que

lloraran juntos su soledad y su desgracia. Sabes, pues, que soy el capitán, dijo con pesadumbre, sabes, pues, que no odio a nadie ni a ninguna cosa ni a ninguna casa, yo no mato a la ciudad, no la apuñaleo, por ella peno y sufro, como tú, como todos ellos, agregó esperando que él le dijera algo, y como no le decía, señaló hacia los soldados que echaban sus caballos hacia las paredes y clavaban sus picas en ellos y los desmoronaban, nos llevamos la ciudad porque la amamos, para que no muera, tienes que saberlo, si no la quisiera y deseara sólo mi bien y mejoría y la mejoría de mi hacienda no pelearía para defenderla. La defiendes contra los que la quieren más que tú, dijo el soldado con fiereza y desesperación, has tomado presos a todos los que deseaban quedarse, cuidar sus casa, regar sus árboles, tú quieres sólo hombres a caballo, agarrados a los arcabuces y a las dagas, sólo quieres soldados. El rey necesita soldados, cada vez más soldados y caballos y cruces, dijo él. ¿Qué cruces?, preguntó el soldado con melancolía y burla y veía él mismo las cruces metidas en el barro, cruces en las que se alborotaban, agitadas por el temporal, unos manojos de flores, flores podridas y deshechas, cruces de vida y no de muerte, afirmó él sin esfuerzo, y soltó las manos del soldado en un gesto de autoridad y suave amenaza, Jesús es salud y fuerza y desafío, viene con nosotros, está demoliendo la ciudad para edificarla más firme y más potente, Jesús no es una enfermedad sino un remedio, no es un hombre sentado en la cruz, descansando su sudor, esperando la resurrección de la podrida carne, dijo con entusiasmada sorpresa, pues aquello le parecía un poco exacto, Jesús está a caballo con nosotros y no atado con tus amigos, es carcelero y no prisionero, está más con el mal ladrón que con el bueno que era pobre de espíritu y pusilánime. Señor, dijo con tranquilidad el soldado, ésas son palabras de un hombre que tiene miedo y no está seguro, nosotros no tenemos miedo y por eso yo me dirijo solo a la cárcel ahora, para subrayar tu derrota. No estoy derrotado, dijo él, y cogiendo al soldado por la cuerda que le apretaba cuello, lo alzó de la tierra, pues estaba caído y lloroso de furia y rencor, señor, estás matando a la gente para alimentar tu soledad, para que las devore tu miedo, señor, mírate la cara, estás lleno de soledad, dejas las ruinas en medio de tus sueños, señor, mira lo que haces, él había alzado la mano en la que tenía la daga, cogió firme al mozo y cortó las cuerdas, el soldado sollozó de sorpresa, alzaba los brazos adormecidos para desentumecerlos y lo miraba con un desorbitado gesto de tímida alegría y resurrección, él, cansado como estaba, cada vez más cansado, más enfermo, bajó su brazo para obligarlo a hundirse en la tierra quebrando las

rodillas, cayó sobre él dulcemente, doblando su mano, que se borró en el pecho, su otra mano había acariciado fugazmente el cuello desnudo y él sintió la carne tibia y joven, parecía que esa carne lo escuchaba, el soldado estaba apegado a sus calzas, roncaba despacio como si ahora le viniera todo el sueño, parecía arrepentido de sus pecados y de sus remordimientos, parecía que deseaba agarrarse a él para ganar salud y confianza, para ponerse de pie y que lo llevara a la iglesia, a los bancos claros de la sacristía, a la penumbra del sagrario, sintió sus manos mojadas y soltó los dedos, los caballos se movieron un trecho y, como si desearan tapar aquello, sintió el ruido de los sables, el ruido de las grupas que se azotaban con suavidad contra los borceguíes, el olor del guano y del sudor, veía la camisa nueva manchada, el cuello que respiraba el aire abierto, caído de lado sobre las sábanas, su cabeza tocaba el extremo del arca, vaciada, extrañamente vacía, sentía mucho calor, adivinaba el sol clavado en lo alto, como si lo mirara, como si adivinara su frío, su escalofrío para bajar a entibiarlo, sentía las voces de los soldados, lejos, muy lejos, disparaban arcabuces, crujían las carretas en la tierra dura, sus ejes trituraban, molían el silencio, veía los ejes sucios bambolearse con cadencia al sol, desde el suelo crecían columnas de humo y las naranjas rodaban de los canastos y los sacos, el aire estaba lleno de sol y humo, sólo veía esos borceguíes nuevos, nuevos, como si le pertenecieran, como si debieran pertenecerle y debiera agacharse y cogerlos y colgarlos en la silla del caballo, se movían los caballos, se daba cuenta de que el suyo trotaba a su lado, llevado por alguien, veía las bridas largas, demasiado largas, sentía el resoplar de los animales y el ladrar de los perros entre las matas, las carretas se aproximaban, eran pocas, con sus ruedas relucientes, lavadas, enormes, había sillas amontonadas a lo largo de la calle, unas sobre otras, sentadas y alineadas ordenadamente contra las murallas, los indios trajinaban cerca, llevaban sacos y herramientas, las iban dejando caer al suelo, no sonaban, no suenan, pensaba, sabía que eso era extraño, pero no le inquietaba, sentía el calor, la soledad, el sol correr por su pecho, la angustia se le apegaba a los párpados, a los labios, tenía deseos de llamar a alguien para que lo ayudara, se abrazó al caballo para no desmayarse y vio cómo los indios iban metiendo las bolsas y las cajas en las carretas, los soldados gritaban arriba, alargaban los brazos y se llevaban las manos a los cinturones para ver si ahí estaban las dagas y las cuerdas, las ramas de los naranjos se cimbraban en el aire caluroso, parecía que les estaban haciendo señas para que no se olvidaran de nada, ni de las mesas, ni de las

escalas, ni de los tiestos con flores y las cazuelas repletas de maíz y fréjoles y los cueros con vino y las ramas con naranjas, el agua corría hacia los árboles y de ella manaba una sensación de frescura y de alivio, de eternidad y sosiego, los gritos resonaban en sus oídos, las palabras de duda y de insolencia, señor, señor, mira lo que haces, éstas son las flores, aquéllas las ramas llenas de frutas y limones y duraznos, mira, señor, las ovejas, su lana manchada, mira las rocas llenas de sangre, señor, señor, una voz muy joven, muy dolorida, no bastante insolente para enviarla a la horca, no tan desesperada como para ser capaz de luchar, sentía calor, se entreabría la camisa para que entrara el aire en ella, un aire cálido, endurecido, lo golpeaba para enjugarlo hasta las rocas, hasta los desfiladeros y las sierras y que viera él a las ovejas, por lo menos la lana, mira señor, los arcabuces, siente los disparos, veía brillar los puñales, se había doblado un poco para extenderle los brazos y que lo matara, sintió el roce de las cuerdas y miró los ojos del soldado, tienes tierra que labrar, cuántos bueyes, cuántas cabras, sentía el olor de la leche fresca, veía los labios jóvenes, antiguamente sensuales, llenos de vida y de protesta, sentía las cuerdas pegadas a sus manos, sentía a través de ellas los largos dedos asustados, sabe, señor, que amo a la ciudad antes y mucho más que tú, qué edad tienes, preguntó con desolado desprecio. España es muy vieja y muy antigua, soy joven y viejo, tú eres bueno y malo al mismo tiempo, deseas lo bueno y haces lo malo, tienes miedo y te agarras a una daga, te agarras a tu miedo para no rodar al abismo. España, señor, es un abismo, traga a muchos, yo voy caminando hacia ella, veía su perfil puro y joven, todavía no del todo formado, cortó con un golpe seco la cuerda y, como el soldado levantaba el brazo para golpearlo o despedirse, lo cogió de ambas manos y metiendo la suya en la faja que apretaba la cintura, la hundió allí, sabiendo lo que hacía y lamentándolo, la mano le temblaba, tenía mucho miedo, veía los ojos del soldado buscar ahora la tierra como si quisiera tocarla en seguida, sin pérdida de tiempo, él se había agachado con él para no dejarlo caer y estaba hincado en la tierra, metiendo sus calzas en las sábanas, mirándolas y sintiendo la frescura que emanaba de ellas, miró la camisa, sus propias calzas, sus manos, sintió calor, lo sujetaron de los brazos, sentía el cielo bajo él, abajado hacia él, era oscuro, hacía calor, debían ser las cuatro de la tarde, el aire no soplaba y en él se columpiaban lentas columnas de humo o polvo, sintió a los caballos, golpeaban las maderas, Guevara se movía tras él, como si estuviera inclinado sobre los muebles y las ropas caídas, recogiéndolas, los soldados hablaban en voz baja, sin desear romper

el silencio para que se alzara sólo el ruido de los martillos golpeando indiferentes algunas puertas, el ruido de las vigas que descendían en la tierra, las carretas estaban ahí, levantadas hacia el cielo para que él viera que no estaban del todo desarmadas ni inservibles, para que viera que podían soportar una caminata de ochenta leguas entre cerros y a través de esteros, bajo los bosques, las veía blanquear al sol, casi le decían que subiera a tenderse y descansar, las columnas de tierra rodaban todavía detrás de alguna pared, un soldado clavado en lo alto de unas vigas estaba sudando en camisa, mirando hacia ellos con orgullo y desprecio, sentía el ruido de las sierras emerger del interior de una casa, arrastraban más muebles sobre la tierra, algunos soldados, bajo los árboles, todavía estaban echados en el suelo, riéndose, conversando, echando hacia las carretas sus manos agarradas a las copas, sobre las rocas, en las que relucía un sol frío, deslustrado, volaban algunos pájaros enormes, con cansancio, con fatiga, desalentados y perdidos, arriba colgaban de unas horcas unas cuerdas, viejas, como podridas, hacía muchos meses de aquello, muchas noches de lluvia, teníamos tantos heridos entonces, que surgían de debajo de los muebles cuando se detenían las carretas levantando las sábanas y mostrando unas barbas despavoridas y envejecidas, unos ojos revueltos y crueles, sacaban las piernas, veían los borceguíes ensangrentados, sentían el olor tumefacto apegado a aquellos gestos, aquellos rostros rojizos, quemados al rescoldo, olían todavía a humo de incendio, llevaban unos puñales mohosos agarrados débilmente a las manos y sonreían sin dientes, son jóvenes y viejos, los llevaremos a todos, no dejaremos nada ahora, quemaremos todo, el incendio es como el agua, pasa encima y limpia toda suciedad, el humo es libre y sano, no se apega a nada, se va volando, cargaremos cuanto podamos, no seremos crueles nunca, nunca más ahorcaremos ni degollaremos a nadie, y para oír sus quejumbrosos deseos estaban ahí los soldados, habían desmontado y miraba él sus borceguíes apagados, sus manos resecas en la madera, las vacas mugían en el desfiladero, a la sombra de los sauces y algarrobos, donde caía un chisperío de agua sobre las rocas y sonaban frescas alas de pájaros, los animales se apegaban a las carretas, las empujaban en silencio, bramaban quedo, pateaban el suelo esperando que alguien les abriera paso, venían bultos de ropa por el aire, un canasto se bamboleaba indeciso, se veían flores, grandes macetas con flores, un balcón entero y enflorado pasaba por lo alto y era bajado sin ruido hacia el fondo de la carreta, los bueyes se tornaban de lado mostrando sus flancos consumidos, los cogían del

hocico y de los cachos y los arrastraban hasta que chocaban con las varas y las ruedas, los ejes tocaban sus calzas, sentía él mucho calor y mucho cansancio, su caballo relinchó suavemente, sin mirarlo, sentía la suavidad de la piel bajo sus manos, era un hermoso animal, me lo regaló el don Francisco, sentía un extraño desasosiego, se sentía triste y desolado, tenía las manos todavía manchadas y en el pescuezo del caballo se reproducían las mismas manchas, imaginaba que a sus pies, entre la ropa blanca y sucia, metida a medias dentro de las cajas y cartones y en los estantes, en los canastos, envuelta y empaquetada por cuerdas, también había sangre, tal vez la había realmente, el aire olía a sudor, había llantos mojados y secos en los ojos de los perros, las ovejas balaban en la penumbra, torciendo desorientadas sus cabecitas en un gesto de espantosa dulzura y soledad, no había nubes en el cielo y por los rostros de los soldados corría el sudor, tenían los torsos desnudos, algunos estaban en camisa, trajinaban con flojedad entre los muebles, él veía sus cicatrices, sus pechos velludos y flacos, sus espaldas impresionantemente solas, sus flancos consumidos, se hablaban entre sí, se pedían cosas, se agachaban y se pasaban cosas, miraba las cuerdas con la boca abierta, eran blancas, limpias, no habían sido usadas, recordaba a los prisioneros que habían pasado antes, atados de dos en dos con una misma cuerda, como Alonso del Arco y Antón de Luna, recordaba cómo los había visto en sueños, en aquel lejano sueño que tornaba a veces, cuando estaba más solo, las cuerdas colgaban y golpeaban en sus calzas, parecían prestas a cogerse de las manos de los soldados leales, de las ramas de los árboles, llevando sus ropas hacia lo alto, sus insignificantes palabras hacia lo alto, dejándolos ridículamente estirados, atrozmente vacíos, más débiles y más pobres, miraba las patas de las sillas enhiestas hacia el cielo, los perros se habían metido entre ellas y ladraban hacia abajo, perros negros, blancos, color chocolate, cenicientos, salpicados, de un color indefinible y etéreo, asoleado y luminoso, ladraban por encima de ellos hacia los árboles, hacia el fondo de la calle por donde venían más jinetes y más caballos, él miraba las ropas blancas, relucientes, tal vez mojadas, y las flores, las flores rojas que colgaban hacia afuera, hacia lo alto y golpeaban suave los hocicos de los caballos y manoteaban sus flancos, había muchos tiestos, algunos amarrados todavía a algún balcón cuidado, labrado con paciencia durante todo el invierno, divisaba ornamentos, paños dorados, cálices, crucifijos, un ángel abría sus alas en la grupa de un caballo y echaba al cielo sus ojos líquidos, despavoridos, sin sexo, una sonrisa bobalicona y pegajosa se derretía en la cara, el padre

Trueno caminaba a su lado, agarrado al ala, como si se fuera a desprender y él debiera recoger los pedazos, llevaba a la cintura clavada una daga y miraba el aire, la lejanía, la nada, con un gesto altanero e incompleto, se sonreía seco, sólo con los labios, con la comisura del labio inferior, un labio delgado, incipiente, mientras el resto de la cara quedaba petrificado por la fría opalescencia de la amargura y el odio y la imposibilidad de olvidar, caminaba agarrado al ala del ángel, ese ángel muerto que él quería ignorar, esa muerte que él quería ignorar e ignorara todo lo demás, quisiera salirse y echar fuera todo lo demás, también las amables risas desgraciadas, se reían y sentían la lluvia helada golpearles la cara, si el sufrimiento y el hambre ordenaran las tropas de la iglesia todos seríamos Papas y Archipapas, tan puros, únicos y ejemplares como para eso, decía una voz burlona velada por la amargura y el descorazonamiento, se reían sin ganas, se quedaban esperando si esa risa se mantenía, si ella misma tenía algo de vida y no era sólo una risa de asustados o de moribundos y, sin embargo, se sentía deseoso de no perder esa risa descarnada y siniestra, de agarrarse a ella para encontrar por fin risas más humanas y más honradas, más apegadas a la tristeza y al desconsuelo, a la sosegada tristeza y después, con las primeras brisas y los primeros soles, renazca cicatrizada y nueva la risa del enfermo que abrió las ventanas y pudo respirar tranquilo y el aire no olía ya a pomadas ni a cuchillos. Miraba la ciudad sin tristeza ni piedad, se sentía triste verdaderamente, por otras cosas, por otros motivos, por los soldados prisioneros que habían desfilado hacia las mazmorras hacía una hora, por el soldado que había pasado caminando solo entre los muebles y las sábanas hasta que él apretó la cincha del caballo y lo echó de bruces, como un atado de ropa sucia y él mismo estaba temblando, más asustado, apesadumbrado y lloroso que los otros, que todos los otros, pobre Alonso, pobre Antón, lo sentía llorar y desesperarse, mira, señor, lo que haces, mira, señor, lo que me han hecho, levantaba las manos atadas y se las mostraba como si deseara que las cogiera y les tomara el peso y calculara sus gramos de sufrimiento, lo habrán golpeado mucho, decía para sí y cogió la daga y cortó las cuerdas y lo sintió respirar calmado y los caballos resoplaban ahí mismo y él miraba sus bucles húmedos y pensaba si serían lágrimas o sudores o si se habría echado al agua para ahogarse o para huir, levantó la mano y la hundió desesperado, sentía gritos lejanos, llenos de calor, Guevara se reía con una risa fría, lo veía reírse en medio del sol, echado hacia atrás en su caballo blanco, palmoteaba el pescuezo y se reía sin maldad,

Humarán sacudía el suelo con fastidio porque no lo dejaban pasar y debía estar en Santiago, al otro lado de los cerros, dentro de quince días, pues quería mercar unas minas de oro que tenía en Quillota junto al río, y Antonio Griego se había bajado del caballo con mucho ruido y aparato, para que él supiera que era Antonio Griego y lo esperara, su caballo se había encabritado y se alejaba relinchando furioso, pateando las puertas y las ventanas, Antonio Griego lo había cogido de un brazo y Juan Humarán del otro y los soldados estaban inclinados en el suelo, hincados en la tierra, como humillados ante el santísimo o a la vista de Dios padre o de Dios hijo, el pobre obrero sin ocupación ni destino, el pobre enfermo de pecho débil y aplastado que gritaba con trémulo odio en medio del barro mientras los relámpagos le dibujaban la cara atormentada y se la empezaban a quemar, había caminado cogido al pescuezo del caballo, mirando con agradecimiento a Griego y Humarán, que iban también a pie para acompañarlo mejor, arrastrando, como él, la brida de sus caballos, Guevara barría la espada para echar tranquilas órdenes, decía que en Veracruz había sido mucho más terrible, pues hacía tanto calor y no había sino montañas y lagos y alimañas venenosas e indios fieros, endurecidos, hostiles, que morían achicharrados y no mostraban dolor sino un odio frío, las llamas acariciaban sus muslos, alcanzaban sus cinturas e iban sufriendo sin apuros, pero no había horror en sus gritos, tampoco un odio reconcentrado y loco sino desmenuzado y ordenado, el odio del inteligente o del que mira mucho más lejos, se han apegado tanto al fuego, han vivido tan en contacto con él, decía con nostalgia Guevara, pero es feo, es horrible, el agua cuela por todas partes, se rompen las rompientes, las rocas y los ventisqueros se abren y dejan asomar un líquido helado, como pus, esta tierra está enferma, supurando, y sentía el olor de la tierra calcinada cuando se abrazó a ella y sintió la respiración agazapada del soldado, es un buen amigo mío, él debe comprenderme y seguramente está conversando para que yo lo escuche, en realidad me está hablando a mí aunque sea Guevara a quien mira, a quien le busca la barba, las facciones, el gesto sobrado de la boca, de la cara, que no desea comprender, que sólo da voces destempladas, órdenes secas, echen abajo esa muralla, espanten el ganado hacia las rocas, hacia la sierra, tenemos pocas carretas, sólo tres pares de ruedas muy viejas y gastadas, pocos caballos, dejaremos botadas muchas cosas, muebles, ropa, media ciudad, sólo media ciudad llevaremos con nosotros, murmuraba él para sí, mirando las ovejas azotarse contra los flancos de las carretas y balar con verdadera tristeza y apretaba

su mano a la empuñadura de la espada y se sentía más débil, pues la espada estaba también apegada a sus recuerdos, a ciertos gritos, a ciertas lágrimas, a lentas voces explicativas y recriminatorias, miraba a Humarán y a Griego haciéndoles señas de enfermedad, les quería explicar que deseaba salir de aquel tormento y ellos, los dos al mismo tiempo, aprestaron sus brazos y él veía sus guanteletes y el brillo de la muñeca y las espadas desnudas, feas, viejas, como arrugándose al sol y escuchaba las voces, que eran voces de ilusión y esperanza, pero que podrían ser de compasión y amenaza y miraba la espada, el brazo, las manos apretadas y la transpiración le corría por la cara y se sentía muy débil y escuchaba las voces frías y desinteresadas, en medio del balido de las ovejas y el relincho de los caballos, mira señor cómo pasaremos, mira señor cuánto ganado y cuánto indio, no podemos aplastarlos ni dispararles ni despeñarlos en la neblina, se movieron un poco y se agarraron de la baranda de las carretas, él también se movió y los miraba para preguntarles más dificultades, todas las armas estaban vueltas hacia él para protegerlo o para guardarlo o para matarlo al mismo tiempo, lo piensan, pero no se atreve, lo piensan pero no lo hacen, yo lo haría, yo lo pensaría aunque no durmiera después tres meses, las veía brillar al sol y le parecían usadas y frágiles, tristes, ridículas, cómo no se reían de ellas y de ellos los pobres indios, miraba sus pies enormes sumidos en la tierra, se movían dificultosamente portando los grandes bultos de la ropa, las canastas con grano y las botas con vino y, sin embargo, decía para sí, sin embargo, a pesar de toda esa comida que llevamos hemos pasado hambre y necesidades, hemos estado largo tiempo enfermos, sentía la enfermedad punzarle las sienes como garrapatas, veía la mano de Santa Cruz cogida a las tablas de la baranda en un horrible gesto humillado y enfermo, se sonrió con tristeza, aunque él deseaba que fuera con alegría, miró detenidamente a Santa Cruz, parecía muy enfermo, más enfermo que él mismo, antes que nos instalemos en el valle, bajo los árboles del bosque, antes de que veamos brillar las aguas del río, sin embargo, Guevara y Humarán y Griego se reían, contentos de ese desorden y esa locura y esa terrible tarde asoleada, no lo moraban a él ni a Santa Cruz, estaban incluso un poco vueltos de espaldas, los ignoraban, los tenían borrados, estaban solos en medio de los soldados y de los indios, pegados a las tablas, remeciendo con miedo las carretas, él sentía chisporrotear el fuego al otro lado de los caballos, se elevaba una humareda azul que subía voraz en la tarde asoleada para devorar ese delgado sol, ese delgado miedo, sentía también el acre perfume de las flores y de las frutas, torcía la

cabeza cansada mirando el cielo cálido brillar tranquilo y puro, algunas nubes blancas caían por sus flancos, resplandeciendo rápidamente entre las copas de los árboles y aquellas nubes translúcidas hacían resaltar más la bella tarde de verano, las flores se inclinaban ceremoniosas hacia las carretas para otear a los caballos cansados, a los indios cansados, arriba corrían todavía soldados entre los techos, veía descender las vigas en silencio, eran nuevas y limpias, las llevaremos todas, precisamos mucha madera, muchos clavos, señores, ya no fabricaremos más ventanas ni puertas, decía Guevara paseando una cara autoritaria y jocosa, una voz autoritaria e indiferente y él, pensaba Guevara, es un buen hombre, un gran soldado, vale más que yo, sabe quién es él mismo y quién es el mundo, nada le importa, todo le importa, pero no lo dice, no lo hace, es tranquilo y cruel, desinteresado e irresponsable, tiene las manos llenas de sangre, mírale la pechera, Juan, mírala, mírala, mírasela, tiene sangre hasta en las calzas y, sin embargo, es un hombre bueno, juro que es un hombre bueno, un hombre cristiano, nadie puede decir de él que es sanguinario y vesánico y malvado y despreciador de los indios y de los españoles pobres, los quiere y los mata al mismo tiempo, sabe qué estamos haciendo aquí, para qué estamos, lo sabe más que yo mismo, yo que estoy tan enfermo y tan cansado y tan receloso y tan arrepentido. Señores, decía Guevara, empujando con el pecho del caballo la parte trasera de las carretas, ésta es una bella tierra, pero tenemos otra más bella todavía, más hermosa, más fácil y más difícil, pegada a los valles que descienden hacia el mar, dejamos una ciudad por otra, como a las mujeres, la dejamos ajada, despojada, vaciada y triste, es bella todavía, mira Humarán, mira Griego, lo bella que es la ciudad llena de escombros, llena de paredes reventadas y de techos inconclusos, mira sus calles deshechas, sus muebles desparramados y aventados, hemos entrado a saco en ella como amantes desesperados o celosos enloquecidos, mira cómo esos desalmados golpean con saña sus flancos, sus pechos, sus caderas, sus maravillosos muslos, mírala, Griego, bájate del caballo y coge una azada y una pala, estamos cavando la tumba para una odiada inolvidable ramera y nos vamos huyendo con las alforjas llenas como forajidos facinerosos, como temblorosos explotadores de mujeres, se sonrió con sosiego para darles ánimo, qué buen hombre, qué gran cristiano y tan generoso, me pudo matar, me pudo asesinar por la espalda cuando Vásquez, pobre Vásquez, pobre Cedrón, ahora se apartó de mi lado, ahora me tiene miedo como yo le tengo miedo a él y ninguno de los dos decimos nada desde entonces y nos estamos en la iglesia a la hora

del ángelus, codo con codo, respiración con respiración, mirándolo ahí en el suelo, hecho pedazos, lleno de sangre, yo lo maté, tú lo mataste, nosotros lo matamos, perdónanos nuestras deudas así como perdonamos y no perdonamos, así como olvidamos y no olvidamos, oh Dios mío, la misa se arrastraba donosamente por el suelo, se enredaba con el humo azul y subía hacia el cielo azul y permanecía mirándolos, esperándolos entre las ramas floridas que brillaban al sol, entre los mesurados quejidos de alguien enfermo todavía adentro de una pieza. Se veían dos puertas cerradas cerca de ellos, las miraba con admiración deseoso de averiguar aquello, cogió de la mano a Santa Cruz y Santa Cruz tembló de fiebre, como abochornado, él alzó la mano enguantada y señaló las puertas, juntas una al lado de la otra y las dos cerradas, relumbraban al sol, las ventanas estaban cerradas también y, aunque había algunos soldados parados o encuclillados en lo alto de las vigas y aunque tenían martillos, serruchos y hachas, no golpeaban la casa, no azotaban las paredes, miraban minuciosamente, con regocijado y tranquilo y moroso tedio, los miraban a ellos, miraban la madera suelta que estaba bajo sus pies y conversaban lento levantando la cara y hundiendo la mirada en el horizonte, no se escuchaban voces ni gritos, estaban solos arriba y hacían resaltar más la soledad y el misterio de aquellas puertas, parecían guardarlas, preservar su silencio y su misterio. Señor, tenemos enfermos, le había advertido una hora antes Guevara y le había mostrado las casas. ¿Por qué no las abren?, había preguntado con actitud y muy rabioso. ¿Es que siempre, en cada traslado, vamos a toparnos con atados de locos que se encierran en los zaguanes y se encuevan en los comedores y se agarran a los arcabuces para defender sus palos? Señor, no están tan robustos ni sanos como para eso, había una reconcentrada burla en la voz de Guevara, hablaba con dejadez, como si le costara hacerlo o no debiera poder encontrar las palabras justas para herirlo o respetarlo mejor y decirle, juntamente, cuán desesperado le parecía él, cuán humillado y perseguido y, al mismo tiempo, cuán digno y orgulloso y lleno todavía de acción y no solo de sueños, señor, no son porfiados ni locos sino sólo enfermos, afiebrados, apestados. ¿Vamos a cargar más podridos, pues?, había preguntado con desprecio, sintiendo una gran compasión por esos calenturientos que estaban hundidos en las cujas, agarrados a las sábanas, llenos de transpiración y dolores, se quejaban suavemente y aquello ya era una disculpa y una excusa, pero al mismo tiempo una tentación, una invitación para ser crueles y viles con ellos, sabían todos que habíamos de trasladarnos, ¿no?, preguntó con

acritud otra vez, bajándose del caballo y agarrando la espada con su conocido gesto desesperado, señor, algunos lo saben y otros no, algunos lo creen y otros no, no se atreven a creerlo, no lo creerán hasta que tengamos atados los brazos y echados al suelo con unas gotas de sangre, hasta que les golpeemos un poco la cara y veamos sus gestos terribles iluminados por las llamas, lamidos por el terror, señor, dijo después Guevara, bajando la voz, tenemos muchos enfermos, ¿cómo haremos para reventar sus puertas y ventanas, para desmontar las paredes y techos cuando ellos están allá abajo, retorciéndose en sus sábanas? Él no había contestado y los miraba empaquetados en las sábanas, sudorosos, amarillos, carcomidos a sobresaltos por la fiebre y la somnolencia, tiritando de dolor y de miedo y de ensueño y desconfianza, mirando arriba las azadas, las palas, mientras la tierra descendía hasta sus rostros y tosían desesperados, ahogándose. Hemos contado con los traidores, pero no con los enfermos, dijo fríamente Guevara, a los que se quieren alzar para tornar a Chile y a los que se quieren quedar y defender la casa y el jardín y los podemos atar y ahorcar, pero aquellos pobres infelices que tiemblan y sudan en sus ropas, señor, qué les haremos, los llevaremos a la iglesia, se los entregaremos al padre Carvajal, al padre Trueno, llamaremos al padre Cedrón, a Cedrón, señor, al mismo, tú sabes, no quiere, no te quiere, por eso mismo, con él averiguaremos qué quiere hacer con ellos y con nosotros Dios nuestro señor. Dios ha de querer más a los sanos, balbuceó por disculpa y esperó que él decidiera, pero Jesús, dijo él, Jesús es otra cara del misterio, sabes que su historia es una larga peregrinación entre hospicios, hospitales, casas de socorro, casa de expósitos y de gente enferma y podrida, ¿podemos perfectamente botarlos de sus lechos y despanzurrar las paredes y pulverizarlas sobre ellos y dejar que el viento se cuele por la ventana hacia sus heridas si no estamos al mismo tiempo contra Jesús, ese pobre capitán de enfermos y tísicos y apestados y pobres de espíritu? Apartando un poco a Santa Cruz, que lo miró admirado, pues lo veía pálido y frío y deseaba hablarle algo sensato, transmitirle un poco de su duda y contarle su experiencia, se acercó al caballo de Guevara y cogiéndolo de la brida y recogiéndolas preguntaba ¿esas casas cerradas, esas puertas, esas ventanas, qué son? Su pregunta era indiscreta, incorrecta, un poco cruel, pues él sabía de qué se trataba, sabía lo que preguntaba y lo que habían de contestarle. Guevara tornó a él su rostro fantástico, mostrando a los soldados que guarnecían las dos puertas, señor, ahí están los soldados esperando que hagamos un gesto, que comencemos a dibujar una orden para demoler a los enfermos,

señor, hay un montón de afiebrados en esas casas, son clientela del padre Carvajal y del padre Cedrón y del padre Trueno, señor, ¿qué haremos?, si deseas que hagamos algo, decidlo y seguramente lo haremos, la salud de la ciudad es la que importa ahora y no la de los enfermos. Él aguzó el oído, pero sólo escuchaba la respiración cansada de alguien, la voz clara, firme, descarnada de alguien, algún afiebrado que deliraba con el calor. Se escuchaban voces, quejas, murmullos, rezos tal vez, murmullos misteriosos y fatales, pensaba mirando a Santa Cruz caminar a su lado, rodeando con sus miradas temerosas las dos casas, los jardincillos entre la maleza y los muebles y las gallinas y los perros, las carretas se remecían repletas de trastos, veía las espaldas de los indios caminar hacia ellas, veía a los soldados alargar sus brazos, escuchaba sus gritos destemplados, sus llamadas de advertencia, escuchaba el ruido presuroso del fuego quemando las casas lejanas, el humo se había tornado negro y empañaba el sol, tosían los soldados, se abrían las camisas para respirar intranquilos, miraban el cielo con desconfianza o esperanza y llamaban a los indios, gritaban a los que estaban todavía sobre los techos sacando del vacío las vigas y dejándolas deslizar al suelo, lejos, más allá del ruido de los martillos que golpeaban claramente las puertas y las ventanas, más allá del suave respirar de las sierras, de los quejidos circunspectos de los enfermos, más allá del sudor que corría por las caras y los pechos de los soldados, trotaban ágilmente unos caballos, venían llegando o ya se iban, hacia la hondonada divisaba él unas carretas que resaltaban nítidas con cierta salud y confianza, los arcabuces salían entre las ramas de los maceteros con flores y los indios agazapados en las maderas y las ropas miraban con sus rostros inexpresivos como si formaran parte de la soledad, como si los golpes que habían trizado los maderos, hundido los techos y los cielorrasos y esparcido las puertas y los arcones, los hubieran salpicado también a ellos y hundido sus facciones, sus gestos, sus ojos, sus bocas, hundido sus manos hacia el interior de las vigas, de los postes, de las bisagras y arcos y estuvieran allí eternizados y fríos, mirando la ciudad que ya se iba, la hondonada estaba llena de sol y sin humo, veía él correr el agua entre las matas y sentía el claro galopar de unos caballos, no parecen cansados, se dijo, es una buena señal que algo no parezca cansado en medio de este inmenso y horrible cansancio y caminó despacio, como quedándose, sabiendo que lo seguían y no lo dejaban solo. ¿Cuántos días demoraremos?, preguntó y su voz era alta, totalmente despierta, independiente de su cuerpo, una voz que surgía afuera y lo miraba

y lo criticaba y no lo olvidaba, no parecía la voz de un enfermo ni de un cansado o derrotado, la voz apresurada de alguien que tiene poco tiempo y poca luz para sacar todos los muebles del fondo de los patios y zaguanes y arrastrarlos por el sol e ir empujándolos al interior de las carretas. Señor, dos o tres días, dijo Guevara y parecía más tranquilo y más despreocupado, como el hombre que hace una cosa y está pensando en otra, en otro traslado, en otras muertes e injusticias, en dos o tres días estaremos otra vez alzando los martillos para clavar las ventanas y las puertas que hemos desclavado, antes de ocho días, señor, estaremos trazando entre los árboles la calle principal y dibujando en la arena la plaza, cuando disparemos los primeros arcabuces para ver si hay pájaros en el contorno, cuando sintamos el eco de los disparos deshacerse entre las ramas, cuando miremos a los hombres desatando los muebles, bajando a la tierra las sillas y las mesas, ya tendremos otro barco navegando en nuestra sangre, será una esplendorosa ciudad, la haremos y la mantendremos, no la dejaremos suelta en el vacío, no dejaremos que se vaya por el río, por los dos ríos, no dejaremos que se la lleven ni el don Francisco ni el don Gabriel su tío, señor, haremos la ciudad dieciocho veces si es necesario, una sola vez la hemos hecho, pero la llevamos con nosotros como Jesús su cruz, imaginaba él y sentía sonar claramente el golpe de los martillos al otro lado de la calle y sentía el chisporroteo del fuego, el sonar nítido de las pezuñas de los caballos que trotaban en redondo por sus riñones, por su corazón, por su cabeza, debemos irnos pronto, Guevara, pero llevaremos todo, todos los muebles, no dejaremos nada de ropa ni de comidas, da orden para que junten los montones de escombros y deshechos en la plaza y que le prendan fuego, borremos el rastro de nuestro pasaje por aquí, borremos el rastro de nuestra ignominia, pensaba despacito, sabiendo al mismo tiempo que no era sino una desgracia, distinta a la de otros hombres, ni Cortés ni Pizarro conocieron esto, estos temblores, este suave deseo de ser bueno y sanguinario, como una necesidad, como una fatalidad que te alimenta, no podremos llevar todo, ni matar todo lo vivo, dijo indeciso Guevara, algunos rastros de nuestra estada, de nuestros gritos y querellas y quejas de los enfermos, de nuestros enfermos, tendremos que dejar, ¿te has olvidado de los afiebrados que están guardados en esa casa?, ¿quieres que los llevemos, quieres dejarlos?, necesito tu opinión, tu palabra, tu venia, tu respiración para proceder, si quieres o si no quieres, si los dejamos, dejamos parte de la ciudad con ellos, pegada a su fiebre y a sus sábanas húmedas, cuando se quejen ellos será la ciudad quien se

queja y clama y solloza volcada abajo en las ropas. ¿Qué has hecho con los prisioneros?, preguntó con voz lúgubre, pensando que tal vez tendría tiempo de hacer algo más limpio y más necesario, ¿los prisioneros dónde están y cuántos son? Señor, atados están desde el pecho hasta las rodillas, los viste pasar hacia la casa del alguacil, ahí tienen que estar, de pie en la oscuridad sin poder sentarse, no son muchos, seis o siete, mozos jóvenes, desesperados, esperanzados, agarrados a un trozo de puerta, a un metro de jardín, ¿de qué les sirve ahora? ¿Qué conviene más?, preguntó él y comprendía que su pregunta era malvada por estar velada, escondida por sus temores, por sus desconfianzas, por sus largos insomnios, ellos mueren y yo no duermo, yo no duermo, ellos mueren, y no sabía tampoco si sus palabras se referían directamente a la persona del virrey mientras tranqueaba nervioso por su cuarto, la ventana abierta hacia la plaza, mostrándole la mula, el indio que iba subiendo la cuesta o bajando de ella o si se refería, más bien, a su propia soledad o a la de los prisioneros o a la de los enfermos que sudaban copiosamente en sus jergones, ¿qué conviene más?, preguntó otra vez lentamente, con más dulzura y entre sus palabras se deslizaban voces y quejidos y suspiros que venían de afuera, que se deslizaban en la oscuridad hasta sus labios, hasta sus párpados, señor, al rey y a nosotros les convienen los sanos y los vivos, dijo con naturalidad Guevara y sabía él que con esas palabras Guevara deseaba matar a los enfermos, ¿y por qué matarlos cuando de todos modos se van a morir?, señor, si Ardiles no llega con gente y no trae socorros nos llevaremos la ciudad una y otra vez, pero llegará el día en que al fin no podamos desmontarla y moriremos en sus calles inundadas agarrados a los martillos y las sierras. ¿Qué deseas, pues, soltar a los prisioneros? Tal vez soltarlos, sí, señor, pero no llevarlos con nosotros, pues el deseo de irse con los de Chile es también una pasión y una fiebre y una enfermedad maligna como todas, creo que no podemos dejar a nadie vivo tras nosotros, que será dejar nuestra cierta muerte, Guevara, tienes razón, Guevara, si los enfermos no mueren no nos perdonarán, si no mueren su cercanía y parentesco con la muerte los tornará duros y más terribles que los prisioneros, creo que debemos exterminarlos, no me mires así, a todos, sí, haremos una memoria y una lista de testigos para enviar al rey, relataremos los padecimientos y la necesidad que tuvimos de matar cristianos para salvar la ciudad, ¿quién no creerá nuestro relato si ve que la hemos llevado con nosotros a través de todos nuestros padecimientos, colgada de nuestros pescuezos, apretada a nuestros riñones?, preguntó con superficial dejadez Guevara, con certeza e

ignorancia de no saber, sobre todo, cómo pelear con un enfermo, ¿cómo haremos, señor, para apuñalar a un moribundo?, sólo el padre Carvajal o el padre Cedrón podrían hacer esa barbaridad de modo que no parezca crimen, él suspiró hondo y ahí echaba sus palabras, haremos lo que parezca más sano y bondadoso, aunque no me gusta, llevaremos a los enfermos y ahorcaremos a los prisioneros, eso se puede hacer, señor, decía Guevara, arrastrando las palabras como si ya lo estuviera haciendo, como si hubiera que arrastrar las palabras para hacerlo, para estarlo haciendo y él palpitaba de miedo, no lo miraba, no quería mirarlo, quizá no se atrevía a hacerlo, sí, era evidente, era tristemente evidente, Guevara pensaba en ellos, en los enfermos, parecía estarlos recogiendo ya en sus pupilas ávidas y tranquilas. Pero entonces vieron venir a la tropa, mientras sentía crujir las carretas detrás de las rocas y comprendían que ya iban bajando, se esparcían los gritos de los indios, relinchaban los caballos que iban delante, azuzando al ganado que bramaba, rozando los árboles y echando su griterío lastimero hacia el cielo, ese cielo cálido y lleno de humo, se escuchaban disparos tras las casas, bramaban los animales, los sentía correr hacia el otro lado, ahí donde corría el agua y el campo abierto olía agradable, se alzaron llamaradas, se oyeron disparos, los sacerdotes estaban en las puertas abiertas y hacia ellos iba la onda del ruido y del humo, parecían sorprendidos y desgreñados, encegados por la luz y el bullicio como si acabaran de salir de un blando hondo sueño, los tres ceñían sus espadas y apretaban con rabia sus arcabuces, alcanzó a ver las cujas alineadas y en todas ellas rostros desencajados, terriblemente blancos, unos brazos descarnados agarrados a los arcabuces o desfallecidos sobre la almohada, buscando en el suelo unas balas, una daga, clamaban de dolor y fiebre y no de miedo, los sacerdotes se abrían ante ellos, volviéndoles las espaldas, echada para atrás alguna mano como para barrer el suelo o sujetar las ropas, los gritos que sonaban, en un apresurado gesto de paciencia y de admiración, miren lo que haremos, lo que estamos dispuestos a hacer, algunos estaban sentados en sus cujas, el cuerpo desnudo hasta la cintura, la camisa abierta sumiéndose levemente en el humo, se veían sillas afirmadas junto a las ventanas, en ellas colgaban calzas, camisas, cuellos de encaje, bajo ellas estaban volcados unos borceguíes, unas canilleras, había mucho orden y un aire disperso y acre, algún soldado golpeaba con dulzura otra ventana para abrirla y el padre Carvajal, saltando en la tierra sacó el pecho afuera hasta dejarlo en medio del sol y gritaba qué se traen badulaques y echaba el arcabuz por

delante. Padre, dijo él, caminando con infinito cansancio y tristeza, padre, no haremos nada sino dejar aquí a los enfermos y moribundos, llevando la salud delante y después vendremos por ellos. Alguien se recogió desconfiado entre las sábanas y vieron un pelo negro y crespo agitarse conmovido, se entreabrieron quejas, alguien sollozó francamente, veía unos ojos enormes, llenos de lágrimas, un perro caminaba con tiento entre las cujas, olisqueó bajo los lechos y ladró débil, con sorpresa y desencanto, sintieron pasar los caballos afuera, iban cargados con ropa, las sábanas colgaban en los pescuezos y en las grupas, veían los canastos con naranjas mecerse en los dorsos de los indígenas, sentían los martillazos remecer el aire y escuchaban el seco estallido del fuego. Padre, no los podemos llevar, dijo y se sentía extenuado y veía que todas las cujas estaban ocupadas y que en una de ellas había incluso dos soldados, abrazados y respirando con cansancio, pegados boca con boca para desesperarse más, unidos por esa respiración enferma y sucia, levantados briosamente sus pechos velludos que parecían, sin embargo, saludables y hostiles, molestos con esa enfermedad, sintió asco, deseos de vomitar y caminó hacia afuera y el padre Carvajal le gritaba, le gritaba y no sabía lo acongojado que estaba cuando te llevaste la ciudad por primera vez, me quedé para enterrar a unos soldados asesinados, era gente de motín sobre la que se hizo justicia, explicó con dulzura sin desear recordar eso, sorprendido, por lo demás, de saber que ya en su corazón lo había olvidado, aunque todavía lo recordara su lengua, mi mentirosa lengua, manejé la pala para enterrar a unos muertos, dijo el padre, y aquella era la primera ciudad, Juan, ésta es la segunda, Juan, y ahora me dejas los apestados y moribundos, Cristo se alzó y cayó siete veces y no había siete cruces sino una sola, dijo él con mesurado desprecio y desconsuelo, pues comprendía que Cristo había sido un hombre robusto, después de todo, y por lo demás, había tenido muchas facilidades en su sufrimiento, ésta es la segunda ciudad, repitió el padre con voz amenazadora pero cautelosa y habrá una tercera, aquí la llevo, dijo él rápidamente, aquí la llevamos con mis hombres y se sentía muy enfermo, deseoso de vomitar luego y habrá una cuarta y una quinta si es necesario y fundamental para el rey y para Dios, Dios no es un conquistador sanguinario, dijo el padre Carvajal, otros se ensangrientan por él, contestó como en sueños, sin mostrar la cara como hace Dios cuando nos va empujando y veía los rostros de los moribundos y le parecía que en sus gestos de dolor lo acompañaban y le daban ánimo, no es un conquistador, pero va tras nosotros como perro de

presa y agregaba con voz dulce, ¿tomar a mal, señor, enterrar a los muertos y cuidar a los enfermos?, llevas una cruz en el pecho, padre, que no es una cosa inerte sino viva, no sólo es una cruz sino una pala y una daga y un bisturí y una mota de algodón cuando es necesario y hace falta, no quieres ser soldado ni sacerdote, ¿qué putas quieres ser entonces? Un enfermo sollozó y tosió después desesperadamente, sentían el bullicio de los caballos y mulas y llamas que pasaban hacia la lejanía, unos bultos de ropa rodaban por el suelo, un perro corría entre las patas de los caballos ladrando furioso, sentían las llamas al otro lado de la calle y él veía los toldos de las carretas torear entre las rocas para bajar al llano, desde el valle subían ruidos y voces, bramido de animales, ruido de agua y de cascos de caballos, veía ondear las banderas al viento, brillar las banderolas y gallardetes en el sol, los rostros demacrados y consumidos sonreían con alivio y los caballos trotaban livianos, un soldado, arriba, entre las ramas de un árbol, gritaba, iba contando los caballos, lo llamaban a él para contarlo también entre los caballos, entre los perros, entre los indios, me van a echar en un atado de ropa, con cuerdas, con correas, con doble nudo, con tres y cuatro nudos, me echarán los pies encima, los caballos contra la cabeza, quieren reventarme, reventar mis ideas, mis recuerdos, los deseos que tengo, esta pequeña sonrisa que me mantiene encendido, oh padre, fuiste mi amigo y entonces ya lo sabías y lo aprobabas, juro que lo aprobabas y te reías y te servías otra copa de vino, sí, la tornaré a cambiar, tú lo sabes, tus heridas, tus sudores lo saben, yo también, mis huesos también, ellos están oyendo, susurrando que la tornaré a descuajar y a cargarla y a llevarla lejos, no sé dónde, pero la amo, y los amo a ellos, pero no puedo llevarlos, debiera matarlos, él me dice que los matemos, estamos lejos y podremos escribir imaginaciones que después nosotros mismos creeremos ciertas, no puedo, están tan heridos, tan rotos, rotos como las puertas y las ventanas, reventados como los techos, qué deseos más grandes de respirar aire limpio, de respirar agua limpia, de respirar un cutis limpio, un cutis lleno de vida y no de sangre, oh Dios por qué no nos diste mujeres, oh Dios te cambio todo esto, toda esta carne enferma por un par de grandiosos muslos, oh Dios no me dejes débil, oh Dios déjame hacerme más robusto, me llaman, a ti, Juan, a ti te llaman y no son las hembras, ni siquiera es Dios, debe estar durmiendo, vuelto de espaldas a todo este mundo nuevo tan desordenado, tú eres ese desorden, Juan, ahora te llaman, lo llamaban a él, lo miraban a él, el padre Carvajal que se sentaba y transpiraba a los pies de una cuja y el padre Cedrón caminaba entre

los enfermos y les decía palabras alegres, simplemente de olvido, simplemente de esperanzas, ensartando el sol, el aire, las flores en ellas, ensartando días, dos, tres días, cuatrocientos días de oscuridad y de silencio, pasaréis durmiendo, soñando con comida y vino, con música y mujeres, por lo menos con ojos, por lo menos con bocas, por lo menos con trenzas, el silencio te hará bien, hijo, se van los martillos y los serruchos, se van los gritos, verás lo bien y solo que te sientes, por la noche el agua del riachuelo manará hasta acá y echará su frescura por las sábanas, veía y escuchaba, veía las cujas revueltas y el agua trajinando entre las ropas para buscar al enfermo, levantando las sillas volcadas en la tierra, había borceguíes, pañuelos, cuellos de encaje, restos de cajas, trozos de armadura, trozos de cuerda, vio venir a los caballos, soldados, soldados que caminaban al paso y echaban hacia sí los prisioneros, los prisioneros caminaban apresurados, casi corriendo, como si desearan no perderse ni perder la posibilidad de irse con la ciudad, parecían desconfiados, pero contentos, miraban con vergüenza y, al mismo tiempo, con agradecimiento, él caminó hacia ellos para salir a su encuentro, iba a pie, caminando con dificultad entre las ruinas, sintiendo ya la soledad matizada por los ruidos de soldados y caballería y perros y ganado que surgían desde la hondonada donde estaban todos detenidos, esperándolos a ellos, miró a los prisioneros y contó que eran siete, siete soldados jóvenes robustos, ¿son los de Chile?, preguntó con dulzura y sin amenaza todavía. Señor, somos del rey, contestó uno, y cuando el caballo se echó hacia él cayó de rodillas y bajó la cabeza esperando el golpe o el tajo, pero nadie se movió, tampoco él. Nos vamos por necesidad de salvar la ciudad, no por hacer daño a nadie, dijo, sólo hemos hecho justicia, todos somos del rey primero y después de Dios, se sentía desconsolado y los de a caballo aguardaban mirándolo y mirando a Guevara, que estaba a su lado, pegado a él para que no se le escapara, para darle fuerza y seguridad, Santa Cruz venía cojeando entre las ruinas, tan pobre, tan despedazado, como borracho, y señalaba hacia el extremo de la calle, veían su cara respirando apresurada, mirando hacia atrás como si deseara abismarse y asustarse más de lo que veía. Eran unos caballos flacos y entierrados, jinetes flacos y entierrados y ese silencio que entregan las largas caminatas, sus calzas y sus borceguíes emanaban un aire lúgubre y enfermizo, él pensaba en el viento, en el sol, en la lluvia, en el hambre, metió sus borceguíes en la madera y caminó hacia ellos, había algunas mulas y llamas resecas, esqueléticas, de ojos desolados y flancos temblorosos y unas banderillas desteñidas y deshilachadas

flameaban al sol, él miró a Guevara y tuvo como un antiguo sollozo, un desapacible recuerdo, veía el sol entre las piedras, patinándolas humilde, dejándolas más solas, y esas casas venerables, cerradas, piedras venerables clausuradas, sombrías mostrando sin pudor sus mamparas y balcones en los que chorreaba el sol y la soledad, pasaban cholos, pasaban hidalgos ausentes haciendo relumbrar sus sedas, pasaban soldados desharrapados de rostros malvados y bigotes violentos, los miraba detenidos en la plaza, junto a la pila de agua, aguardando a las puerta de la catedral, esperando al padre Gomar que venía cojeando ceniciento bajo el sol, apretando su bola bajo el brazo, entre los pliegues de su ropa vieja, de su sonrisa vieja, sacándose el sombrero para dejar transcurrir la transpiración, veía el pañuelo enorme abierto en la mano, los ojos que lo oteaban, Dios mío, si ésta es la gente de Ardiles, si ese hidalgo consumido es Miguel Ardiles, por Dios, Miguel, sollozó y vio las cuerdas que ataban a los prisioneros y vio reír nerviosamente a Ardiles, sus bellos dientes, ahora temblorosos y carcomidos, su risa franca y audaz, ahora atemorizada e incrédula, decirle antes de bajarse del caballo y mirar el que traía el rostro pintado por una capa de tierra, mira, señor, éste es el socorro que te prometí, mira los caballos y las armas y el salitre y la pólvora y los alimentos y las frutas cálidas y jugosas de los Reyes, mira, señor, el ejército que traigo, señor, señor, Juan, se abrazó a él y sollozaba y él sollozaba y decía despacito átenme, átenme, no, no quiero irme y sintiendo la voz cascada y envejecida de Ardiles miró los caballos esqueléticos, los soldados hambrientos, deslumbrados, abismados y aterrorizados, pegados esos ojos distantes en las murallas deshechas, en los dinteles de las puertas reventadas, en las maderas rotas que yacían por el suelo, y deseaban preguntar, inquirir noticias fantásticas y desesperadas, mirarse desencajados y enloquecidos, preguntando por las comidas, por las cazuelas humeantes, por los vinos frescos arrumbados en el fondo de las bodegas, por los lechos estirados y limpios en el rincón del cuarto, detrás de la puerta nueva, señor, Juan, traigo heridos y enfermos, enfermos y heridos te traigo, y él veía a un soldado ensangrentado que se alzaba orgulloso en su silla y en el suelo a alguien tendido en unos tugurios, sólo un labio cárdeno, una mano ya muerta, unos cabellos enfriados, veía las ropas mancilladas, el brazo molido en el que escurría la sangre y la mugre, las rodillas despedazadas que brillaban humildemente al sol, unos pies enormes, tumefactos, se apretaban contra la cintura de un caballo, las moscas descendían suave sobre ellos, vio unas ropas sucias, unas mantas, unas calzas chamuscadas, unos borceguíes

deshechos y húmedos, vio los pechos hundidos en las armaduras viejas, mohosas, miraba la mano escuálida de Ardiles buscarse la barba encanecida, como sujetándose de ella, miró hundido en el suelo aquel amasijo de ropas, suciedad y sangre, su mirada se iba por el suelo buscando más miseria, más humillación y sintió el claro chisporrotear del fuego al otro lado de las casas, has llegado y esto es bueno, dijo alzando su rostro lleno de lágrimas, has llegado a tiempo, Miguel, y le mostraba las ruinas, los soldados amarrados, los restos del incendio y las llamas nuevas al otro lado. ¿Habéis sido atacados y asaltados?, preguntó con indiferencia Ardiles, comprendiendo que esa miseria no le correspondía, que aquél no era su sufrimiento y pesaba sólo en que tenía una gran fatiga y hambre. Nosotros hemos hecho esto, explicaba él, para salvar a la ciudad la hemos despedazado y cargamos ahora sus restos en las carretas y cabalgaduras, ahí está la ciudad, Miguel, te estaba esperando para que te vengas con nosotros. Veníamos necesitados y esperanzados de descansar y tendernos en los lechos, de derrumbarnos junto a un buen fuego y un magnífico almuerzo, dijo despacito Ardiles, y lo miraba con miedo y él tuvo deseos de tenderse también y dormir un poco, unos cuatro meses, hasta que estén todos sanos o todos muertos y yo viejo y solo en este mundo y caminó lento cogido del brazo de Ardiles y ahí estaban los hombres amarrados mirándolos con sosiego, con compasión y orgullo e insolencia y Ardiles se ponía inquieto, le soltaba el brazo, se lo tornaba a coger. Señor, mi gente trae hambre, traigo enfermos, ya viste esa gente pesarosa y triste, veníamos en busca de unas camas y deberemos cabalgar esta misma tarde. ¿Nos vamos ya?, dijo él indiferente y frío, tenemos enfermos, heridos y moribundos y ellos se quedan con los frailes y los buitres, si quieres dejar a tu gente, Miguel y te vienes conmigo, es buen signo de ventura para la nueva ciudad que hayas llegado, aunque vengas deshecho, lleno de parihuelas y de sudores. Y los soldados estaban ahí, atados desde las rodillas hasta el pecho, los estaban mirando, Ardiles caminó hacia ellos, sacó su daga, se acercó a un soldado y preguntó, ¿has traicionado a la ciudad, Luciano? Señor, la traición llega cuando se ama algo, mira la ciudad, señor, está en ruinas, dijo Ardiles, sin querer mirarla, sin mirar al soldado, era hermosa, señor, teníamos unas casitas frágiles que el viento remecía, cultivamos la tierra y sacamos jardines. ¿Viniste a regar jardines a Tucumán?, preguntó Ardiles con desprecio y miró la daga. Señor, vinimos a fundar una ciudad, la fundamos, trazamos sus calles, levantamos sus murallas, imaginamos las casa lentamente, a la luz de la luna la mirábamos

después de tres meses, era una ciudad española, la sentíamos respirar mientras crecía y adquiría confianza, nos recordaba las calles y los balcones que dejamos cuando se perdió el Barco. ¿Tenías, además, balcones? Era muy hermosa, señor, dijo Luciano y no sabía él y no sabía Luciano de quién hablaban ahora, parecían calentarse inútilmente por la misma hembra, ahora muerta, ahora emputecida, Luciano temblaba para echar a correr. Ardiles le echó el brazo en el hombro, mira, Luciano, venimos deshechos, pero hacemos justicia a los traidores, ¿lloras porque despanzurran los soldados unos balcones y pisotean los caballos unas flores? ¿Por eso te querías rebelar contra el rey, el virrey y el capitán? Señor, comprende, sólo queríamos defender la ciudad, y estaba llorando y entreabría los labios, Ardiles apretó la daga y cortó las ligaduras, él sintió moverse a Guevara, sintió moverse a los soldados, vio que bajaban de los caballos y que se acercaban en silencio, los vio sacar las manos y apretar las dagas y se buscaba la suya entre las ropas, después apretó el arcabuz, desde el grupo de Ardiles venía una desordenada brisa de podredumbre y de cansancio, sintió sueño y una apresurada alegría, Ardiles lo miraba con sus ojos azules y entierrados y vio que los tenía levemente húmedos, amigo mío, gran amigo mío, tenía deseos de sollozar, miraba las dagas en el sol, caídas ya en el suelo y los soldado prisioneros correr por el campo, corrían hacia el humo del incendio, hacia las ramas de los árboles que se mecían en la brisa, y sentía a los caballos.

TERCER TRASLADO

Señor, le había dicho Ardiles varias noches después que llegaron, mientras miraba emerger la luna entre los árboles y sentían la doble cascada de los ríos y pensaba que aquél era un sitio tranquilo y que tendrían construida la ciudad dentro de pocas semanas y que la mantendrían ahí mucho tiempo, señor, dicen que vienen soldados de Chile a tomarte preso. El don Francisco estuvo en el Barco primero, dijo él pensativo, comprendiendo lo que le decían y lo que significaba, pero no sintiéndose apesarado ni furioso, menos desesperado, nervioso o perseguido. Viene a prenderte, señor, agregó suavemente Ardiles y él miraba la costra de vejez que pintaba la frente de Ardiles, sus sienes canosas levemente arrugadas, sus ojos desteñidos, todavía audaces, intermitentemente entristecidos. Vino a robarme hace dos inviernos, declaró pensativo y le parecía que todo aquello había ocurrido hacía muy poco tiempo, sólo semanas, en unos días invernales tibios y húmedos, mientras el viento se golpeaba en las lonas y hacía gemir suave a los perros y ellos miraban la lluvia escurrir silenciosa sobre los lomos de los caballos. ¿Qué hemos hecho, Ardiles, para que me vengan a prender?, preguntó sin queja, sólo con deseos de informarse desde el punto de vista de los otros, ¿crees que hemos andado equivocados y que, empujados por la desgracia y la fatalidad, perdimos el camino que salía del Cuzco, del comedor del padre La Gasca, de su balcón sombrío y sin flores y que hemos saltado como criminales hacia el campo de Pedro de Valdivia? ¿Crees, Ardiles, que esta tierra, estos árboles, esta noche de luna la hemos robado y que son de Chile mientras creemos e imaginamos que la hemos inventado nosotros con nuestros sueños y nuestros sufrimientos y que legítimamente la hemos cargado en las carretas con los muebles, las ropas y los heridos? Don Francisco me asaltó fríamente una noche, dijo rememorando sin odio, sin deseos de venganza, en un simple esfuerzo de contar cabezas de ganado o sacos de maíz o barricas de vino, me quitó los mejores caballos, me tajeó unos soldados, me sonsacó con promesas, novelas y amenazas a otros,

estuvo alojado a la fuerza en mi casa, se quedó largos días en la ciudad y mi gente tenía miedo. ¿Y qué vas a hacer ahora, señor?, le preguntó Ardiles en un gesto altivo, ansioso de que él expusiera su pensar y que éste fuera claro y peligroso, pues él, Ardiles, deseaba pelear, pelear por alguien, defender algo, ¿qué hemos ganado sino unas heridas que se pudren?, se preguntaba para sí, ¿qué tenemos sino unas barbas pringosas y lúgubres, unas espantosas barbas sepulcrales?, ¿qué vas a hacer, señor? ¿Qué harías tú, Juan?, le preguntó con cariño, deseoso de que fuera algo altanero y criminal lo que le propusiera, para apoyarse él en esa audacia y saltar aunque fuera al abismo. Yo no me dejaría tomar preso mientras pudiera evitarlo, dijo Ardiles, mis brazos no son míos, ni tuyos, ni del virrey, sólo al rey pertenecen y él nos necesita vivos y no muertos, libres y no encadenados, señor, ¿no crees que si han de prenderte legalmente los esbirros que vengan y los grillos que traigan han de venir sólo del Cuzco o de los Reyes?, ¿no crees que sólo una voz puede mandar tomarte preso si en algo has faltado y que esa voz debe ser la del virrey? Ardiles, vamos a defendernos, dijo él y sintió su propia risa nerviosa y efectiva. Se echó un poco hacia atrás para que lo amparara enteramente. Estaban sentados en el pasto, teniendo a los caballos cerca, bajo la luz de la luna los soldados aserraban unos árboles, los veían caminar en la penumbra, reír gozosamente, casi cínicos, alzar las voces en la noche y correr entre los árboles. Si han de venir llegarán cualquier día o noche, Ardiles, creo que debemos velar con las armas en la mano y dormir abrazados a los arcabuces, tal vez debamos abrir fosos otra vez para guarecernos y guardar la ciudad, ¿pero por qué han de quererme preso?, se preguntó con extraña dulzura, pues estaba seguro de que él no había hecho mal a nadie y que a nadie deseaba triste y desgraciado. Mi solo pecado es haber cambiado de sitio la ciudad, ¿pero no harías tú este trabajo fácil, Ardiles? Soy un hombre débil y lo he hecho, dijo como disculpándose, y comprendiendo al mismo tiempo que no era del todo así. No lo eres, señor, dijo Ardiles, por eso lo has hecho, tienes la fortaleza de los débiles, ésa que es terrible porque no se conoce ni se teme ni se ve venir. Quizá yo sea débil y cruel, quizá lo he sido, dijo él queriendo analizarse, mirarse en la memoria, en el recuerdo, como cuando lo hacía en Badajoz y tenía dieciocho años y andaba suelto por el campo hablando solo, con desparpajo, sin dolor, sin recuerdo, sin remordimientos, llamando a los muchachos que jugaban en las parvas, en el fondo del valle, desliando la honda y enviando piedras que se hundían en el calor, en el trigo, en las flores que revoloteaban rotas, tal vez en

mi debilidad dulcifique un poco mi crueldad, tal vez tengan razón y necesiten tomarme preso para evitar desgracias, desavenencias, querellas, muertes de españoles, la has alzado de su asiento, la has desarraigado como un árbol necesario y querido que descuajas chorreando desde el hondor de la tierra, que cargas en tu montura y en tu espalda y estás noche a noche velando su respirar mientras arraiga nuevamente en tierra extraña, de este árbol cuelgan algunos españoles, los habrán visto voltear en el aire desde Chile, esa tierra tiene un aire limpio y seco, deben resonar en ella agrandados nuestros pasos, nuestras voces, los reclamos mentirosos de los descontentos, los quejidos de los enfermos, si han de venir deben estar muy cerca, dijo alertando las orejas, pero sólo el claro rumor de la brisa corría por el camino, miraba a los soldados remecer las ramas de los árboles apartándolas con las hachas y en un sopor misterioso se derrumbaba el tronco en las tinieblas, aleteaban pájaros dormidos y en el espejeante ruido del agua caían hojas y ramas, relinchaba un caballo, alzaba el hocico mojado y respiraba hacia la noche. Cortaremos mucha madera, echaremos el bosque abajo, tal vez nos quedaremos aquí largo tiempo, dijo él, mirando la serenidad de la noche y tiritando en un escalofrío nervioso, es un hermoso valle, pondremos en él las murallas sin destruir los árboles, sí, nos quedaremos varios años. ¿Y por qué no siempre, señor? En estos países nuevos sólo los muertos se quedan para siempre, contestó con voz clara, sin emoción, ¿por qué no me preguntas mejor, si volveré a alzarla nuevamente? Si eres mi amigo tienes que pensarlo. ¿Lo harías, verdad? Si vienen los de Chile, y si no vienen y me cansa este paisaje inmóvil, dijo quedo mirando el vacío. ¿Lo harás?, dijo quedo Ardiles, y en su pregunta había un extraño temblor curioso, deseoso de informarse de algo vergonzante, de un dolor jamás reconocido, no confesado del todo. Si hay tiempo lo haré, lo tornaré a hacer, dijo secamente con voz helada, tiempo es lo que falta para hacer todo esto. ¿Qué diremos al virrey, qué explicación valedera escribiremos?, preguntó Ardiles, y su voz parecía entusiasmada o ligeramente calmada, mirando ese miedo del cual venían esas palabras. Levantaremos información de la necesidad de estos cambios, dijo él razonando fríamente. Cuando llegó el don Francisco y nos dejó asaltados y robados, envié una larga memoria al virrey con el capitán Bazán, aquel hidalgo triste y presuntuoso, fue una carta larga y minuciosa, bellamente escrita, un poco melancólica, un poco desencantada, él mismo me ayudó a escribirla y se fue la mañana de un día sábado en su caballo nervioso y manchado, deseoso de irse, de sufrir mucho, de

protagonizar grandes hazañas, yo lo quería y le temía al mismo tiempo, Ardiles. ¿Volvió, señor?, preguntó sospechoso Ardiles, pero él no se fijó en esa sospecha. No, no ha vuelto, parecía deseoso de irse no de volver, tal vez lo hayan muerto los indios y los españoles de Chile, tal vez se haya enredado en compromisos de hembra o en expediciones más lejanas, es un hombre silencioso, creo que en España mató a alguien y el padre La Gasca no lo sabía y se embarcó con él. ¿Mató a alguien en asesinato?, preguntó Ardiles, atando recuerdos o sospechas. Creo que no, no, no, dijo dubitativo, sin mostrar interés, el capitán es de genio airado, apasionado, aficionado al vino y a las hembras, tal vez lo hayan muerto, dijo suspirando con alivio, como si de la realidad de aquel dolor y de aquella muerte que presentía pudiera extraer él cierta ventaja y cierto desconsuelo, Ardiles se quedó callado y se puso de pie, él se paró también y caminaron en silencio. ¿Topaste con gente armada en el camino, españoles, peruleros?, preguntó con interés, un interés que se refería más a la seguridad y soledad de Ardiles que a su propia curiosidad e interés. No, señor, vinimos a pie, trepando riscos, cayendo entre las rocas, alzándonos cuando la lluvia golpeaba nuestras armaduras, cuando bajamos hacia la ciudad vimos alzarse algunos humos y algunos buitres que pespunteaban el aire volando de un modo ostentoso y ridículo, mirándonos con indiferencia, incluso con un poco de repulsión, vimos las cuerdas de las horcas colgando entre los árboles, frente a la torre de la iglesia había dos cuerdas con las escaleras afirmadas todavía, dos buitres polvorientos y descoloridos, de aspecto alicaído y enfermizo, dormitaban en los palos, al llegar nosotros, haciendo ruido con las armas, alzó un buitre un ojo sanguinolento y amarillo y lo dejaba abierto, como si todo el pájaro estuviera asomado a ese ojo único y desde ahí abarcara nuestros movimientos sospechosos y nuestro aspecto miserable y desconfiado, el otro siguió durmiendo, hundida la cabeza en las plumas del cuello, al entrar nosotros y caminar entre las ruinas, grupos de buitres salieron de las piezas graznando con escándalo, caminaban rápido por el pasto, rompían el agua y alzaban un corto vuelo, un caballo yacía en el agua, meciéndose blandamente en ella, como si posara en una tabla sumergida sus patas que se alzaban un poco afuera, el hocico emergía sano y hermoso, no se veía herido aunque estaba muerto, una bandada de buitres volaba recelosamente sobre él como esperando que hubiera muerto del todo, pero el caballo seguía meciéndose indiferente en el agua entre sillas y trozos de mesa, ropas de cama, calzas rotas, borceguíes deshechos o chamuscados, mi caballo relinchó con

tristeza y entonces, desde el otro lado de la calle, sentimos que le contestaba un relincho angustiado, sin embargo algo alegre, y tres caballos salieron de las ruinas, corrieron a través de los restos de muebles y ropas que llenaban la calle, hojas de árboles, enteras y recién tronchadas, verdes y amarillas, se acercaron a nuestro caballo que estaba tendido sobre sus patas, se apretaron a él y lo olieron con ansias, los soldados caminaban entre las ruinas, juntaron sillas y mesas, se reían con escarnio, miraban a los buitres posados en los árboles, en los muebles desparramados por el suelo, en las ventanas y puertas sumidas en el barro, junto a un granero, en el zaguán de una casa, encontraron pasto seco y soltaron a los caballos, palmoteándolos en la oscuridad, encendieron una antorcha y colgándola en un aro salieron gritando hacia afuera, gritaban para darse ánimos, llamando a los amigos y conocidos, te llamaban, señor, y a Vásquez y a Guevara, teníamos hambre y sed y mucho cansancio, creíamos que te íbamos a encontrar instalado en tu casa, las luces encendidas, la mesa puesta, incluso la cárcel llena de prisioneros, no había nadie, sólo ruinas, sólo buitres volando redondo arriba, graznando feamente, con insolencia y desfachatez, debía haber unos trescientos, dormíamos con los arcabuces apretados en las piernas, el viento remecía las maderas, sonaba lúgubremente dentro de las piezas, estremecía los árboles y en la luz de la noche nublada veíamos brillar las alas de los buitres que dormían helados en las ramas, sentíamos quejarse a alguien dentro de una casa, sollozaban y caminaban por el campo, corrían y ladraban unos perros, encendíamos las antorchas, sentíamos el tufo de un incendio venir hasta nosotros, levantábamos las cabezas y mirábamos, el viento remecía las maderas, sonaba lúgubre, las patas del caballo se alzaban en medio del agua, hacia el cielo, pasaban pájaros volando por lo alto, venían brisas perfumadas, quejas, llantos, debía ser alguien en el campo, no podíamos dormir, sí, alguien se quejaba, era Álvaro el herido, nuestro herido, el que trajimos, el que nos dejó el don Francisco, nos habíamos olvidado de él, estaba allá a dos cuadras, a la entrada de las casas, las ropas en que lo trajimos se destacaban en la noche, sus quejas se esparcían como una luz temblorosa y en cierto modo llena de odio, fuimos hacia él en silencio y lo trajimos entre cuatro, los indios que venían con nosotros habían desaparecido hacia las casas, sentíamos sus gritos sueltos y alegres sonando en la noche nublada, rastrearon la huella de las carretas y de los caballos, las siguieron largo rato bajo los árboles, atravesaron el río, desde la otra orilla gritaban con descaro, con leve miedo también, pues no hacíamos ruido y

pensaban seguramente que queríamos abandonarlos, pero habíamos encendido fuego y veían el humo desde el otro lado, con el fuego se habían alzado del suelo los buitres que caminaban pesados por el campo, corrían sin elegancia, se golpeaban contra las maderas y huían despavoridos cuando un trozo de lona o sábana o bramante les agarraba las patas y no los dejaba moverse, sólo aletear con humillación y verdadero miedo, mirábamos sus ojos sangrientos y despavoridos, verdosos o plomizos abrirse inmensos con un poco de humanidad y verdadero terror pidiéndonos que los ayudáramos, a tiros los fuimos alejando, sus graznidos de disgusto, rabia y expectación no nos dejaban dormir, tampoco los gritos de los indios que al otro lado del río chillaban felices como si hubieran encontrado comida o caballos sanos o una casa completamente dispuesta y limpia y armada esperándonos, de repente no sentíamos hablar ni reír a los indios y nos mirábamos recelosos, movíamos las manos para advertirnos una sospecha o para calcular los días que podíamos esperar recuperarnos y seguir viaje, los indios se arrastraban a dos cuadras, sentíamos sus susurros, veíamos sus cabezotas meterse bajo las ropas y entre los muebles rotos desparramados por el suelo, sentíamos sus voces roncas, moverse sus manos, caminar sigilosos sus pies, parecía que esperaban que nos durmiéramos de un momento a otro, de hecho roncábamos cansados, estremecidos por la angustia, hundidos en nuestra propia respiración, mojados por el sudor que humedecía nuestras calzas, el herido se quejaba con suavidad, lo sentíamos moverse quedo en la oscuridad, se sentaba súbitamente en las sábanas mirándonos con ojos inmensos, mirándonos con su respiración aterrorizada, el viento revolvía sus cabellos, azotaba sus piernas desnudas, sus pies delgados y blancos, color papel o nieve, está acostado muy abajo, decíamos despacito, pegando nuestros labios a esas palabras, nuestro temor, nuestra incertidumbre a esas palabras, nos poníamos de pie sintiendo el viento en los ojos para mirarle, roncaba dificultosamente, con la boca abierta, con los ojos semicerrados como si pretendiera y esperara también que nos durmiéramos para llamar con un silbido de su respiración fatigada a los indios, mirábamos la noche alta y serena, parecía contemplarnos, deseosa de que no hiciéramos nada bárbaro ni desagradable, tampoco terrible o desesperado, que no hiciéramos nada indigno de nuestra desgracia, sólo estábamos ateridos y cansados, heridos, angustiados, con hambre, con sueño, estábamos perdidos, la ciudad se había ido con ustedes, sólo habíamos topado unas paredes derruidas, sin puertas, sin ventanas, con un nauseabundo olor a soledad y a

muerte, subrayando esa soledad inmensa el vuelo silencioso de los buitres, parecían ellos, tan callados y hostiles, al mismo tiempo ceremoniosos y trágicos, más naturales y normales, nosotros éramos ahí los intrusos, pues turbábamos su silencio y su tranquilidad. Sintiendo las risas claras y alegres de los indios, nos dormíamos sabiendo que ellos estaban ahí, el viento ahí, el humo ahí, mientras las quejas del herido se tornaban a nuestros oídos y murmurábamos está muy herido muy herido, ya no le queda sangre, doce días, quince días, estamos tan cansados, tan cansados, dormimos tal vez un día entero y despertamos otra vez en la noche, el viento soplaba fuerte y tibio y anunciaba una tempestad, nubes cargadas de agua venían a posarse sobre nuestras cabezas, las copas de los árboles se movían apaciblemente, estábamos afirmados contra los árboles, precisamente, unos al lado de los otros, las piernas tendidas, alzadas flojamente las rodillas, derrumbados como muertos, el herido tenía los ojos abiertos y desde ellos la muerte nos miraba, ya no se quejaba, nos miraba con dulzura, sonreía desde el fondo de sus facciones borroneadas, respiraba suavemente mirándonos dormir, haría muchas horas que estaba despierto, los indios habían encendido una gran fogata y la sombra que ella echaba pasaba por nuestros rostros, sus llamas se alzaban al cielo con mucha fuerza y esparcían un suave y hondo respirar, un calor saludable hacia nuestros cuerpos, las caras despanzurradas y solitarias resaltaban mejor en la penumbra, se estremecían con somnolencia los esqueletos de los árboles y hundidos en sus ramas, desvanecidos e ignorados, dormitaban los buitres, se van, por fin se van, ni la muerte quería ya aquel lugar, debíamos irnos, irnos sobre todo porque sentíamos un creciente miedo, los indios nos habían dicho que andaba gente viva en las cercanías, gente que nos había visto llegar y que nos sabía pobres y abandonados, con los caballos flacos, con los morrales vacíos, sin pólvora, sin maíz, los indios habían visto huellas de borceguíes españoles, salían y entraban de las casas, de aquella casa, sobre todo, en la que había una gran mesa redonda y huellas de sangre y lucha, la única casa que hubiera podido servirnos de habitación en caso de que lloviera varios días, pero no llovió, el viento tibio ciñó hacia la madrugada las paredes, barrió las basuras y maderas, nos permitió descubrir entre las ruinas alguna ropa, camisas ensangrentadas, unas calzas nuevas, éstas, señor, y echó rodando un puñado de maíz y trigo que volaban tibios todavía bajo la ceniza y la viruta y las hojas, nos pusimos de pie e hicimos algunos disparos, los arcabuzazos se abrieron hacia el río, se azotaron contra las murallas más lejanas, entre las nubes

cargadas de agua fueron resonando los disparos y se desparramaron tenues sobre nosotros como delgadas hojas luminosas, veíamos las casas sin puertas, las ventanas colgando de algunos marcos, los trozos de armaduras y madera hundidas en el agua o en el barro, veíamos agitarse con suavidad las copas de los árboles, estábamos solos, completamente solos. No obstante, los indios repetían que había alguien en los alrededores, tal vez un español, uno solo, señor. El último español que salió de ahí fue el padre Carvajal, calculó él pensativo y un poco molesto, pues no le gustaba que hubiera alguien vivo o muerto en la ciudad y de repente tenía deseos de coger el caballo y trotar en dirección a ella, le parecía que lo estaba esperando. Él se quedó para enterrar a los muertos, agregó con voz cansada, los que colgaban del cielo, frente a la iglesia y a los que se encerraron en aquella casa, el fulano Mendoza y el enfermo que se plantó frente a la mesa y la abrazaba como si deseara meterla en su vientre, como si la casa que querían defender estuviera encima de esa mesa y la incorporara en sus calzas para que no se las quitaran o destruyeran, aquellos cuatro estaban bien muertos, quién puede haber allá entonces y si lo hay es un traidor solapado que debe ser ajusticiado. Señor, ¿y si es un soldado de Chile?, tú sabes que murmuraban en el Cuzco y los Reyes que Pedro de Valdivia mandaría a sus generales para que te prendieran. ¿Y qué ha de hacer un soldado de Valdivia o Villagra en las ruinas de la ciudad?, ¿inventario de mis injusticias y vejámenes y latrocinios?, ¿crees que soy un malvado que hay que destruir, Ardiles? Señor, he venido hacia ti cuando pude ir a Chile, ¿crees que yo te puedo traicionar? La traición, señor, es enfermedad de satisfechos y envidiosos y nosotros no lo estamos, no estaremos nunca si siempre buscamos un sitio mejor y más alto y más bueno para labrar la ciudad. Era muy hermosa donde estaba, dijo él, pensativo con triste remembranza, si no llega al campo aquella noche el don Francisco tal vez no la hubiera mudado de asiento, pero sus andanzas y las de sus tenientes y capitanes que se arrastraban hacia los toldos a despertar a los soldados para sonsacármelos y a mostrarles Chile que estaba allá abajo brillante como un ascua de oro y a tajearlos si no se iban con él, aquel arrastrar de borceguíes por la yerba y en los muebles, aquel brillar de dagas y cuchillos y murmullos y quejas y estertores, aquellas risas que atravesaban las tiendas y las manos y que sentíamos sonar en medio de la noche, entre los pasos despedazados de los centinelas, el susurrar del viento y el chisporrotear de las teas y candelas, los caballos que salían al galope o que venían llegando,

todo aquello me impulsó a echar la ciudad dentro de las carretas y salir escapando con ella. Aquellos hombres nos han hecho padecer demasiado y si torno a Chile trabajaré minuciosamente mi venganza por todo esto que nos han hecho destruir queriéndolo tanto. Señor, dijo Ardiles, en el camino había trozos de muebles, sillas, borceguíes, espadas, marcos de adorno, cuellos, puños de encaje, dagas, copas, tiestos, ropas, sábanas desperdigadas en la tierra, metidas en el barro o flotando en los pastizales y las aguas, estos restos repartidos de la ciudad despanzurrada que se iban vertiendo de las carretas, aquellos restos queridos para ti, señor, eran nuestra luz, nuestra verdadera esperanza y nuestro consuelo, mientras los encontrábamos no perdíamos la certeza de topar con vosotros y de encontrarte por fin, la ciudad ha venido deshaciéndose y diluyéndose a través de los desfiladeros y montañas, ha deshecho y diluido y adelgazado el viento y la lluvia, has traído sólo una breve muestra, una pequeña señal de ella, como un amuleto, sólo unas puertas, algunas ventanas, los balcones de una o dos casas señoriales, la campana de la iglesia. La campana de la iglesia y las cuerdas de las horcas, sólo eso era la ciudad y España, Dios y el rey, la autoridad y la esperanza, dijo sonriendo con burla y sentimiento, si sólo eso salvaba y atravesaba con ellas los cerros, ya había hecho bien ese trabajo, Ardiles, pues la ciudad venía con nosotros en mis deseos de llevarla lejos, aunque no hubiera traído muebles ni decorados ni maderas, aunque el incendio lo hubiera devorado todo, aunque hubiéramos arrojado todas las bujas y baldaquinos y las sillas y las mesas y armarios a las fogatas y a las llamas o a las quebradas, aun así habríamos traído la ciudad, aunque hubiera venido yo solo con mi caballo. Parecía cansado, suspiró con fatiga y se puso de pie echando su brazo por el hombro de Ardiles. Si has llegado y traes ánimo para seguir sufriendo y adelantando los brazos para recoger y amontonar las furias y rumores y escarnio que nos puedan traer los indios o los españoles, entonces, Ardiles, habremos hecho algo digno del padre La Gasca, algo que nos pueda hacer olvidar las injurias de los envidiosos y ambiciosos que divisaron en el campo una ciudad de sueño y la quieren alancear y llevarla arrastrada a otra gobernación. ¿No tenía derecho yo, pues, a defenderla, no tengo derecho a llevar lo que amo donde me parezca si con hacerlo lo defiendo y preservo? ¿No hemos creado un mundo, pero lo sacamos de la entraña de la tierra, el rey lo crea e imagina, el virrey señala la ruta con su dedo nervioso y vamos a dejarlo perderse en las dagas de unos desalmados que surgen clamando en la noche y sollozando? Hemos hecho justicia contra

los débiles y pusilánimes que se quisieron pasar al campo del don Francisco porque él les prometía dulzuras y les juraba riquezas, hemos muerto más gente que la que debimos, pero levantamos información y la levantaremos nuevamente para mostrar al virrey que sólo empujados por la villanía de unos tenientes y capitanes alzamos las horcas y después la ciudad. Quiero mucho a la ciudad del Barco, Ardiles, dijo suspirando, mirando hacia los soldados, los árboles caídos en tierra, subirse a ellos y levantar las hachas, una bocanada de hojas frescas, de savia y de perfumes reventados manaba hacia ellos. Es hermosa y la quiero mucho, dijo suspirando otra vez. Ardiles se rió claramente y lo miró a los ojos. Señor, si es necesario llevarnos lejos las casas y las calles, lo haremos, sabes tan bien como yo que lo haremos muchas veces, no dirán los de Chile que no hemos fundado ciudades como ellos, echándolas al desierto o hundiéndolas en los pantanos, no, pero habremos fundado muchas veces una misma ciudad, tan felices y desgraciados como Dios padre hundido en el barro, maldiciendo y sollozando solo, completamente solo, modelando sus horribles creaturas miserables sin nobleza ni agradecimiento, dijo él con rabia, sonriendo con dureza, pues se sentía sino contento lleno de bríos, Vásquez, el pobre Vásquez Guevara, y los tres frailes también me lo habían prometido, ellos saben perfectamente que si no es por circunstancias esenciales y fatales, empujado por los indios, por las hambres o por los traidores, no me hundo en mi enfermedad y subido en las sillas empiezo a tajear las paredes y puertas. Tenemos quizás cerca el mar, si en este bosque sosegamos nuestras ansias y nuestros sueños, si bajo las raíces logramos por fin enterrar las hachas y las palas y los martillos y los serruchos, quizás podamos traer un navío de España y atracarlo cerca de las primeras casas para desembarcar a la gente, no tenemos mujeres, eso es otra desgracia, ellas sólo son un recuerdo aplastado por los bosques que hemos derribado, por las montañas que hemos atravesado y ensangrentado, por los cielos nublados y helados que han pasado sobre nuestros insomnios y nuestros cansancios y aburrimientos, están muy abajo, cada vez más abajo, hundidas en las cujas perfumadas de España, más debajo de las cujas sucias y malolientes, impregnadas en desgracias y en fiebres que nos quedan, esas sábanas teñidas de amarillo por la enfermedad y el humo y los dedos agarrados a ellas cuando suena el viento y los asesinos y salteadores y agarramos el arcabuz y lo apegamos junto a la almohada, a la mejilla, sólo hemos sentido durante dos años risas siniestras o crueles o llantos desesperados y enloquecidos, llantos de

viles traidores o de viles cobardes, necesitamos mujeres, Ardiles, hembras que se rían y lloren bajo estos bosques y enramadas donde desparramaremos la ciudad, si las miramos a ellas, si vemos y sentimos sus haldas golpeando los muebles, barriendo el aire perfumado de las plantas y sementeras, si sentimos sus ruedos, sus delantales, sus enaguas seguidas y perseguidas y salpicadas por los cacareos de las gallinas y los cantos de los pájaros y los ladridos de los perros, si vemos sus brazos blancos y morenos alzarse para despeinarse o para sujetarse los deseos y ensueños y atrevimientos y temblorosas dudas mientras enrojecen entre sustos y palidecen y crean embustes y enredan cuentas y se ríen acuosas y parpadean y miran el cielo y escuchan las voces lejanas y dicen son los chavales, son los hijitos de Pedro el herrero, los sobrinitos de la hija menor de Juan que está enferma en la Isla la Española y se sientan en el terciopelo y alzan la zapatilla y se inclinan y sueltan los botones y muestran la bella pierna en la que cae la luz del sol, la luz de los deseos, de los antiguos deseos solitarios y desesperados y se azotan los postigos y suenan disparos hacia el bosque, suenan caballos en su delantal, suenan perros, braman los animales sueltos en su pelo, pasa rodando suave por sus pechos una carreta, otra carreta, tres carros repletos de chiquillos y de flores y legumbres y lloran ellas alborotando sus suspiros, echando sus hermosas manos hacia el moño, sacando las flores abiertas, las horquillas, las peinetas, oh Dios, diciendo me quiero ir a Chile o a los Reyes o a Xechimilco o a Santo Domingo y sintiendo el ruido hervido del mar, el olor del mar apegarse al ruedo de sus haldas, entonces, Miguel, entonces me acercaré a la ciudad, pegaré mis manos en sus paredes, acariciaré la orilla de sus muebles, el ruedo de sus puertas y entonces sea ya tal vez el año 1570 y estemos flacos y encanecidos y seamos marqueses y duques y barones y tengamos cajas de rapé sobre la mesa curva y polvo de rapé en las faltriqueras y rueden carruajes por las piedras, carruajes llenos de risas de mujeres y no de soldados, de abanicos y guantes y mantillas y no de arcabuces, hachas, dagas y cuerdas de ahorcados, entonces, Miguel, tal vez hayamos encontrado el asiento justo, pues este bosque es enorme y resonante, mira los árboles hundirse y perderse brutalmente en la bruma, mira los pájaros que cantan tan perdidos arriba, siente el ruido de las aguas del río desbordado, ¿quieres creer si te juro que ya no tornaremos a llevarnos la ciudad? La hundiremos muy abajo, bajaremos más que nunca sus cimientos y soportales, haremos piezas y hoyos y hondonadas y zaguanes y cuadras y patios y atriles y arcones subterráneos y desde ahí construiremos minuciosamente la ciudad

temblorosa, has visto una ciudad destruida y abandonada, con el viento muerto remeciendo sus árboles, la muerte posada en sus ramas o aleteando lúgubre sobre ella, pero verás estas calles y estas casas emergiendo milagrosas de los árboles, las callejuelas y rúas y puentes y arcadas corriendo entre las avenidas y claros del bosque. Sí que lo haremos, dijo sin convicción Ardiles, riendo para resguardarse en esa risa, si es necesario y de justicia defenderla cargaremos los bosques y los ríos y la llevaremos escondida en las ramas o colgando de las orillas y siempre encontraremos un sitio donde posarla en la tierra. Y cuando él se separaba de ahí, respiró con cansancio y alivio, dirigiendo su mirada a los soldados que cortaban los árboles y mirando siempre la ciudad que había dejado hacía muchos días, veía sus calles solas, destruidas, llenas de piedras y restos de muebles y ventanas, veía las humaredas que aún se alzaban por los arrabales, ahí donde no habían llegado los indios, veía las arcadas de las puertas cocheras que jamás habían albergado un coche, las cuadras en las que fugazmente habían relinchado los caballos y que ahora yacían sepultadas en la paja y en el barro, manchadas de sangre y pólvora, sólo con la señal de la violencia colgando de los muros, de las puertas abiertas, trágicas y solas, con los marcos desguarnecidos, azotados con fiereza, estúpidamente machacados o desprendidos, veía el humo endurecido, las humaredas lejanas, el humo se arrastraba encima de los escombros hacia ellos, buscándolos inútilmente, rodeaba ciego sus rostros y envolvía sus armas y sus borceguíes, se metía en la armadura que estaba amontonada junto a ellos cuando se sacaban el fierro para respirar con sosiego y sentir el dolor libre que les atenazaba los músculos y el hueso, pero después, en la mañana asoleada en que cabalgaron, mientras los indios iban detrás, hablando ronco, con palabras secas y cortas, mirando hacia atrás, temerosos de que los siguieran otros indios o soldados o los buitres se dejaran caer de los árboles donde dormitaban, mientras se agachaban para recoger un trozo de encaje embarrado o los botones de una camisa o una calza, vieron la humareda, una humareda nueva y agradable alzarse sobre las laderas, más allá de la plaza desde donde habían entrado a la ciudad, antes de divisar al caballo hundido en el agua, creyeron oír disparos, gritos, vieron las humareda reciente e indiferente y apretando con cansancio las cinchas del caballo, rodeando los últimos árboles, trotaron sobre el puente. Cuando los caballos golpeaban todavía la tierra, todavía con bríos, pues habían descansado tres días, pudieron ver la humareda rodar tras los árboles, tras la torre de la iglesia, tornando en el paisaje para que la

miraran hasta el último y estuvieran seguros de que alguien, alguien que no eran ellos, ni los indios, ni el padre Carvajal, ni los muertos que habían resucitado, alguien vivo, alguien que no estaba herido, por lo menos tan herido como para encender una buena fogata y alimentarla y dejarla bella y pulida, llena de arrogancia y de luz, alguien que vivía entre las ruinas, desmoronándose con ellas, alguien que los había mirado dormir y que no los asaltó ni hirió ni desvalijó, alguien que no era cruel ni malvado, por lo menos que era capaz de sentir lástima o piedad o ser adecuadamente humanitario, alguien que no conocían pero que los conocía, vivía en la ciudad destruida, que incluso estaba contento y feliz en ella, pues no se había dejado ver ni deseaba que lo miraran. Señor, hay alguien en las ruinas, un español tal vez, tal vez alguien de Chile, vienen a tomarte preso, había dicho Ardiles, ahora pausadamente, no porque le diera poca importancia a lo que decía, sino porque estaba muy lastimado y consumido, debían pasar muchos días, transcurrir todo el otoño, llegar las lluvias de abril o mayo antes de que Ardiles olvidara los asaltos y traiciones y los fríos y las hambres. Lo dejaba suelto, callado, caminar entre los árboles, mirar el cielo, abismarse ensimismado contemplando las copas inmensas de los árboles, los pájaros invisibles que cantaban arriba entre el sol o la bruma, tan arriba que sólo divisaban destellos cortos y luminosos de sus alas, certeros y suaves relámpagos de color verde o azul o amarillo, un ala sangrienta que aleteaba con urgencia en lo alto, entre las hojas húmedas, una cabecita orgullosa y azul que se escurría y deslizaba entre las ramas, sentía el largo murmullo de la hojarasca luminosa que rumoreaba en las sombras, sentía resonar los martillazos y los hachazos que hacían crujir los árboles, el suave repasar de las sierras iba enhebrando los árboles distantes y de repente, en el claro silencioso que dejaba el trazo húmedo de un árbol enorme que se derrumbaba, mientras sentían el hálito helado y verdoso del viento que se sacudía despeinado, un ancho trazo de sol caía de las ramas, mientras el agua goteaba de lo alto y sentían el viento fresco, como destapado, miraba a los soldados cavando la tierra, echando sus voces temerosas en medio del bosque, llamando a los indios, a los otros soldados, pidiendo más palas, más azadas, los veía hundidos hasta la cintura jurando en el interior de las zanjas y echar después la tierra hacia arriba donde se desparramaba lujuriosa, misteriosa, una tierra desconocida, escondida, que se esponjaba y lucía al sol, sentía los golpes de las palas perderse allá abajo, sí que la haremos, sí que la sacaremos otra vez en un atroz acto de brujería, decía para sí y se sentía feliz y sólo se

impacientaba temeroso de que lloviera, de ver una vez más a los hombres metidos en el barro, oteando las tinieblas, clamar juramentos por el cielo sombrío y tumefacto, no quería ver a Jesús hundiendo la pala en la soledad, volteando la cabeza para buscarlo en un ceñido gesto de odio y de fatiga y alzar después la flaca cara desfigurada y clamar al rey o al virrey o al dios esgrimiendo la pala y mira, mira señor lo que haces, pero no llovía, el viento soplaba despaciosamente y el cielo se había hecho muy alto, muy alejado de las copas de los árboles, atado y desparramado entre ellas, la luz caía tenue y avizora, sentía él el ruido de los martillazos y de los hachazos y había visto ya clavarse unos trozos flamantes de muralla, duras y firmes, de piedra azul y blanca abajo y arriba de enormes trozos de madera que blanqueaban en el día nublado, sentía relinchar a los caballos en el interior del bosque, aleteaban los pájaros, cantaban en montón atados y confundidos en sus propias plumas, parecían estar alborotando y sólo muy adentro, más allá de la multitud de plumas y de colores que azotaban las ramas cerca del suelo, a través de las hojas verdes y de los ramalazos húmedos del viento, sentía deslizarse un hilo tenue, constante, interminable y eterno de pura melodía que ataba a los pájaros entre sí, manteniendo despierta su soledad y su miedo, aleteando sus alas leves en lo alto, abriéndolas y desapareciendo hacia el sol, desmenuzando su canto entre las nubes. Sí que lo haremos, Dios mío, decía, mira cómo lo estamos haciendo, aparta las nubes, aparta las copas y mete tus barbas y tus inmensos ojos y tus manos y toda tu fuerza, mira, señor, este milagro de tus pobres criaturas, míralos cómo están de enfermos, míralos cómo están de heridos, mira cómo están de temerosos, tal vez esta noche llueva, tal vez esta madrugada se dejen caer los indios, tal vez en medio de la siesta de esta misma tarde aparezcan en el pasto, entre los árboles derribados, los ojos terribles de las fieras, de tus fieras, señor Dios, pero estas pobres criaturas enfermas también son tuyas y mías, mía y tuya es la ciudad que estamos sacando del interior del bosque, mira sus brazos magullados, sus hombros carcomidos, sus pechos abiertos, mira sus piernas podridas, míralos, señor, trepados, débiles, consumidos y enfermos, míralos cómo tosen entre las ramas que van a derribar, derribándose con ellas, tosiendo con ellas, están sacando puertas y ventanas de los árboles, de las piedras, las extraen poco a poco del río, de los dos ríos, echaremos a correr las calles entre ellos, no es bello, señor Dios, no es hermoso esto y merecemos perdón por las injusticias que hemos podido cometer en nuestro afán de ser justos, Dios, apasionado, Dios malvado, Dios

bueno, quiérelos como yo los quiero, protégelos como yo deseo protegerlos, permíteles tener salud y fuerza y respiración e ilusiones para ser más salvajes y terribles y poderosos que este bosque inmenso que hay que doblegar y pulir para que nos deje extender la ciudad a la sombra de sus ramas que estamos matando, pegada a sus troncos, será una fastuosa ciudad, señor, serán unas piedras duraderas, juro por ti y por tu pobre hijo que estuvo muchas noches con nosotros, de cuanto de mí dependa no la llevaremos lejos, no la desarraigaremos de donde la dejamos hundida, metiendo las raíces de sus casas en las raíces de los árboles, creciendo sus paredes hacia sus hojas y sus flores, metiéndose sus balcones y ventanas y balaustradas en la humedad amable de sus ramas, abriéndose los pasadizos y galerías y arquerías hacia la multitud de sus pájaros, mira, señor, esta ciudad de Dios, sólo necesitamos tiempo para crearla y sacarla de la profundidad, sólo precisamos tiempo y salud para preservarla, dijo él y levantó amenazante su hacha y caminó entre los soldados y pegados al árbol empezó a remecer sus cimientos, los soldados abrieron sus caras, se rieron con simpatía, con mayor seguridad, un sudor copioso fluía de sus frentes, estaban medio desnudos, los pies abiertos agarrados a la tierra, golpeando las ramas, alguien agazapado en ellas clamaba hacia lo alto, sus voces resonaban y se expandían, sentían que iban saltando de rama en rama, como deslumbrados, cada vez más solitarias y misteriosas, veía él al padre Carvajal mostrar su hacha para derribar otro tronco y al padre Cedrón y al padre Trueno hundidos en las zanjas sacando paladas de tierra, se reían, hablaban con nerviosidad y gritaban voces resonantes, veía las sierras apartadas hacia el río, sonaban quedamente en las maderas, un ruido sin cansancio que fluía como el agua, como el rumor del viento en lo alto y los martillazos que de tanto en tanto se alzaban para golpear algún clavo perdido o romper un trozo de mueble, hacían resaltar mejor la tranquilidad de la atmósfera, miraba la muralla entre los árboles, se veían varios trozos correr entre los troncos, parecían desperdigados y desordenados, los soldados tendidos en la tierra medían las tablas y las amontonaban junto a los árboles, él veía los ejes y ruedas gastados y embarrados, miraba las ropas caídas en el pasto, las sillas volcadas entre las flores, las naranjas corriendo hacia el agua, sentía el perfume seco y detenido del maíz y el trigo, sentía el fluir del vino y veía a Guevara, a Santa Cruz y a Ardiles y a Valdenebro, cada uno con un hacha en la mano, sudorosos y pálidos, como enfermos, agarrados a la garrafa de vino, echar las caras hacia atrás y mientras miraba las copas y el viento y el cielo nublado, beber

con verdadera ansia, sonreía él con denuedo, pegaba su pecho al tronco del árbol, echaba su cara, sus manos en él, sentía el olor húmedo, acre y dulce de la madera partida, clavaba más hondo el hacha y sacaba un largo tajo de perfume, los soldados se reían gozosos, veía sus borceguíes apegarse a la madera, sentía crujir las ramas, veía las grupas de los caballos iluminadas por el débil sol, sentía las risas interminables, veía el vino verterse en el suelo, esparcirse las voces soñolientas, las risas amistosas y mesuradas, Guevara y Santa Cruz y Ardiles lo miraban en silencio y empujaban después con todas sus manos juntas el tronco del árbol que crujía levemente y se inclinaba, parecía que pretendían incrustarlo en los otros árboles, echarlos a un lado, pedirles que se apartaran para dejarles paso, a ellos, a los caballos, a los indios con los bagajes y los muebles, con las mesas y sillas y cujas y sillas fraileras y sillones y reclinatorios, parecía que el padre Carvajal echaba sus manos al cielo rogando suavemente a los árboles que por la puta madre se hicieran a un lado, advirtiéndoles a los hijos de puta que ahí venía la torre, las campanas, la iglesia, mierdas, tendremos una iglesia con dos torres ahora, con muchas campanas, hundiendo su brazo en la madera y viendo la cara roja, furiosa, del padre Carvajal, sus gritos roncos y miserables, está muy enojado y como asustado el pobre, decía para sí, desea poner de pie antes que ninguna casa la casa suya, el sayal de las penitencias, la horca para sus almas, la horca y las campanas, eso es la conquista de esta tierra, haremos tal vez dos iglesias o tres, una para cada fraile, pensó con un poco de desprecio, comprendiendo que con eso era él sobradamente generoso y se mostraba seguramente débil y melindroso y sacando el hacha, que sintió caliente y mojada, la apoyó con dulzura al tronco carcomido y caminó hacia ellos, lo estaban mirando, sonriéndole, habían dejado las hachas en el suelo y se limpiaban las manos para ser sus amigos y sonreírle completamente, los veía débiles y descoloridos, fríos, sin sudor, lo veían ardiente y consumido, delgado, iluminado como llama y sudoroso, afiebrado, apestoso, le tendieron el brazo, cogió la garrafa y abrió sus ojos inmensos y echó sus labios dentro, bebió un vino antiguo, de recuerdo antiguo, antiguos gritos, sospechas, rumores, había ruido de caballos y de luces, el viento sonaba y pasaban ráfagas de vino en medio del sol, el sol estaba tibio, lo sentía contra la espalda, será un buen verano, calculaba para sí y tendremos tiempo, el vino se golpeaba contra su lengua y tactaba con sosiego su paladar, lo sentía herido y cansado, he hablado tanto, he gritado tanto en sueños, con los sublevados y traidores, decía para sí muerto de

desconfianza y veía otra vez el zaguán hundido en el barro y la antorcha colgada en el aro y tenía calor y había llamas de incendio afuera y sonaban las carretas y él empujó la puerta, y echando una voz temerosa llamó al alguacil, pues sentía respiraciones cerca, respiraciones que lo vigilaban y apretaban y pensaba que habrían apuñalado y asesinado al alguacil y se quedó quieto y miró sus borceguíes quietos, un poco perdidos en el barro y tornó a llamar y nadie le contestó, sólo la respiración fatigada que lo cercaba, que estaba apegada a él, junto a las rejas, entonces se había reído llevando la mano a la garganta y acordándose de que eran ellos, eres tú, Antón, dijo con dulzura, y la respiración le contestó quién esperaba que fuera, señor. Había odio en aquella pregunta y había también una respuesta y una duda. ¿Estás enfermo, Antón?, tornó a preguntar, y se sentía inseguro y desasosegado. Eres mi enfermedad, señor, y la de Alonso, dijo la voz, y aunque había un tono de cansancio y de desprecio en esa voz, no era cansancio o desprecio hacia él, sino hacia la vida, hacia las circunstancias, hacia el barro que manaba hacia las rejas, en las que estaban los hombres sentados o tendidos, el vino se azotaba con levedad junto a sus dientes que sentía cansados y tibios, el vino se azotaba contra los labios de Alonso del Arco, los sacaron afuera, los pusieron frente a la plaza, frente a la ventana y él los podía ver, tendido como estaba en la cuja, estaban amarrados juntos y la mano de un soldado les pasaba una jarra de vino y se reían antes para que ellos adquirieran confianza, y sentía a Antón de Luna toser con desesperación, deseando mejorarse súbitamente para beber vino con los soldados, sentía él las risas y el rumor de la fiesta, los habrá mandado a libertar el don Francisco, se dijo para sí y deseó sentarse en la cama y, al querer hacerlo, se dio cuenta de que tenía las manos atadas y mientras sentía el olor del vino pegado a sus narices y sus barbas afiebradas lo veía correr por las gargantas y camisas de Antón y de Alonso, el vino goteaba de las cuerdas que pendían de sus pescuezos, los hará ahorcar ahora el don Francisco y les ha dado vino para llegar diciendo a Chile que soy un bárbaro y que he hecho escarnio de ellos, se decía, murmurando con rabia sin poderse levantar, y cuando vio que se los llevaban y que ellos, en vez de sollozar y gritar clamando perdón y justicia o, por lo menos piedad o caridad, se reían felices y olvidados, se alzó un poco en el lecho y sollozó y sintió el dolor al cuello y pensó que estaba herido y se abrió la puerta y los soldados tenían las antorchas en lo alto echando la luz hacia él para abarcarlo completamente con ella para meterlo en ella, como si estuviera hundido en las sombras o en el

agua o en la sangre o la copa envenenada y se tratara no sólo de iluminarlo a él, sino lo que pudiera ocultarse también en los pliegues de las ropas y las sombras, la daga de una traición, el anillos de un compromiso pasional, la carta de una aventura lejana, la cuerda de un sumario ajusticiamiento y como se reían serios, con cortesía y cierta bonhomía mundanal, comprendió que venían a buscarlo y moviendo un poco las manos mostró que estaba atado y que no podía quedar libre si no lo ayudaban y entonces uno de los soldados se había hincado en el suelo, dejando la antorcha afirmada en la cuja y le estaba desatando el nudo, sentía el olor del vino manar de sus labios y su barba, tenía un rostro noble y desconocido, pleno de seriedad y reciedumbre, este soldado, este capitán o teniente no es mío, decía para sí mirando sus labios rojos y húmedos y sintiendo que los brazos le dolían mucho y lo empujaron suavemente y lo sacaron afuera y él veía siempre la antorcha apoyada en la cabecera de la cuja, junto a la pared, y pensaba estos bárbaros me quieren incendiar la casa y el alojamiento y los signos de mi autoridad y caminó rápido entre ellos, sintiendo el viento frío precursor de lluvia y la cara estaba fría y distante, los rostros de Guevara y Vásquez y Ardiles secos y lejanas las voces del padre Carvajal, la haremos muy hermosa, señores, dijo él, cada vez más grande y seguro de sí, tienes un buen ánimo y un gran vino, caballeros, padre, padre, no sabía él mismo si llamaba al padre Carvajal o al padre Cedrón, padre, por qué no dibujas la plaza para que dejemos plantada la torre este domingo, ellos se rieron después en el sol y él vio con pesadumbre la jarra vacía y agachándose la dejó en silencio en el tronco de un árbol caído y miró a los soldados y vio que tenían unos rostros cansados y decididos y cogió el hacha y se hundió en el árbol hasta derribarlo y cuando el árbol cayó él cayó con él y lanzó un grito de reto y desafío, casi enfurecido.

Padre, señores, amigos míos, éste es un hermoso sitio, el más hermoso de todos, echaremos frondosas raíces en él, sacaremos una centenada de casas del fondo de la tierra, tenemos un tiempo propicio y muchos árboles que darán un aspecto fantástico y endemoniadamente dispuesto a las calles y plazas. Estaba sudoroso, mirándolos a todos, todos veían su rostro feo y fiero, suavizado con un poco de dulzura fría y melancolía que emanaba de sus ojos y se traslucía en su frente, parecía cansado pero no lo estaba, no sentían tanto su cansancio como su radiosa fuerza apegada a sus manos, veían sus dedos largos y finos agarrados al hacha como antes habían estado apegados a las espadas y arcabuces y martillos y serruchos, estaba despeinado y su cabello liso y alborotado,

ligeramente trágico y enloquecido, era muy negro y resaltaba nítido alrededor del rostro pálido y delgado, le daba un innegable aspecto de soñador práctico y cruel, bondadoso por rachas y por lunas, al mismo tiempo vacilante y desconfiado, parecía tener deseos de sollozar y no encontrar el regazo, la halda, los pliegues de la doña o la saya o la sotana que acogiera y guardara y preservara su mal sentimiento. Sí que lo haremos, señor amigo, dijo el padre Carvajal, una donosa capilla y sagrario y catedral, sabe, señor, que los bosques aman las campanas, echaremos a volar un centenar de bronces entre los árboles, llenaremos de gorjeos celestiales las torres de la iglesia, pero guarda, hijo mío, con enamorarte y calentarte con otras tierras cercanas o lejanas, guarda, señor, que te armaremos una revuelta y una traición muy fina y bien organizada y te colgaremos del mejor castaño o higuera o algarrobo de este bosque silencioso. Se reía con fiereza el padre Carvajal, parecía dispuesto a odiarlo y ejecutarlo de verdad, en media hora, se reían los soldados dando hachazos alborotados sobre los árboles caídos, empujando con dulzura los brazos para echar a andar una vez más las sierras, se reían Guevara y Vásquez y Ardiles, un poco apartados o sumidos, más que alegres, pensativos, más que pensativos, llenos de recuerdos y decisión y ardor temeroso. Traición y revolución son frutas de ciudades viejas y europeas, dijo él un poco mustio y serio, como si tuviera los brazos mojados o entumecidos, cogiendo el hacha y sintiendo la frialdad de la madera, caminando entre los borceguíes, entre los pies desnudos, entre los martillos y los serruchos y las hachas nuevas que brillaban en el suelo y que él veía brillar le parecía que por primera vez, rodeó y abarcó con los ojos el tronco de un árbol que echaba sus ramas hacia lo alto en un gesto teatral de orgullosa soledad, golpeándolo suave con el canto del hacha y sintió el estremecimiento imperceptible del golpe al remecer las ramas y subir en jirones y espirales hacia los tallos y las hojas, una multitud de soldados estaba junto a él, rodeando el tronco, sentía el rumor de las hojas caer en cascada hacia su rostro, sentía la frescura del follaje y calculaba que dentro de cuatro meses haría calor, aquí podría estar la plaza, dijo contando en la mente los árboles que había que botar, mirándolos hacia arriba para admirarlos y encontrarlos grandiosos y llenos de fuerza, sentía tras él caer los troncos unos tras otros, se alzaban multitud de hojas, golpeando las ramas próximas, chillaban los pájaros sorprendidos y desparramados, sentía sus delgados aleteos evaporarse entre las hojas y golpearse contra los gajos, se alzaban golpes repentinos de viento, soplaban hacia él, empujándolo por los hombros,

apretándole las piernas contra el hacha, sentía las risas, las conversaciones, los rumores, veía las ruedas de las carretas hundidas entre las hojas, posadas suavemente en ellas y el sol corría ahí, iluminaba las sábanas y la cabecera de las cujas, miraba un baldaquino enhiesto en medio del sol, tenía las orillas gastadas y brillantes, suavizadas por las mangas y las manos que se habían apoyado desfallecidas o esperanzadas en ellas, suavizadas por las brisas del Pirú o de México, los primeros fríos suaves de las sierras, las primeras noches en vela, las conversaciones que iban de cuja en cuja hilvanando la soledad en mitad de la noche, veía los borceguíes posados en tierra, las cañas altas, erectas, derrumbadas, fatigadas y dignas, habría doce o trece docenas, todos limpios y lustrados, gastados por el uso, por la tierra y la lluvia, miraba los pies hinchados del soldado herido que asomaba en los labios de Ardiles, clamar y llamar en la soledad, el viento solitario y nauseabundo soplaba en ellos, le decía él tornando hacia él los ojos tristes y velando la voz para que no pareciera emocionada y para que él no lo creyera debilitado y acobardado, señor, no había borceguíes en el campo, sólo puñados de maíz quemado, de trigo podrido en el barro, montones de fréjoles besando el hocico, envolviendo las patas del caballo hundido en el agua, pero no borceguíes, no borceguíes, teníamos los pies sangrantes, hinchados, los del herido se veían blancos y limpios, consumidos y extrañamente expectantes y cuando él explicó hubo cuatro muertos, Ardiles, Ardiles lo miró con ojos desencajados y pesarosos y terriblemente fieros y miserables, cuatro muertos, dijo él, y Ardiles lo miraba significándole aquello, cuatro pares de borceguíes colgados de las cuerdas, uno tendido en la penumbra, bajo la ventana, el otro bajo la mesa, apegados inútilmente al hombre, al perro, a sus cansancios o sollozos, si traes a Dios y lo plantas en medio de nosotros, donde le dé el sol en su pecho débil y viejo, pensó para sí, tal vez tengamos mejor suerte, tal vez traigamos tranquilidad para nuestros cuerpos y paz para los espíritus y sabía que si él lo deseaba así y provocaba hacia ese fin todas sus fuerzas, sacarían una gran ciudad del interior de la tierra. Alzó los brazos otra vez y los bajó, y vio las sillas, estaban todavía caídas en el suelo sobre las hojas, había muchas todavía en las carretas, hundidas en ellas, metidas entre las ropas, rellenas de sacos de maíz y trigo, de sacos de porotos y zapallos, veía las naranjas caer desde lo alto, desenvolverse de las sábanas y rodar al suelo bajo las ruedas, una botija de vino goteaba lentamente entre los ejes, miró a los hombres, golpeaban el árbol con tranquila furia, no hablaban,

apretaban los labios, tenían metida la respiración, tensos los músculos del cuello y de los brazos, los veía terribles, sacando fuera todo su horror y su enorme fuerza, gastando su odio contra los enormes árboles inermes, azotando su desesperación contra ellos como si en los ramajes altos y duros, en las raíces negras y profundas, tuvieran agarrotada y cogida y atenazada la ciudad, trozos vitales de ella y no quisieran soltarla y si no la soltaban, si venían los vientos malos y las lluvias pérfidas, si llegaba el invierno y se agarraba cualquier día de los troncos y de los pulmones, entonces, en el silencio de los primeros fríos, en el terrible silencio que precede a las nevazones, cuando no hay viento y las bocas están duras, terribles y fatales, sentirían trotar a los caballos del don Francisco, verían las cuerdas rubias colgadas de las grupas y de las monturas y él estaría en el suelo, temblando de horror y desesperación entre las raíces frescas del árbol recién partido, mirando los primeros gritos de amenaza y odio, los primeros disparos, las primeras humaredas y los soldados suyos, estos pobres soldados débiles, decía para sí mirándolos con verdadero desprecio y terror, mirando las hachas, el filo de las dagas y esperando que descabalgara el don Francisco para sacar sus insultos y sus puñales o sus sonrisas y zalemas, levantó el brazo y lo descargó con furia y a través del ramaje miró los rostros conocidos y leales, cercanos, tan cercanos, de Guevara, Santa Cruz y Ardiles que lo miraban, sintió que se movían las ruedas de las carretas, que se levantaban las varas y que los caballos salían en un trote inicial, liviano y descansado, había muchos muebles en el suelo y Ardiles y Guevara llamaban a gritos para no quedarse tan solos y surgían los indios de las raíces de los árboles, de los grandes hoyos que habían dejado al ser desarraigados y corrían en dirección a ellos, se metían en los toldos, empujaban las ropas, extraían los largos maderos, las ventanas nuevas o viejas, las puertas mancilladas y gastadas, las puertitas verdes y rurales de los jardines y de las verjas, alguna ropa colgaba de las ramas bajas, camisas de soldado, camisas de seda nueva y crujiente, se remecían en el aire junto a los borceguíes y las calzas, el sol caía con fuerza entre los árboles, sentía su suave estirado calor escurrir entre las hojas mojadas y las flores dormidas, veía alas perdidas de pájaros, cabecitas frágiles, flamantes y relucientes, picos torvos, duros, doctorales como hirsutas señales de peligro o alerta, parpadeaban ojos desnudos entre las hojas, ojos claros, hermosamente abiertos, demasiado abiertos, un poquito asustados, abismados o ignorantes, se escuchaban susurros, silbidos, estremecimientos, cacareos leves que no veía, pero que los veían a

ellos, el sol mostraba, inundado en la penumbra, el enorme mar verde que crecía y emergía hacia arriba y dejaba escurrir ondas luminosas y empolvadas entre las telarañas y los nidos, unos nidos monstruosos, colgantes como bolsas o gargantas o calzas inocentes de soldados, el suelo también estaba salpicado con la penumbra luminosa del sol y en medio de aquel esplendor atardecido de la mañana asoleada palpitaban con suave fuerza con golpes del hacha volteando troncos al final de la avenida, los perros ladraban en el interior del bosque y en alguna parte o en todas manaba con fuerza el agua del río, no se divisaban montes, pero caía desde muy arriba, todavía invisible, un agua clara y potente, llena de risa que resonaba multiplicada entre las ramas, en ella se iban los deslumbrados relinchos de los caballos, veía sus belfos rubios y blancos olfatear hacia lo alto, abriendo el ramaje con un gesto cansado y receloso, los caballos lucían gastados y viejos y también más nuevos, como rápidamente reparados en las tinieblas o extraídos recién chorreando de la lluvia y el barro hacia el sol y el terreno hecho pedazos, el sudor corría por los flancos, se sentía desfallecer y al mismo tiempo la enorme capacidad que sentía brotar otra vez en su entraña se alzaba, la sentía apegada a sus hombros, brotar impetuosa y ya malvada de su pescuezo, palpitar con fiereza en sus labios donde aprontaba un grito de enojo y satisfacción. Lo haremos, lo haremos, la subiremos del fondo, gritó moviendo con cansancio la mano para saludar a los soldados que estaban en el fondo de las zanjas sacando la tierra, secándose el sudor para recordar y advertirle al padre Carvajal que la iglesia debería estar vuelta hacia el viento, hacia la vida padre, hacia los ruidos que el viento nos traiga, los rumores de sospecha, el ruido de los caballos extraños que se aventuren por el caminito de las sierras hacia las casas, dentro de cuatro meses, dentro de cuatro meses exactos y fatales y tuvo trabajo en soltar sus borceguíes de las raíces y sentía ese olor vegetal y potente pegado a sus calzas, ascender por su cintura buscándolo, se sonrió, estaba cansado, verdaderamente cansado, no desilusionado ni desconfiado, que vengan los caballos, los caballeros de Chile, que vengan en la noche caminando por el bosque y chocarán con nuestras murallas, de puro abismados y espantados no nos querrán atacar, seremos amigos y hermanos y partiremos el pan, partiremos nuestras puertas y ventanas con ellos. Haremos una gran ciudad si queremos hacerla, dijo Guevara, has soñado con ella en buena hora, sácala en definitiva alguna vez fuera, dijo suavemente el padre Cedrón, sácala, sácala, aunque mates algunos árboles, aunque hieras algunas malas intenciones y

oigas palabras de remembranza y locura, sabes que tenemos doscientos brazos dispuestos a sufrir con vos haciendo los planos, dibujando con dagas y hachas y cuchillos y martillos y sierras y fuego, con el hermoso fuego destructor y constructor las calles y las plazas, tendremos un cuartel medieval lleno de bastiones, dijo lancinante y orgulloso Ardiles y él veía sus ojos color humo abarcar el campo y contar ya los ventanales y las troneras, haremos las casa de los caballeros principales, dijo Santa Cruz y su voz parecía enferma y cadenciosa, temerosa de ser olvidada y postergada, temerosa no sólo de eso sino también de morirse o enfermarse de verdad antes de que el capitán tuviera partida y cuartelada en el suelo la tierra, dividida en enormes bastiones y merinales y cada señor dueño de su cabaña y su hacienda, con sus caballos, perros e indios perdiéndose en los terrales, con la indecisa luz de los zaguanes y la puerta de servicio donde se detendrían los coches y las berlinas allá por la oscuridad, dibujaremos las calles y los solares, empadronaremos a la gente y a los indios, el ganado sano y el enfermo, formaremos una ciudad y burgo importante y orgulloso antes del próximo verano, dentro de cuatro meses, edificaremos el cuartel y la alcaldía, la casa del obispo y de los regidores, la oficina de los quintos y de los diezmos reales y la mansión de verano del virrey cuando vayamos a buscarlo en una carroza de caballos enjaezados que mercaremos en Santiago cuando nos acordemos de visitar al gobernador Pedro de Valdivia o a su teniente el don Francisco, traeremos cholas y peruleras, criollas de Nueva Granada y Tenochtitlan, españolas de las islas y mulatas cocineras del Cuzco y Arequipa, haremos una gran ciudad si queremos, si nos queremos con amor de hermanos y no con odio de jenízaros y sarracenos, aquí amarraremos los carros y los caballos, ya no saldremos huyendo con nuestra casa a cuestas, ya nos cansamos de ir peregrinando como judíos, ya nos cansamos no de trasijados y desesperados, sino de felices y de aventureros cabales que vinieron a este lado a fabricar un mundo y no a despedazarse entre ellos y a despedazarlo. Dejando el hacha en el suelo, de un modo definitivo, extraordinariamente decidido, caminó entre los muebles y, como si hubiera encontrado algún objeto precioso y perdido y robado y perseguido por la gente del don Francisco y defendido por él con muertes y ahorcamientos, echando la mano fatigada por el respaldo de una silla, la movió del suelo para mirarla mejor y recoger lo que estaba debajo de ella y afirmándola en tierra se sentó cruzando las piernas, respiró cansado, miraron las arrugas que cruzaban su frente, sus ojos sorprendidos que buscaban todavía el suelo, el

cuello delgado que se torcía tras los cabellos despeinados y dramáticos, lo vieron y se sonrieron, Guevara caminó recto hacia él, con un estirar superficial o pesaroso o despreciativo de los labios mudos que se adelgazaban, se pegó a su lado, le tocaba las piernas casi, hacia él caminó Santa Cruz, que parecía enfermo, un poco apartado y ajeno a aquel bullicio, como si estuviera viviendo otro bullicio más personal y desesperanzado, estaba delante de él esperando que él se diera cuenta de lo demorado que estaba, que le devolviera esa silla, que era la suya, la de su padre y su abuelo, que por lo menos la merecía y la reclamaba húmil, pues la había ganado en sangrientas dudas y luchas y traiciones, me tajeó el don Francisco, me tajeó el cura Cedrón, me tajeó el virrey, ésta es la silla, señor, parecía decirle respirando con disimulo, sólo para que él lo viera, aunque no necesitaba respirar sino quejarse y se hubiera podido quejar desesperadamente, pues no le quedaban muchos meses de vida y moriría enfermo y no apuñalado, no traicionado, sino acostado en la cuja, estirado sin elegancia, incluso con obscenidad y desvergüenza en ella, echada atrás la cabeza para salvarse de aquel naufragio y derrota que era la muerte entre sábanas y remedios y solo, sin mujer, sin adulterio y terror y gritos de perdón y clemencia, de orgullo y duelo. El padre Carvajal se rió con ganas, venía hacia él riendo con mucho orden, se plantó delante y parecía dispuesto a hacer a un lado de una guantada a Santa Cruz, pero Santa Cruz estaba clavado en la tierra y si estaba enfermo no estaba débil y de mirarlo bien habrían podido ver que tenía dos puñales clavados en el cinto, dos puñales, doble fortaleza, doble recelo, doble capacidad de vida o muerte, señor, señor, gobernador, príncipe de nuestros males y desgracias, señor de cielo y tierra, teniente de Dios y del virrey, has cogido una silla en vez de coger un hacha, dos hachas, una para cada mano, una para cada árbol, señor, dos torres tendré yo, porque quiero subir en dos chorros a la eternidad y dos rayos de luminosidad y fuerza y bendiciones para echar sobre este puñado de españoles sucios y desamparados y desparramados en las selvas y en las sierras, y tú, señor, caminas entre los escombros de la ciudad rota y pulverizada, caminas entre las raíces de este mundo verde que estamos despedazando y en lugar de gritar órdenes, siquiera órdenes de prisión y muerte, que pudieran ser de libertad y vida, te agachas no para extraer una esquina de la ciudad, el extremo de un mueble, el primer peldaño de una escala, sino coges una silla y te derrumbas en ella. Las risas aplastaban el ruido de las hachas reventando los troncos, sentía el viento, las voces nerviosas y escandalizadas, un

poco solemnes o despreocupadas e impacientes, lo rodeaban, lo estaban mirando, parecía disuelto en la tierra, que sentía húmeda y perfumada y prometedora abriéndose hacia él para recibirlo, para que se asentara en ella, se sentía cansado, por eso me senté, miraba al padre Carvajal, al padre Cedrón, al padre Trueno, a Guevara y Santa Cruz y Pontevedra desde un lejano cansancio, por eso me senté, tal vez también desde un desaliento, estoy sentado en la silla, ésta es una silla, Santa Cruz la quiere, la quiere porque está cansado, todos la quieren, están cansados, decía deseando reírse por condescendencia y bonhomía, sintiendo el suave calor, el fresco aire, presintiendo el cielo azul y acerado que lo envolvía y lo aguardaba a él particularmente, padre, dijo, padre, y empezó a ponerse de pie, una mano se agarró del respaldo de la silla y le miraban la mano, él sabía que le miraban la mano, una mano enorme y enguantada, vio que la sacaban de ahí, la arrastraban, la levantaban, la llevaban lejos, había muchas sillas, miles de sillas para varias iglesias y catedrales, para unas cuantas escuelas de párvulos, para que se sienten las rodillas delgadas de los chavales, las haldas soñadas de las doñas, para que se arrinconen los viejos friolentos mirando la noche aparecer entre los cerros, al extremo de la calle, veía las luces, los carruajes que debían rodar ahí dentro de unos treinta años, dentro de unos trescientos años, sentía el amable ruido de las polleras y de las risas veladas y sensuales, sin decir nada caminó sobre la tierra desmenuzando los terrones, golpeándolos contra las tablas, el padre Carvajal estaba serio, todos estaban serios, esperando que una palabra siniestra cayera de sus labios, un gesto fatal y atormentado de sus hombros, de sus dedos, respiraba profundamente, ellos lo miraban respirar, se sonrió desde adentro mientras el viento le acariciaba el pelo y buscaba por la tierra las palas y las hachas y sentía relinchar los caballos, metidas sus patas en el sol, era una hermosa mañana, sin ruido, llena de resonancia hacia dentro, ésta es nuestra primera mañana aquí, dijo para sí, por fin hemos llegado, dichosos somos con sólo estar sufriendo, América es un país estupendo, tapado y fecundado por nuestros dolores y crueldades y renuncios y traiciones y cambio de empresas y astros y destinos y maldiciones y bendiciones y cartas y poderes reales y virreinales y sahumerios y veía las malditas sotanas del fraile, tres frailes de mierda tengo aquí y veía caminar hacia él las caballerías enterradas bajando del Pirú, las mulas descendiendo los desfiladeros de la sierra, las llamas saliendo de las minas y brotando de los caseríos, inclinando un poquito la cabeza para recoger otro miedo, resoplando con desconfianza hacia él que se

calentaba al sol mirando el horizonte. Respiró otra vez con mucho cansancio, pero completamente decidido, se apoyó en el hombro de Santa Cruz, que sentía blando y deshecho y lo sentía temblar con la terciana, Guevara lo miraba y se apegaba a su lado para que no se le arrancara y él apretaba los labios, caminó unos pasos y vio a los indios agachados en el suelo, en la tierra, una tierra asoleada llena de muebles, de mesas y sillas y sillones y estantes, había libros desparramados en la hierba, cintajos, hierbas y guanteletes y cuerdas y monturas, banderas y banderolas, sentía resonar en la penumbra los troncos de los árboles, imaginando un escandaloso frufrú de hojas, unos trinos rotos y viendo un chorro de sol emerger despedazado desde la sombra y los perros correr libremente en la soledad, sorteando los árboles, los sentía ladrar en todas partes, hacia el río, hacia los cerros, hacia las hondonadas, algunos soldados discutían en alguna parte, parecían muy enojados, juraban por Dios y por la virgen de la Macarena, que tenía rota el obispo detrás de las telarañas de la nave izquierda, ahí donde volteaban el viento y la música y los ruidos de los bailarines y las maldiciones solitarias de los borrachos, sentía el ruido de las espadas y de las armaduras que se ponían o se sacaban, el suelo resonaba con los golpes metálicos, desde el fondo de la penumbra divisaba reflejos acerados de armas y las ruedas de las carretas metidas en el barro, repletas todavía de muebles y ropas y encajes y maceteros y trozos de enrejado, colgaduras de iglesia, restos de balcones y zaguanes y candiles, sentía una extraña tibieza y la piel tirante y fría, le palpitaban las sienes y decía después de todo, después de todo, sin embargo, oh dios, oh padre, padre Carvajal, mira cuánta razón endemoniada tuvimos, estaba cogido del brazo de él, lo cogía apresuradamente como si amenazara con desmayarse de un momento a otro y él debiera sujetarlo y evitar que se desmoronara y rompiera y desparramara por el suelo, se sentía contento como si fuera a ocurrirle algo atroz de puro repentino, mira, padre, cuánta razón y cuántas sillas, cuántas armas, tenemos mucha ropa, nos faltan sólo comidas, vino y frutas, simples cosas superficiales y externas y exteriores de la ciudad, es una agradable tierra, dijo el padre dando un puntapié a un borceguí mirándolo rodar en el polvo, suspiró con verdadero alivio, echando la cabeza hacia las copas altas, mirando los árboles para buscar los que necesitaba, colgaré las campanas en ellos, verás cómo resuenan y se golpean y se multiplican entre los árboles, verás cómo se arrastran entre las ramas las quejas de las beatas y los llantos de las viudas nuevas mira cuánta razón endemoniada tuvimos, y de las embarazadas

pecosas, verás llorando a los penitentes y a los condenados, a los que vamos a ahorcar mañana y degollar pasado mañana, oh Juan, oh señor gobernador, señor nuestro, amigo mío, eres un bárbaro maravilloso al descubrir este bosque copioso, inocente, jamás hollado para incrustar en él tus visiones y meter la iglesia y los santos y beatos y sacristanes y bancos penitenciales entre sus ramas, hachando sus maderas, empujando los dormitorios hasta tocar la savia, el dolor herido, la sangrante herida y dejar la mejilla de la virgen pegada a la rodilla del árbol, las llagas de Cristo colgadas y hundidas en las cicatrices del árbol, todo árbol es una cruz, toda rama es Jesús sangriento y abierto, el árbol es un poco fauno, pecador corrupto y arrepentido, tiene sus raíces sumidas en el barro y la sangre, pero mira, capitán, mira gobernador, señor de nuestros dolores y nuestras esperanzas, mira sus ramas, su pelo, su cabellera, sus malvados y tristes pensamientos hundirse en las nubes y los aguaceros, queremos y merecemos un cielo invernal y tempestuoso, un cielo erizado y furioso como el dios del antiguo testamento, un dios despeinado y de uñas largas, de mirada fría, de pensamiento frío, capaz de odiar y de recordar demasiado, mira sus gritos, sus lamentos, escucha su viento, sus maldiciones, he aquí el árbol, he aquí el cielo, el temporal, el río que se desbordará el próximo sábado, oh Juan, Juan, amigo mío, mi pobre amigo, cuán desgraciados y portentosamente robustos que somos, estamos sacando una ciudad del interior de la tierra, de nuestras propias entrañas, pues la tierra y nosotros, las selvas y ríos y desaguaderos y ventisqueros y rodados y mares alborotados y vientos alborotados e indios salvajes e inocentes y alborotados, mira que todos los ahorcados somos nosotros, parte de la ciudad, la plaza, una calle sin nombre todavía, mira que dejamos un rastro, un reguero de sangre a través de las selvas y los cerros y los ríos y los ventisqueros y no te arrepientas, no tengas miedo ni escuches arrastrarse en la hojarasca a los traidores y vengadores, nadie viene, sólo el viento innumerable que sopla lo mismo un rostro querido que un brazo purulento o la cenicienta barba rala de un ahorcado, mira las moscas, hijo, están frías, mira el sol, hijo, está tibio, mira los muebles, esos maderos y palos deshechos y brazos sudados y heridos y cansados o simplemente horribles y sucios, mira, hijo, tienes razón, hemos llegado, tenemos sillas y si hemos llegado saquemos la ciudad afuera, de entre los muertos y heridos y moribundos y muebles viejos y rotos y caballos viejos y consumidos y enfermos y heridos, los caballos jóvenes y recios se los llevó el don Francisco, hace ocho meses u ocho años, y le sonreía con

acrimonia, con desafiante fuerza mostrándole que a él, a pesar de todo, a él que estaba cansado y viejo, nada le importaba porque podía empezar de nuevo, como Jesús, Juan, él está empezando siempre, mira los santos desparramados entre las hojas, mira aquella cruz de piedra perdida en el barro, mira las caras carcomidas de mis pastores y ángeles y animales sagrados y suavizados, mira la miseria de mi iglesia, la espantosa miseria de mi iglesia, Juan, Juan, amigo mío, decía, y decía más, pero él sólo veía las manos recias del padre Carvajal perderse en la tierra agarradas a la pala, enviándole la tierra hacia el pecho, hacia la cara, hacia su cansancio, no se sentía cansado, sólo un poco nervioso o desconfiado, como el dormido que cree que está despierto, como el dormido que se agacha en la tierra y coge su pala, su azadón, su pica o su hacha y la mete tres veces en la tierra y saca seis paladas llenas, piedras enormes, estas piedras podrían pulir la cara de Santa Filomena o suplir las alar dobles del arcángel Miguel, decía y sentía el olor vivificante de la tierra, un olor maduro, lustral muy agradable, hundir el hacha en el tronco del árbol odiado y verla prendida al borde de la herida, el filo agudo y seco y temido del hacha, un hocico apretado, unos labios apretados, imborrable, implacable, agarrado para siempre al costado del árbol infame, a la criatura presuntuosa del árbol, lo sentía estremecerse arriba, plácido e incontaminado, sumergido todavía en sus sueños, hundido en su cómoda ignorancia, ignorante de todo, ni siquiera mirándolos a ellos que estaban botados a sus pies esperando que se troncharan sus raíces, que cediera su cabellera y su espalda, sus amplios y firmes costados, miró al padre y miró a Guevara, a Santa Cruz y a Pontevedra, todos estaban metidos en la tierra perdidas las calzas y borceguíes en el barro, hundidas en el sol sus enflaquecidas manos, hundidos sus pechos en las heridas enormes de los árboles huyendo hacia el interior del bosque, gritando escandalizados y aterrorizados, gritando hacia España, hacia el Cuzco o Xochimilco o simplemente hacia las cárceles lúgubres de Chile, hacia los conventos sosegados y asoleados del alto Pirú, donde derivan por los corredores, flacos, enjutos, entristecidos, desencajados jóvenes novicios de labios helados y ojos silvestres, ojos de gacela deslumbrados, burros montañeses adelgazando entre los riscos, llamas suavizadas tiñéndose en la puna. Guevara se reía con risa tranquila, lúcida y alborozada, en la que se arremansaba el sol, sentía manar su risa y los soldados sentados en el suelo sacando nubes de polvo o piedras enormes alzando raíces tronchadas y rotas como cintajos rotos o trofeos enterrados o sumidos en el fondo de

las carretas donde canturreaban soñolientos, alertaban sus orejas, arrastraban en silencio las sillas y las mesas y echando al suelo un atado sombrío de borceguíes escuchaban aquella risa feliz y atolondrada y europea o embriagada y se sentían resguardados y seguros, al abrigo de acechanzas y traiciones. Vio desfilar lentamente las carretas frente a él, los soldados colgaban sus piernas en las monturas y miraban con plácida curiosidad hacia los que estaban metidos en la tierra o entre los árboles, agarrando las hachas y haciéndolas relumbrar al sol, empujándolas con ambas manos, los soldados que guiaban los caballos hacia el bosque, tras las carretas y los indios, miraban a los que trabajaban con desmañado orgullo, con sorpresa burlona y tirante, algo provocadora, como si fueran ellos viajeros y forasteros en aquel bosque y entre aquellos gritos y mudanzas y traslados y sólo la fuerza del destino, los ladridos salpicados de los perros, los desesperados relinchos de los caballos y los suaves lamentos de los indios aplastados por los bagajes y los muebles y las ropas y los huascazos y los lamentos cuidados y pusilánimes de los heridos, fueran sólo una secundaria y superficial consecuencia del viaje, una desgraciada y hasta cierto punto divertida, por lo menos inesperada, anécdota o aventura o entremés de aquel abrirse paso a través de bosques y montañas y heridas de soldados y de árboles y miraban picarescamente hacia abajo, pues estaban muy arriba, cada vez más arriba, acariciados y aislados por el sol y las hojas y con mortal fatiga, con una elegante dejadez en los labios y los ojos, con un inclinado aburrimiento que temblaba en las orejas, miraban a aquellos pobres desgraciados mover las manos, los brazos, los muebles hacia el cielo y dejarlos caer y rodar entre las hojas, hasta el suelo donde se abrían en silencio y mostraban el color amarillo de las maderas, la blancura herida y mágica y enceguecedora de las camisas traídas de Cádiz o Málaga y palmoteaban con ensueño el pescuezo del caballo, veían sus cascos dorados y amarillos, zainos y negruzcos, hundirse en el sol hacia el interior de la selva, echaban un relincho apartando las hojas, abriendo un camino y una amenaza y seguían en silencio, mirando sin ver, desapareciendo con quietud, con un pequeño asustado deslumbramiento entre las calles solas. Porque éstas son calles, calles de la ciudad, decía él, mirando las patas de los caballos, los espaldares de los jinetes, los ejes de las ruedas desaparecer en la penumbra desde donde venía un susurrar acuoso de las frondas, éstas son las calles y ellos no lo saben todavía, aquí abriremos la calle principal, dijo el padre Carvajal, respirando a su lado, haremos una ciudad más grande ahora, cada

vez que nos alejemos de un sitio y emplazamiento y llevamos los muebles y las ropas, parece, señor, que nuestra necesidad y desgracia va creciendo y necesita cada vez más espacio y más gritos, más ruidos y más relinchos, más murmullos y conversaciones, más patios y pasadizos para dejar caer los muebles desde lo alto y ordenarlos en la oscuridad, caen desde el cielo, y veía que él no le contestaba y que sólo se hundía más, cada vez más en la tierra, como si con aquel esfuerzo quisiera significar y subrayar su debilidad y también su fortaleza, su capacidad para soportar mucho y demasiado sufrimiento, sólo el de él, no el de los otros, pues él incorporaba seguramente los gritos y los dolores y las delaciones y las quejas y los conciliábulos y reuniones a media noche, también en su alma, en su soledad, sí, sí, padre, entre los árboles, ésta es la nave central, movió el brazo para mostrar su fatigada mano, su fatigada pala y el padre se sentó en el borde de la tierra y lo miró satisfecho, verás los cantos del coro y las quejas del coro de condenados, por qué Juan, si hemos de tener ahorcados, y todo hace pensar que los tendremos, dijo bajando la voz, hasta convertirla en un delgado y temeroso y malvado susurro, tendremos cada vez más, cada año, cada temporada, más muertes violentas, más ahorcados y degollados y envenenados, asesinados simplemente, sin complicaciones, sin odio, simplemente con rabia, con ligera angustia, Juan, mira, Juan, que hasta ahora sólo el cadalso y la horca y la casa del alguacil hemos salpicado de sangre en este terrible viaje, verás que caen muertos asesinados los españoles en las calles y en la plaza, en los pasadizos y en los bordes de las acequias y de los dormitorios, haremos una gran ciudad, señor, terrible y grande, tendremos que ser capaces de soportar un dolor terrible y grande para ella y para nosotros, somos miles y millones los aventureros de espada y sotana que vagamos por el mundo viejo, la España hambrienta e iluminada se los sacudió de su pelaje como un puñado de piojos y aquí estamos, pululando para vivir, matando para vivir, matando para abrirnos camino hacia Dios y el rey, ¿os dais cuenta, amigos míos?, sólo hemos salido para entrar en ella nuevamente, sólo para eso, yo soy como tus soldados, señor, yo voy, como ellos, a trinchar árboles e indios y cabezas atemorizadas de descontentos, yo voy golpeando con la imagen de Cristo los pechos y la cabeza de los indios despavoridos, y de los soldados badulaques y cuando me olvido o me canso o me duermo, Cristo surge violento de mi pecho, se alza furioso y nervioso y erizado y aprieta las manos y abofetea al indeciso o al ignorante y desprevenido. Él está mejor entre mis

soldados, dijo él, hundiendo la pala en la tierra y en el barro, haciendo las trincheras para que no vengan a sorprendernos los hombres del don Francisco o los indios del cacique o está empujando los muebles en el interior de las carretas, haciéndolos descender en las sombras, caen entre el agua y la ropa, caen desde la cordillera con el helado ruido del agua, desde el cielo con el canto despavorido de los pájaros, mira, pega a ellos sus narices ansiosas y huele el bosque y el cielo invernal prendido en las maderas y en los géneros, hemos traído demasiada madera, Juan, dijo el padre, son simpatía y reproche, porque mira este grandioso bosque, podemos sacar de él madera para diez ciudades y para una millonada de casas y de muebles, la próxima vez que nos tornemos locos, Juan, y despertemos sudando y delirando y encendamos la candela y busquemos entre lamentaciones el hacha, bajo la ventana, y empecemos a buscar con ella las puertas y sintamos que Guevara y Santa Cruz y Ardiles y Valdenebro ya están disparando sus arcabuces y despertando a los alguaciles y a los presos y a los caballos y echando a rodar las carretas, dejemos que echen a rodar solas, Juan, sin muebles, sin ropa, sin macetero y adornos y libros, vámonos solos, Juan, echemos a rodar las carretas en la oscuridad que vayan dando tumbos livianos y espectrales, entre las llamaradas del incendio, porque incendiaremos todas las cosas, los muebles, las ropas, las armas, los borceguíes, nos quedaremos desnudos y solos, desamparados como nunca, mira lo robustos que somos cuando somos miserables, Juan, mira que llegamos en la madrugada y bajo la lluvia, recuerda, señor, cómo la lluvia azotaba y hundía el delgado pecho de Jesús, mira cómo las alas de los ángeles crujían y se deshacían bajo el aguacero y la lluvia abyecta mancillaba el velo de Nuestra Señora y azotaba con furia y desvergüenza su cara queriendo sacar de su bello rostro unas facciones pícaras, alcohólicas y bestiales llenas de odio, recuerda, Juan, cómo los relámpagos se prendían a los velos del templo y entre llamaradas huyó la carreta hacia el río y se abrió en el barro y en los crujidos, a la luz de la lluvia que bajaba oblicua para que viéramos todo el frío y toda la fiereza, mirábamos consumirse ese breve sueño, hundiéndose definitivamente los capiteles y frisos y molduras y gualdrapas y los manteles del altar mayor, brillaban nítidos bajo la lluvia, con una albura evangélica y helada, sentía sollozar a alguien, algún soldado se golpeaba el pecho, sentíamos el torpe resonar de sus metales, un muñeco teatral, falso y apresurado y sentíamos odio, pero también alegría mirando con tristeza, con una mirada mortal de duelo y desafío la lluvia descender sobre los queridos

muebles y las queridas cujas y las ropas que nos echaron a las arcas la Amparo y la María de los Ángeles y la Águeda en Murcia y Valencia y Valladolid, oh Dios, oh Juan, qué solos estábamos entonces, si hubiera venido trotando bajo la lluvia el don Francisco, desenvainando la espada, nos habríamos tendido en el suelo azotados por la lluvia y por sus soldados crueles, pero, hijo mío, espantoso hijo mío, padre, hermano, gobernador, señor nuestro, eres un hombre débil y robusto, tú lo dices y tú lo haces, un portentoso soñador un extraordinario capitán duro y malvado, mirabas la lluvia, tenías el llanto en el ojo, la ira en las venas del cuello, la rabia en las manos frías, la lluvia te corría por la cara, olvidándote ya, creyendo que ya eras hombre muerto, desvanecido sobre el caballo, soplaba el viento echando un cierzo helado y eterno sobre los toldos de las carretas y los soldados chapoteaban en el barro, maldecían en la oscuridad y mirando el cielo rojizo metían las manos en el vacío y echaban al suelo las ropas y las maderas, la lluvia vibraba a nuestro alrededor, encerrándonos, sentíamos correr en alguna parte el agua del río, de dos ríos, de tres ríos, se despeñaban espantosamente desconocidos ahí mismo, bramaban los animales, relinchaban los caballos, veíamos sus colas blanquecinas buscando con terror el aire, a los perros correr como locos en medio del agua tornando hacia nosotros sus hocicos mudos y abiertos, hubiéramos llorado, pero no llorábamos, teníamos lenta paciencia para soltar las riendas de los caballos, palmotear sus pescuezos, sus patas que golpeaban con tristeza y desesperación las piedras, había piedras bajo el agua, sacaremos de ella la ciudad, decía para mí y te buscaba en la oscuridad y te veía, incrustado todavía en la penumbra, los soldados se gritaban de una carreta a otra, el agua les chorreaba por los yelmos y los brazaletes, lavaba los petos y los espaldares, alguien tosía sin dolor ni enfermedad, sólo para no estar solo y llamaba a alguien, a don Álvaro, a don Salustio o al capitán Bazán, el capitán Bazán se revolvía en la oscuridad y hacía chasquear sus látigos sobre sus hermosos perros, ahora ajados, llamaba a sus soldados, a sus sirvientes, gritaba con una extraña voz cuidada y aristocrática como si no hubiera lluvia ni viento ni tuviéramos en medio de la noche la ciudad rota y deshecha a nuestros pies, sobre la cual caía, con implacable odio, con mesurada paciencia y cálculo, la lluvia, la misma lluvia que chicoteaba su cara pálida, los soldados gritaban, gritaban mucho para oírse, dentro de las carretas parpadeaban tristemente algunas antorchas, a su luz siniestra veíamos unos rostros enfermos, demasiado arropados, unas sonrisas heladas, unas miradas

extraviadas, alguien llamaba lentamente al capitán Bazán, dándole explicaciones, contándole vicisitudes de un viaje de excursión por las islas Cícladas o por las tierras asoleadas y amables de la Grecia y Macedonia, el capitán estaba lívido y desesperado, pero no desesperado por el barro y la lluvia y las sillas y muebles y mesas y sábanas y fundas y camisas caídas en el barro, no, el capitán vociferaba hacia lo alto, no hacia la lluvia, tampoco a Dios, que estaba echado lejos entre las bellas nubes primaverales del continente europeo o asiático, rodeado de pebeteros y bailarinas, él mismo un poco adiposo, fanfarrón y embriagado, el capitán clamaba contra su malhadada desgracia y tal vez contra el virrey que lo entusiasmó y engolosinó con este maldito viaje y esta sucia conquista y este espantoso descubrimiento, lo mirábamos a la luz de los relámpagos, vestido sólo con la camisa, enrojecido y asorochado de desilusión y duelo, consumido y marfileño, los grandes perros lo rodeaban, bajaban sus hocicos lastimados hasta sus rodillas y veíamos gotear la lluvia en ellas, tenía el cuello de la camisa abierto y se estaba abotonando y desabotonando las mangas, veíamos las colleras de oro con un granito de piedra roja, había barro en la camisa, un barro casi limpio, un poco de barro solamente, era verdad, y él estaba un tanto despeinado, gritando con desesperación hacia sí, estaba enfermo, tenía fiebre, miraba las sillas desperdigadas por el barro sobre las que descendía y se sentaba y echaba sus haldas la lluvia, el viento las remecía con levedad y sobre ellas llovían las sábanas, las ropas de la cama, los bramantes y los damascos, la lluvia las tapaba en el suelo y escarbaba por ellas y entonces vimos moverse a las carretas, una quebró sus ejes, se apagó súbitamente una antorcha, vimos el humo espeso correrse, salir por las junturas de los arcos, pegarse a las lomas, los soldados gritaban, se veían fuegos y antorchas, los caballos pateaban las maderas, algunos corrían enloquecidos trotando sobre los muebles, cayendo sobre sus patas traseras, luchando su hocico con las sábanas y alzándose despavoridos y mudos con un trozo de lienzo en el hocico, se reían asustados o maravillados los indios y veíamos al padre Cedrón tendido en una cuja, roncando plácido mientras la lluvia azotaba su rostro descarnado y cruel y pensábamos que el padre estaba significando con eso no sólo que no nos quería y que deseaba quedarse ahí de todos modos, sino que aquél era el lugar y ésa la lluvia, que no podíamos seguir más adelante porque las carretas se reventaban y los caballos se quebraban y se hundían en el temporal y el barro, porque ése era el lugar en que habíamos de dejar caer la ciudad, despanzurrar los carros y bajar entre bramidos

y quejas y maldiciones todos los muebles y ropas y proyectos y planos y deseos que nos habían hecho que saliéramos huyendo y nos trajéramos las calles y las plazas y el aire y el sol y los quejidos de soledad y remembranza. Yo vi casualmente al padre Cedrón dormido en la cuja, bajo la lluvia, tenía el hábito empapado, dijo él, y teniendo mucha fiebre, un irreprimible deseo de trotar bajo la tempestad, hasta tocar las primeras casas de Chile y entrar a sus aldeas y preguntar por el don Francisco y decirle, señor, aquí estoy para que me lleves amarrado a los Reyes, vacié la ciudad en las carretas, cargamos sus puertas y ventanas y tejados y balaustrada y bajo las lluvias heladas de la cordillera la perdimos, la echamos a rodar entre los truenos, entonces me bajé del caballo para tocar la tierra, esta tierra azotada e implacable y me acerqué a las carretas para ayudar a descargar los primeros trozos de la ciudad, no habría sido capaz de echar voces, quejidos, insultos ni cosas alegres, sólo moví las manos, abrí los dedos, miré la lluvia, abrí el cielo duro y rojizo y estuve varios días tiritando debajo del rápido invierno, buscando un rastro, una sospecha donde encontrar las piedras, las tierras secas que nos permitieran enterrar algunos palos, clavar unas uñas y clavos, amarrar unas lonas y extender las tiendas y las murallas, si hubiéramos pensado en todo aquello, en la lluvia y el barro y el viento, en los quejidos de los heridos, en las ropas sangrientas que surgían desde el interior de las carretas y de los cajones, porque ahí había dormido, muerto de dolor y miedo un fugitivo, un soldado de Chile o un traidor tembloroso de los nuestros, alguien muy herido, húmedo y desamparado, si hubiéramos fijado la mirada atemorizada para mirar la sombra que huía cojeando bajo el temporal, entonces, señor mío, padre mío, no habríamos hecho otra cosa que tajearnos desesperadamente entre nosotros. Escribiremos algún día, mañana o pasado, al virrey y le diremos sin encarnizamiento palabras, todas estas penalidades las contaremos cuando ya las hayamos olvidado y se hayan evaporado de nuestra carne y nuestros huesos, cuando no tengamos heridos ni moribundos, cuando hayamos enterrado y olvidado a nuestros muertos y asentado definitivamente nuestros cansancios, nuestros recuerdos, yo sólo traigo una capillita, un altar miserable, unas imágenes rotas y carcomidas, unas telas y bordados y dorados sin color y sin fuerza, una moldura asoleada e incompleta, un angelote sin alas, dijo suspirando el padre Carvajal, pero con las campanas me basta para llevar la religión y las excomuniones conmigo, las campanas, un tropel de ovejas o carneros infernales que ruedan a mi vera, que se azotan siempre contra mi sotana y hacen bailar mis

cruces y medallas, dijo cogiendo el atado que le bailoteaba en el pecho, las colgaremos entre esos árboles, Juan, congregaremos a los indios y juntaremos a los soldados para insultarlos, para meterles miedo, y si quieres yo sacaré mi voz para maldecirlos y no para echarles sueños y bendiciones y facilidades, sabes que Dios calza borceguíes, tiene el pelo largo, las uñas alargadas y sangrientas, la mano rápida para pelar la espada y mejor la daga, Dios es un aventurero desleal a veces, para desleales y aventureros, es un Dios salvaje en medio de salvajes, no podíamos traernos un dios europeo, un cortesano celeste o rosado, hediondo a incienso, a agua de rosas y alibur y lágrimas dulces y arrepentidas, si Dios llora aquí es de rabia y desprecio, de puro coraje y afán y apuro de romper selvas y perforar montañas para buscar el rastro que dejó él hace miles de años en estas costas, Dios es mucho más puro que Jesús, dijo suavemente él, Jesús es un ser estilizado, pulido por el sufrimiento, su palabra era toda su arma, su cruz todo su programa, ¿por qué era tan débil si el Dios altísimo del que descendía y al que ascendió al tercer día era un bellaco tan enorme y descomunal, con esa extraordinaria fortaleza y desvergüenza para meterse en el barro y entre maldiciones ponerse a desfigurar criaturas?, ¿por qué ese hombre tan inteligente era tan triste?, se preguntó a sí mismo, sin esperar que el padre le oyera y contestara. Sí, me gusta tu ciudad, Juan, dijo el padre, mirando a los soldados colgados de los árboles o echando por el suelo grandes postes y alineándolos en las zanjas, es un buen lugar el que elegiste, será una hermosa urbe, ¿crees que alcanzará a ser algo mío, que tendremos una parroquia, algunos arrepentidos y condenados, o no tendremos siquiera tiempo para levantar el cadalso?, preguntó con burla, pero sus ojos se volaban temerosos y desconfiados. No sé, padre, dijo él pensativo, no sé, padre, tenemos que creer, que creerlo, ganar seguridad, tendremos herejes, moros y descreídos, todos enormes y hermosos, firmes y poderosos, tal vez tengamos tiempo de hacerlo y de conseguirlo, tal vez podamos imaginar algo maravilloso, dijo dubitativo, aunque se veía una llamita temblorosa, de entusiasmo o fiebre o duda en sus ojos, miraba a los soldados metidos en las zanjas, parados en los cuencos de las ventanas, dando vuelta las maderas doradas que brillaban al sol, veía sus rostros sudorosos y consumidos, pero sonrientes, sus dientes ávidos, su pecho respiraba con angustia, con repentino deseo de aventuras galanas y de comidas y fiestas. ¿Nos quedaremos en la ciudad, Juan?, estaba preguntando el padre con insistencia, frunciendo el ceño para advertirle que en realidad debía contestarle, contestarle ahora mismo, aunque no fuera lo que él

esperaba, antes de que no tuvieran ya tiempo, pues algo malo iba a ocurrir de todos modos, a pesar de mis manos, a pesar de tus sonrisas, Juan, mis manos llenas de lágrimas, tus sonrisas llenas de sangre. Es un hermoso bosque silencioso, dijo él por toda respuesta, cruzando el brazo cansado y el padre veía los adornos amarillos del uniforme, las mangas arrugadas y guarnecidas con antiguos desteñidos encajes. ¿Nos quedaremos, nos iremos, Juan? No sé, padre, no sé en definitiva lo que nos convenga, contestó con dificultad, mirando a los soldados que tras los árboles portaban los bagajes, llevaban en andas unas enormes puertas, los altos ventanales que brillaban en el sol y los cantos de los pájaros que atravesaban de lado a lado la floresta, murmuraban los insectos en el contorno como señalando los límites de la seguridad y del sosiego, sentía el buen olor de la tierra, la brisa perfumada y cálida, el cielo alto y estival que emergía en lo alto y se ponía cada vez más tenso y rumoroso, algún soldado iba al paso por entre los muebles, arrastrando una pareja de caballos, sin mirarlos a ellos, canturreando feliz y desenvuelto, veía las hileras de puertas ordenadas a lo largo de los troncos de los árboles, caídos hacia atrás, imaginaban rápidamente, a través de sus raíces despeinada y húmedas, una interminable callejuela, dibujada por los muebles, ventanas, molduras y ropas y borceguíes y herramientas, montones de tierra dura rodaban junto a ellos, cabeceaban y alborotaban las gallinas y los perros curioseaban bajo los árboles ladrando quedo, los caballos dormitaban con sus hocicos encima de las sábanas, rodeados de correas, petos y espaldares, el viento era suave, los soldados canturreaban y arrastraban los muebles hacia los interiores, pues ya se elevaban algunas murallas con sus puertas y ventanas abiertas, con sus tejados que mostraban los muñones entre las ramas de los árboles, había dos o tres casas en pie, eso le daba un extraño desasosiego, una pena profunda, un desconsuelo, una inseguridad, un enorme e impasible terror, tenía deseos de cogerse del brazo del padre Carvajal para explicarle y que él le explicara, las puertas desfondadas, las ventanas sin marcos y los tejados altos y desnudos, mostrando los huesos, en medio de las ramas que se azotaban con dulzura entre ellos, lo estaban mirando, veía los interiores desmantelados, las sillas acumuladas en los rincones, los arcones atracados otra vez, otra vez decía, a las paredes, los soldados estaban en lo alto de los tejados, cogidos con una mano de las ramas, mostrando los dientes, mostrando el martillo que echaba luces, mostrándoselo a él precisamente y después descargándolo sobre los clavos, haciendo remecer las ramas, los muebles y la ropa

que se amontonaba a lo largo de la calle. Cogió el brazo del padre Carvajal y le señaló las puertas desvencijadas y abiertas, las ventanas solitarias absorbiendo el sol, los soldados que martillaban en lo alto las frondas, dejando caer restos de canciones, murmullos, risas, picardías, sí, ésa es la calle, Juan, dijo con dureza el padre, ésa es la calle, padre, dijo con desesperación él y estaba temblando, le palpitaban las sienes y se sentía frágil, en peligro, enfermo, hubiera deseado tenderse en tierra para esperar, qué tengo que esperar ahora, qué maldad, qué vejamen y vergüenza, eres un magnífico desgraciado, Juan, mira las puertas, las ventanas, mira el sol en ellas, te está mirando sin disimulo, tampoco con amor, pero te está aguardando, sonrió con dificultad y soltó ese brazo, en unos cuantos días tendremos toda la ciudad en pie, dijo quedamente, es hermoso lo que puede hacer la desesperación y la soledad cuando estamos vivos, cuando queremos estarlo, Juan, dijo el padre agachándose y cogiendo del suelo un martillo y mirándolo con detención. Mira, Juan, ahí está saliendo de la bruma, de la neblina, de la lluvia y los terrores, se fue trotando el don Francisco, se evaporó el temporal, el viento cayó rodando hacia los ventisqueros y los desaguaderos de Chile, sopló una amable brisa, sentíamos que estábamos solos y escuchamos en el silencio los primeros martillazos, un soldado tiritaba en lo alto en medio del sol enfriado de la mañana, veíamos su camisa empapada por el rocío de la primavera o el otoño, los muebles caían en desorden de las carretas cuyas puertas estaban abiertas en la madrugada y las sacudía el viento para echarlas al suelo, se desperezaron los perros y sacaron un retardado ladrido, comenzaron a ladrar hacia lo alto de las ramas, sentíamos correr el agua, trotar a un caballo, vimos las sillas, había multitud, Juan, qué cansado estabas, señor, ahí estaban las sillas, tenías vergüenza y humillación, pero te cogías de un respaldo. Le empujó la espalda con el martillo, se sonrió sin apuro, mostró a los soldados, alzaban las puertas y las ventanas cogiéndolas de manos de los indios que se aglomeraban junto a las casas murmurando en voz alta como en una procesión o en un baile de matrimonio o muerte, había muchos indios, unos doscientos, veían sus pies enormes, sus mantas viejas caer hacia sus caras y cabelleras, se agachaban riendo, escarbando en el suelo unos maderos embarrados y con pomposos gestos los presentaban a los soldados que los miraban duros e importantes, los martillazos hacían temblar el bosque, se perdían en las ramas y caían desmenuzados hacia ellos perdiéndose en dirección al río donde se sentían crujir las ruedas de las carretas, andaban buscando comidas,

frutas, animales, rastros de alimento o terror que traernos, una esperanza o una definitiva duda, dijo para sí y pensó que seguramente si Ardiles no se había equivocado, dentro de unas pocas semanas o meses, dentro de unas pocas noches podrían estar aquí los soldados de Chile y el santo oficio y el correo de la real audiencia para tomarme preso, dijo, padre, cuando he sacado de quicio la ciudad, arrancando sus murallas y cimientos y edificios, arrancando trozos de sangrientos y cristianos y compatriotas con ellos, no lo he hecho por desesperado y loco y cruel e implacable y rencoroso sino empujado por el destino y la fatalidad, lo he hecho porque no podía proceder de otro modo si quería salvar la ciudad y los ciudadanos. Así lo creo, Juan, y por eso te hemos ayudado los amigos, cuando vino robando y matando el don Francisco, cuando me obligó a dejar el mando y la gobernación que me entregó el virrey, sufrí más que cualquiera por tener que sacar de sus raíces la ciudad, es como un árbol, cruje, amenaza y se queja y sangra cuando entierras las dagas y los cuchillos y picas y palas para descuajarla, noches me pasé a caballo y a pie sollozando solo junto a las murallas, mirando sus calles blanqueadas por la luna, sólo yo las veía condenadas, estaban ya podridas, ya gangrenadas, ya cayéndose a pedazos y yo había de ser el médico y el cirujano que le diera el tajo fatal, mojé con mis lágrimas sus puertas y portales y arcos, pasé muchas madrugadas pegado a sus piedras, cogiendo valor de su desamparo y calor de su frialdad para tener valor de coger el serrucho y el cuchillo carnicero cualquiera tarde, cuando el don Francisco llegó trotando en la noche y sus soldados saltaban por las ventanas, entonces, cuando sentíamos gritos de agonía y terror alzarse en las casas dormidas y correr por la calle para buscarnos y dejarnos solos y desamparados, entonces, padre, comprendí y tuve valor para ser cruel y bellaco y fui el primero que se atrevió a tajear las maderas, a desclavar con frío furor las ventanas y puertas, a pulverizarlas a gritos y maldiciones y golpes y protestas. Respiró profundamente y sintió respirar al padre y sólo ahora comprendía que harían una hermosa calle en arco que ascendería hacia las sierras y bajaría hacia el río, el padre sonrió mirando a los caballos trotar con confianza, llenos de fortaleza y salud, con desmadejada premura, sin cuidarse de los indios y los soldados, como si fueran soldados del don Francisco, como si el don Francisco hubiera arribado anoche al campo y tuviera anclada su caballería bajo los árboles, ahí donde se alzaban los humos del almuerzo y las risas de los soldados que alborotaban y estiraban las piernas, las manos para peinarse los cabellos y tocarse con gozo los

rostros cansados y envejecidos. Se ven viejos y son tan jóvenes, dijo el padre. ¿Qué?, dijo él con voz siniestra. Son viejos y parecen viejos, ancianos pordioseros y aventureros que vienen recién saliendo de galeras, son buena gente, aunque parece mala y peligrosa, Juan. Son trabajadores, muy trabajadores, dijo con tristeza él mirando más puertas alzadas, más ventanas clavadas, más brazos y cabezas y rostros degollados, asomarse en lo alto entre las ramas de los árboles, blandiendo amenazadoramente cuchillos, martillos, cepillos y serruchos, echándolos hacia la luz para que él los viera y viera la sangre y se sintiera cada vez más desconsolado y abandonado. Son muy hábiles y ávidos, lo hacen como con miedo, dijo para sí y había cierta amenaza y cierto propósito velado en lo que pensaba, sentía su propia voz, cautelosa y fría y se extrañaba que el padre no se diera cuenta de ello. Son los mejores soldados que has contratado, Juan, sí, dijo él, los mejores, sin embargo hemos dejado varias tumbas en los anteriores asientos y dejaremos otras aquí seguramente, ellas son nuestro derrotero, y nuestros hitos y señales, huesos españoles marcando la ruta de Dios y del rey, los dos viejos y antiguos aventureros y cómplices y compadres, ellos están entre nosotros y se quejan y dudan con nosotros, cualquiera noche están deseando sublevarse y buscarnos a traición los pescuezos. Estaban hablando en una altura donde el bosque ascendía, tal vez caminaban por lo que sería, dentro de cincuenta o cien años, una ancha vereda y portal y avenida o galería con tiendas y museos e iglesias y sitios de reposo elegante y diversión inicua, sólo había tierra y despojos, muebles usados y tronchados, ropa cansada de gente cansada, suspiró y bajó tranqueando fuerte para escuchar sus pasos, lo cogió otra vez del brazo para tener valor de decirle lo que deseaba supiera, ¿sabes que el capitán Ardiles llegó contándome que vendría gente de Chile a tomarme preso y enviarme a galeras a Lima o a Cartagena? No, Juan, dijo casi alegre el padre, como si se maravillara de ello, de que vinieran tan pronto ya a tomarlo preso, más pronto de lo que él deseaba y de lo que él mismo hubiera hecho si hubiera sido soldado simplemente y no fraile pacífico, tornó la cara para sonreírle feo vio a los soldados, a los tenientes y capitanes, deben venir azotando las rocas con sus cascos para acercársenos, ahora no se sentía temeroso sino deseoso de actuar, cualquiera noche llegarán por aquí, padre y tendremos que festejarlos, dijo. ¿Qué festejos imaginarás para ellos, preguntó con burla y lo miró para que le explicara, para que le dijera su maldad, mire la ciudad, está creciendo rápidamente a nuestros ojos, ya la veremos distinta dentro de dos o tres semanas, antes de que

lleguen ellos, porque van a venir, padre, van a venir como siempre, arrastrándose en esta buena tierra que guarda escondida todavía muchas calles y plazas y paseos y jardines y cascadas y haldas de doña, van a venir antes de que despertemos, antes de que nos demos cuenta y podamos defendernos y defender la ciudad, qué haremos, señor, si no es llevarla lejos, si ésta es la única manera y ciencia de preservarla, nosotros, nuestra vida y nuestra esperanza y nuestra gloriosa muerte vergonzosa y decirle al virrey, padre, padre mío, mira lo que hemos hecho, mira lo que nos han hecho, lo que queríamos hacer, lo que nos quisieron hacer. Suspiró y rió con una risa desenfadada y extravagante, caminaban entre los soldados, tocando sus uniformes, sus calzas, sus brazos armados con martillos y serruchos, los mirábamos sumidos en la tierra luminosa, mover los muebles y las puertas y las ventanas todas llenas de sol, un sol nuevo y limpio que hacía sonoro y luminoso el mundo y que dejaba ver con maldad o indiferencia sus costras y sus enfermedades y sus miserias, se reían, bebían agua fresca en el cuenco de las manos y volaba en el aire el impregnado aroma del vino y naranjas, estaban alegres, cantaban embriagados mirando las ramas en las que relucían las herramientas, pondremos banderas y gallardetes y guirnaldas, echaremos nuestra arrogancia al aire, decía él, tranqueando fuerte, queriendo abarcar con unos cuantos pasos todo aquel mundo despedazado de la ciudad que había cargado encima de las carretas, bajo los toldos, bajo la lluvia, lo haremos de todas maneras, padre, la ciudad quedará en pie en la linde del bosque, aunque nosotros no lo queramos, ella tiene su propia fuerza, la que le dimos en dos años de penurias, sudores y dudas y sufrimientos y esperas, tiene la fuerza que ya no tenemos, crecerá sola como el bosque y los temporales, con inmensa desatada fuerza, ya se soltó de nuestras manos y nuestras voluntades, aunque no queramos crecerá cada vez más hacia arriba y cada vez más lejos como los ríos desbordados, no la detendremos, no la detendrá nadie, ni el don Francisco, ni el Alderete ni el Aguirre, aquel hombre sangriento y cruel, aquel hombre sí que es terrible, dijo, y quedó pensativo pero no triste. Hijo, hijo mío, dijo el padre, tienes que saber que todo lo que me contaste ya lo sabía yo, ¿sabes que es ese gigante sanguinario y frío, el don Francisco de Aguirre, el que viene, precisamente, a tomarte preso? Él caminó alegremente, saltando sobre los muebles, pues no querría creerle y seguramente no le había oído, sólo miraba a los soldados, alegres como él, reír felices, recién lavados, mover rápidas las manos para agarrar las puertas y las ventanas y clavarlas a las paredes, había muchas, cientos, miles

quizá, ¿cuántas carretas trajimos bajo la lluvia?, deseaba acordarse, pero no se acordaba, estaba extrañamente feliz viendo a una carreta desvencijada deslizarse suavemente hacia el precipicio, repleta de muebles y ropa e indios que clamaban despavoridos y echaban los brazos y los ojos para sujetar algo e imaginar algo, el cielo, la oscuridad, el viento, los temporales, los relámpagos, tuvo una risa y un recuerdo, pero no encajaban ahora en su pensamiento, pues estaba liviano, deseoso de caminar sin apuro o de correr si deseaba de pronto hacerlo, mientras las carreta se hundían blandamente en la lluvia y los soldados sujetaban las riendas de los caballos para que no desfallecieran ni se aterrorizaran inútilmente y miraban ellos mismos asustados y precavidos y sentían el ladrido presagioso de los perros golpearse contra las ruedas, contra los borceguíes, contra las sillas y mesas que rodaban por el suelo, él había visto a la carreta que se deslizaba recta y decidida, con asombrosa facilidad y fatalismo hacia las quebradas que marginaba una lluvia espectral y luminosa, al caer en él, al desaparecer en él no sonó demasiado, sólo se troncharon unos gritos, saltó en el aire un macetero de crisantemos o rosas o pensamientos, vieron venir por el aire unos brazos yertos, los caballos relincharon hacia abajo como si desearan abrirse camino en la oscuridad y sólo pidieran eso y nada más, un poco de silencio, un poco de sosiego, menos gritos y menos miedo, unos sufridos caballos, cuatro caballos, algunos indios, unos frágiles impresionantes muebles, fue una lástima, un trozo de la ciudad entregado al vacío, dejado suelto para que lo devoraran las sombras, el desaliento, la mala suerte, el atroz destino con el que a menudo debían transar entregándole las heridas de un soldado fiel, un trozo de uniforme limpio, un fulgurante sueño, algunas armas y bueyes, cabras, ovejas, los perros que se perdían aullando en el vacío extrañados de que ahí no hubiera un poco de tierra firme sobre la que seguir corriendo y que caían todavía en sus sueños cuando aguzaban los oídos para escuchar afuera, a través del soplo del viento, si sonaban caballos, caballos de Chile, espías, lenguaraces, los soldados que nos quieren vender, los que se quieren ir caminando con nuestras calles y nuestras casas, atadas nuestras esperanzas y nuestros oficios a la cincha de los caballos del don Francisco, si vienen seguiremos edificando la ciudad de todos modos, hundiremos hasta muy abajo los cimientos, hasta tocar las raíces dolorosas y sangrantes de los árboles, las piedras, la tierra despedazada y rota, los echaremos muy adentro, como hundiéndolos con odio y es que con odio, para no olvidarnos, edificaremos las murallas y remacharemos los goznes y las bisagras,

sonrió secamente, sí, señor, dijo el padre, sonriendo con una risa amplia y feliz, un poco conmiserativa, como si le tuviera piedad y menosprecio, como si lo mirara un poco enfermo y mentecato y nada le creyera ya y nada le concediera, si vienen, y han de venir, dice Ardiles, pelearemos para defender la ciudad, suspiró pesaroso, si no tenemos éxito cargaremos sus calles y plazas y paseos, un trozo amable de su cielo, el ruido del agua de sus ríos sobre nuestras monturas y nos iremos con ella. Mira, Juan, mira Juan, tenemos que pensar en el rey y en Dios, en el padre La Gasca y en nuestro propio orgullo y amor propio, antes de hacer barbaridades que destruyan nuestros sueños, agregó, sin saber a ciencia cierta de qué barbaridades y miedos estaba hablando él, si empujando a Juan para deshacer lo hecho o apresurar a los barreteros y albañiles y carpinteros o si lo estaba previniendo más que contra traidores y asesinos ladrones contra su propio miedo y sus vacilaciones, el virrey debe estar contento de nosotros, le envié cartas con Bazán, explicó él, echando hacia la lejanía sus pensamientos y sintiéndose pesaroso. ¿No ha vuelto el capitán? Hace meses que partió al trote con sus criados y caballos adornados como para una fiesta y nada hemos sabido de él, padre, dijo deseando preguntarle algo y metiendo al mismo tiempo la pala en la tierra y bajando sus brazos con fuerza, como si debiera elevar hasta su rostro, hasta sus labios apretados el silencio y la oscuridad de la tierra. ¿Qué, Juan?, preguntó, misterioso el padre y vio relampaguear el hacha y apegarse sus golpes en el tronco del árbol, sentía remecerse las ramas sobre ellos, sentía el ir y venir en el aire asoleado, veía el rostro cuidado y fino del padre Carvajal, dibujado por arrugas tenues en la frente y bajo los ojos y por venas que saltaban apacibles o que parecían estar esperando, escuchando, respirando con fuerza junto a las sienes donde el pelo estaba encanecido, el aire era atravesado por los hachazos, pues ahí estaban también Guevara y Santa Cruz y Valdenebro azotando el árbol desde todos lados, sentía los golpes de las hachas hundirse con fiereza, sentía los quejidos apartar la madera, bambolearse con levedad las ramas, enviar un poco de aire hacia ellos, algunas hojas desperdigadas y fragantes, todavía vivas, él se hundía bajo su pala, golpeaba sus borceguíes con el filo, creía ver brillar restos de armas o armaduras, filos de espada o dagas en la tierra húmeda y se sentía cansado, estaba hundido hasta medio cuerpo y sentía estremecerse bajo sus pies las raíces y las entrañas del árbol, Juan, Juan, le decía el padre desde lejos, le sonreía con frialdad, veía él sus dientes siniestros y fríos, burlones, amenazadores, es Bazán que regresa, ésa es nuestra

desgracia y nuestro signo, levantaba la pala pesada de tierra y la lanzaba hacia el viento y la luz matinal, el rostro sonriente y perplejo del padre Carvajal, la tierra se desmenuzaba en el aire, veía velarse el sol, velarse con ella, sentía sonar los cascos de los caballos que se alejaban sacando tierra de debajo de los árboles, entre los arbustos, Guevara estaba transpirando y se reía con asquerosidad, con desvergüenza, sacaba la lengua paseándola por el borde de los labios para coger maldad y fuerza y respirar una buchada de aire frío, Santa Cruz parecía seco y consumido, enfermo, completamente enfermo, movía la pica y la descargaba en la profunda herida del árbol, se apegaba a ella como si deseara meterse ahí, irse cambiando, afirmando entre las fibras y las venas vegetales su pobre esqueleto, respirando un aire nuevo y disoluto, sin impregnaciones de sangre o humo o pólvora, veía las manos de Santa Cruz agarrotadas en el pomo del hacha, tratando de desclavarla, echando un sudor helado, sin lograr hacerlo, miraba sus piernas delgadas doblarse con el esfuerzo, desfallecer, Guevara movía una mano en la penumbra luminosa, daba un firme y silencioso y tranquilo tirón y desclavaba el hacha que salía empapada en savia y en sol, veía a Santa Cruz sentarse en una piedra, meter sus borceguíes en la tierra, transpirar sosegado, se reían los soldados, veía la sotana del padre Carvajal ondear quedo en la luz del sol y a él hablar rápido y corto, reír, reír simplemente, ordenando su risa y sus explicaciones, abriendo los labios para llamar a algún soldado, para mostrarle el cielo, las nubes lejanas y blancas, las ramas tronchadas colgadas todavía, cogía él la pala y lanzaba la tierra a los pies de Santa Cruz, Santa Cruz tornaba la cara y le sonreía con tristeza, con disimulado dolor, él se sentía cansado, miraba hacia arriba, esperando algún milagro espantoso, una amenaza atroz no esperada, imposible de prever y de evitar, sonaba libremente el viento, veía las piernas de Santa Cruz perderse en la tierra, agarradas siempre sus manos al mango del hacha, el árbol se bamboleaba graciosamente, se quejaba todavía por adentro, veían sus ramas expandirse en el sol, abrirse dolorosas y grotescas mientras las hachas remecían el tronco y remecían la tierra para rajarla y abrirla, los indios venían subiendo desde abajo, venían saliendo de la hojarasca, entre el ruido del agua y el claro sonar de los martillos y las risas, subían hacia el árbol, hacia Santa Cruz, Santa Cruz lo miraba desencajado pidiéndole un poco de compasión a su memoria, un poco de recuerdo de cuando él estaba sano y entero, lleno de juventud y bríos, deseoso de matar indios y españoles, de incendiar las aldeas sumidas en las hondonadas

suaves y rodear y abarcar la plaza y los jardines con cuerdas de ahorcados, sentía la risa de los soldados alrededor de Antón de Luna y Alonso del Arco, al doctor Valdenebro acercarse a los prisioneros con una ancha sonrisa en su ancha cara, en sus ojos tristes y transitorios, alzar la barba rubia y cenicienta de Antón de Luna para preguntarle algo con suavidad, algún nuevo síntoma, un dolor, un estremecimiento olvidado, escuchaba el ruido de los tambores, los susurros límpidos del campo dormido, deseaba escuchar otros gritos que no fueran de odio ni de perdón o queja, gritos no de heridos ni de moribundos, simples gritos sanos de soldados que saltan en los caballos y los lanzan al galope contra los árboles, contra las matas de algarrobo y el viento, sentía las risas de los soldados, la conversación nerviosa del alguacil y del escribano que le preguntaban cosas a él, señor, señor, ¿daremos términos, plazos, un poco de inútil espera a los prisioneros?, casi lo cogían de la manga para que les contestara luego luego, ¿qué plazos?, dijo él, señor, sabes que los condenados deben tener un poco de holgura en el tiempo para dar sus razones, ¿los ahorcaremos en seguida contra la ley de Dios y del rey?, le preguntaban no tanto con miedo como con sospecha o duda de que aquello no estuviera del todo bien, Valdenebro estaba agarrado a la barba de Antón de Luna, la cogía en un curioso gesto de piedad y de asco y él sentía la voz melancólica del doctor preguntar indecisa, ¿no quieres hablar, viejo cabrón?, sentía las bofetadas azotar el rostro del prisionero, veía la sangre correr por las mejillas, es Antón el viejo, decía para sí, y miraba un poco apesadumbrado, pero seguro de que ya no había tiempo para nada, ni para detener al doctor Valdenebro ni a los verdugos ni a la cuerda de las horcas ni a la fiebre que atenazaba las sienes del Alonso del Arco, sentía la risa cruel, desesperanzada del doctor Valdenebro y veía los ojos de las carretas girar silenciosos en la semioscuridad, ente las patas de los caballos que se perdían en la tierra, sentía las luces de las antorchas acariciar las carnes de los dos prisioneros, caras un poco insolentes, recorridas todavía por jirones de vida, por miserables y sucios rastros de esperanzas y perdón, aquí no hay tiempo para plazos, apelaciones y alegatos, dijo él, ahí están las cuerdas, escribano, ahí están las cuerdas de los ahorcados, ellos son los ahorcados, alguacil, su voz estaba lúgubre y amenazador, él lo sabía, él la escuchaba, la estaba escuchando desde hacía un buen rato, llevamos una carreta llena de cuerdas, la escalera golpeó contra los maderos, vio ir y venir las cuerdas, acercarse a él al doctor Valdenebro, venía marginado por dos antorchas que llevaban dos soldados surgidos recién de la

oscuridad, venían sonriendo con disimulo o vergüenza y se apegó a él, mostrándole los prisioneros este puto viejo no quiere decir verdad, señor, la verdad la decimos nosotros ahora, la dicen el rey y Dios, la dicen las cuerdas y la escala, Dios los ahorca, doctor, pero no estaba seguro de que aquello estuviera del todo correcto y tornándose hacia el escribano y el alguacil les explicó a los dos, a cada uno con una mano, aunque estaba ya cogido a la escalera y el otro, sentado en una piedra, tenía unos papeles en la mano enguantada, estos señores ahorcados tienen siempre tiempo de rezar unos padrenuestros y unas salves, esto es correcto y legal, dijo y se sentía triste, ése es un tiempo precioso para ellos, es una ocasión preciosa para mencionar ahora a Dios y a los apóstoles y a los santos mártires y todos ellos bajan corriendo por la escalera para recogerlos, sonaron las carretas, pasaron por la frente de los dos prisioneros, las luces de las antorchas se reflejaban en sus rostros y barbas y pechos y cuerdas que les ataban los brazos a los uniformes, relincharon los caballos que salían al galope y él, sintiendo que su propio caballo era empujado por otros, sintiendo el respirar liberado de los hocicos, el azotar de la tierra con las pezuñas, sintiendo que Guevara hablaba con holgada solemnidad, enumerando los caballos y el ganado y los soldados sanos y leales y los heridos y traidores, tenemos algunos badulaques escondidos en los muebles y las ropas, hemos visto gotear la sangre de las sábanas, explicaba fríamente en voz alta y él miraba la ropa tendida en tierra, veía las almohadas reventadas, los colchones pulcros manchados por el barro y el guano, las sábanas de hilo de holanda y las camisas de seda y en toda esa ropa resonaban los gritos, quejidos, son los heridos escondidos entre los muebles, bajo las sábanas, Guevara tiene razón y torcía la cabeza para buscar al padre Trueno y el padre Cedrón, pero ellos no estaban, sólo estaba ahí el padre Carvajal, blandiendo el arcabuz y mostrándoselo aún humeante y le gritaba hirviendo, no me voy, me quedo, señor, no tanto para socorrer a los heridos y enterrar a los muertos, sino para subrayar esta villanía y barbaridad, padre mío, padre, decía él, bajando la voz con dulzura, ¿no crees que es demasiado lo que dice? ¿No crees que es demasiado lo que haces?, preguntó el padre y le plantó el arcabuz por la cara; amigo mío, eres un asesino y yo me quedo para enterrar a los asesinados; el rey no asesina nunca, ni cuando se equivoca, dijo él con arrogancia, mostrando sus manos abiertas y comprendiendo que estaban nerviosas y sin ninguna fuerza e inseguras; éstas son manos del rey, padre, y el padre volteaba furioso el arcabuz y lo echaba por tierra, donde se azotó

contra una fogata que lamía los restos de unos muebles y estas manos son manos de Dios, Juan, ellas enterrarán a tus víctimas, Dios también las ha muerto, contestó él con dulzura y caminó entonces hacia su caballo y cuando se abría paso entre las antorchas y los ruidos y los relinchos y las risas y los gritos de alerta, entusiasmo, advertencia, urgencia o miedo, mientras veía a las carretas sumirse en el barro, hediendo la penumbra de la madrugada y sonar disparos altos y distantes y el humo venir por el aire hacia él y él lo escuchaba con ansias de encontrar en él huella de alguna seguridad, no sólo olores rancios y miserables, limitados y terribles y sonaban disparos, muchos disparos, se fue anoche don Francisco, decía para sí, hemos hecho justicia aunque sea injusta, aunque sea implacable, mira, señor, le dijo Guevara, pegando su caballo al de él, mostrándole las cuerdas que colgaban allá abajo, tornó él la cabeza para mirarlas y las vio tensas, veía las escaleras apoyadas en los maderos y veía también a los dos hombres, atados todavía, cruzados de brazos, Alonso del Arco, tronchada la cabeza suavemente sobre su propio hombro, parecía dormir y estaba seguramente durmiendo desmayado cuando quitaron la escala y colgaron sus borceguíes en el vacío, tenía el pelo revuelto y negro, reluciente, lleno de tranquila y mesurada fuerza, aunque el rostro era delgado, más delgado ahora, borrándose y contra él se golpeaba despaciosamente Antón de Luna, parecía ahora más viejo y fiero, no tenía la cabeza tronchada sino erguida, alzada como si fuera a beber la muerte desde lo alto, los ojos abiertos en un tardío gesto de protesta o molesta penuria, no porque le dolieran las heridas previas o recordara el tormento, sino sólo proveniente de una leve dificultad para respirar o mantener los ojos abiertos o tenerse tieso, digno y orgulloso y mirar en la penumbra de la madrugada y no equivocarse al constatar que ya se iban ellos, los hijos de puta que nos ajusticiaron, parecía que estaba parado en los últimos peldaños para alcanzar a ver hasta el último las carretas y los caballos y él comprendió que estaban demasiado altos, más altos que hacía algunos minutos, parecían colgar no de los maderos sino de los árboles clavados en las rocas, desde las nubes negras sembradas de pequeñas estrellitas aquella madrugada, por el campo andaban soldados todavía, soldados de a pie, desocupados, desorientados, caballos sueltos, algunos perros esqueléticos, la sotana del padre Carvajal se agachaba en la tierra, su rostro rojo brillaba en la penumbra, se sentó en el suelo, cruzó las manos para desgranar unos rezos y levantó el rostro hacia las horcas, él apretó los borceguíes en la cincha del caballo y trotó hacia las carretas más

distantes que se bamboleaban en la penumbra envuelta por el humo y por las luces y se sentía extraordinariamente tranquilo y aliviado, hemos hecho justicia, esto es justicia, decía para sí estupefacto, hacía muchos meses de aquello y mirando ahora a los soldados levantar las hachas y hundirlas en el árbol y caer pulverizado ese fresco olor a viento libre y primaveral, comprendía que aunque vinieran a tomarlo preso los soldados de Chile, aunque llegara el don Francisco de Aguirre, la ciudad seguiría creciendo, pues está en nosotros, en nuestras mentes y voluntades, el padre Carvajal explica bien, piensa mucho mejor que yo, más alto y más lejos, tiene una espaciosa tranquilidad para apartar las palabras y los hechos y dejar sólo el pensamiento, miraba el árbol temblar en la luz estremecido de dolor, de remembranza o de coraje y verdadero miedo, la haremos, la haremos aunque la despedacemos en seguida, pues siempre estará con nosotros, siempre entera e intacta, no sólo en mis deseos de sacarla de la tierra y meterla en el bosque, no tanto entre los troncos, sino entre las ramas, pegada a las hojas y las flores, entremezclada con los bramidos de las fieras y los cantos de los pájaros, es una ciudad llena de sangre, por eso está viva, la sentía crecer bajo sus borceguíes y en sus manos y en sus piernas y en su pecho, crece dentro de nosotros, corre por nuestra sangre, se alzan sus murallas a través de nuestras calzas, alzándose con ellas, revienta en mis manos y en mi pecho como una maravillosa y horrible podredumbre, sentía la tierra pegada a sus manos, el olor de la tierra pegado a su rostro, a su pelo, a sus ojos y orejas, el ruido de la tierra mojada y de la neblina y de las ramas tronchadas y del viento lleno de pájaros meterse en sus narices y despertar su debilidad dormida, levantando la cabeza no sólo con el deseo de edificar una enorme y luminosa ciudad sino de imaginar cualquier cosa para lograrlo, matar gente, ser injusto con los cristianos, cruel con los indios, meterse en ellos como las hachas en los troncos de los árboles, rajando pueblos inocentes, sacando nuevos gritos de dolor y sorpresa de unas feas bocas ignorantes e inermes, enseñándoles rápidamente a conocer otro dolor, un dolor desconocido y nuevo, europeo, español y morisco y árabe y andaluz y flamenco, hemos llenado de sangre y sol media Europa, hemos llenado de sangre las ciudades asoleadas de los aztecas y peruleros, somos soberbios y malvados, llenos de salud y enfermedad, somos una terrible contaminada peste y vamos con un dios apestado a cuestas, arrastrándolo como una piara de mastines, desenvainándolo con nuestras espadas y desenredándolo con nuestras horcas, oh señor, y sin embargo no somos malos, sólo

crueles y estaríamos todavía llenos de vida y bríos, si no lo fuéramos, oh Dios, padre de Jesucristo, el hombre dulce y triste, el hombre enteramente bueno, ¿no eras, sin embargo, un dios malvado y cruel en el antiguo testamento, tus manos no estaban llenas de sangre? Nosotros somos también tus criaturas y estamos labrando un mundo desde el barro, estamos hundidos en él haciendo una ciudad para tus hijos de los próximos siglos y se sentía completamente tranquilo y deseoso de seguir trabajando en ello, dibujando más calles y plazas y jardines, traeremos flores de Andalucía y Holanda, rosas y dalias y crisantemos y violetas, estaba alegre y alegremente dejó en el suelo la pala y cogiendo un hacha del suelo apartó con premura y arrogancia a Guevara y movió los brazos y dejó clavada el hacha, partiendo en dos la tierra y se sintió lleno de sudor y esperando el grito, el rumor de las risas y las conversaciones llenaba el aire y venía en oleadas hasta sus oídos, vio inclinarse el árbol hacia su cara, veía sus enormes ramas verdes y oscuras, salpicadas de flores color crema, chorreando su arboladura y su blancura, el aire se rompía y en él sonaban pájaros chillando llenos de miedo, vio el cielo, un cielo delgado y desteñido, lleno de neblina y sol, unas nubes despedazadas y desagradables, el árbol venía hacia él, inclinaba su ronco lleno de cicatrices, verde como el de un paquidermo, sentía las heridas manar perfumes húmedos, una goma resinosa y cálida y Guevara se sacudía las manos frotando los dedos contra su nariz en una mueca de disgusto y extrañeza y de tiempo perdido, se alzaban hojas, una tolvanera de flores y cantos de pájaros y cacareos de gallina y ladrar de perros, veía la tierra libre y sola, llena de muebles, de maderas, de ropa, los indios vagaban en el sol llevando los muebles hacia el interior de las casas, abrió la boca para respirar no sólo el viento sino el perfume roto lleno de vida que emanaba del tronco herido y lo vio desmoronarse a sus pies, los indios saltaron sobre las ramas y cabalgaban en ellas, Guevara, Ardiles, Santa Cruz y el padre Carvajal se sonreían con comodidad y miraban desde esa altura, lo miraban a él, directamente a él, sonrió con fatiga y se fue caminando, sabiendo que Ardiles los seguía mirando, advirtiéndole, mira señor lo que dicen los soldados que han mandado una expedición para tomarte preso, toma señor tus precauciones, estamos tomándolas, Miguel, había dicho, estamos tomando profundas, terribles precauciones, hemos trasladado dos veces la ciudad, dejamos el Barco primero y el segundo, estamos sacando de la tierra la tercera ciudad, si vienen ellos tendremos que morir muchos antes de que la destruyan, señor es a ti a quien quieren

destruir los de Chile, la ciudad no seguramente, la querrán guardar cuando te la roben, tal vez traigan muchos soldados y caballos e indios, señor no debes dormir tranquilo, capitán, explicó él y sabía que había una extraordinaria fuerza y arrogancia en su afirmación, capitán, Miguel, amigo mío, desde que partí de Arequipa hace dos años no duermo tranquilo ni intranquilo, mientras trazábamos calles y parábamos murallas y elevábamos puertas y ventanas, yo dejaba mis sueños en ellas mezclados con el barro de sus paredes y remachados en sus goznes, tuercas y caracolas, no duermo una hora así venga o no venga el don Francisco o el señor Aguirre, si vienen pelearemos, si me toman prisionero mis amigos y mis soldados defenderán la ciudad o la llevarán lejos, ella está esperando siempre que la llevemos. Lo haremos señor seguramente, dijo Ardiles, si ya lo has hecho dos veces, pues hacerlo tres y trescientas, sabes que hemos venido en expedición para fabricarle ciudades a la corona como hacemos una joya para la mujer querida con el oro que ganamos pactando negocios en Mallorca o las Indias, con mis sueños he hecho esta ciudad para el rey, más que maderas y peñascos hay en ella sangre de españoles y sueños míos, no quiero perderla ni destruirla, por eso cuando vienen traidores llorando que desean irse porque tienen miedo y nos moriremos de hambre y soledad o vendrá el cacique de los indios a atacarnos y destruirnos, cuando llega el don Francisco abrazándome con una mano y con la otra haciendo señas a sus soldados para que me aten de pies y brazos, entonces defiendo la madera y la piedra, mato a los soldados y a los indios, soy injusto y cruel, ahorco a la gente sin forma de juicio o en un juicio informe y apresurado, no por crueles y malvados sino porque no soy escribano ni justicia ni alguacil y no quiero serlo siquiera sino sólo soldado, soy como los antropófagos que matan para vivir, la ciudad es un ser vivo, ella devora españoles, bebe su sangre y sus sudores, mira sus maderas manchadas, empapadas en sangre y en sudores la hemos clavado ya dos veces, las hemos hundido en la oscuridad o a la luz del día, bajo la luna o en la neblina o la lluvia, hemos matado gente, la hemos hecho pedazos, hemos sido injustos y salaces, hemos botado el miedo en los umbrales de las casas de los pobrecitos débiles, hemos desclavado sus puertas, robado sus ventanas y destapado sus techos, hemos metido el terror en las costillas de un centenar de españoles, pero porque nosotros mismos estábamos aterrorizados, capitán, no de los brujos o los dioses de los indios sino de un miedo concreto y europeo, hemos traído la traición con nosotros, no sólo el trigo y algunas plantas exóticas y algunos animalitos sino también la

falsedad, la debilidad de carácter y de alma, el corazón atraidorado no lo tiene el indio, nosotros lo trajimos de España y Flandes, lo metimos en México y en Pirú, enseñamos al indio no sólo la forma del caballo y su utilidad sino también la forma de un nuevo terror y también de su utilidad, el indio sabe ahora que se puede traicionar al amigo y al hermano, que se puede asesinar al que está dormido y al enfermo, al que no puede defenderse, que se puede dejar de cumplir la palabra empeñada, matamos al monarca en Tenochtitlan no sólo rompiendo sus muñecas y trochando su cabeza sino, lo que era más concreto y visible para el indio, rompiendo nuestras promesas y trochando nuestras voluntades y juramentos, no sólo nos llenamos de sangre sino de inmundicia y mierda y el indio lo sabe, sabe que hemos venido a hacer malo y no bueno a esas comarcas, aunque echemos al padre Carvajal y al padre Trueno y al padre Cedrón por delante, aunque llenemos los caminos y las capillas de cruces, Dios es un bandolero para ellos porque lo hemos formado a nuestra semejanza, es peor que nosotros, el más malvado y cruel porque es el más poderoso y el único irresponsable, paramos una horca y decimos que es justicia de Dios y del rey, de las dos majestades y entramos a saco en la selva, para sacar unas murallas y puentes y arcos del fondo del polvo o del barro, capitán, capitán, si vienen a tomarme preso que lo hagan pronto, antes de que ya no sea tiempo, había dicho él, estamos imaginando una maravillosa ciudad y sería demasiada desgracia matarla y despedazarla cuando ya está enteramente viva y refulgente, el padre Carvajal quiere edificar una catedral con dos torres, que venga el don Francisco antes de que alcemos las cruces para que agarremos las hachas y las picas y despanzurremos sollozando las puertas, si vienen los de Chile no nos vendrán a abrazar, señor, había dicho Ardiles, y luego, poniéndose repentinamente nervioso y urgido agregó, señor, señor, nos iremos todos hechos un atado camino de la ciudad de los reyes, siento trotar ya los caballos hasta mis huesos, capitán, había contestando él con verdadera rabia, pues le hería y daba náuseas verlo tan inerme y entregado, dispuesto a sufrir antes de tiempo, estás nervioso por las fatigas y hambres y noches de intemperie pasadas en aquellas soledades de donde vienes recién y veía la ciudad abandonada brillar en la oquedad que dejaban sus palabras, las paredes derruidas desmoronándose en silencio, veía vagar fantasmas, soldados vivos, salvajes y deshumanizados oteando la lejanía, el viento azotaba con furia, con demasiada furia las ruinas de las casas, los huesos de las puertas y chimeneas, moviendo los restos de las ropas que rodaban por el suelo, en el crepúsculo,

mientras los soldados se reían quedo y encendían fogatas y hacían comida junto a los muebles y las murallas en pie y las puertas abiertas y expectantes, los sentía reír alejados de él, de su mundo, no sólo de su miseria sino también de su soledad, la ciudad brillaba tenue sólo para él, no muy lejos, tal vez detrás de los primeros árboles del bosque, allá donde viera asomar hacía sólo algunos días los primeros caballos de Ardiles, sus soldados que caminaban arrastrándose, desmoronándose desfallecidos, mirando con ansia triste y vacilante felicidad al grupo de soldados sudorosos que golpeaban los troncos de los árboles y rompían la tierra, que se trepaban a lo alto de las vigas y horcones descargando un reguero de ruidos, no, él vio subir el repecho al primer caballo que cojeaba visiblemente, de una de las patas colgaban unos sanguinolentos vendajes que el animal iba pisando y que no le permitían moverse con libertad, con la libertad y la desvergüenza del animal cojo o del soldado cojo, sino que al impedir hacerlo y al no poder mirar tampoco el suelo, pues un soldado desfallecido se colgaba de su pescuezo, como si estuviera borracho o apasionado de amor o de recuerdo, no lo dejaba cojear ni desmoronarse en tierra, él estaba junto a las murallas nuevas pasando sus manos amorosas por las maderas cuando al sentir los gritos de alerta de los indios y al alzarse del suelo algunos soldados, las manos en los ojos para mirar mejor, al darse cuenta de que aquel grupo de soldados entierrados y famélicos y una camilla en la que yacía una cabeza sanguinolenta, fajada con premura, con desesperación y asco, al ver los trozos azules y verdosos de los uniformes, los pies horribles que salían de debajo del cuero de los borceguíes y el olor nauseabundo que aureolaba sus piernas, sus pechos, sus brazos, al ver aquel caballo cojo y el soldado enfermo o herido que colgaba de su pescuezo, al ver a los jinetes, dos, tres jinetes, demacrados, atemorizados y altivos y amenazadores, al ver sus arcabuces cruzados a la altura del pecho y al comprender que desde luego no tenían balas ni pólvora ni comida ni agua ni deseos ni ambiciones ni siquiera profundos desfallecimientos, horribles gritos de sorpresa y queja, al ver que caminaban al paso, saliendo de la eternidad, entrando en la eternidad, caminaban siempre, ni siquiera se detenían, caminaban siempre, se acercaban siempre hacia ellos y ahora percibían no sólo el horrible olor sino también el zumbar enhiesto, erizado y rabioso de las moscas, unas moscas grandes, desmesuradas y miserables, viejas como los borceguíes, como los uniformes, sudorosas, flacas y consumidas como los arcabuces y las barbas y que se apegaban a aquellas barbas y aquellos rostros con cierta molicie y confianza y

comodidad, él había visto los grandes ojos de Ardiles mirarlo desde lo alto de su hermoso caballo negro, que ahora estaba descolorido y devorado por los temblores y la fiebre que oleaba en sus ojos tristes, caminó presto hacia él y le gritó a grandes voces para espantar las moscas y la tierra, las miserias y las heridas, para echar abajo aquellos guiñapos de uniformes y de carnes, para que despertaran y sanaran y se limpiaran las heridas, para que olvidaran ellos como olvidaba él mismo, capitán, capitán, llegas a tiempo para que viajemos juntos, señor nos vamos, señor nos llevamos la ciudad. Ardiles se bajó con lentitud, con una enorme lentitud que le permitiría acostumbrar sus ojos, ver que las murallas estaban siendo derrumbadas y desclavadas las puertas y las ventanas, alzados los techos y dejados silenciosos en el suelo y ese silencio era para él, para que él mismo pudiera criar coraje y rabia deseando que aquellos hambrientos miserables se apuraran y amarraran sus pobres caballos a la mudanza, a los costales de las carretas. Ardiles lo estaba mirando ahora, sólo ahora, se estaba desclavando lentamente de su caballo en el que habían venido hundiéndose hacía ya cuarenta días, metiéndose en los huesos y dolores y relinchos y sudores de su gastado y hermoso caballo, hasta dormir juntos, él arriba, el caballo abajo, echadas y desparramadas sus manos enguantadas, firmes, nerviosas y desconfiadas sobre los ojos enfermos, tapando las orejas que se alzaban delgadas y desamparadas, despiertas con todos los ruidos y todos los peligros. Cuando él estuvo en tierra el caballo se desplomó lentamente y tendiendo de lado el hocico lo miraba con sus grandes ojos enfermos. Ardiles estaba a su lado, era mucho más alto y delgado que él, crecía hacia arriba evaporándose, huyendo largo y enflaquecido el pobre y pierde toda esperanza, dijo oliendo la soledad, mirando esos ojos grises, descoloridos, fríos y melancólicos, estás cansado enteramente, tú, tus soldados, dijo él, parpadeando y sin querer mirar nada, pues tenía miedo, estás muy cansado, capitán, le dijo abrazándolo y oliendo todavía ese olor húmedo que le traía un trozo de recuerdo vivo de la ciudad abandonada, olía a viento, a humo de incendio, a neblina, a la lluvia cayendo sin objeto sobre las casas solas. Señor, hemos llegando, dijo Ardiles, sacando una voz entera y nueva, nada de nerviosa, pero un poco apresurada, como si dentro de algunos minutos él pudiera estar en peligro de desfallecer o acobardarse. Hemos llegado un poco tarde, pero hemos llegado, no pudimos esperar a tu gente, después se explicará esto. Pero señor, agregó con dulzura, ni siquiera puedo decirte que te sientes en la tierra para

descansar, pues nos vamos yendo. Ardiles salió de su rostro y señaló con una mano demasiado rápida y evidente las carretas y los indio cargados que se hundían en la sombra. ¿Ahí llevas todo, señor? Su voz no temblaba, su mano no temblaba, ¿iría a traicionarlo? Todo, todo, gritó tenso y duro, la ciudad entera, lo que hemos podido juntar y coger de ella. Ardiles estaba a su lado y apretaba su mano para que él la viera, mano de desesperado y de solitario, no, no, pobre Ardiles, estaba respirando con cansancio. Mi gente se muere de cansada y hambrienta, traemos algunos heridos graves, ¿no crees que podremos tendernos en tierra para sacar un poco de cansancio?, lo miraba a lo hondo de los ojos para encontrar sillas y edredones donde derrumbarse. Es cosa grave irnos ahora mismo, cosa de vida o muerte, dijo él con crueldad, aunque no deseaba ser cruel, pero comprendía que cualquier palabra que dijera de explicación o de urgencia, aun de lamento ni conmiseración, sería una befa y una bofetada y un precio muy alto para aquellos miserables. La muerte nos ronda, nos buscan los de Chile, explicó rápido y miró a sus soldados que estaban cerca contemplando con extrañeza sus espadas desnudas, sus arcabuces, sus hachas y ahora sonreían con una risa revuelta y pegajosa. La muerte es una y la misma siempre, dijo Ardiles con voz helada y descolorida, mostrando su rostro fatigado, adelantándolo hacia la luz no sólo para que lo vieran completamente y asustarlos con él sino para comprender que aquellos soldados e indios que cargaban las carretas y empujaban los caballos, que echaban a puntapiés a los perros y corrían hacia los árboles, estaban totalmente consumidos y terminados, más que él mismo, más que sus soldados, más que los heridos y moribundos, mira señor aquella parihuela, dijo con arrogancia, como si aquellos trapos revueltos y miserables que brillaban en el suelo, bajo la luz dorada de la noche de lluvia, fueran todo su timbre de orgullo y también su arma secreta para aplastar espíritus débiles y almas pusilánimes. Señor, ¿cómo cargaremos a los heridos y moribundos? Señor, ellos no pueden más, ellos se están muriendo. Capitán, capitán, Ardiles, dijo él, alzando la mano, todavía teniendo el martillo en ella, mira aquellos despojos, ésos, capitán, mira los perros, aquella parihuela está vacía. Vio desencajarse más el rostro de Ardiles huyendo hacia los huesos y él mismo sintió un gran calor y un sollozo le sacudió la garganta, se abrazó a Ardiles y lo sintió sollozar también, oliendo en su hombro el olor de la ciudad abandonada y mirando, pegadas a su cara las ropas sucias y sangrientas que el viento revolvía y mostraba como emblema, se divisaba en la penumbra luminosa de la lluvia un trozo blanco de

sábana de holanda, ladraron los perros hacia ellos, ladraron muchos días mirándolos a ellos, a los heridos, a los enfermos y desconfiados que había traído Ardiles. Se quedaban dormidos en el suelo, colgadas las piernas en las carretas que se bamboleaban en la lluvia, él miraba sus borceguíes tumefactos cimbrearse en las copas de los árboles, en el borde de los muebles o enterrados suavemente en la hierba húmeda. Están enfermos, están heridos, se están muriendo, decía para sí, sintiéndolos quejarse despacito, las carretas se hundían en el barro, donde se apagaba el entristecido aullido de los perros, los caballos alzaban la cabeza, la movían con arrogancia, entreabrían el hocico para relinchar, pero no escuchaban sus relinchos. Entonces salieron los soldados del interior de las carretas, veían sus harapos moverse picarescamente, con cruda maldad, en el aire invernal, veían sus rostros débiles y solapados, sus carnes heridas y cansadas, llenas de sangre seca, se perdían huyendo hacia los árboles mientras los soldados disparaban y gritaban con corto odio Guevara y Santa Cruz, desnudaba su espada y caminaba sobre la tierra sola en la luz de la madrugada, él veía balancearse las cuerdas de las horcas en las ramas mojadas, el agua goteaba por las camisas, por los rostros duros y consumidos, por las calzas nuevas y rotas, sentía quejidos, quejidos de dolor y no de miedo, voces de conversación urgente y cautelosa, pasaban soldados corriendo, veía el humo y la breve llama de los disparos, caían al suelo agarrándose la cabeza, agarrando la espada, veía la sangre, una sangre cálida, demasiado abundante y estaban en el invierno y anoche llovió hasta cerca de la madrugada y él contemplaba estupefacto al padre Cedrón, de pie en lo alto de una silla, tratando de alcanzar una cuerda que el viento tempestuoso le arrebataba, veía olear en el viento su sonata, gritar él con dolor y advertencia, quería alcanzar una mano, una cintura, coger la espada o el cinto, pero el viento echaba al soldado contra su sotana, veía él los dos rostros juntos como si se besaran o se susurraran inmundicias y después el padre Cedrón empapado el rostro por la lluvia, se levantaba del suelo, forcejeaba en el barro, donde estaba volcada la silla, miraba su sotana reluciente, tiene ahora una sotana nueva, ahora que nos vamos, decía, y el padre estaba cavando la tierra justo debajo de la horca, los borceguíes venían en el aire y parecían desear divertirse y buscar en la luz difusa de la mañana el rostro del padre para golpearlo. Guevara y Ardiles estaban a su lado y también el padre Carvajal, veía sus manos agarradas con furia a una pala, deseosas de golpear en la cara o la espalda o las malditas manos al padre Cedrón para que se apresurara. Ardiles se ponía a sollozar, veía sus

hombros débiles y consumidos, sacudirse con el llanto, pero él estaba seguro de que no lloraba por eso, no, Dios, no era por eso, miraba a Ardiles, veía las lágrimas correr por sus ojos, sentía sus suaves sollozos sin escándalo, respiraba profundo, para muchos años, miraba sus ropas viejas y lavadas y comprendía que tuviera rotos los nervios y rota la voluntad no tanto por los sufrimientos y miserias pasadas sino por la soledad que había acumulado durante tanto tiempo. Mire mis muertos, le había dicho en una extraña exclamación casi de reproche o esperanza, aunque el odio no asomaba todavía a sus ojos y faltaba mucho para que lo hiciera. Si decido trasladar la ciudad otra vez, tal vez Ardiles quiera matarme, pensaba para sí, mirando al padre Cedrón hundido en el hoyo del que sacaba paladas de tierra que alzaba a los pies de ellos, sin mirarlos, sin darse cuenta ni darle importancia al hecho de que estuvieran ahí, el padre Carvajal sonreía sin comprometerse, mirando hacia el cielo, esperando que lloviera luego, que volaran ángeles deformes desde las nubes distantes y frías, o Jesús, el pobre enfermo del pecho o su terrible padre alcoholizado lanzando denuestos y maldiciones justas a aquel grupo de seres abandonados. La soledad, la soledad es lo que nos devora, decía para sí, mirando al padre Cedrón pequeñito en la tierra, confundido ya con ella, cavando la tierra para echar en ella su soledad y tenderse junto a ella, junto a la pala, el hacha y la pica, esas herramientas de su soledad y su desesperación, los borceguíes que se mecían leves en el aire y que no estaban del todo viejos y caminados y consumidos, que estaban completamente vivos, llenos de esa tierra viva que es el barro, del olor de la ciudad abandonada, marginaban más esa soledad, se va a tener ahora en la tierra, cortará la cuerda con la espada o el puñal, se pondrá boca abajo para dormirse con la boca llena de tierra, tapados por ella sus gritos, sus sollozos, sus palabras de queja o esperanza y miraba a Guevara, distante y tranquilo, ciertamente indiferente, siempre dispuesto a ser amigo o enemigo, con su rostro lleno y moreno, sin aristas, sin sospechas, con esos cándidos ojos sin pasión y duelo, sólo Ardiles estaba desesperado, esa desesperación sin apuro que lo hacía despreciarlo, esa desesperación que no lo ponía tétrico ni despeinado, vendrán los de Chile a tomarte preso, señor, en Santiago y los Reyes corrían esas voces y deben ser verdaderas, le explicaba lento mirándole las manos con aplicación, como si el capitán Francisco de Aguirre estuviera formando expedición en Copayapo, juntando gente y soldados y municiones y pólvora y cañones y bagajes y mulas y llamas y caballos andaluces, hasta indios yanaconas, sólo para

trotar hasta unas descastadas desencantadas y cansadas manos de un capitán español que se apellidaba transitoriamente Núñez y que estaba sacando todo el tiempo una ciudad del fondo de la tierra y abriendo hoyos, zanjas, tumbas enormes en medio de las sierras y en el interior de los bosques para cualquier día, un día de mayor soledad y de mayor frío, enterrar lúgubremente sus calles y plazas e iglesias y edificios reinales y moradas particulares y coger otra vez, otra noche, otra madrugada las palas y echar tristemente la tierra sobre las puertas y las ventanas y los tiestos y las campanas que brillan todavía y suenan todavía bajo las piedras y los terrones. Pasaban los días, se apaciguaban el viento y la lluvia, se caía la neblina de las ramas de los árboles y el cielo se acercaba otra vez hacia la tierra, agachándose hacia ella, mostraba anchos celajes celestes en la madrugada, trozos de sol enteramente tibios y maduros y que dentro de un par de meses estarían ardientes y desagradables, el viento soplaba apacible en las ramas de los árboles y en las hojas de las ventanas que se abrían ya en algunas casas, se abrían las puertas y entraban y salían soldados, conversaban y se reían, se reía también Ardiles, se hincaba en el suelo y cogía unos clavos, un martillo, sentía él los golpes que daba clavando un pestillo, haciendo crujir la puerta con un brutal y sensual empuje, pasaban caballos al trote, delgados caballos nuevos que habían nacido en las noches del pasado invierno cuando bramaba la tempestad y el agua chorreaba de los árboles y humeaban las teas en el fondo de las carretas y ladraban los perros hacia la oscuridad y veía pasar soldados famélicos trotando apurados y relinchaban los potros y corría el padre Carvajal hacia los árboles blandiendo un puñal demasiado visible y el padre Cedrón llevando un balde de agua demasiado hirviente, el agua se azotaba contra las latas y quemaba al padre y el padre se quemaba horrible y echaba sus puteadas y el balde se iba rodando y el padre Trueno saltaba sobre él como entusiasmado portando dos antorchas para perderse en la oscuridad y mostrar hasta España lo insignificante y pobre hombre que es el infeliz con ese cuerpo muerto de hambre y ese rostro descarnado e infecto, el humo pasaba junto a ellos y veían los escarpines del padre Trueno correr por el bosque, se alzaban relinchos de dolor, de verdadero y antiguo dolor, sentía conversar a los sacerdotes, veía correr a los indios hacia el bosque, pudriéndose en él con sillas y sillones y cómodas y roperos, arrastraban las cuerdas y se reían mirándolos a ellos, Ardiles estaba golpeando una puerta, la misma puerta el desesperado, siempre pensé que moriría joven, la soledad, las

privaciones, la puta de su mujer, todos lo han empujado hasta esa puerta que golpea y rompe sin saber lo que hace, veía sus manos en la oscuridad, una breve oscuridad iluminada por la luz sucia que salía desde el interior de la casa abierta, abierta arriba en el techo roto y sobre él se alzaba y vibraba la rama descarnada de una higuera, veía las flores blancas hacerle señas en la oscuridad y él respiraba tranquilo y sonreía en la oscuridad porque no podían verlo, hay flores, ya hay flores, sentía el prolongado relincho de dolor que sacudía el interior del bosque y miraba las ramas arañar las vigas del techo y descender hacia la ventana para que Ardiles las mirara. Ya hay flores, Miguel, le gritó. Ardiles tornó la cara hacia él, miró después el techo y sonrió sin decir nada, siguió golpeando la puerta y después lo sentía caminar lento dentro de la casa. Estaba todavía golpeando algún mueble, despedazando algunos sillones, unas sillitas fraileras que le traían miedo o no le gustaban y quería armarlas de nuevo o romper su forma, cuando él pasó a caballo frente a la casa y al mirar el interior y no verlo y sólo sentir sus golpes y martillazos, su voz que hablaba sola y clara, ya hay flores, ya hay flores, decía, palpando en la penumbra un macetero, reventando unas violetas y unos jazmines con el martillo y después con los pies, apretó la cincha del caballo y salió al galope, es hermosa, es verdaderamente hermosa, decía para sí aspirando el aire invernal que traía ya impregnados y húmedos efluvios de la primavera, parecía que brotaban flores de todas partes, de la tierra rajada que mostraba largas heridas lúgubres en las que surgían trozos de muebles, puertas desvencijadas, borceguíes viejos, restos de papeles, géneros descoloridos, herramientas rotas, rotas por el odio y por el uso, armas sin rastros de dedos ni de sangre, frutas podridas, canastos hermosamente preservados, bolsas de cuero conteniendo tierra, el cadáver amable de un perro, ahí nacían flores, tallos verdes y esbeltos sacudiéndose en el aire frío, pasaban emanaciones temblorosas por el aire, entre el humo y los disparos, los martillazos se expandían y abrían como flores y él veía moverse solemnes las ramas de los árboles, tiesas y muertas y sin embargo elocuentes, llenas de brotes y flores pequeñitas y tenues, en lo alto de algunos balcones colgaban maceteros con plantas secas, pero ahí también palpitaba un misterioso hálito vital y florido, manaban olores y perfumes de todas partes, de las calzas deshechas de los soldados que lo oteaban en la oscuridad cuando pasaba al galope y de los indios que dormían desnudos junto a los árboles tronchados y los montones de madera y ropas. Al torcer una esquina miraba las casas con sus maderas blancas y rubias y respiraba con sosiego y

con esperanza los efluvios de vida que emanaban de las puertas abiertas y de las ventanas dibujadas en lo alto, miraba los muebles rotos que marginaban los bordes de las veredas, la tierra removida y apartada para hacer jardines, las rejas tendidas en la tierra, de ellas se alzarían las flores y las raíces que trajimos del Pirú y México, las semillas que caían de las calzas cuando eran heridos los españoles y se sacaban las ropas para colgarlas en las noches de lluvia junto a las fogatas y quedarse pensativos o suavemente furiosos, seguía al galope sin desear detenerse, pues el aire vibraba peligrosamente con el olor de las flores que adivinaba apresuradamente en el interior de los patios dormidos, veía sus tallos mojados por la helada de las noches y sentía brillar los ojos de los perros en la oscuridad, donde sonaba el agua que manaba desde alguna roca, las casas se escalonaban unas en otras, trataba de calcular cuántas eran, cuántas puertas y ventanas y verandas y balcones y balaustradas había dejado atrás, se entreabrían en la penumbra, mostraban una extraña blancura para que él viera que eran pequeñitas y frágiles, fáciles de violar y romper, listas para sufrir un horrible e irreparable sufrimiento, listas para soportar, listas para ser abiertas y rajadas y partidas y pulverizadas por las hachas y serruchos y sierras y dagas y puñales, listas para sentir que él estaba ahí otra vez, que él estaba ahí siempre, se reía con risa extraña, pensando que, ciertamente, aquello era una fantasía enfermiza y descomedida, son tan hermosas, están solas, están cerradas y solas para que se note más, los españoles andan por el bosque oliendo las flores de la primavera, empapándose sus uniformes y sus calzas y borceguíes en las últimas gotas del invierno, hundiéndose gozosamente en los sufrimientos pasados para olvidarnos pronto, para olvidarse que, de todos modos, ellos van a morir, viendo que ahí está ya la primavera, sus primeras flores enfermizas, sus primeros brotes y tallos para cogerse de ellos y pensar en la esperanza y en la vida como cosas concretas y utilizables, se reía feliz mirando las casas hundirse y perderse entre los árboles, brillando con extraña fragilidad y con demasiado silencio en la luz de la madrugada, nadie les hará daño, nadie las matará y despedazará, yo la mato, yo la defiendo, es una hermosa ciudad, son unas hermosísimas casas, decía para sí acariciando la cabeza de caballo, sintiéndose al mismo tiempo desamparado y triste y satisfecho y capaz de hacer todavía grandes trabajos para el virrey, sabiendo que su destino era imaginar todavía más ciudades, haciendo sufrir a los soldados y sufriendo él mismo. Un golpe de viento tibio le sacudió la cara, apretó las riendas del caballo atrayendo esa respiración hacia sí y

mirando las nubes que venían hacia él se hundía en los estribos, bajaba hacia la penumbra, bajando hacia alguna parte en la que brillaban luces sueltas, fogatas apacibles, antorchas que juntaban a los indios y a los soldados, ladraban unos perros en la hondonada, veía alzarse humaredas y correr sombras de soldados, el viento le azotaba la cara para mirarla bien y saber de quién se trataba, quién putas era él, quién soy yo, Dios, Dios mío, decía para sí, mirando las puertas y las ventanas huir por su memoria, correr hacia los árboles apretando el grito de horror entre sus maderas, pegando las vigas del techo al cielo que bajaba en aquel final de invierno para guarecerse en la ciudad y guarecerla a ella, los cascos del caballo golpeaban la tierra, veía brillar las piedras en la oscuridad y después el caballo trotaba rápido, temeroso, lento, receloso por una tierra negra y abandonada, ramas de árboles se abrían en la oscuridad y lo buscaban, le daban un zarpazo en el pecho, en la cara, le enredaban las manos, apretaba las riendas, miraba con estupor los arcabuces cruzados en la silla, su cinturón en el que se hundían varios puñales y sentía frío en la espalda, el caballo descendía en las tinieblas, su grupa se golpeaba contra una roca que crecía hacia ellos y se detenía esponjando las narices, volteando los ojos para saber que él estaba ahí y para pedirle un derrotero, una palabra de tranquilidad, él se reía con dureza oteando las sombras para escuchar ruidos peligrosos y tratar de ver luces, antorchas, plumas de pájaros, sólo hojas húmedas y amplias se adelantaban hacia él para recogerlo, para envolverlo ya, tan luego, podía verlas completamente, eran enormes, demasiado vivas, como sábanas o paños mortuorios, veía brillar en la penumbra las puertas y las ventanas, cerradas con suavidad, con complicidad, con felonía, con alevosía, con desenvuelta y fácil maldad, esperando que él las empujara, que sacara los puñales y las manos en la soledad y el silencio, son muy hermosas, jamás les haré daño, decía para sí sabiendo que la duda y el daño iban con él y recibía el viento, se hundía en él para sentirse sanos, sin dolores, sin recuerdos, sin remordimientos, sentía los borceguíes fríos y húmedos, las hierbas subían hasta la cincha del caballo y él se inclinaban para escuchar susurros, lamentos de las hojas entre las ramas, el viento sollozaba perdido en los cañaverales, parecía un loco desenvuelto, alborotado, repleto de voces y vociferaciones y ahora se reía, se reía y lloraba como el pobre Ardiles, parecía que el viento, que el Ardiles lo estaban mirando desde una rama para abrir las alas y los brazos y descender silenciosos hacia él, sonaban en el aire las alas de los pájaros, alas perdidas y ateridas que golpeaban presurosas la

soledad, que no se alejaban ni se acercaban, que lo estaban esperando, mirándolo sin odio y sin esperanza, detenía el caballo y se secaba el sudor que le corría por la cara, sentía fiebre y frío, el aire vibraba en sus sienes y le mostraba esa madrugada celeste y calma que emergía de un cielo distante y lechoso, brillaban todavía algunas estrellas superficiales y heladas, los pájaros se incrustaban en lo alto, enormes y temblorosos, parecían, como él, muertos del frío y de desconfianza, sabía que lo miraban con extrañeza, con una extraña cercanía, como si esperaban algo de él, una palabra de saludo o conocimiento, unas frases de explicación o de consuelo, él apretaba sin fuerzas el arcabuz, movía los dedos, trataba de tornarse malvado, sanguinario, fácil asesino, pero estaba cansado, tenía deseos de irse, de quedarse dormido hasta el otro año, sonaban los fierros en sus sienes y los pájaros abrían los ojos de un modo espantosamente frío y hostil y veía el humo desmenuzarse con flojedad, con cierta desteñida dulzura entre las plumas rotas, se bajaba del caballo, amarraba el arcabuz en la montura y abrazando con dulzura el pescuezo del caballo, se hundía en las hierbas sintiendo sus propios pasos y los del caballo, se hundía en las hierbas sintiendo sus propios pasos y los del caballo, sí, estaba cansado y tenía frío, el recelo o la duda le atenazaban la garganta y, sin embargo, estaba seguro de lo que hacía, esperaba encontrar algo en esas soledades, en esa soledad que era la tierra, en esa soledad que era él mismo, huellas de españoles o de indios, humo de disparos o de fogatas y sólo encontraba pájaros, pájaros que chillaban para odiarlo y que él deshacía disparándolos contra las rocas, viendo alzarse el humo inútil y sintiendo resonar los disparos en la hondonada, deseaba gritar, hablar en voz alta por lo menos, no se atrevía, el caballo tornaba hacia él sus ojos dulces, esperando todo de él, estamos muy solos, muy cansados, acariciaba su cuello mirando el cielo desteñido en el que lo aguardaban los pájaros, esperando también algo de él, tal vez sus balas, tal vez su ira, su cansada ira, tal vez hayan venido sólo para que los mate, tal vez he venido sólo a eso a esta tierra, Dios, Dios mío, si seré yo el hombre que mataba cosas vivas, y escuchaba ahora la desconsolada voz de Ardiles, un desconsuelo que no excluía el odio también, por lo menos la arrogancia y, por lo tanto, la traición, en Chile y en los Reyes se rumoreaba de la expedición, señor, yo vi al don Francisco en Copayapo contando monedas para comprar soldados y municiones y caballos para galopar hasta Tucumán y enviarte preso, se sonrió entonces, se sonreía ahora, si vinieran ellos no estaría tan solo, alzaba el arcabuz y disparaba con sosiego, veía las

plumas revolotear en el aire tenue, descolorido y frío del mes de mayo, alzaba la cara para meterla en el fresco aire de la madrugada y respiraba quedo, las piernas le temblaban y tenía que apretarlas contra el caballo, recogía las riendas y montaba tiritando de frío, calculando cuánto rato faltaba para que saliera el sol, sintiendo el desmenuzado revoloteo de los pájaros pasar junto a su cabeza, sintiéndose mortalmente fatigado y seguro, sin embargo, de que nada podría ocurrirle y que, como el caballo sabía el camino, pronto estaría él, transpirando y suelto, acurrucado en el fondo de la cuja, se estaba quedando dormido, sentía la madera de los arcabuces golpearle la pierna, urgiéndolo para que despertara o se durmiera del todo, ahí iban los pájaros, extendidos y frescos, llenos otra vez de vida, saben que disparo luego y los mato, uno o dos cada vez, caen a mis pies, picoteando los escarpines, son tan bonitos y tan vulnerables, ellos lo saben, yo soy su muerte, me sintieron venir galopando y despertaron en sus nidos y sus rocas y graznaron en la oscuridad para coger el camino, descendían ahora hacia su cara y se la rayaban con las alas, con esas patitas que van a quebrarse en el suelo, no lo miraban a él, sólo sus manos extendidas en los arcabuces, preservándolos y cogiendo seguridad de ellos, son muy bonitos, ya me conocen, decía sintiendo la suavidad de las alas abrirse quedo en la oscuridad y palparle con dulzura la cara para despertarlo, graznaban corto entre sí, cuchicheando y significando que él se había quedado dormido, estaba cansado y solo, la muerte anda siempre sola, yo soy su muerte, la traigo aquí en los cañones, una breve llama, un puñado de humo, una tosecita, apretaba los dientes con dulzura, no quería quejarse ni que descubrieran que estaba cansado y solo, solo estoy, solo salí de la ciudad, tornaré solo a ella y si es necesario, aunque no quiero hacerlo, golpearé furioso las manos, despertaré a Ardiles y a Guevara, sacaré a los frailes del interior de las tumbas donde siguen rompiendo la tierra para guardar en ella todos los muebles, están contentos y felices de que así lo haga y grite y amenace, satisfechos y esperanzados de mis crueldades e injusticias, son bellacos y calzonudos, desean que lleguen luego para alzar racimos de prisioneros en lo alto de las horcas y que el aire se torne imposible con los pájaros aguardando en los techos y en las ramas. Mientras se detenía para respirar profundo vio brillar en la oscuridad unos borceguíes, relumbrar una camisa como si estuviera mojada, los rayos de una rueda emergían nítidos y el caballo también habría visto todo eso, pues relinchaba con dulzura torciendo el cuello hacia él para que despertara, si serán ingenuos, decía para sí sintiendo el fresco aire y apoyándose

en él, si no tengo miedo, si no tengo nada de miedo ni estoy enfermo como creen ellos, esos borceguíes, esa camisa, esa rueda son los trozos de la ciudad que íbamos desperdigando cuando pasamos por aquí hace algunos meses, eso significaba que no se había equivocado, que había encontrado el buen camino otra vez, se inclinó hacia un charco y adivinó su cabeza cansada, su pelo rubio, ya ceniciento y se sonreía, el caballo golpeó unas tablas y tenía él la impresión de que habían entrado en una casa conocida, las herraduras golpeaban algunos muebles, se enredaban en alguna ropa, él acariciaba mecánicamente el cuello del caballo y cuando lo hacía el caballo se detenía, sentía el aire frío agarrado a sus manos y eso le gustaba porque lo ponía duro y alerta, miraba a los pájaros sumidos en la oscuridad, esperándolos en las murallas derruidas, el viento le acariciaba el pelo y tenía él los ojos abiertos mirando la alta hierba que crecía ya dentro de las piezas, el caballo estaba hundido en el agua, en ella nadaban o se ahogaban unos restos de muebles, una camisa vieja, un borceguí hinchado, la hierba crecía alta incorporando en su verdor unas sillas rotas y unos marcos de ventana y puertas, el sol había prendido entre los árboles e iluminaba ya esa miseria, él sentía una emoción en la garganta, la ternura o la compasión o la debilidad le palpitaba en los labios, recogiendo las riendas del caballo lo hizo salir del agua y caminar entre las ruinas, veía las murallas carcomidas por la lluvia, llenas de un leve musgo, en lo alto de unas vigas florecían rectos unos tallos, unas flores ridículas y enfermas, el viento soplaba lúgubre y alzaba unas sábanas del suelo, frente a ellos había una casa casi nueva, misteriosamente preservada, parecía habitada, con la puerta entornada solamente y las ventanas cerradas, el caballo caminaba sobre las maderas y tendía el pescuezo con confianza, alzaba la cabeza como aprobando y diciéndole a él mismo que todo estaba en orden como esperaba que lo encontraran, él tenía los ojos llenos de lágrimas y las manos demasiado temblorosas, se acercó a la casa pasando su mano abierta por las paredes, mirando con simpatía la ventana cerrada, empujándola con suavidad como si esperara que se abriera ella misma hasta atrás, el corazón le palpitaba y sentía deseos de llamar a alguien, a alguien vivo que lo estaba esperando, la ciudad no había muerto, la sentía respirar con fatiga pero con esperanza, enferma o herida o moribunda, abandonada y sola, abierta y consumida, llena de duda y de certeza, aguardándolo, sabiendo que él había de volver, lo estaba mirando y escuchando, esperando que hablara, que hiciera cosas, pasó una y otra vez sus manos por las murallas y envolvió en una mirada larga y lenta las

vigas del techo, sabía que la puerta entornada lo estaba llamando, para él estaba así, para que entrara de lado sin hacer ruido ni daño, golpeando el suelo con sus borceguíes, cogiendo los muebles derrumbados y dándoles otra vez cierto orden y cierta confianza, alzando las ropas caídas, los borceguíes y las calzas de los soldados que se fueron y la dejaron sola, agáchate, Juan, cógelos, Juan, abre las ventanas, todas las ventanas, por eso viniste, para que entre el viento y el sol, ábrenos, Juan, recógenos, Juan, le decía la casa, el viento susurraba tras él, lo empujaba y lo volteaba con suavidad, todavía con suavidad para decirle que lo hiciera, hazlo, Juan, tú sólo puedes hacerlo, mira la soledad en que estamos, mira el abandono, nadie ha venido por aquí en todo el invierno, tenemos miedo, pasaba con sopor su mano por las paredes, acariciaba sin apuro las sillas, alzaba los respaldos y se sentaba, se alzaba el polvo, un polvo grueso como parte del amueblado, de la tapicería, se apegaba a su guantelete, mientras caminaba resonaban sordamente las maderas, corrían arañas y cucarachas por el suelo, huían por la luz hacia las tinieblas, las miraba disgustado y asqueado de que la ciudad estuviera en medio de tanta inmundicia, entró al zaguán, vio colgando del techo los fierros de una lámpara, en el aro clavado junto a una puerta clausurada había una antorcha a medio consumir, escuchó el corretear fugitivo de las ratas y tranqueó con firmeza para tener más miedo, el sol estaba escurriendo entre las nubes, prendiendo en las ramas de los árboles que parecían más añosos y abandonados, caminó apegado a las paredes, remeciendo con cautela los arcos de las ventanas y las puertas, mirando con ansiedad la huella de los disparos y las llamas en las murallas derruidas, en lo alto del arco de una puerta colgaba un trozo desvencijado de pestillo, unas trenzas de hierro, restos de una reja morisca o andaluza, arriba surgían desparramados con violencia unos arbustos miserables y atónitos, el viento se estremecía en ellos, subía con ímpetu para descolgarlos, al otro lado el caballo alargaba el pescuezo y apegaba el hocico para oler las maderas y los restos de los muebles y las ropas, metió las narices en unas sábanas húmedas y herrumbrosas amontonadas detrás de una puerta, metió en ellas todo el hocico, las arrastraba caminando de lado como si algo nauseabundo o terrible se escondiera en sus pliegues, la sábana quedó tendida completamente y el caballo alzó el hocico silencioso para mirarlo, él lo miró también y se tornó de espaldas, alzando con la punta de la espada los restos de maderas, de borceguíes, de cotas y calzas que pululaban en el suelo. Salió y al salir cerró con cuidado la puerta, la calle estaba tapada de hierba que verdeaba y

amarilleaba a la luz tibia del sol, un sol desagradable, descolorido, insolente, el viento remecía los matorrales y mostraba entre sus tallos el brillo de algunas maderas limpias, pulidas por el cierzo. Sus pasos resonaban ahora en medio del agua en al cual se destacaba una masa informe, de madera o hueso, de cuero o género, rodeada por altos matorrales que pretendían ocultarla y preservarla, el viento sonaba lejos, al fondo de la calle y él veía la tierra cuajada por todas partes de charcos de agua y de informes trozos de muebles, algunas bancas de la iglesia estaban alineadas en la plaza, imaginando rápidamente una capilla armando la mitad de una misa, juraría que todavía vagaba por ahí una leve bocanada de incienso, en la plaza colgaban las cuerdas deshilachadas de las horcas, eran ahora uns fibras vergonzosas que se cimbreaban levemente, una de las escaleras estaba todavía apoyada en el brazo de la horca y la otra caída en tierra, sobre ella crecían las misms hierbas y se abrían las mismas flores amarillas y rojas, caminó mirándolas con pesadumbre, adivinando a través de ellas el rumbo, el destino de la ciudad, sabía que estaba oculta en alguna parte, oculta para morir botada y aguardarlo inútilmente, él caminaba ahora por sus calles, buscándola, alzando con la punta de la espada aquella alfombra vegetal llena de miseria y escombros. La hierba cruzada por lo alto las paredes, abrazándolas para echarlas al suelo con más fuerza y villanía y trepaba vertiginosa hacia las vigas del techo para borrarles la luz y el viento zumbaba en ellas haciendo bailar rápidas sombras en el interior mudo de los patios. Sólo restos de colchones, de banderas y arboladuras y curiosos marcos con oleografías se juntaban en los rincones, al empujar la puerta cerrada de otra casa dejó suelta en la luz del sol una telaraña temblorosa y tornasolada, miró a las ratitas nuevas, blanquecinas y aterciopeladas golpearse con estupor contra sus calzas y saltar rajadas hacia el sol, empujó la puerta, había papeles en el suelo, papeles viejos, amarillos, comidos por el fuego y un antiguo olor a humo pegado en las paredes, de las vigas colgaban los restos carbonizados de los horcones y arcos, pero el techo estaba casi entero, se agachó para recoger un papel y leyó algunos nombres, simples palabras lejanas, trozos de sílabas informes, nombres de mujeres, de naves, de ciudades antiguas y enterradas, nombres llenos de sol y de tranquilo silencio, polvo de carreteras dormidas en el verano, Valladolid, Amparo, Argüelles, excelentísimo señor, ay señora mía, estamos aún en el mes de enero, enero es verano en esta comarca y en España es invierno, cae la nieve y aúllan los lobos en Lugo, recogió otros papeles, los tuvo abiertos en sus manos y

miraba quedo hacia afuera, había afuera un sol débil agarrado en los bordes carcomidos de la ventana, arrugó los papeles, los estiraba para decir unas palabras sueltas, letras llenas de caballos, de ramas, de indios, de traiciones, algunas fechas, día 13, lunes, algunos números, números de muertos, de vivos, de todos los días que todavía nos quedan, los nombres de los años enterrados en el barro, bajo la hierba, en la orilla del agua, junto a los restos de unas sillas y unas mesas, 1550, 1551, Valladolid en España, sintió un extraña pesadumbre que lo acompañaba y arrugó los papeles entre las manos, tenía los ojos llenos de lágrimas y miraba al caballo pasar afuera, mirarlo con indiferencia, sin conocerlo, sin desear conocerlo ni recordarlo, bajando el hocico para meterlo en la tierra, él buscó por el suelo una silla frailera, un sillón, un diván de antiguo y miserable terciopelo, no había muebles dignos, sólo unas molduras deshechas y vagas bajo el polvo y la humedad, miró el techo alto y siniestro, el viento sonaba arriba, se agachaba hacia él para llamarlo, urgiéndolo para que terminara de echar abajo la ciudad, para romperla definitivamente y evitar aquella horrible y miserable presencia, era como un muerto muy querido y muy odiado que nos olvidamos de echar a la tumba, sintiendo los sollozos secarse en su garganta, que sentía llena de sol y de humedad marina, Valladolid y Murcia y Valencia, las costas ásperas de España llenas de arena y rocas, 1550 y 1551, dejó caer y los miró cuando revoloteaban, se agarró de la puerta, la madera se pegaba a sus manos y los llamaba, mira Juan, mira, Juan, cómo estamos de miserables y solas, nos estamos muriendo, la hierba nos ahoga, sube y empuja para meternos miedo, se come el sol y el aire y amontona la soledad y el silencio, Juan, Juan, coge el hacha, trae las hachas, te llevaste los serruchos y las sierras, qué malo eres, qué malo y qué bueno parecías, oh Juan, ¿no te acuerdas ya, no te acuerdas de nada?, ¿ya te llenaste de olvido? Las dos manos agarradas a la puerta, la remecía con furia o desesperación como si deseara sacarla del quicio o botarla de su memoria, la tierra caía desde lo alto y le tocaba con levedad las orejas y los ojos, sentía el rumor del viento arriba y el palpitar nítido de la ciudad bajo sus borceguíes, los papeles rodaban lentos por el suelo, se iban sin apuro hacia afuera para ser consumidos por la luz y por el ruido, él acarició la puerta, pasó con dulzura su mano por todo el marco, tirando el polvo, barriendo las briznas de viento y el recuerdo de las últimas lluvias, palpitaba bajo sus dedos y lo llamaba, le decía mira qué miserables y cobardes son los soldados que trajiste, Juan, en cuanto alzaron las horcas y las llenaron de viajeros y bajaron las escaleras como bajan

los marineros la escala cuando el barco ya despega de la tierra, se montaron a los carros y se alejaron al galope, mira Juan, lo que hicieron y no hicieron, querías echar al suelo la ciudad y no lo hiciste, tuviste miedo también, pegaste el hachazo, rajaste la puerta y la ventana, reventaste unos techos, ni siquiera todos, te robaste los muebles y la ropa de los muertos, cargaste en los arcones las camisas ensangrentadas y las cuerdas de las futuras horcas, encendiste unas fogatas finalmente, no para quemar los muebles, las ventanas y las puertas que no se iban contigo, no para eso, aunque eso decías, Juan, sino para iluminar tu miedo, para temblar acompañado por las llamas y no quedarse repentinamente solo, la heriste pero no la mataste, la dejaste sangrando, pero no oías sus quejas ni mirabas su sangre, como todos los solitarios sólo escuchabas las tuyas, el respirar de tu miedo, mira, Juan, pobre Juan, acarícianos, Juan, decía la madera de la puerta, aquí estoy, Juan, le decía la ventana abierta, bésame, Juan, bájame de la cruz, quítame los clavos, trae la sábana y el ungüento, le gritaba Jesús clavado en la ventana, lo estaba aguaitando con su sucia barba nazarena brillando feamente en el sol, brillando en la penumbra sus pausados ojos desteñidos, desclávanos a nosotras también, Juan, le decía la puerta, mira los clavos, Juan, le decía la ventana, estos clavos torcidos indican miedo y apuro, esta madera hundida indica duda y desconfianza, Juan, Juan, estoy aquí, le decía la ciudad y él miraba el suelo, la buscaba por el suelo, aquí estoy, Juan, le decía Jesús y él lo veía abierto en la ventana, amarrado en la ventana, sus miembros delgados y enfermizos, su cara pálida y desconfiada, su boca afiebrada y algo picaresca, le sonreía, le sonreía sin embargo, Jesús era el hombre que sonreía siempre, el hombre que caminaba, el hombre lleno de palabras, el hombre lleno de palabras peligrosas, como los hospitales él estaba lleno de enfermos, como las cárceles, él estaba lleno de perseguidos, de mordidos, de sentenciados, hacía once meses que les estaba sonriendo, esperándolo, sabía que vendría, sabía que cualquier día aparecería el caballo golpeando las piedras, pateando las maderas, enredando sus remos en las sábanas, agachándose para desenredarse, aquí estamos, Juan, todavía encima de la tierra y no bajo ella, el padre Carvajal estuvo aquí, se quedó vociferando y encendió fogatas bajo las horcas, las llamas ascendían hacia los borceguíes, parecían querer abrazarlos o sólo tocarlos, sólo cerciorarse, darse cuenta de que eran ellos, el padre Carvajal se veía enorme en la penumbra blandiendo una pala y mirando el horizonte. Se sentó en una piedra y respiró tranquilo y miró a los dos hombres, los miraba sólo a ellos, a ellos sólo bajo la tierra, por

ellos solos sollozó y rezó llenándose de odio, murmurando vuelto hacia España y los Reyes, pero no por nosotros, aquí estamos, aquí estoy, Juan, le decía la ciudad, mira mis manos, le decía Jesús y se tornaba horrible para desclavarla de la ventana, él veía hincharse las venas de sus brazos y comprendía que había todavía en el cuerpo de Jesús mucha fuerza y, por lo tanto, mucho peligro, y se sentía tranquilizado, deseoso de vengarse también y agarrado a la puerta sentía la garganta lejana y herida, lista a sollozar y a llenar a alguien, ¿hay alguien aquí, hay alguien aquí?, decía para sí, sintiendo al caballo removerse al lado afuera y mordisquear unas hierbas, ¿hay alguien vivo, Dios mío, Dios mío? Sí, soy yo, no te asustes, no te orines en las calzas, le decía Jesús adelantando la cabeza en la penumbra para que se la viera, una donosa cabeza andaluza y rubia, la cabeza de un buen soldado seco y experimentado, un poco enamorado y bebido y quemado por el desierto, respiraba con disimulo mirándolo, sintiendo a la ciudad palpitar a sus pies y llamarlo desde afuera, donde estaban los montones de puertas y ventanas que los soldados no se habían atrevido a tocar porque el padre Carvajal abierto de piernas y esgrimiendo un hacha. El hacha estaba ahí todavía, la alcanzaba a divisar a través de la ventana, el sol sacaba escamas de ella y la hierba que crecía entre los montones de madera hacía más palpable y concreta la soledad y tranquilidad de aquel recinto, se veían trozos enteros de casas con las puertas abiertas en las que entraba el sol, veía los descoloridos colores de los tallos y de las flores diluirse en la suave luz del sol y miraba con melancólica simpatía esa calle intacta de la ciudad y sacando los puñales caminó hacia ella, sus pasos resonaban en la oquedad, pero no sólo eran sus pasos, no sólo era su corazón acongojado, no sólo era su garganta herida, la luz del sol le golpeaba los párpados y sólo ahora se daba cuenta de que hacía mucho calor. Miraba el cielo, un cielo azul y negro, violento, hiriente, se sentía cansado, pero caminaba rápido, casi corriendo, sintiendo el resonar de sus pasos en las tablas, escuchando el viento indiferente remover unas maderas, golpearlas contra las sillas y dejarlas otra vez en el suelo, detrás de las puertas, en los patios silenciosos y abandonados, tenía los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa nerviosa le consumía los labios que murmuraban todavía palabras sueltas, restos de fechas, insignificantes recuerdos, 1550, diciembre, 1551, finales de mayo, mediados de agosto, principios del invierno, anoche galoparon los caballos, anoche, anoche, todas las noches, la lluvia golpeaba la ventana, veían los relámpagos, si caían a nuestros pies, años de 1550, mes de mayo, hace siete días,

sólo siete días, ¿qué había ocurrido entonces, que iba a ocurrir?, se sentía sumergido en el viento, bajo la lluvia, el agua le llegaba hasta la cintura, estiraba las manos para coger una ventana y suavizarla con cariño, para alzarse del agua y la tempestad y salvarse cogido a ella, para salvarla a ella, me llevaré todas las puertas y todas las ventanas, estaba sollozando, respiraba un aire tenso y perfumado y sentía el cielo cálido que venía hacia él, que bajaba hasta él para taparlo o para olerlo, el caballo pasó a su lado, sin mirarlo, hundiendo el hocico para oler también las maderas y reconocerlas, lo quedó mirando, sabiendo que era su caballo, llegué con él, me fugué con él, hemos cabalgado tanto, él conoce mi cobardía y mi fuerza, esta debilidad que me mantiene vivo y me hace huraño y terrible, como dicen ellos, ellos estaban lejos ahora, se sentía mortalmente abandonado y solo, lo sintió trotar entre las maderas, golpearlas levemente, alzar el pescuezo en un retardado relincho de confianza y poderío, sus relinchos iban descendiendo hacia el valle, alejado en definitiva de la calle, de las últimas casas que se hundían en la hierba, relinchaba con brío, remeciendo el suelo caluroso y remeciéndole a él los nervios. Escuchando y comprendiendo que estaba muy solo, de repente supo que aquel caballo no era el único que relinchaba en la ciudad, pues se escalonaban ahora relinchos hacia el río, al otro lado del puente, entre los altos árboles que marginaban las cuerdas de las horcas plantadas en la plaza. Se tornó pálido y cuando se sentó en un montón de madera temblaba ya todo entero, escuchaba con sosiego los ruidos cadenciosos que se esparcían en el aire, escuchó disparos, disparos de españoles y no de indios, pensó rápidamente sin sentir ya miedo, tampoco disgusto, adivinando que la ciudad, como él, los escuchaba, sentía expandirse la madera de las ventanas para escuchar aquellos relinchos y, sobre todo, aquellos disparos, miraba el cielo para distinguir el humo y saber que no eran sus sueños y presentimientos los que los escuchaban, los relinchos cesaron, los caballos estarían alertas entre los árboles, tras las rocas, escuchando también aquellos disparos, sintió el galopar de un caballo al fondo de la calle, se puso de pie y se sentó en seguida, cuando su caballo lo divisó dejó de correr y se dirigió hacia él trotando suave, relinchando suavemente. Sintió caminar al hombre y esperó y se miró las dagas en las manos. Entre los escombros divisó la figura envejecida, ajada, triste, gastada, estupefacta del capitán Bazán. Lo miraba con una risa desolada y ciertamente hiriente, prendido el orgullo a aquel gesto torcido y noble y cuidadamente notorio de unos labios exangües en los que se alborotaban unos bigotes oscuros y rubios. Se veía flaco y cansado,

con las calzas destrozadas y cuidadas y los borceguíes viejos y relucientes, sarcásticos o seductores. Bazán caminaba hacia él con tiento, disimulo, cansancio, desilusión y arrogancia. Él abrió una sonrisa cautelosa. ¿Estás solo, capitán?, y al decirlo se iba poniendo de pie y se guardaba los puñales para dar confianza y mostrar su fuerza. Tan solo como tú, señor, posó en tierra el arcabuz para mirarlo. Ese gesto le gustaba, ahora dejó el arcabuz, pensaba, se sentía alegre y no sabía por qué. De solos y solitarios y abandonados y perdidos nos vinimos a las Indias a aventurar y matar indios e imaginar ciudades, dijo él con un tono de burla melancólica, sabiendo que aquello no era cierto del todo. Señor, yo tenía casa puesta en Madrid, mujer e hijos, hacienda, tierras, caballerías, ganado, perros, perro dogos y flamencos, embarqué con dos criados. ¿No estabas solo entonces? Dios mío, suspiró el capitán, tal vez lo estaba. ¿Y qué te empujó al puerto?, preguntó él, con miedo de escuchar la respuesta justa, aquella que le convenía más a su soledad. ¿Sabes, señor, lo recuerdas bien? España es una tierra extraña y dolorosa, llena de tipos heroicos y desharrapados, sí, la verdadera España no pasa por los salones, tiene volcada en media Europa su mejor gente, salpicado el mapa del Oriente, del África y del Asia con la sangre de sus hijos, tenemos deudos enterrados en todos los cementerios de Europa, en los caminos solitarios que va nadie recorre, en los pueblos despedazados y abandonados, morir trágicamente ha sido el modo natural de morir de España, los franceses, los ingleses, sobre todo los alemanes, mueren en la cama, España no, por eso inventó ella la novela picaresca y los romances, porque sufre y hace sufrir sin cuidarse los modales y pensando en eso, en esto terrible que es España, ¿qué había hecho yo para seguir viviendo? ¿Contra quién había disparado si no era entre monteros y halconeros y caballeros de gola y almidón, en nuestras cacerías estivales, tan poco españolas? Estabas muy solo, Bazán, dijo él suspirando. Muy solo y muy pobre, señor, aunque parecía rico y hasta millonario, contestó con orgullo, deseaba vivir o morir apresuradamente, conocía al padre La Gasca y hablé con él y le dije mis deseos de salvarme o perderme emprendiendo aventuras en el nuevo mundo, me invitó a embarcarme con él y compré arcabuces y caballos y pólvora y ropas para una larga esperanza. ¿Has ganado algo, capitán?, preguntó él con melancolía y se sentía mortalmente solo y abandonado mirando a aquel hombre envejecido y arrogante mostrarle su propia soledad y su alma inerte y perdida, perdido todavía en aquella ciudad abandonada, en vez de estar haciendo diligencias en el Perú, en la

ciudad de los Reyes a donde lo había enviado hacía muchos meses con cartas para el virrey. No me contestas porque nada has ganado, como yo, sino soledad, sino hacer más evidente tu soledad, pero tendrías ideas sanas cuando pudiste embarcar tantos baúles con ropas y hasta criados. Señor, si hasta traje perros, mis famosos perros que después dejé en Chile en manos del señor Villagra, explicó con un poco de burla y mostraba sus dientes canos y desganados y él veía a los enormes perros albos y lanudos hundirse ladrando en el barro, bajo la lluvia, saltar dentro de una carreta y sacar del fondo a un soldado envejecido y triste que esgrimía un puñalito. Se sentó en el montón de maderas y el capitán a su lado, haciéndose humilde e importante, creciendo peligrosamente, lo sabía ya él, porque debía estar en los Reyes y no estaba, porque andaba escondido como salteador o saltimbanqui y era carne de horca, sí, si yo quiero él es carne de horca y con él ahorcó a su familia y sus sedas. Lo sentía respirar a su lado, lo veía recorrido por el sufrimiento y las noches en vela, ahora cogía un trozo de madera y lo estaba mirando con un desolado recuerdo reflejando en la mirada, por fin prendió una sonrisa hacendosa en sus labios y ahí duraba. Era muy hermosa, dijo él suspirando, sintiendo un poco de vergüenza al hablar de la ciudad como de un ser muerto y, sobre todo, asesinado. ¿Qué será de mí, Bazán, qué será de nosotros si no soy capaz de salvarla y preservarla? Tal vez la lleva más lejos, tal vez la traiga aquí otra vez, dijo con voz levemente siniestra. Bazán se estremeció y se puso de pie, le cogió la mano y se la estrechó como si se estuviera despidiendo para coger el caballo y galopar hasta el Pirú. La ciudad, esta ciudad es mi enfermedad y mi salud, ella me mata y me mantiene vivo, he vuelto a ella como torna a su antigua fiebre el convaleciente, he entrado ahora a sus dolores que son mis propios dolores, esta madera en forma de ventana y puertas y molduras y arcos son el cuerpo de un ser que he imaginado y formado y herido y despedazado yo mismo, cuando he cogido el hacha y el pedernal he hecho como el profeta, he matado a mi propia carne. Señor, dijo Bazán en voz baja, presurosamente triste, señor, ¿no tienes mujer? Él se estremeció y las lágrimas cayeron por sus ojos. ¿Por qué, Bazán, para qué?, dijo mirando las puertas y las ventanas amontonarse ante sus ojos bajo la luz del sol, congregadas a sus pies, aguardándolo, luego hablarían, luego se quejarían y llamarían a Jesús para despertarlo, amarrando en la ventana. ¿Estás muy solo, Bazán? Como tú mismo, señor, con algunos muertos en mi memoria, contestó mirando los escombros en los que se diluía despaciosamente la luz del sol y como él se quedaba callado y no

deseaba hablar más de esa soledad y esa angustia, el capitán alzó la mano y mostró una puerta. Ésa es la casa, dijo, si hubieras caminado por sus cuartos habrías encontrado huellas mías, huellas mías y no de otro. ¿Quién más podría estar?, preguntó con recelo. Los indios bajan a veces, en la noche o en las madrugadas, me obligan a encender fogatas, a mantenerme despierto. Suspiró con melancolía abarcando con la mirada todos aquellos montones de madera, muebles, mampostería y rezagos de su propia destrucción, que deseaba preservar de algún modo. Sí, sería conveniente y necesario, no sólo para él sino para la ciudad misma traerla aquí otra vez, al primer asiento, al primer destino, donde han padecido tantos y muerto tantos, pensó mirando con piedad a Bazán, cojeando tras el caballo y arrastrando el otro bajo los árboles, tiritando de miedo y nerviosidad, comprendiendo lejanamente que ahí podría vivir si él lo dejaba con vida, si él no cogía ese pescuezo enfermo para ahorcarlo, ese cuello pálido, esa camisa todavía limpia, miró esas manos que parecían toscas y martirizadas, quemadas y golpeadas, habría que amarrarlas con doble nudo, ¿tal vez el padre Cedrón, el padre Trueno? ¿Sólo los indios?, preguntó. ¿Quién más, señor?, lo miró con dulzura Bazán, ¿quién más había de ser? ¿Soldados de Chile, del Pirú, gente de don Francisco de Villagra o de don Francisco de Aguirre? Los dos Franciscos se lo quieren comer y han de venir sin duda alguna, pero él no lo cree. ¿Crees que vengan?, preguntó con ansia, llameándole los ojos con una llama enferma, viendo en la llegada de soldados de otras tierras y otra gobernación posibilidad de vida y muerte no pensada, de atroces sufrimientos y gritos y dolores y esperanzas y desfallecimientos y gloria y sangre y ciudades, ciudades en la orilla de los lagos, en la falda de las sierras ciudades incrustadas en la roca, sumidas en la nieve, bajo los bosques, sobre los ventisqueros, navíos, derroteros, ruedas, herraduras, monedas de oro, polvo de oro, otras risas quizá, seguramente carcajadas y estertores, ojos, ojos, ojos llenos de audacia, de codicia, de avaricia, de delación, de unción, de compasión, lo sentía respirar ansioso a su lado, esperando que le echara una piltrafa de esperanza o una larga frase explicativa de maldición y perdición. Ellos también lo dicen, Bazán, tú no has sido el primero, ellos lo decían y se tornaban felices y malvados, tú estabas triste, por ti y por mí seguramente, sí, vienen ellos, vienen caminando a tomarse preso, dijo con sencillez, sin nada de duelo, mirando en el suelo las ventanas y las puertas, comprendiendo que antes de un mes las recogería para alzar de nuevo las casas y trazar otra vez las calles en alguna parte. ¿No te

defenderás, señor, no te opones a ello?, preguntó con sorpresa Bazán, y él se sorprendía también al sentir esa nueva voz, una voz impetuosa, lista para pelear a su lado, lista para ser cruel y sanguinaria, no, no estaba solo, por eso no se había ido él, para poder, ahora, decirle esto. Si vienes, si de verdad vienen, quizá lo haga, quizá no, mientras no llega el dolor no se sabe si aceptarlo o rechazarlo, a veces el dolor se incorpora en nuestra carne como algo que le faltaba, que deja más completo y más profundo, el fuego y el ruido nos hacen falta a los solitarios, pero no se trata de defendernos y herir y matar a los salteadores, se trata de estas puertas y estas ventanas desamparadas y solas, ellas son la ciudad, está destruida y rota en el suelo, pero está viva y tenemos que defenderla, tal vez la saque de sus raíces otra vez para dejarla en estos aposentos, si quieres quedarte en la ciudad serás el primer colono de ella, su segundo fundador después de Cristo, no hace falta tornar a España para sufrir, si eres capaz de hacerlo, lo mismo puedes ser desgraciado en un lecho o en una montura. Sólo deseo quedarme, contestó Bazán, y si es con un fin preciso será mejor para mi soledad, pues será una soledad llena de acción. Tienes que quedarte, te obligaré a ello, eres mi prisionero en cierto modo, no lo olvides, no lo olvido, si te vas fugado de la ciudad, si te huyes de ella como huiste con mis cartas para el virrey, alzaré unas horcas en estas ruinas para adornarla con tus desgracias, dijo con altanería, poniéndose repentinamente nervioso y rabioso y miraba con desprecio y lástima a aquel hombre derrumbado sobre las maderas, mucho más desgraciado y abandonado que él. Sabes que no me iré, que no puedo irme, que ya llegué al final de mi soga, dijo con melancólico orgullo y él adivinaba cierto gozo en aquel desgraciado que se quejaba tan concienzudamente, como si dejara entrever que él se había fabricado y preparado aquel extraño martirio y este sobrevivir doloroso a una antigua y vaga desgracia. Si quieres traer aquí las casas y edificios y soldados y vecinos, seré tu segundo, señor, dijo Bazán cogiendo el arcabuz. Ya lo eres, ya lo eres, gritó él y caminó rápido como si lo estuvieran esperando y se sentía otra vez atemorizado frente a las calles solas y las casas derruidas y saqueadas. La ciudad palpitaba bajo la luz del sol y él comprendía que lo estaba llamando, diciéndole que no la abandonara, que no se fuese esta vez sin llevarla consigo, sin cargar, como debía, todas las casas, todas las puertas y ventanas y arcos y balaustradas y marcos y techos y capiteles y columnas. Caminaba con sosiego sintiendo el calor del sol impregnarse a sus párpados que le palpitaban con cansancio y ensueño, entraba en los patios para abarcar las altas

murallas y los restos de cornisa y zócalos con un dejo de saludable optimismo, sabía que las casas lo miraban y sabían que lo haría, sentían que él venía caminando hacia ellas, sólo por ellas, crujía la madera en sus manos cuando él se agarraba a una ventana y la sacudía con furia, empujada una puerta una y otra vez, salía y entraba de ellas, se alzaban nubes de tierra y de resolana, se asomaba a un balcón y veía a Bazán montado en su caballo desparecer entre los árboles, veía su ancha y frágil espalda y teniéndole un poco de envidia, cuyo preciso motivo sospechaba, lo miraba con lástima y súbita comprensión. Mirando con melancolía a aquel hombre, se sentía satisfecho y ligeramente triste, satisfecho porque con Bazán, que vivía agarrado a la idea de la muerte, pelear su vida y su muerte en un lance atroz y terrible, mejor si era injusto, él trasladaría otra vez la ciudad y, lo que era más doloroso para los españoles enraizados lejos, en otras calles y otros jardines y plazas y patios y zaguanes, la trasladaría a este asiento de donde no debí llevarla nunca, se dijo sintiendo vergüenza de reconocerlo sólo ahora. Lo haré, lo haré, él me ayudará, le obligaré a ello, seré cruel para acomodarlo a mis deseos, es un desesperado y un suicida, está acorralado por la vida y no por la muerte, sólo a la vida le teme, tiene miedo de vivir, por eso vive imaginando y mirando los años ya vividos, las noches de luna que se fueron con los gritos y el llanto y el navío que se desató del puerto, es un hombre vacío con unas cuantas insignificancias adentro y las da vuelta y torna a sacarlas y mirarlas y contarlas y dejarlas en el arca, en la cuja, en el suelo, no sería capaz de sacar de raíces la ciudad y cargarla sobre sus hombros, sólo carga un muerto, un asesinado y es un muerto que ni siquiera merece, un muerto que ni siquiera le pertenece, es un hombre débil, un pobre hombre débil que sólo merece morir enfermo de melancolía.

Suspiró sin disgusto y caminó entre las ruinas, abarcando con una mirada tranquila las casas en ruina y las paredes descoloridas que ahora pintaba el sol. Sus pasos resonaban con sosiego en medio del aire seco, lejos, lejos, sentía sonar el arcabuz del capitán Bazán, disparaba tiros al aire para no sentirse tan solo, para abrir un ámbito, una ventana a su soledad, para ponerle un marco a su desesperación, mañana o pasado mañana traeré a los soldados, le pediré al padre Carvajal que venga conmigo a mirar este antiguo asiento de la ciudad, necesitamos incorporar más desierto, un trozo más grande de estos montes y estos valles y estas soledades en el cuerpo de la ciudad, la haremos enorme ahora, dibujaré con pasión tus calles, las caminaré lentamente con el caballo, esta noche,

cuando estés despierta, mucho más despierta y asustada que ahora, subiré a tus barrios informes, caminaré tu plaza abandonada, cruzaré los arcos de tus edificios, cogeré tus maderas para darte un juramento que no pides y que te dé fe y confianza, te haremos airosa y nueva, orgullosa y cálida y fría, capaz de soportar el odio y la envidia de los españoles que me buscan y te buscan, oh hermosa mía, calle mía, abre tus ventanas, tus dos ventanas, tus cuatrocientas ventanas, dame todas tus puertas, échame las vigas y los maderos de tus techos y portales, no tengas miedo, mañana traeremos carpinteros y calafates, albañiles y cerrajeros, traeremos el ruido que te robamos, todo el ruido, y los gritos y disparos y susurros y maldiciones y risas y lágrimas y lamentos y quejidos y golpes y crujidos que eran tu respiración y tu alimento, tu sueño y tu desvelo, traeremos las horcas para asentar la vida entre nosotros, alzaremos otra vez la iglesia, encenderemos la llamita en el fondo de las copas, hundiremos la torre en medio de la plaza, sí la haremos, lo haremos mañana o pasado, esta noche el melancólico cuidará de tus ruinas y bajaré a la otra ciudad para matarla y que sólo tú vivas, para traer las casas y el ruido que nos robamos, la traeré, te traeré otra vez, amor mío, aliento mío, dijo en voz baja sintiéndose mortalmente abandonado y solo, deseoso sin embargo de estar haciendo eso, estar comenzando eso que lo dejaría definitivamente más abandonado y más solo, miraba las maderas teñidas por el sol, húmedas ya, pudriéndose ya, se agachaba para recogerlas y mirarlas lentamente, con extraña frialdad, asombrado de verlas tan enfermas y deshechas y podridas y seguro de que dentro de dos o tres semanas estarían otra vez los soldados alzando los martillos y haciéndolos brillar al sol. Si vienen los de Chile la incendiaremos, meteremos pólvora en sus cimientos, haremos volar por los aires sus edificios y sus calles y sus plazas, cargaremos las dos torres sobre las carretas y las traeremos en procesión tras el ganado, vendremos disparando para avisar a los indios y a los pusilánimes que ya nos vamos, que ahí vamos y dejamos la otra ciudad, terminando de quemarse sus despojos en medio de los dos ríos, bajaremos hasta ella, hasta su verdadero rostro y su verdadero sufrimiento, bajaré hasta ti, yo mismo descolgaré las puertas y las ventanas, las primeras puertas y ventanas, yo alzaré el primer martillo y clavaré los primeros clavos, sentirás mi respiración pausada, pausada por primera vez después de tantos años inclinarse junto a la primera sierra para recortar tus trenzas trágicas y ponerte donosa y joven, podaremos esas hierbas y malezas amargas que crecen en tu cintura y te ahogan y envejecen el rostro, clavaré yo

mismo tus primeros balcones, amarraré las flores en los hierros de tus adornos. Estaba seguro de que lo haría, lo haría con facilidad y alegría, aunque siempre le había parecido que lo haría con dolor y dificultad, lo haremos aunque no quieran ellos y se desesperen y se quieran amotinar, amotinaremos a los frailes contra ellos, desempolvarán los libros y sus antiguas letanías, responsos y maldiciones, echaremos a volar las campanas el próximo sábado entre tus árboles, echaremos a volar el polvo y la tierra que te amortajan. Me iré esta noche sólo para tornar mañana o pasado mañana, vendré con Guevara y Rentería y Alcántara antes de que llegue el Aguirre y les pediré que me ayuden a desmontar la ciudad y a apresar a Sedeño y Bobadilla y Torrellas y a ahorcar a cuatro vecinos para criar coraje y miedo para ellos, estaremos de regreso dentro de dos días con un sol más firme y un cielo más cálido, protégeme, protégeme, Dios mío, protégela a ella que es tu ciudad, la única que deseo y poseo, yo solo la he hecho y deshecho porque la amo y la necesito y me necesita, Dios, Dios, protégela, protégenos, otra vez alzaremos sus calles y las liaremos en nuestros brazos y en el fondo de las carretas y bodegas para preservarlas y guardarlas y sacarlas hacia el bosque y el llano y las sierras cuando llegue el viento suave y los árboles se llenen de flores, yo regaré las primeras flores, yo soplaré la tierra que te tapa, vida mía, cuerpo mío, alma mía, dijo en voz alta y echó a caminar y luego a correr en busca del caballo. Y cuando lo montó el caballo huyó por el medio de las ruinas, sus relinchos se arrastraban hacia el agua que relumbraba al sol en un sopor de fiesta y de extraño abandono, sentía a Bazán disparar en la hondonada distante, miraba el humo alzarse en el aire cálido y se iba tornando furioso mientras el caballo avanzaba por unas ruinas hundiendo sus pezuñas en los marcos de las ventanas y alzando con sus belfos leves restos de géneros, sábanas, tapices, creyó divisar que Bazán lo miraba con recelo desde una loma, sujetó las riendas acortándolas hacia su pecho para incorporar al caballo en su respirar hondo, en su cansancio, en su desconfianza, en las ventanas que vibraban melancólicamente al sol, en las puertas que colgaban inútiles y ridículas de sus goznes, no deseaba toparse de nuevo con Bazán, le molestaba que estuviera ahí todavía mirando las mismas ventanas y puertas, las hojas de las puertas y ventanas, las orillas de los techos que se inclinaban bajo el sol para que él sólo, él y no otro, las tocara con amor y ternura y pasión y odio profundo, deseaba significarle que debía irse ahora mismo, esta noche antes de que amanezca, pues en la madrugada galoparé hacia la ciudad, hacia las

calles lejanas y sentenciadas, debe irse, le mataré si no lo hace, este hombre nació para vivir encadenado, este pobre hombre, pobre hidalgo, pobre amigo mío, decía comprendiéndolo y compadeciéndolo, es un desgraciado y no quiere reconocerlo, lo niega y trata de no serlo, ésa es su única desgracia, de ella huye y a ella se ve enfrentado, él se impulsa solo hacia esa soledad que le aguarda, yo lo empujo, Dios mío, como otros me han empujado a mí hasta la mía, el virrey lo empuja por la espalda y suenan las cruces y medallas en su pecho, alza el libro y suenan las hojas, los capítulos y los versículos, hay un rumor de hojas rechinando en los libros de la Biblia, páginas que relumbran al sol como los huesos del expedicionario en las arenas del desierto, páginas ahogadas en la sangre y la portentosa lluvia, desde aquí la veo, desde aquí veo, Dios mío, alzarse las letras y los versos, algunos cantos dorados y definitivos, limpios, sin mancha y sin sangre aunque tienen sangre, porque de todos modos en su sangre única, brava, impetuosa, lúcida, despierta, nada de cruel, nada de trágica, sangre que se vierte no de muertos y moribundos sino de vivos, de vivos acosados atrozmente por la vida, por la vida y no por la muerte, por una pasión de gran categoría y no por una pasión deleznable, enferma, rastrera, hipócrita, vergonzosa, temerosa, una sangre llena de vida, en cierto modo la vida misma, la sola vida, toda la vida, oh Dios, tus libros santos están ellos de sensualidad y de pasión, ésa era la sangre que yo envidio y busco, la única sangre que reconozco como mi amistad y mi amor, no esta sangre enferma y contaminada que golpea quedo las venas del pobre Bazán, haré que se vaya, que no enferme no contamine más mis calles y mis casas, están heridas y están enfermas, no quiero enfermos para ellas sino soldados sanos, soldados malvados, pero sanos, formidables, terribles, monstruosos, pero no heridos ni pesarosos ni enfermos del pecho ni tibios ni temblorosos, decía echando el rastro de su caballo tras el caballo del capitán Bazán, este hombre debiera empezar a caminar hacia la cárcel y los grillos, es un ruidito de hierro lo que merecen su pesar y su desgracia, sólo eso, apoyarse en eso, descansar en esos fierros, en un puñado de aros feos, no muy pesados, le diré que se vaya galopando, que desaparezca ahora mismo fuera de la ciudad, no quiero verlo más en ella, pisando sus calles, manchando sus muebles, usando sus sillas y cajones y la única cuja que nos queda. Echaba el caballo al trote deseoso de alcanzarlo, guiándose por el ruido tamizado de los disparos y por el leve humo azul en el fondo cálido y oscuro del cielo, échalo, échalo, Juan, decía la ciudad, él me da más miedo, se pasa llorando, camina sollozando en las tablas

toda la noche, llora vuelto hacia España, es un pobre hombre, es un hombre débil, no es un hombre, dile que se vaya, no dejes que se tienda sobre mí ni que golpee mis maderas, no permitas, Juan, no permitas más que se agarre a las ventanas y las sacuda desesperado, sólo tú cógelas, sólo tú golpéalas, Juan y trae con tus golpes el viento y el sol del verano y el ruido de los martillos y los clavos llenándome de heridas y de gozo, lo haré, lo haré, vida mía, juro que lo haré, lo mataré esta noche, haré justicia en él, le dispararé sólo una vez y le daré tiempo para que vomite un padrenuestro y un yo pecador antes de dispararle, es un miserable, un desesperado que sólo tuvo un puñalito heredado al alcance de su dolor pequeño, déjalo, déjalo en la almohada, en los baldaquinos del lecho, en una sola sábana para que se desespere y busque unas medias blancas, unas piernas esbeltas y conocidas para herirlas y desesperarse más, lo echaré de tus calles, juro que lo haré, no lo dejaré que duerma esta noche en la cuja, no es de él ni mía, sólo tuya, decía acariciando con una amplia mirada las calles sumidas en la penumbra luminosa del sol, lo mataré y no seré un asesino sino un justiciero, un alguacil, un oficial del santo oficio, un enviado del virrey y del rey y de la audiencia, sí, lo empujaré hacia afuera, dispararé en la noche para obligarlo a salir trotando, si vienen los indios ellos me ayudarán, tal vez sean indios amigos y conocidos, aquellos que bautizamos, aquellos a los cuales les hicimos cruces y por los cuales nos peleamos con don Francisco y de repente se puso a reír de gusto y satisfacción y verdadero gozo y seguridad, pues comprendía que aquellos indios y no otros tenían que ser. Algunos indios, le dijo Bazán sin agregar más. Se llevan maderas, las desclavan con tiento, sin apuro, pues me ven solo y apesadumbrado, se plantan delante de mí y se me quedan mirando, casi no parecen deseosos de herirme o matarme y cogerme cautivo, me parecen demasiado presuntuosos, se apegan a una pared y la remecen con una sola mano, sin mucha fuerza, apegan a ella la oreja deseosos de buscar ruidos, conversaciones, quejas, susurros, oyen el viento en lo alto, abren sus risas silenciosas, mueven sus cabezas, una vez, otra vez, cogen la ventana y la puerta y las alzan en la penumbra como alza el padre Carvajal la hostia cuando hay paz y hay misa y hay indios y soldados, indias y españolas inclinadas en el suelo desnudo de la capilla, hablan en voz baja, alzan apenas la voz para atemorizarme señalando en la oscuridad hacia donde yo estoy, no me ven, pero yo los veo, lavados y tranquilos y terribles señalando por la ventana abierta, diciendo que ahí debo estar, lamentándose con tranquila desilusión de no poder verme para pedirme permiso

de cargar algunas maderas sencillas para llevárselas, siento sonar el agua del río cuando chapotean arrastrando en ella los muebles, pues se han llevado por fin algunos muebles, señor, todo lo que cayó de las carretas, lo que no se atrevieron a cargar los soldados por temor a los indios precisamente o a los soldados de don Francisco o al padre Carvajal que se paseaba con el arcabuz y el hacha delante de las horcas donde colgaban Antón de Luna y Alonso del Arco. ¿Han llevado mucha madera? Mucha, señor, mucha, mucha, mucha y mira todavía toda la que hay, dijo con intención Bazán y desde entonces comenzó a odiarlo él, pues Bazán lo miraba con un rostro claro y demasiado serio, nada de trágico y verdaderamente inteligente diciéndole con los ojos y con la mano, mira señor lo que cargaste en las carretas, una manga de traidores, sábanas sucias, españoles sucios, horcas de ahorcados, bolsas de vino, canastos vacíos, sólo eso, y yo llegué antes a la ciudad, señor y entré por sus calles y vi su miseria. ¿Los indios?, dijo él con un alivio, pues había esperado que no fueran ellos sino los soldados de Chile, los hombres de don Francisco que ya saben que cargué a lomo de indios y de bueyes la ciudad y me fugué lejos con ella. No la cargaste, no te la llevaste, señor, dijo burlesco y triste Bazán, mira, señor, mírala, está al alcance de tu mano, la estás tocando con los pies y él ya deseaba ahorcarlo y sabía que lo haría finalmente. Apretó las manos y los dientes y se envolvía lentamente en el odio. Oh, señor, dijo Bazán, y él entonces gritó y le preguntó, ¿mataste a alguien en España y saliste huyendo para huir de las galeras? Señor, una muerte limpia y dolorosa llevo en el alma, una muerte clara que no es traidora ni villana, a alguien maté sin desearlo aunque lo odiaba, pero mi viaje es anterior a mi desgracia o si queréis contemporáneo. Él se rió con toda la boca al escuchar aquello, sintió su propia risa que no era alegre sino desolada e incluso solapada, se avergonzó de oírla y se quedaba serio, Bazán aclaró la voz y aquel gesto se la tornó más temblorosa, aunque más pura. Soy pobre, señor, y no debiera serlo, joven embarqué a las Indias y en sólo veinte días me encaneció el bigote y se me tornaron temblorosas las manos, tenía miedo y frío y la luz del día me enfermaba, cuando desperté en el barco después de siete días de navegación y la tempestad golpeaba el camarote y el mar ascendía hacia la ventana y sentía su olor y deseaba respirarlo, ya empezaba a temblar, pues sólo entonces recordaba esa sangre y esa vergüenza. Ahora, ahora, siete días después, tenía miedo. ¿A un hombre, a un hidalgo? ¿A quién, señor, si no era en la guerra? Sólo en la guerra matamos villanos los hidalgos. Se sonreía pensando con frialdad y desprecio en él, y aun se atrevía a

murmurar que efectivamente así era y que Bazán no era un ser despreciable, pero comprendía también que en el estado en que se encontraba y en el estado de excitación en que él mismo se encontraba todo podría parecerle despreciable y pequeño, hasta la persona del virrey tosiendo con su risilla ordinaria y desconfiada, hasta Jesús hundido en el barro, llorando de rabia y clamando hacia el cielo enrojecido mientras la lluvia lo azotaba implacable dejándolo cada vez más visible. Se sentía intranquilo y deseoso de que llegara luego la noche, te salvaré, vida mía, decía mirando con fría pasión las puertas y ventanas que iba dejando atrás, la lluvia había escurrido por ellas y apenas las había manchado y despintado, sólo las había endurecido y adelgazado, las iba seleccionando con la mirada, apretando los labios y deseoso de que llegara la noche luego, para tornar luego a la lejana ciudad, aquella ciudad fría y distante, falsa e hipócrita y traidora, la verdadera, la única, la auténtica ciudad amada y abandonada y desesperada y que lo desesperaba era ésta, el caballo se alzaba inquieto oliendo los olores cálidos, mirando desconfiado las luces violentas que se filtraban a través de las ramas que iban rompiendo, alertando las orejas para escuchar los disparos hacia el otro lado del río, hundía sus patas en las hojas húmedas y él sentía el efluvio de las hierbas pisoteadas y de la madera hundida, esto era una calle, una vereda, el portal de una casa patricia y lo volverá a ser. Le temblaba la voz, pues estaba seguro de que sería difícil que él pudiera hacer aquello sin provocar sufrimientos y lágrimas y prisiones y muertes, pero él, él sobre todo, ¿por qué estaba aquí?, murmuraba con repulsión, pues no sólo le molestaba que Bazán hubiera mirado aquella ciudad destruida a la luz de la luna, bajo las estrellas invernales que habían brillado en las últimas noches, que hubiera contemplado triste o disgustado o simplemente arrepentido, vuelto a España, a su maldito dormitorio, el segundo piso donde reventaban en la glorieta las murmuraciones de los criados y doncellas, le molestaba, además, simplemente que estuviera ahí, que hubiera traído su tragedia y sus dolores, sus quejas dignas y espaciadas hasta esta ciudad nueva mancillándola con un dolor que él no merecería, cuya fuerza no había sido capaz de absorber ni desarrollar, hidalgo de pecho hundido y voluntad hundida, no puede servir para nada, no me puede servir, no necesito otra debilidad, me basta con la mía y es robusta, le mataré o le obligaré a irse o lo mandaré encadenado, no dejaré que me explique sus dudas ni que me hable desgracias que no me interesan y que me dan miedo, no deseo que me introduzcan a un sufrimiento del cual no puedo participar, que no es mío ni he

provocado. El sol estaba oblicuo y venía directo hacia él, a posarse tibio en su pecho, a decirle que tuviera paciencia para lo malo y lo bueno, que supiera esperar, que la ciudad estaba ahí mismo y sabía que no la abandonaría ya, lo haré, lo haré, pensaba con flojedad, con un poco de sopor y recelo sintiendo los disparos que reventaban tibio, mirando el cielo tibio en el que volaban unos pájaros distantes. Echando el caballo contra los matorrales, desde ahí veía mejor los esqueletos de las casas, los abarcaba más desolados y desamparados, inermes e indefensos, si hubieran querido los indios borraban esto en dos noches, y el viento ondeaba con suavidad contra las vigas y alzaba restos de géneros, de papeles, de indefinibles adornos que lo dejan perplejo y receloso.

Entró por un portal y bajando del caballo lo dejó suelto, el caballo no se movió y él caminó hacia adentro, sintiendo sus propios pasos y los disparos, sonaban ahí mismo como si estuvieran disparando hacia el lado de la plaza, dirigiendo los tiros hacia él, hacia su soledad, hacia sus manos que se escurrían en el suelo para coger un marco y dejarlo quieto, es él, es él sin duda, un simple loco, un sencillo desesperado, haré rápida justicia en él, es un desertor, un traidor, un fugado de galeras, si él hubiera entrado en los Reyes y no en este cementerio, si hubiera subido la escala del virrey y no la de su dormitorio, habría salvado a la ciudad y no me habría empujado a moverla y removerla tres veces o cuatro veces o cuatrocientas, Dios mío, decía con furia triste, golpeando la ventana con sus puños, no vendrían los de Chile a luchar conmigo y a quitarme estos marcos y estos ventanales. Cerró la ventana con cuidado, apretó los dientes y mirando el cielo que parpadeaba en un revoltijo suave de luces y de sombras, cogiendo la brida del caballo que lo aguardaba y no lo miraba, se hundió en los matorrales, en el sol y el viento mientras sentía el canto temeroso de los pájaros y el ruido mezclado de los insectos remover la tierra y susurrar quedo. El viento le empapaba con suavidad la cara, lo llenaba de ecos y rumores leves, llenos de dignidad y esperanza, de cordial invitación a caminar y hundirse en tierras desconocidas y sacar de la nada calles tranquilas, casas señoriales y frescas, todavía sin ruido, todavía abiertas en las madrugadas estivales bajo un cielo alto y esponjado, sin nubes y sin ventoleras. Sintiendo el viento, mirando las copas de los árboles que se removían en él, los disparos lejanos que se iban alineando en sus nervios, mientras respiraba hondo, como recogiéndolos, como si se tratara de disparos que estaban cumpliendo una fatal tarea, una implacable e impostergable labor que él conocía, viendo el humo que se alzaba y desmenuzaba en el cielo claro, sin darse cuenta de él, sin saber que era humo de disparos, esos disparos echan ese humo, esa sangre, esos gritos, caminaba siempre mirando todavía maderas caídas, puertas derrumbadas, ventanas perdidas en el agua, sentía su propios pasos que iban abriendo las ramas y reventando las hojas, los pájaros se callaban y luego entreabrían otra vez su canto apresurado y nervioso. Cuando tornó, tenía un miedo desconocido apegado a sus manos, que temblaban, lo echaré, no debe estar aquí, es un peligro y una maldición sobre la ciudad y sobre lo que deseo hacer en ella, le rogaré que se vaya, lloraré para que comprenda mi necesidad y mi miedo, le diré que me cuente su desgracia completa, deseaba ser burlón y pérfido, pero se sentía triste y desolado, la luz postrera del

sol todavía barnizaba las paredes y los árboles y tenía sumido el paisaje en una lechosa claridad, angustiante y solidificada, sentía gritos, suaves gritos acompasados y galopar de caballos, algunos disparos perdidos, disparos nerviosos, ellos mismos asustados. De la casa salía humo, humo no de fogata o incendio, ni de vigilias o centinelas, sino un simple y desmadejado humo suelto que se asomaba a la ventana y se vertía por ella. Desde el fondo de la tierra, desde el fondo de la oscuridad, miró hacia el río, por el río iban unos indios, unos caballos, sentía el agua removerse con los gritos y las brazadas, los indios movían los brazos abarcando el agua, metiéndola en su boca y en su pecho, incorporados en ella, se iban ahora con ella, eso era un gesto, eso era un signo, pensó rápido y no tuvo tiempo de asombrarse. Ardiles estaba tendido boca abajo, la cabeza tronchada sin elegancia en la tierra, caído junto a la cuja. Él se había asomado para sorprenderlo por la ventana abierta y luego, cuando entró y se acercó a él y miró la sangre que fluía sin ganas de la espalda y sintió el olor de la pólvora y sintió las toses y vio esos ojos nublados que lo miraban llenos de espanto o desconfianza y movió una mano, una mano vieja y villana ahora, hedionda a pólvora, manchada en tierra vieja. De sus labios corría un hilo de sangre, pero no eran sus labios ni su cuerpo, más consumido y más concreto ahora, lo que lo perturbaba, eran sus ojos, sus ojos enormes, color de humo que lo miraban sin odio y sin furia, sólo con reproche y una conocida seguridad, haciéndole una advertencia, un gesto desdeñoso y frío que abarcaba su mano, no a él, sólo a su mano y el arcabuz, tenía miedo, miedo, miedo de que le disparara otra vez, eso cree, eso piensa este pobre desgraciado, pensó sin duelo y sin vergüenza y se encuclilló para estar más cerca y que él, viendo sus ojos, supiera que él no había sido, no, no, así no debía ser, así no ha podido ser ni quería que fuera, lo miró toser y cogiéndole la mano la puso en el cañón del arcabuz para que comprendiera que estaba frío y que él no había disparado y para que comprendiera todo, completamente todo, se puso de pie y se apartó para que lo mirara y comprendiera. En medio de la luz de la tarde empezó a cargar el arcabuz, lo afirmó en la tierra y hacía ruido para que lo mirara, lo miraba con sus ojos inmensamente abiertos, movía los labios en un gesto de frío estupor, de falso estupor, movía las manos sin ganas y sin tacto, sabía que todo esto era falso y mal urdido, se estaba impacientando y adquiriendo miedo, un leve miedo que armaba Ardiles caído en tierra, prescindiendo de él, de lo que hacía, de lo que pensaba hacer, de lo que pensaba, de lo que había pensado, sólo los estertores le

trajinaban las calzas, le enredaban las manos y le torcían sin pudor y sin belleza los labios, él se sentía defraudado y sentía un asco y un miedo frío y una lenta lucidez lo hacía moverse todavía para armar el arcabuz y dejarlo listo para disparar, disparar a quién y por qué, qué hago ahora, Dios, que podría hacer ahora, Dios, él no lo había hecho, pero estaba hecho y era justo lo que él había estado deseando todo el rato, todo el día, toda la noche, respiró cansado, estaba muy cansado, diría que estaba tan muerto como Ardiles, pero él se daba cuenta todavía, tenía su muerte y la del otro, esa muerte que él había imaginado y deseado, ese muerto que ahora se interponía entre él y la ciudad, ¿por qué lo hicieron, por qué lo hizo él?, parecía de repente que Ardiles mismo había planeado todo, siempre le pareció inteligente, inteligente a pesar de ser tan desgraciado y por eso mismo, el sufrimiento y la soledad, no hay nada más ingenioso, más imaginativo, sólo que en actitud de espera, en paciente espera que puede durar siete horas o siete meses o siete años, sí, él lo habría planeado, él estaría mandado por don Francisco y por el virrey, dijo que los conocía y no mintió, dijo la escueta verdad, incluso que deseaba morir y ahora está muerto y todavía lo acusaba, todavía lo estaba señalando, recogiendo en sus ojos para que no me la lleve, para que los de Chile no me cojan desprevenido y me envíen a los Reyes reo de asesinato y sin mirarlo ya, sólo mirando la amarillenta luz de la tarde, salió afuera y ahí estaba el caballo y mirando el interior de la casa, abriendo los labios para murmurar una palabra de estupor o consuelo, recogió las riendas y el caballo caminó pegado a las casas y él miraba las ventanas y las puertas, los montones de madera que venían a su encuentro, que se apelotonaban en las patas del caballo, que subían por los remos para que él las mirara y sintiera todavía el sol agarrado a sus borceguíes, pero todo, todo, hasta él mismo estaba ahora distante, y desde luego mucho más vulnerable y amenazado, ahora más que nunca, Juan, tengo miedo, tenemos miedo, el caballo salió el galope mientras veía y no lo olvidaba y tenía que ser posible e inatajable, a Ardiles rodando por todo eso, no como un muerto, no como un asesinado, desde luego, aunque estaba lleno de sangre, sino, más bien, como víctima de un accidente, de una muerte más imbécil y anónima de la ciudad que lo llamaba todavía, que lo llamaba siempre y que lo miraba desencajado correr hacia adelante y hacia abajo.

Todavía trotaba cansado y transpirado, y hubiera dicho él que se sentía más delgado y más joven, cuando entró en la ciudad, debían ser las primeras horas de la alta noche, había soldados en las calles,

soldados de a pie, grupos de a caballo, se alzaban voces indiferentes, de cansancio o de protesta, corría un extenso y mesurado bullicio, sonaban armas, armas amontonadas en el suelo, recién desparramadas o recogidas, herramientas que se ordenaban claras en sus nervios. Iba envuelto en la capa, sudando y tiritando de frío, la noche era alta y sonora, si se hubiera detenido habría podido sentir los disparos que hacía Ardiles allá abajo, ya se habría puesto de pie, se habría lavado un poco, peinado un poco inclinado sobre el agua, pero, ¿por qué tenía sangre si no estaba muerto?, ¿por qué debía tener sangre de todos modos? Él veía horcas, cuerdas de horcas, maderos oliendo a rostros, a pescuezos, veía lenguas, lenguas, pero nunca sangre, ¿por qué lo habían hecho, por qué lo había hecho él mismo? Sí, lo miraba con cara de aterrorizado y ciertamente con un resto de odio o de simple arrogancia, pero los indios eran auténticos, él no los había imaginado ni inventado, en eso había sido verdadero, pero no en su viaje, no en su sangre, menos en ese insoportable silencio en el que pasaban muertos, unas estrellas lejanas parpadeaban en un cielo más bien negro y presagioso, Ardiles debía estarlas mirando, debía estar respirando ese mismo cielo negro y echando su soledad en él o su desgracia, su pequeña desgracia que ahora lo mataba, pero habían sido los indios y no ningún hidalgo, menos yo, menos Juan, le decía señor Juan, y sonreía con un poquito de labio, él se paseaba un rato y se detenía, no lo miraba de momento, lo olvidaba, sí, le habría gustado olvidarlo del todo, borrarlo del todo, suprimirlo del todo, sacarlo de la ciudad, veía las antorchas marginar las calles y a los soldados mover las maderas entre las sombras, unas maderas limpias y cuidadas, cortadas sin nerviosidad, con mucho tiempo para hacerlo, con muchos nervios, con coraje, con esperanzas, maderas para durar muchos años, largos meses de aislamiento y alegrías, de cortas alegrías, de simples y bobas alegrías, generaciones de lágrimas y de carcajadas, lluvias interminables cayendo sobre los vivos y los enfermos, sobre los soldados y los ahorcados, interminables sequías estivales, el río hinchándose súbditamente hacia la madrugada y derramando hacia los barrios nuevos, veía las puertas abiertas de las casas, agradablemente iluminadas esperando una alegría, deteniendo y alimentando una alegría, una invisible alegría, los balcones esperando en el suelo bajo las ventanas y ahí podía estar asomado ya, inclinado Ardiles, encendiendo la candela y bajando hacia el bosque para mirarla y subiendo quedo, misterioso, más bien liviano, más bien superfluo, hasta el balcón para comprobar su peso y resistencia y sentarse en él mirando pensativo

la ventana, esperando que lleguen los jinetes, por lo menos un solo jinete, que salgan de las carretas los indios, por lo menos un indio, que se desperecen en sus toldos los soldados y que tornen las caras para reconocerlos y estarse toda la noche, de cuclillas en el suelo, tras la puerta, por ejemplo, o tras la cuja o el arcón, esperando que entrara una cara, una sola, por la sombra, algunas puertas vibraban abiertas en mitad de la calle, entraban los soldados corriendo bárbaramente por ellas, para romperlas, para mancillarlas y reírse los putañeros, él tiritaba viéndolos y recogía las puntas de la capa y se la llevaba a los labios, algunas ropas pulverizadas dentro de las piezas mostraban a través de las ventanas la albura y la soledad mesurada de los aposentos, en alguna parte reían y conversaban algunas caras, seguramente algunas manos, dos centinelas marginaban la iglesia y caminaban sin ruido, como ángeles burdamente disfrazados, caminaban hasta los árboles para disimularse o coger un poco de silencio y luego tornaban más silenciosos y cada vez menos visibles, como transparentes, a través de las ramas se divisaban siempre las estrellas y caía el viento frío y eso sólo, eso únicamente, podía llevar al convencimiento, quizás a la duda, lo que era mejor, que en verdad Ardiles había muerto o, por lo menos, había desaparecido y mañana tal vez pensaría y estaría seguro de que lo había imaginado, tendría que pedir las listas de los embarcados en España hacia el Pirú y Venezuela y Nueva México, veía rostros conocidos que lo miraban con odio, desde luego con sospecha, desde luego sin nada de miedo, absolutamente sin nada de miedo, sí, tendría que dormir de pie en su cuarto mirando hacia la hondonada, si sentía disparos hacia aquel lado, si veía humos o indios reptando por sus huellas, tal vez Ardiles volviera o muriera del todo o desapareciera para siempre, mas esos rostros lo miraban solamente sin interés ni respeto, estoy enfermo y no importa, tengo frío y no importa, vengo de muy lejos, de muy abajo, entonces encontré a Ardiles, decía lentamente, seguro de que ahora estaba recordando, por eso venía él tan andrajoso y yo tan sucio, nos mirábamos a la cara para golpearnos y juntos caímos al agua, el agua lo había devuelto un poco hacia la vida y también hacia el recuerdo, sentados en la orilla me contó que tenía hacienda en Andalucía, mujer y un infante, en la noche la ciudad derruida brillaba en la penumbra y la mirábamos como la miro ahora, sin desearla tanto todavía, sin desear descender todavía a sus piedras y a sus huesos y él se quedaba mudo, se rió primero y luego se quedaba mudo, recordándolo una risa miserable le corría por los labios, estaba disgustado, frío, distante, sentía creciendo

angustia y deseos de meter presos a todos los españoles y a Ardiles el primero, sentía sus risas crueles y desenvueltas, se tornaban en la noche hacia él y se reían mirándolo ridículamente enfermo, surgiendo del fondo de su propia miseria y de la miseria de Ardiles, del fondo de las murallas hundidas, rotas y ensangrentadas como Ardiles, casi hermosas como él si no fuera tan silencioso, si no fueran tan silenciosas, por las riendas del caballo se paseaban las ratas y él entonces le dijo, mire Ardiles que le saltan al bigote, y él miraba la rata como si le interesara mucho y la preservara y la hubiera traído escondida en el camarote, los pájaros también, sí, los pájaros pasaron bajo volando hacia su cara como si los hubieran lanzado hacia sus ojos, tan vulnerables, tan llenos de recuerdos, y él se agachó y luego se irguió enteramente y miró por la ventana y lo vio en el suelo y le dijo Miguel qué ha sido, Miguel qué ha ocurrido y lo olvidó hasta ahora que se sentía acorralado y no sabía por qué ni por quiénes todavía, pero caminaba hacia su destino y todo habría sido correcto si no hubiera encontrado a Ardiles un día y perdido al día siguiente. Ahora se fijaba, ahora tenía que fijarse y de todos modos trataría de mantenerse despierto, no fuera a ser cosa que…

Cuando llegó a la casa vio al centinela pasearse delante de la puerta y habría podido jurar que él mismo o Ardiles, lo que hubiera sido más probable, estuvieran en el lecho enfermos de fiebre y sentenciados y los escarpines del cura y las medias moradas del cura estiradas hacia su cara, pendiente de su boca, de su lengua, de sus dientes, incluso de su fugitivo olor, pero había una cosa y era que en la casa de Ardiles también había centinelas y no pensaba ahora en ello, porque en la de Guevara también había y hasta en la iglesia, las cuerdas de las horcas que se alzaban en la penumbra para que él las viera se movían quedo, muy quedito, solas todavía, todavía inútiles y hasta un poco ridículas. Lentamente ató el caballo en la rama del árbol y pensó que lo hacía así precisamente para no poder desatarlo luego si estaba apurado y tenía que huirse y fugarse y esfumarse como se había huido y fugado y esfumado Ardiles, pero Ardiles estaba muerto y todo se reducía entonces a que no podía huir, estaba inmóvil, atado, clavado por la muerte, aunque no se notara, pero ahí estaban los centinelas junto a su puerta, por lo tanto Ardiles habría entrado y salido de la casa, habría dormido en ella o sufrido insomnios, había tenido dolores de vientre y probablemente no los había curado bien, sí, siempre le pareció barrido suave, pintarrajeado suave y por encima, sólo por la piel, no por la carne ni por el hueso, por los temores de enfermarse de un

dolor vergonzante, más bien jocoso o femenino, dejó caer la cuerda, el trocito minúsculo de cuera y fue subiendo los escalones para entrar al zaguán y esperó el golpe o el puñal, pero sólo sintió el gruñido de los perros en el fondo del huerto, los vio correr en la oscuridad y buscarle las manos para olerlas y respirar confianza y un poco de lejana soledad. Se quedó quieto, mirando, esperando, esperando siempre. No se sentía nervioso, no se sentía en absoluto nervioso, eso le gustaba y sabía que le convenía y le serviría, a menudo se creyó muy débil, más bien fantasioso. Ahora no, ahora que debía estarlo no se sentía asustado. Desde adentro, iluminados por la antorcha clavada en un aro, junto a la ventana, lo miraban Guevara y Ardiles. Ardiles se puso de pie, fue el primero en hacerlo, tenía que ser el primero en hacerlo, como en el panteón, como en el día del juicio y en las historias de aparecidos que contaban en la alquería, estaba más pálido, es decir más terroso y en la boca levemente torcida, por temor o por disimulo, tenía rastros de sangre, rastros recientes de sangre, hubiera jurado que hasta de disparos, entreabrió la boca y la tornaba decente para decir una indecencia, pero no dijo nada, sólo lo miraba de arriba abajo, reconociéndolo y, muy lejos, comenzaba a sonreír, una risa corta, pues no tenía tiempo, él sabía que no tendría tiempo, luego vendrá la medianoche, luego llegará don Francisco. Guevara, en cambio, estaba en esta tierra, en esta ciudad, en esta casa mía, hundido en mi sillón, haciéndolo crujir para perderse en le tierra el desgraciado, el desgraciado amigo mío que quiere traer desgracia, pero la trae lo mismo porque está vivo y no quiere morir y es joven y a veces tiene hermosos y terribles sueños, lo miraba desde el fondo de sus ojos tranquilos y plácidos, una placidez que no le correspondía ahora, sonreía, le estaba sonriendo, deseando darle buenas noticias a cambio de sus dudas y sudores. Él se acercó paso a paso, recogió su sonrisa y la devolvía, golpeó con cariño el hombro de Ardiles y de él caía tierra, hubiera jurado que habían caído ventanas y puertas que sonaban, que lo aplastaban al hidalgo, al pobre hidalgo, hasta sintió el conocido olor de la madera recién cortada y, sobre todo, sintió el cuerpo de Ardiles, estaba ahí, no se iría todavía. Arrastró una silla y apretando más la capa sobre sus hombros tiritó francamente. ¿Estás enfermo, señor?, preguntó suavemente Ardiles, como significándole que se mejorara luego, ahora mismo, como significándole que sería una inconveniencia, un error, una cobardía enfermarse ahora, ahora mismo, esta noche terrible y necesaria, pues no tenemos otra. Ardiles tenía los ojos llenos de soldados, los labios llenos de espadas y sables y hachas y

cuerdas y ramajes, lo veía más enfermo que él mismo. Todos estamos enfermos aquí, Miguel, le dijo, yo mismo te he imaginado muerto y asesinado y no lo deseo, nunca lo he deseado francamente. Sólo que hay algunos más enfermos que otros, algunos que ya no sanarán, que ha desahuciado de un minuto al otro el doctor Valdenebro o que desahuciaremos nosotros mismos esta noche, dijo Guevara, y se movió un trecho en su sillón para comprobar su propia villanía, para verificar que toda su carne y su sangre y sus músculos estaban ahí enteramente y que estaban despiertos y comprobados y que poseían toda su bárbara fuerza. Hay soldados, centinelas, ruido lúgubre de armas, señores, dijo repartiendo la mirada entre ellos dos. Soldados centinelas, ruidos de armas, ¿qué más podía haber en una ciudad que se deshace y aniega?, preguntó con tensa tranquilidad Guevara y cruzó las rodillas una sobre otra para hacer más definitivas sus palabras, para dejarlas ahí, visibles, inmóviles y fatales. ¿Se deshace, se deshace sola, quién la aniega?, enumeró rápido, con recelo, listo a convertirse en rápida fiera, en cautelosa alimaña. Nosotros, capitán, dijo Guevara con espantosa tranquilidad, Ardiles, Alcántara, los cuatro frailes y el alguacil y el médico y unos cuantos amigos de confianza. Ahí tenemos diez prisioneros en la oscuridad, amarrados boca abajo contra la tierra, sumidos por los pies en el cepo, acabamos de ir a verlos, iluminándolos con las antorchas para que hablaran. ¿Qué han de hablar? Palabras fatales que no quieren decir, explicó Guevara fríamente, quedándose afuera de ese frío. ¿Fatales para quién? Para ellos si no hablan y si hablan también. ¿Qué han de hablar de importante, qué han de decir de terrible? Las palabras son siempre terribles, dijo sin importancia Guevara, como si no fuera verdad lo que decía o él no lo creyera o a él no le importara y hablara sólo por hablar, por ganar tiempo, por dar tiempo a que llegaran los soldados borrachos y abriendo entre rechinamientos las celdas, barrieran furiosos el suelo con las antorchas para encontrar esas manos aplastadas, esas caras temerosas e indignas, las manos atadas son la gran indignidad, Dios mío, pensaba él, deseando huir de esa maldad y esa inutilidad tan concreta, por eso Jesús tenía los brazos abiertos, las manos sueltas en un terrible gesto de potencia, orgullo y agonía viva, agonía hacia la vida y no hacia la muerte, muerte eres la piedra del camino, vida eres el camino, sí, se perdía, no quería esto, yo no quería esto, si me fuera caminando. Señor, vienen los de Chile ¿y hemos de irnos?, dijo Ardiles con voz tranquila y precisa de hombre que ya ha tomado sus prevenciones y cuidado todos los detalles, alzado todas

las horcas y contando todos los pescuezos y el alimento. ¿Irnos solos o con la ciudad?, preguntó con dulzura y él sabía que esa dulzura le daría fuerza como se la había dado a Jesús su debilidad, veía ya la prevención y la traición en los rostros de aquellos soldados amigos y distanciados. Señor, la ciudad y nosotros somos la misma suerte y desgracia, somos las puertas y ventanas y portales y zaguanes y vigas y oratorios y balcones y balaustradas y arcos y calles y portales y plazas, ¿o no?, ¿no somos eso, señor?, ¿no somos parte de ella como el barro y el viento lo son del invierno y el cielo delgado y las flores delgadas lo son de la primavera, junto con las alas y quejas de los pájaros y los suspiros y quejas de las mujeres que dejamos botadas en España? Se rieron ellos, sentía él sus risas y sabía que esa risa no tenía base ni permanencia, se sonreía, pero no tenía confianza, más aún, tenía miedo, verdadero miedo, pero no lo diría todavía. Ellos lo han hecho, ellos lo han de hacer, estaba deseoso de abrazarlos de pura masonería, para olvidarse de brujerías y olvidar a Bazán por ejemplo, y si ahora les pregunto los tornaré nerviosos y temerosos y llenos de desconfianza y recelo otra vez y no me creerán si les digo y deseo correr hasta las celdas y buscar en el suelo, en los rostros de los prisioneros la seguridad y derrotero y destino del próximo traslado, porque esto está decidido, tal vez por eso se formó Bazán entre las ruinas y esas ruinas soy yo también. El frío le corría por la espalda con cierta suavidad, sin nada de apuro, como si esperara también, como si lo esperara también porque ahora él estaba prevenido y se tranquilizaba escuchando aquellas noticias, viendo el respirar antiguo de estos hombres, la sonrisa ansiosa posada suavemente en el rostro de Ardiles. Echó hacia la luz la cara para mirarlos, para que se la miraran y supieran que él estaba decidido. ¿Esperamos a los de Chile o nos vamos antes, señores? Tenemos todo listo, las carretas repletas, reventadas, los indios despiertos y encadenados en medio de las luces, los caballos herrados y descansados, la ciudad duerme, te estábamos esperando, sólo tú faltabas. ¿Esperaremos a Aguirre o no?, preguntó con rabia, sintiendo punzarle el dolor en la garganta, sabiendo que mañana o pasado mañana amanecería en cama. Hemos de esperarlo, pues que no hay tiempo, explicó Ardiles, deseoso de que no quedara nada de tiempo, pues deseaba pelear, herir y ser herido, sacar sangre y que le sacaran sangre, deseaba matar y que lo mataran, sabía que viviría de todos modos, a través de las llamas, los denuestos y los gritos, mirando sin equivocación posible las horcas a la luz del incendio, de las cuales pendían todavía los sentenciados, sí, estaba seguro, seguiría vivo, lo miraba

con certeza por eso, es decir, estaba listo para ser fiero con todos, también contra él, también contra la ciudad, pues él quiere que la salvemos y lo haremos. Estuve en la ciudad abandonada, dijo quedo y les pasó el silencio con un gesto lento, desesperante de sus manos, para ellos lo había traído, que se lo comieran, que lo respiraran, otra cosa no comen los héroes, menos los desesperados. ¿Cómo está ella?, preguntó algo ansioso Ardiles, acercando su voz, su amor, su deseo a él, sí, era como si le preguntaran por la hembra compartida, ésa que nos llenó anoche de horror y de vergüenza y hacia la que vamos otra vez en la próxima tarde y él agradeció esas palabras, sobre todo la entrega total, el arrobamiento que ellas significaban, como una maldición que te salva. ¿Lo oyes, lo oyes, vida mía?, despacito hablaba para no despertarla y también para no compartirla del todo, la veía desaliñada y triste esperando su regreso en la puerta de los hostales derruidos, asomada a las ventanas comidas por el incendio, sola, completamente sola, invadida de ratas y sabandijas, las hierbas crecen y empujan en sus huecos, se agarran a sus murallas y la echan al suelo, boca con boca, pegada al labio de Bazán estará ahora, enfriada, respirando esa mala muerte. Lo miraban anhelosos, deseosos de que explicara más, no los sentía cerca, no los miraba a su lado sino diluidos, tapados, borroneados por la distancia, rodeando el cuerpo caído de Bazán, dándole vuelta con tiento para ver si tenía mucha sangre y mucho odio, qué odio y qué amor lo habían deshecho, sentía el viento removerse en las ruinas y alzar todas esas cotas, esas mallas, esas batistas, venía un olor de ungüento, dulce y tenebroso, se alzaban papeles, ropas, restos de adornos en las molduras. Tenía fiebre y tenso deseo de hablar, de hablar ajustado a su necesidad y su duelo. Está muy sola y muy bella, dijo, botada en el suelo junto a Bazán, mataron a Bazán, señores, entré en las casas y sentí la soledad. Vienen del Pirú las órdenes, dijo Ardiles, o del propio gobernador Pedro de Valdivia, dijo de pronto Ardiles y aquello era un cambio total de luces y también de sombras, más bien de penumbra, esa penumbra cara a los duelos, es decir, al luto. Nadie ha estado en los Reyes para explicar nuestra situación y desgracia, el motivo fatal de nuestros cambios y desasosiegos y procesos y traslados, Bazán estaba en la ciudad, viviendo como un loco ermitaño. ¿Qué hacía ahí?, preguntó Guevara con voz asombrada y compasiva, sin nada de sentimiento, enteramente límpido y práctico, como si Bazán, aun muerto, siguiera siendo loco y ermitaño. Nada, sino sufrir, era lo único que podía hacer aún y sin mucha dignidad. A veces pienso que no ha muerto enteramente y

crío recelo y también trato de recordarlo en España o en el Pirú, he estado sentado con él, he caminado a pie con él y hemos galopado juntos, su historia algo abyecta me iba dejando rabioso con él y después lo compadecía y me compadecía, de todos modos éramos dos solitarios y nuestra soledad era la misma aunque fuera distinta, creí que me seguía después que lo dejé boca abajo o botado de lado como quejándose de un dolor de vientre, todavía sentía disparos cuando me vine al paso lento del caballo, lleno de dudas, de visiones, de derroteros, de recuerdos, quería recordar su rostro cuando era más joven y menos triste, ¿alguien lo conoció muy íntimo, alguien fue su amigo? Lo miraban sin mover los labios, sin hacer un gesto, como si esperaran eso no desde hacía unos pocos minutos sino desde muchos meses antes y tenían las pasmosa tranquilidad, la presencia fría de ánimo que se tiene para conversar y cambiar impresiones y recuerdos y dudas y disculpas con un asesino cruel e implacable que fracasó en su complot y su crimen. Tal vez no le creían, tal vez ya se estaban apartando de él, tal vez él tenía razón y Bazán los esperaba entre los árboles cuando él estuviera durmiendo. Ardiles se puso de pie, Guevara empujó el sillón hacia la pared, se ponía lentamente de pie, parecía que de debajo de los cojines iba a extraer a Ardiles, por lo menos el rostro ensangrentado de Bazán. Ardiles era enorme, más enorme que antes. Crees que yo lo he muerto, pensó para sí, mirando con frío desprecio y algo de desprendimiento la cuja lista para que él se acostara, sí, esperaban que se acostara. No se acostaría, me acostaré cuando lleguemos dentro de dos semanas. Sí, lo haremos, esta noche, esta madrugada lo haremos, y abrió los brazos para abrazarlos y se acordaba de Jesús abriendo los suyos para acoger a sus polluelos. Señor, explicó Guevara, el padre Carvajal ha hallado un sitio que dice es maravilloso, inmenso y plano, sin sierras ni precipicios, sólo valles suaves, lomas recién insinuadas con esos húmedos bosques espesos y negros en los que sientes caer la lluvia y te sientes horrorizado y atraído al mismo tiempo. Ya han ido, señor, a escoger la primera tierra para trazar las calles, ya tenemos cortada la madera que portaremos, dijo Ardiles, enumerado las desgracias y desatinos y maldiciones y circunstancias que habían de marginar aquella aventura. Parece mentira, Dios mío, parece una cruel mentira y es una maravillosa verdad y he sido yo con mi ausencia, con mi viaje repentino y mi repentino cansancio y desaparecimiento que les he hecho ver la conveniencia y seguridad que había en hacer este cambio, dijo riendo nerviosamente y sintiendo el dolor punzarle la espalda y las sienes y sentía afuera pasar caballos, sonar

armas y hierros, parecía que estaban luchando, enhebrando y tejiendo una traición y una trastada, pensaba siempre en Bazán, estaba seguro de que estaba vivo, pero también estaba seguro de que sólo eran imaginaciones suyas, ¿dónde lo había encontrado, dónde lo había perdido?, tenía casi deseos de dormir mucho esa noche a ver si Bazán aparecía caminando por el bosque, por ese bosque húmedo y negro que había encontrado el padre Carvajal y sentía afuera correr más caballos, estaba seguro de que habría alzamiento y dificultades y quería ir a su encuentro y llevarse la ciudad a través de un tendal de ahorcados, iría reconociéndolos uno por unos, tanteándolos con las espada para mirarles las caras, pero no eran caballos, era sólo el viento, el viento que traía rumores lejanos, ruido multiplicado de armas, voces, voces altas y sonoras que se alzaban al otro lado de las lomas, entre los dos ríos, sonaban los caballos en las cascadas y hacían crecer el rumor de la noche, el susurro desolado de las risas y las conversaciones. Dentro de algunos meses tal vez detenga las carretas bajo los árboles, estaba seguro de que podría hacerlo aun encarcelando a Guevara y Ardiles y también el padre Carvajal.

Y los vio salir sin explicarle nada, sin decirle nada, ni siquiera sin mirarlo, lo estaban expulsando del mundo visible, de las puertas y las ventanas concretas para que no alborotara ni pasara su espada o su fiebre a los amigos y rastacueros, tal vez creerían que tenía escondido a Bazán bajo la cuja, disimulado en los baldaquinos, como si ya hubieran ellos salido de sus manos y su poder y su espada no tuviera fuerza ni virtud para ellos y ellos tuvieran sus propias mañas, sus propios odios, sus propias venganzas y felonías y estuvieran trabajando en el campo, bajo los árboles, contando en el suelo los puñales, tocando con el extremo del guantelete los nudos de las horcas, cortando lúgubremente las capuchas y los sambenitos. Se sentó en la cuja y tiritaba del frío, de frío y no de miedo, él lo sabía, sintiendo los ruidos que venían hacia él a buscarlo. El cuarto era grande, había ropas en el suelo, ropas amontonadas en los rincones, arcabuces y mosquetes arrinconados contra la ventana. La ventana estaba firmemente cerrada, los postigos corridos y el cerrojo echado, se puso de pie para mirarla de cerca y tocarla y la tocó, siguió curioso y olvidado y cada vez más débil el caminito de las hormigas que marcaban el camino del campo, venían del campo o iban hacia él, toda la noche era de ellas, todo el silencio, Dios estaba con ellas mucho más que con él mismo, pero no estaba desesperado, cuando se veía solo se sentía más entero y más seguro de sí. Se acercó a la puerta y miraba la

oscuridad en la que veía o más bien adivinaba pasearse los borceguíes del centinela, lejos pasaban llamas de antorchas, caballos incrustados superficialmente en las tinieblas, voces presurosas y cautelosas de indios apenas visibles, la campana de la iglesia vibraba lenta, todavía con sosiego, sin premura y sin amenaza en lo alto del cielo, un cielo negro y luminoso, demasiado delgado, demasiado tenso, lavado por un viento helado que ceñía las copas de los árboles y hacía emerger breves y rápidas estrellas entre las ramas. Escuchaba ruidos lejanos hacia la plaza, donde estaba la iglesia precisamente, cada vez más extraña, cada vez más alta, alguien clavaba unas tablas, alguien trabajaba todavía en la ciudad, esa mano, ese brazo no quería irse, estaban significando con aquel martillo y aquellos clavos que no se irían, sólo tienen diez prisioneros y debieran tener cincuenta o cien, decía para sí y se sentía fatigado y débil por la enfermedad, incapaz de salir a la calle, ni siquiera al patio a buscar su caballo en la oscuridad, a recoger el arcabuz. En el suelo brillaban algunas herramientas, las movió con la punta del pie y comprendió que dentro de algunas horas necesitaría usarlas fatalmente, había un serrucho, dos sierras, varios martillos, dos o tres tenazas que lo miraban, lo estaban mirando, aguardando también, siempre lo esperarían las puertas y las ventanas, Juan, le decían, Juan, aquí estamos, míranos pegadas inútilmente a la tierra hostil que no te quiere y no nos quiere. Se sentó en la cama y tendió las piernas tratando de cubrirlas con la ropa, una tropa de soldados pasó junto a la ventana, los sentía reír despiadadamente, pero no era así, es que él tenía frío, tenía seguramente otra vez un poco de fiebre, debía hacer frío afuera, aunque no era muy tarde, la noche era atravesada por las luces de las antorchas y el claro golpear de las herraduras, tiritando se pasó la mano por la cara y sintió conversar a los soldados, el centinela pasó entre esas voces y eso le gustaba, lejos alguien gritaba los de Chile, vienen los de Chile, sentía carreras, risas, extrañas risas que marginaban y traían y empujaban esas voces, hubiera jurado que esas risas eran extrañas a esos disparos y que no les importaban, disparos también nada de peligrosos, como las risas, como otra clase de risas, o por lo menos, otra clase de palabras tal vez más mesuradas, tal vez más cuidadas y presurosas, sonó largamente el viento, ladraban los perros, ladraban nítidamente, enteramente despiertos, parados en las lomas, incrustados en el fondo de los jardines, las campanadas de la iglesia cruzaban de lado a lado las ramas de los árboles, buscando, como el viento, más estrellas o como él más ojos, remecía el aire y se expandían en la pieza hacia

él, para que él las escuchara y las interpretara, sentía ir y venir los bronces en sus orejas, eran muchos, nunca pensó que fueran tantos, veía la delgada hoja de la campana palpitar límpido y distante, verdaderamente vivo, verdaderamente hermoso y lleno de Dios, de la voz de Dios, de las lenguas de Dios, sí, la campana tenía la forma de una lengua monstruosa y armoniosa, nada con tanta nitidez, nada con tanta armonía en su estructura y su silencio, hubo una época en que él soñaba con campanas, le habría gustado fabricarlas, ensuciarse y limpiarse con ese metal, ese fuego y ese ruido, era espantoso y alto, como el cielo, el cielo es una campana, como Dios, Dios es una campana, oh Dios te elevaremos una maravillosa copa en el bosque, protégeme, recógeme, guárdame, consérvame, transfórmame, cuídame, límpiame, lávame, oh Dios, oh campana del cielo, oh Jesús, badajo de mi destino, badajo del mundo que va y viene en la campana de Dios, oh Jesús, no me sueltes, no te sueltes, no me rompas, va y viene, llévame pero tráeme, déjame en la tierra que es lo más cercano del cielo y el sufrimiento y sabía ahora que las campanas venían hacia él a protegerlo, a decirle una palabra durable con su lengua armoniosa, una bocanada clara de perdón, de olvido, de agradable alegría, sentía el sudor correr por sus sienes, el cuello le palpitaba, la sangre lo empujaba hacia atrás como si él debiera ir ahora, ahora que es noche y hace frío, por un camino necesario que había olvidado, tenía sueño, mucho sueño, tenía calor y veía el agua, pero no la alcanzaba, veía el humo, sentía el crepitar de las llamas devorando rápidamente la campana, el badajo iba y venía bajo él, buscándolo con maña, calculando sus ojos, especialmente su boca, apretó los dientes, veía a los caballos salir del río, chorreando agua las armaduras flamantes, los jinetes se alzaban en las sillas para que el agua corriera hacia la cuja que estaba allá al fondo y él, pequeñito y delgadísimo, deslizado en ella como una lanza o una espada, se tornaban de espaldas para llamar a los indios que manoteaban ahogándose en el río y antes de hacerlo cogían por la gola a Bazán y lo tornaban de espaldas y lo arrastraban hacia abajo, él veía el agua teñirse de sangre y subir la sangre hacia la cuja, era nítido y más visible ahora que la sangre iba subiendo por los escarpines para buscarles las manos, sólo las manos, pegaba un grito y la campana se mecía sobre él, bambolearse para caerse, para dejar caer aquello, él lanzaba un grito de terror, sentía el olor del fuego, especialmente el del azufre y ahora se reía quedo, avergonzado cuando el agua, toda el agua de la campana se vaciaba hacia él, yo no he sido, Dios, yo no maté a Bazán, balbuceaba. ¿Por qué Bazán, por qué las campanas?,

pensaba sentado en la cuja, no tenía nada de miedo, pero sí un poco de recelo, era como si se lo hubieran advertido, el centinela se paseaba siempre delante de su puerta, apartando de aquel bullicio y terror y de aquella gritería y era evidente que si él había gritado de verdad, lo habría oído, lo sentía golpear el suelo con el arcabuz para señalar su dignidad y su silencio, los jinetes que salían chorreando del río lo miraban compasivos, lo llamaban llenos de conmiseración, él sentía su propio silencio y sabía que ellos entraban en su silencio, el centinela se sentaba en una piedra, junto a la puerta y se quedaba dormido, veía sus hombros, atrozmente cansados y desamparados, que se iban hacia adentro, deseaba llamarlo, advertirle, pero el sudor corría por su cara y su vientre y no se podía mover y debiera poder hacerlo y el centinela ahora había comenzando a roncar y eso lo ponía muy nervioso y desconfiando, no por él el pobrecito, sino por él mismo, porque ése era su destino, que su vigía y su paje se quedara dormido, es decir desapareciera, es decir muriera o, por lo menos y desde luego fuera hecho prisionero, los de Chile, los soldados de Aguirre, Aguirre, Aguirre, decía una voz alegre y a él mismo le parecía esa palabra ciertamente clara y fresca y nada de malvada, más bien semejante a la nieve de las sierras, tan alta, tan blanca, tan llena de palabras silenciosas, la voz se alegraba y sentía seguramente lo que él sentía, nada de miedo ni de desconfianza estaba fuera de todo eso, quizá más alto o más abajo, pero estaba seguro de que estaba afuera, es decir, que a él de algún modo eso, todo eso no le concernía, con la risa y la voz risueña escuchó los disparos y también los martillos, ruidos distantes, de distinto origen y con distinto fin y que, por eso mismo, lo dejaban más allá del miedo, que hasta lo estaban despojando de la fiebre y del cansancio, sabía ahora que estaba completamente despierto. Tenía los ojos abiertos y veía deslizarse afuera, en la oscuridad, las carretas cargadas de muebles, de mesas y de sillas, veía las patas, los respaldos extrañamente tiesos hacia el cielo, la luz de las antorchas los iluminaba y permitía contarlos y él veía asomarse entre la madera y la ropa que taconeaba las tinieblas, las caras adustas, miserables, cómicas, terriblemente cómicas, impasibles, como eternizadas, de los soldados, de sus soldados y los rostros risueños, delgados, es decir ingenuos, es decir exteriores, ligeramente atemorizados y curiosos, de los indios, de sus indios. Sentía el repasar de las sierras en lo alto de la casa, en los techos de las casas vecinas y claros gritos lejanos, voces de mando tajantes y amenazadoras, veía los caballos y los iba reconociendo, el caballo de Ardiles, negro y lustroso, impetuoso y ágil y de repente lento,

pensativo, el de Guevara, café, casi amarillo, un alegre color demasiado estival y fanfarrón ahora, demasiado nervioso, sintió el remover de las tuercas y caracolas y el tranquilo ronronear de unas sierras, vio las ruedas de las carretas detenidas delante de la puerta, delante del centinela dormido, parecía normal dormir a un centinela a esa hora en semejante sitio, parecía que la palabra Aguirre dormitara también bajo su bigote, apretada entre sus manos enguantadas, ya no veía las ruedas, pero las sentía detenerse más allá, en la oscuridad hablaban los soldados dejando caer muebles al suelo, sillas, mesas, estantes, cajones, borceguíes, herramientas, cucharas, utensilios que sonaban donosamente domésticos, de repente los soldados se tendían en tierra y disparaban hacia la oscuridad, sentía el conocido ruidito de los arcabuces, veía el humo, lo olía con fruición, olía con esperanza el olor de la madera fresca recién cortada y decía nos vamos, nos estamos yendo de la ciudad, eso es todo, nadie ha muerto, sólo el pobre Bazán sentía el viento, el viento sabía que Bazán estaba muerto, la noche estaba silenciosa, especialmente sobre Bazán, boca abajo para recogerla en su pensamientos, en su pobre cabeza llena de lágrimas y de gritos lejanos, demasiado lejanos para él. El centinela se había despertado, lo veía desperezarse con naturalidad, sin vergüenza, sin temor ni humildad, estaba perfectamente sano, perfectamente despierto y lleno de salud y de seguridad, lo veía alertarse ligeramente, inclinarse hacia las tinieblas, tratando de escuchar algo hacia el campo en el cual vagaba mientras dormía o hacia su casa, hacia esta puerta, el viento remecía la ventana, deseaba abrirla o que se la abrieran, era sólo el viento, era sólo Bazán, estaba sentado en la ventana mirando hacia el campo, sentado de lado, sin mirarlo a él, sin cuidarse de él, como si esa ventana fuera de Bazán, precisamente, no tenía él nada de miedo, deseaba ponerse de pie y acercarse para preguntarle, después se pondría furioso y sacaría la daga, el viento remeció la ventana y Bazán se bajó de ella, efectivamente, se bajó de ella, podría él jurárselo a Ardiles y a Guevara si se lo urgían y preguntaban, le dolían los ojos y veía un cielo negro y rojizo lleno de nubes delgadas y de neblinas, pasaban caballos lejanos, muchos caballos multiplicados y suavizados en la neblina, creía ver a Bazán entre ellos, agachado y escurriéndose como salteador y cuatrero y se sonreía incrédulo y despreciativo, Guevara y Ardiles estarían durmiendo en sus cujas o sentados al borde de una fogata, conversando con holgura, recordando con lástima y premura al capitán Bazán, muerto y asesinado entre las ruinas de la ciudad, o esperando al padre Carvajal, que estaba

tendido en tierra, tosiendo furiosamente en mangas de camisa, mirando con odio la neblina descender apresurada mientras busca con la antorcha y llama a los indios badulaques para que iluminen más el sitio donde quiere dejar caer la ciudad. Lo haremos mañana o pasado mañana, decía para sí y a pesar de saberse cansado y enfermo, se sentía deseoso de romper luego aquellas casas y edificios y pulverizarlos y olvidarlos, me llevaré todo, los retratos y las cartas y traeré el fuego, se sentía muy enfermo, temeroso de poder hacer todo lo que deseaba, se tendía en el suelo a transpirar y sabía que antes también lo había hecho, la cuja estaba ahí intacta, sin abrir, cuando Bazán se sentó en la ventana la vio sin nadie, sin él y él temió que quisiera bajar a dormir en su lecho, pero el cielo claro y el incendio atrajeron el rostro de Bazán hacia el campo y entonces se sentó en la ventana y él temió verdaderamente de que estuviera vivo y si estaba vivo lo buscaría para matarlo, pero no me encontrará, mañana no estaré aquí, en estas paredes, y las miraba con odio mientras tosía, ellas se quedaban alerta para oír su voz y también los pasos de Bazán ahí afuera, tal vez el centinela fuera él, no le vio la cara y recordaba con terror y curiosidad que todos estos días había andado mirando los rostros de los soldados en cuanto bajaba la noche, no le gustaba nada todo esto, esta tierra, esta noche, este cielo, esta ventana, este silencio, deseaba llamar a los soldados y a los indios, el viento corría suave afuera, un viento libre, vacío, sin nadie dentro, sin nadie afuera, sólo el viento bajo el cielo solo, podría salir un rato a respirar en la oscuridad y llamar a Guevara, Ardiles y a los frailes, mañana no estaré aquí, está decidido, balbuceaba lleno de dudas, pues estaba solo, solo en la casa, solo en la ciudad, todos se habían ido, aterrorizados del Aguirre y del Bazán, llegaron juntos, juntos se asomaron en la ventana y lo vieron tendido en la tierra, como desmayado o muerto de miedo, pero él sólo estaba enfermo de fiebre, de calentura, por eso no se fue con ellos, iban tan asustados, ya sacaron las carretas, ya se llevaron todos los carros, murmuraba sabiendo que efectivamente habían pasado junto a su puerta no hacía todavía una hora y surgían del río chorreando los jinetes y los infantes mirando con curiosidad hacia la casa, mirándolo llenos de compasión u odio, mirando asustados hacia lo lejos, martillando apresurados, cada vez más apresurados y alzando las cabezas para escuchar el ruido de los caballos y de los carros que rodaban tras sus huellas, mañana, mañana será, antes de que el sol pegue fuerte en las murallas y sea mediodía horrible y comiencen verdaderamente los incendios y disparos al otro lado de las sierras, estaba aterrorizado y tenía

empapada la camisa y, sin embargo, sentía nítidamente aserruchar madera en la linde del bosque, alguien cantaba una triste endecha o llamaba con insistente ruego, un canto y un ruego para adormecerlo y engañarlo y se puso de pie con dificultad y se afirmó en la muralla y estuvo sollozando de furia y miedo, gritando y llamando y amenazando a Vásquez, a Guevara, a Ardiles, pero Vásquez ya estaba muerto, como Bazán y, sin embargo, a Bazán no lo llamaba y Bazán estaba cerca, más cerca que todos ellos, que los vivos y los muertos y seguramente habría acudido, Bazán, Bazán, qué cobardía, qué atroz desgracia, decía para sí y hablaba hacia el campo, tenía la ventana en sus manos, estaba agarrado a ella como si deseara saltar hacia afuera o traerla hacia sí para meterla en su pecho, en su corazón, en su voluntad y la ventana quedó batiendo en el viento ella sola como si Bazán la empujara suave, suave todavía, todavía sin intención de daño ni de venganza y él se agachó en la oscuridad y mientras lo hacía sujetó la capa en sus hombros y sentía la fiebre, como una corona, como la fiebre que exactamente le clavaron a Jesús los soldados, una fiebre roja y aguda, un tanto atractiva y escogió un hacha, un hacha que había brillado para él solo y no para Bazán desde que llegara a la casa hacía un par de horas y la ventana se azotaba todavía en el viento como diciéndole mira lo que haces, Juan, mira lo cruel que eres, Juan, lo malvado y olvidado, ya no te acuerdas, ya lo borraste, ya empezaste de nuevo, yo también soy la ciudad, tu ciudad verdadera, la que dejaste botada y abandonada junto a la boca rota de Bazán, junto a sus labios ensangrentados y él tenía los ojos llenos de lágrimas y buscaba a Bazán para explicarle y buscaba a la ventana para decirle y la ventana venía otra vez hacia él para decirle Juan, Juan, yo también soy la ciudad, mañana no estaré aquí, eso es seguro, dijo él y se ponía furioso, bramaba de dolor en el vientre y el sudor le caía por la nuca torcido como una corona y él no se acordaba y los empapaba y alzó otra vez el hacha y pegó un grito.

CUARTO TRASLADO

El viento sopló toda la noche, un viento saliente que subía desde la hondonada y traía ruidos del bosque, bramidos de animales en cierto modo esperados y deseados, relinchos de caballos trotando despaciosamente el contorno de los carros, marginando nítidamente los árboles, introduciendo sus cascos en lo hondo de los matorrales, en la orilla del agua, alzando los belfos cándidos y mirando las puertas cerradas, las ventanas abiertas y expectantes, las antorchas que parpadeaban en los aros, en el borde de las carretas, en lo alto de los muros y de los techos. Soplaba un viento lúgubre y revuelto, se escuchaban cantos salpicados de soldados, rápidas conversaciones de protesta o estupefacción, un caballo pasó afuera galopando muy cerca, divisaron sus cascos brillar en la lumbre húmeda de la noche, su hocico torcido cubierto de espuma, sus ojos pávidos y jóvenes, el jinete alzaba un brazo hacia el cielo, hacia el viento, hacia las nubes, parecía llamarlos a ellos, cubiertos como estaban, cegados e inertes, impasibles, abandonados en la soledad e inexpresividad de la noche, junto al fuego que pulía intermitente sus rostros y pelambreras, miraron los cascos del caballo saltar ahí mismo casi pegados a las llamas y de repente, en otro plano, en otro sueño, torcerse hacia ellos el pecho y el rostro del jinete, un pecho hundido, un rostro distante y descolorido, alguno se puso de pie de súbito, alguien se rió, pero el caballo se había desvanecido ya entre los árboles y el ruido y la visión de su carrera eran sólo un lento y ceñido arrastrar del viento entre las hojas; sintieron el vertiginoso chisporrotear del fuego, las llamas crecieron una vez más y luego descendieron entre sí mismas, temblorosas y llenas de duda, se apegaron a las piedras y lamiendo sus aristas se hundieron en la tierra, brillaba en el suelo un rescoldo sucio que iban ahondando y en él se restregaba el viento. Se escuchaba el ruido de los pasos del centinela paseando la puerta cercana, surgían y se perdían sus borceguíes en la oscuridad y el hombre marchaba tieso y solo, sin mirarlos, sin preocuparse de ellos, con un leve odio en su actitud hostil y aislada. El viento se adelgazaba contra los árboles, contra

los toldos de las carretas y echaba el cielo hacia abajo, al alcance de la mano, un cielo tenebroso, apresurado y encapotado, se quedaban callados con los arcabuces en las rodillas, se sonreían con frialdad, con desconfianza, miraban los borceguíes del centinela pasearse con fatigado denuedo, con inútil denuedo frente a la puerta, como si pretendiera con ello disimular u ocultar algo, suspiraban, dormitaban, dormitaban hasta que los primeros disparos les hicieron abrir los ojos y ponerse rápido de pie, las armas tensas en las manos, mirando con ansia hacia las carretas en las que dormitaban otros soldados y bajo ellas, botados entre las ruedas, los indios y los perros, un caballo relinchó largamente hacia el cielo y trotó hacia ellos, un caballo sin jinete, unos borceguíes flamantes colgando de la montura, como un sebo, como una risa, tras él galopaban otros caballos, cuidadosamente ocupados, cuidadosamente retenidos por manos y por insultos y resonaban disparos, veían los fogonazos que se iban torciendo y sentían el ruido acuoso de la caballería y el alto y potente grito de los caballeros, eso, ese grito era ahora lo único que contaba, lo único para que se estaba entonces en la tierra y, en definitiva, lo único que se recordaría después, miraban los rostros despiertos de los indios asomar horribles bajo las ruedas de los carros, esas facciones sucias y desencajadas labradas sin apuro por las hambres y las enfermedades, ladraban los perros, cantaba un pájaro un canto apartado, tranquilizado y puro, el cielo estaba negro, cargado de agua y en él sonaban otra vez los ruidos de los caballos subiendo y cruzando las calles por varios puntos de la ciudad. Vive Dios, dijo Guevara, alzándose enorme y sacando la espada y apretándola. ¿Quiénes son? Ardiles lo cogió del brazo para sujetarlo y que no se soltara o asustara todavía. ¿Quiénes son?, preguntó otra vez, sacudiendo el brazo y encarándose con los caballos y sus propios soldados. De las carretas saltaron más soldados y los indios se iban acurrucando medrosamente bajo las carretas, imaginando más sombras, los perros aullaban y ladraban desconfiados y los caballos se azotaban con blandura entre ellos, entre sus botas y uniformes, alzaban los pescuezos y miraban el cielo incierto en el que se reventaban disparos. Vieron las luces, las luces de las antorchas pasearse entre los árboles, iluminar los muebles desparramados en la tierra, las ventanas y puertas hundidas en el barro, sintieron risas y carcajadas, simples voces presurosas llenas de fuerza e indiferencia y vieron surgir hacia ellos, como saliendo de los muebles, como saliendo de las puertas y las ventanas, muchos caballos y caballeros que los miraban con sorpresa como si a esa

hora, en ese sitio y circunstancia, no debieran ya estar vivos o, por lo menos, despiertos. Guevara apretó el brazo de Ardiles y caminó hacia ellos. Son los de Chile, dijo con desaliento Ardiles, pero al mismo tiempo con un poco de alegría y más confianza, como si hubieran caminado perdidos y encontraran, cuando no lo esperaban, quien guiara sus pasos y los socorriera. Guevara tenía cogido por la brida el caballo de un jinete enorme que hundía hacia las nubes una cara feroz y optimista, arrogante y despreciativa. El jinete alzó una mano con el guantelete flamante, parecía una oferta y un obsequio, la alzó con la espada desnuda, parecía un hermoso juego ligeramente peligroso, Guevara sacudió las riendas del caballo para desmontarlo, para debilitarlo, para bajarlo un poco hacia él, sus soldados avanzaban lentamente, sentía sus respiraciones, olía sus sudores, se tranquilizaba, sentía un asco, una furia, el jinete bajó súbito su mano, sus dos manos, se cogió de las mismas riendas para buscarle las manos y riendo descendió del caballo, golpeó sin odio el hombro de Guevara y franqueando el rostro, que era blanco y rubio y lleno de vida y fuerza y calor, se rió con toda la cara, sonaban en el contorno sus carcajadas, simplemente alegres y personales, unas carcajadas llenas de luces, que apartaban en verdad las tinieblas, los temores, las dudas, las tristezas y en ese hueco, en ese espantoso silencio que abrían las carcajadas que iban manando y cayendo, meter tras ellas a sus soldados que estaban también siniestros y tristes y parecían muy cansados con las antorchas, el humo, los gritos, los quejidos, pues había quejidos, auténticos quejidos de heridos o de prisioneros. Se rió entonces Guevara, le dio el rostro también, pero miraba con ceño fruncido la espada del jinete, su visera alzada en la penumbra que mostraba esos pelos sucios y ensortijados, sus enormes hombreras, su caballo y los otros caballos, los bultos tapados por las lonas, los largos cañones de los arcabuces, las lanzas, las espadas, las picas, las cadenas, incluso las plantas, los arbolitos que emergían en la oscuridad entre la blandura de los géneros y de los rumores. ¿Buscas a quién, señor?, preguntó sin desear saber a quién hablaba, pero temiéndolo, por eso mismo su voz parecía urgente, desilusionada y pesarosa y se daba cuenta de esa mano inútil agarrada a esa espada inútil que adornaba feamente su costado. No busco a nadie, capitán, contestó tornado a reír, ahora más alegre o más burlón, pero su risa no era ahora para sus soldados, para llamarlos e iluminarlos, reía para sí mismo, para que su propia carne, su sangre lo escucharan reír mirando a aquel pobre hombretón triste y desencantado, derrotado especialmente, él ya lo

sabía. Buscamos un mundo, vos y yo tal vez, tal vez el mismo mundo y aquí está la maldad de uno de los dos, pero ¿sabes, señor que no sé con qué hidalgo o bastardo parlo? Capitán Juan Méndez de Guevara, de Tucumán, de la Ciudad del Barco, del ejército del gobernador Núñez de Prado, dijo con desprecio y, al mismo tiempo, con velada amenaza. Había soltado su mano de la espada para que se notara. Y Vos, ¿quién sois?, preguntó de súbito, cortando la respiración. Sabes quién soy, debes saberlo, todos lo saben, los españoles que degollé con esta espada cuando se cruzaban en mi camino y los indios desgraciados que hacen nata en Copayapo. Soy Aguirre, dijo luego en voz baja, sonriendo con dulzura tornando hermosa su maldad, sus ansias de matar y de seguir matando, soy don Francisco de Aguirre, bárbaro, pero no tanto, sanguinario, pero no tanto, por lo menos no todavía, ni tan descreído como lo anda pregonando y predicando el santo oficio. Bienvenido a esta ciudad extraña, dijo Guevara con voz alta y clara, mirando a los caballos que todavía se movían tras ellos y en los que sonaban sin disimulo las armas y las herramientas. ¿Por qué extraña?, preguntó Aguirre con inocencia y lo tomó del brazo y lo llevó más hacia la luz para que le explicara. Los soldados los siguieron y no los dejaban caminar, Ardiles tenía desnuda su espada y la alzaba hacia su propio pecho para mostrarla, en un gesto extraviado de retardada confianza en su propia fuerza y de desconfianza en su destino. Se acercó a Guevara y Aguirre, miró a Guevara, ignorando a Aguirre. ¿Sabes que era verdad lo que dije? Estos son los soldados de Chile que a nada bueno vienen a la tierra, a la ciudad. Aguirre le cogió la espada por la hoja y la apretaba para cortarse, lo miraba con atención, con curiosidad, con arrogancia, le habría gustado enojarse, le habría gustado enojarlo, se la devolvió para que la cogiera por el puño, se sonrió, se quedó serio, pero la sonrisa estaba todavía en sus ojos. ¿A qué he venido a la ciudad? ¿Me lo puedes decir, señor?, pues ni yo mismo lo sé bien, se rió alegremente, se rieron también los soldados, los sentían golpear los pescuezos de los caballos, azotarlos con furia, insultarlos en voz baja, los caballos relinchaban, se alzaban, empujaban hacia ellos. Ardiles veía multitud de arcabuces descender a la tierra, eran nuevos, relucían como juguetes, atados con correas y cordeles, envueltos en grandes pañolones blancos, sentía sonar las espadas desnudas como si cayeran en cascada desde lo alto, sonaban en las monturas distantes de los caballos y luego tintineaban largamente en la tierra y se apagaban. Veía rostros de indios jóvenes que lo miraban con simpatía o curiosidad o con naciente recelo, preguntándose si sería

también tan cruel y despiadado e incansable, rostros descansados y frescos, recién despiertos, que surgían violentos, sorprendidos entre la maraña de barbas hirsutas y sudadas, enfermas y tenebrosas. ¿Quién manda aquí?, preguntó de repente y con violencia Aguirre, pero sonreía todavía, aunque ya con desconfianza, ya mostrando los dientes. Sabes que manda el capitán Núñez de Prado, los sabes perfectamente, yo te lo he dicho o te lo he recordado y te recuerdo también que traes maldiciones y testimonios y falsedades y cuerdas para hundirlo y maniatarlo, gritó nerviosamente Ardiles y miró a Guevara, esperando que lo mirara. Prado es gobernador de la ciudad que fundara, pues a eso vino a la tierra mandado por el virrey, explicó con tranquilidad Guevara, casi con aburrimiento y él mismo se extrañaba de su tranquilidad y aburrimiento, como si estuviera dando informaciones y presagios para transmitirlos al virrey mismo o a la corona o al santo oficio, al garrote, al verdugo, informes y declaraciones que debían labrar la permanencia en la ciudad del capitán, su eterna paz, su dicha duradera y deseada, su gloria, su repentino luto, su desgracia, su caída, su pescuezo roto, su sangre totalmente vaciada, gota a gota, se imaginaba a todos ellos inclinados en el suelo esperando caer la última gota para transmitirla, suspiró un tanto molesto y desasosegado. Un poco más de dos años que estamos en la tierra, explicó, y miraba la tierra, toda la tierra recorrida, todas las ruinas, todas las horcas, los quejidos, las cuerdas de los prisioneros, tenemos algunos presos, decía para sí, mirándolos boca abajo en la tierra, hundiendo sus gritos, sus palabras exactas en el barro, empujados por los tacones de los borceguíes que se hundían en los riñones blandos. ¿Qué habéis hecho en la tierra?, preguntó tranquilo pero violento Aguirre, estaba afirmado contra un árbol, cogido su brazo de una rama, colgándolo en él para que lo miraran y adivinaran. Señor, hemos hecho ciudades y las hemos deshecho, dijo con pena, comprendiendo, al mismo tiempo, que aquello, de algún modo, podría ser la salvación de la ciudad, del capitán y de él mismo, ¿no hay sufrimiento en deshacer lo hecho con amor y desolación?, pensaba sin poder terminar su pensamiento, pues sentía los rostros de los soldados pendientes de sus palabras, esperando de sus labios la sentencia que condenaría a la ciudad. ¿Decís que habéis deshecho la ciudad?, ¿y para qué y por qué? y también habéis deshecho a los españoles, a los ciudadanos de la ciudad, a los pobres e infelices compatriotas que cabalgaron con vos ¿y os mandó hacer eso, esa villanía el virrey y el virrey es un fraile piadoso, lacrimoso y honesto?, preguntó con sorpresa Aguirre, sin rabia todavía, sin

poderlo creer, se creería que tenía un niño chico en la voz y que pedía más maravillas y cierto tiempo, un corto atroz minuto para imaginarlas y creerlas. Señor, hemos deshecho la ciudad, desmoronado sus casas y castillos y edificios públicos, pulverizado sus fosos y fuentes y arcos y acueductos empujados por la gran necesidad y la desgracia, no por la locura y el odio, la necesidad ha sido nuestra diosa y compañera, dijo sin convicción y un poco solemne. Qué tropa de desgraciados, dijo con desprecio Aguirre y comenzó a reír alborozadamente y a sulfurarse mirando las manos de Guevara, las manos de Ardiles, las manos de los soldados que los rodeaban y estaban agarradas a espadas y lanzas y arcabuces y puñales y dagas o simplemente empuñadas en un cortito gesto dramático e incompleto. Aguirre se tornó hacia el árbol, se abrazó alborozando a él como si fuera su amigo y su compadre y rió convulsivamente, miraban su recia espalda, su cintura plana y robusta, sus piernas enormes que se apegaban al tronco en un gesto dramático y divertido, miraban sus manos alzarse torpes buscando hojas, flores, celajes, perfumes, restos de debilidades y cobardías, brisas ligeras, signos de la bienaventuranza, bendición, decoro y ensueño. Señor, ha sido triste y terrible cada traslado de la ciudad, dijo lentamente Guevara, sabiendo lo que decía, que ya tenía la lengua, la boca, la voz, la intención, la respiración, el temor y la amenaza hundida hasta el fondo en el odio de Aguirre, en su cabeza, en su pelo, en su memoria, en su garganta, en su ropa, en su pecho, en sus muslos, en sus riñones, en su arrogancia, en su torpes deseos de ambición o venganza o castigo o conmiseración, adivinaba oscuramente también que sería difícil que Aguirre no comprendiera algún día, ni ahora, ni mañana, ni dentro de un par de meses, desde luego, la actitud y la conducta, la necesidad y la fatalidad que había obligado a Núñez de Prado a trasladar la ciudad. Aguirre, llegada la ocasión y la maldición, también podría trasladarla, estaba seguro de ello y entonces no reiría, no se agarraría al árbol para gozar divertido y vengativo sino a las puertas y umbrales para arrancar y despedazar y pulverizar aquel mundo inmóvil de barro y madera creado por ellos. Aguirre estaba vuelto hacia él, tenía un rostro plácido y satisfecho, descansado y apaciguado, adelgazado por toda la risa que había echado afuera, pero lo miraba con desconfianza, esperando que esa desconfianza creciera y los ahogara y se saliera de las palabras e hinchara las carnes y las quejas, abrió las manos, las alzó para asir algo que se le escapaba y que le hacía falta, miró arriba el cielo nublado y tempestuoso. ¿Cada traslado, bajó la voz en un susurro, un susurro

ya cercano al crimen, a la atroz felonía, parecían cómplices y putañeros mercando vergüenzas, poniéndoles precios irrisorios, decía que cada traslado? Se veía que tenía un poco de miedo y que eso lo dejaba débil, más pequeño, más frágil, propenso a las lágrimas y el escorbuto, se diría que la voz se le iba a quebrar y que lo quebraría a él, el pobrecillo, se lo imaginaba pequeño y deforme, disimulando y pintando su joroba y su pata equina tras las sedas y las voces afeminadas y aflautadas. Señor, cada traslado, precisamente, se lo hemos escrito al virrey y los sabe de cierto la corona. Hemos sido empujados a ello, en cierto modo, con las manos en los pies del crucificado y en los pies de los ahorcados lo podemos jurar, no hemos cambiado de sitio la ciudad, no fuimos nosotros, han sido otros, señor, otros cuyos nombres y rasgos personales os daré ahora mismo si hacen falta. Los soldados estaban apretados junto a ellos, como si se jugaran al naipe los huesos y el pellejo, algunos habían traído antorchas que elevaban ostentosamente en el aire o clavaban en las monturas de los caballos y en las ramas de los árboles, sentían el viento removerse lejanamente contra las casas, ceñir los toldos de las carretas que esperaban a media cuadra y que Aguirre todavía no había visto, tenemos una docena de prisioneros hundidos en la oscuridad, pensó para sí y no sabía por qué lo pensaba, pero eso le daba un especial atractivo a la ocasión, a estas palabras peligrosas y estos gestos recién comenzados que tenían que tornarse terribles y deseaba decírselo ahora, ahora mismo, hablarle de los prisioneros. ¿Cuántas veces?, preguntó con tristeza Aguirre, parecía que era un tristeza que él se la prestaba para que se la formulara ahora, para que los acercara más y mientras lo decía y él lo pensaba, Aguirre había estado agarrando las riendas del caballo y acercándolo hacia sí para montarlo. Varias veces, señor, varias veces, yo diría que no hemos hecho otra cosa, que no hemos vivido sino para eso, muchas, muchas, muchas, ni una ni dos, dijo desear ni atreverse a decir la cantidad justa, pues él mismo no lo sabía o no lo recordaba ya, a través de los hombros de Aguirre alcanzaba a divisar las carretas quietas y eternas en la oscuridad y deseaba que él todavía nos las viera, sentía un poco de miedo por el destino del capitán y un terror apaciguado en la garganta, le habría gustado estar a su lado, mirándolo en la oscuridad, miró con desaliento a Aguirre que se alejaba por la calle solitaria, caminando lentamente, como dormido o apesarado, viudo y desahuciado, enfermo todavía y todavía arruinado y ceniciento, con cenizas en las sienes, en las calzas, en la lengua y en la risa, todo él agusanado y comido rápidamente por la

neblina y la ceniza y esa ceniza en la sangre y en la orina, pobre hombre hético y tembloroso, tras él iban los caballos cargados con funestos presagios y pesadillas y los jinetes que lo llevaban al rolo y al degüello, los indios se apartaban y se agazapaban entre los árboles y detrás de las rocas para que esa muerte y pestilencia, esos llantos, esos suspiros no los alcanzaran y contaminaran, lejos se escuchaban disparos, disparos tranquilizados y solitarios, el cielo resonaba con el trote liviano de los caballos y los gritos en voz alta de los caballeros, entre esas voces, delgados y ligeros, blancos, jóvenes, vulnerables y risueños, rubios y despeinados, morenos y ojerosos, pasaron los adolecentes, vestidos de sol y de sedas, tras Aguirre desaparecieron tendidas las riendas y ellos tendidos en el viento joven, rubio como ellos, casi rojizo, iban sonrientes, vieron sus dientes que los saludaban cuando pasaron a su lado alzando la mano enguantada, demasiado delgada para ser brutales o asesinas, lo saludaban sólo para eso, para que vieran los jóvenes que eran y los viejos que eran ellos, lo saludables que venían ellos y lo enfermizos que se estaban poniendo ellos, los saludaban para advertirles, además, su sentencia y su condena y desaparecieron tras los demás caballos azotando con tranquila furia los suyos.

Guevara caminó con Ardiles en dirección a la casa de Núñez de Prado, vieron al jinete que estaba afirmado en el umbral de la puerta, adormilado, ensoñado con los ojos abiertos, mirando hacia el campo, mirándolos tal vez a ellos mismos, el soldado alzó el arcabuz y empezó a caminar, un caminar cansado, del que va en dirección al jergón, a la cuja o al cementerio. Estaba junto a ellos, les iba a preguntar seguramente hacia dónde quedaba la cuja o el panteón, alzaba la cara para que miraran la muerte en ella, estaba tan triste. ¿Lo has visto?, preguntó en un susurro, que era al mismo tiempo una amenaza. ¿A quién, señor?, preguntó el centinela, también en voz baja, metiéndose en ese misterio y ese miedo que no conocía. Guevara no contestó y se metió en la sombra, tropezó con maderas rotas, con una ventana rota caída en tierra, la puerta interior desvencijada, colgando inerte, las ropas de la cama deshechas, revueltas en el suelo y la tierra, paletadas de tierra, una tierra nueva, recién partida, recién caída de lo alto, vio las herramientas, la pica, la azada, una paja estaba acostada en la cuja, la veía brillar en la penumbra, una azada estaba hundida, clavada en la pared del fondo y un puñal, dos puñales clavados en la puerta, que aparecía tajeada con saña y odio y desesperación, cuando sintió sus propias manos se dio cuenta de que estaba húmeda con lágrimas o sangre, adentro ardía una antorcha, caminó en silencio, seguido

siempre por Ardiles, miraron la pared abierta hacia la noche, por ella entraba el cielo oscurecido, sus nubes cálidas que se iban en el viento, afuera, entre los árboles, parpadeaban antorchas, conversaban quedo los soldados, susurros entrecortados que los mantenían medio dormidos, medio despiertos y desfilaban entre ellos los caballos cargados que había traído Aguirre y los contaban mientras pasaban y se iban quedando dormidos y despertaban entre estremecimientos. Guevara paseó la antorcha por las piezas, barrió con su luz las murallas rotas y las alzó para iluminar el techo, vio las vigas desnudas, las telas y las cuerdas colgadas de los palos, las banderas arrugadas y desteñidas, los estandartes y pendones y los sencillos maderos amontonados en los rincones, había un arca abierta y en ella más papeles y géneros y ropas, paseó lentamente la luz sobre la cuja y aunque estaba deshecha, con las ropas y cueros caídos en tierra, no había mucho desorden en ella, sólo el conocido leve olor del enfermo y del desvelado y desesperado. Se ha ido, dijo en un susurro receloso Ardiles. Sólo se ha ido, dijo en un susurro de alivio Guevara, tornando a echar la luz por lo alto, hacia el techo. Sólo eso, se ha ido caminando, ha salido de la casa, de las calles, de la ciudad. Lo matará Aguirre, dijo Ardiles con voz sentenciosa y lúgubre. No lo hará, dijo temeroso, algo pensativo, Guevara, no se atreverá, no son tan crueles ni tan bravucones, no se atreverá, ¿no veis que ya no lo hizo? Aguirre tiene miedo ya, cierto respeto, ciertas dudas, se fue rápido y no dijo nada, se quedó callado, no se atreverá a tocar al capitán, sabe y comprende y tiene recelo de que el capitán tenga más vida y fuerza que la ciudad que hemos desarraigado y desangrado tantas veces para llevarla y traerla y hundirla en la tierra y alzarla de ella con las picas y las palas. No se atreverá, señor, juro que no se atreverá, dijo con convicción, sintiendo, sin embargo, un poco de pena, pues estaba seguro de que ya no volverían a ver al capitán. Salieron dejando la antorcha encendida en el fondo de la casa y le dijeron al centinela vete a dormir, la casa está solo y nada importa, el capitán acaba de salir. El centinela los miró enteramente despierto, retrocediendo rápido y agachándose para entregar menos blanco y ser menos peligroso, como si a él también lo fuera a acuchillar pues había visto las manos de Guevara tintas en sangre, en sangre del capitán y en lágrimas y en gritos y en susurros y en estertores y echó a correr, sin gritar en absoluto, sin sacar ruido de la tierra, sintieron que removía la tierra, las hojas buscando un caballo, puñales, pólvora, azufre, miedo, miedos sin uso y robustos y que galopaba en la noche silencioso y blando. Descarnado y disuelto en la oscuridad,

en el agua, bajo el agua, el viento tapaba su rumor y su fuga y lo desmenuzaba y enviaba el fresco y limpio ruido del agua hacia ellos. Lo miraron alejarse con un alivio como si de alguna manera aquel centinela que se acababa de fugar, asustado, desconfiado, deseoso de vida y de seguridad debiera juntarse con el capitán, con la carne del capitán donde quiera que estuviera y ambos se protegieran y completaran y formaran un solo cuerpo más entero, mejor terminado, menos vulnerable y perecible ya bajo la penumbra luminosa de la noche, Guevara miró sus manos y dijo mira mis manos tienen sangre, la puerta estaba húmeda todavía, las dos puertas, dijo recordando, también la que estaba en el suelo y esto es lo raro, y caminaron silenciosos mirando las carretas dormidas agrupadas en medio de la noche, algunos jinetes o soldados de a pie, gente de Aguirre o de Prado, se detenían a mirarlos, veían los respaldos de las sillas, los altos respaldos de las sillas fraileras, los bordes adornados y sobados de las cujas, los miraban largamente, se acercaban demasiado, se agachaban en el caballo soltando el cuerpo para mirar y oler mejor, alzaban una punta de la lona y miraban dentro, algunos ojos brillaban incrustados en la madera, entre las ropas, los borceguíes, las flores y las raíces, escuchaban susurros preparando terrores, risas lentamente entrecortadas de frío, simples y enfermizos temblores, bocas entreabiertas para respirar o ahogarse, trotaban hacia otra carrera, apegaban a ella el caballo, miraban los maderos colgar hacia afuera, las lanzas perderse en el cielo nublado, alzaban el extremo de una lona y el ladrido de un perro estremecía la noche, lo miraban muy blanco y pequeñito hundido entre las ventanas y las puertas, dejaban caer la lona y trotaban hacia los árboles donde se alzaban las conversaciones y rumores y risas de los soldados de Aguirre. La campana de la iglesia se quejaba lentamente a esa hora, muy alta y muy sola, remeciendo las nubes, echando hacia los hombres un rumor mojado de hojas, un recuerdo alejado de apacibles inviernos brillando lejos en el agua, parecía quejarse con quietud, sin nada de encono, sólo observando la tierra, escuchando el silencio que emanaba todavía del silencio de los hombres, veían la sotana del padre Carvajal flamear entre las ramas, sus manos agarradas a las ramas y a las cuerdas y colgar desesperadamente de ellas una desesperación amenazadora e inminente, no dormían, se alzaban de la tierra, dejaban con sosiego las sillas y salían de las tiendas a mirar hacia la iglesia, derruida todavía, todavía con sus torres informes y ruinosas desmoronándose en silencio, al agitarse la campana en la altura, una altura peligrosa y frágil, una altura

también improvisada e insegura, caían con el viento hojas, terrones, maderas delgadas y sin uso, rostros partidos de ángeles, alas tronchadas, plumas sueltas y feas y pesadas, llenas de pecado y de maldad y mala fe, caras magulladas y deformadas, hundidas en el tabernáculo y en las conchas del altar mayor, la campana se agitaba sin paciencia, criando coraje y odio, desvelada inútilmente, tornaban la cabeza avergonzados o molestos para no oírla y verla por fin rodando ruidosamente, definitivamente hacia las quebradas y las llamas y el azufre del infierno y vieron descender al padre Carvajal desde lo alto, botado por la campana o por una nube o por un tabique mal amarrado, parecía afiebrado o transpirado, miraba con odio, con verdadero odio a esos soldados y esas luces, sabía que no eran vecinos ni convidados ni compatriotas sino bandidos extraños y arteros y salteadores y muertos de hambre y muertos de hediondez, pudriéndose en los huesos, estaría haciendo señas fatales ya, dando advertencias, despertando a los dormidos y a los muertos, a los cobardes, a los pusilánimes, a los tibios, a los enfriados, a los escaldados por el escorbuto y cuando en la madrugada lo vieron descender desde lo alto, negro en los pantalones, albo en la camisa y abrían los ojos y murmuraban y está en mangas de camisas este fraile bárbaro, dos soldados lo esperaban cautos en la puerta para confesarse rápido con él y que les vaciara luego la hostia entre sus barbas inmundas donde pensaban guardarla hasta la pascua o la próxima cuaresma lo cogieron de los brazos como gallina para arrancarle el copón y la patena y hasta las bendiciones y extremaunciones y lo echaron al suelo para dibujarlo crucificado y olerle el vino añejo y pedirle, carajo, la llave de la bodega y del santísimo y lo volteaban en el suelo dándole puñadas en el rostro y lo dejaron quieto, pero él alzaba siempre las piernas y las calzas y las polleras arremangadas, alzándose con gran salud, sacando coraje de ese miedo y echándole la sotana por los ojos como toros enfermos o avergonzados y golpeándolos también para ablandarlos y pujando y maldiciendo y no mentando un solo santo para no ensuciarlo y las medallitas tintineaban acremente en su pecho, delgadas y asustadas queriendo ser puñales o saquitos de veneno y sonaban en su pecho y en su cintura para apuñalearlos de lado y espolvorear con mirra las feas heridas y arriba la campana se azotaba con dulzura, empujada y estrujada con somnolencia por el viento, por el viento tempestuoso que olía a lluvia y aguacero en el suelo donde el fraile tenía pegada la cara y se la golpeaba al badulaque y ya lo mataba lleno de sangre y hasta le había dado la extremaunción apresurada y sentía él que la sangre era como un

alivio, una verdadera esperanza y anuncio de victoria y tranquilidad y una franqueza, Dios mío, una extraordinaria franqueza, más valiosa y duradera que las palabras y los juramentos y las maldiciones, vacíos y huecos y quebradizos si no los llenas con hechos, con acciones, con cosas concretas, como tu carne, por ejemplo, como tu sangre, por ejemplo, como tu sufrimiento, por ejemplo, y tu capacidad de absorber el dolor y la injusticia para ir después edificando, el puño se azoró contra sus dientes, empecinado en ellos, jurando matarlos y descuajarlos y miraba la cara asustada o arrugada o plegada y abierta, enteramente abierta como una fea cobarde puerta y estaba seguro de que él no lo conocía a él ni a sus pecados, el viento lo empujaba con suavidad, con disimulo diciéndole tal vez que quitara el espinazo del tronco del árbol, que lo mirara de frente, que les echara el pecho de frente otra vez de manera que vieran a Jesús y golpearan a Jesús otra vez y lo apuñalaran sin asco a ver qué pasaba, a ver qué pasa, Dios mío, alzó las manos hasta su cuello y rompió el cuello y se sintió enteramente tranquilizado, la sangre le corría por la cara y el cielo estaba brillante y lluvioso y estaba seguro, seguro de algo, sentía caballos, muchos caballos trotar hacia él, todavía escuchaba la campana, de repente pequeñita y cansada golpeando contra sus sienes para despertarlo, para que se durmiera luego porque mañana tienes misa hacia las cuatro, se sentó en la tierra y dos bofetadas lo tendieron otra vez, sintió que andaban por sus manos, soldados pequeñitos que picaban con suavidad y las cuerdas que le cruzaban el pecho y los brazos, ahora son las cuerdas, dijo, y pensó en la campana inmóvil y desprendida para siempre apagada entre las ramas y el viento, estaba amontonada alrededor de ella y lo sentía en sus narices, el viento lo estaba oliendo y ahora estoy hediondo como cualquier pecador, pensaba y los rostros de los hombres estaban junto a él para que los confesara y absolviera y encima de él para que los crucificara y no los olvidara y no los olvidaría de ninguna manera en sus oraciones y en sus maldiciones, lo dieron vuelta, lo dejaron cara a la tierra, la respiraba enteramente, tan amarga, tan jugosa, tan traspasada, se parece tanto a los hombres y más a los pobres hombres, llena de rumores como la gente, sentía los rumores que manaban de ella, más bien dramáticos, más bien empapados en sudores y lágrimas, de las cárceles, de los hospitales, de los desiertos, estas huellas, las vamos dejando, yo también ahora, aunque no lo quiera pero ahora lo quiero, se entreabría para que él la respirara y se alimentara mamando de las invisibles tetas de la tierra tan evidentes, tan evidentes para él ahora, ahora que estuve

más cerca del sufrimiento, de sus evidencias húmedas que fluyen de los pobres soldados y de los pobres indios, respiraciones como humo de la tierra, como perfumes o como las plantas y las flores y las raíces cuando vienen rompiendo alegres o apesadumbradas los terrones y empujando las piedras porque mañana, dentro de tres días, será la primavera, lo dieron vuelta otra vez para que no escuchara ruidos y no se acostumbrara y lo golpearon sin odio y sin utilidad y sintió que se reían y tenía la impresión de que su cuerpo estaba fuera de él, quizás a su lado, podría quizás haber tendido la mano y tocarlo y palparlo y reconocerlo y entonces tener un poco de miedo o de conmiseración, pero se sentía más bien frío y receloso. Frente a él había un caballo, dos caballos, tres caballos, miró los borceguíes y los jinetes, caras conocidas, hundidas en el recuerdo, esparcidas por el polvo y las remembranzas, un jinete se bajó del caballo con un gesto elegante y trunco, se inclinó hacia él, vio la mano que le enjugaba el rostro, sintió el olor y la lejanía de tierras ya olvidadas, del cansancio olvidado, de antiguos heridos comidos por el desierto, el padre Gomar tendido en la tierra calcinada, hundido en un barro agradable y capitoso, las moscas enormes y ciertamente torpes, como de madera, como apolilladas, los pájaros picoteando las rocas, mirándolas fijamente como indicándoles que las picotearan también, las flechas que caían en la neblina y los insultos ordenados, solemnes y melancólicos de los indios, miró la cara del jinete hundida en abluciones en la tierra y en el cansancio, se daba perfectamente cuenta de que el hombre estaba cansado y le agradecía ese cansancio, se quejó un poco, sin voz, sin esperanzas, quiso sonreír pero no podía y sabía lúcidamente que de todas maneras habría sido un gesto, un lujo que sobraba, la cabeza le vibraba sin apuro, sentía pasar por ella restos de humos, hojarascas, un viento persistente y tempestuoso, el cielo estaba arriba, negro, esperándolo, las nubes se golpeaban contra la torre de la iglesia y de la cruz goteaba el agua, la campana se agitaba estremecida de terror o frío o duda, por lo menos parecía estar escuchando o recordando, se inclinaba hacia él, el jinete se inclinaba hacia él, había lumbraradas de luces y de sombras, celajes de duda o de apresuramiento, los soldados reían y no podía verlos, reían bondadosamente apoyados en la juventud y en el súbito olvido, apartado de todo eso, lejos, en Nueva España, en Arequipa o en la isla llena de negros perfumados y bebidos, de flores cálidas, carnosas, se sentó, estaba en la tierra, las zapatillas mojadas, la sotana empapada, se sentía angustiado y empequeñecido, escuchaba lejanos rumores de caballos, largos estampidos al borde del agua,

chisporroteo de incendios cercanos, se puso de pie lentamente apoyado en el jinete, la cara de él se le acercaba otra vez hacia su recuerdo, una cara llena de tierra y humo, solitaria en el aire, junto a alguna mesa, en medio del ruido de la selva o de las conversaciones y gritos y pregones de la plaza de Arequipa en un mediodía arrebolado. Ya estaba montado, ahí estaba el pescuezo del caballo, ahí su mano todavía mojada y el jinete le empujó el cuerpo con dulzura para que no desfalleciera y esperara, todas las caras estaban tendidas hacia él, vueltas hacia su soledad y su miseria, la iglesia estaba sola y abierta, luces trágicas corrían por su interior, muchas antorchas, él habría opinado que demasiadas, los pies desnudos de los indios, los pechos desnudos por las indias, apenas vestidos por esas pobres manos, alguien hacía rodar por el suelo la campanilla, en lo alto las ventanas estaban abiertas y por ellas salía o entraba humo o nubes simplemente, se sentía el olor del incienso lleno de presagios y una india chillaba sin aspaviento muerta de dolor de vientre hundida en un extremo de los bancos. Aguirre caminó hacia él echando por delante las riendas del caballo y acortándolas hacia su boca, hacia sus intenciones, lo miraba con varias miradas al mismo tiempo. ¿Nos conocemos, padre, o no?, preguntó con suavidad y dureza al mismo tiempo, una dureza que no amenazaba sino que señalaba escuetamente que él era un bruto y no un enfermo, que era Aguirre. ¿Me conocéis, me conocéis?, preguntó él con sorpresa que parecía desprecio o restos de enfermedad, se sentía triste, desilusionado, ¿qué edad tengo?, se preguntaba con terror, alzó la cara para mirarlo. ¿Qué haces aquí, señor?, preguntó con dolor y con verdadera extrañeza, ahora no más lo veía y reconocía y rehacía y juntaba sus recuerdos a sus facciones que sólo se insinuaban, ocultas en esa sonrisa de purgatorio. ¿Qué haces?, preguntó otra vez, viéndolo inmóvil, pues se daba cuenta de que la sangre que manaba lenta por la comisura de sus labios y el sudor que se expandía en su rostro y en su pescuezo y el cansancio que le quebraba los brazos definitivamente y su hábito roto y tijereteado los había emocionado demasiado rápidamente a todos y todos, por eso, se tornaban hacia él rápidamente y las risas tras él se habían callado y el viento estaba alto y sonoro, sonoro para que escucharan sus palabras, si había palabras, para que sintieran sus quejas y se oyeran nítidas las pisadas lejanas de los caballos que cruzaban los caminos como antes habían cruzado su rostro y el año pasado el rostro de los dos ahorcados y salían galopando a través de las copas de los árboles, rompiendo las ramas, los gorjeos dormidos, las brisas frescas

guardadas hasta la primavera. ¿Qué hacemos aquí, padre, qué haces aquí tú mismo, señor, que yo no haga también?, preguntó pausado Aguirre apretando con horrible firmeza las riendas del caballo, él veía sus manos enormes apretar y estrujar las riendas y veía en esas correas rostros, rostros, rostros, ojos, ojos, ojos y se sentía apesadumbrado y temeroso y sintió calor. ¿Qué haces, qué hacen estos soldados y estos indios y estos caballos nuevos? ¿A qué han traído armas y herramientas y pólvora y azufre y árboles y semillas y raíces, ropa sin uso, ropas sin lágrimas y sin sangre que huelen todavía a mercado, a tiendas de ultramarinos de Veracruz o Nueva Granada o los Reyes? Dios, Dios mío, ¿dónde está Núñez de Prado?, se preguntó con terror y ya con piedad, oh Dios, lo han venido a buscar, a él buscan para matarlo. Se enfebreció de repente, comprendiendo que ahora era el tiempo, la hora, el minuto sosegado y sin viento, sin ruidos, sin quejidos, sin disparos y sin humo, de preguntarlo todo, de comenzar todo otra vez en su propia carne, su cansada sangre que no era de este mundo y lo era fatalmente, el minuto de hacer la pregunta terrible, amenazando y haciendo advertencias o entregando una admonición o una absolución o una excomunión, disparando todas esas balas y esas cuchilladas de Dios, sabiendo que él lo miraba y lo amenazaba y lo azuzaba y sentenciaba desde arriba. ¿Lo vienes a matar, señor? ¿A quién, padre?, preguntó con voz cruel e inocente Aguirre. ¿Buscaría a Núñez de Prado, al gobernador para encarcelarlo y asesinarlo?, preguntó con énfasis, recuperando su fuerza y su salud y esa maldita sonrisa mentirosa. Padre, a nadie se busca de esa manera, si hay que matar a alguien, si hay que ahorcar a algunos españoles, amigos o traidores y renegados, eso viene, naturalmente, sin que el asesino y el asesinado lo provoquen, solos se vienen los minutos, las circunstancias, las coincidencias y dudas y terrores y temblores y palabras terribles o zonzas y empujan las espalda del asesinado hasta la espalda del asesino. Padre, padre, dijo bajando la voz con misterio, ¿no lo sabéis vosotros, no lo sabéis de cierto si han sembrado el cielo de esta comarca y sus contornos de cuerdas de horcas y estertores de ahorcados? ¿Cuántos muertos injustos hizo Núñez de Prado en los Juríes, en los Chinchas, en Taquitingasta, en la orilla de los ríos y en la cresta de las sierras? ¿Por qué bárbaramente los mató, padre, por qué crimen terrible contra la corona se comió a aquellos infelices desarmados que sólo temblaban de miedo de esta soledad y querían nada más que un caballito para trotar fuera de ella? ¿No fue ése su crimen, su único crimen, su sola traición? ¿O hubo más, me vas a decir ahora que hubo más? Señor,

dijo el padre Carvajal lentamente, no te desboques por sueños y moralejas para ocultar y disimular y disminuir y empalidecer la villanía que vas a hacer. Si quieres matar al gobernador no necesitas justificar ni acomodar en silla tu crimen, pues traes cartas que te lavan y limpian la sangre, seguramente, cartas arrancadas con embustes, mentiras y falsos testimonios del gobernador de Chile, del virrey o aun de la audiencia y la corona. Pero ¿para qué disculparte, señor? Si lo vas a matar, hazte acreedor y digno de tu crimen y tu infamia, que será un crimen grande e importante, tienes que ser grande como él y merecer también un enorme arrepentimiento. Se sonreía con dulzura y tal vez con desprecio, sus labios se entreabrían cansados, sus ojos fieros se suavizaban a la espera de la desilusión y el malestar que él había provocado. Yo no he venido a matar a nadie a esta comarca, pero estad cierto de que a más de algunos mataré, pero no sin justicia y no sin odio, a nadie mataré que no merezca ser asesinado, sentenció y sus palabras solemnes y mesuradas parecían un limpio y ajustado juramento, una profesión de fe, de bondad y buenas intenciones, obras piadosas y misericordiosas, palabras pías. Eres su amigo, ¿dónde está él?, preguntó bajando la voz, temeroso de meter miedo en sus palabras, sólo a él lo miraba, sólo a él buscaba para decirle que necesitaba ver, ver de cerca, tocar a aquel hombre, mirar sus manos, sus manos delgadas y temblorosas, pero ¿qué tienen sus manos?, se preguntó de súbito y tenía recelos. ¿Has visto al gobernador?, preguntó con voz clara, delgada como una cuchillada. ¿Qué me quieres preguntar?, se sintió humillado y retrocedía en su voz, pero su carne estaba ahí y respondía, su carne era él también, habría jurado que en ese momento sólo era carne él, nada de espíritu, por lo tanto Dios ahora no contaba, se había ido hacia la sombra porque convenía, se trataba de ser malvado ahora para proceder con bondad. Al gobernador va todo el que quiere y tiene ojos para hacerlo, no es como el sol, que no se puede mirar de frente si no quieres llorar, dijo con ligera ironía. Yo soy como el sol, juro que lo seré para muchos bandidos y desalmados hideputas, bramó Aguirre y hundió con los borceguíes los costados del caballo que se alzó de patas para mostrar que no había nadie debajo, menos el gobernador. ¿A qué esa fiesta medieval y esos aspavientos? Lo miraba sorprendido, despreciándolo un poco en el fondo, dándose cuenta, además, de que no se sentía seguro. Lo quedó mirando y esperó. ¿Es que no está en la ciudad?, preguntó plácidamente, respirando tranquilo. No está, padre, contestó con desaliento Aguirre y le miraba el pecho herido, pensado y deseando que entre

sus pliegues pudiera estar, acurrucado, escondido, plegado, adormilado y lloroso el gobernador, dando diente con diente con el frío y el desasosiego. Diz que ha salido fugado entre la medianoche y esta madrugada, tal vez por no toparse con mis caballos y bagajes. No, no es verdad, no ha de ser verdad, por esperarte no nos hemos ido, porque no tenemos pecado ni motivos de fuga, dijo el padre, abriendo más los ojos, sintiéndose más seguro y algo acorralado y despistado a Aguirre. Alzó la mano para señalar las carretas hundidas en la penumbra. Mira, señor, no hemos echado a andar esos carros sólo por esperarte, hace varios días que los tenemos cargados con trozos de la ciudad, con todos sus muebles, esperanzas y dolores, nos íbamos, no nos íbamos, sentíamos soplar el viento echando sobre nosotros el aguacero, sentíamos ruidos de caballos, ruidos de arcabuces, disparos lejanos, lejanas humaredas, nos mirábamos, nos quedábamos. Si ha de venir, que venga, lo esperaremos, decía Juan, y asentíamos nosotros, los soldados cogían el naipe. Nos quedamos, aquí estamos. ¿Y dónde está él?, preguntó Aguirre como pidiendo disculpa. Ahí están las carretas, señaló otra vez el padre, él está ahí, ¿entiendes, señor? Y está aquí también, donde hay una silla, sentado en ella, donde hay una cuja, dando vueltas en la fiebre y en el señuelo, completamente despierto, débil y robusto, así es él, ¿lo conoces, lo has visto? La ciudad no se ha ido y no se irá, por los mil demonios, a eso he venido, bramó trágico y teatral Aguirre, aunque sea degollando y dando garrote y cuerda a dos muy españoles, juro a Dios que no se irán. Sin juramentos, ni amenazas ni insultos, no nos iremos, no nos iremos por ahora, dijo el padre fríamente, sin siquiera amenazar y esas palabras burlonas parecían definitivamente cansadas. El caballo de Aguirre caminó suavemente alrededor de él, lo miraba sin extrañeza y sin odio, también sin interés, veía los cuidados borceguíes, las firmes ancas del caballo, los rasgos duros del jinete que lo miraban con melancólica furia y desprecio porque lo encontraba sucio y ensangrentado y no limpio y enhiesto. ¿Por qué me han derribado desde lo alto?, decía para sí, alzando la cabeza, sintiendo el viento repasar y buscar entre las hojas, empujar con incuria las paredes de la iglesia, montar por las torres, palpar con sosiego la campana, ¿por qué me han golpeado y herido sin equivocación si nada malo buscan ni pretenden?, miraba los borceguíes, los jinetes que permanecían alrededor de él, no se movían ni hablaban ni respiraban, esperaban a alguien, a la muerte tan flaca y silenciosa, que me coja con asco, por verdadera obligación, esperaban algo, mis quejas y mis quejidos, mis palabras de conmiseración y

humildad, vio las cuerdas descolgarse de los pescuezos de las caballerías, vio las manos cogerlas con premura, con leve renovado respeto y temor, lo miraban, se miraban entre ellos, lo semblanteaban para sabérselo de memoria y dibujarlo después cuando estuvieran viejos y enfermos y paralíticos de las piernas, lo miraban a pedacitos, se miraban entre ellos, se pasaban sus ojos y sus impresiones, lejos galopaban unos caballos, venían hacia acá bajando desde lo alto, no terminaban nunca de llegar, de bajar, miró las cuerdas, lo estaban mirando, mirándole todo el cuerpo, mira que atar a un hombre así, a unas sotanas y todo eso no es tan fácil, tienes que atar cosas impalpables y lo más sólido y firme y concreto y rebelde son estas polleras sucias, sarcásticas, crueles, crueles especialmente ahora y vilipendiadas y, sin embargo, temidas, dijo apegándose al suelo y ya estaban otra vez aquí los soldados y sentía la impasible, solidificada voz del Aguirre, tres frailes para un pueblo tan pequeño y miserable, un pueblo como un puño que cabe en media docena de carros, un pueblo de gitanos y saltimbanquis, labrados en el barro, respirando y comiendo el barro y la mierda, no precisa dios ni apóstoles ni putas milagreras, mira, señor, parecía dirigirse a él, pero no se dirigía a él, mira, señor, que juré atar estas comarcas a mi cintura con sangre y carne viva y con quejidos, esos quejidos insoportables tan delicados, aunque no lo quieran ellos y no lo quiera yo, juro que los arrastraré hasta Chile a través de los incendios y los ventisqueros y los indios alzados y los heridos espantosos y emboscadas y traiciones y barbaridades que inventaremos, juro, señor, lo juro, decía con tranquila voz, una tranquila voz administrativa buscando su cara, pero no lo buscaba a él, no se la había podido encontrar, sentía el barro verdaderamente, el agua manar sin término por su cara, se la tenían cruzada con cuerda y con golpes, sentía las manos y las respiraciones de los soldados pegadas a su pecho, a sus brazos, a su pelo, sentía su propio pelo revuelto y engrandecido y liviano, rodeado por el cielo, por lo menos por las nubes, tenía voces él mismo, subían por su vientre hacia su garganta, se la llenaban, parecían impetuosas primero y luego cautelosas, voces, voces de coraje y odio, de un odio elemental y provisorio, ay señor, señor, dios mío, dijo forcejeando, poniéndose a medias sentado en la tierra, alzando el pecho y echando un poco de barro por la boca, vio a Aguirre, su hermosa cabeza, algo ceñida en la frente por el rencor y la amenaza, hablando entre sonrisas con dos adolescentes montados a caballo allá arriba y con un hombre delgado, simplemente delgado, cuyas facciones se perdían e insinuaban en una sobrecogedora

palidez, hablaban indudablemente, pero él no sentía las voces, sólo veía los gestos comenzados de las manos, los recios dientes brillando con blancura en la oscuridad, los movimientos solemnes y acompasados de las cabezas de los caballos, veía lumbraradas rojas en la hondonada, como avisos o presagios, disparos distantes que subrayaban el silencio, el olor de las cuerdas le cruzaba la cara, lo golpearon una y otra vez, empujando con dulzura los dolores hacia el interior de su cuerpo, cuántas horas, cuántos minutos innumerables dios, dios mío, las torres de la iglesia se erguían en lo alto libres, abandonadas y abiertas, abiertas para recibir a los muertos y a los moribundos, a los asesinados, a los martirizados, la campana estaba tiesa y muda, perfectamente exótica e inútil, pero atractiva, el viento soplaba en sus orejas, en su pelo, le trajinaba y curioseaba el pecho buscando algo, buscando algo urgente y terrible, una puerilidad y una reliquia y una adivinanza fácil que daba risa, unas solemnes gordas soñolientas campanadas, un humito de incienso que era una basura, sentía voces, voces altas y cercanas que lo nombraban a él, que lo señalaban con especial premura, con temor y hasta reverencia, padre, padre, padre, sentía toda su ropa sumergida en el agua, sentía las cuerdas mojadas que iban apretando y veía las patas del caballo chorreando con escándalo y un calor le empujó hacia la cara, lo alzaron liviano y pequeñito, le temblaban las piernas y sintió entonces venir al caballo, enteramente seco, peinado y lustroso como si lo hubieran fabricado especialmente para él, sin apresurarse como convenía, venía trotando con suavidad por el medio de la oscuridad que se clarificaba y vibraba para que él llegara pronto, le parecía que venía a buscarlo, a buscarlo a él precisamente, sólo a él, para que pudiera descansar y secarse e irse definitivamente trotando hacia abajo, el cielo estaba negro y bajo, parecía querer meterse en su cara y en sus pensamientos, apretarle y ceñirle el pecho con odio y crítica, parecía que le estaba criticando algo, rectificando algo, una palabra, un rezo, una herida, de algún modo echándolo hacia afuera, sólo los cascos del caballo palpitaban hacia él con reconocida amistad y confianza, todos lo oían y esperaban que terminara de llegar, los soldados que lo tenían cogido por los brazos, participando de su humedad y de su propio temblor, se apretaban más a él, querían meter su miedo, su arrogancia y villanía en su propio cuerpo, taparlo con su sotana roja y empapada y el caballo venía repechando la falda de la loma, las últimas casas que descendían por el llano, más allá de los árboles, en los árboles se remecían y multiplicaban sus cascos. Aguirre había apaciguado su sonrisa y su

respiración, algún soldado tras él hacía tremolar levemente la bandera, veía sus pliegues olear en la corta penumbra presagiando y pregonando algo bueno o terrible, llamando la atención a algún error de cálculo o de alevosía, el soldado empezó a plegar la bandera, lo hacía rápido y lento para que no tuvieran tiempo de amedrentarse, envolvía su brazo en ella, sus manos, su guantelete, sus correas, el caballo estiró el pescuezo en forma increíble para apurarse más y resopló suavemente para no dormirse, se escuchó el viento, el viento venía rodando desde lo alto y en él venían envueltos el caballo y el caballero, veían ahora nítidamente a la tenue luz de las estrellas que asomaban tras las nubes los cascos del caballo moverse silenciosos, sin detenerse, sin apurarse, sin nada de cansancio ni temor ni duda y el jinete estaba envuelto en lo alto, empaquetado con dos vueltas por la capa y traía ramas, árboles, arbustos, flores, hojas nuevas, hojas verdes recién nacidas, recién crecidas y cortadas, ciertamente hermosas y tranquilizadoras, veían sus lumbraradas rojizas iluminar hacia ellos, veían enteramente al caballo, la cabeza inmóvil, trotar recto, ya los había visto y se apuraba, el jinete los había visto y se echaba otra vuelta, parecía más bien adormilado. Dios, Dios mío, dijo él, reconociéndolo, gran Dios, Dios de bondad y de templanza, puta madre, si es él, dijo Aguirre y echó su caballo contra el cielo y los adolescentes echaron sus caballos nuevos tras él para guarecerse en él y Valeriano se apegó a su padre y sonrió con temor, los caballos alzaron las patas y galoparon tras la tropa, tremolaron las banderas, se alzaron las lanzas en su bosque y el padre Carvajal, dejado solo, completamente solo, se veía ahora más prisionero y vulnerable que nunca, alzó la cabeza y aspiró el aire nocturno, oh Dios, dijo, protégelo, no lo sueltes, que no le hagan daño, no le hagas daño, Dios mío, deja y aparta ese dolor también para mi cuerpo, para mis años y mi experiencia y dureza de la vida y mis errores y sintió el ruido de las armas y luego la risa de Aguirre, los jinetes se reían también y se escuchaba la voz conocida del gobernador, se desperezaba suave y bostezaba, le preguntaban cosas y él contestaba cosas con sueño, con aburrimiento y estaba risueño, comenzaba a estar risueño y preguntaba otras cosas todavía, otra más, ciertos temores y sinsabores, un jinete vino recto hacia el padre Carvajal y cogiendo la cuerda lo arrastró por el campo y si el gobernador veía eso estaba bien, estaba demasiado bien, Dios había actuado, había escuchado y él sólo podía escuchar ya el rumor de las conversaciones y adivinar las risas, las palabras quedas, la delgada voz del gobernador, tapada ahora por los cascos del

caballo, por otros caballos y dos prisioneros que lo miraban sin sorpresa y verdadera tranquilidad, el padre Cedrón, el padre Trueno, verdoso uno y divertido el otro de encontrarse otra vez junto a él. Los caballos trotaron rápidos y rápidamente dejaron atrás las casas y todo el ruido, se abrieron las puertas de la cárcel y se vieron empujados suavemente hacia la oscuridad, rodaron atontados sin divisar nada y tocaron algunos rostros, algunos uniformes, hebillas y esquirlas de acero y hierro y sintieron el hedor de orines y sudor guardado expandirse como una flor enorme y protegerlos a ellos también bajo sus pétalos.

Señor, dijo Núñez de Prado, alzando la voz con cautela, deseoso de hablar demasiado, de decirlo todo de inmediato, pero viendo que Aguirre miraba con curiosidad por la ventana, sin verlo ni considerarlo, habló sin temor. Señor, me sales a recibir entre palmas y zalemas y banderas y charanga escandalosa de armas, me echas los pulmones y el vientre y el hígado y los riñones encima para abrazarme y adorarme, me abrazas verdaderamente y me miras con dolor la mala salud y el pésimo semblante, me besas la cara dos veces, a un lado, al otro y me traes casi en brazos hasta este aposento y ahora me tienes atado de pies y manos. ¿Quieres explicarme todo, señor? ¿Hay algo qué explicar?, preguntó sin fiereza y sin amenaza Aguirre, mirando siempre por la ventana. ¿Por qué aquellos abrazos y besos y arrumacos y zalemas y ahora estas cuerdas y mojicones? ¿Quién te golpeó, señor?, preguntó Aguirre, alzándose de la silla y caminando hacia él, estaba de pie, ahí mismo, miraba sus propias recias piernas, comparándose, comparándolo, hablaba con suavidad. ¿Quién te golpeó señor Juan y lo haré degollar aquí mismo, en tu falda? Yo no quiero degüellos ni sangre ni injusticias, soy un hombre tranquilo, casi pusilánime, dijo y su voz estaba temblando de duda, alzó la cara para preguntar, ¿me vas a ajusticiar? Su voz quedó suelta, temblando en el aire, incluso ajena a su temor. Escuchaba los ruidos lejanos del campo, ruido de soldados removiendo la tierra, lejanos ruidos de martillazos y serruchos, sin orden ni paciencia, no los ruidos pasionales que él había amado, haciendo las casas, armando las puertas y ventanas y recortando los marcos y los balcones, eran ahora simples ruidos materiales y desordenados, de seguro que Aguirre estaba haciendo reparar los daños, ¿qué daños, se dijo, si aquí no hay nada roto, Dios mío?, sólo las señales del dolor y la esperanza, cuando golpeamos una puerta con el hacha, sólo eso hacemos, juro que sólo eso, cuando golpeamos quedo un portal, el marco de una puerta para que nos abran, pues está el invierno

afuera, la noche de lluvia y queremos fuego y descanso. Lo miró para explicarle, pero Aguirre tenía una cara cándida y fiera, con los rasgos echados hacia afuera, nada de interiores ni de misteriosos, ¿qué podría explicarle, además, cuando cojo la barrera o el hacha y golpeo la muralla y rajo la puerta?, no es eso lo que hago sino algo más profundo, estamos llamando y pregonando a la divinidad, la felicidad o desgracia que es nuestra y nos pertenece, para que venga a encontrarnos, estamos haciendo a la ciudad y amándola mientras la hacemos, poniendo nuestra carne y nuestra sangre en ella, pintándola con nuestras lágrimas y nuestra soledad para que dure, es tan hermosa y digna, la queríamos tanto. La quería tanto, suspiró, la quiero tanto, Dios mío, y mira mis manos atadas y mi cabeza puesta a precio y ahí están esos extranjeros parchando las paredes, dicen, zurciendo tus andrajos, dicen, te están mancillando y no te puedo defender. ¿Me vas a ajusticiar, señor?, preguntó con voz entera. ¿Qué justicia mereces, preguntóle con súbito desprecio y encono Aguirre, si no es la del judío errante, castigado y obligado a llevar eternamente a cuestas la ciudad, alzarla y pulverizarla cuatrocientas veces, llenarla de tajos y mandobles, despanzurrar sus techos y guarniciones, robarte las ventanas y las puertas y esconderlas temblando bajo la cuja? Cuenta, cuenta, señor mío, que tienes tu cueva llena de restos de calles y caminitos y plazas y plazoletas, tienes el almohadón y la sábana llenos de ventanas ensangrentadas y techos carcomidos y temblorosos, las puertas vienen a buscarte para tenderse a tu lado, ni siquiera para caer sobre tu débil y enferma cabeza, sino sólo para eso, para tenderse mudas a tu lado y esperar tranquilas la muerte que emana de tu cuerpo, eres la muerte, tú lo eres, Juan, mira tu cuja, mira tus sábanas ensangrentadas, dijo alzando la voz y la mano y señalando el rincón del cuarto. Señor, no hay sangre en ellas, dijo él con voz firme y fría. La hay, juro que la hay y si no la habrá antes de la noche, gritó Aguirre y parecía desilusionado y dolorido y próximo al llanto. Has muerto a una ciudad varias veces, ¿qué muerte mereces?, preguntó lentamente. No la he muerto, la amo mucho, más que a nada, mucho más que lo que serías capaz de hacerlo y comprenderlo, dijo él con melancólico orgullo, tengo una mente pura, un deseo impuro e insatisfecho, ése es mi pecado y mi duelo, sólo eso, se lo escribí al virrey ya, vinieron los salteadores de Chile cuando estábamos sacando una hermosa ciudad del interior de la tierra para dejarla intacta y pura, sobre todo sin sangre ni lamentos ni indios saqueados y despedazados en la falda de la reina, nadie, y menos tú, me puede acusar de ser violento y despiadado, llegaron

los bandoleros abrazándome primero y después golpeándose, dejando primero un reguero de flores y después de sangre, ésta es tu conducta y tu programa y tu carta de recomendación, entre dos noches me alzaron tus soldados a los míos y a los que no se entregaron a la traición y la delación los tajearon en sus lechos, ésa es la sangre que hay en nuestros lechos y aposentos. ¿Y por eso has trocado el sitio y la ciudad, robándola, y amarrándola una y otra vez en los carros y en las caballerías y salías al galope con ella, sólo para amarla, sólo porque la amabas, sólo por eso? Señor, vine limpiamente a crear un mundo en esta comarca de Tucumán, traje cartas correctas, buenos mapas y buenos guías, una exacta latitud, unos derroteros desconocidos que me esperaban, gastando nuestra carne y nuestras esperanzas hemos trabajado este trabajo, hemos sido crueles e implacables sólo cuando era necesario, cuando la bondad significaba ir retrocediendo, hemos hecho una hermosa ciudad y la hemos llevado de un lado a otro para hacerla cada vez más hermosa y más viva y más nuestra, ¿y no estaba, pues, en mi derecho y en el de mis oficiales y soldados defender los esfuerzos y desgracias gastados para alzar estos muros, para derruirlos y llevarlos lejos y con ellos el recuerdo, los deseos y esperanza de la ciudad que quiere y pide y ruega y clama y llora porque quiere estar viva aquí o en otra parte y alzar otra vez los muros y clavar de nuevo las puertas y ventanas?, somos gitanos y saltimbanquis, si quieres, porque somos soñadores, dijo finalmente en un suspiro de satisfacción y soledad y ahora que estaba dicho todo, se sentía triste e impotente, demasiado desnudo, demasiado al descubierto como si hubiera hablado lo que no debía, mostrando lo que no debía. ¿Qué me harás, señor?, preguntó rápidamente, deseando conocer pronto el origen y explicación y motivo de su prisión, para saber ya los dolores que tendría que soportar y los que podría evitarles a sus soldados y a la ciudad misma, si él moría nada importaba siempre que ella viviera. Has muerto alguna gente sin motivo, hecho justicia o venganza en veinte prisioneros, dijo Aguirre en un reproche, tratando de recordarle algo, tratando él mismo de recordar alguna canallada para ponerse luego rencoroso y violento, se daba cuenta de que necesitaba ser cruel y sentíase desasosegado. Señor, algunos soldados maté cuando vino al campo Villagra, se llevó los mejores caballos y los mejores soldados, me dejó sólo una tropa de caballos heridos o enfermos, se llevó el maíz y el grano, hasta el vino que guardábamos para la misa, todo lo cargó en su montura, nos dejó sólo soldados inservibles, enfermos o badulaques y algunos prisioneros que eran un asco, gente alzada que quería regresarse a

Chile. ¿Por qué no la dejaste ir?, preguntó Aguirre sinceramente sorprendido de aquella crueldad con tan poco origen. ¿Cómo, señor, iba a permitirlo?, preguntó sorprendido también él. Estábamos en una ciudad ¿y querían irse a otra?, ¿no era eso querer meter el terror y la duda en el alma de los soldados y vecinos?, si se iban me desangraban la ciudad y no lo podía permitir porque lo que buscaban esos alcahuetes y soñadores era despoblarla y hacer que yo entregara la gobernación y las llaves y luego mi hacienda y mi pescuezo. No era por cobardía que se querían ir, señor, dijo y alzó la voz, y si era por cobardía y debilidad de vientre, no merecían estar vivos ni aquí ni en Tucumán ni en Santiago ni en los Reyes. Eres un bárbaro débil y extraño, murmuró Aguirre, tornando a la ventana y mirando por ella, me esperabas, es verdad que no pensaba irte y que me esperabas, sabías que vendría a nada bueno, dijo paseando por el cuarto y tornando a mirar por la ventana. Sí, señor, algunos soldados que llegaron muertos de hambre, heridos y enfermos, pues venían también saliendo de las manos de Villagra, trajeron la noticia, que venías a la tierra con mucha tropa de socorro, pero no a socorrerme sino a tomarme preso. Preso estás, a eso vine, dijo Aguirre mirándolo compasivo y se plantó frente a la ventana, volviéndole la espalda. Sabías, con tu conducta y tus nervios, que algún día tendrías que irte y tu desgracia será irte solo, sin la ciudad que amas y que violentas, ¿no te valdría más morir?, preguntó con suavidad mirándolo atentamente, parecía deseoso de su estado, recetándole un buen ungüento para sus tristezas. Él no dijo nada y respiraba con verdadera ansia, preguntándose por qué miraba tanto hacia afuera don Francisco de Aguirre. Aguirre no lo decía, pero estaba mirando intrigado, las carretas no eran muchas ni grandes, unas seis o siete, podría haber algunas más disimuladas en la neblina o tras las rocas, de todas maneras no eran nada, repletas hasta lo alto, tocando con las patas de las mesas y de las sillas las copas de los árboles, metiéndose entre las ramas, asomando bajo la lona y los toldos de las tiendas las lanzas, espadas y arcabuces. Sacaré, por lo menos, las espadas y arcabuces, dijo para sí en voz alta y se arrepintió al punto de haber dicho aquello. Había algunos centinelas de pie frente a las carretas o caminando junto a ellas y mirando sin interés y sin desprecio, con verdadero cansancio, lo veían a él en lo alto de la ventana y tornaban a marchar desfallecidos y constantes. Sentía sus pasos y la respiración de Prado a su espalda. ¿Te irás, verdad?, preguntó con dulzura, tornando la cara para sonreírle. No me queda alternativa, contestó alzando los brazos, significando al mismo tiempo que aquellas

cuerdas estaban de más, pues era un hombre fatigado que sabía que estaba derrotado, sentado en la silla, tendido en la cuja, botado en el suelo, con el cielo encima como una vergüenza y una mortaja, con la ciudad a su alrededor como un ataúd despanzurrado. Aguirre estaba vuelto hacia la ciudad, respirando esa tranquilidad que él mismo había imaginado, y mirando todavía con curiosidad las carretas. Vaciaste heridos y moribundos en ellas y también la iglesia, ¿por qué llevarte los santos, los arcángeles, los angelotes, esas alas dulces de gallinas o gallipavos?, preguntó con desprecio y curiosidad, ¿por qué llevarte eso, a ese Dios, a cualquiera, es necesario acaso cargar y amarrar a Dios al anca de tu potro o de tu yegua para que vaya con vosotros? ¿Tú lo traías contigo?, preguntó Prado con sonrisa de conmiseración. Él se cuela en mi montura aunque yo no quiera, dijo Aguirre con desparpajo, pero creo yo que la conquista es cosa de hombres, de bandoleros decididos y sin entrañas, hay que saber hacer sufrir, hay que pasar por todas las muertes y dolores y desventuras, hay que estar pronto a soportar también, salud hace falta y no ningún Dios, ni siquiera aquel Dios que devoró a su propio hijo asándolo en la cruz está en el grupo de mis amigos porque no es un soldado al que puedo sorprender y rodear y engañar con unos cuantos arrumacos y unas cuantas arrugas de amistad y de aliento, no lo puedo echar a empellones contra una silla o una banqueta y darle tres vueltas de cuerda y soltarlo encima de un caballo camino de Chile, Dios no me gusta, señor, pero tampoco deseo hacerme su franco enemigo, pero donde encuentro a los frailes por el camino, a esos sí que les hago la porquería y los amortajo en sus paños lúgubres y los demuelo a puñadas en el suelo. ¿Sabes ya que no te irás solo?, ¿sabes que se irán contigo a Chile y los Reyes todos los frailes, esos tres que tienes aquí?, ya están presos, borrados en la oscuridad, señor, revueltos con los prisioneros que pensabas ahorcar antes de robarte otra vez la ciudad, ya ves que no soy sanguinario todo el tiempo, ya ves que los dejo sueltos cuando podría fácilmente ahorcarlos y eso sanaba el mundo y la ciudad y le doy en el gusto a Dios padre y al vicario de Roma y a estos pájaros feos que meten al mismo tiempo el puñal y la hostia, la bendición y el denuesto. Te vas con Dios de todos modos, gobernador, no me mires mal ni me tengas inquina y odio porque no te conviene. Si de todas maneras quieres verme con cierto odio y desazón, piensa solamente que soy un simple instrumento de unas manos altas y lejanas, inalcanzables para ti y para mí, de unas garras, si quieres, que vengan que vienen a posesionarte a través del mar desde Madrid o a través del infierno.

Señor Núñez de Prado, don Juan, no seas mi enemigo si quieres ser mi amigo, vengo dejando jirones de mi familia en las zarzas de esta comarca y de otras, en Chile y Perú y Venezuela he dejado trozos de mis antepasados y herederos, no me mires como a un sanguinario insaciable y sin entrañas, las tengo firmes, sólo que un poco más robustas y bien alimentadas que otros españoles desharrapados y tristes que han atravesado estos páramos, tal vez, señor, tengo yo una fama tenebrosa e infernal, pero esa fama me rodea y me preserva, no quiero que ella te aflija y te hiera, no vine a matarte a mansalva, a degollarte ni a darte garrote, vine mandado, como vos, como Cortés en Nueva España y Pizarro en Perú y es posible que vengan otros detrás de mí a tomarme preso a mi vez, pero ¿sabes?, dijo bajando la voz, ¿sabes que encuentro cierta misteriosa apariencia y resonancia y correspondencia y complicidad en tus actos y en los míos, siendo como son tan distintos? No sé lo que me quieres decir ahora, dijo él, afligido y ofendido, sólo sé que con traición y alevosía y picardía me quitan la ciudad, la ciudad que he hecho con mi carne no para mí, para guardarla en la alforja o clavarla en el escudo de mi familia, pues ni familia ni escudo tengo, pero, suspiró en voz alta y entristecida, ¿los que creamos un mundo ordenado y escogiendo el caos, los que sacamos imperios y comarcas de la nada, hemos de terminar fatalmente nuestros días presos y mancillados? Señor, no seas tan cobarde y resfriado, no metas tú mismo el pescuezo en la horca, dijo Aguirre en tono alegre y cantarino, pero era evidente, su alegría no le interesaba y tampoco el duelo del otro. ¿Piensas pasar sentado el resto de tus días?, ¿cuántos años tienes, cuántos deseos dormidos y ambiciones y pretensiones?, ¿de nadie te deseas vengar, no quieres ser alguna vez abominable?, ¿quieres ahogarlo todo, sepultarlo todo sólo porque ahora te quitan un poco de tierra de las manos y te la dejan guardada en unas cuerdas?, ¿prefieres el pescuezo? Tu libertad debiera comenzar en tu prisión, ahora mismo, si lo quieres tú y no yo, dijo alzando queda las manos para sermonearlo, mirándolo con ojos tranquilos y pensativos. Si quieres, si lo quieres tú solamente y no tus enemigos y envidiosos ni aun tus envidiosos amigos, ni tampoco yo, menos yo que nadie, si lo quieres realmente y no sirves sólo para llorar y lamentarte, puedes salvarte todavía y salvar la ciudad, alzarla y trasladarla muchas veces, si este juego que no comprendo te da felicidad y te llena de turbación y gozo, pero tienes que quererlo, quererlo y no llorarlo y lamentarlo sin consuelo y, sobre todo, sin utilidad porque esto es cosa hecha. Se rió sin ganas, sin entusiasmo, parado frente a la ventana, las manos

agarradas en el marco, miraba embelesado la calle sumida en la penumbra, las carretas inmóviles y misteriosas vueltas hacia el campo, se sentía débil, desabrido, desposeído de una gracia, de una aventura más terrible y desesperada, tal vez más difícil, ahí estaba ese hombrecito débil, de espaldas débiles y quebradizas y, sin embargo, había sido capaz de alzar y remover y hundir y edificar muchas veces la ciudad, provocando lágrimas y quejas y quejidos y sangre y alevosías y denuestos y soledades y suspiros, oh Dios cristiano, oh devorador de carne viva, oh Dios sanguinario y cruel y tan inteligente, él te ama y la ama, ¿y yo seré la herramienta de tu odio, de tu pensamiento feroz, de tu afán de probar con duras pruebas a los hombres frágiles, a tus criaturas enfermas? Yo no soy débil y no estoy enfermo, no seré instrumento de tu gracia ni de tus audacias, Dios, Dios cruel, Dios cómodo, Dios invisible y por lo tanto audaz y atrevido, lo haré por mí y no por ti, lo romperé para mí solo para mostrar que puedo hacerlo y que no sufro por ello y no me importa porque soy poderoso, y estaba agarrado a la ventana, remeciéndola suave, sintiendo esa fragilidad y que él podía romperla. La madera es algo vivo y es natural, pensaba, son árboles, trozos sangrantes de árboles, heridos, vejados, golpeados, los gritos de Prado, sus quejas tenebrosas, los lamentos de los indios, los susurros de los soldados, han pasado por ellas, por ellas pasó suavizándose la mano del traidor y la del asesino y del asesinato, se agarraba con ternura a ella y miraba embelesado las tinieblas, las carretas cargadas de muebles, ropas y herramientas y tornó un poco la cara para mirarlo y conversarle. Él hacía rato que lo miraba. Es una bonita ciudad, dijo, es muy bonita, debes quererla mucho. Le sonrió, era evidente que quería acercarse a su duelo, sin duda, él había hablado demasiado. Lo miró con no disimulado odio. ¿Por qué, señor?, preguntó, molesto de que se metieran en sus dolores, que adivinaran que los tenía. Me parece que te mueres por ella y que arrancado de sus maderas, como Jesús, tu pequeño Jesús, de los maderos de su cruz, no vivirás mucho tiempo apartado de este dolor que es tu vida. ¿Lo soportarás, Juan?, preguntó luego con marcada confianza y simpatía. Yo tengo lo mío, yo seré capaz de soportarlo si puedo acordarme, y había una sonrisa fea, casi malvada, pero apresuradamente recelosa en su rostro flaco. He derribado las murallas y casas y edificios e iglesias, he roto las alas de los ángeles, los sueños del padre Carvajal y los ensueños de los españoles apoltronados y pusilánimes, dijo con ironía acre, con cierta miserable pasión enconada y viva, he pulverizado los dormitorios, los comedores, las salitas de reposo y sueño, he odiado tal vez los

balcones y terrazas que clamaban por flores cálidas y noches de luna, he echado a rodar las ropas y los sueños tejidos en ella, he roto las sillas y las mesas, alcé las hachas sobre las puertas entornadas y frágiles, he despedazado misterios, secretos, tristes presentimientos que luego se cumplían, he sido la mano del destino cruel, de las venganzas imprevistas e inexplicables, no he dejado vivir a los españoles, he matado a la ciudad, los ahorcados no cuentan aquí, no necesitan entrar en mi duelo, ni siquiera Antón de Luna y Alonso del Arco que agonizaron tres días colgados de sus travesaños, ni siquiera ellos que ya estaban enfermos y que habrían muerto de todos modos, he provocado otros dolores más intensos y más perdurables, al alzar las murallas y clavar las primeras puertas y ventanas, ya traía conmigo la maldición y desventura de las calles y las casas, con los mismos clavos he hundido la desgracia en las maderas, con los cimientos he sembrado la cizaña y el odio, era una bella ciudad, su belleza me perturbaba y me quitaba el sueño y se me iban las carnes, lleno de miseria y desasosiego no podía estar quieto en ella, verla crecer y alzarse por encima de los bosques y de las lomas, desparramarse por las llanuras, saltar los vallados y las quebradas, noche a noche he recorrido sus calles, adorándola y odiándola al mismo tiempo, pasaba mis manos por sus murallas, acariciaba con dulzura y duda, estremecido de placer y de dolor mustio, sus capiteles y cornisas, junto con sus molduras he palpado su soledad, mi soledad que yo le daba, cuando pasaba caía el silencio tras de mí, sentía reír a los españoles en la oscuridad, tras las murallas, alrededor de un buen fuego, y me decía quebraré esas risas, reventaré esas murallas, ese frágil equilibrio, ese silencio, ellos reían y el caballo subía por la calle y yo iba como ciego, me desmontaba y tornaba a pasar mis manos por las paredes, recorriendo cada trozo de madera y de pintura, sintiendo al viento soplar y adelgazarse en ellas. Los perros aullaban tenuemente hacia mí, venían en silencio tras el caballo, se detenían en las esquinas y cuando yo empujaba las puertas, veía en la oscuridad rostros dormidos, respiraciones apacibles y contenidas vaciarse y correr en las tinieblas, cogía algunas ropas, unas lonas, los pies de una cuja, alzaba mis manos y acariciaba los encajes del baldaquino, tropezaba suavemente con una silla y la alzaba del suelo, el miedo y la angustia me palpitaba en el pecho, cogía la hoja de la puerta y la atraía hacia mí, pegaba mi rostro en ella y me gustaba el frío, el caballo respiraba junto a mi cara, me miraba con sus ojos grandes e inteligentes, tenía en mis manos las hojas de las ventanas, eran bellas y frágiles, quizá demasiado delgadas y pulidas, dentro de dos

noches crujirían y caerían despedazadas, las respiraciones de los españoles dormidos se alzaban suaves y escurrían invisibles en la noche, chillaba airado un indio, aullaba hacia el río el perro aguardando la luna, un caballo trotaba al otro lado de las lomas, yo arrastraba las bridas del mío y caminaba despaciosamente a través de la ciudad, dentro de algunos días la tendría despedazada a mis pies, triturada entre mis manos, no llenas de sangre sino de tierra rota, de madera desgajada, de clavos y hierros retorcidos. Señor, eso es todo, sólo eso me has quitado, tú miras por la ventana, te gusta hacerlo ya y vienes llegando, allá abajo están las carretas listas para llevármela como me llevo a mi mujer y a mis hijos, a mis perros y mi oro y una y mil veces lo hubiera hecho, hasta morir, hasta hacerla perfecta y enorme como lo deseaba, dijo suspirando. Aguirre lo miraba con detención, con curiosidad, con simple curiosidad, no con burla ni conmiseración, con admiración contenida solamente, con una admiración que no quería dejar sospechar, que deseaba guardar para sí solo, para armarse de ella y cogerse de ella y sacar la fuerza de ella cuando estuviera solo. ¿Ya no deseas, preguntó, ya no deseas alzarla y llevártela lejos?, ¿ya no quieres hacer de ella una ciudad europea bordada en estas comarcas infectas, sin luz ni aire? Señor, ¿no es éste un mundo cerrado al que nosotros insuflamos vida? Esta sangre que vertemos de tanto en tanto, de algunos cuerpos desamparados y débiles y desprevenidos, esta sangre inútil y muda que sacamos de los cuerpos de los indios, ¿no crees que le dan aire y luz a esta tierra seca y sin ventura? Era un mundo feo, indudablemente, hasta que llegamos nosotros, sólo con el horror le dábamos más belleza y matándolo le dábamos vida, dijo pensativo, trajimos muerte y desgracia, tal vez, pero alzamos las puertas clausuradas, reventamos las ventanas cerradas, destapamos y quitamos el techo, lo despedazamos y quemamos, pero el cielo estaba arriba, el cielo libre y solo, azul y negro, los astros enormes, el viento, los gritos de la selva, y el silencio, el espantoso silencio que nos rechazaba y si entrábamos en él nos devoraba. Sí, es verdad, éste era un mundo interior, guardado con avaricia, con inmundicia, nosotros lo hemos soltado, estaba atado como lo estás tú, Juan, ahora no lo está, cuando la sangre corre es como una cuerda rota, triturada, que va resonando y uniendo, por lo menos va uniendo un mundo con el otro, atándolos con cordeles de sangre. Y lo quedó mirando y le sonreía. Me gusta la ciudad, me gustas tú, Juan, es una desgracia enorme que haya sido enviado para tomarte preso y enviarte amarrado al Perú. Si vuelves a la ciudad algún día, si ganas el pleito y trituras a los jueces y a los

magistrados y el rey te da su mano otra vez, si algún día oyes que he llegado preso a Lima, busca mi amistad que te estará esperando, juntos haremos ciudades, juntos las romperemos y alzaremos más lejos, más bellas y peligrosas. ¿Cuándo deberé irme?, preguntó con humildad casi. Cuanto antes, señor, ya debieras ir en camino, las desgracias deben beberse y comerse luego como el vino y las mujeres, mete una mujer en tu cuerpo, mete tu cuerpo en ella, rompe los gritos y las lágrimas, álzate con las manos y las uñas y las amenazas y las puteadas y las promesas y las sonrisas a su tranquilidad y su agradecimiento, vete, vete, señor y mándanos mujeres, exclamó pensativo y deseoso, llena la boca de golosos ensueños, acariciando la madera de la ventana en un gesto desprendido y ensoñado que él alcanzó a ver y que le molestaba. Si vuelvo volveré solo, si me voy me iré solo, dijo con cansancio y lenta rabia. Te irás acompañado, no puedes elegir, acompañado tres veces por tres cuervos y gavilanes que te comerán las entrañas sin poderte defender, pues estarás atado y consumido, y si hace falta amordazado, sabiendo que la ciudad, tu ciudad, queda en mis brazos ansiosos y poderosos, le gritó con gran voz, pues afuera atronaban el aire las voces de los españoles y los ruidos de los martillos picando la madera, clavando algunas tablas, algunos postreros cajones. Si me quieres hacer un favor, si sospechas que no soy tan malo y loco y sanguinario, señor, déjame ir solo, que bastante castigo es ya tener que irme y seguir viviéndolo. Tal vez, tal vez te lo conceda todo, Juan, dijo alegre y despreciativo Aguirre, sin darle importancia a lo que le pedían y a lo que él contestaba, tal vez deje a esos tres ratones aquí para jugar con ellos, tal vez me lleve yo también la ciudad y cargue los muebles y las calles en el espinazo de aquellos malditos zánganos ociosos. ¿Serías capaz de hacerlo?, preguntó admirado él. ¿El qué, señor? ¿Llevarte la ciudad también?, preguntó con miedo. ¿Por qué no?, contestó riendo, puedo hacer lo que quiero con ella, con ella y sus moradores, ahora es mía y son míos tanto como del rey, aunque el rey no lo sabe, puedo hacer de ella lo que me entre en ganas, por lo menos lo que tú mismo has hecho trece veces y todavía tienes el corazón en el pecho y la cabeza entre los encajes de la gola. No ha habido odio ni cálculo ni extravagancia o locura en lo que he hecho, dijo con desaliento y al mismo tiempo con arrogancia, he sido empujado por la desgracia a hacerlo, nada hay más práctico que la desgracia, señor, levanté testimonio de testigos para probar al virrey y a la audiencia que el hambre y la miseria me acorralaban y me obligaban a alzar de sitio la ciudad, a irme con ella para no matarla.

¿Y por qué no te fuiste solo, por qué no saliste al galope, huido, simplemente derrotado por ti mismo, por tus pesadillas y alucinaciones?, preguntó con inocencia Aguirre. ¿Abandonarla?, preguntó con estupor, sin comprender, sin comprender esa dureza de alma y de imaginación, ¿la abandonarías tú? Quizá lo haga, quizá no, depende de lo terrible que sea ello, hemos venido al mundo nuevo a acometer grandes empresas y no juegos de circo romano, si hubiera dificultades, Juan, si hay horror en ello, si Villagra se descuelga en Tucumán con su traílla de facinerosos y me empuja al crimen y la villanía, al asesinato oficial y necesario, si tengo que hacer justicia en grande, ahorcando una millarada de españoles recién desembarcados, si crece inmensa la ciudad y arraiga el amor y el odio en ella, si se saquean las minas y crecen las sementeras y los ganados, si echamos a andar carruajes y lujo por las calles y abrimos teatros, bibliotecas y escuelas, si tenemos dentro de pocos años cincuenta mil almas en esta aldea, tal vez sea conveniente remover el odio y tu recuerdo, alzar del polvo tu figura enferma y acariciar la ciudad como tú lo hacías, el borde de las calles y veredas, los marcos de las ventanas y las puertas, llamar a los esbirros y guardias y perros dogos, echarnos de noche sobre el sueño de los maridos confiados y de las mujeres recién casadas, desfloradas entre sollozos hace cuatro horas y alzar las picas y palas y dagas y cuchillos y sierras y lanzas y desbocar el ganado dormido en los patios y alquerías, incendiar el contorno de la plaza, de las dos plazas, echar al vuelo la campana de la iglesia colgando de la torre a las primeras víctimas y entonces, tal vez entonces, si es muy difícil de conseguir y terrible de comenzar, me lleve a la ciudad, la llevaremos cerca de los precipicios y hondonadas, abriremos a pico sus calles en las sierras, las ventanas se abrirían para enloquecernos hacia el abismo, tendremos una ciudad terrible y aislada y orgullosa, Juan, tal vez cumpla yo tu sueño. Mi sueño es el tuyo ahora, dijo él con mal respirar, como si sufriera en decirlo, estoy seguro de que deseas hacerlo, de que deseas poder hacerlo, tener entrañas bondadosas y terribles para ser capaz de llegar hasta el fondo, hasta tocarla a ella, la carne de sus calles, sus primeras casas, dijo quedo. Aguirre quedó atónito mirándolo, abrió los ojos para advertirle algo o para preguntarle un ejemplo o una opinión, pero él agregó con melancólica burla, te has enamorado de ella también, temes que no me vaya para que no te la robe y si me quedo me la robo, tú lo sabes y lo temes, si me echas de la ciudad tal vez me cortes la cabeza, tal vez te traicione sin pensarlo mucho y hasta sea capaz de matarte, Aguirre, dijo, deja irme, señor, mañana, esta

madrugada si quieres, quiero irme, tengo que irme, juro que me iré luego y que no volveré ya nunca. ¿Volverás de la tumba, de la fiebre?, preguntó con sombría amenaza Aguirre, pero había melancolía en esa amenaza, verdadero desconsuelo. Se quedaban mirando. Estás enfermo, señor, estás enfermo y deseas que yo también lo esté. Lo estás, aunque yo no quiera, aunque tú no quieras, no soy el enfermo sino la enfermedad, me has tocado, has tocado esa ventana, has cogido esa silla, has abierto y cerrado las puertas, me has tocado, recuérdalo, la has tocado, Aguirre, no lo olvides, tienes la peste, la misma peste, estás deseando coger el hacha y llamar a los carpinteros y pegar gritos entusiasmados y desesperados, ver desmoronarse las murallas en una nube de polvo y de recuerdos, ¿verdad?, ésos, señor, son los primeros calofríos de la fiebre, pero es una grandiosa fiebre que te entrega un mundo a trueque de algunos quejidos y sollozos. ¿Lo crees, crees que estoy enfermo también?, preguntó Aguirre y se puso de rodillas para hablarle quedo y tranquilo y enfurecerse poco a poco, pues deseaba agarrarlo a puntapiés o sacar la espada y atravesarlo en la silla. Juro que lo estás y no me alegro por ello, dijo él con lástima, lástima por sí mismo, por Aguirre y por la ciudad. ¿Crees que me la quiero llevar también? No depende esta maldición de lo que creamos tú o yo, Aguirre, te la llevarás, te la llevarás de todas maneras, antes de que el caballo desaparezca tras las últimas lomas, echarás tus caballos contra las carretas, llamarás a tus hijos y criados y amigos y chillarás las órdenes, veré desmoronarse las murallas desde lejos, dijo suspirando y no sabía si aquel suspiro era de alivio y esperanza o de conmiseración y venganza. ¿Las carretas?, preguntó Aguirre y vuelto a la ventana vio que seguían inmóviles en la oscuridad. Sí, dijo él alegremente y sin sacar ventaja de esa alegría, las preparé yo, ¿recuerdas?, ¿recuerdas para qué?, no las has tocado desde hace días, las has mirado sin tapujos, has puesto centinelas en ellas, las cuidas, las guardas y no te acercas a ellas, tienes miedo de acercarte. Para preservarla de ladrones y salteadores, de tus inmundos y hambrientos soldados, contestó con rabia y amargura y apretó débilmente su mano en el puño de la espada, pero la mano le temblaba un poco. Y él no se aprovechaba de esa ventaja, no podía aprovecharse, no, aparecía desmoronado, hundido en la silla, en su propia soledad y, no obstante, había en su actitud, en su pertinaz silencio, una fuerza extraña, un susurro alegre, descomedido y cruel, a pesar de que se sabía condenado y echado fuera, lejos. ¿Para preservarla de ladrones?, preguntó con intención. De tus ladrones, dijo Aguirre. Todos lo somos, señor,

todos somos hambrientos, al nuevo mundo hemos venido a comer, a matar, a despedazarlo y repartirnos sus trozos, damos los huesos a la corona, los huesos, que son más durables y con ellos se construyen casas e imperios, pero tú no quieres sino otra cosa, no quieres que te roben una silla o una pata de mesa, el marco de una ventana o el balcón de la alguacilería, no quieres que te roben la ciudad, sabes que es ella la que está dentro de las carretas, atada con cuerdas y tapada con lonas húmedas, la guardas para ti como un tigre hambriento guarda su carroña para él solo, pero es un hueso muy duro y que trae mala suerte, Aguirre, cuida tus dientes, cuida tu espalda, cuídate, señor, por Dios, cuídate, que la ciudad es ahora toda tuya y tienes que preservarla y mantenerte vivo. Sintió respirar a Aguirre, no se movía por no desmoronarse o, lo que era lo mismo, por no insultarlo. Busca un buen asiento para ella, dijo en una extraña voz tranquila y melancólica. Aguirre alzó la cabeza, dio unas vueltas furioso por el cuarto, cogió la capa que estaba caída en tierra, la sacudió con furia y se la echaba con furia sobre los hombros, luego, mirándolo con frialdad, con desprecio, con extrañeza, balbuceó, en la madrugada irás caminando, y salió dando un portazo. La puerta golpeada se abrió hacia atrás y se quedó quieta. Él lo sintió bajar la escalera apresurado y que allá abajo se resbalaba y quedó quieto en su silla, pensativo, sintiendo el frío. Aguirre se dirigió en dirección a las carretas iluminadas por las antorchas clavadas en lo alto de los pescantes, algunos indios dormitaban tendidos entre los géneros, hundidas las cabezas en los brazos desnudos, los soldados se paseaban ahí abajo delante de los bueyes y los caballos, se divisaban armas bajo las lonas, tiestos, herramientas, bolsas que contenían vino o granos. Aguirre se detuvo silencioso, miró el cielo negro que se entreabría para entregar una delgada lonja de cielo azul desteñido, como mojado, vio colgar hasta abajo algunas cuerdas, alguna ropa, unos borceguíes viejos que se azotaban contra los ejes, se apegó a la carreta, pasó los dedos entre los palos y la remeció para comprobar su pulso y su resistencia, era una carreta ancha, desvencijada, vieja, hinchada por la humedad; miró al soldado que lo miraba alzando el arcabuz en un gesto de servil espera, frunció el ceño sin mirarlo y el soldado se apartó de él y se fue caminando lo sentía caminar al otro lado de las ruedas, esperando de él algo malo o bueno, alguna vaga promesa, alguna amenaza cruel e injusta. Aguirre acomodó las cuerdas que colgaban, recogió las ropas, metió todo adentro, echando sus dedos hacia el interior, sintiendo agrado en palpar las maderas y utensilios que aguardaban, percibiendo un olor húmedo y espeso y apretado

que se escurría suavemente, alzó la cabeza y miró la ventana abierta en lo alto, me está mirando, aunque no me vea, sabe que estoy aquí y no me importa, comprobó que la lona que tapaba los muebles estaba mojada y llamó a un soldado para ordenarle que desatara las cuerdas y alzara la lona, echándola al suelo para que respiraran los muebles, la ciudad, un trozo inolvidable de ciudad, la esquina de una calle que se irían para siempre, pensó mirando con nerviosa dureza el cielo desteñido, la esquina de la casa que se adelantaba hacia él para semblantearlo de cerca, caminó alrededor mirándola con detención, metiendo sus manos entre los muebles para tocarlos, sólo para tocarlos y saber que estaban ahí, ajustando las cuerdas sin darse cuenta de que lo hacía y mirando con odio, con repulsión la pierna de un indio dormido que se alargaba hacia él para que la tajeara, vio unos libros metidos en el interior de una caja, unas cucharas y cuchillos que brillaban desolados en la oscuridad, vio la alba manga de una camisa que colgaba olvidada en el respaldo caído de un sillón y sintió conversar a los soldados al otro lado de los árboles, alguien gritaba, un soldado se quejaba o vociferaba furioso, se escuchaban carreras de caballos, sus hijos hablaban en voz baja, felices y satisfechos, voces deslumbradas, deseosas de ver maravillas y ferocidades, el capitán Medina se reía, se reía con simpleza, parecía estar ensayando su risa, veía las luces que venían hacia él, buscándolo, a su luz que vio perfectamente las carretas, estaban enteramente mojadas, los muebles empapados y tristes, desfigurándose, las contó, eran siete, eran pocas, son muy pocas, balbuceó desconsolado no sabía por qué y caminó hacia las luces alzando el ceño ensimismado, sus hijos venían riendo, aunque Valeriano lo hacía de mala gana mostrando su cara hinchada y enrojecida, el capitán Medina adelantó sus bigotes picarescos e insignificantes y cogiendo del hombro al muchacho le explicaba, las muelas, le duelen las muelas, y vio el rostro de Valeriano, su mismo rostro cuando tenía dieciocho años, pero más asombrados y sumergidos ahora en una perpetua luz cálida y enfermiza que le echaba hacia dentro los ojos. ¿Te duelen mucho?, dijo con indiferencia y a Medina: el gobernador Núñez de Prado se va esta madrugada, galopará solo, con la escolta, él me lo ha pedido y le he dado esa gracia, trata de que desaparezca antes de que salga el sol. La cara de Valeriano se veía fantasmal y enorme a la luz de las antorchas, además ardía mucho, apretó las manos en las mejillas del muchacho, unas bofetadas, unas maldiciones, los indios tal vez te sanarían. Medina, dijo, Medina, esas carretas contienen muebles preciosos que nos van a servir, que nadie las toque, no quiero a los

soldados merodeando, que las manos de nadie alcen los toldos ni toquen las cuerdas, son algo sagradas, debieran serlo, creo que ahorcaremos a algunos soldados de Tucumán o Chile si meten sus narices en ellas. ¿Por qué, padre?, contestó admirado Valeriano adelantando el rostro para que se lo mirara y comprendiera que no estaba afiebrado ni afligido, más bien ridículo y adormecido. Hijos, hijos, dijo él suspirando, sentándose en un arcón al borde del camino, parece que el gobernador no estaba tan atolondrado y loco, parece que tenía razón en lo que hizo, yo vine mandado a tomarlo preso y ahí está atado en su cuarto, echado en la oscuridad, esperando al caballo y a los soldados, esta madrugada se irá trotando, sollozando seguramente no por loco sino por apasionado y no logrará ver nunca más la ciudad que estará hundida en las tinieblas para que el desgraciado no la vea, parecía furioso o melancólico, acariciando suave el rostro de Valeriano, golpeando quedo el hombro de Hernando y mirando fijamente a Medina, agua para el camino, provisiones para tres hambrientos, déjale el puñal, deséale buena suerte en nombre del rey y de Dios, él ya no cree en el rey, pero cree siempre en Dios, si te pregunta no le digas nada, no le hables de mí, es un pobre enfermo, un infeliz, si lo viera lo golpearía, lo echaría al suelo y lo alzaría a puñados como él alzó la ciudad y preguntó en seguida, ¿no hay más carretas en la comarca, Medina? Puede que haya, contestó Medina sin mayor interés, mirándolo fijamente, si las necesitamos tendrán que aparecer o las harán rápido los carpinteros. Necesitaremos, seguramente, y tendrán que ser muchas, por si tenemos que salir huyendo también, agregó sin darle importancia, pero Medina lo miraba siempre y él se daba cuenta de esas miradas y entonces Medina se apartó, pero no se iba, no podía irse, el gobernador se vio obligado, tenía miedo, estaba muy enfermo, muy débil, sin voluntad y sin sosiego, explicó, lo obligaron a hacer abandono de la comarca primero los indios, después el hambre y los alzados. Hernando y Valeriano se habían ido caminando cogidos del brazo, mirando el cielo negro, interrogando la forma de las nubes, pensando de algún modo en Arequipa, en los Reyes, en alguna trenza o sonrisa o piececito, sentían sus risas, él las sentía y las envidiaba, ¿cómo podía ser posible que hubiera pasado tanto tiempo de todo eso? ¿Sucede algo, algo terrible que no podamos impedir?, preguntó Medina. Lo terrible lo provocamos nosotros, contestó él, ahora sólo deseo que él se vaya pronto, cuanto antes mejor, tengo miedo, un miedo concreto, dale su caballo, aquel hermoso alazán que le brindó Villagra y átalo a la silla, cuando ya esté lejos podrán desatarlo los

soldados. Antes de que termine la noche irá muy lejos, señor, lo tranquilizó Medina y él se quedó solo, mirando las carretas, entre las que se paseaban conversando animadamente Hernando y Valeriano. Sí, aquel loco no está equivocado, pensaba con disgusto, con repulsión, y tenía deseos de correr hasta la casa, subir la escalera corriendo, desatarlo y tenderle un puñal para que se defendiera y tenía miedo de que no lo hiciera, me quiere asesino él, así me necesita, así me declara y me deja entregado. Es la ciudad, señor, es la puerta que tocaste, esa ventana a la que te agarrabas para no caer sobre las carretas. Es la ciudad, señor, mira la silla, mira la mesa, yo soy la ciudad, ya me tocaste. Tienes que creerme, siente la fiebre agarrada a tus manos, mira, mírala como te las remece, está palpando bajo la camisa tu corazón, qué alivio, Dios, tienes corazón, lo tienes enfermo, estás enfermo, muy enfermo, mucho pero mucho más que yo. Se puso de pie y miraba las carretas destacarse nítidas en las tinieblas, sintió venir a los soldados, media docena trotando en sus caballos tardos, pasaron a su lado y rodearon las carretas, son pocos, son tan pocos, dijo para sí y sabía que Medina estaba ya desatando el caballo en la oscuridad y que luego sentiría pasar a los soldados en dirección a la casa. Como el humo o el fuego para espantar a los bichos venenosos, eso somos, fuego y humo, y nos hemos derramado sobre estas comarcas, quedan sus árboles y sus sembrados chamuscados, muertos en nuestras manos, tenemos las manos llenas de sangre, pero sólo sangre de mujeres, de mujeres indígenas abiertas en los pantanos y de criollas apetitosas de terciopelo en la cálida noche de Arequipa, pensaba en ojos, en aretes y en haldas almidonadas, en altas cabelleras para meterse en ellas afiebrado y loco, pobre, pobre, ¿cómo ha podido él vivir en estas soledades sin tener hembra?, sólo puertas y ventanas y sillitas fraileras que acariciar, pobre, pobrecillo, durmiendo con un trozo de madera agarrado en las manos y sentándose aterrorizado en la oscuridad, sintió el despacioso trotar del caballo, vio a Medina mirarlo quedo sin reconocerlo, vio el caballo adelantarse delgado y espectral hacia las carretas, como si deseara olerlas largamente para contarle al amo mientras caminaban lejos. Medina detuvo el caballo en la puerta y desapareció por ella, sintió crujir la escalera y bailotear la luz en las tinieblas altas. Lo vio, por fin, aparecer hablando en voz alta, demasiado alta, explicando largas conversaciones y dificultades, teniendo mucho tiempo, años, tal vez, para hacerlo, preguntando por algo, por alguien, deseando verlo a él para contarle alguna otra circunstancia dolorosa, para advertirle de un peligro desconocido

que él no podría adivinar, menos evitar, lo vio detenerse en el umbral, alto y delgado y alzar la cara apenas iluminada para mirar las carretas, pero no las miró mucho tiempo como si debieran alcanzarlo en la primera legua, bajó lento los peldaños, dirigió su mirada a la calle desierta y entreabrió los labios mirando a los soldados que golpeaban quedo con el martillo algunas puertas tendidas en tierra, otro encaramado en lo alto al marco de una ventana, hundiendo su brazo en ella y mostrando las herramientas que brillaban, tenía los brazos amarrados a lo largo del cuerpo, lo que lo inmovilizaba más y lo hacía parecer más desagradable, a pesar de la suave sonrisa, a pesar de los ojos hundidos, más bien lejanos, lo empujaron hacia el caballo y él caminó dócil y esperó que lo alzaran, Medina se adelantó rápido y agachándose permitió que los borceguíes se posaran en él y teniéndolo los soldados de la cintura, quedó sentado. Se escuchó la clara risa de Hernando, iba vuelto de espaldas caminando bajo los árboles, pasaron unos pájaros, pasó un diluido disparo de arcabuz, un caballo relinchaba en la hondonada y otro más lejos recogía el relincho, se alzaban los martillos, los martillos le golpeaban las sienes, si gritaba se asustarían, recelarían ya y, sobre todo, lo escucharía él, habría jurado que esperaba escucharlo gritar, le pareció ver que las lágrimas corrían por sus mejillas, pero no podía afirmarlo y eso no lo habría alegrado, seguramente lo habría preocupado más, los tres caballos caminaban muy juntos y eso no le gustaba, él no lo había pedido, no lo había ordenado, no deseaba que pensara mal de él, es decir, más mal, que lo despreciara, es decir, que lo despreciara más, la espalda se diluía en la noche, lo vio meterse entre los árboles y demorarse y comenzar después a subir una loma. Ahora, caminó hacia las carretas, Medina atravesó la calle y lo cogió del brazo, caminaron en silencio mirando hacia la loma, limpia y diluida hacia la luz de la madrugada y él respirando hondo le dijo a Medina, ese dolor de muelas de Valeriano es nuestro primer dolor. Ésta es una hermosa tierra y una hermosa ciudad, la cuidaremos y si no sana la trasladaremos. Él le apretó el brazo y echó media sonrisa. Él había olvidado casi completamente al gobernador, que ya debía ir muy lejos, pero Medina pensaba en él todavía, todavía tenía mojada la manga con las lágrimas. Se lo había querido contar, no podía dejar de hacerlo, si no dormía esta noche y la noche de mañana. En cuanto lo vio le tuvo lástima y cuando lo desató de la silla, él, sollozando, se echó al suelo y gritaba en un quejido, átenme, átenme, Dios, que así quiero salir de la ciudad para que ella vea que no quiero irme, él le dio bruscamente vueltas en el suelo, sin decirle

nada, sin violentarse, sin violentarlo, tratando de no emocionarse, lo dejó tendido de espaldas y el preso, echándole los brazos al cuello le agarrotaba las manos y le decía sollozando, Dios, átenme, degüéllenme, Dios, y después, como él se tornaba algo brusco, pero no violento, no todavía, solo para significarle que no se pusiese doliente ni desesperado porque todo estaba decidido y ya se estaba haciendo, amarrado como estaba tornó a juntarle las manos en la cintura y se las ató en compañía de los soldados, que estaban duros y molestos y hediondos a vino, listos a alzar los puños y a coger las dagas, sentía el viento que entraba por la ventana abierta y las risas de los dos muchachos. Hernando se reía con toda la boca, muy alegre, golpeando con la espada la lona que tapaba la carreta, Valeriano se reía también, pero con más cuidado y melancolía, tiene la cara imposible el pobre zagal, dijo para sí con desconsuelo y alzándolo por la axila lo arrastró hasta la puerta y lo puso de pie. Lloraba silenciosamente, iría sollozando todavía, hundido en su montura, entre la ropa, tiritando de fiebre y de soledad, dormido entre sus lágrimas, sudando de fiebre y soledad. Está enfermo, está verdaderamente enfermo, pensó para sí, deseando advertírselo a Aguirre, pero no dijo nada, temiendo que diera orden de ir a buscar al prisionero para entrarlo otra vez a la ciudad. Harán falta más soldados aquí, dijo Aguirre, no quiero que nadie se acerque, Medina, podemos lograrlo si se traen más centinelas y amarramos los perros a las carretas. Lo haremos, lo haremos, seguramente, guardaremos el tesoro, dijo sonriendo Medina, es la ciudad, la pequeña y querida ciudad, simples y conocidos muebles, trozos de casas, puertas y ventanas para dejarla viva otra vez, todo lo que arrancó y desclavó ese loco melancólico. Rodearemos de ladrillos, aullidos y arcabuces las carretas, verás que lo haremos bien, lo haremos esta misma mañana, antes de que despierten los soldados y se alcen los gritos de los prisioneros, los de Juan y los nuestros. Aguirre no contestó y él caminó a su lado sintiendo el viento que barría y limpiaba el cielo, estremeciendo presuroso las copas de los árboles, echando hacia ellos bocanadas heladas y perfumadas de las flores dormidas. ¿Qué haremos con ellos, señor? ¿Con quiénes?, preguntó con voz lejana, adormilada, pensativa. Con los prisioneros, por supuesto, dijo aclarando la voz para despertarlo, para traerlo hasta aquí, hasta estas calles, estas piedras, estas soledades, sí, él se fue y le dejó su soledad y ahora se duerme con ella y mañana se enferma, debió matarlo, eso debió hacer y no ablandarse por nada, él tan duro y tan terrible. Tenemos tres soldados encadenados, echados en la oscuridad, los dejó Núñez de Prado, explicó, tenemos

a los sacerdotes. Ah, verdad, los frailes, hablando y persignando, hablando y persignando, amenazando, pintándote el infierno por la mañana y por la noche, esgrimiendo a Dios como una daga o una sabandija, y esos pobres soldados, dijo suspirando y quedándose quieto, deseando recoger los ruidos distantes, el respirar de los soldados dormidos, de los enfermos que se revolcaban en sus cujas, en el fondo de las sábanas húmedas y sucias, de los heridos que se estremecían de dolor apretando el grito entre los dientes fríos, sentía a los caballos remecer las piedras de las pesebreras, a los perros aullar suavemente siguiendo el rastro del agua, sentía el agua del río correr apaciblemente, parecía correr entre sus borceguíes, dentro de las piezas, bajo las sillas y las mesas, empujando las sábanas, las camisas, las correas y cadenas amontonadas en el suelo, el viento estaba alto y en él resonaban las risas de sus hijos, ¿qué bochinche trae Hernando con esa ramera de trenzas lindas que dejó en Arequipa?, se preguntó con melancolía y miró a Medina, que lo miraba esperando una respuesta. ¿Los prisioneros?, a los prisioneros se les coge para no soltarlos, su culpa está en dejarse coger, son la carne vencida, la que hay que esconder en tierra, bien abajo, para que no la desentierren los buitres y gavilanes. ¿No tenemos cuerdas, no tenemos madera?, de las almenas de la iglesia bajemos algunos cordeles, dijo, y sabía que lo haría, estaba seguro de que lo haría antes de dos noches. Se fue, verdad que se fue, dijo cogiendo por el pecho a Medina y mirándolo con ansias, afligidos los enormes ojos claros que se llenaban y angustiaban con la lechosa luz del amanecer. Se fue, señor, lo miramos hasta que desapareció tras los árboles y la loma, se fue, de seguro que se fue, señor, y que no vuelve. Atado, atado iba, agregó, recordando de súbito que había olvidado decirle a los soldados que le dejaran libres las manos al salir de la ciudad. Va atado, señor, atado con cuerdas firmes. ¿Envuelto en sus mallas?, preguntó él y parecía que estaba sentado a la orilla del agua, mirándolo desaparecer en las ondas, caminando recto como por un tubo, alborotando el agua y echándola sobre las casas. Atado irá mejor, pensó en voz alta Medina, las cuerdas lo aíslan más y lo dejan más tranquilo. ¿Estás seguro de que podremos hacer más carretas?, precisaremos dos o tres docenas, suerte que trajimos caballos nuevos y descansados. Bajaremos los muebles, cargaremos sus sillas y su ropa, dijo mirando la casa, la puerta abierta, la ventana abierta. ¿Me ayudarás a hacer lo que falta, lo que él no alcanzó a hacer? ¿El qué, señor? Está con nosotros, está aquí en la ciudad, mirándonos desde la ventana, echando atrás la puerta para que lo

veamos, no se ha ido del todo, dejó aquí la ciudad, en las carretas y desparramada en los caminos, tenemos que recogerla, no perder nada, lo llevaremos todo si hemos de irnos. ¿Irnos por qué, irnos a dónde, señor? Si hemos de irnos, y nadie dice que lo haremos, y nadie dice que no lo haremos, tendremos un motivo poderoso, dijo él, hablando lentamente para significar que estaba despierto y no dormido, tranquilo y no atemorizado. ¿Crees que es más difícil ahorcar o degollar a un amigo que derrumbar y desmenuzar una casa que se quiere, unas calles que se han extraído del fondo de los valles y de los sueños y desvaríos? Capitán, capitán, Medina, amigo mío, aquel pobre enfermo tuvo mucha fortaleza para hacer lo que hizo, ten en cuenta que arrastró ciudades, calles, avenidas, plazas, paseos, ríos, ganado, perros, amigos, enemigos, aplastó bajo las paredes desplomadas muchas amistades y muchos sueños y ruegos y temores y amenazas, alzaba el hacha y se alzaban los gritos, caía la tierra de lo alto y la sangre de las cujas, se descolgaban las vigas del techo, las campanadas del techo, las banderas y los gallardetes, caían por el suelo los ángeles de alas rotas y rodaban al suelo los ahorcados, él sentía todo eso, sabía que lo haría, lo que provocaría y arrastraría, se levantaba sollozando, estaba sudando todo entero, tenía fiebre, el calor le subía por las nalgas hacia el vientre, se le apelotonaba en el pecho, cogía las calzas, los borceguíes, el hacha y el martillo, se desparramaba por el suelo tras las tenazas y las sierras, tenía las manos rotas y ensangrentadas, pasaban afuera sus amigos montando caballos negros, arrastrando a Alonso del Arco y Antón de Luna por el pescuezo, los llevaban atados como cerdos y ellos ya no lloraban, no se quejaban, se reían un poco, estaban comenzando a alegrarse después de tantos años, les dieron vino, los embriagaron y se reían, los hacían reírse, chicoteaban los bueyes y caballos amarrados a las carretas, se movían chirriando los ejes, rodaban lentas las ruedas, los indios caían en el barro, los alzaban a huascazos, los hacían apartarse para recoger los bultos, sollozaba de furia el padre Carvajal, tenía un arcabuz en las manos y con el cañón punzaba a los indios, a Guevara, a Ardiles, a Vásquez, lo vio pálido a él subido en el caballo, disparó hacia el cielo y pateando los arcabuces que humean todavía se acercó entre el humo a los ahorcados que se bamboleaban con maldad, con mala intención, amenazadoramente como si se quisieran desprender y caer sobre los jinetes y las carretas que crujían en las tinieblas. Aquí están, son las mismas, las que dejó él, dijo quedo alzando la voz y dejándola suelta para echar un poco de miedo, sintiéndola vibrar y crecer en el aire donde resonaban las apagadas voces de los soldados, toses de

centinelas, temerosos ladridos de perros, cacareos insistentes de gallinas en el bosque, éstas son, dijo pasando su mano por una de ellas mientras los jinetes lo miraban y los centinelas en lo alto de los caballos sosegaban y apaciguaban los pescuezos furiosos, éstas son, dijo otra vez, están llenas de horror, de silencio, de sudor, de gritos, seguramente de estertores, Medina, no permitiremos que se acerquen a ella los soldados, que las toquen los amigos, ni siquiera mis hijos, Valeriano está tan enfermo, agregó con desconsuelo y arrepentimiento a modo de explicación y también de amenaza. Unas muelas, un simple dolor de dientes, corroboró Medina y rió sin ganas, por comedimiento, sólo para que él lo sintiera reír, pero se apartó cuidadosamente, se fue caminando presuroso mirando con disimulado temor las carretas, con dudoso y vago desasosiego, como si estuvieran llenas de amenazas visibles y probables, de indios pérfidos, de sucios traidores, de malvados, desatentados y miserables traidores que surgirían sigilosos de ellas cualquiera noche, cuando se hubiera apaciguado un poco el miedo, la soledad, el silencio que había dejado en la ciudad la prisión y destierro de Juan Núñez de Prado. Muy pocos todavía sabían que el capitán ya no estaba en el recinto, que ya no era el gobernador, que había sido hecho fácilmente prisionero, que se había alejado para siempre. Para siempre no, pensó de súbito, pues estaba seguro de que algo había fatalmente de ocurrir, algo que provocaría Prado o él mismo y que de nuevo los juntaría aunque fuera para tornarlos más enemigos y más odiados y separados que nunca. Me iré, me la llevaré lejos, dijo con dolor, como si adivinara ya que la perdería, pero no sabía cómo proceder, para hacerlo había que ser mañoso, es decir débil, es decir enfermo. Cargaremos las carretas, todass las carretas, necesito muchas, más que las que él hizo y deshizo, ese bárbaro loco no era bárbaro ni loco, por lo menos no como lo creen despreciativamente todo éstos en Tucumán y en Chile y en Pirú. No te hice daño, sólo amenazas, estaba obligado, tú comprendes, pero no puedes andar imaginando crímenes, que tengas suerte, que te mantengas vivo, cuídate de los soldados, de los amigos, de los cómplices, cuídate de esos asesinos, todos lo somos cuando llega la necesidad y la ocasión y estamos amontonando sueños solitarios y venganzas y hay puñales cerca de la mano, tienes un puñal ahí en el cinto, míralo, mira qué cerca de tu boca está, bésalo, que te vaya bien, requetebién, que te acoja con compasión y con inteligencia, ya que no con amor el virrey, que tu Dios te acompañe y te proteja, ya que a mí me bota y tampoco me hace falta, donde hay coraje y cojones sobre Dios, dijo un tanto molesto e inseguro y empujó la

puerta y se tendió vestido en el lecho, pues estaba muy cansado. Sintió que Hernando se inclinaba hacia él para mirarle el rostro, las primeras canas, las preocupaciones que me cruzan la cara y que luego transmitiré, los primeros temores, las dudas, las atroces dudas que te impiden ser cruel o demasiado bondadoso y suenan los gritos y los quejidos, los quejidos estaban ahí, era Valeriano, es Valeriano, es la muela, le duele tanto la cara encarnada y ardiente y la frente tan pálida, Hernando estaba a su lado y ambos inclinados sobre su rostro, sonriente y suficiente Hernando, mirando las arrugas de su frente, sabiendo que eran simples arrugas de soldado cansado pero satisfecho, Valeriano trataba también de sonreír, y él se lo agradecía, se quejaba con suavidad, con cierta fortaleza y orgullo, como si en soportar aquel dolor reposara cierto prestigio y cierta radiosa esperanza, una certeza audaz y cínica de la familia endurecida, cruel, fría, prepotente, salaz y enamorada de los Aguirre, un dolor de muelas es como una mujer, insistente, único, pegado a ti, escarbándote, buscándote, dejándote más solo, se sentía muy cansado sintiendo colgar sus piernas fuera de la cuja, el perfume de la tierra llegaba hasta él lentamente en la oscuridad, era ahora como una luz invisible, impalpable que lo iba envolviendo, recogiendo, está terminando el invierno, estoy solo, me dejó solo, se fue esta madrugada sin soltar las riendas ni volver la cara, las manos de Hernando colocaban suavemente la capa sobre su pecho como amortajándolo, él se agarraba a ella agradecido y la alzaba hasta su cara, la capa olía a lejanía, a tierra golpeada y a pólvora, a llantos, a sollozos, a las ramas que venían volando en las orejas del caballo y en los ojos vagos de Prado cuando lo vio llegar manejando con sosiego el caballo, como si cabalgara dormido y flotara entre las ramas, hacia las nubes cercanas y el padre Carvajal parecía más grande ahora y hasta más joven y estaba a sus pies peleando él solo con dos soldados y de dos bofetones lo dejaron sentado y se limpió el poco de sangre que le caía de la boca y en el ruido del viento sintieron los cascos del caballo y él dijo puta madre si es él, si es Prado que viene entrando, sintió cerrarse suavemente la puerta tras él, alejarse la risa de Hernando y la voz quejosa de Valeriano, parecía que estaba dormido a su lado y que del suave calor que estaba la cara dolorida de su hijo mayor extraía el silencio y la tranquilidad necesaria para dormir dieciocho horas, los caballos pasaban en silencio bajo la ventana, iban desfilando uno en pos de otro, sin jinetes, sin monturas, incluso sin cansancio, subían sin esfuerzo por las tablas afirmadas en las carretas y relinchaban adentro como iluminándose, la carreta estaba llena de calles y

plazas y caminos y parques, él los veía y se sonreía y comprendía acomodándose en el sueño, caía el agua en la carreta y corría silenciosa y soplaba el viento, el viento traía olor a pólvora, a azufre y sahumerios.

Santiago de Chile, domingo 22 de junio de 1969